



**LA
CARICIA
DEL
VERDUGO**
**ALEJANDRO
FEITO**



Click
EDICIONES

Índice

[Portada](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)

[XVI](#)

[XVII](#)

[XVIII](#)

[XIX](#)

[XX](#)

[XXI](#)

[XXII](#)

[XXIII](#)

[XXIV](#)

[XXV](#)

[XXVI](#)

[XXVII](#)

[XXVIII](#)

[XXIX](#)

[XXX](#)

[XXXI](#)

[XXXII](#)

[XXXIII](#)

[XXXIV](#)

[XXXV](#)

[XXXVI](#)

[XXXVII](#)

[XXXVIII](#)

[Epílogo](#)

[Biografía](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

[Click](#)

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Planetadelibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



Explora Descubre Comparte

I

Una fina lluvia de abril caía suavemente sobre los coches estacionados ante el restaurante Cézanne de París, deslizándose sobre las brillantes carrocerías, formando pequeños charcos, en los que se reflejaban las insignias que formaban un muestrario de las más exclusivas marcas de automóviles; algo habitual en el aparcamiento de uno de los mejores restaurantes de Europa según la crítica y, sin lugar a dudas, uno de los más caros.

La animada conversación sobre la última jornada de liga entre dos chóferes, que compartían un Marlboro cobijados bajo uno de los toldos del restaurante, se interrumpió bruscamente al salir por la puerta del local un hombretón, de anchas espaldas y aspecto moruno, que mostraba una gran mancha púrpura en la cara. Le seguían dos individuos de corpulencia ligeramente inferior, tras los que salió un sujeto de mediana edad, baja estatura y oronda barriga, del brazo de una joven y deslumbrante pelirroja que lucía lo que podría ser una colección completa de joyería sobre un escueto vestido de Dior. Cerraban el grupo otros tres guardaespaldas. No era extraño ver a clientes acompañados por escoltas en el Cézanne; sin embargo, contadas veces se había podido presenciar tal dispositivo de seguridad por el lugar.

Se trataba del abogado Cyrille Montand, hombre que había ganado fama en toda Francia por ser el defensor de algunos de los más infames criminales del país. En aquel momento se encontraba en el apogeo de su carrera tras haber logrado la puesta en libertad, cuarenta días antes, del célebre Ismaïl Soudani, responsable directo, según Interpol, de once crímenes confirmados de secuestro, asesinato y robo a mano armada, incluyendo el muy divulgado asalto al tren encargado de transportar la recaudación de la SNCF[1] en la región de Rhône-Alpes. El incidente había sido cubierto por todos los medios de comunicación nacionales durante más de una semana, hasta que las autoridades reconocieron haber perdido toda pista de los asaltantes y del dinero, alrededor de tres millones de euros según la sociedad ferroviaria.

De aquello hacía más de cuatro años, y más de diez millones de los antiguos francos invertidos en la captura del cerebro de la operación. Su arresto final no había tenido lugar hasta diciembre del año anterior, después de un largo y sangriento tiroteo en una lujosa villa de Carcassonne. A pesar de ello, tras dieciocho semanas de juicios nulos, testigos amnésicos y pruebas sorprendentemente invalidadas, el señor Soudani fue puesto en libertad por falta de pruebas. Los fiscales del Estado fueron incapaces de probar que existiese relación alguna entre el acusado y los pistoleros de Carcassonne, que habían intercambiado disparos con las fuerzas del RAID[2] durante más de media hora. Una semana después del sobreesimio, Montand declaró estar profundamente consternado por la desaparición del criminal argelino, cuyo rastro se había esfumado tan solo tres días después de su puesta en libertad.

El abogado, su acompañante y su escolta se distribuyeron en sendos vehículos, concretamente un Hummer H2 y un Mercedes Vaneo, con los que atravesaron la Ciudad de las Luces entre el denso tráfico hasta llegar al hotel Ritz. Era allí donde monsieur Montand planeaba finalizar la noche a lo grande, en la *suite* que ocupaba la monumental mujer cuyos senos desnudos lamía lascivamente durante el trayecto.

Una vez en el hotel, los guardaespaldas se colocaron en sus puestos: dos en el *hall*, dos a la salida del ascensor y otro visible a unos treinta metros de estos, junto a las escaleras más próximas. Todos los miembros del equipo de seguridad, provenientes de distintos cuerpos militares, habían sido entrenados por el guardaespaldas personal de Cyrille Montand, el enorme exsargento de la legión extranjera conocido tan solo como Ahmed. Era este un hombre cuyas metas en la vida no parecían ir más allá de inspirar el más puro terror en el corazón de sus semejantes, aparte de aspirar en sus ratos libres cantidades ingentes de la más pura cocaína colombiana, droga que Montand se cuidaba mucho de suministrarle. Siempre en dosis suficientes para cubrir el desmesurado consumo de su amigo y guardaespaldas. El magrebí ni siquiera parecía estar interesado en las mujeres, como no fuese para satisfacer el sadismo por el que era bien conocido.

Fue este Ahmed quien se colocó delante de la puerta de la *suite* de Michelle, la voluptuosa prostituta que había acompañado a su jefe durante las últimas tres semanas. Antes de dejar pasar a ninguno de los dos, examinó minuciosamente toda la estancia, cuarto de baño, balcón y armarios incluidos, tal y como hacía siempre. El abogado, entre tanto, palpaba ávidamente a la pelirroja ante el ascensor.

Dentro ya de la habitación, la joven comenzó a desnudar a su cliente, al tiempo que repasaba lentamente su rechoncha y velluda anatomía con la lengua, como sabía que a él le gustaba. Montand, por su parte, luchaba torpemente con el vestido de alta costura que la prostituta había elegido para tan señalada ocasión. Poco después, sobre la amplia cama de sábanas de seda y colcha de cachemir rojo, Michelle frotaba sus senos contra la oronda barriga del hombre, mientras le pellizcaba el pezón derecho con una mano. Su otra mano estaba ocupada en buscar un punto de placer entre sus flácidas nalgas. El abogado, que se limitaba a jadear trabajosamente y a acariciar la entrepierna de su prostituta preferida, era impotente, y de curiosos gustos en la cama; pero innegablemente disfrutaba con aquellos juegos, y con otros mucho más extravagantes, tanto como otros hombres podían hacerlo con la penetración. Gozaba tanto que ni siquiera sintió acercarse a la figura alta y delgada que entraba desde el balcón y, caminando de cara a él, pistola en mano, le reventaba la parte frontal del cráneo de dos disparos. La escultural mujer apenas tuvo tiempo de llevarse una mano a la cara para enjugar la sangre de sus ojos; una bala de nueve milímetros le atravesó el corazón inmediatamente después. Tampoco Ahmed tuvo tiempo de reaccionar al oír la puerta abriéndose a su espalda, ya que de pronto sintió el tacto de un silenciador bajo su mentón y un chasquido producido por las tenacillas que seccionaron el cable del intercomunicador a través del cual se mantenía en contacto con su equipo. Casi simultáneamente, oyó un susurro en su oído.

—No te muevas, pequeño Ahmed —dijo una voz que chapurreaba francés—, no quisiera verme obligado a eliminar a un inocente profesional. Retrocede, muy despacio.

En realidad, el hombre que le encañonaba sabía que aquel gigante magrebí no era ningún santo. Había escuchado en susurros, de boca de un tembloroso y borracho exmiembro de la Légion Étrangère, las atrocidades de las que era capaz el sanguinario Ahmed, protector e interrogador

personal de El Efrít, nombre por el que se conocía a cierto coronel, famoso en toda la Legión por su avanzado estado de demencia. Lo que sí era cierto es que el coloso de cara marcada podía considerarse un auténtico profesional. Había trabajado para media docena de individuos después de que su coronel se volara la tapa de los sesos y él tuviese que desertar para evitar problemas. Ninguno de ellos había sido herido bajo su protección, pero tampoco ninguno le había inspirado el mismo grado de lealtad que el malogrado Efrít..., no hasta que había entrado al servicio de Cyrille Montand.

Como buen profesional, capaz de reconocer las habilidades de otro, Ahmed obedeció para ganar tiempo. Dio dos pasos hacia atrás con el desconocido asesino pegado a su espalda, le dejó cerrar la puerta de un suave puntapié y reculó cinco pasos más hasta llegar a la entrada del baño de la *suite*. Un segundo después, sus sesos se desparramaron por la puerta del mismo. El asesino dejó caer con cuidado el corpachón del guardaespaldas boca abajo, en la misma posición que había visto en numerosas fotografías forenses de suicidios. A continuación, asió su SW1911[3] con la mano de Ahmed y disparó dos veces contra un cuadro, el mismo que la difunta Michelle había mandado colgar sobre el cabecero de la cama y que mostraba un exagerado desnudo de la prostituta. Hecho esto, cogió la Smith & Wesson idéntica de Ahmed —que, según las investigaciones del asesino, no estaba registrada— y se la guardó, dejando la suya a pocos centímetros de la manaza del muerto.

Por último se dirigió al armario de la habitación, de donde, tras apartar una docena de vestidos, extrajo un maletín negro que contenía un traje oscuro, camisa, corbata y un par de zapatos; todo de Armani. Se cambió de ropa, guardando su mono negro de *lycra* salpicado de sangre y sesos dentro del maletín. Acto seguido, se dispuso a abandonar la *suite*, no sin antes colocar los vestidos como estaban, cerrar el armario, cerrar la puerta de la terraza y echar un vistazo a través de la mirilla de la puerta, desde la que dominaba todo el pasillo.

Los escoltas de Cyrille Montand saludaron distraídamente con un gruñido al hombre moreno y delgado que se metió en el ascensor, tal vez el tercero o el cuarto que entraba o salía de aquel ascensor del décimo piso en los veintidós minutos que llevaban de guardia. Uno de ellos miró su reloj y frunció el ceño. Quedaban ocho minutos para el siguiente contacto de rutina con Ahmed; seguramente tendría por delante otras dos o tres horas de tedio insoportable antes de regresar con su jefe a la Maison Platon y poder beber un par de copas tras el relevo.

Mientras el aburrido guardaespaldas fantaseaba con el fin de su jornada, el mismo hombre alto, atractivo, impecablemente vestido y peinado hacia atrás con gomina, tal vez demasiada, dirigía una deslumbrante sonrisa a la recepcionista al pasar por delante del mostrador de recepción. Esta le siguió con la mirada hasta que hubo desaparecido en la oscuridad de la calle. Su propia sonrisa se desvaneció mucho más tarde; el rojo de sus mejillas tardaría aún más en desaparecer.

Para entonces, el hombre caminaba satisfecho por el centro de la ciudad. Se le antojaba una noche maravillosa para estar vivo. Las calles se hallaban repletas de gente, como cualquier sábado, la lluvia había amainado y la luna, en cuarto menguante, se reflejaba en los charcos, coloreada por el reflejo de innumerables luces artificiales. La temperatura era agradable, y el aire, gracias a la acción de la lluvia primaveral, parecía menos viciado que de costumbre. No obstante, lo más satisfactorio era que había culminado un trabajo de casi un mes que, tras deducir gastos, le reportaría unas ganancias cercanas a los cien mil euros. Los gastos incluían la estancia,

la investigación y los honorarios de Michelle.

Al llegar a este punto de los cálculos, sus pensamientos se detuvieron en la cándida prostituta... Había resultado tan fácil de encandilar como casi todas las de su profesión. En realidad, pensaba él, la mayor parte de las prostitutas no eran más que niñas inocentes, decepcionadas y faltas de cariño, a las que se podía seducir fácilmente con palabras dulces y poemas de Frédéric Mistral. Amén de una sobresaliente técnica sexual, lo cual hacía tiempo que no era ningún problema para él. Tras menos de una semana de haberla conocido, la chica estaba más que dispuesta a ayudarle a conseguir fotos comprometedoras de Cyrille Montand, que adoraba a las pelirrojas voluptuosas y aniñadas a la hora de sustituir a Mireia, su mujer.

El plan era simple: entablar contacto con Montand y conseguir que contratase sus caros servicios para acabar llevándole, un día convenido, a la *suite* alquilada ex profeso en el Ritz. Del resto se encargaría el hombre al que Michelle conocía como Dino, *paparazzo* para varias revistas italianas y chantajista ocasional. Se colgaría del balcón, donde resultaba invisible al estar pegado a su parte inferior, hasta que llegasen a la cama.

El asesino se frotó el hombro dolorido. Era un escalador experimentado y se encontraba en plena forma, a pesar de lo cual mantener la posición allí colgado durante varios minutos le había resultado sorprendentemente duro. Se alegró de haber entrenado la técnica intensivamente los días previos; si algo había aprendido durante sus más de quince años como asesino a sueldo era que un hombre de su profesión nunca estaba demasiado preparado en ningún aspecto, ya que se trataba de un oficio que no solía perdonar fallo alguno.

Había sido sincero con Michelle en casi todo. Simplemente había disparado muerte en vez de fotografías. Después de todo, ¿no había prolongado su propia vida más allá de lo esperable a costa de las muertes ajenas? La vieja parca siempre había sido su fiel compañera de viajes. Le había seguido incansablemente desde su infancia en un refugio del británico MI6, en las Highlands de Escocia, hasta las calles de Montevideo durante su juventud; y él siempre había procurado abastecerla con suficientes vidas como para que, hasta el momento, hubiese pasado la suya por alto. A aquellas alturas de su vida, dominaba tan magistralmente el arte del asesinato que le era muy fácil disfrazarlo de crimen pasional..., tan fácil como sugerir a Michelle que fuese cariñosa con Ahmed cuando se encontrase en la sola compañía de los escoltas de su cliente —cosa que ocurría a menudo, ya que Cyrille solía enviarles para acompañar en sus trayectos a la prostituta, que decía tener miedo de viajar sola o en compañía de chóferes poco fiables—. La chica estaba tan fascinada con su moreno amante que no había puesto ningún reparo, aunque no hubiese podido imaginarse ni por un momento cuáles eran sus auténticos propósitos, lo que había conducido irremediablemente a la muerte tanto de Montand como de su prostituta y su guardaespaldas. La vieja parca siempre se cobraba buenos intereses.

El hombre moreno llegó a la habitación que ocupaba en un hotel de cuatro estrellas y guardó el contenido del maletín, junto con la SW1911 del malogrado Ahmed, en la caja fuerte de su habitación. A continuación se desnudó frente al espejo. A pesar de que lo reconocía como algo repugnantemente narcisista, e indigno de su intelecto, le gustaba contemplarse en el espejo. Años de entrenamiento le habían proporcionado un físico perfecto, digno de un gimnasta de élite. Recordó las miradas de lujuria que le dedicaba Michelle mientras se desnudaban mutuamente y sonrió. Las escasas cicatrices que mostraban su torso y espalda siempre despertaban la curiosidad y la admiración de las mujeres. Los matones de baja estofa y los mercenarios suelen tener

abundantes marcas por todo el cuerpo, pero un profesional de categoría siempre evita el enfrentamiento directo y, si llega a involucrarse en peleas o tiroteos, siempre debe ser con debida ventaja por su parte, nunca de igual a igual. El enfrentamiento abierto constituye un riesgo inaceptable para un verdadero profesional de la eliminación.

Tras sacar un Colt Python Elite de debajo de la cama y apoyarlo en la esquina de la bañera, se introdujo en esta y abrió el grifo. Cara a la puerta del baño, con el arma a su derecha y atento a cualquier ruido, el asesino cerró los ojos y volvió a frotarse el hombro dolorido. Sus dedos se deslizaron sobre la superficie de una de sus cicatrices, una mancha oblonga de piel lívida y deforme que se extendía desde la mitad de la clavícula izquierda hasta el final del hombro. Mientras sentía cómo sus pulmones se llenaban lentamente con la humedad del vaho, su mente lo hacía con los detalles del encargo que le había dejado un recuerdo tan imborrable.

Había ocurrido cuando apenas era un novato arrogante en las calles de Montevideo. Llevaba tres días siguiendo a un narcotraficante de poca categoría, Anselmo Ochoa, y maldiciéndose por no haber ahorrado lo suficiente de sus trabajos anteriores para comprar un buen rifle de largo alcance, ya que al menos dos de sus sicarios acompañaban siempre al objetivo. En aquellos tiempos el dinero duraba poco en sus manos, demasiado poco.

Vio su oportunidad cuando el traficante, acompañado de Justo y Conrado, dos de sus secuaces habituales, fue a visitar a su madre al Barrio de las Campanas, una zona de mala fama en los arrabales de la capital guaraní. Al ver que los sicarios esperaban en el coche, seguramente por respeto a la anciana madre de su patrón, el joven asesino trepó por el canalón de la parte posterior de la casita y se coló sigilosamente por una ventana del primer piso, protegida tan solo por una sucia cortina que parecía haber sido de color malva. Nada más entrar con su pistola Taurus silenciada en mano, pudo escuchar la voz de Ochoa, que charlaba animadamente con su progenitora en la habitación de al lado.

Pensando que el narco se encontraba indefenso a su merced, irrumpió empuñando la pistola..., topándose con la boca de una escopeta de corredera con cargador de cinco proyectiles a menos de tres metros de su cara. Ochoa había notado que le seguía un solo hombre, de modo que había decidido encargarse personalmente del mocoso puñetero que le venía siguiendo desde esa mañana. Solo unos reflejos preternaturalmente rápidos, trabajados desde la más tierna edad, salvaron la vida del aprendiz de asesino de diecinueve años. Se tiró al suelo con la rodilla derecha por delante y descargó medio cargador en una ráfaga de pánico. Acto seguido, notó como si una zarpa al rojo blanco le arrancase el brazo de cuajo, pero las postas solo le habían herido superficialmente al atravesar el espacio donde una décima de segundo antes había estado su pecho. Anselmo Ochoa, por su parte, recibió tres balas en el vientre —una en la entrepierna, otra en el antebrazo y otra en el cuello— y salió catapultado contra la pared de la habitación.

El chico oyó pasos acelerados por las escaleras al mismo tiempo que veía, como entre niebla, a la madre del narcotraficante abalanzándose sobre él desde el fondo de la estancia, que era la cocina de la casa, con un gran cuchillo en la mano. Hizo un intento de dispararle con la mano derecha, pero la Taurus se había sobrecalentado y estaba encasquillada. Luchando contra el dolor, se lanzó contra la mujer —que en aquel momento se le antojaba increíblemente rápida de movimientos para su edad— y la noqueó de un culatazo en la boca. Siguió corriendo y atravesó el cristal de una ventana que había junto a la esquina opuesta a la puerta, precisamente en el momento en que Justo y Conrado irrumpían disparando en la cocina. (Más tarde ambos jurarían

que no habían visto jamás a nadie levantarse y salir corriendo con tal agilidad y rapidez, mucho menos tras un aterrizaje tan duro como aquel.) El chico escapó entre las apretadas casuchas, y sobrevivió para gastarse la mitad de sus honorarios en casa de Rolando, un médico discreto, y la otra mitad en casa de Sagrario, *madame* de un burdel de segunda.

Una vez que la bañera estuvo rebosante de agua casi hirviendo, el asesino a sueldo cerró el grifo y, lentamente, cayó en un sueño muy ligero que debería durar hasta que se enfriase el agua durante la madrugada. El tiempo suficiente para relajarse y descansar un poco antes de recoger su equipaje y abandonar la Ciudad de las Luces.

Había sido un trabajo bien hecho.

II

—¡Parece mentira! Doce años aquí y sigues siendo una puta nenaza.

Las carcajadas llenaron el gimnasio de la cárcel Modelo de Barcelona mientras Santiago Matesanz, uno de sus más notables inquilinos, descendía de la oxidada barra para dominadas.

—Oye, yo no tendré esas espaldas de gorila, colega, pero mientras te la machacas mañana en la piltra, piensa que el bueno de Santi se estará tirando a un par de cachondas a tu salud.

El comentario provocó más risas entre los once reclusos que acompañaban a Santiago y a su interlocutor, un musculoso marfileño que cumplía treinta años de condena por asesinatos. Súper Abou, como llamaban al marfileño entre los muros de la modelo, reía también la gracia mientras su compañero de celda le frotaba la gran calva sudorosa en tono de broma.

El resto del grupo estaba formado por tres reclusos españoles, cinco franceses, un italiano, un bosnio y un ruso. Todos ellos, junto a otros veintiún presos, también de distintas nacionalidades, eran conocidos como *los franceses*; sumaban entre todos más de seiscientos años de condena por distintos delitos de robo, contrabando, asalto, secuestro, tráfico de drogas, agresión, intento de asesinato y, sobre todo, homicidio. A pesar de ello, sobrellevaban sus condenas con el relativo consuelo de ser el grupo más respetado de toda la Modelo. Todos habían pertenecido de una forma u otra al crimen organizado del sur de Francia; responsables de innumerables crímenes a lo largo y ancho del Mediterráneo, eran antiguos miembros de la antaño floreciente industria del crimen que había infestado de drogas hasta el último rincón de la Costa Azul, Córcega, Cerdeña, Cataluña e Italia. Pero los buenos tiempos del contrabando impune, de las ridículas carreras a bordo de lanchas motoras con las que ninguna patrullera podía competir, aquellos tiempos en que los señores del crimen cenaban codo con codo con jueces y políticos habían llegado a su fin.

A finales de los ochenta, el final de la Guerra Fría trajo consigo una profunda reestructuración de los cuerpos de seguridad, tanto a nivel de Policía como de Servicios de Inteligencia, de las naciones implicadas. En los países de Europa occidental, los recursos destinados a espionaje y contraespionaje fueron redirigidos, en gran medida, hacia la lucha contra el tráfico ilegal de estupefacientes, el cual había experimentado un desarrollo sin precedentes durante los años setenta y ochenta. Francia, particularmente en sus provincias meridionales, era uno de los países más afectados. El Gobierno dirigido por Mitterrand y Chirac aprobó una serie de medidas drásticas en contra del crimen organizado, incluyendo una amplia «rotación» de puestos que recolocó convenientemente a miembros clave del poder judicial, la Policía y la Gendarmería Nacional, la DCPJ[4] y los servicios secretos galos RG[5] y DST,[6] y los sustituyó por gente más joven, con más ansias de gloria que de vil metal. También se aprobaron presupuestos muy por encima de los dedicados en años anteriores a la lucha contra el crimen. Los resultados no se

hicieron esperar. Los mismos hombres que habían esnifado tantos gramos de la cocaína suministrada por las bandas organizadas se volcaron contra sus proveedores cual arcángeles justicieros. Se habían dado cuenta de que el escándalo del narcotráfico, tan inabarcable como impune, estaba a punto de explotarles en la cara. La entrada en vigor de las leyes de la Unión Europea sobre jurisdicciones fue la estocada final en el ensangrentado lomo de los señores del crimen del Mediterráneo.

Quince años después, el siempre lucrativo negocio del tráfico de estupefacientes se repartía entre multitud de pequeños, y a menudo efímeros, cárteles provenientes de casi todo el globo. Hombres como aquellos franceses de la Modelo eran los últimos vestigios del antiguo imperio del narcotráfico.

A pesar de todo, lo que quedaba de los grandes grupos del crimen había cumplido a rajatabla la promesa de proteger y apoyar a sus presos. Desde multitud de sociedades, tanto legítimas como ilegítimas, de todo el Mediterráneo, se invertían periódicamente importantes sumas de dinero para cubrir las necesidades de los presos del narcotráfico. Dinero que se invertía en abogados, sobornos a funcionarios de prisiones, y todo tipo de sustancias, las cuales servían por lo general como moneda de cambio en prisión. Dichos negocios eran, en su mayoría, propiedad de los grandes traficantes que habían sabido capear el temporal de los ochenta y que vivían de las enormes rentas de su antiguo imperio.

Ya en las duchas, los llamados *franceses* seguían de un humor excelente. Cierto era que podían considerarse unos privilegiados dentro de la prisión, pero esto no significaba en absoluto que fuesen felices en su encierro. La amargura que siente una persona privada de libertad es difícil de imaginar para quien no haya pasado por ello; los franceses no eran ninguna excepción. Muchos de ellos sabían que iban a morir entre aquellas cuatro paredes a pesar de todos los abogados del mundo. Aquel, sin embargo, no era un día cualquiera: Santiago Matesanz, conocido como el Segador, el más respetado de todos los franceses, estaba pasando su última jornada en prisión. A la mañana siguiente saldría en libertad condicional tras nueve años de reclusión en la Modelo.

—¿Qué vas a hacer en la puta calle y sin nosotros, tío? —le preguntó Jaume Castella, un catalán que había «trabajado» con Santiago hacía años, mientras se enjabonaba bajo la ducha contigua.

—Aparte de romperte el capullo a *metesacas* —se oyó desde dos duchas más a la derecha.

—Anda, Nicolatze, a ti van tres veces que te lo tienen que vendar en la enfermería, que me lo ha *chotao* el matasanos.

La conversación se dio por terminada tras las risas ocasionadas por esta última respuesta del Segador. Los franceses terminaron de ducharse y vestirse antes de salir al polvoriento patio de la prisión, que estaba rodeado por unos inacabables muros grises, a media altura de los cuales había sido pintada una franja de color rojo. Una vez fuera, aprovechando que nadie más les oía, Castella repitió la pregunta:

—Fuera de coñas, Santi. ¿A qué huevos te vas a dedicar ahí fuera?

—¿A qué viene eso? Ya sabes que tiraré *pa'lante*. Estamos cubiertos fuera.

—Sí, claro. Te van a buscar curro *na* más salir y te van a dar una mierda de la pasta que tenías cuando nos cazaron. ¿Y qué? ¿Crees que vas a poder llevar una vida de pringue?, ¿con lo que hemos sido?, ¿con lo que hemos vivido? A mí no me la das, Santi; te conozco desde que eras un pipiolo.

Santiago se volvió, muy serio, hacia su amigo. Este reconoció un brillo particular en sus ojos. Después de tantos años, aún se le encogía el estómago al sentir cómo se le clavaba aquella mirada.

—¡Tú no sabes una mierda! —le espetó con rabia—. ¡Lo que hemos sido! ¿Y lo que somos?, ¿qué somos aquí dentro, Jaume? Te lo voy a decir: somos los primos de turno. Hemos *mandao* lo mejor de nuestra vida a la mierda, y no pienso mandar a la mierda lo que me queda. ¿Te enteras? —Dicho esto, se giró hacia la puerta de acceso y echó a andar a paso ligero.

—¿Dónde vas? —oyó la voz temblorosa de Castilla a sus espaldas.

Jaume Castilla había sido, sin lugar a dudas, uno de los pocos amigos de Santiago en Marsella; un tipo jovial, pero muy correcto, con una capacidad para la empatía difícil de encontrar entre los profesionales de aquel gremio suyo. Matesanz no había dudado en llevárselo consigo tras su ascenso, decisión de la que jamás había tenido que arrepentirse. Sin embargo, ya no soportaba su presencia. No soportaba la visión de aquellas marcas purpúreas que se multiplicaban por sus brazos día a día. Tampoco podía culparle. Castilla tenía cuarenta y siete años, había entrado al mismo tiempo que él y aún le quedaban por cumplir, al menos, seis años más de condena. Tenía varias causas pendientes al otro lado de los Pirineos; era más que probable que terminase sus días entre rejas.

—A despedirme del Gerva —gritó sin volverse.

—Espera a los demás, tío. El Carni sabe que te piras mañana, y está igual de *trona* que siempre.

Santiago hizo un gesto airado con el brazo antes de responder intempestivamente a voz en grito:

—¡*Iros* a tomar por saco él y tú! —gritó al tiempo que un guardia se apartaba para dejarle cruzar el umbral.

Independientemente del horario oficial, los guardias no solían atreverse a entorpecer los movimientos de los franceses, siempre y cuando estos no saliesen de las zonas autorizadas a reclusos.

Se dirigió hacia la biblioteca, mirando al suelo con el ceño fruncido. No pensaba en lo que le había dicho Jaume, no merecía la pena. Pensaba más bien en lo que había acabado siendo su vida, desde las calles de su barrio hasta la Modelo; pasando por su primer gramo de cocaína, su primera detención, su primera semiautomática y, sobre todo, su primera víctima..., y la segunda, y todas las demás. Podía recordar con exactitud a cada persona que había matado. Diecinueve muertes. Diecinueve padres, hermanos, amantes o amigos de alguien; diecinueve seres capaces de pensar, de sentir, de llorar, de reír... Convertidos en diecinueve trozos de carne por su mano. Sí, los recordaba bien. Todavía le despertaban en mitad de la noche las arcadas que provocaba el sabor a sangre en su boca. La sangre que él mismo había derramado. La sangre cuyo olor llenaba sus fosas nasales en sueños. Aún podía ver la calidez abandonando los ojos de aquellos a los que había matado suficientemente cerca para mirárselos mientras espiraban. Aún le atormentaban sus gritos en la oscuridad. Aún podía sentir el peso del cadáver de Berto en sus brazos.

Nadie, salvo su compañero de celda, conocía los demonios que le habían atormentado desde que la monotonía de la cárcel le había obligado a recordar. Siempre había sido duro. Desde muy tierna edad siempre se había mantenido firme tragándose todo, sus sentimientos, sus penas y sus tormentos. Solo había compartido sus alegrías. Chistes y bromas era todo lo que salía de su boca

en sociedad. Muy pocos podían siquiera sospechar lo hondo de su dolor, y uno de esos pocos era Gervasio, el bibliotecario.

Gervasio era un hombre de sesenta y tres años, bajito, rechoncho y de semblante bonachón. Con sus gafas sin montura, sus escasos cabellos siempre bien cuidados y su actitud apocada, encajaba difícilmente en el ambiente de la Modelo. A pesar de ello, cumplía condena desde hacía trece años por el asesinato de su mujer. Nadie de los que le conocían y apreciaban llegaba a imaginárselo como un asesino, pero la verdad era que él mismo había confesado, entre lágrimas, cada una de las dieciséis puñaladas que habían encontrado los forenses en el cuerpo de su esposa. Cuando el fiscal le interrogó sobre las motivaciones de su crimen, el hombrecillo, sollozando, había respondido simplemente: «No aguantaba más, no podía más». Ese era el hombre que se encontraba cargando el carro de los libros cuando Santiago entró por la puerta de la sala.

—¿Cómo va eso, Gerva?

—¡Santi! —Los ojos del anciano se iluminaron—. Me habían dicho que te soltaban hoy, pensé que no nos veíamos más.

—¿Cómo me iba a ir sin despedirme, hombre? Con la de tiempo que hemos pasado juntos.

El viejo bibliotecario asintió con la cabeza. Él había sido la única válvula de escape del Segador; sin haber llegado a confesarle exactamente sus pecados ni sus tormentos, este había encontrado algo de paz hablando con el Gerva, que era, a sus ojos, el más grande filósofo que jamás había disertado sobre la culpa y el remordimiento. Era gracias a él que aún podía enfrentarse a sí mismo y seguir con su vida. Las pocas noches que conseguía dormir de un tirón se las debía sin duda a aquel hombre.

—De verdad espero que salgas adelante ahí fuera, Santi. Tú te mereces empezar otra vez. Espero que no desperdicies lo que tienes; hay tantos desesperados que no van a salir nunca...

El Gerva no solo era el confesor de Santiago Matesanz; lo era de medio módulo.

—Ya lo verás cuando salgas, colega. Trae, que te ayudo —dijo al tiempo que cogía un montoncito de libros del carro.

—Gracias, Santi.

Este empezó a colocar en sus respectivos estantes los vetustos libros de la prisión. La sala era húmeda y lúgubre; los estantes, viejos, crujían desoladoramente bajo el peso de los libros, la mayoría de ellos tan viejos como los estantes; el resto provenían de material desechado por las editoriales. A pesar de todo, el viejo Gerva se había volcado con la biblioteca desde su entrada en prisión. La había pintado entera con unos botes de pintura amarilla caducada que le habían encontrado los de mantenimiento detrás de una escalera del bloque de oficinas. Había reparado estantes y mesas innumerables veces con el material que había pillado a mano, y se encargaba de recorrer todos los módulos de la prisión con el carro de los libros. Si algún preso se hubiera acercado alguna vez por aquella sala, no habría tenido más remedio que reconocer que esta presentaba un aspecto infinitamente mejor que antes de la entrada de Gervasio.

Santiago oyó unos pasos lentos y pesados tras de sí mientras colocaba uno de los últimos libros en su estante. Creyó reconocer los andares de Súper Abou.

—¿Ya estáis aquí dando la paliza? Por lo menos ayudadme a colocar estos libros.

Al girarse comprendió que no se trataba de su compañero de celda, sino de Óscar Puyol, el Carni.

El Carni odiaba a Matesanz desde hacía más de seis años, cuando recibió una paliza de manos

de este por haber sodomizado a un joven novato al que Santiago tenía cierta simpatía. A pesar de que el Carni era uno de los reclusos más respetados del módulo 7 del penal y de que controlaba a varios de los guardas mediante el soborno y la extorsión, el estatus de su enemigo acérrimo le había impedido llevar a cabo su venganza: el resto de los franceses le tenían bien vigilado. Al enterarse de que iban a poner en libertad al hombre que le había propinado la única paliza de su vida, el Carni, que sufría de un desequilibrio mental importante, había estado acechando la biblioteca con la esperanza de encontrar a su presa. Atacar a Santiago Matesanz podía muy bien equivaler a un suicidio, pero, como ya se ha dicho, Puyol era un demente. En aquel momento empuñaba uno de los cuchillos de la cocina del penal que, con toda probabilidad, le había conseguido uno de sus guardias adeptos hacía pocos días, lo que le convertía en un desequilibrado especialmente peligroso. Como bien sabía su oponente, el sobrenombre de *Carni* se lo había ganado por su habilidad con el cuchillo carnicero tanto dentro como fuera de las carnicerías, las cuales solía utilizar para el blanqueo de sus ganancias ilícitas, por las que tenía una gran afición.

Santiago esquivó con dificultad las dos primeras puñaladas de su agresor antes de estrellarle en la cara el lomo de uno de los libros que llevaba en la mano. El corpulento matón respondió a ciegas con una puñalada horizontal. Lo siguiente que sintió el Carni fue un dolor familiar a la altura de la rodilla: era la punta de la bota del Segador golpeando justo a la altura del tendón rotuliano, pero esta vez la patada fue más potente que certera. Santiago perdió el equilibrio y trastabilló, quedando a merced de su rival por un momento. Apenas consiguió desviar la puñalada que se dirigía a su hígado agarrando el fuerte antebrazo de Puyol con ambas manos.

El Segador era un luchador experimentado y, como tal, era capaz de planificar dos o tres movimientos seguidos en plena pelea antes de llevarlos a cabo; a partir de ahí todo era frenética supervivencia. Particularmente cuando las cosas iban mal, como era el caso. En aquel instante, su única prioridad era que aquel cuchillo no le atravesase; el resto era secundario. Sin soltar el antebrazo del Carni, lanzó todo su peso contra el pecho de su oponente; ambos cayeron hacia atrás, la espalda de Santiago sobre el pecho de Puyol. Este comenzó a lanzarle golpes en la cara con el puño izquierdo cerrado, mientras ambos forcejeaban para hacerse con el control del arma. Santiago apretó los dientes e intentó ignorar el dolor. En aquella posición, su oponente no podía lanzarle golpes lo bastante fuertes como para aturdirle; no eran importantes, solo dolían. De repente tuvo una revelación; se abalanzó sobre el antebrazo que sujetaba y le clavó los dientes en la muñeca con todas sus fuerzas.

El Carni dejó caer el cuchillo aullando de dolor, al tiempo que la sangre comenzaba a manar profusamente de la herida. Se quitó de encima al Segador agarrándole por el cabello y lanzándolo violentamente a un lado, pero este no se permitió un solo segundo de respiro; volvió a cargar contra Puyol y comenzó a lanzarle puñetazos a la cara desde encima de él. Enseguida recibió un puñetazo en plena boca que estuvo a punto de hacerle caer hacia atrás, pero no cedió. Con la mirada llena de pequeños puntos brillantes, siguió lanzando puñetazos a ciegas todo lo rápido y fuerte que pudo. Recibió varios golpes más, pero los ignoró, se concentró en no perder la consciencia mientras seguía lanzando puñetazos una y otra vez, una y otra vez. Por su mente no cruzaba ningún otro tipo de pensamiento, tan solo golpear y golpear, a pesar de que se daba cuenta de que cada vez lo hacía más despacio y con menos fuerzas. Escuchó un sonido estridente a lo lejos. Tardó un par de segundos en darse cuenta de que era el sonido que hacía él mismo al gritar.

Para cuando los franceses, alertados por el Gerva, irrumpieron corriendo en la biblioteca y

consiguieron reducir al Carni, no quedó muy claro a cuál de los dos contendientes habían salvado la vida. La cara de Santiago no mostraba buen aspecto, pero la de Óscar Puyol estaba mucho peor.

—¡A buenas horas, hijos de puta! —vociferó el Segador al tiempo que se zafaba violentamente de los brazos de sus compañeros.

Estos se quedaron mirando cómo salía por la puerta a grandes zancadas. Sabían que era mucho mejor dejarle tranquilo cuando estaba fuera de sí.

Tras explicar detalladamente al director de la prisión el desgraciado accidente sufrido por el señor Puyol y por él mientras limpiaban las estanterías, versión que fue firmemente corroborada por ambos guardias de servicio en la biblioteca, y después de haberse deshecho convenientemente del cuchillo, tirarse una hora en la enfermería y cenar, Santiago y Abou se dirigieron a su celda para pasar su última noche como compañeros de encierro. El marfileño susurró unas últimas palabras a modo de despedida:

—Si echas a perder esta oportunidad, serás el mayor gilipollas de la historia, colega.

—Ya lo sé, Abou, ya lo sé —respondió el Segador.

Sería la última vez que hablase con el hombre que había compartido su celda durante nueve años.

III

El sol de mayo caía a plomo sobre la populosa capital de Carlos III. La Gran Vía bullía con el gentío y el tráfico propios de la hora en la que el reloj de la Puerta del Sol golpeaba cinco veces su pesada campana. La intensidad solar, impropia de la estación, combinada con los gases de escape de los vehículos y el efecto radiante del hormigón, hacían que la orgullosa capital española se mostrase verdaderamente inhóspita para los viandantes, tal vez tanto como la más cálida de las poblaciones de la vecina África. Incluso la mayoría de inmigrantes subsaharianos, aun a riesgo de tener que prescindir de su sustento diario, habían desistido de desplegar las mantas donde exhibían las mercancías con cuya venta se ganaban la vida. Tal era la cruel inclemencia de aquel sol abrasador.

Insensible a lo extremo de las condiciones climáticas, el teniente coronel de las COE retirado, don Jaime de Hercilla y Montalbán, conducía su Seat Toledo negro sin encender siquiera el climatizador de a bordo. Los años de servicio en el Sahara, en condiciones que la OTAN o cualquiera de las remilgadas institucioncillas similares^[7] calificarían sin duda de infrahumanas, le habían enseñado a reírse de los veintiocho grados a la sombra que marcaban los termómetros aquella tarde.

Don Jaime, con gesto de repugnancia, miró de soslayo a un grupo de harapientos magrebíes que se apiñaban en un banco, el más aislado del parque en el que estaban. Trapicheando, sin duda. Mientras esperaba parado ante uno de los innumerables semáforos de la ciudad, observó, también con desprecio, las indumentarias indecentes de las crías que pasaban por delante de su coche. Como todos los años, veía a las mujeres exhibirse cual ramerías en cuanto empezaba a asomar el sol; la única diferencia, a sus ojos, era que cada vez lo hacían a edades más tempranas. Unos ojos, los del teniente, que creían ver con claridad lo irremediabilmente perdido que estaba el país al que amaba. El mundo entero quizá. Para el teniente coronel don Jaime de Hercilla y Montalbán lo único por lo que merecía la pena seguir luchando eran su honor y dignidad personales. Incluso sus propias hijas, sangre de su sangre, se habían convertido en corruptas hijas de la corrupta nación en que se había convertido la España unida, grande y libre por la que él había luchado, y por la que tantos grandes hombres habían dado la vida.

El país había cambiado, indudablemente, y el propio don Jaime se había visto obligado a cambiar con él para salir adelante. Su orgullo de hidalgo español aún le hacía retorcerse cuando le venían a la memoria los recuerdos de su licenciatura, aquella «Licenciatura voluntaria por motivos personales», tan falsa como ruin. Había ocurrido durante la que él consideraba, sin lugar a dudas, la etapa más ignominiosa de la historia de España: la conocida como la Transición. Nunca podría olvidar la desesperación de aquella época, la época en la que los traidores al

Régimen se habían unido a los rojos, los enemigos mortales de la patria por la que su familia había vertido su sangre. Los peores temores de los leales a Franco se habían cumplido, y solo podían contemplar impotentes cómo Suárez y el resto de innobles traidores de su camarilla se afanaban codo con codo con la gente de Carrillo y Dolores Ibárruri para saquear la España del Caudillo.

En el año 76, tras la elección como presidente del Gobierno del mencionado Adolfo Suárez, aquel al que don Jaime, leal verdadero, consideraba traidor supremo, los demócratas habían tenido acceso total a todo tipo de documentación clasificada del Ejército español. Documentación que incluía los archivos personales del Generalísimo, que, ya fuese por traición o por negligencia de su Estado Mayor, no habían sido destruidos a su muerte, como era deseo expreso del Caudillo. Dichos archivos fueron objeto de examen minucioso por parte del Ministerio del Interior y las facciones demócratas de las fuerzas de seguridad, ya que podían resultarles de inestimable ayuda; particularmente, de cara a abortar un más que posible golpe de Estado contra el recién nacido sistema, situación que tanto Suárez como su entorno sabían que acabaría produciéndose de un modo u otro. Fue durante esta investigación cuando salieron a la luz las 1752 páginas del registro 123 de los archivos personales de don Francisco Franco Bahamonde, sección de Comandos Organizados Españoles. El llamado *expediente Cernícalo*.

Don Jaime conocía cada detalle de aquel expediente. De hecho, gran parte se fundamentaba en informes que él mismo había redactado y entregado en mano al Caudillo durante años. Sin embargo, los orígenes del comando Cernícalo se remontaban a los primeros años de la alianza hispano-estadounidense, cuando la administración del presidente Eisenhower firmó un pacto con el Generalísimo, con la intención de unir fuerzas contra el diablo comunista que amenazaba con extenderse por todo el globo. España resultó ser un excelente puesto estratégico, que proporcionaba a los americanos una plataforma desde la que lanzar sus operaciones, tanto en Europa como en África, además de mantener vigilados a De Gaulle y a los suyos. Los americanos establecieron varios puntos de operaciones en la Península, algunos de ellos oficiales, como la célebre base de las fuerzas aéreas de Torrejón; otros mucho más discretos, desconocidos para el gran público. España, por su parte, obtuvo el apoyo de Estados Unidos, fundamentalmente de carácter militar, que incluyó el desarrollo de un programa de modernización táctica del Ejército español.

Las tropas del dictador estaban relativamente bien entrenadas y disciplinadas, y su armamento, aunque muy lejos de poder competir con el de las grandes potencias, se había nutrido primero de las ayudas del eje fascista y después, de las del gobierno estadounidense, de modo que no resultaba del todo obsoleto. No obstante, tanto la organización general de las fuerzas armadas como las comunicaciones entre el Estado Mayor, la cadena de mando y los Servicios de Inteligencia resultaban anticuados en el escenario europeo de la Guerra Fría. Los asesores americanos pronto se dieron cuenta de las carencias generalizadas en las fuerzas de seguridad españolas. Claro ejemplo de ellas era la Guardia Civil, el cuerpo policial predilecto de Franco. La Benemérita era considerada por el Caudillo como la guardiana del legado de su fundador, el general Primo de Rivera, dictador que había gobernado España entre los años 1923 y 1930, y por el que el Caudillo sentía gran admiración. La Guardia Civil era, más que cualquier otra institución, el brazo del régimen, presente hasta en el último rincón del país, y como tal actuaba con absoluta impunidad en todo el territorio nacional. Aun así, a pesar de su posición privilegiada

y de ostentar el poder de realizar ejecuciones sumarias sin otro requisito que el propio criterio, la Guardia Civil había fracasado en su tarea de suprimir las células de resistencia izquierdista activas en el país desde el final de la Guerra Civil; aquellas formadas por los llamados *maquis*. Los maquis eran los antiguos defensores de la causa republicana que, habiendo rehusado abandonar su patria, se habían escondido en las montañas para continuar desde allí la lucha contra el régimen. Algunos se limitaban a sobrevivir sin ser vistos jamás, robando y asaltando cuando la necesidad lo exigía; otros se mantenían en contacto con los líderes del Partido Comunista en el exilio, se dedicaban a transmitir las instrucciones del partido, ejecutar sus órdenes cuando les era posible, conducir a camaradas al otro lado de los Pirineos y, en general, a alimentar la llama de la insurgencia en el corazón de un pueblo famélico y oprimido.

Una amenaza tan grande o mayor que la de los rojos se había gestado en los últimos años en las tierras del norte peninsular, concretamente en el País Vasco. Una organización terrorista, de nombre Euskadi Ta Askatasuna, ETA, protagonizaba continuamente episodios de gran violencia contra las fuerzas del Estado, en general, y la Guardia Civil, en particular. El número de víctimas mortales en ambos bandos había alcanzado en poco tiempo cotas escalofriantes, sin que se hubiesen recabado datos sólidos acerca de la organización o la infraestructura de la banda terrorista.

Esta situación resultaba alarmante para los intereses americanos. Un país con cárceles superpobladas y fuerzas de seguridad anticuadas, en el que operaban diversos grupos insurrectos de izquierdas, de los que apenas se conocían datos reales, estaba lejos de proporcionar a la administración Eisenhower una base de operaciones estable. Además, la amenaza internacional de los comunistas españoles exiliados resultaba tanto más peligrosa cuanto mayores eran los éxitos de sus agentes en España. En vista de las circunstancias, Estados Unidos envió a la Península cierto número de agentes de la CIA, instructores de las fuerzas especiales del Ejército y la Marina y expertos en lucha antiterrorista procedentes de distintas agencias federales, entre otros. Su finalidad primordial era la de modernizar los métodos del régimen franquista. Los resultados del programa de modernización táctica, al igual que los del resto de los proyectos estadounidenses en España, incluido el desarrollo del Plan Marshall, fueron irregulares, pero sirvieron para sembrar la semilla que acabaría germinando años más tarde para dar diversos frutos. Uno de ellos fue la más importante operación antiterrorista en la historia del país: la infiltración en el 73 del agente de nombre código Lobo en el seno de ETA, que condujo al arresto de más de ciento cincuenta integrantes de la banda armada; otro fue la formación del comando Cernícalo.

Don Jaime nunca olvidaría el 18 de junio de 1973, día en que, tras ser ascendido a teniente coronel, se le notificó que el Caudillo en persona requería su presencia. Pocos minutos más tarde, el joven Jaime de Hércilla comparecía ante don Francisco Franco Bahamonde en la residencia privada del Caudillo. Allí, el hombre que había llegado a ser el general más joven de Europa confiaba al teniente coronel de tan solo veintinueve años el mando del comando Cernícalo. Paralizado por la impresión, el joven oyó de labios del general los detalles de la misión que se le encomendaba: la dirección de un comando formado por lo más selecto de las COE y destinado a operar fuera del país para dar caza a los enemigos exiliados del régimen. La naturaleza de la misión exigía el más absoluto de los secretos, por lo cual don Jaime era designado responsable único del comando, no teniendo que rendir cuenta de sus actividades ante nadie, a excepción del propio Caudillo.

Así comenzó la historia del comando Cernícalo, nombre tomado de una de las más mortíferas aves rapaces de la península Ibérica. El comando tomó parte en siete misiones entre el 73 y el 75, cinco de las cuales habían resultado un éxito completo; las dos restantes fracasaron por errores en la información facilitada por los servicios de inteligencia, pero el teniente coronel dirigió en persona el comando durante cada una de las misiones sin perder un solo hombre. A pesar de sus éxitos y de contar con el favor del Generalísimo, la naturaleza de sus actividades le hacía imposible la promoción a cargos más altos; dicha promoción le hubiera forzado a abandonar su puesto, dado que no es posible alcanzar dentro de las COE una graduación superior a la de teniente coronel. De modo que, después de un comienzo brillante de su carrera, don Jaime de Hércilla jamás volvió a ascender en el escalafón militar, si bien esto nunca llegó a preocuparle. La oportunidad de servir a su país de forma única bajo las órdenes del mismísimo Caudillo era suficiente recompensa para él. Todo terminó abruptamente cuando salió a la luz el expediente Cernícalo.

Por aquel entonces, el comando había sido ya disuelto y don Jaime servía como un oficial más en el cuartel de Guadarrama. Se encontraba de permiso cuidando de su mujer, que acababa de dar a luz gemelas, cuando los agentes de la Policía Militar irrumpieron en el salón de su palacete familiar, exigiéndole que les acompañara. No dejaron al criado que les anunciase, ni tan siquiera dieron explicación alguna; se limitaron a llevárselo delante de su mujer, de su hijo, de sus hijas recién nacidas y de la servidumbre. Le sacaron de su propio salón, de sus posesiones, como a un delincuente común. Don Jaime no podía evitar escalofríos de ira al recordar aquella escena. Esa misma tarde, el secretario del Ministerio de Defensa le explicó escuetamente que iba a ser licenciado de manera discreta para evitar futuros escándalos. El teniente coronel fue uno de los pocos chivos expiatorios del Ejército español durante la Transición, ya que los representantes del nuevo orden democrático acordaron, de manera casi tácita, no hurgar en las heridas del pasado. Los horrores de la Guerra Civil y de la represión de posguerra eran considerados, al mismo tiempo, demasiado lejanos, demasiado recientes y demasiado delicados para ser tratados en el clima político de la época. Las relaciones con el colectivo castrense eran demasiado tensas; la amenaza de un golpe de Estado militar demasiado real.

En definitiva, la recién nacida nación democrática era demasiado frágil como para permitirse hacer justicia. Cientos de criminales de guerra salieron impunes del proceso, pero el caso del expediente Cernícalo era distinto. Las operaciones en él descritas no solamente constituían delitos de asesinato en primer grado cometidos en años muy recientes, sino que la mayoría de ellos habían tenido lugar en territorio francés y, en varias ocasiones, contra ciudadanos franceses. Lejos de haber prescrito, se trataba de casos criminales abiertos a la espera de nuevos indicios. Además, los hombres del Ministerio de Defensa estaban también al tanto de otras muchas operaciones llevadas a cabo por las COE en el país vecino, en su mayor parte concebidas tan solo como maniobras para evaluación de las tropas, pero que habían tenido como consecuencia la destrucción de varias infraestructuras pertenecientes al Estado francés. La alarma había cundido en el Ministerio al descubrir que, de conducir una investigación exhaustiva de las operaciones del comando Cernícalo, podría iniciarse una reacción en cadena que acabaría salpicando a buena parte de las Fuerzas Armadas, incluidos miembros del Estado Mayor que, sin duda, serían acusados por la justicia gala. Al escándalo internacional se unía el peligro de un levantamiento militar, a menos que el Gobierno se posicionase del lado del Ejército, postura que,

indudablemente, desembocaría en un grave conflicto con el país vecino. En vista de la delicadeza de las circunstancias, se optó por la discreción; no obstante, el Ministerio no podía pasar por alto el asunto sin tomar medidas al respecto: el teniente coronel Jaime de Hercilla y Montalbán debía abandonar el Ejército español.

El Toledo negro traspasó la portilla del Club de Caballeros Escorial, a las afueras de la ciudad, y se detuvo ante la alta puerta arqueada del viejo edificio de piedra de estilo decimonónico. Un aparcacoche —en realidad el único del club— recogió la llave del automóvil de manos del teniente coronel. Antes de cruzar la puerta, don Jaime se detuvo a admirar una vez más el imponente Hispano-Suiza del general Miralles. Aunque su vehículo no estaba a la altura de aquella joya, ni de la mayoría de los coches del aparcamiento semivacío, tampoco podía decirse que se contase entre los vehículos más humildes de los socios del club.

Una vez dentro, se dirigió a don Anselmo, el recepcionista, para pedirle la llave del reservado número 7. Una de las peculiaridades de aquel lugar, cuyos interiores estaban decorados con maderas nobles y apolilladas, lámparas y relojes de pared de dos siglos atrás y cuadros militares, ecuestres y de caza oscurecidos por el paso de los años, era la total ausencia de mujeres entre el personal del club. Ni una sola fémica había penetrado en aquel edificio desde la fundación del Club de Caballeros Escorial, hacía más de cien años.

Ya dentro del reservado, don Jaime colocó su pañuelo sobre la lámpara de mesa decimonónica, atenuando más aún la de por sí trémula luz, y la colocó en el extremo más alejado de la mesa. Hecho esto, cogió un ejemplar del *ABC* de entre el montón de periódicos que había en un revistero, junto a la puerta, y comenzó a hojearlo. Pasaron un par de horas. En dicho lapso, el ex teniente coronel tuvo tiempo de ratificar lo dramático de la situación política en todo el mundo, y aún le alcanzó para empezar a resolver la partida de ajedrez de la sección de pasatiempos, cosa que hubiera hecho en pocos minutos de no ser por la interrupción de tres golpes, rápidos y secos, en la puerta del reservado.

—Adelante —dijo don Jaime.

La puerta se abrió dejando pasar a un hombre robusto y vigoroso, de unos cuarenta y pocos años, vestido con un traje color pardo oscuro. Si don Jaime hubiera podido ver a través del papel de periódico, hubiera dictaminado que era un hombre poco acostumbrado a vestir con distinción, pero no podía vislumbrar a su contacto más de lo que este podía verle a él. Suponiendo que la persona con la que tenía que tratar se encontraba tras la barrera de papel, el recién llegado tendió una mano callosa en esa dirección.

—Me llamo... —empezó a decir con voz grave.

—No me interesa su nombre. Cierre la puerta y siéntese de una puta vez. Llega tarde —dijo con voz de mando—. Yo le llamaré Carrión. ¿Sabe usted algo de los infantes de Carrión?

—No —respondió Carrión muy serio.

—No podía ser de otra manera. Deje el *dossier* sobre la mesa si es tan amable.

—¿*Dossier*?

—Ya sabe, la información sobre el objetivo. ¡No tengo todo el día, hijo!

—Tengo una foto..., el resto de la información pensaba dársela oralmente.

El teniente coronel estalló detrás de las páginas del *ABC*.

—¿Oralmente? —tronó—. ¿Acaso piensa que cuando mi compañía pide información explícita se conforma con los cuentos de un cretino cualquiera? ¡Habrase visto semejante estupidez!

Rápido como una serpiente, el hombre del traje pardo se abalanzó sobre él, el rostro convulsionado de ira. Sin embargo, antes de que su mano llegase siquiera a la altura del periódico, el teniente coronel le agarró por la nuca, haciendo que su propio impulso le estrellase la cara contra la mesa de caoba para, acto seguido, retorcerle el brazo hasta que estuvo a punto de rompérselo.

—Escúcheme con atención —dijo don Jaime pausadamente—. A mí no me interesa quién es usted, ni a usted le interesa quién soy yo. Si quiere hacer negocios conmigo, deberá proporcionarme un *dossier* por escrito lo más detallado posible, adjuntando todas las fotos y documentos que pueda encontrar. Deberá dárselo en mano al párroco de la iglesia de San Pablo, cerca de Sigüenza. Lo encontrará en el confesionario de la izquierda el día 26 de este mes, a la tres menos cuarto de la tarde. Ni otro día, ni a otra hora. ¿Entendido?

—¡Ja! Tú debes de haber sido madero, de los grises, ¿eh? —siseó Carrión—. Eres muy rápido; para ser un vejestorio de cuando Pacho.

Lo siguiente que se oyó fue un fuerte crujido, producido cuando el hombre del traje pardo se dislocó el hombro a propósito, librándose así de la presa. A continuación agarró a su agresor por la tráquea, empujándole violentamente de cabeza contra la pared. Carrión miraba divertido al exmilitar mientras, con la mano libre, se limpiaba la sangre que salpicaba su perilla entrecana.

—No soy rencoroso, viejo —imitó la forma de hablar pausada que había utilizado don Jaime—. Haremos negocios como buenos amigos; me gusta tratar con profesionales de mi talla. Pero, ahora que ya nos hemos visto las jetas, te recomiendo que te andes con ojo si no quieres que te arranque los dos de cuajo y te los meta por el culo. ¿Entendido? —Dicho esto, soltó a su presa y salió del reservado, mientras trataba de alisar su maltratada chaqueta.

Don Jaime se quedó dentro, pensativo. Pocas personas habían logrado sorprenderle de aquella manera..., aunque también era cierto que había conocido a pocas personas capaces de dislocarse un hombro solo para dejar clara su postura. Tal vez se estaba haciendo demasiado viejo e iba siendo hora de retirarse, pero, aunque hubiera preferido no hacerlo, tenía que llevar a cabo aquel trabajo. Lo más recomendable era despacharlo rápido, para quitarse a aquel chalado de encima. No dejar que sus clientes le viesan la cara era su regla número uno, pero ahora que la había roto, no le quedaba más remedio que «hacer negocios».

IV

—Me temo que vuelves a perder, Barthélémy. Jaque mate.

La mano moteada de manchas parduzcas deslizó lentamente el alfil negro hasta colocarlo diagonalmente a tres casillas del rey rojo. Ambas figuras eran de cristal de Bohemia, al igual que la superficie del tablero de ajedrez. El juego completo era probablemente más caro que todo el mobiliario de la habitación, a pesar de que se trataba de una de las habitaciones del Mont Sacré, la residencia geriátrica más exclusiva de toda Marsella.

La habitación mediría unos veinte metros cuadrados, sin incluir el balcón, y se encontraba bajo una suave luz anaranjada, iluminada por los últimos rayos que desprendía el sol mientras se hundía lentamente en las aguas del Mediterráneo. Los acordes del *Tamerlano* de Haendel, más que salir del equipo de música, parecían traídos del exterior por la brisa, como si formaran parte del paisaje.

—Siempre fuiste un estratega cojonudo, viejo amigo.

—Ya no. Ahora solo soy un jubilado más, vago y gruñón, como tú.

—No, Antoine, yo no soy como tú. Yo tengo la decencia de disfrutar de mis rentas; tú te empeñas en pudrirte aquí dentro como un puto pensionista. Acabarás muriendo por sobredosis de píldoras, víctima de una enfermera incompetente.

El aludido soltó una ronca risotada.

—Eso sí que sería terriblemente irónico, ¿no te parece?

Su interlocutor le observó durante unos segundos sin decir nada. Antoine Cirazzi había sido un hombre alto, de hombros anchos y esbelta figura, aunque desde los veinte años no tenía mucho más pelo que en la actualidad. Sin embargo, pocos que le hubiesen conocido quince años atrás habrían sido capaces de reconocerle. Su piel amarillenta mostraba numerosas manchas de color pardo aquí y allá. Sus ojos, oscuros, inteligentes, y antaño llenos de vida, se habían apagado y hundido tanto que parecían pequeños pozos de oscuridad. La espalda, delgada y encorvada, parecía incapaz de sostener la gran cabeza que, a sus setenta y seis años, conservaba intacto un cerebro brillante.

—Jamás lo entenderé —Barthélémy Galgani, que así se llamaba el otro hombre, rompió el silencio finalmente—. Después de trabajar toda nuestra vida, ¿por qué insistes en pasar tu vejez aquí dentro? Podrías comprarte una mansión con un ejército de médicos, enfermeras..., lo que tú quisieses.

—¿Qué ocurre? ¿Tan humillante te resulta visitar a tu viejo amigo en un asilo? —respondió Cirazzi, mostrando siempre una sonrisa entre cínica y cansada.

—Sabes que no, pero...

Bruscamente, pero sin variar el tono de voz, Antoine le interrumpió:

—¿Nunca llaman a tu puerta?, ¿nunca tiran de tu manga?, ¿no te cuchichean al oído mientras desayunas?, ¿no te zarandean en tu cama para impedirte dormir?

Galgani guardó silencio, con la mirada perdida en la pared detrás de su amigo. Un vulgar bodegón de gran tamaño colgaba de ella; ni siquiera estaba firmado. Esta vez fue Cirazzi quien le observó. El gran Barthélémy Galgani había cumplido los sesenta hacía más tiempo del que le hubiese gustado reconocer, pero los años parecían haberle tratado con cariño: los mismos ojos de acero, las mismas manos grandes y enérgicas, la misma espalda que aún se erguía orgullosa. Su pelo, totalmente blanco y poco poblado ya, junto con algunas arrugas, eran los únicos testigos del paso del tiempo por su persona.

—Supongo a qué te refieres... —respondió finalmente de mala gana.

—Por supuesto, Barthélémy. Las voces de tu pasado, tus culpas, tus pecados. ¿A qué me voy a referir si no?

—Te haces demasiado viejo. Hace toda una vida que escogimos nuestro camino, y yo no me arrepiento de nada. Acuérdate de aquellos a los que beneficiamos, las familias que nos lo deben todo... ¿Nunca piensas en la cantidad de chicos, nacidos pobres, que hemos mandado a las mejores universidades? ¿En los marineros famélicos que se han comprado sus propios barcos gracias a nosotros? Parece como si eso no contase para ti; le das demasiadas vueltas a esa cabezota de ajedrecista.

—No, ya no. Aquí dentro he encontrado la paz, en la medida de lo posible. He exorcizado parte de mis demonios; el convivir con los demás residentes, lo creas o no, ayuda. Aquí dentro nadie me conoce ni me juzga; eso me hace más fácil olvidar.

Galgani cogió su sombrero y se levantó. La luz era ya muy tenue, el horario de visitas estaba a punto de concluir; al igual que el *Tamerlano*.

—Me alegro por ti. Supongo entonces que mis visitas no te son muy agradables, ¿eh?

—Al contrario, siempre me alegra verte —contestó Antoine—. Te deseo el mayor de los éxitos en tus proyectos, pero yo ya no puedo ayudarte con ellos.

—Lo entiendo, viejo amigo. Cuídate mucho.

Ambos se estrecharon la mano y el visitante salió de la habitación. En la puerta le esperaba un hombre extraordinariamente alto y corpulento, de anchas espaldas, oronda barriga y gran cabeza rapada. El grandullón, cuyo nombre era Fígaro, tendría algo más de cincuenta años. Los dos salieron del edificio y cruzaron el patio exterior. Galgani prendió un puro mientras atravesaban el portón de entrada y se dirigían hacia su Bentley Continental GT, aparcado a unos cincuenta metros de la salida. Uno de los hombres que iban en él se apeó para abrir la puerta trasera al verles; estaban a unos pasos del vehículo. Fígaro, como de costumbre, caminaba a una zancada de su jefe, oteando en círculos los alrededores tras sus gafas oscuras, cuando vio el reflejo en la azotea al otro lado de la calle. Reaccionó de inmediato.

Desde la azotea frente al Mont Sacré, el francotirador pudo ver, a través de la mira telescópica de su rifle, cómo el enorme guardaespaldas se abalanzaba sobre su jefe en el momento en que él apretaba el gatillo. Apenas vislumbró el estallido de sangre; era lo suficientemente profesional como para saber que había fallado, había sido localizado y no tenía un segundo que perder. Se dejó caer de espaldas tras el murillo de la azotea mientras desmontaba rápidamente el rifle; tardó unos cuatro segundos en hacerlo, dos más en guardarlo en su maletín. Hecho esto, rodó

hacia la entrada de la azotea, unos cinco metros a la derecha de su posición, se incorporó y se lanzó corriendo escaleras abajo hasta el rellano del primer piso; allí empujó una hoja de la ventana, la cual había abierto al subir, y saltó hacia el patio interior con el maletín entre los brazos. Encajó la caída rodando sobre el hombro derecho y continuó su carrera sin perder un segundo, atravesando el patio hasta la ventana del piso bajo de enfrente, que también se abrió al empujarla. Cruzó el bajo de la casa caminando apresuradamente, con la cara tapada por el cuello de su gabardina. Afortunadamente para sus planes, no se cruzó con ningún vecino, aunque esto tampoco le hubiera supuesto mayor problema.

Así pues, menos de dos minutos y quince segundos después de fallar su disparo, el francotirador se alejaba a toda velocidad de la escena del crimen a lomos de una Honda Varadero 1000. El registro realizado por los agentes de la Policía Nacional, que llegaron a la escena del crimen seis minutos más tarde, no dio más resultado que el hallazgo de un casquillo de calibre 7,62.

Para cuando dieron por terminada su búsqueda, el francotirador se alejaba de Marsella por la autopista, forzando el motor de su montura por encima de las ocho mil revoluciones por minuto. Las posibles multas de tráfico no parecían entrar dentro de sus preocupaciones inmediatas. Su huida no se detuvo hasta llegar, menos de tres horas después, a la catalana villa de Figueres.

Era cerca de medianoche, hacía una temperatura agradable y en el cielo apenas se vislumbraban algunos jirones de nubes dispersos. El motorista circulaba despacio por las calles empedradas del casco viejo mientras examinaba la pequeña ciudad. Bajo la luz de las estrellas y los faroles, el lugar casi parecía una idílica postal; con sus casitas de dos y tres pisos, entre las que se veían algunos edificios mayores aquí y allá. Era viernes, había luz en muchas de las ventanas y casi todas las tascas estaban abiertas. Desde fuera se podía oír la voz de los parroquianos, embebidos en sus conversaciones; aunque la liga de fútbol había acabado ya, este parecía el tema más habitual aquella noche. No solo ese; por mucho que los oriundos de la comunidad catalana negasen su nacionalidad española, fútbol, coches y mujeres eran y seguirían siendo los temas de conversación favoritos del pueblo español; los figuerenses no constituían ninguna excepción.

El motorista aparcó su vehículo enfrente de una fonda de aspecto más tranquilo que las demás, se quitó el casco y se apeó. Casi de inmediato, un grupo de mozalbetes se acercó para admirar la potente máquina.

—¡Menuda burra que tienes, *nen!*, ¿nos dejas dar una vuelta o qué? —El mozo y sus compañeros parecían algo ebrios. El motorista sonrió mostrando una fila de dientes immaculados por debajo del negro bigote.

—Si me *la sacán* brillo con garbo, yo les dejo subir encima como los niños chicos. ¿Les parece?

—Nos ha salido gracioso el argentino, tú. A ver si la vamos a tener ahora...

El muchacho y sus dos compañeros se acercaron al extraño. Ninguno de ellos aparentaba más de veinte años.

El hombre no se movió de su sitio; se limitó a sonreír mientras se quitaba los guantes con calma. Uno a uno les miró a los ojos durante un par de segundos. No hizo falta más. Su sonrisa se ensanchó cuando vio que los tres apartaban la mirada.

—No soy argentino, soy del Uruguay; no lo olviden, amigos. Mejor váyanse a buscar unas

chicas; no hace falta moto para eso.

Los tres jóvenes, atribulados, se alejaron calle abajo sin mediar palabra. Algo en la mirada de aquel hombre de pelo cano era capaz de helar la sangre, incluso en las venas enardecidas por el alcohol.

La fonda era humilde, de solo dos pisos. El bajo se distribuía en una cocina, un almacén y el bar, que mediría unos veinte metros cuadrados. Tenía una larga barra de madera, muy usada, detrás de la cual se veía cierto número de botellas y recipientes varios, y en cuyo extremo descansaba la anticuada caja registradora. Por lo demás, solo se veían media docena de mesas con cuatro taburetes cada una, una tragaperras, una expendedora de tabaco y un teléfono público de monedas color verde. En la pared opuesta a la barra había colgadas varias fotos de jugadores del club de fútbol Unió Esportiva Figueres, en medio de las cuales destacaba un cuadro grande con una foto de equipo y una inscripción: «Final de la Copa Cataluña 1999-2000».

El uruguayo de pelo cano se dirigió al dueño de la fonda, un hombre delgado y enjuto, cuya cara mostraba un sinfín de profundas arrugas, y le pidió de cenar. Mientras esperaba su cena, se dirigió al teléfono donde introdujo una moneda de euro. Se giró tras captar la fugaz mirada de un anciano que jugaba al dominó con otros tres en la única mesa ocupada. Este volvió la vista a sus fichas blanquinegras de inmediato. La conversación telefónica fue breve.

—Jaguar...

—El asunto se ha torcido, tenemos que hablar ahora mismo...

—Conforme.

Y colgó el auricular.

Al otro lado del hilo, don Jaime de Hercilla y Montalbán cortaba la conversación en un teléfono móvil, rompiéndolo en pedazos entre sus manos, tras lo cual guardó los restos en el bolsillo de su bata de seda granate. Miró en torno suyo. Desde la terraza del caserón familiar de los Hercilla podía dominar todas sus posesiones; en una época anterior, la hacienda había sido lo suficientemente grande como para no poder abarcarla con la vista desde ningún punto, pero esa época había pasado. Apoyado en la gastada barandilla de madera, el viejo exmilitar reflexionaba. Toda una vida luchando para mantener su feudo familiar, una vida entera de trabajo dedicada a pagar las deudas de sus antecesores parecía irse por el desagüe. Sus posesiones habían ido mermando poco a poco desde que pasaran a sus manos, y con ellas, el número de sus criados y jornaleros. Seis décadas atrás, los Hercilla eran servidos por varias familias enteras de campesinos; ahora a duras penas podía mantener a cinco empleados.

Cuando don Jaime entró en el edificio atravesando el amplio salón principal, no pudo evitar un sentimiento de humillación bajo la mirada de sus antepasados, que parecían observarle con desdén desde lo alto de las paredes. Incluso el lujoso interior del caserón había degenerado: los antiguos muebles y tapices se veían caducos y decadentes. En la sala de juegos le esperaba Francisco, su hijo y heredero; los naipes cuidadosamente colocados sobre la mesa demandaban la conclusión de la partida inacabada.

—¿Ocurre algo, padre?

—Malas noticias, un viejo amigo ha tenido un accidente de tráfico; tengo que ir a verle al hospital.

—Te acompaño. —Hizo ademán de levantarse, pero el teniente coronel se lo impidió poniéndole la mano en el hombro.

—No, tú tienes que descansar. Mañana temprano tienes que volver al cuartel.

—Puedo avisar de que me retrasaré un poco por...

—¿Qué cojones dices? —tronó el teniente coronel—. El deber es sagrado, ¡sagrado, Francisco! ¿No has aprendido nada de tu padre? ¡Con esa actitud acabarás por tirar el nombre de nuestra familia por el fango!

Francisco bajó la cabeza compungido.

—Perdóname, padre —respondió con voz trémula.

—Anda, anda, no te disculpes, y estrecha la mano de tu padre.

El rostro de Francisco se contrajo ligeramente al sentir la presión de aquella mano de acero, lo que causó una mueca de disgusto en don Jaime, que, sin mediar palabra, dio media vuelta y se dirigió a su habitación.

«El Ejército de hoy en día ya no sabe hacer hombres como los de antes —pensaba el teniente coronel—. La nación está perdida.»

* * *

Varias horas más tarde, poco antes de las cinco de la madrugada, el Toledo negro aparcaba oculto entre unos árboles cerca de la iglesia de San Pablo, en las inmediaciones de Sigüenza. Al otro lado del muro de la iglesia, junto a una esquina, esperaba el hombre que había telefonado una hora antes. Este se sobresaltó al ver que una de las piedras del muro se movía y caía al suelo; antes de eso, su fino oído no había captado sonido alguno. Al momento oyó una voz familiar al otro lado del hueco.

—¿Qué ha ocurrido?

—El objetivo no es quien aparenta ser. Va siempre muy bien protegido, su guarda personal no parece gran cosa, pero es un experto. Ese gordo conoce su trabajo; interceptó la bala.

—Culpa tuya; tenías que esperar a que estuviese desprotegido. Fallaste como un puto principiante.

El eliminador apretó los puños con rabia antes de dominarse para responder.

—¡Escuchame, pelotudo! Llevo demasiado en este oficio como para no reconocer una cagada de documentación. Si yo te digo que el hijo de la chingada no es ningún comerciante ricachón, *podés* estar seguro de que es así. No le he quitado ojo en tres semanas. Se mueve con gente turbia, sus hombres no se le *despegán* ni a sol ni a sombra, y no son precisamente guardaespaldas de una agencia de trabajo temporal: son asesinos. *Decime* cuándo he fracasado yo.

Al otro lado del muro se hizo el silencio durante unos segundos.

—Te daré el beneficio de la duda porque sé que eres bueno en tu oficio, pero ahora va a ser jodido acabar con nuestro hombre. ¿Qué piensas hacer?

—Yo ya no soy joven, amigo. Este contrato está por encima de mis limitaciones. Necesita a otro eliminador; el precio puede aumentar largamente...

—No me jodas, tú eres el mejor contacto que tengo. —La voz del contratista sonaba cada vez más iracunda—. Si me dejas tirado te juro que te vas a arrepentir aunque me cueste todo lo que tengo. ¿Entiendes?

El eliminador sonrió; como buen depredador podía oler el miedo a kilómetros.

—*Calmate*, amigo, todavía podemos deshacer la cagada. Puedo ponerte en contacto con un elemento muy bueno, quizás el mejor que hay.

—¿Cómo sabes que es tan bueno? ¿Tienes referencias sólidas?

—Sé de qué hablo. Yo le introduje en el negocio, es un genio. Le conocí hace mucho, en mi patria; es una larga historia.

Al otro lado se oyó un chasquido, seguido del murmullo de una grabadora de cinta magnética.

—Te escucho, y no dudes que voy a comprobar cada detalle.

V

El ambiente nocturno de Barcelona es conocido en toda Europa por sus colosales macrodiscotecas, lugares en que ritmos imposibles y deslumbrantes espectáculos de luces conspiran con el alcohol, los narcóticos y las feromonas para dejar al descubierto el lado animal de la clientela. Sus habituales, adictos a este estado salvaje, pagan gustosamente los precios de estos templos del frenesí, los cuales proporcionan pingües beneficios a sus propietarios.

Uno de los locales más de moda de la ciudad en aquel momento —ya que la fama de estos lugares es efímera en ocasiones— era la discoteca Extravagario, en la zona del puerto deportivo. El equipo de seguridad, formado por hasta dieciocho hombres en las noches más fuertes, era coordinado por Santiago Matesanz, quien había conseguido el trabajo gracias a su amistad con Adolfo Romea, un antiguo pistolero que, años atrás, había hecho lucrativos negocios con los señores de la droga marseleses gracias al Segador. Romea había montado la discoteca con los ahorros de su carrera criminal, y procuraba mantenerse tan limpio como podía estarlo el dueño de una macrodiscoteca de éxito. Confiaba en la eficacia de Santiago para mantener su local libre del tipo de individuos que acaban estropeando la reputación de un local de moda; tarea que Matesanz, gracias a su amplia experiencia, cumplía a la perfección.

En aquel momento, el jefe de seguridad de la discoteca disfrutaba de una copa de Macallan con hielo en la barra. El local estaba vacío, salvo por él y por unos pocos camareros, dedicados a limpiar y recoger apresuradamente. El Extravagario presentaba un aspecto extraño bajo la luz blanca de los focos, casi como una nave industrial abandonada. Resultaba obvio que no había sido diseñado para la luz blanca, el vacío y el silencio; diríase que el bullicio formaba parte integral de la estructura, en cuya ausencia amenazaba con desmoronarse.

Santiago se pasó una mano por el fibroso cuello. No podía quejarse de la dureza del trabajo, pero el contraste con tantos años de aislamiento le estaba afectando más de lo que esperaba. Siempre había sido aficionado al mundo de la noche. Mucho antes de empezar a delinquir había sido asiduo de aquellos lugares, pero los años de crimen y de cárcel le habían cambiado; ya no podía reconocer, ni remotamente, a aquel joven juerguista del barrio de Gràcia.

Se oyeron pasos que resonaban en las paredes, pasos de tacones que se acercaban hacia donde estaba sentado Santiago, pero este no se movió. Al momento su olfato captó, entre el olor a humo y a sudor, un perfume de mujer; un perfume que sacudió su memoria como una descarga eléctrica, incluso después de tantos años. Sintió una suave mano sobre su hombro. Una voz aterciopelada a su lado le proporcionó una descarga más intensa aún que la anterior.

—Me alegro de que hayas salido, Santi.

Lentamente, como adormilado, el hombre deslizó su mano callosa sobre la de la mujer; las

puntas de sus dedos parecían arder al tacto. Giró la cabeza con la misma lentitud y se encontró mirando a los ojos verdes de aquel rostro de su pasado. Chjara Galgani. Los años tampoco habían pasado en balde para ella. Ya no era una muchacha, pero a sus ojos nunca había sido más hermosa.

—Yo también me alegro de verte, pequeña Chja.

La mujer le abrazó dulcemente, apretando su rostro contra el suyo. A pesar de la suavidad de Chja, Santiago sintió que su pecho le dolía como si se lo estrujasen con fuerza sobrehumana. Devolvió el abrazo.

—Hacía mucho que nadie me llamaba así —susurró ella en su oído.

—Seguramente menos tiempo del que hacía que no me abrazaban así.

Ella se separó al cabo de pocos segundos. Se sirvió una copa de la misma botella que el exconvicto y tomó asiento a su lado.

—Hace casi dos meses que saliste y no has intentado llamarme ni visitarme. ¿Por qué?

No obtuvo respuesta alguna. El Segador examinaba la barra a través de su copa de *whisky*.

—Tampoco has visitado a mi hermano, ¿verdad?

Esta vez él levantó la cabeza para mirarla. Su expresión era sombría.

—No, no creo que quede gran cosa de mi cuenta. Los abogados y tal...

—Ya... No fue fácil acortar tu condena; los cargos eran muy graves... Aquel policía que mataste el día que te...

—¡Cállate! —De improviso, Santiago arrojó su copa contra el suelo y se levantó bruscamente, de espaldas a Chjara.

Ella se quedó mirando los trozos de cristal y de hielo esparcidos a su alrededor. Hubiera sido un gran motivo para un cuadro. Un trágico cuadro.

—Lo siento —susurró.

Se habían quedado solos en el local. Santiago caminaba hacia la salida, y se volvió en el quicio de la puerta para responderle:

—Yo también lo siento, pequeña Chja. También lo siento.

Ella no se había movido. Su melena color miel caía lánguidamente sobre la barra, sus largas piernas parecían enroscarse alrededor del taburete.

—Tengo que cerrar.

—Santi, no vengo en visita social. —Su voz se había enfriado repentinamente.

Él sintió un escalofrío en los huesos. Llevaba temiendo ese momento desde que había olido el jazmín de su perfume.

—Vengo de parte de mi padre —continuó ella.

El Segador se quedó en el quicio de la puerta, imperturbable. Ni un músculo de su cara se había movido, pero sabía que la mujer le conocía demasiado bien como para no adivinar lo que pasaba por su cabeza. Chjara llegó junto a su amigo y puso una delicada mano sobre su antebrazo.

—Acompáñame, por favor.

Salieron del Extravagario. Dos hombres esperaban a ambos lados de la puerta, otros dos aguardaban ante sendos Audi A8 aparcados sobre la acera; ningún guardia municipal les había molestado durante el tiempo que llevaban allí. La pareja se introdujo en el primero de los vehículos, los hombres de la puerta se acomodaron en el otro; un ronco rugido inundó la calle cuando los motores de ambos vehículos arrancaron prácticamente al unísono.

Santiago miraba distraídamente por la ventanilla del lujoso Audi mientras acariciaba sin

querer la tapicería de cuero. Él siempre había adorado los coches caros, aunque ahora le recordasen todo lo que había perdido; los recuerdos que le inspiraba su compañera de asiento eran más dolorosos aún. El puerto deportivo de la Ciudad Condal se deslizaba ante sus ojos, en toda su majestuosidad, bajo el sol deslumbrante de julio. El brillante espectáculo de los exclusivos yates no tardó en dar paso a la sencilla belleza de la costa mediterránea; se dirigían hacia el norte. Tras más de media hora, mientras observaba cómo el otro A8 idéntico les adelantaba por segunda vez, el Segador se decidió a romper el silencio reinante.

—Mucha seguridad para una simple hostelera, ¿no?

Su voz no traslucía emoción alguna, pero Chjara captó perfectamente la ironía de la pregunta; lo que realmente quería decir era: «¿Qué cojones está pasando aquí?». Se esforzó por sonreír y dirigirse a él en tono conciliador.

—¿Crees que quiero secuestrarte?

Su compañero de asiento dejó escapar una breve risilla amarga.

—No me hagas reír. ¿Yo, secuestrado por cuatro gorilas con gafas de sol? Necesitarías un puto ejército para eso.

El exconvicto captó un gesto de desagrado en el rostro de los dos gorilas de delante; les dedicó una cínica sonrisa a través del retrovisor.

—Sigue gustándote hacerte el gallito —le respondió ella.

—Va a ser mejor que te dejes de pijadas antes de que pare a mear en la próxima gasolinera y no me vuelvas a ver más.

Chjara respondió a la rudeza de su amigo con el mismo tono frío de antes.

—Ayer un francotirador atentó contra la vida de mi padre. Fígaro le salvó la vida y a cambio recibió un balazo por encima del riñón derecho.

Por primera vez desde que subieran al coche, Santiago la miró; muy a su pesar, no pudo disimular su consternación. Chja, por el contrario, seguía siendo un témpano.

—¿Saldrá de esta?

—Los médicos dicen que de momento está fuera de peligro, pero la bala le seccionó la columna. No volverá a caminar.

—Joder. —Volvió la vista de nuevo hacia la ventanilla. En sus ojos se reflejaba aún la impresión; apreciaba al viejo Fígaro—. Oye, pequeña Chja —inquirió de improviso. Su voz traslucía algo más que simple curiosidad—, ¿tu padre no se había retirado?

—Lleva años retirado; por eso me ha mandado a buscarte.

Ambos coches siguieron ruta toda la mañana, pasaron por la frontera en Irún sin detenerse y prosiguieron hacia el este. Escogían siempre carreteras secundarias y tomaban numerosos desvíos, lo cual Matesanz identificó como una medida más de seguridad. Hacia las cuatro de la tarde se detuvieron en un restaurante de carretera, varios kilómetros al sur de Nîmes. Comieron en dos turnos. Chjara, que no había vuelto a intercambiar palabra con su compañero de viaje, se dirigió a él de nuevo mientras comían.

—Debes de estar agotado. ¿Por qué no echas una cabezada en el coche? Todavía nos quedan unas cuantas horas de viaje.

—No tengo sueño —fue la escueta respuesta.

Tal y como Chja había predicho, siguieron viajando hasta bien entrada la noche. Poco después de las doce alquilaban habitaciones en un hotel de carretera, donde consiguieron que les sirviesen

una frugal cena fría... no sin abonársela generosamente a la dueña del establecimiento, una marsellesa baja y rechoncha con cara de pequinés malhumorado. Tras la cena, mientras los guardaespaldas disponían las habitaciones convenientemente, Santiago y Chja fumaban sendos cigarrillos en el *hall* del hotel.

—¿Te imaginas? Yo, dueña de varios hoteles de categoría en España y Francia, pasando la noche en un hotelucho de tercera.

—Sí, y en compañía de un exconvicto. Esto podría arruinar tu carrera. —Los dos rieron con ganas durante unos segundos; después Chja se acercó a su compañero, deslizándole una mano sobre el pecho.

—Estoy pensando que tal vez podamos compartir habitación —le susurró.

Santiago la atrajo hacia sí, introduciendo la mano entre los cabellos de su espesa melena color miel, y la besó suavemente en el cuello antes de apoyar su frente contra la de ella.

—¿No te das cuenta? Vuelves a ser la hija de mi jefe. Además, estás casada.

—Casada —repitió ella con desdén—. No me acuerdo de la última vez que vi a Lorenzo, hará por lo menos dos meses. Él no importa nada y tú lo sabes; todavía no has hablado con mi padre, no tiene por qué enterarse...

—Se enterará de todas formas, no es solo eso, es más complicado de lo que parece. Yo no quiero esto, no quiero volver a meterme en esta mierda. No sé lo que va a pasar; y tú, siendo quien eres..., ya sabes.

Ella se apartó. Clavó una triste mirada en el suelo.

—Comprendo —su voz volvía a ser de hielo—. ¿Por qué no te vas, entonces? Lárgate y olvida al viejo. ¿De verdad crees que le debes algo después de todo lo que pasó?

—Tú no lo entenderías, no puedo negarme.

Chjara no contestó, se limitó a dar media vuelta y marcharse escaleras arriba.

Poco después, Santiago se dejaba caer vestido sobre la cama de su habitación. Era pequeña pero acogedora, decorada con un estilo hogareño poco habitual en aquella clase de establecimientos. El suelo de madera, las dos alfombras, los muebles de estilo rústico y los cuadros con escenas de caza creaban una atmósfera de lo más confortable. A pesar de la diferente decoración, la estancia le trajo a la mente recuerdos de su juventud, cuando aún vivía en Barcelona con su familia.

La madre de Santiago era del barrio de Les Rambles. Hija de una verdulera, nunca supo quién era su padre; tampoco tuvo nunca tiempo de interesarse por ello. Empezó a ayudar a su madre en la plaza a muy tierna edad, hasta que la mujer murió de tuberculosis. La joven Marta, que así se llamaba, fue expulsada de la buhardilla donde malvivía y se vio obligada a vivir en las calles. Tuvo que aprender a robar para evitar la prostitución. A los quince años se había convertido en una ladronzuela tan hábil que cierto perista de mediana edad, al que conocía por el nombre de Joan, se interesó por ella, proponiéndole que entrase a su servicio. El hombre resultó no ser mala persona, y adoptó a la chica como a la hija que nunca había tenido.

Transcurrieron los años y Marta siguió trabajando para Joan, hombre diestro en su oficio, que transmitió a la chica gran parte de sus conocimientos; con tan solo veinte años, la huérfana había aprendido más de economía y comercio que la mayoría de los economistas de carrera. Una noche la despertaron unos golpes en la puerta del local, justo debajo de la pequeña vivienda donde se alojaban el perista y su pupila. Espiando a través de las cortinas de su habitación, la joven pudo

ver cómo su protector dejaba entrar a un hombre alto y recio que caminaba con dificultad; cuando subieron a la vivienda se dio cuenta de que el hombre sangraba profusamente por el lateral izquierdo del vientre. Esa noche la pasó Marta en vela asistiendo a Joan, que se las arregló para extraer la bala del cuerpo del desconocido y coser la herida; la chica, que ignoraba aquella faceta de su protector, se cuidó mucho de hacer ningún tipo de pregunta al respecto. Durante los días siguientes no salió de la vivienda, se dedicó a atender al herido con tal discreción y solicitud que este, a pesar de lo delicado de su situación, acabó prendándose de ella.

Al cabo de una semana, Mathieu, que así se llamaba el hombre, y Marta iniciaron una intensa relación. Ambos compartían la misma pasión por la vida, por las cosas insignificantes a ojos de los demás, por cada bocanada de libertad..., y pronto descubrieron que también compartían una pasión desenfrenada el uno por el otro. Tanto fue así que después de un mes, tras restablecerse por completo, Mathieu le pidió que se fuese a vivir con él a Marsella; ella aceptó. Un año después contrajeron matrimonio. Él tenía veintiocho años, ella veintiuno, y esperaban un hijo desde hacía tres meses. Fue el día de su boda cuando Marta comprendió lo bien relacionado que estaba su esposo. El banquete fue mucho más lujoso de lo que ella se habría atrevido a soñar jamás, y los invitados parecían realmente opulentos; la mujer jamás preguntó a su marido acerca de sus negocios, pero enseguida comprendió que tenía mucho más dinero del que quería aparentar.

Después de nacer el niño, al que llamaron Santiago, la familia se trasladó a un chalé a las afueras de la ciudad, en Saint-Henri, donde el niño creció entre la sociedad de clase alta que poblaba la vecindad. Mathieu mostraba siempre especial cuidado en no llamar la atención sobre sus recursos económicos; un abogado llevaba sus cuentas cuidadosamente. De cara al Ministerio de Hacienda, cobraba un salario y primas como jefe de ventas de una filial de Mare Nostrum, una distribuidora de embarcaciones ligeras con sede central en Córcega. El supuesto jefe de ventas jamás traicionó su coartada.

Santiago creció completamente ajeno a los negocios turbios de su padre. Se acostumbró desde pequeño a sus ausencias de varias semanas por viajes de negocios. Siempre volvía cargado de regalos y pasaba los días siguientes jugando con él, llevándole a pescar y a dar largos paseos en lancha. El pequeño Santi destacaba tanto en los estudios como en deportes, sacaba buenas notas y era popular en el colegio; llevaba una vida aparentemente feliz y tranquila, al igual que su familia. La situación no duró demasiado; a la edad de nueve años Santiago supo de labios de Marta que su padre había fallecido en un accidente, acontecimiento que supuso un vuelco radical en sus vidas.

Santiago, su madre y su hermana Élodie, de tan solo diecisiete meses de edad, se trasladaron a Barcelona, a un pequeño apartamento del barrio de Gràcia. Su situación financiera se deterioró sensiblemente —al parecer, el cabeza de familia les había dejado tantas deudas como ahorros— y Marta tuvo que aceptar un trabajo de camarera en una cafetería para hacer frente a los pagos. Al hacerse mayor, el marsellés llegó a considerar a su madre una bruja de las finanzas, ya que la situación económica de la familia en los años siguientes, si bien modesta, resultaba más cómoda de lo que cabría esperar de un sueldo de camarera.

Al poco tiempo de trasladarse a Barcelona, el pequeño Santiago dio muestras de una gran fortaleza de carácter. Aceptó el cambio de apellido que su madre le impuso por cuestiones de nacionalidad, pasando a apellidarse Matesanz, segundo apellido de su madre, y se adaptó muy pronto a su nueva vida. El muchacho siguió destacando por sus capacidades atléticas e intelectuales, y se graduó en el colegio con nota de sobresaliente; su rendimiento no decayó al

entrar en el instituto, a pesar de no ser demasiado aficionado a hincar los codos. A los diecisiete años pasaba casi todo el tiempo con sus amigos, típicos jóvenes de barrio que dejaban correr las tardes entre salones recreativos y parques; amén de bares y discotecas los fines de semana. Entre todos consumían grandes cantidades de alcohol, montones de cartones de tabaco y no pocas tabletas de hachís. Sus días transcurrían alegremente entre la relajación del instituto, considerado por ellos más como centro de ocio y lugar de reunión que como lugar de estudio, y la disipación mental de las tardes en el barrio.

A pesar de estar integrado en un grupo muy numeroso, los mejores amigos de Santi desde su primer año en Barcelona eran, sin lugar a dudas, Alberto Capdevila y Gorka Arregui. Alberto era un joven delgado y larguirucho; de complexión rubicunda y carácter extrovertido, parecía haberse propuesto desde pequeño la sagrada misión de frustrar todo intento por parte de los profesores de educar a sus alumnos, y con el paso de los años había pasado de inquilino permanente de la sala de castigos a experto en terrorismo escolar. No había profesor ni asignatura que se resistiese a su genio retorcido. Entre los logros de Alberto se encontraban el de haber cambiado el material audiovisual de diversas clases por películas pornográficas, lograr que el encerado se desplomase misteriosamente en medio de clase de Física —argumentando enseguida que el sobrepeso de polvo de tiza sobre la superficie había causado un momento cinético excesivo, lo que había provocado el fallo del elemento de sujeción por concentración de tensiones en el frente de una grieta existente—, la colocación de caricaturas obscenas del profesorado en los mapas desplegados de Geografía y, su mayor triunfo: la elaboración y detonación retardada de una bomba de tiempo en el laboratorio de Química, que había desembocado en la expulsión del profesor de la asignatura; sin duda el más exigente del instituto de bachillerato Los Álamos. Estas elaboradas tareas de sabotaje no impedían que el joven Alberto pasase de curso sin problemas todos los años, ya que era considerado uno de los alumnos más brillantes del centro.

Gorka Arregui, sin embargo, estaba lejos de ser un alumno eficiente —se encontraba dos cursos por debajo de sus amigos—, y seguramente habría sido considerado un fracasado de no ser por sus extraordinarias aptitudes para el deporte. Jugaba de lateral derecho en los juveniles del Espanyol, además de ser magnífico nadador, regular tenista y aficionado al tiro olímpico. No pasaba del metro setenta y cinco, pero sus anchas espaldas, unas piernas como columnas griegas y una musculatura inusual en chicos de su edad le daban un aspecto de atleta profesional que difícilmente encajaba con el de sus compañeros de segundo de BUP. De carácter fuerte, y en ocasiones violento, Gorka era sin duda uno de los chicos más respetados del barrio a pesar de su corta edad; diversas peleas con muchachos mayores, de la mayoría de las cuales había salido airoso, le habían hecho ganarse el respeto de los demás. Era moreno de complexión, su nariz ancha y corta, cuadrada la mandíbula. Lucía por encima de la ceja una cicatriz de unos seis centímetros recuerdo de un altercado nocturno en un bar de copas; porque, a pesar de ser gran deportista, Gorka no hacía ascos a la marcha, el alcohol y el hachís. Sus amigos, que no comprendían cómo podía compaginar el deporte con su tren de vida, le apodaban en tono de broma el Superhombre.

Los tres amigos se conocían desde el colegio. El mismo año que Santi emigrara a Barcelona, Gorka había venido con su familia de San Sebastián por razones del trabajo de su padre, mecánico de la casa Volkswagen. Alberto, que era el más popular de la clase desde el parvulario, hizo buenas migas con ambos desde el principio, cuidando de que se integrasen rápidamente en el

grupo. Desde entonces su amistad no había hecho más que crecer, a pesar de las crisis habituales que les causaban los desórdenes hormonales propios de la edad. Una de las cualidades más destacadas de Santiago era su feroz lealtad hacia aquellos a los que consideraba sus amigos, una lealtad que nublaba su juicio a veces; lejos de ayudar a los demás a resolver sus problemas, acababa ayudándoles a meterse en dificultades aún mayores. Cuando su círculo de amistades comenzó a deslizarse paulatinamente hacia aficiones más peligrosas que la de fumar porros, él, que nunca había pasado del consumo muy esporádico de cocaína, y tan solo en ocasiones especiales, comenzó a verse envuelto en los problemas de drogadicción de sus amigos. Con el tiempo, aquella lealtad para con ellos acabaría costándole cara, muy cara.

VI

Un sol resplandeciente iluminaba la hacienda familiar de los Hercilla, proyectando sombras irregulares sobre los prados amarillentos. Era la hora en que el astro rey ocupaba su trono en medio de la bóveda celeste, y ni una sola nube osaba levantarse contra su soberanía. Tan solo una ligera brisa, casi imperceptible, ayudaba a combatir el calor que amenazaba con evaporar la modesta plantación hortofrutícola que ocupaba una pequeña parte de la propiedad. El resto del terreno, seco y pedregoso, apenas permitía la proliferación de ortigas y malas hierbas; las tierras más fértiles habían sido malvendidas tiempo atrás.

Dos empleados de la hacienda, de nombres Colás y Benigno, se protegían del rigor inmisericorde de Lorenzo a la sombra de la cabaña de los aperos de labranza.

—Con esta *caló* no se *pué* currar, Colasillo —decía Benigno mientras pelaba una pera con su navaja—. Si por lo menos nos tocase currar dentro del caserón, como doña Justa y el Herminio... ¡Vaya suerte que tienen!

—No lo sabes tú bien —respondió el mozo desde debajo de su gorra—. Al Herminio me lo crucé esta mañana donde la cuadra antes de llegar tú, y me dijo que el patrón les ha *dao* el día. Ellos no tienen que hacer *na*, ni dentro ni fuera.

—¡Habrased visto...! Nosotros *eslomándonos* al sol y ellos por ahí. ¿Qué mosca le habrá *picao* al viejo?

—¡Qué sé yo! Llegó por la mañana y lleva *tol* día *metío* en casa, tiene las puertas *atracás* y *to*. ¿No ves que está de la olla?

—Ya te digo —replicó Benigno con la boca llena—. *Mía* que empeñarse en mantener estas tierras que no valen un céntimo... Ese hombre no *pué* estar en su juicio, te lo digo yo, Colasillo.

Ajeno a estos comentarios sobre su persona, su patrón trabajaba encerrado en su despacho, en lo más alto del palacete, donde apenas se colaban unos rayos de sol por las rendijas de las contraventanas. Se trataba de una estancia cuadrada, no muy grande, pero abarrotada de ficheros y bibliotecas; en el centro de la cual se encontraban la robusta mesa de roble y el butacón donde se recostaba don Jaime, a la luz de una ornamentada lámpara de pie. Las tres piezas del mobiliario databan del siglo antepasado, pero el moderno ordenador portátil abierto sobre la mesa contrastaba con el aspecto vetusto de la estancia.

El ex teniente coronel sostenía su grabadora en una mano y una copa de Carlos I en la otra; la botella descansaba junto a la pantalla, medio vacía o medio llena, según se mirase. Por enésima vez en la mañana oprimió la tecla de reproducción, dispuesto a escuchar la grabación una vez más. El zumbido de los rotores llenó el despacho antes de oírse la voz del asesino a sueldo.

Como ya dije, conocí al muchacho hace dieciséis..., no, diecisiete años ya. ¡Carajo, cómo se pasa el tiempo! En aquellos años yo ya me dedicaba a esto, pero eran tiempos más sencillos, en un país mucho más primario, mi Uruguay natal. Entonces no hacía falta vivir siempre escondido para trabajar, allí no metía las narices la Interpol ni la chingada Europol; vale que había algún agente de la CIA, pero no se entrometían donde nadie les llamaba. No, no, no, para nada. Allí cada uno íbamos a nuestro business, sin molestar a los demás y sin llamar la atención, y más los que estábamos pringados en el asunto de los tupamaros. Álvarez estaba en la poltrona, ¿sabés?, y el asunto andaba revuelto de veras.

El chico, que no tendría ni veinte años, todavía no era un profesional ni mucho menos. No llevaba ni seis meses en Montevideo y ya se había hecho enemigos mucho más gordos que él. Al parecer había trabajado descargando fardos en un almacén de los de don Eliades, un hombre de negocios muy respetado, ya me entendés. Empezó de mulo de carga, pero enseguida le vieron algo; creo que tuvo una enganchada con unos negros en el almacén y los despachó en un momento. Coincidió que aquel día estaba allí Vélez, uno de los hombres fuertes de la banda, y dijo que el chico tenía pelotas, que valía más que para descargar, así que pronto le hicieron un sitio entre los chicos; entonces empezó a ver moverse la plata, y a poco estaba metido entre la mierda hasta las orejas; por eso fue por lo que se cruzaron nuestros caminos.

Un día Vélez me llamó, quería invitarme a almorzar, no me dejó claro si era un almuerzo de negocios o de amistad, porque él y yo éramos viejos compañeros de armas, pero ¿qué concha?, acepté gustoso; no todos los días se tiene la oportunidad de alternar con los viejos amigos. Resultó no ser ni lo uno ni lo otro, el pelotudo quería que yo le hiciese un favor; quería que me encargase de un muchacho que había estado jodiéndole de mala manera. Yo me eché a reír. «¿Qué te ha hecho el pobre para que le quieras tan mal?», le pregunté; de haber sido una cuestión de negocios, no habría preguntado, pero aquello me pareció demasiado estrambótico. Vélez llevaba cepillándose gente desde chico, sabía de sobra llevar sus asuntos, dirigía una cuadrilla disciplinada porque sabía imponer respeto y que no le tomaran el pelo. Me picó la curiosidad. ¿Quién podía ser el muchacho que se les resistiese a aquel hombre y a sus chicos hasta el punto de llegar a llamarme a mí, a un eliminador profesional?

Al final, para su vergüenza, acabé sacándole la verdad. Resultó que el chico en cuestión se había estado ocupando durante los últimos meses de asegurar las «transas» de los locales de juego. Los locales de don Eliades movían muchísima plata y estaban camuflados en las trastiendas de ciertas tabernas y comercios de los barrios más pobres. Organizaban de todo: póquer, dados, ruleta, peleas de gallos, de perros, de hombres... Si no recuerdo mal, se estilaban mucho las peleas a cuchillo por entonces, pero en verdad daba igual de qué se tratase: si se podía apostar, se organizaba y se sacaba plata a espuertas, y luego se distribuían los beneficios a donde mandase don Eliades.

Se necesitaban bastantes chicos para asegurar que el dinero llegase a donde tenía que llegar, además de encargarse de que los jugadores no se desmandasen..., ya se imaginará el tipo de clientela que frecuentaba aquellos tugurios. Pues resultó que el chico acabó cansándose de mirar la plata irse y venir de aquí para allá mientras a él le caían las migajas. Después de verse en medio de un par de balaceras y de presenciar cómo se cargaban a uno de sus compañeros, decidió que el trabajo no casaba con el salario y se fue derecho a Vélez; al parecer le dijo, entre otras lindezas, que no estaba dispuesto a que le chamuyasen, que la

seguridad era deficiente, los chicos torpes y la paga irrisoria. Habría pagado por ver la cara del bueno de Vélez en aquel momento; me sorprende que no le metiera un tiro en el sitio, pero debía de estar demasiado pasmado para acordarse siquiera de sacar el arma. Aparentemente se limitó a echarle a la calle; no sé en qué términos lo hizo, pero no debió de amedrentar mucho al muchacho, porque al día siguiente uno de los coches en los que se transportaba la plata apareció incendiado en un descampado; dentro estaban los restos de los tres ocupantes.

«El sujeto tiene peligro, pero es un forastero novato y tú tienes recursos de sobra. ¿Por qué no se encargan tus chicos?», le dije a Vélez cuando acabó de contarme la historia. Él me miró muy serio y muy pálido. «Ya lo hicieron —me dijo—. Mandé a Pablo y a Marcelo a por él.»

Aquella respuesta fue la que acabó por convencerme; no lo hice por dinero, porque Vélez no podía cubrir mis honorarios sin que don Eliades se enterase, y entonces el jefazo le hubiera puesto a limpiar botas, ¿comprendés? Tampoco lo hice por amistad: Vélez era un puerco, yo no le debía nada. Lo hice porque me moría de ganas de echarme a la cara al muchacho que había montado aquel papalote. Yo conocía a Pablo y a Marcelo; ellos dos, Vélez y yo habíamos servido juntos en las guerrillas una temporada, antes de la ley marcial, y te aseguro que eran un buen par de hijos de perra. Sí, el muchacho tenía que ser chingadamente bueno, porque los dos habían aparecido flotando boca abajo hacía un par de días.

De modo que empecé a rastrear al chico, poniendo buen cuidado de que no me olfatease él primero. He de decir que no me costó demasiado dar con él: el buen cazador tiene que saber por dónde se mueven sus piezas, y a los muchachos jóvenes les quema la plata en el bolsillo; por muy bien que se escondan, siempre acaban cayendo en la tentación. Terminé por hallarlo en el burdel de Estrellita Cifuentes. El insensato se estaba lapidando sus ganancias en la mesa de póquer con los buitres locales; apenas me había dado tiempo de terminarme mi cerveza cuando acabaron de limpiarlo. Desde allí tuve que seguirle hasta su escondite, y debo reconocer que me costó hacerlo sin que se enterase; era rápido y silencioso como la sombra de un gato. Me llevó hasta un sótano en una zona miserable, miserable incluso para el nivel de los arrabales de Montevideo. Esperé tres horas antes de entrar para cogerlo dormido. La cerradura se forzaba sola, hasta a oscuras. El lugar se veía inmundo de pelotas, no tenía ni agua corriente, solo una cocinilla de gas, un cagadero, un armario, alguna silla y un camastro al que me acerqué pistola en mano. Cuál no sería mi sorpresa cuando tiré de las sábanas y descubrí que aquel bulto, el que yo había tomado por el chico, eran unas mantas enrolladas. Lo que estaba encañonando con mi pistola era una pelota de balompié cubierta con una peluca. El muchacho en realidad dormía debajo del catre, y si no llego a reaccionar saltando encima del colchón me habría destrozado los tobillos la ráfaga de plomo que salió de allí debajo; el somier cedió y le atrapó las piernas antes de que pudiese salir con su UZI en la mano. Pude desarmarle de un puntapié, pero se lanzó encima de mí como una serpiente de cascabel —todavía tengo las marcas de sus dientes en la muñeca—. El maldito me hizo soltar la pipa. Rodamos agarrados por el suelo del sótano, reconozco que llegó a ponerme en aprietos, pero yo era más fuerte que él y acabé por apresarle el cuello, dejó de forcejear cuando se quedó sin aire.

Tal vez tuve que haberlo matado, pero yo creo en el destino, ¿sabés? Llega un momento en la vida en que uno tiene que transmitir lo que sabe a la persona adecuada, y después de enfrentarme con él y de mirarle directamente a los ojos, comprendí que aquel muchacho era el

mejor discípulo que encontraría jamás. Bien adiestrado podía serme de gran ayuda en mis negocios, así que esperé allí a que despertase para hacerle mi oferta. Estuvimos hablando hasta después de salir el sol, yo tenía la confianza que da el estar en posesión de las dos únicas armas que había, pero el muchacho en ningún momento pareció arredrado al respecto, hablaba siempre con orgullo y con frialdad, nunca pude identificar acento alguno en su voz. Aunque su español no era demasiado bueno, acabamos por llegar a un acuerdo, me comprometí a sacarle del lío en que se encontraba y a convertirle en un profesional, a cambio de que él trabajase para mí sin rechistar durante el tiempo que durase nuestra asociación.

Aquel chico y yo hicimos grandes cosas juntos; nunca se me ocurrió volverle la espalda, pero creo que nos apreciábamos mutuamente..., si es que él podía sentir algo por alguien. Era la persona más fría que he conocido nunca. En veinte meses jamás me dijo su nombre; yo le llamaba Gringo, que era como le conocían Valdés y su gente. El Gringo aprendía con una velocidad asombrosa: al cabo de tres meses, ya era mejor eliminador que la mayoría de los veteranos que yo conocía, así que le di la oportunidad de servirme de apoyo en un par de encargos..., siempre lejos de mí, claro; me hubiera resultado muy embarazoso acabar acribillado por la espalda por mi propio alumno. El caso es que el muchacho se portó tan bien que después de aquello empecé a pasarle todos los asuntos de los que me enteraba y que no estaban muy bien pagados. Le hice trabajar sin descanso durante año y medio, el cabrón me demostró lo bueno que era: cumplió todos los contratos sin excepción, y no lo cogieron jamás; le hirieron un par de veces, pero siempre volvía a pedirme más trabajo. Durante ese tiempo le instruí en todos los aspectos del negocio, sobre todo la discreción; conseguí hacerle comprender que, de continuar con su estilo de vida, se haría notar demasiado, acabarían por liquidarlo, por arrestarlo o por las dos cosas. De todas formas, sospecho que el Gringo sabía bastante de guardar su identidad; nunca pude averiguar los detalles, pero el cabrón manejaba pasaportes y documentos bancarios, no tengo ni idea de cómo se las arreglaba.

Resultó que al cabo de veinte meses habíamos ganado tanto dinero —sobre todo yo, que siempre me quedaba con la parte buena de los honorarios— que amasé lo bastante como para untar a los de inmigración y comprarme una vida nueva con la que establecerme cómodamente en Europa, lejos de los sabuesos de Gregorio Álvarez, que querían hacerme la puñeta por lo de los tupamaros. ¡Como si a mí me hubiese interesado alguna vez la política! Yo era un hombre de negocios, trabajaba con quien me pagaba; las palabras bonitas no dan de comer.

No volví a ver al Gringo hasta muchos años después, en Berlín; yo estaba allí por orden de los jefazos: me habían encargado cerrar en persona un contrato doble junto con otro empleado de nuestra compañía..., tal vez le hayas conocido, se llamaba Lothar Kemmler, un experto en espionaje de la vieja y buena escuela de la RFA. Nuestro pretendido cliente era ni más ni menos que el célebre sir Anthony Mayfair, caballero del Imperio británico, secretario personal del embajador inglés en Moscú y famoso por haber desaparecido en el 87 tras cierto escándalo sobre filtraciones de información en la Embajada británica de Moscú; si el MI6 no se lo ha cepillado ya, se habrán cansado de buscarlo. Sir Richard se alojaba en el discreto hotel Galaxy, un establecimiento céntrico, aunque de dudosa calidad y reputación para un caballero del Imperio británico. Allí me encontraba yo esperando a que me atendiese el morenito de la recepción cuando se detiene el ascensor y... ¿quién sale de su interior? Ni más ni menos que el cabrón de mi pupilo, un poco más mayor, pero mucho más elegante. El hijo de la chingada me

reconoció al instante, pero no pareció sorprendido en absoluto, ¡qué va! Se limitó a saludarme con una inclinación de cabeza y una sonrisa. Tengo que reconocer que me quedé tan pasmado que, para cuando reaccioné, él ya estaba en la calle.

La entrevista con Mayfair resultó una cagada. El cabrón me soltó —con unos modales británicos exquisitos, por supuesto— que el contrato ya estaba concedido, que otro agente acababa de ofrecerse a cumplirlo por un precio menor al que yo le proponía, que nos pagaría gustoso los gastos por el desplazamiento y las molestias. El inglés sabía disimular, pero me pareció que estaba tan sorprendido como yo. Naturalmente, fue el Gringo el que nos levantó el contrato, y eso que yo sabía de buena tinta que los nuestros habían sido los primeros en contactar; hasta sabían de antemano que a Mayfair le estaban intentando hacer chantaje, por eso estaba incluido Kemmler en la operación. Se suponía que tenía que rastrear al chantajista a través de las llamadas y esas cosas. ¡Qué concha, si hasta debían de conocer al objetivo!, pero de alguna manera el Gringo se adelantó.

Kemmler no se tomó la cosa muy bien. El muy pelotudo se puso hecho un basilisco cuando se enteró. Yo intenté que se calmase, hacerle ver que solo eran negocios, nada personal; los negocios no deben mezclarse con los asuntos personales. Pero no sabés cómo se lo tomó el germano, la verdad es que el hombre no estaba muy bien de la cabeza, como todos los chingados espías, era medio esquizofrénico medio sicótico, diría yo. Normalmente se le veía muy centrado, buen profesional, pero aquello le sacó de sus casillas. Creo que le hacía falta de veras la plata; algún asunto sucio, seguro. El caso es que, cuando finalmente se calmó, no paraba de repetir que iba a encontrar al que nos había jodido para hacerle pagar. «Hacerle pagar por lo que me ha hecho», repetía una y otra vez.

No hay ni que decir que yo no soplé nada del Gringo..., pero, aunque estaba algo ido, Kemmler era uno de los mejores en su trabajo, y acabó averiguando cosas por su cuenta. Resultó que dos años después de aquello, me enteré de que le habían encontrado en la habitación de un hotel atiborrado de alcohol y de tranquilizantes, con una pistola colgando de la mano y la sesera desparramada por la pared. Me enteré porque el muy hijo de la chingada conocía mi identidad civil y me había legado parte de su herencia. Estuve a punto de dejar correr el asunto para no complicarme, pero sentía curiosidad. Solamente había trabajado con Kemmler dos veces en mi vida y me chocaba lo de la herencia. Pudiera ser que, tan raro como era, no tuviese a nadie cercano, pero yo intuía que había algo más. Acabé recogiendo de manos de su albacea una maleta negra de fibra que aún conservo. Fue entonces cuando comencé a sospechar seriamente que el alemán no se había suicidado, más bien pienso que se metió con el muchacho que no debía.

En esa maleta está toda la información que reunió el pobre Lothar durante los dos últimos años de su vida acerca del tipo que le había robado aquel contrato en Berlín. No figura casi nada sobre el hombre, solo referencias contrastadas acerca de sus trabajos, pero hay datos suficientes de su agente, incluida su identidad, señas y modus operandi. No trabaja como nosotros, conoce nuestras claves y nuestras formas de contacto; no solo las nuestras, también las de otros muchos reclutadores libres y agencias. El Gringo se entera de todos los posibles trabajos, y de alguna manera se adelanta para contactar con el cliente y hacerse con el encargo primero; supongo que se las arregla para intervenir la comunicación entre el cliente y la compañía de modo que ninguno de los dos sospeche nada, porque si no, ya le habrían cogido

hace tiempo... Algo tuvo que salirle mal aquella vez. El Gringo solo escoge los encargos que le interesan; sus precios son muy gordos, pero si la mitad de sus referencias son auténticas, y estoy seguro de que lo son, es sin duda uno de los mejores del mundo.

Resumiendo: si quieres resolver este asunto, te aconsejo que intentes renegociar el encargo para hacerte con sus servicios. El precio va a subir mucho, y tal vez no sea fácil contratarlo, pero yo puedo proporcionarte la información que necesitas. Por supuesto, la maleta, como todo en esta vida, tiene su precio.

Don Jaime pulsó el botón de *stop* de la grabadora mientras rellenaba de nuevo su vaso. Sentía que la agotadora cháchara del uruguayo, en combinación con la falta de sueño y el maldito brillo de la pantalla de cristal líquido, estaba a punto de hacerle estallar la cabeza. Era prioritario rastrear cada detalle de la historia para comprobar su veracidad, pero ¿quién hubiera dicho que el reservado profesional con el que había tratado en el pasado podía ser tan charlatán llegado el caso? Parecía obvio que aquel tipo no tenía demasiadas oportunidades para explayarse hablando —algo natural en su profesión—, pero a él le molestaba ser tratado con tanta familiaridad. Había cierto tono de desdén en la voz del asesino, y lo que más le molestaba era que, en el fondo, sabía que la culpa del fracaso era suya por no haber investigado mejor al objetivo. Don Jaime no había contrastado debidamente los datos que contenía el *dossier*, llevado por las prisas y por lo incómodo que le resultaba aquel encargo debido al incidente con el cliente. Resultaba obvio que este había estado ocultando información desde el principio; era un error que no estaba dispuesto a cometer de nuevo.

Centrando su atención en la pantalla del portátil, se dispuso a realizar una última confirmación. A pesar de la costumbre, no podía evitar una oleada de repugnancia cada vez que tenía que contactar con su agencia, ya que esta, al igual que otras muchas organizaciones ilegales que utilizan la red como medio de comunicación, empleaba páginas de pornografía como tapadera. En Internet existen miles de páginas de este tipo. Nuevos dominios aparecen y desaparecen cada día, de modo que resulta imposible mantenerlos todos controlados. La mayoría de ellos son de pago, y disponen de enormes bases de datos con las que controlan el acceso a sus clientes; en ocasiones incluso se cruzan dichas bases de datos entre varias páginas colaboradoras. Esta coyuntura resulta ideal para el desarrollo de actividades ilegales... como el asesinato a sueldo.

La compañía para la que trabajaba don Jaime se dedicaba a crear o adquirir múltiples páginas para luego deshacerse de ellas o mantenerlas en reserva periódicamente, de modo que sus colaboradores tenían que identificarse mediante codificación privada para contactar, ya fuese utilizando foros restringidos o mensajes clave en las secciones de contactos. La frecuencia de rotación de páginas y codificación de lenguaje era semanal, de modo que rastrear las actividades de la agencia era sumamente complicado, y las garantías de anonimato, más que satisfactorias para los agentes. Estos se informaban de las rotaciones a través de mensajes cifrados en publicaciones de prensa ordinarias que, a su vez, rotaban también, si bien con menos frecuencia. Por cuestiones de seguridad, dichas publicaciones eran distintas de las que se utilizaban para contactar con los clientes, pues así era como estos se ponían en contacto con la agencia: a través de periódicos y revistas aparentemente anodinas e inofensivas.

Don Jaime tuvo que soportar seis páginas de fotos repugnantemente obscenas antes de poder descargar el archivo, que respondía a una petición formulada por él mismo unas horas antes. El

núcleo director de la compañía disponía de información sobre infinidad de delincuentes de todo el mundo, y el tal don Eliades se encontraba entre ellos. El viejo exmilitar sonrió satisfecho. El archivo era exhaustivo, y detallaba las diversas actividades del mafioso uruguayo, así como sus contactos conocidos, incluyendo anteriores colaboraciones con uno de los asesinos a sueldo en nómina de la compañía. El código coincidía con el del uruguayo: en principio, parecía que su hombre no le había mentado. El final del archivo llamó su atención por razones distintas. Al parecer, don Eliades había desaparecido de escena años atrás, tras la muerte de uno de sus hombres de confianza, un inglés llamado E. Maddox. Don Jaime conocía aquel nombre. Había conocido a un tal Edwin Maddox del MI5 británico en sus tiempos de comando; seguramente se trataba del mismo individuo, uno de tantos agentes corrompidos.

Dando por terminada su tarea, el teniente coronel apagó el portátil y la lámpara, vertió en su vaso los restos de coñac Carlos III que quedaban en la botella y se recostó en la butaca para reflexionar. Puesto que la información proporcionada por el uruguayo era veraz, solo le quedaba contactar con este para obtener los archivos de Lothar Kemmler. Si el esquivo asesino era tan bueno como decía el uruguayo, sin duda sería una beneficiosa adquisición; no solo podría resolver su actual problema, sino que se trataba de un contacto muy valioso, que le haría subir de escalafón en su siempre competitivo negocio.

VII

Por frío y escéptico que sea el viajero que visite la región de los Cárpatos durante el otoño, difícilmente podrá negar la sobrecogedora belleza que muestra la cordillera en dicha época. Los rayos del sol filtrados entre las nubes, junto con la niebla eterna que envuelve los picos más altos, crean un efecto de luz irresistiblemente hipnótico. Allí la naturaleza se deja ver en toda su belleza primigenia, mostrando combinaciones cromáticas únicas en el mundo, que identifican la cordillera de los Cárpatos como uno de los últimos lugares realmente salvajes del Viejo Continente. A pesar de ello, pocos rumanos tienen su residencia permanente en los montes debido a lo inhóspito del lugar y a los problemas de acceso; solamente nómadas gitanos y algunos solitarios excéntricos viven allí durante todo el año.

Uno de estos últimos, de acuerdo con el registro poblacional, se llamaba Dragos Barbulescu. Según su historial médico y fiscal, padecía un grave problema congénito de corazón, lo que le impedía realizar la mayoría de trabajos. No obstante, el señor Barbulescu vivía muy holgadamente gracias a las rentas de cierta herencia, la cual había sido invertida de manera muy eficaz para él, aunque poco lucrativa para las arcas del fisco rumano.

Este señor Barbulescu era el mismo que llegaba, poco antes del atardecer de un 10 de junio, a su propiedad de treinta mil metros cuadrados tras culminar una carrera de más de quince kilómetros por los montes. El mismo también que, tras una ducha rápida, disparaba un Winchester SXR Vulcan bajo las últimas luces del día sobre un blanco situado a cincuenta metros de distancia. ¿Cómo puede un enfermo grave de corazón correr quince kilómetros y realizar prácticas de tiro después? La respuesta es fácil: no puede. Sin embargo, un hombre sano sí que puede engañar al fisco y a las autoridades sanitarias durante toda su vida, sobre todo si cuenta con sólidos documentos legales, cuidadosamente actualizados durante más de treinta años, y los servicios de buenos abogados. Este era el caso de aquel hombre.

Según datos oficiales, Dragos Barbulescu había sido acogido con tan solo dos meses de edad en el orfanato de San Elías Profeta, de donde fue adoptado seis meses más tarde por un acaudalado armador griego, de nombre Mateo Tsartaris, y cuya fortuna —o al menos una gran parte de ella— heredó Dragos con solo doce años. El testamento del difunto señor Tsartaris estipulaba que, hasta la mayoría de edad, el joven, así como su herencia, quedaban bajo la tutela de un matrimonio de origen rumano: Mihai y Elena Siwak.

Sin embargo, el hombre que usurpaba la identidad del enfermo de corazón era en realidad hijo de un exmiembro del SAS británico supuestamente desaparecido en combate durante el conflicto de Borneo, Samuel Dumukrat, que en el año 63 había pasado a ser «agente fantasma» del Servicio Secreto de Inteligencia británico, el llamado MI6. Dicho agente trabajaba sin identidad

reconocida para un solo supervisor, sir Elijah Dickinson, su antiguo mentor en el SAS. Dickinson era un héroe nacional con decenas de condecoraciones militares, entre ellas la Cruz Victoria y la Orden del Imperio Británico, cuyo rango oficial de comandante no se correspondía ni mucho menos con su verdadera posición en el MI6.

Cuando sir Elijah fue ascendido de coronel de inteligencia de la Royal Army a «director especial en la sombra» —como él mismo se autodenominaba de forma jocosamente ante su pupilo ocasionalmente—, uno de sus primeros encargos fue el de encontrar lo que la administración del barón Harold Wilson denominaba un «interceptor especial». La auténtica misión de estos interceptores especiales consistía en eliminar a individuos considerados «perniciosos para la seguridad nacional» emplazados en zonas de actividad bélica. No importaba que la persona en cuestión no estuviese alineada con un ejército hostil a la Corona, ni siquiera que no hubiese cometido delito alguno dentro del Reino Unido; en cuanto existían posibilidades razonables de eliminar a un individuo pernicioso aprovechando la confusión de un conflicto armado, sir Elijah Dickinson recibía un encargo directamente desde el Ministerio de Asuntos Exteriores. Pocas horas más tarde, tras recibir una señal convenida por radio, un avión anfibia recogía al interceptor especial en una inhóspita cala escocesa cercana a su refugio, con destino a una nueva misión.

Pese al secretismo y los riesgos de su profesión, la vida de la familia Dumukrat era apacible. Samuel vivía con sus padres, Django y Florica, y con Rawnie, su mujer, en un torreón de las Highlands escocesas, a ocho kilómetros de la población más cercana, una aldea de unos cien habitantes. Borgie, que así se llamaba la aldea, estaba emplazada en la falda de una colina, oculta entre bosques y riscos. Durante el invierno quedaba completamente aislada del tráfico a causa de la nieve; en los demás sentidos, estaba aislada todo el año. El torreón donde vivían era, en realidad, un puesto de vigilancia antiaérea. Dicho edificio había estado ocupado desde principios de la Segunda Guerra Mundial por Robert McAngus, un viejo observador de la RAF que había rehusado retirarse a pesar de haber cumplido ya los sesenta años, y de que su viejo puesto de observación había quedado obsoleto tras la invención del radar, al final de la Gran Guerra. No obstante, McAngus había recibido la Cruz Militar Distinguida por su incansable observación de los cielos, en los tiempos en que los Spitfire surcaban el cielo británico para interceptar los regalos mortíferos de Goering, por lo que no era de extrañar que ningún alto mando de la RAF hubiera osado trasladar al viejo Bob, ni tampoco cerrar su puesto de observación.

Sir Elijah era uno de los pocos amigos que habían seguido yendo a visitar a McAngus después de tantos años de aislamiento. Nunca habían servido juntos, y el excomandante del SAS era considerablemente más joven que su camarada, pero los padres de ambos habían sido compañeros y grandes amigos en el duodécimo regimiento de lanceros reales, y el contacto continuo entre ambas familias había forjado una profunda amistad entre los dos. Por tanto, cuando Dickinson le propuso transformar el torreón en refugio del MI5 para acoger a un agente especial y su familia, el viejo Bob aceptó encantado el puesto de técnico de radio.

McAngus nunca había sabido a qué se dedicaba Samuel realmente, ni le importaba lo más mínimo. Cuando el agente no se encontraba en casa, era él quien se ocupaba de atender la radio y salir a buscarle allí donde estuviese. Rawnie solía decir en broma que el viejo Bob era mucho más celoso de su marido que ella misma, ya que este jamás le dejaba salir de casa sin informar antes de a dónde se dirigía.

Eso era todo lo que el hijo de Samuel Dumukrat sabía de la vida de su familia en el refugio

antes de su nacimiento. Antes de que todo se volviese más complicado. Antes de que todas las identidades falsas del mundo se hiciesen pocas a sus necesidades, y de que el mundo en sí mismo se le hiciese pequeño para ocultarse. Podía decir sin lugar a dudas que había sido feliz viviendo en el refugio con su familia, aunque nunca le dejasen bajar al pueblo ni hablar con nadie.

Eran estos los pensamientos que ocupaban su mente mientras limpiaba su Winchester, cuando una áspera voz le sacó de sus reflexiones.

—En estas semanas que has estado fuera no has perdido puntería —oyó que le decían en rumano desde lejos.

La voz pertenecía a Costica, uno de sus asistentes, que volvía de recoger los blancos de tiro. Llegó hasta donde él estaba y se los entregó. El tirador los examinó con una sonrisa en los labios: el resultado era inmejorable.

—Un pequeño cambio de aires no le estropea el pulso a nadie —respondió al tiempo que palmeaba el fornido hombro del montañés.

—Si lo hiciese, tú ya no le acertarías a un caballo a diez metros —respondió Costica risueño —; cada vez pasas menos tiempo aquí. Los demás han terminado de preparar la casa, ¿quieres que nos quedemos esta noche?

—No, esta noche me apetece descansar. Subid mañana al atardecer y traeros los instrumentos, podemos hacer una hoguera y echar unos bailes. Por cierto, ¿habéis tenido algún problema estas semanas?

Costica, siempre sonriente, negó con la cabeza, tras lo cual hizo un gesto de despedida y se fue. Su patrón se quedó observando cómo se alejaba, se reunía con sus compañeros y, finalmente, desaparecían todos juntos en la oscuridad; casi había anochecido por completo.

Aquellos gitanos de las montañas eran las únicas personas en las que tenía algo de confianza; no se podía decir que los considerase realmente amigos, ni a ellos ni a nadie, pero apreciaba su feroz lealtad. Ellos cuidaban celosamente de sus posesiones y, a cambio, él actuaba como su protector ante cualquier posible amenaza. Les suministraba medicinas, víveres cuando andaban escasos de ellos..., todo lo que pudiesen necesitar, que nunca era gran cosa. Aunque jamás lo hubiese reconocido delante de nadie, en ocasiones disfrutaba de su compañía, en especial de la de las mujeres de la tribu. Al principio le habían repugnado aquellas gitanas, porque los montañeses eran bastante primitivos, y sus hábitos de higiene dejaban mucho que desear —incluso las había visto hacer sus necesidades de pie, arremangándose la falda sin ocultarse de la vista de los demás, algo que le revolvió el estómago—; pero las noches de invierno eran largas y frías, y los propios cabezas de familia solían insistir en que aceptase a sus hijas para que le calentasen la cama, incluso a las que estaban comprometidas. Finalmente había descubierto que, tras pasar por una concienzuda sesión de limpieza, las jóvenes gitanas eran unas excelentes compañeras de alcoba..., sobre todo de dos en dos. En la cama no se negaban a nada, y eran salvajes y primarias, como lo era en definitiva todo su pueblo; tanto que había algunos de aquellos montañeses, sin duda deficientes mentales, que caminaban a cuatro patas y se comunicaban mediante sonidos inarticulados. De Costica, que era uno de los patriarcas, podría decirse que era un superdotado dentro de su tribu; uno de los pocos capaces de entender el funcionamiento de artilugios modernos, como teléfonos móviles y emisoras de radio. En cierto modo, apreciaba a Costica, como apreciaba a los montañeses en general, pero sabía que debía mantener una distancia con todos ellos; su profesión no le permitía vínculos más estrechos.

La morada del hombre al que los gitanos conocían por el nombre de Radu era una sólida casa de dos pisos más ático edificada en madera y piedra, cuyo exterior sencillo no hubiera llamado la atención de un observador casual. En cambio, el interior estaba decorado con toda clase de lujos. Suelo y paredes estaban revestidos de maderas nobles, y el mobiliario era casi en su totalidad de ébano y caoba oscura. Había un par de lámparas de cristal de Bohemia, y grandes réplicas de pinturas de los grandes maestros del siglo xx rivalizaban en espectacularidad con la pantalla de plasma de cien pulgadas que presidía el salón principal, donde los altavoces del sistema *home cinema* se encontraban semiocultos entre la pequeña jungla que formaban las diversas plantas exóticas distribuidas por la estancia.

Radu se acomodó en el sofá de cuero y pulsó el botón del control remoto que encendía la televisión. La gran pantalla plana se iluminó repentinamente, haciendo bailar las sombras de la estancia en penumbra. El falso señor Barbulescu, como atestiguaba la extensa colección de DVD que abarrotaba el mueble alrededor de la pantalla, era un gran aficionado al cine, pero el parpadeo de un led rojo bajo la pantalla hizo que tuviese que posponer su sesión cinematográfica. Dicho led, a pesar de estar integrado en la carcasa del televisor, era en realidad un avisador silencioso que recibía señal desde el ático de la casa; hacia allí se dirigió el hombre subiendo las escaleras de roble. Una vez arriba, desbloqueó mediante un código de ocho cifras la cerradura de seguridad que se ocultaba tras una falsa moldura; una puerta acorazada de cuatro centímetros de espesor se abrió en la pared sin producir ruido alguno. La entrada volvió a cerrarse detrás de Radu, desapareciendo de nuevo en el entramado de la pared.

Tras la puerta se ocultaba un cuarto rectangular sin ventanas, de unos treinta metros cuadrados. Bajo la luz mortecina de una bombilla de cien vatios, que colgaba desnuda en medio de la estancia, podían vislumbrarse en la penumbra numerosas armas de muy diversas clases, desde espadas y cuchillos hasta rifles de asalto, cuidadosamente clasificadas en sobrios estantes de madera. Otros estantes de aspecto similar, aunque más estrechos, estaban repletos de documentos archivados en carpetas de plástico idénticas; habría más de doscientos kilos de papel en total. Al fondo de la estancia, en el rincón más oscuro, descansaba un bulto cubierto por una lona negra. Apartó la lona y descubrió un aparato de tamaño similar al de un piano de pared, con una pantalla cuadrada y otra redonda, un teclado como el de un ordenador y varios botones y diales. Se trataba de una consola de comunicaciones por satélite. La antena mediante la cual funcionaba el aparato se encontraba a pocos metros de la casa, camuflada entre un grupo de arbustos. Esta instalación constituía el único modo de comunicarse con el exterior desde aquel recóndito lugar de los Cárpatos, donde no llegaba ninguna línea telefónica, telegráfica, ni había cobertura móvil de ningún tipo. Toda la energía eléctrica de la casa era suministrada por un sistema de placas solares y baterías salinas asistido por un generador alimentado por gasoil.

Radu se colocó los auriculares y oprimió uno de los botones de la consola para escuchar el mensaje que, según los datos de la pantalla, había sido grabado mientras él se ejercitaba en los alrededores de su casa. No eran buenas noticias.

Pocos kilómetros al sur del lago Dâmbovită, en los suburbios occidentales de la antigua ciudad de Bucarest, situado entre la calle Constantin Marinescu y el bulevar que lleva su nombre, se encuentra el cementerio de Ghencea; el más grande de toda Rumania y probablemente el más importante, con permiso del cementerio de Snagov, que acoge para toda la eternidad los restos del célebre Vlad Tepes, más conocido como Drácula. Dividido en dos partes, la militar y la civil,

entre las cuales se alza el complejo funerario en memoria de los caídos en la Primera Guerra Mundial, conocida entre el pueblo rumano como *guerra de la integridad*, Ghencea es un vasto paisaje marmóreo cuyas tumbas y mausoleos alojan los restos de personalidades rumanas de la talla de Gheorghe Popescu-Ciocanel, as de la aviación, el pintor Nicolae Tonitza, o Nicolae Ceaucescu, el dictador comunista soberano de Rumania entre los años 74 y 89, además de cientos de héroes olvidados de las distintas guerras, enterrados en la parte militar del recinto.

Al sur del cementerio, en la zona civil, una modesta lápida rectangular mostraba la siguiente inscripción:

«MIHAI SIWAK»
1924-1991

Ante ella se encontraba una mujer menuda de estatura media, que aparentaba unos cincuenta años de edad. Iba con la cabeza envuelta en un pañuelo negro, mismo color de su pelo y sus gafas. A pesar de llevar largo rato allí sin percibir nada más que el ensordecedor silencio, no pareció sobresaltarse al escuchar, de improviso, una voz tras de sí.

—Le echamos de menos; era uno de los más grandes.

—Cuando le conociste estaba prácticamente retirado —respondió la mujer sin volverse—; tú no puedes saberlo.

El recién llegado se acercó hasta situarse en paralelo a la mujer, cara a la lápida. Su gabardina negra, el pelo color azabache y la tez morena hacían que su aspecto se semejase poderosamente al de la mujer. Un observador casual los habría tomado seguramente por familiares, tal vez madre e hijo, visitando la tumba de un ser querido.

—Sé lo que mi abuelo me contó de él —fue la escueta respuesta—. Decía que era uno de los mejores.

Ella se volvió hacia su interlocutor con una leve sonrisa en los labios.

—El viejo Django —dijo—; él sí que fue el más grande de todos, el último héroe de nuestra estirpe. El sol saldrá y se pondrá sobre muchas generaciones antes de que nuestro pueblo le olvide.

—No te pongas poética, Elena; dudo mucho que pueda importarle ahora que está muerto..., como tampoco creo que le importe a Mihai que pongas o dejes de poner flores sobre su tumba.

—Tu cortesía no ha durado mucho, no puedo decir que me sorprenda.

—Sabes que yo respetaba a tu marido, pero, como tú misma has dicho, no le conocí durante mucho tiempo, o sea que no es que le eche de menos; no tanto como te echaría de menos a ti si te ocurriese algo. —Comenzó a acariciar la cabeza de la mujer mientras decía esto, al tiempo que una sonrisa torcida asomaba a sus labios. Elena interrumpió el gesto de un brusco manotazo.

—¡Claro, Radu, claro! Ya sé que te devora la preocupación por mí. No estarías aquí si no. —Echó a andar al tiempo que hablaba. Radu la siguió—. ¿Crees que no sé la pérdida de tiempo y dinero que es este culto a los difuntos, tontito? Soy demasiado vieja como para que me dé lecciones un cachorro. Sabes de sobra que no estamos aquí por Mihai, sino para no acabar como él antes de tiempo.

Él no contestó. A pesar de los intentos de Elena por mostrarse irónica y despreocupada, podía percibir lo tensa que estaba realmente, algo muy poco habitual en ella.

—El mensaje decía que se trataba de algo serio de verdad. ¿Cuál es el problema?

—El problema es, querido mío, que después de tantos años alguien ha descubierto nuestra relación comercial, puede que algo más.

—¿Mi identidad, tal vez?

—Todavía no lo sé. Lo que sí sé es que ayer por la mañana recibí una llamada en mi despacho. Menos de un minuto de conversación me vale para saber que no es un farol ni mucho menos.

—¿Qué fue lo que dijo exactamente?

—Fue rápido y directo. Solo que estaba muy interesado en mis trabajos de investigación sobre ciertas publicaciones; enumeró unas cuantas..., todas eran correos que hemos utilizado más de una vez. Añadió que quería contratar los servicios de mi cliente y que estaría en Bucarest hoy a las diez en punto de la mañana. O por lo menos eso fue lo que pude descifrar: el tipo necesita urgentemente unas clases de inglés.

—Por supuesto, habrás sido tú quien haya fijado el lugar.

Elena soltó un bufido.

—¿Con quién crees que tratas? No habría aceptado otra cosa. Un lugar con cobertura desde el exterior sin ángulos débiles. Las lápidas no obstaculizan la visión periférica en más de cien metros; entre lo claro del color y lo simétrico de la disposición, difícilmente se puede merodear alrededor sin ser visto.

—Los mismos factores que facilitarían una maniobra evasiva, o de vigilancia...

—Bingo. —Elena sacó de su bolso de mano un bulto envuelto en un pañuelo negro y se lo entregó a su socio.

—Has hecho los deberes —dijo el hombre mientras se guardaba el bulto en el interior de su chaqueta.

—Como espero que hayas hecho tú.

—Tranquila, llevo controlando el lugar desde que llegué a las seis. Está limpio. Lo tengo todo preparado para desaparecer a la mínima sospecha. —Radu elevó ligeramente su maletín negro de fibra de vidrio—. ¿Nuestro hombre podría ser un tipo robusto, algo mayor?

—Sí, y seguramente español. No es precisamente bueno ocultando su acento cuando habla en inglés..., o cuando lo intenta, más bien.

—Está esperando junto al monumento a los caídos; no te hagas ilusiones de reconocerle por sus rasgos.

—Es el lugar convenido. Voy a acercarme por el noroeste, ya sabes.

Al no obtener respuesta, Elena giró la cabeza. Su socio ya no estaba allí.

Radu se deslizó agachado entre las lápidas hasta ocultarse tras un mausoleo neoclásico de cuatro pilares, desde el que podía dominar la parte este del monumento conmemorativo a los caídos en la Gran Guerra. El sujeto al que se había referido seguía en el mismo lugar que cuando le identificara a través de los binoculares; Elena no tardó en aparecer desde el camino norte. Tan pronto como pudo discernirla, comenzó a desenvolver el micrófono Buran que se ocultaba en el interior del pañuelo negro que ella le había entregado. Esteartilugio es un dispositivo de escucha desarrollado por el ingeniero soviético León Theremin, probablemente poco antes del año 47. Utilizado por primera vez por los hombres de Lavrenti Beria, a la sazón director de la KGB, para el espionaje de conversaciones en el interior de las embajadas estadounidense, británica y

francesa en Moscú, el sistema Buran se basa en la proyección de un haz infrarrojo de baja potencia capaz de detectar vibraciones sonoras en un cristal cualquiera, como, por ejemplo, las lentes de las gafas de sol de Elena Siwak. Los modelos más modernos, como el que el asesino tenía en las manos, son capaces de reproducir el sonido en tiempo real con gran nitidez, captando incluso el timbre y las inflexiones de la voz, de modo que, una vez que se hubo colocado los auriculares y dirigido el haz del aparato hacia su objetivo, estuvo en disposición de escuchar la conversación e intervenir en caso necesario.

En inglés, pero con fuerte acento español, el hombre estableció contacto oral. Tal como Radu había advertido a su socia, el individuo se cubría la cara con una espesa barba postiza, gafas de sol y sombrero; las solapas de la chaqueta impermeable le llegaban hasta las orejas.

—Madame Siwak, supongo.

—¿Con quién tengo el placer?

—Puede llamarme Roland.

—Así que monsieur Roland. Dígame, ¿no era Roland un personaje del folclore francés?

—Un personaje histórico. Roland era un caballero franco del siglo x que entró en España al frente de un poderoso ejército de caballeros, pero que fue emboscado en los Pirineos por una fuerza combinada de montañeses vascos y aragoneses. Roland luchó hasta la muerte para dar a sus hombres la oportunidad de sobrevivir; su valor inspiró la *Chanson de Roland*, una de las obras más importantes de la Edad Media.

—Ya veo. Aquellas *chansons* eran un medio de transmitir acontecimientos bélicos del momento, ¿verdad?, para que nunca cayeran en el olvido. El hecho de que algunos hayan llegado hasta nuestros días es una evidencia más de la obsesión del ser humano por recordar su pasado. ¿No es interesante?

Monsieur Roland no respondió; parecía mantenerse a la expectativa. Desde su escondite, Radu seguía la conversación al tiempo que vigilaba los alrededores incesantemente, atento a cualquier movimiento. Podía sentir la tensión entre los dos mientras se tanteaban mutuamente, cada uno intentando evaluar a su adversario; la sangre fría es la cualidad principal de un buen negociador.

—Me refiero a esa especie de instinto primario que obliga al hombre a luchar contra la barrera del tiempo —Elena seguía hablando con voz tranquila, utilizando su mayor dominio del idioma para tomar ventaja sobre su interlocutor—. Este mismo lugar, sin ir más lejos. Constituye un verdadero monumento al deseo de perdurar después de la muerte. Toneladas y toneladas de mármol, miles de lápidas dispuestas con la esperanza de que algo de aquellos cuyos nombres llevan grabados perviva cuando se hayan ido para siempre.

—Es una manera muy filosófica de decir: «¡Lástima de mármol desperdiciado!». Ya se sabe que a menudo las tumbas valen más de lo que valía la persona que las ocupa; la muerte puede salir muy cara a veces... ¿He dicho algo gracioso?

—No. —Radu dedujo que Elena no había podido evitar esbozar una sonrisa; el hombre empezaba a descubrir su juego—. Su observación me ha recordado a un amigo. Quería usted hablarme de cierto negocio, ¿verdad?

—Sí. Sé que representa usted a un profesional al que necesito contratar.

—Debe saber usted que esta no es nuestra forma habitual de contacto. Mi cliente, como yo misma, estima en gran medida la discreción en los negocios. Esta irregularidad puede molestarle.

—Y usted debe saber que no es prudente amenazarme a mí, señora, porque a mi agencia le

encantaría saber todo lo que yo sé sobre usted y su cliente, ya sabe por qué. Mientras colaboremos tranquilamente y a mí no me ocurra nada, todo quedará entre nosotros; si intentan joderme, todos acabaremos jodidos. ¿Está claro?

—Como el cristal, monsieur Roland.

Tras la esquina del mausoleo, el tercer hombre en discordia observó cómo su socia recibía una carpeta marrón de manos del supuesto Roland; a continuación, ambos echaron a andar en direcciones opuestas. La reunión había concluido.

VIII

La luz de la mañana pasaba a través del extenso ventanal, proyectando los contornos de los travesaños sobre la mesa de sapeli de cuatro por dos metros que ocupaba el centro de la estancia. Cuatro hombres aguardaban en silencio sentados a ella, mientras que un quinto, el mayor de ellos, permanecía de pie ante los cristales, observando el exterior. Barthélémy Galgani, el hombre que los había convocado a todos, se volvió para ocupar su lugar a la cabecera de la gran mesa, cubierta en su mayor parte por la sombra que proyectaba su recia figura.

—Ante todo me gustaría que transmitieseis a todos los chicos la gratitud de Fígaro, y la mía propia, por su interés y su lealtad en estos momentos críticos. Pero es importante que todos entiendan también que esta es una guerra que solo podrá ganar aquel que mantenga la cabeza fría. Recordad, en el fondo se trata solamente de negocios; si nos dejamos llevar por los sentimientos personales estamos perdidos. —Hizo un alto en su disertación. El tono de su voz era pausado, y lo suficientemente grave como para que los demás supiesen que no debían intervenir a menos que así se les indicase—. Espero que os deis cuenta de que no estamos aquí para discutir el tema de mi seguridad personal, sino para garantizar la supervivencia de la organización. No hay margen para más errores ni podemos permitirnos correr riesgos innecesarios. A partir de ahora, ninguno de vosotros debe tomar ninguna iniciativa importante sin consultármelo antes. Es vital que nos coordinemos perfectamente, que nos mantengamos en contacto a toda costa, ¿comprendido?

Los demás asintieron en silencio. Los cuatro habían trabajado estrechamente con Galgani durante años, y conocían el significado del reducido número de asistentes: el gran hombre los consideraba los únicos dignos de suficiente confianza como para estar libres de toda sospecha, por lo que aquel asunto debía ser tratado exclusivamente entre ellos, ni una palabra de lo dicho podía salir más allá de aquellas paredes.

—Dinos, Piero —continuó—, ¿qué piensas tú?

Piero era el único hijo varón del gran hombre. Había heredado de su padre la constitución recia y los oscuros ojos almendrados. De mandíbula robusta y mentón prominente, poseía un rostro pétreo bastante acorde con su carácter. Frío, calculador y muy meticuloso, Piero Galgani había llegado a ser la mano derecha de su padre por méritos propios. Todos los miembros le consideraban un líder eficaz y altamente inteligente, el sucesor natural de su padre; tan solo algunos de los más cercanos a la cúpula de la organización echaban de menos en él la astucia y la intuición de su progenitor, rasgos que habían distinguido al mayor de los Galgani desde sus inicios.

—La verdad es que yo no señalaría a nadie en concreto todavía, hace varias semanas que las cosas se vienen calentando. Desde que empezaron los jaleos con los kosovares ha habido tiros a

lo largo de toda la jodida costa. Todas las bandas importantes están en pie de guerra, pero nadie toma partido a favor de nadie. Hasta ahora parecía que cada uno se dedicaba a defender lo suyo y a intentar rapiñar lo que pudiese.

Barthélémy Galgani escuchaba con la mirada fija en su hijo. Al concluir este, sus pupilas se clavaron en el hombre sentado a la izquierda de su primogénito.

—¿Baptiste? —dijo.

El interpelado, un corso de mediana edad completamente calvo, delgado y de escasa estatura, tomó la palabra.

—Estoy de acuerdo con Piero: los kosovares son peligrosos a su manera, la mayoría tiene formación militar y disponen de bastante armamento; pero hace cuatro días estaban matándose entre ellos en Grenoble. Una vez unidos se han creído más fuertes, pero no durará. Hay demasiadas facciones entre ellos, y su líder, ese chulo putas de Petrovic, no da la talla para mantenerlos juntos durante una guerra. Estos últimos días les hemos dado fuerte y no...

Tres golpes en la puerta interrumpieron la explicación de Baptiste Felce. Galgani se puso en pie, los demás le imitaron.

—Adelante —dijo con su profunda voz de bajo.

La ornamentada puerta color pardo rojizo se abrió; por ella entró un hombre de unos cuarenta años, vestido con chaqueta corta azul marino y pantalones a juego. La camisa roja de anchos cuellos dejaba al descubierto parte del espeso vello pectoral. Su imagen contrastaba fuertemente con la del resto de los presentes, todos rigurosamente vestidos con americana y corbata, a pesar del calor, lo que no impidió que el hombre más cercano a la puerta se lanzase efusivamente sobre el recién llegado.

—¡Santi! ¡Jodido cabrón, cómo me alegro de verte!

Santiago casi sintió crujir sus costillas bajo el abrazo del forzudo.

—Yo también me alegro, Ghera. Siempre en forma, ¿eh?

El nombre completo del hombretón era Gheraldu Luporsi. Su amistad con Santiago Matesanz se remontaba a hacía más de veinte años, cuando Luporsi, que había recibido una dura instrucción militar en el cuerpo de paracaidistas de la Légion Étrangère, era ya uno de los miembros más importantes de la organización. Además de tener bajo su mando a una treintena de hombres, era considerado el mejor adiestrador de toda Córcega; él era el responsable de haber convertido a un blando jovencuelo del barcelonés barrio de Gràcia en el curtido profesional del crimen que Santiago había llegado a ser. Aquella época había quedado atrás, pero el corso le seguía considerando su discípulo predilecto, su mayor éxito y, al mismo tiempo, su mayor fracaso.

Piero y Baptiste tampoco resultaban desconocidos para Santiago. Ambos se acercaron para abrazarle, aunque con menos efusividad de lo que lo había hecho Ghera, afortunadamente para sus costillas. Al otro lado de la mesa, Barthélémy Galgani permanecía inmóvil, con una leve sonrisa en sus labios y sus ojos de halcón fijos en el recién llegado. Tras saludar a los otros tres, el expresidiario se acercó a su antiguo líder. Este puso las grandes manos sobre sus hombros y le miró a los ojos sin decir palabra durante unos instantes. Lo peculiar de la escena no pasó desapercibido para ninguno de los demás. Galgani, aunque mucho más viejo, era casi una cabeza más alto, y más corpulento; de no ser por la edad, hubiesen podido parecer un abuelo y su nieto pequeño. Sin embargo, en el cruce de sus miradas había algo digno del mejor fresco de Miguel Ángel: ambos tenían algo en los ojos que la mayor parte de las personas encontraba especialmente

perturbador de mirar. Los del corso eran tan oscuros que resultaba difícil decir dónde acababa el iris y empezaba la pupila, mientras que los ojos de Matesanz, de un color indefinido entre azul y verde, resultaban más propios de una fiera salvaje que de una persona. La mirada que se dirigieron mutuamente parecía capaz de prender fuego a la habitación.

—No sabes cómo me alegré al enterarme de que ibas a salir por fin. Créeme si te digo que no fue fácil conseguir que te soltasen.

—Lo sé, señor Galgani, y se lo agradezco de todo corazón.

Santiago ya había reparado en el hombrecillo que estaba de pie junto al lado derecho de la mesa de reuniones, el único de los presentes al que no conocía de antes. Cuando por fin intervino en la conversación, el exconvicto hubiese preferido no tener que escucharle.

—Desde luego que no fue fácil reducir la condena a solo nueve años. Lo más difícil fue «probar» —aquí el hombrecillo hizo un gesto con los dedos— que la bala que mató al poli había rebotado contra el suelo, que pretendía ser un disparo disuasorio; a partir de ahí solo fue cuestión de fondos y persistencia.

Matesanz se volvió hacia el hombrecillo, que sonreía alegremente; todo rastro de jovialidad desapareció de su rostro al experimentar una de las conocidas miradas del Segador. Este, sin embargo, se percató de que el tipo, seguramente uno de los abogados de la organización, no apartaba la mirada ni perdía la compostura. Sospechaba que detrás de aquellas gafas sin montura se ocultaba un hombre más duro de lo que su aspecto dejaba entrever; no era propio de Galgani poner sus asuntos en manos de pusilánimes. Fue precisamente este el que se apresuró a aligerar la situación.

—Debes disculpar a François. Para un abogado, los años de cárcel son como las merluzas y las lubinas para un pescador: nada más que mercancía. Él no puede saber lo duros que han sido para ti estos años.

El abogado captó el mensaje.

—Reconozco que el comentario estaba fuera de lugar —dijo—. Te ruego aceptes mis más sinceras disculpas.

—Dejemos el tema. Supongo que no me ha llamado para que cuente mis experiencias como huésped de la Modelo.

—Por supuesto —respondió Galgani—. Siéntate al lado de Baptiste para que podamos ponerte al día.

Todos tomaron asiento en sus respectivas sillas antes de que su líder siguiese hablando.

—Mucha gente se derrumba allí dentro, al salir no son ni sombras de lo que eran. A otros les ocurre todo lo contrario: son los que acaban haciendo que los maten nada más pisar la calle, pero veo que tú sigues conservando el mismo nervio. Yo diría que eres tan bueno o más que hace una década; por eso te necesito a nuestro lado.

—Con el debido respeto, señor, he pasado los últimos nueve años pudriéndome en aquella ratonera, nueve años sin empuñar un arma, sin conducir un coche... No es que no esté tan fino como antes, es que estoy acabado.

—No es eso lo que tengo entendido. Dicen que te has hecho respetar más que nadie ahí dentro, y la Modelo no es ningún campamento de verano. Aunque tú mismo no te des cuenta, no eres de los que se queda mirando desde la orilla; eres demasiado fuerte para eso.

Santiago guardó silencio. Se sentía más incómodo a cada instante. La postura de Galgani, tan

cortés pero tan directa, sin rastro de hostilidad, pero siempre inflexible; era algo que ya conocía, y que le provocaba un hormigueo cada vez más intenso subiendo desde su estómago, trepando por su garganta, asfixiándole lentamente.

—¿Por qué yo? —dijo finalmente con voz ronca—. Yo era uno más; no como Baptiste o como Pierre Louis Jusino.

Esta vez fue Piero quien respondió:

—A Jusino lo enterramos hace dos años, y supongo que lo que quieres decir es que hace nueve no se te hubiera tenido en cuenta para una reunión de este tipo. ¿Me equivoco?

Santiago guardó silencio durante un par de segundos antes de contestar:

—Es justo lo que quería decir. No entiendo para qué puede necesitarme la organización.

—Ese es el problema —continuó Piero—. Un año antes de lo de Pierre Louis perdimos al sueco, Antoine está en un puto asilo..., ya sabes a cuántos perdimos en la época en que te trincaron a ti. Después de aquello, otros muchos se acojonaron y pidieron el retiro a los escaparates.

Escaparates era el nombre que se daba a los negocios legales de la organización. Habían empezado siendo simples lavaderos de dinero, muchos de los cuales, gracias principalmente a la labor de Antoine Cirazzi, habían crecido hasta convertirse en negocios que daban grandes beneficios. Por lo que Santiago sabía, hacía años que los más rentables se habían desvinculado de las operaciones sucias y habían sido repartidos entre Galgani y su hija Chjara, mientras que Piero, asistido por Baptiste Felce, el sueco Ander Olafson y Pierre Louis Jusino —los denominados *capitani*— [8] había asumido el control de las actividades ilegales de la organización. Luporsi, demasiado conocido por las autoridades como para seguir con sus labores delictivas en Marsella, se había apartado a Córcega, desde donde actuaba como líder de los chicos de la isla y brazo político de la organización. El Segador no estaba al tanto de las razones que habían llevado al *amiragliu* [9] de la cofradía de Partinello, señor indiscutible del imperio criminal más poderoso del Mediterráneo, a retirarse de sus negocios, pero sí sabía que muchos de los *chicos* —como les llamaban a los matones y pistoleros varios de la organización, independientemente de su edad— habían abandonado sus puestos para trabajar también en los escaparates. Oficialmente ejercían de guardas de seguridad, transportistas o guardaespaldas, aunque también se dedicaban a labores de extorsión y sabotaje, exactamente igual que otros empleados de empresas supuestamente legales. Pocos negocios llegan a ser realmente importantes sin disponer de efectivos que se ocupen de los trapos sucios.

—Las cosas han cambiado mucho estos últimos años —dijo Barthélémy Galgani dirigiéndose de nuevo a Santiago—, pero en las últimas semanas se han jodido mucho más todavía. Supongo que Chjara ya te habrá comentado lo que ocurrió hace dos días. Ten un poco de paciencia y déjanos intentar ponerte al día, Santiago; es la única manera de que entiendas el porqué de las cosas.

El Segador procuraba aparentar calma mientras luchaba interiormente contra el impulso, cada vez más urgente, de levantarse y alejarse de aquel lugar y de aquellos hombres para siempre, tan rápido como se lo permitieran sus piernas. Se daba cuenta de que le estaban arrastrando inexorablemente hacia la situación en la que se había jurado a sí mismo no volver a verse nunca, pero no tenía otra alternativa: sus deudas para con su pasado eran demasiado grandes, tanto como para hipotecar su presente y su futuro.

—Le escucho —respondió.

Durante los minutos siguientes, el exconvicto atendió en silencio mientras los demás relataban los sucesos, presentes y pasados, más significativos ocurridos durante su estancia en prisión; acontecimientos que habían llevado a la organización a la delicada situación en la que se encontraba.

Algunos detalles no le eran desconocidos, como el hecho de que poco después de su arresto habían sido detenidos otros catorce miembros de la organización, entre ellos Gerard Laffitte, máximo responsable de la distribución de cocaína hacia el noroeste de Francia, y Nicetu Ficaye, jefe del grupo que mantenía abiertas las rutas al Benelux desde Lorena. Sin embargo, había algo que Matesanz no sabía, algo que jamás hubiera podido imaginarse, y era que el 19 de abril de 1996, un mes y seis días después de que él ingresase en la cárcel Modelo de Barcelona, Marc Aconti y tres de sus hombres habían sido hallados en Niza acribillados a tiros dentro de su propio coche.

Hablar de la vida de Marziale Aconti significaba ineludiblemente hablar de la historia de la organización conocida como *la cofradía de Partinello*: el hombre no podía ser concebido independientemente de la cofradía, como la cofradía no podía ser concebida independientemente del hombre. Su padre, Phillippe Aconti, era el más íntimo amigo de Sampiero Galgani, el león de Partinello; ambos se habían unido juntos a la Resistencia el mismo día en que las fuerzas de Mussolini desembarcaron en las playas de Córcega por primera vez; juntos habían vivido en las montañas combatiendo a las fuerzas de ocupación fascistas y juntos habían contemplado, tras dos años de luchar por cada peña y cada bosque de su patria insular, la primera llegada de suministros a bordo del submarino Casabianca. Los continuos aprovisionamientos de armamento, radios y material de inteligencia por parte del Casabianca a los miembros de la Resistencia acabarían desencadenando, el día 9 de septiembre del 43, un glorioso levantamiento digno de los tiempos de Pasquale Paoli, padre de la patria corsa. Tras la liberación de Córcega y la disolución de la Resistencia, los dos amigos volvieron a su pueblecito pesquero natal como héroes de guerra; especialmente Galgani, cuyas hazañas bélicas —la menor de las cuales no era haber salvado la vida de Phillippe tras una emboscada fallida en Porto-Vecchio— le habían hecho ganarse el respeto y la gratitud de sus paisanos. Lo cual no es decir poco cuando uno se refiere a los corsos, un pueblo conocido por su orgullo y su feroz lealtad hacia sí mismo.

Cuando el primer hijo de Phillippe y su mujer, Diunisa, cumplió los catorce años de edad, su padre llevaba ya diez años apoyando a Sampiero en su papel de líder de la cofradía de pescadores; suya habían hecho la responsabilidad de sacar a todos los aldeanos, entre Galéria y Sagone, de la feroz miseria en la que la guerra los había dejado. Abastecidos con las armas que el conflicto había dejado tras de sí, y unidos bajo el liderazgo del león de Partinello, los pescadores de la cofradía empezaron a aceptar en sus barcos cualquier clase de cargamento que les permitiese llenar los platos de sus familias. Los hombres de la prefectura no estaban en condiciones de hacer frente a las decenas de bandas que operaban en la isla; sus esfuerzos se centraban principalmente en intentar mantener la estabilidad política, más frágil que nunca debido a los brotes de insurrección nacionalista. Esta situación, unida al problema de Argelia y a la precaria salud de la economía gala, convertía a Córcega en excelente caldo de cultivo para el desarrollo del contrabando y el tráfico de armas.

La cofradía de Partinello prosperó rápidamente en este contexto, convirtiéndose en pocos años

en una de las organizaciones más fuertes de la isla. Pero el mercado, aunque amplio, acabó por resultar insuficiente para mantener a todas las redes de contrabando que habían surgido por todo el territorio insular, competencia que acabó degenerando en sangrientas confrontaciones entre bandas. Fue durante uno de estos enfrentamientos cuando cuatro fragmentos de un cartucho del calibre 16 pusieron fin a la vida de Phillippe Aconti, segundo en el mando de la cofradía de Partinello.

Sampiero Galgani sabía muy bien que en su tierra no había lugar para el duelo, de modo que, apenas finalizado el funeral del que había sido su compañero de armas y único amigo verdadero, celebró la ceremonia de admisión del hijo del difunto. De esta manera, el león de Partinello transmitía a su gente el mensaje de que la lucha debía continuar con más fuerza que nunca a pesar del precio; los jóvenes debían ocupar el lugar de sus mayores caídos. Ese era el ciclo interminable de la *vendetta*, la ley inquebrantable que había obligado a incontables generaciones de corsos.

Así fue como, con tan solo catorce años, Marc Aconti se convirtió en el miembro más joven de la cofradía. A pesar de su corta edad, el hijo de Phillippe demostró ser un digno heredero de su padre, distinguiéndose durante los años más violentos de la lucha entre bandas. A los dieciocho ya era el jefe de un grupo de diez hombres, que se ocupaba de mantener bajo control uno de los puertos de la punta San Giuseppe; fue por entonces cuando Barthélémy Galgani, que ya era uno de los principales lugartenientes de su padre a pesar de ser solo cinco años mayor que Marc, le recomendó para ser enviado a la Costa Azul. Sampiero aceptó. Estaba buscando hombres duros y capaces para establecer definitivamente pequeñas bases de operaciones en el continente, de cara a explotar un filón incipiente, con potencial para convertirse en el más lucrativo de todos: el narcotráfico.

Una vez más, Aconti era, con mucho, el más joven de los elegidos. La confianza depositada en el muchacho no tardó en dar sus frutos. Aunque al principio le costó adaptarse a actuar en un territorio extraño, en donde el brazo de la ley resultaba mucho más largo que en su tierra natal, Marc Aconti acabó por afincarse con éxito en Marsella. Su capacidad para establecer contactos en el nuevo territorio superó con creces todas las expectativas; al cabo de un par de años ya se relacionaba con los personajes más importantes del hampa local y con más de un alto cargo de la Policía y de la Gendarmería. A partir de ahí su carrera no cesó de ascender: fue nombrado número uno de la organización en la Costa Azul gracias a su inteligencia, su capacidad para inspirar confianza y sus métodos extremadamente expeditivos, fruto de años de cruentas luchas en la isla de la Belleza. Su área de influencia se extendía en todas direcciones, en especial hacia el este. A principios de los ochenta, Marc Aconti era el único hombre de la organización que mantenía vínculos estrechos con figuras de la mafia siciliana, así como con traficantes de Oriente Medio y Asia Menor.

El atentado de Niza significó un golpe casi mortal para la cofradía de Partinello. Aconti era uno de los pilares fundamentales sobre los que se asentaba al poder de la cofradía, solo por debajo del mismísimo Barthélémy Galgani. Mientras que este, como indiscutible líder sindical del sector marítimo entre Córcega y Niza, se codeaba con figuras importantes de la escena política y financiera, Aconti representaba la cabeza visible de la cofradía de Partinello en el submundo del crimen europeo. No eran pocos dentro de la Policía y de las otras bandas, e incluso en algunos círculos de la propia cofradía, los que creían que Marc Aconti regía en solitario la

organización..., una creencia alimentada por la extremada discreción de Galgani, que dirigía la organización desde las sombras tratando únicamente con sus hombres de confianza, así como con los líderes de otras redes criminales de cierta categoría.

Luporsi estaba relatando las consecuencias inmediatas de la muerte del principal *capitanu*, entre las que se encontraba la pérdida de negocios muy lucrativos con varios proveedores de heroína y mafiosos italianos, así como la disolución de una parte importante de la cofradía, la que trabajaba exclusivamente bajo la órdenes de Aconti, cuando Santiago le interrumpió para dar voz a la duda que le corroía desde que empezaran a tratar el tema:

—¿Cómo es posible que yo no me enterase de nada? No solo de que liquidasen a nuestro segundo cofrade, sino de todo lo que pasaría después; la carnicería tuvo que ser sonada.

—Nada de eso, no hubo represalias de ningún tipo por nuestra parte —respondió Galgani.

Santiago le dirigió una mirada incrédula; un vistazo a los rostros del resto de los presentes le confirmó que su jefe decía la verdad, muy a pesar de todos ellos.

—¿No se supo quién lo había hecho?

—Al contrario, el mismo día que recogimos el cadáver de Marc recibí una llamada de uno de mis amigos de la DGSE:[10] fueron los cerdos de la OCRTIS[11] los que le liquidaron. Escondimos los cuerpos y los llevamos a Córcega para enterrarlos en secreto, hicimos todo lo posible para silenciar el asunto. Necesitábamos hacer creer a los demás que Aconti había decidido jubilarse y desaparecer sin más.

Santiago asintió con la cabeza en gesto de entendimiento. No cabía tomar represalias contra la OCRTIS porque significaría entrar en guerra abierta con todo el Gobierno francés; algo que se encontraba por encima de las posibilidades de cualquier organización criminal por poderosa que fuese.

—Puedes imaginarte la rabia que sentí entonces —continuó Galgani—: mi amigo del alma, asesinado a sangre fría por esos cabrones. Se creen mejores que nosotros, dicen que son el brazo de la justicia. ¿Qué sabrán ellos de la justicia?, ¿ni del honor, ni de la lealtad? No son más que perros amaestrados, incapaces de distinguir lo justo de lo infame. —Se había levantado de su silla, daba vueltas vehementemente por delante del ventanal. Finalmente se quedó parado, mirando a través de este, antes de seguir hablando—: Como he dicho, fue uno de mis contactos en la DGSE el que me avisó del asunto; no son como el resto de los maderos, no, en absoluto. Muchos de ellos son corsos, ¿sabéis? Los que quedan del antiguo servicio 5 del SDECE.[12] Mi padre empezó a tratar con ellos durante los sesenta; les ayudamos con esos animales argelinos del OAS,[13] putos terroristas asesinos de niños... Lo hicimos porque sabíamos que iban a darles el trato que se merecían, y no nos decepcionaron; el pueblo de Córcega siempre ha sabido hacer justicia, no como la escoria de la madera. —Hizo una mueca de repugnancia—. Desde entonces siempre hemos mantenido buenas relaciones; por eso vino a verme en persona uno de sus capitanes, buen amigo mío y de mi padre. Él me avisó de lo que tenían reservado para nosotros los cabrones de la OCRTIS, incluso me enseñó algunos informes clasificados. Entonces comprendí que no podíamos seguir con nuestras operaciones por más tiempo; los muy cabrones estaban dispuestos a cargarse a todos los peces gordos del narcotráfico del país, sin importarles a quién tuviesen que llevarse por delante ni cómo.

Llegado este punto, fue François quien tomó la palabra.

—Siempre habíamos confiado en nuestras influencias y en nuestro presupuesto para evitar

problemas con los jueces y la Policía; de todos modos, los que no eran corruptos ni incompetentes tampoco podían competir con nuestro armamento ni con nuestros vehículos (cuestión de presupuesto y de prioridades); pero en algún momento las cosas empezaron a cambiar. No fue solo que la caída del Telón de Acero les dejase más margen de efectivos y de presupuesto para encargarse de nosotros; fue que empezaron a intentarlo de verdad.

»En menos de dos años cayeron muchos hombres fuertes de las grandes bandas, tanto entre nuestros amigos como entre nuestros rivales. Hombres que parecían intocables, como Richard Sanzol, Enzo Mancini o el mismísimo Patrick Le Monnier..., muchos de ellos corrieron la misma suerte que Marc. Sabían que no podían acabar con el negocio en sí, ya que donde hay demanda siempre acaba habiendo oferta, así que se concentraron en acabar con los grandes empresarios y dejar el negocio en manos de inmigrantes famélicos y yonquis advenedizos; el tipo de gentuza que resuelve sus diferencias a puñaladas en los callejones oscuros de las barriadas, lejos de las moradas de las personas decentes, sin escándalos financieros ni repercusiones sociales. Decidieron esconder la basura en los basureros, como si el ciudadano de a pie no supiese que los mayores consumidores de drogas no viven en chabolas, sino en chalés de lujo.

Santiago reflexionaba acerca del significado de las palabras del abogado. En los tiempos en los que él estaba en activo, el mero hecho de que la chusma pudiera hacer la competencia a los opulentos señores del crimen del Mediterráneo habría resultado, como poco, irrisoria. Eran los propios prohombres de la sociedad los que, en virtud de una especie de retorcida solidaridad aristocrática, colaboraban con los glamorosos gánsteres en diversos tipos de proyectos y eventos. Las diferencias sociales entre empresarios de éxito y grandes narcotraficantes eran nulas a nivel público y privado, mientras que la repugnancia hacia los bajos delincuentes, individuos salvajes y pendencieros sin el menor sentido de los negocios, era universalmente compartida. En este sentido, los jefes del crimen organizado pasaban por ser pacificadores de los bajos fondos, encargados de mantener a raya a la chusma y minimizar el daño que esta pudiera infligir al resto de la sociedad. Cuando la *jet set* de la Costa Azul tenía problemas con alguna clase de delincuente común, ya se tratase de chantajes, secuestros o extorsiones de algún tipo, no solía ser a la Policía a quien acudía para solucionarlos.

Barthélémy Galgani abandonó el ventanal para ocupar de nuevo su asiento a la cabecera de la gran mesa de sapeli antes de tomar la palabra de nuevo.

—La culpa fue de los advenedizos que empezaron a rondar el negocio hacia finales de los setenta, como asquerosas urracas atraídas por el brillo del oro. Nosotros siempre procuramos mantener el equilibrio, sabíamos sacrificar beneficios a cambio de discreción; solo así se puede mantener el apoyo de los políticos, que es el único que realmente se necesita para estar a salvo de los cerdos de azul. El futuro de los políticos no depende del resultado de su gestión, sino de la imagen que el público tenga de ella; su única preocupación real es evitar los escándalos. Así que cuando llegaron todos esos animales del este y del sur, sembrando los paseos marítimos de casquillos, regándolos con sangre, con sus enfrentamientos a pleno sol y sus ajustes de cuentas, escondiendo cadáveres y alijos en las mismas playas que frecuentaban los turistas, luciendo sus anillos y sus cadenas por los clubs náuticos y paseando por las calles sus coches de importación con agujeros de bala, la cuerda se rompió. El escándalo era demasiado grande.

Santiago, a pesar del tiempo que llevaba fuera de circulación, podía comprender la situación con claridad: hacía años que había aprendido que, independientemente de lo fuerte armamentística

o económicamente que fuese una organización como la cofradía de Partinello, su supervivencia a largo plazo dependía de que las autoridades tolerasen su existencia, cosa que harían siempre y cuando esta les reportase más ventajas que inconvenientes. Sin lugar a dudas, la escalada de violencia que mencionaba Galgani había hecho que las grandes bandas de traficantes pasasen a ser consideradas directamente intolerables.

—Esos hijos de puta de la OCRTIS estaban más al tanto de nuestros asuntos de lo que habríamos podido suponer en un principio —continuó Barthélémy Galgani—; tenían la información y los medios para hacernos daño de verdad. Planeaban mandar a prisión no solo a los inocentes pescadores que transportaban mercancía extra ocasionalmente para ganarse el pan, sino a sus familias enteras por encubrimiento; así pretendían hacer que nuestra propia gente se volviese contra nosotros. Por supuesto, esta era una ocurrencia absurda, pero la idea de que mis paisanos, mis amigos y puede que incluso mi propia familia acabasen asesinados o encerrados de por vida me resultaba tan horrible como la de que se volvieran contra mí. En vista de la situación, decidimos que nuestra única oportunidad de sobrevivir era apartarnos de los focos: suspender todo contacto entre nosotros y las organizaciones marcadas, abandonar nuestros locales habituales y cortar toda relación entre los escaparates y los negocios clandestinos que pudiera hacerlos vulnerables. —En este punto, dirigió a su hijo un gesto con la mano abierta para indicarle que continuase por él.

—Mi hermana se quedó con los hoteles, que eran los escaparates que mejor funcionaban como negocios independientes; mi padre se retiró de los negocios activos, vendió los almacenes de exportación y los negocios de compraventa de embarcaciones para repartir los beneficios entre los socios e invertir su parte en negocios limpios; y Luporsi heredó el cargo de primer cofrade de todas las cofradías de pescadores bajo nuestra influencia. Como ya sabes, yo tuve el honor de pasar a dirigir los negocios de la organización. Ha sido una labor muy jodida: tuvimos que rehacer nuestras redes casi desde cero, establecer nuevos contactos, encontrar nuevos hombres..., pero conseguimos mantenernos en la brecha y cumplir con nuestras obligaciones para con nuestra gente. No hace falta que te diga la cantidad de familias que dependen de nuestra organización para poder comer todos los días.

»Por desgracia perdimos mucho poder en el proceso. Para sobrevivir a la cacería de la OCRTIS tuvimos que hacerles creer que nos habíamos dividido en grupillos minúsculos, como ellos pretendían, así que durante tres años dividimos los efectivos entre Baptiste, Jusino, el sueco y yo; y nos dedicamos a actividades de poca monta, sin comunicarnos demasiado para que no nos relacionasen. La idea era volver a unificar la organización en cuanto pudiésemos, pero ahora Olafson y Jusino ya no están, y la competencia cada vez es más fuerte. Las calles están infestadas de africanos, sudacas, chinos y eslavos; son tantos que no importa cuántos mates, siempre aparecen más para reforzar las bandas o formar otras nuevas. Los muy hijos de puta se están comiendo nuestro pastel; como no hagamos algo, acabarán por mandarnos a la cuneta.

»El caso es que, de entre todos, solo hay un puñado de grupos suficientemente fuertes como para hacernos frente, y hace tiempo que sabemos que hay alguien removiendo el nido de las avispas. El mes pasado, sin ir más lejos, tuvimos que enfrentarnos a una especie de coalición de muertos de hambre del Este, cuatro grupillos de kosovares que se habían unido para tocarnos los cojones. ¡Llegaron a prenderle fuego a uno de nuestros garitos en Niza! ¿Te lo puedes creer? Pues están ocurriendo cosas parecidas por todas partes, y a todas las organizaciones de la vieja

guardia, no solo a nosotros. Está claro que hay alguien detrás de todo esto, ¡y ahora ese alguien ha tenido los cojones de intentar liquidar a mi padre! —La habitación entera pareció temblar bajo la descarga del poderoso puño de Piero contra la mesa.

Baptiste se apresuró a poner las manos sobre los hombros de su viejo amigo para apaciguarle. El menor de los Galgani se pasó nerviosamente una mano por el bigote al tiempo que seguía apretando el puño con rabia. Santiago pudo ver una gotita escarlata sobre la mesa: el hijo del gran hombre se había clavado las uñas en la palma con tanta fuerza que se había hecho sangre.

—¡Contrólate, Piero! —vociferó su padre—. ¡¿Cuántas veces te lo habré dicho?! Mezclar los motivos personales con los negocios es signo de debilidad. Yo no necesito un hijo iracundo y vengativo; necesito un lugarteniente con la cabeza fría que sea capaz de llevar nuestros negocios con eficacia, y que sepa esperar el momento de saldar las cuentas.

—Hablando de negocios —intervino Baptiste—, llevo varias semanas arreglando una entrega con Salim, el turco; iba a ser a finales de mes... Tal como están las cosas, lo más prudente sería cancelarla.

—Supongo que se trata de una cantidad seria.

—Mucho más que seria; tanto que el turco viene en persona para supervisar el intercambio. Hace cosa de dos años que no cerramos un trato de tanta envergadura, y me ha costado sangre convencerle. Por supuesto, Salim no moverá un dedo a no ser que yo esté presente también.

Galgani reflexionó durante unos instantes antes de responder:

—Ese viejo no se fía ni de su sombra, pero en materia de intercambios siempre ha merecido nuestra confianza, por lo menos tanto como puede merecerla un turco. Si cancelases el asunto ahora, no solamente te ganarías la enemistad de Salim, sino que si llega a saberse que cancelamos nuestros mejores tratos por el atentado contra mí, daremos a entender que han conseguido meternos el miedo en el cuerpo, y perderíamos muchísimo dinero, ahora que necesitamos más fondos que nunca.

»Es imprescindible que Piero y tú volváis a primera línea, mañana mismo si podéis, para haceros cargo personalmente de los negocios. Tenemos que seguir funcionando a pleno rendimiento, no podemos permitirnos derrochar nuestros recursos empezando una guerra en todos los frentes. Tenéis que hacer lo posible para averiguar la fuente de nuestros problemas; solo así sabremos a quién hay que atacar. Sobre todo, no confiéis en nadie, y no permitáis que los chicos se dejen llevar por la sed de sangre; tienen que limitarse a proteger nuestros intereses, como siempre. Yo me ocuparé de todo lo demás. Os avisaré cuando necesite algo más de vosotros; ahora quiero que me dejéis a solas con Santiago.

Los cuatro hombres abandonaron la sala en silencio. Santiago, solo en la habitación con su antiguo jefe, se percató de que fuera había empezado a anochecer. Los ladridos de los perros guardianes llegaban esporádicamente desde el exterior.

—Ya ves cómo están las cosas —dijo Galgani—. Yo, que toda mi vida me he esforzado por mantenerme apartado de la notoriedad, por evitar que mi nombre se relacionase de ninguna manera con las actividades de la organización, ahora salgo en todos los periódicos como víctima de un intento de asesinato. No pasará mucho tiempo hasta que algún madero se ponga a investigar y saque a la luz quién soy de verdad, y supongo que muchos de mis amigos de la escena política dejarán de cogerme el teléfono cuando eso pase...; peor para ellos. Todavía tengo bien cogidos a suficientes politicastos, todavía controlo los sindicatos pesqueros y navales de media Costa Azul.

»Hay otra cosa que me preocupa aún más, Santiago: resulta obvio que quienquiera que sea el que ha intentado acabar conmigo, ya sabía quién era yo.

—Bueno, usted ha sido más discreto que nadie, pero también ha tratado con bastante gente..., gente que ahora mismo podría estar trabajando para un rival demasiado ambicioso.

—Es posible, pero ¿quién? Todos los líderes de las viejas organizaciones que me conocen son demasiado tercos y orgullosos como para haberse vendido a esa escoria de rusos, moros y asiáticos; los desprecian profundamente, preferirían morir mucho antes que juntarse con esa chusma. También están sus lugartenientes y sus guardaespaldas, que me hayan visto o hayan oído hablar de mí a sus jefes, esto es lo más probable; y por último está mi propia gente, casi sangre de mi sangre. Sabes que jamás me he dejado ver por ningún miembro de la organización en quien no confiase personalmente. En todos los años que he estado en la organización, desde que trabajaba para mi padre hasta que logramos extender el negocio por el continente, siempre he seleccionado a mis hombres de entre los más fieles de las aldeas de Córcega. Las pocas excepciones que he hecho han sido por hombres excepcionales, corsos de corazón, como tu padre; como tú mismo.

Santiago sentía que la conversación se adentraba en un terreno que le resultaba abominable. Aunque cada vez se sentía más resignado ante lo que parecía inevitable, intentó evitar el tema una vez más.

—Hay una cosa que aún se me escapa: usted estaba retirado, era Piero el que estaba al frente de los negocios. ¿Por qué intentaron acabar con usted en vez de con él?

Barthélémy Galgani sonrió abiertamente por primera vez desde que había dado comienzo la reunión, hacía varias horas ya. Santiago no pudo discernir el motivo de tal gesto, pero este no le tranquilizó en absoluto.

—Por el mismo motivo por el que el responsable se ha tomado tantas molestias en mantenerse en el anonimato: por respeto.

»Sean quienes sean los que andan detrás de esto, solo tendrían que haber enviado a unos cuantos tipos con metralletas y yo ya sería historia... Tampoco se necesita mucho para acabar con un viejo y sus tres guardaespaldas..., pero entonces todas las organizaciones de la vieja guardia, mis amigos a quienes me acabo de referir, se hubieran unido con la cofradía para aplastar a los muy cabrones. Es impensable que los grandes hombres del crimen se queden de brazos cruzados después de que una banda de inmigrantes se atreva a liquidarme a mí, que fui el más respetado de todos ellos. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que fuesen cayendo ellos mismos, uno a uno? Conmigo muerto, ni siquiera serían capaces de ponerse de acuerdo para cubrirse las espaldas, pues mientras siga vivo, yo soy el único que puede unir a todas las organizaciones. Les guste o no, yo soy el único al que respetan lo suficiente como para dejar de lado sus cuentas pendientes, que no son pocas ni recientes, y hacer frente común ante un enemigo que amenaza con destruirnos a todos. Bajo mi liderazgo eso sería posible; si yo soy asesinado, las viejas organizaciones se acusarán unas a otras, entrarán en una guerra fratricida y se destrozarán mutuamente. Al final, los auténticos asesinos aparecerán para dar cuenta de los restos y hacerse con el control absoluto en un abrir y cerrar de ojos. Así de fácil: los vencidos bajo tierra y los despojos para el ganador.

—¿Y si fuesen los advenedizos los que estuviesen haciendo frente común para hacerse con el negocio? Eso explicaría los ataques de las pequeñas bandas que mencionó Piero; se sentirán fuertes respaldados por otros más grandes.

—Imposible. Chinos, rusos, moros, hispanos... nunca formarían una alianza que durase más de

veinte minutos. No se fían los unos de los otros ni lo más mínimo, y hacen bien, porque no se tienen ningún respeto mutuo. Esa es la clave de una alianza fuerte, el respeto mutuo; las viejas organizaciones teníamos nuestros más y nuestros menos, pero nos respetábamos, y a la cofradía de Partinello se la respetaba más que a ninguna otra. —Dicho esto, el gran hombre se levantó, abandonó su lugar a la cabecera de la mesa para tomar asiento junto a Santiago. Este volvió a sentir el peso de la mano de Galgani sobre su hombro; nada en comparación con el peso que sentía sobre su corazón—. Por eso te necesito, Santiago. Después de lo que ha pasado ya no puedo fiarme ni de mis propios hombres. Me temo que alguien me ha vendido y no sé quién es. No puedo quedarme escondido como un ratón esperando a que pase el temporal; al contrario, tengo que salir ahí fuera y volver a ganarme mi puesto en lo más alto. Para conseguir que se unan a mí, tengo que demostrarle al resto de los peces gordos que sigo siendo el más gordo de todos.

—¿Y qué es lo que quiere de mí exactamente? —El Segador apenas podía reconocer su propia voz; le había parecido que las palabras desgarraban su garganta mientras las pronunciaba.

—Fígaro ya no puede protegerme, Piero y Baptiste tienen una tarea muy larga por delante, Luporsi también va a tener trabajo que hacer... y yo ya no soy joven. Te necesito a mi lado para que te ocupes de mi seguridad, para que hagas lo que hacía Fígaro.

—Yo no valgo para eso. —Esta vez la voz no fue más que un susurro.

—¡Al contrario, nadie más puede! —rugió Galgani—. Ahora mismo eres el mejor hombre del que dispongo. Sin Fígaro, ningún otro de mis guardaespaldas tiene lo que hay que tener, y no puedo arriesgarme a utilizar a nadie más de la organización porque no puedo fiarme de nadie, ni de los más veteranos; cualquiera podría ser un vendido. Pero tú no; tú has estado preso hasta hace muy poco, y sé que nadie te ha comprado porque sigues trabajando en esa mierda de garito que tiene Adolfo Romea. Te conozco, Santiago Matesanz, sé que eres un hombre de honor, un hombre de palabra; como lo era tu padre, a pesar de sus defectos. —Galgani tendió la mano derecha hacia Santiago—. ¿Vas a dejarme en la estacada? ¿Te atreverás a negarme tu ayuda? Yo jamás lo hice contigo ni con tu familia.

Los latidos del corazón de Santiago retumbaban en sus sienes como tambores de guerra. Entre niebla, como en un sueño, vio cómo su mano se acercaba lenta, muy lentamente, a la mano que le ofrecía Barthélémy Galgani. Cuando finalmente la estrechó, lo único que se repetía en su mente eran unas líneas de cierta obra teatral. No recordaba dónde ni cuándo las había leído, tan solo creía recordar que eran de Federico García Lorca, pero en aquel momento no podía apartarlas de su cabeza.

—*¡La sangre!*

—*Hay que seguir el camino de la sangre.*

—*Pero sangre que ve la luz se la bebe la tierra.*

—*¿Y qué? Vale más ser muerto desangrado que vivo con ella podrida.*

IX

La torre de las campanas, situada a la entrada de la catedral patriarcal de Bucarest, anunciaba las cuatro de la tarde desde lo alto de la Dealul Mitropoliei. No muy lejos de este lugar, tan solo un par de manzanas calle abajo del imponente palacio patriarcal que se erige junto al templo ortodoxo, Elena Siwak abría la puerta de su oficina acompañada de su cliente más antiguo; ante ambos apareció el modesto recibidor, iluminado tan solo por la tenue luz que se filtraba a través de las cortinas a medio cerrar.

—Nunca deja de sorprenderme tu despreocupación, Elena; es casi conmovedora.

La abogada tuvo que esforzarse para ahogar una risotada repentina, a lo que Radu correspondió enseñando ligeramente los dientes.

—¿De qué te ríes? —dijo este al tiempo que sacaba una Colt 04691 de la cinturilla de su pantalón—. ¿Acaso no me crees capaz de conmoverme?

—¿A un hombre que no se acerca ni a su sombra sin asegurarse de que puede pegarle un tiro antes que ella a él? ¡Claro! Se ve a kilómetros que tienes un corazón de oro.

—Tengo un corazón que late, gracias; más de lo que tendrás tú como no empieces a cubrirte un poco las espaldas. Acabas de enterarte de que hay un desconocido que sabe dónde trabajas y a qué te dedicas, y tú te metes aquí dentro tan tranquila tecleando una mierda de código de cuatro cifras. Cualquier inútil puede saltarse esa alarma tuya y servirse un par de copas del mueble bar mientras te espera.

—No me importaría que alguno que yo me sé me esperase en mi oficina con un par de vasos de Cardhu, aunque acabase la noche metiéndome un cuchillo entre las costillas en lugar de otra cosa. ¿Pretendes que convierta mi despacho de abogaducha de segunda en una cámara acorazada? Sería una coartada cojonuda entonces. Además, esta zorra todavía no es tan vieja como para no darse cuenta de si han estado los cazadores en su madriguera.

—Bueno, entonces no te importará que te pida que vayas tú delante a echar un vistazo, ¿eh, vieja zorra?

El asesino enroscaba un silenciador en el cañón de la pistola mientras hablaba. Elena ya había traspasado el umbral y colgaba su gabardina en un sencillo perchero de pared.

—Por supuesto, pequeñín, no te muevas, mamá va a echar a los monstruos malos de debajo de la cama.

Pocos minutos más tarde, los dos estaban sentados en el despacho privado de la mujer. Un vaso de Cardhu con hielo descansaba sobre el escritorio de nogal, justo al lado de la pistola de Radu. El resplandor de la pantalla del ordenador ante el cual se encontraban se reflejaba en los rostros de ambos; no había ninguna otra luz en todo el piso, ni siquiera en todo el edificio.

—Me sorprendió que no intentases seguir a nuestro hombre —dijo él.

—Su *modus operandi* no parecía el de un tipo con contactos en Bucarest; para averiguar algo consistente tendría que haberle seguido fuera del país, hasta España si no me equivoco. Creo que podemos aprovechar mejor el tiempo desde aquí. —El humo subía en espirales hasta el techo desde el cigarro de la abogada mientras esta tecleaba un par de palabras con su mano libre—. Vamos con ello, pues. Seguro que en estos momentos echas un poco de menos a Mihai, ¿eh?

—Tendrá que valer con aplicar sus enseñanzas —respondió el asesino—. ¿Qué piensas tú?

—Bueno, está claro que no se trata de un experto en espionaje, y a juzgar por esa barba postiza tan burda, yo diría que no le importaba que se notase, aunque es evidente que sí le importaba no ser reconocido.

—Sí, un hombre directo, tanto por su forma de actuar como de expresarse; arrogante y orgulloso. Además, su forma de moverse..., muy ágil para su edad. —El programa de análisis de voces, que continuaba abierto en una esquina de la pantalla del ordenador, había estimado la edad del hombre entre los sesenta y cuatro y los setenta y dos años—. Bastante marcial, diría yo.

—¿Militar?

—Yo diría que es muy probable, y seguramente español.

—Desde luego su inglés no era precisamente de las orillas del Támesis, y el hecho de que haya usado ese idioma desde el primer contacto sugiere que tampoco domina otros idiomas; yo diría que es español residente en España.

La mirada de Radu se iluminó durante un instante.

—Es interesante eso de su poco dominio de los idiomas; prácticamente podemos descartar que pertenezca al CNI o a algún tipo de servicio de inteligencia. ¿Puede ser verdad que trabaje para una de esas agencias de contratación?

—Los peces gordos de esa clase de empresas no se dejan ver jamás; se limitan a tejer la red mediante la cual poner en contacto a oferentes y demandantes, pero para ello necesitan reclutadores. Suelen ser profesionales con experiencia en evaluar capacidades y asignar misiones; también se valora que tengan sus propios contactos, para complementar o aumentar, llegado el caso, los de la base de datos de la agencia. Aparte de espías y agentes especiales, los militares con experiencia en misiones internacionales son los que mejor responden a este perfil.

—¿Y los de operaciones especiales? —preguntó él repentinamente.

Elena se mostró visiblemente desconcertada durante un instante.

—Sí... Militares en general, pero veteranos de operaciones especiales en particular. ¿Por qué lo dices?

—Por las cicatrices de sus manos, típicas de los entrenamientos exhaustivos de combate a cuchillo..., entrenamientos con cuchillos bien afilados, claro; son el sello distintivo del adiestramiento de operaciones especiales.

La mujer frunció el ceño y miró de soslayo a su socio.

—Viste las cicatrices que dices, pero tú no pudiste verlas desde tan lejos.

—Yo ya había visto a nuestro amigo; paseando por el cementerio antes de que os encontrarais, ¿recuerdas?

—Sí, pero no creí que te hubieses fijado tanto; tampoco sabías si era él todavía.

—Yo me fijé en todo y en todos. Es parte de mi trabajo.

—Bueno, puede que el tipo trabaje para una de esas empresas y puede que no; de lo que estoy

segura es de que en este caso no actuaba por encargo de ninguna.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque ellos no habrían mandado a un hombre solo para intentar contratarte a través de mí. Habrían montado un operativo para eliminarme y recabar toda la información necesaria antes de encontrarte a ti y «convencerte» para que te pasases a trabajar con ellos indefinidamente. Los servicios de un profesional como tú resultan muy valiosos para una agencia de este tipo, mucho más que cualquier contrato aislado; créeme, las conozco bien.

—Entonces vamos a suponer que el viejo es un reclutador, que pretende utilizarme para uno de sus trabajos a espaldas de la agencia. ¿Por qué?

Elena cogió de encima del escritorio la carpeta que le había entregado su enigmático contacto; contenía un informe, no demasiado minucioso, acerca del hombre que debía ser eliminado, así como de sus últimos movimientos.

—Parece ser que alguien intentó cargarse al objetivo y falló. Por lo que dice aquí, el tipo podría ser mucho más peligroso de lo que aparenta, o sea que faltan datos importantes. Yo creo que nuestro hombre apuntó demasiado alto y ahora no sabe cómo resolver el asunto; de alguna manera, ha descubierto nuestra conexión y ha venido solo hasta aquí; para presionarme y hacerse con tus servicios a precio de ocasión, seguramente porque sospecha que el objetivo está por encima de las capacidades de cualquier asesino que él pueda reclutar. De esta manera cumple con el contrato sin pedir ayuda a la agencia, algo que hubiese tenido nefastas consecuencias para su carrera, se embolsa una prima más que jugosa, ya que a estas alturas el precio habrá subido considerablemente, y consigue una baza para mejorar su posición en la empresa; todo ello sin que sus superiores se enteren de cómo, claro está.

La ironía y la distensión entre ellos había desaparecido por completo en el mismo momento en que se habían puesto manos a la obra; ambos sabían que su trabajo era algo muy serio, y mucho más cuando su futuro profesional, y tal vez su vida, dependía de la identificación de aquellos que intentaban chantajearlos. Ni el asesino ni su agente eran personas que pudiesen asustarse fácilmente, pero su feroz instinto de autoconservación, unido a los muchos años de experiencia, los hacía muy conscientes del peligro en el que se encontrarían si no averiguaban rápidamente quién conocía su secreto y por qué. Ninguno de los dos volvería a sentirse seguro hasta cerciorarse de que todo aquel que supiese demasiado había sido silenciado para siempre.

—La teoría es buena —dijo Radu—, pero hay cosas que no me cuadran. En primer lugar, el tío es demasiado viejo para ser tan ambicioso; casi diría que es demasiado viejo para seguir en activo.

—Seguramente no consiguió ahorrar lo suficiente para jubilarse y ahora necesita el dinero para que no le alcance la justicia. Resulta bastante habitual en estos círculos: eliminadores, terroristas, espías... Muchos pasan al segundo plano cuando se hacen mayores, pero siguen necesitando dinero.

—Puede, aunque no creo que se trate de ningún fugitivo, a juzgar por su dejadez a la hora de disfrazarse. Pero todavía queda lo más extraño de todo. Si no es rico, ni un espía, ni un *hacker*...

—Desde luego, no sé de ningún *hacker* que transporte documentos tan delicados en carpetas de plástico; de hecho, no se me ocurre casi nadie que no prefiera los sistemas digitales hoy en día.

—Muy cierto, pero entonces, si no es nada de eso, ¿cómo es posible que nos haya descubierto? No puede decirse que sea algo al alcance de cualquiera.

Elena no contestó. Permanecieron en silencio durante varios minutos; el zumbido que producía el ventilador del ordenador era el único sonido audible en el despacho. El poco líquido que quedaba en el vaso de la abogada era el que habían dejado los cubitos de hielo al derretirse. Radu era consciente de que su agente funcionaba mucho mejor después de una copa; prueba de ello fue que el silencio acabó por romperlo ella.

—¿Y si hubiese sido uno de sus contactos el que le ha puesto sobre tu pista?, ¿alguien que te conozca? Manteniendo la hipótesis del reclutador, claro.

El asesino tardó unos segundos en responder; finalmente profirió un largo silbido antes de contestar:

—Ponte con ello ahora mismo, coteja los datos que tenemos y esas cosas que se te dan tan bien, pero búscame a cualquiera que pueda haber aceptado el contrato antes de que nos lo ofrecieran tan amablemente. Estaré en el sofá cama. —Dicho esto, se levantó de la silla, cogió su 04691, todavía con el silenciador puesto, y su maletín de fibra de vidrio, que estaba apoyado en el suelo junto al escritorio, y salió de la estancia sin mediar palabra.

La oficina que ocupaba Elena Siwak era un piso reducido, aunque lujosamente dispuesto. Se componía de seis estancias: un recibidor amplio acondicionado como sala de espera, baño, una habitación que hacía las veces de archivo, el despacho principal, el despacho de la pasante y una sencilla sala de estar sin más mobiliario que un sofá cama tapizado en verde, un par de sillas, un mueble bar y un pequeño mueble sobre el que descansaba un televisor de veinte pulgadas. Radu apoyó su maletín sobre este, se quitó la camisa y la colocó cuidadosamente sobre una de las sillas. Por último, abrió el sofá y, después de descalzarse, se dejó caer boca arriba sobre el colchón desnudo. Apoyó la pistola con el seguro puesto junto a sí y, finalmente, cerró los ojos.

Estaba agotado. Llevaba sin pegar ojo más de treinta y seis horas durante las cuales, entre otras cosas, había corrido varios kilómetros, conducido durante seis horas desde su casa de los Cárpatos y llevado a cabo una labor de vigilancia exhaustiva en torno a Ghencea durante otras tantas horas. Incluso un hombre de resistencia tan extraordinaria como él tenía un límite, y en aquel momento se encontraba a punto de rebasarlo. Cerró los ojos y trató de relajar los músculos de su espalda. El dolor que laceraba su cuello y sus castigados lumbares se intensificó en un primer momento, pero pronto fue remitiendo a medida que la tensión abandonaba las agarrotadas fibras. Poco a poco, de manera casi imperceptible, sus pensamientos empezaron a hacerse más difusos cada vez, mientras sentía cómo un pesado sopor se adueñaba irremediadamente de sus miembros, a pesar de que su cerebro, de manera subconsciente, luchaba por mantenerse en estado de alerta...

Un golpe en la puerta le arrancó repentinamente de su descanso. Asió su Colt y saltó de la cama por puro instinto; pronto notó qué era lo que le había parecido no estar bien al despertarse: la habitación estaba a oscuras. Echó un vistazo por la ventana. La cortina no se había movido, pero fuera ya era completamente de noche; él había creído dormir pocos minutos, pero parecía evidente que habían transcurrido varias horas. Una voz conocida siguió a un segundo golpe en la puerta.

—Vamos, mi bello durmiente, es hora de deshacer los encantamientos que nos aprisionan.

Radu abrió con cautela. El arma seguía en su mano, presta para disparar a bocajarro al mínimo indicio de problemas, pero en el pasillo solo estaba su socia.

—Has hecho bien llamando antes de entrar.

—No me gusta recibir disparos de socios paranoicos, me arruina el cutis. Tápate un poco antes de que hagas ponerse colorada a una viejecita, musculitos.

El asesino cogió su camisa de donde la había colocado; mientras se la ponía, notó cómo su corazón volvía a recuperar su ritmo normal tras el desbocamiento que le había causado aquel desagradable despertar. Elena volvía a estar de buen humor; esperaba que tuviese buenas noticias para él.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Más o menos las cinco de la madrugada. Me alegro de que encontrases cómodo mi sofá.

—Tal vez demasiado cómodo —gruñó él—. Te has tomado tu tiempo, supongo que habrás encontrado algo sólido.

—No esperes milagros, no es como recolectar flores en un jardín; hay que comprobar demasiadas fuentes para conseguir un margen aceptable de fiabilidad. La gente de estas agencias contacta a través de medios muy difíciles de seguir; si no sabes exactamente qué buscar y dónde, no encontrarás ni un rastro pequeño.

—¿Pero...? —inquirió Radu.

—Pero creo que puedo asegurar que, de las tres únicas compañías que conozco que trabajan en España, solo dos de ellas han cerrado tratos allí en los dos meses anteriores al atentado de Marsella. En total se firmaron tres contratos. Podría tratarse de eliminaciones o no, y tengo poco más que los nombres clave de los contratados; tendrás que investigarlos a los tres a partir de ahí. —La abogada acercó un *compact disc* a su socio. Este no hizo ademán alguno de ir a cogerlo.

—Dime esos tres nombres.

—Hermes, Jaguar y 357.

Radu ya había acabado de vestirse y sostenía su maletín en la mano izquierda; la pistola, con el silenciador desmontado, había vuelto a la parte posterior de su cintura. Asintió lentamente con la cabeza antes de responder.

—Olvida a los otros; céntrate en ese tal Jaguar y averigua lo que puedas del agente que le dio el trabajo. Yo me ocuparé de la fuente.

Elena siguió a su socio por el pasillo hasta la entrada. Tardó unos segundos en rehacerse para protestar.

—¿Debe de haber montones de personas que usan el sobrenombre de Jaguar, sobre todo en España! ¿Cómo puedes estar tan seguro de que la fuente sea precisamente esa? Ni siquiera estamos seguros de que al viejo le haya informado otro asesino a sueldo; tan solo era una hipótesis.

Radu giró la cabeza para mirar a su socia a los ojos por encima del hombro. Su bien templada voz sonó más gélida que nunca.

—Si yo digo que es él, significa que es él. Cierra la boca y preocúpate de tu trabajo, que yo me ocuparé del mío. Quiero estar seguro de a qué atenerme cuando acabe con la fuente, así que esmérate.

Elena se dirigió a él una vez más mientras salía por la puerta.

—¿Quieres que reserve un billete para España a nombre de Dragos Barbulescu?

—No —respondió él—, el señor Barbulescu tiene que cuidar su corazón enfermo, ya ha viajado suficiente por una temporada —dijo antes de desaparecer escaleras abajo.

El asesino salió por la puerta del edificio de la Strada Olimpului y cubrió a paso ligero los

escasos doscientos metros que lo separaban del hotel en cuyo *parking* había estacionado su *jeep* Grand Cherokee antes de disponerse a conducir de nuevo hasta su lejana casa de las montañas. Durante todo el trayecto no hizo más que reflexionar acerca de las últimas palabras que había intercambiado con Elena Siwak. Hasta hacía unas horas hubiera tenido suficientes razones como para afirmar —siempre con cierto margen de incertidumbre— que era ella la única persona viva que conocía la auténtica identidad de Dragos Barbulescu. Ahora ya no estaba tan seguro de ello.

Elena había llevado los asuntos financieros del señor Barbulescu desde hacía casi tres décadas, cuando el difunto señor Siwak aún caminaba por el mundo de los vivos. En aquella época, el armador griego Mateo Tsartaris, de quien Elena había heredado la tarea de ocuparse de los asuntos de Dragos Barbulescu, había fallecido ya. Las únicas personas que conocían el secreto que se ocultaba tras la identidad del falso huérfano adoptado, además de Mihai Siwak, eran las mismas que habían creado aquella falsa identidad para proteger a Radu: su familia, la misma que le había visto nacer en cierto refugio del MI6, al norte de Escocia. La misma que acabaría siendo masacrada en aquel rincón de las Highlands donde se creían a salvo.

La familia Dumukrat había sido feliz en aquel lugar remoto. Todos eran gitanos de ascendencia rumana a excepción de Rawnie, también gitana, pero nacida en Dundee, y, por tanto, mucho más morenos que los rubicundos habitantes de Borgie; pero estos los habían acogido desde el principio como si hubiesen nacido en la pequeña aldea, ya que el viejo Bob era querido y respetado por todos allí. El encanto del lugar donde vivían era difícil de describir. En verano las colinas se mostraban verdes, frondosas y salvajes; el mar brillaba en infinitos tonos de azul, y el viento parecía hinchar de vida sus pulmones y hacer bailar sus cabellos de puro júbilo. En invierno, a pesar de las crudas condiciones, el paisaje se volvía de una belleza aterradora; los montes, altos y escarpados, se alzaban entre la nieve como auténticos pilares divinos, majestuosos e inalcanzables. No les faltaba absolutamente de nada en su refugio; sir Elijah se había ocupado personalmente de que su interceptor especial estuviese por encima de un simple sueldo, y de haber necesitado cualquier tipo de atención médica, habrían tenido a su disposición un helicóptero de rescate en menos de una hora. No obstante, Florica siempre se las había arreglado para solventar las necesidades médicas de la familia sin más ayuda que la de su marido.

La tranquilidad duró hasta una mañana de noviembre en la que Rawnie salió precipitadamente del dormitorio conyugal para encerrarse a vomitar en el baño; poco después, tras un minucioso examen, Florica anunciaba a los varones Dumukrat que la joven esperaba descendencia. Lo que podría haber sido una feliz noticia se convirtió en turbación para los mayores de la familia: Django declaró que, si deseaban tener el bebé, tendrían que ocultarlo al resto del mundo, ya que de otra manera les sería arrebatado por los ingleses.

Rawnie interrogó a su suegro al respecto; la joven, aunque como buena gitana jamás había contrariado los designios de su marido ni de sus suegros, no comprendía qué interés podía tener el Estado británico en su retoño. Así fue como la futura madre conoció de primera mano el oscuro pasado de su familia. Oyó, de labios del viejo gitano, cómo había sido obligado a trabajar encubiertamente para la Inteligencia Militar británica durante los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial, bajo amenaza de ser juzgado y ejecutado por espionaje y crímenes de guerra. Django había empezado su carrera durante los primeros días de la ocupación de Rumania por los nazis. Designado por su patriarca para proteger a los suyos del exterminio y ser azote de los oficiales del Reich, Django Dumukrat, al igual que su esposa Florica, era uno de los *mulobeng*,

una antigua estirpe gitana dedicada al perfeccionamiento de las disciplinas del combate, el sigilo y el rastreo. Decían poder trazar sus orígenes hasta más allá de los del propio pueblo gitano; hasta la antigua casta hindú de los Kashary, la casta de los guerreros. Según su credo ancestral, eran descendientes directos de Suryakul, uno de los cuatro nacidos del fuego ceremonial encendido por el santo hindú Vashistha para contener la fuerza de los demonios,[14] y habían sido exiliados junto con los antepasados de los gitanos pertenecientes a las demás castas, siendo los mayores guerreros de su pueblo maldito desde entonces.

Los *mulobeng* constituían un enigma incluso para el resto de los gitanos, quienes, en su mayoría, los consideraban una leyenda más de su rico folclore. Mezcla de fantasía y realidad, historias sobre los «demonios de muerte», [15] que salían de entre las sombras para caer sobre los opresores de sus hermanos, eran susurradas a la luz de las hogueras en las noches estrelladas. En gran parte, era el peculiar mal fario de los gitanos hacia la muerte el responsable del halo de misterio que envolvía la figura de esta estirpe de vengadores, de modo que muy pocos conocían la verdad sobre ellos. La misión ancestral de los *mulobeng* había sido desde tiempos inmemoriales la persecución de los enemigos de sus hermanos gitanos, y en los tiempos aciagos del Holocausto, cada uno de ellos se había dedicado en cuerpo y alma a dicha misión. La mayoría de ellos murieron a manos de los nazis; casi ninguno fue apresado vivo. Unos pocos, como el matrimonio Dumukrat, se vieron obligados a huir de su tierra natal: algunos lo hicieron hacia el Este comunista; otros buscaron refugio con sus parientes del oeste de Europa, en Bélgica, España y Francia.

Hacia este último país se dirigieron Django y su mujer, no sin dejar un sangriento rastro a su paso, ya que, como buenos *mulobeng*, no sentían compasión alguna por los miembros de otras razas. Su credo, basado en el credo Kashary, establecía que ningún adulto es digno de compasión, ya que aquellos que no eran capaces de defenderse con las armas habían decidido vivir como ganado, entregando su destino a sus guardianes, y carecían de la fortaleza de espíritu suficiente para aprender a defenderse por sí mismos. Para los que se consideraban a sí mismos guerreros, la vida era una lucha constante en la que solo sobrevivían aquellos que lo merecían. Para un *mulobeng*, el mayor de los crímenes consistía en tomar la vida de un niño, por considerarlos criaturas indefensas que no habían tenido oportunidad de desarrollar su potencial ni de elegir su camino en la lucha por la supervivencia. Así mismo, el asesinato indiscriminado o por capricho era visto como una atrocidad digna de perros rabiosos, perros que debían ser sacrificados; pero no sentían remordimiento alguno al asesinar a civiles si la situación lo requería, ya que desconocían el concepto de culpabilidad o inocencia que rige las leyes de los países llamados *civilizados*. No sentían más compasión por sus víctimas que cualquier otro depredador natural, pero concebían el arte de la muerte como algo cuya mala utilización constituía la mayor deshonra personal imaginable.

Movidos por sus fuertes convicciones y su sentido del deber, los Dumukrat no dudaron en cometer más de un asesinato entre la población civil, casi siempre para evitar ser delatados, y continuaron eliminando a distintos cargos del Wehrmacht Heer, la Gestapo y las SS, así como a colaboracionistas e informadores del Tercer Reich. Su camino de sangre terminó una noche de 1943, en la que fueron detenidos por miembros de la Resistencia francesa tras degollar a Yves Mércier, un panadero de las afueras de Bayeux que había querido chantajear a Django amenazándole con denunciarle al gobierno de ocupación. El panadero, que colaboraba con la

Resistencia, había dado cobijo a los dos gitanos en su casa, pero la codicia pudo más que el patriotismo, y acabó exigiéndoles que le entregasen sus cadenas, anillos y demás joyas familiares. Django degolló al panadero, tras lo cual trató de huir a campo través con su esposa embarazada de seis meses. No tuvieron éxito.

Las autoridades de la brigada territorial de la Gendarmería de Bayeux consideraron a ambos gitanos extremadamente peligrosos, por lo que ambos fueron engrillados de pies y manos y encadenados a la pared de la celda más estrecha de los calabozos del cuartel local de la Gendarmería, a la espera de ser entregados a las autoridades del Tercer Reich. No hubo tiempo para ello. Corría el mes de junio de 1944; tres días después de la captura del matrimonio Dumukrat, las fuerzas aliadas desembarcaron en Normandía.

El Servicio de Inteligencia británico no pasó por alto el formidable historial de los dos gitanos hallados en los calabozos de Bayeux, por lo que fueron conducidos clandestinamente a Inglaterra, donde Django tuvo que aceptar trabajar para el Gobierno británico mientras su mujer era retenida en la prisión londinense de Wandsworth, junto con el hijo que llevaba en sus entrañas; este les fue arrebatado al nacer y puesto bajo tutela gubernamental con el nombre de Samuel Dumukrat. Al acabar la guerra, el Estado Mayor del Ejército estaba tan impresionado por las habilidades del gitano que le ofrecieron un puesto de sargento en el cuerpo de boinas verdes de la Royal Navy, así como la posibilidad de vivir junto a su mujer y su hijo en una base militar. Como condición, le exigieron que adiestrase al pequeño Samuel, con el propósito de que algún día sirviese también entre las filas del Ejército británico. Entre la espada y la pared, con seis juicios por asesinato pendientes y su familia retenida por el gobierno, Django acabó por aceptar.

Tras este relato, todos juntos, con el beneplácito del viejo Bob, que había llegado a considerar a aquellos gitanos extranjeros como a la familia que nunca había tenido, acordaron que el mundo jamás debería conocer la identidad de su futuro descendiente. Los abuelos de la criatura consiguieron permiso para viajar a Europa central; no les fue difícil, ya que, dada su avanzada edad, ni el ejército ni los servicios secretos de su majestad estaban interesados ya en ellos. Una vez en el continente, se pusieron en contacto con antiguos aliados, partisanos checos de la Segunda Guerra Mundial; a través de ellos encontraron a Isaac Steinmann. Este anciano judío era un acaudalado coleccionista y marchante de obras de arte, un hombre solitario cuya prosperidad le había permitido construirse su propia torre de marfil en la que recluirse del mundo; se trataba de un verdadero museo privado en las afueras de Praga, donde el anciano pasaba sus últimos años inmerso en la hermosura del arte pictórico. La pareja que se reunió con el señor Steinmann en su salón particular, bajo la mirada misericordiosa de un *San Lucas* de Rubens, le había conocido en condiciones mucho menos halagüeñas. Por entonces era uno más de los cientos de judíos recluidos en espera de ser almacenados como ganado, hacinados en los vagones hediondos que los conducirían al infame campo de Auschwitz. Habría compartido el mismo destino siniestro que los demás de no ser por la intervención de un inesperado *deus ex machina*: el gitano de semblante torvo y movimientos felinos que se había deslizado entre los muros del gueto y, armado tan solo con un cuchillo, había conducido a la libertad a un grupo de afortunados. Isaac Steinmann era uno de ellos; el nombre de su salvador, Django Dumukrat.

La historia de Mateo Tsartaris no era muy diferente; capturado por las brigadas fascistas del Duche en la isla griega de Zákynthos, había sido sentenciado a muerte por ser un alto mando de la Resistencia helena. La sentencia no llegó a ejecutarse, ya que el recién creado cuerpo de

comandos del Ejército británico envió en su rescate al mejor de sus hombres: Django Dumukrat. Desde entonces, y a pesar de haberse convertido en un opulento armador naviero, el señor Tsartaris jamás había pasado un día sin recordar lo mucho que le debía a aquel hombre. Veinticinco años después volvían a encontrarse en las calles de Atenas, bajo el techo de la misma capilla ortodoxa donde se vieran por última vez; en esta ocasión era el turno del griego para honrar su deuda.

Tres semanas después de abandonar el Reino Unido, Django y Florica Dumukrat volvían a Escocia con su familia. Habían cumplido con su misión. Meses más tarde, dos niños sin ninguna conexión aparente eran adoptados: Dragos Barbulescu, aquejado de una dolencia cardíaca congénita, del orfanato rumano de San Elías Profeta; y Franz Komensky, nacido con un enfisema pulmonar incurable, del hospicio estatal de Brno, Checoslovaquia. De cara a las instituciones gubernamentales correspondientes, Dragos y Franz pasaron a ser hijos de Mateo Tsartaris e Isaac Steinmann; en realidad, ambos bebés fueron acogidos en secreto por una numerosa familia zíngara de Budapest. Ningún funcionario, ni siquiera los que supervisaron ambos procesos de adopción, podía imaginar que el niño que usurparía ambas identidades había nacido hacía unos meses en un recóndito lugar de las Highlands escocesas.

Cuando Radu llegó por fin a su propiedad, el sol estaba ya muy alto en el cielo. Guardó el todoterreno en el garaje y se dirigió directamente al ático de la casa. Allí, en la soledad de su estancia oculta, buscó entre cientos de carpetas azules idénticas hasta encontrar una en particular; la extrajo del mueble. Solo había una manera de identificar aquella carpeta entre todas las demás, un nombre escrito a bolígrafo en el canto:

«LOTHAR KEMMLER»

X

Chjara Galgani aplastó los restos de su último cigarrillo contra el cenicero de plata, junto a otros cuatro Pall Mall que habían acabado en el mismo lugar durante la última hora; tan solo cinco de los treinta que se había fumado desde su llegada al caserón del Franco Condado en el que vivía su padre. Llevaba casi todo el día esperándole, pero era en aquel momento, con el sol a punto de desaparecer bajo el horizonte, cuando empezaba a notar una intensa sensación de hastío y desesperación.

Lo que más le irritaba no era el tener que esperar, como una simple matrona, a que los hombres de la casa tomasen todas las decisiones sin tan siquiera pedir su opinión; eso era algo a lo que se había acostumbrado a lo largo de los años —no importaba lo bien o mal que hubiese llevado los negocios que se le habían encomendado, ni que se hubiese dejado la piel para convertir los corruptos escaparates de su padre en una de las principales cadenas hoteleras de Europa; era consciente de que el gran hombre jamás dejaría que su hija participase en los asuntos de la organización—. No, lo que realmente le enervaba era encontrarse completamente sola en medio de tantas personas a las que conocía prácticamente desde la cuna.

Repartidos por toda la propiedad estaban no solo casi todos los chicos de su padre, sino también algunos de los de su hermano Piero y de los de Baptiste Felce; pocos de ellos le resultaban desconocidos. La amplitud de los negocios de la organización hacía necesaria la colaboración de decenas de personas; gente de diversos países que, en su mayoría, no sabía nada acerca de la familia Galgani ni había pisado Córcega jamás; pero en lo que se refería al núcleo de la organización, los pistoleros al servicio de los *capitani* y los *sceffi*^[16] eran todos hombres de confianza, esencialmente miembros de las familias pertenecientes a la cofradía de Partinello. Las excepciones eran escasas, y se trataba siempre de sujetos muy especiales; lo suficiente como para haberse ganado la confianza de su jefe a pesar de no ser corsos de nacimiento. De modo que Chjara los conocía a casi todos desde la infancia, algunos incluso eran parientes suyos, otros muchos eran invitados habituales en las celebraciones privadas de los Galgani y los Cirazzi. Conocía a sus padres, a sus mujeres, e incluso a la mayoría de sus amantes; sabía a qué se dedicaba cada uno, y quién se había encargado de quién y de qué. A pesar de ello, todos la trataban como si fuese una cría, la hijita mimada e ingenua de su jefe. Delante de ella todos fingían ser empleados honestos, y actuaban como si el señor Galgani fuese el presidente de una inocente sociedad anónima, de la que los *capitani* no eran más que simples asociados. Por eso, a pesar de conocerlos desde hacía años, no había uno solo de todos aquellos hombres con los que pudiese mantener una conversación de igual a igual; su condición de hija del *amiragliu* bastaba para que mantuviesen cortésmente las distancias.

Chjara acababa de encender el último Pall Mall que le quedaba cuando reconoció la profunda voz de su padre en la habitación contigua. Dejó el cigarrillo sobre el cenicero antes de salir para encontrarse con él. El gran hombre acababa de descender las escaleras de mármol cuando la vio entrar.

—¡Mi pequeña Chja! ¿No vas a darle un abrazo a tu anciano padre?

—No eres ningún anciano, todavía te quedan muchos años que cumplir para eso —dijo ella mientras se acercaba.

La figura de la mujer quedó medio oculta entre los brazos del voluminoso Galgani. Desde el rellano de la escalera, Santiago observaba la escena en silencio; padre e hija permanecían inmóviles, la cara de esta hundida en el hombro de aquel.

De pronto tuvo la desagradable sensación de estar fuera de lugar. Dio media vuelta, volvió escaleras arriba y cruzó la sala de estar para salir a la amplia terraza del segundo piso. Construido como estaba, en lo alto de una colina, el caserón ofrecía una gran panorámica desde su terraza; incluso bajo la mortecina luz del crepúsculo podían distinguirse los múltiples tipos de árboles que cubrían los valles de alrededor. El camino por el que se accedía a la finca desaparecía entre el follaje a pocos metros de la portilla de entrada, para volver a aparecer un par de kilómetros después, antes de llegar a la estrecha carretera que comunicaba con La Chevillotte; Santiago podía ver a lo lejos las luces de aquella típica villa de la región de Doubs que se encontraba a más de diez kilómetros, justo al otro lado del valle.

Sin previo aviso, la oscuridad a su alrededor se desvaneció. El exconvicto volvió la mirada de nuevo hacia los límites de la propiedad para buscar la fuente del resplandor. Entonces algo se removió en su interior. Sintió que le faltaba el aliento mientras un escalofrío recorría sus huesos y un puño invisible se cerraba sobre su estómago. Los focos que iluminaban el perímetro, los vigilantes con sus perros guardianes, el muro de piedra de tres metros y medio de altura que rodeaba toda la finca... Había vuelto a prisión. Se sentía como si acabase de despertar de un sueño; el mismo peso que había sentido todos los días de su existencia durante los últimos nueve años y que se había permitido el lujo de olvidar volvía a caer sobre su espalda como si el tiempo no hubiera pasado. Era el peso de sus cadenas. Podía intentar escapar de ellas tanto como quisiese, podía repetirse una y otra vez que iba a tomar las riendas de su vida; no importaba, las cadenas y los muros siempre volvían para reclamarle. Había salido de la cárcel Modelo de Barcelona, pero ahora se hallaba prisionero una vez más, encerrado en un lugar en el que no quería estar, pero del que no podía salir; inmerso en una situación que aborrecía, pero incapaz de hacer nada por evitarla.

Santiago se sentó en la barandilla de la terraza y procuró tranquilizarse. Tenía que ser fuerte, como siempre. Sabía que lamentarse no solo era una pérdida de tiempo, sino que era peligroso; había conocido en la cárcel a muchos hombres supuestamente fuertes que, hundidos en la autocompasión, se habían convertido en patéticos llorones.

El pánico fue desvaneciéndose poco a poco para dar paso a la melancolía. Melancolía por la libertad que le parecía haber perdido hacía una eternidad, en una apenas recordada vida anterior, antes de ingresar por primera vez en prisión. Una época en la que había vivido alegremente, sin preocupaciones, hasta el día en que su madre y su hermana volvieron del médico con los ojos brillantes y las mejillas encarnadas. Aquel día supo que a Élodie le habían diagnosticado una miopatía de Becker.

Santiago tenía dieciocho años y acababa de graduarse con sobresaliente en el instituto; entre esa nota y la que había conseguido en selectividad, un 8,45, se encontraba en posición de elegir entre cualquiera de las carreras de las universidades públicas de toda España. Aun así, él ya había decidido que no le apetecía abandonar su ciudad ni a su gente; después de pensarlo durante unos días acabó por matricularse en la Escola Tècnica Superior d'Enginyers de Camins, Canals i Ports de Barcelona. Fue una semana después de matricularse cuando supo lo de la enfermedad de su hermana. La miopatía de Becker es una dolencia más benigna que la distrofia muscular progresiva. Puede manifestarse entre la infancia y la adolescencia y sus síntomas son lentos, pero su avance, imparable. Se trata de una enfermedad degenerativa e incurable que afecta a los músculos, deformándolos poco a poco, dificultando las funciones motoras y, en ocasiones, la respiración. Marta explicó a su hijo que, dependiendo de la persona y del tratamiento, los efectos de la enfermedad podían mitigarse y retrasarse ampliamente; en cualquier caso, Élodie iba a necesitar mucha ayuda a partir de entonces, de modo que había decidido dejar su trabajo y aceptar un empleo de media jornada para poder atender a su hija siempre que no estuviese en el colegio. Santiago declaró inmediatamente la intención de dejar la universidad para buscar empleo, pero su madre se lo prohibió tajantemente.

—No pienso ver cómo mi hijo desperdicia su vida en una mierda de trabajo —le había dicho su madre—. Tienes potencial para llegar a ser alguien. Tú dedícate a estudiar mucho y a explotar ese potencial; déjale a tu madre lo demás, y te prometo que no nos va a faltar de nada, ya lo verás.

A Santiago le hubiera gustado creer ciegamente en su madre, pero ya no era un niño. Se informó sobre la miopatía de Becker y descubrió que el tratamiento incluía cirugía protésica y mucha fisioterapia; sabía que su madre acudiría a los mejores especialistas sin reparar en gastos, y no se explicaba cómo pensaba salir adelante con un sueldo de media jornada. Pasó el resto del verano sin salir del barrio, sin permitirse ningún tipo de lujo. Gorka y Alberto se solidarizaron con él; le invitaban a copas siempre que salían, y solían compartir su hachís entre los tres. Santiago había decidido dejar de beber y de fumar, pero sus amigos le convencieron de que no había razón para no dejarse ayudar por los buenos amigos, y la fuerza de sus vicios no era pequeña. Sin embargo, cada vez era más evidente a sus ojos que Gorka y, sobre todo, Alberto tenían también un problema, un problema de índole muy distinta al suyo, aunque no menos grave: se metían demasiada farlopa. Casi todos los del grupo se metían alguna raya el fin de semana, e incluso se ponían hasta las cejas de vez en cuando; pero los dos amigos íntimos de Santiago salían tres o incluso cuatro veces a la semana, incluso podían estar varios días seguidos sin pasar por casa, y siempre se metían cocaína. Gorka, debido a su fuerte constitución y a su carácter, lo llevaba mejor que su amigo; no se colocaba tanto, y nunca seguía metiéndose cuando se le acababa el dinero. Alberto, por el contrario, era completamente incapaz de parar cuando estaba puesto; su popularidad en el ambiente nocturno era más que notable, y continuaba creciendo sin parar. Conocía a todo el mundo y se metía rayas con todo el mundo: con sus amigos de siempre, con jóvenes mayores que él, con notables camellos y con cocainómanos de todas las edades y estratos sociales. Alberto pasaba las noches de local en local. Cuando se le acababa la farlopa, le invitaban o se la fiaban, y nunca volvía a casa antes de las diez de la mañana; si sus padres se daban cuenta de algo, lo disimulaban a la perfección.

El verano llegó a su fin y las cosas parecieron volver a su cauce. Santiago inició sus estudios universitarios, también Alberto comenzó a estudiar Económicas en la facultad de Barcelona.

Gorka, debido a sus excesos estivales, no consiguió superar la pretemporada y se quedó fuera del Espanyol B, por lo que su padre le puso a trabajar en el taller mecánico de un antiguo compañero suyo. Los coches eran una de sus pasiones, y el salario era mejor que el de muchos jugadores profesionales de tercera y segunda división B, de modo que el cambio no le pareció del todo malo. Élodie había empezado a recibir tratamiento; aún podía moverse con normalidad, pero Santiago vislumbraba a menudo una mueca de dolor contenido en su rostro. Jamás la oyó quejarse. La fuerza interior de su hermana pequeña llegó a impresionarle profundamente, tanto que tenía serias dudas de que él mismo pudiese afrontar la enfermedad con la mitad de entereza con que lo hacía la pequeña de once años. Decidió que lo mínimo que le debía a su hermanita era llegar ser tan fuerte como ella.

Mientras tanto, su madre parecía capaz de mantener el nivel de vida de su familia contra viento y marea: el joven universitario, a pesar de sus constantes protestas, seguía recibiendo el mismo dinero para sus gastos que antes. Marta le decía que lo único que hacía era administrarle el dinero de su beca, pero Santiago no se lo creía; sabía que las becas del MEC no daban tanto de sí, ni mucho menos. La cuestión del dinero le atormentaba constantemente. A veces llegaba a temer que su madre estuviese prostituyéndose para sacar adelante su familia, pero la simple idea de imaginarla acostándose con cualquier degenerado, sometida a toda clase de vejaciones, le resultaba tan repugnante, tan dolorosa, que su propio cerebro parecía negarse a dejarla salir del todo, y siempre acababa enterrándola en la profundidad de sus miedos subconscientes.

Sus amigos seguían siendo su mejor válvula de escape. Durante un tiempo se atrevió a creer que estaban empezando a desengancharse definitivamente de la farlopa; en realidad, la única razón de que aparentaran estar metiéndose menos era que ya no podían salir tanto como en verano y, hasta la fecha, solo se ponían por las noches. Una tarde de miércoles, en noviembre de aquel mismo año, Santiago, junto con Juanjo, Viti, Lorena y Raimón —cuatro de los habituales del grupillo—, llegó a la fábrica abandonada donde solían reunirse los días de lluvia. Allí se encontraron a Gorka, Alberto y Jessi, una chica que llevaba un par de semanas saliendo con Alberto; este estaba preparando unas rayas encima de un carné de identidad. Santiago notó de inmediato que los tres estaban congestionados y tenían las pupilas muy abiertas; no eran las primeras que se metían aquella tarde.

—¡Bueno, bueno, bueno! ¡Metiendo farlopa de miércoles! Andáis que lo tiráis, *nens* —había dicho Raimón en tono de guasa.

Los demás hicieron comentarios similares. Pasaba lo mismo cada vez que alguno acababa cayendo en la tentación de pillar droga durante las noches de fiesta; todos parecían encontrar muy divertido que los demás se drogasen las pocas noches que ellos no lo hacían. Santiago siempre había pensado que no era más que una forma patética de justificar tus propios vicios: esconderse detrás de la excusa de que hay gente que está más enganchada que uno mismo siempre es más cómodo que enfrentarse a la adicción propia. Ninguno de los tres aludidos hizo esfuerzo alguno por excusarse, Alberto se limitó a dejar caer que estaba probando el perico que iba a empezar a vender. Juanjo replicó en voz alta:

—¡Lo que nos faltaba *p'al* duro: el Berto pasando *peri*! Vamos a acabar *tos* en el *polígano*.

Todos los presentes habían estallado en carcajadas ante este comentario..., todos menos Lorena y Santiago. Este podía leer en la cara de su amiga la misma preocupación que se esforzaba por no mostrar en la suya propia.

Aquella tarde pasó como se les pasaban casi todas: fumando unos cuantos canutos y riéndose, riéndose mucho, como siempre. Cuando estaban juntos y colocados, nunca duraban más de quince minutos sin reírse por algo, no importaba por qué. Alberto y Santiago siempre eran los que más carcajadas provocaban entre los demás, y también solían ser los que más y más fuerte se reían.

Sin embargo, el estudiante de Caminos no estaba de buen humor aquella tarde. Juanjo había acabado por ceder ante las constantes invitaciones de Gorka y se había metido una raya; mucho menos se había hecho de rogar Oriol, otro del grupillo que había llegado a la antigua fábrica a última hora de la tarde. Pero no era aquello lo que más le molestaba. Alberto, visiblemente afectado por la droga, no paraba de darse el lote con Jessi; se manoseaban y se mordían con avidez como si estuvieran solos, incluso se pasaban la cocaína de boca a boca, aplicándosela mutuamente en las encías con la punta de sus lenguas. A Santiago no se le escapaban las miradas sombrías que Lorena dirigía a la pareja de cuando en cuando; todos sabían que a ella le gustaba el chico, incluido el mismo joven aspirante a camello. Este jamás se había comportado de aquella manera antes. Si por algo destacaba era por ser siempre sensible y encantador con todo el mundo, mucho más con una íntima amiga como Lorena, por la que sentía un cariño especial a pesar de no corresponder a sus sentimientos. Además, a pesar de sus muchos líos de una noche, nunca le había gustado enrollarse con chicas delante de demasiada gente, y menos dar aquella clase de espectáculos; ni siquiera era de los que se dedicaban a comentar a los demás los detalles de sus encuentros íntimos. Todos veían perfectamente que la droga estaba cambiando la personalidad de su amigo mucho más rápido de lo que ninguno de ellos hubiese podido prever. Aunque era uno de sus dos mejores amigos, Santiago sentía deseos de darle un puñetazo para que espabilase. ¿Cómo podía no darse cuenta de lo que le estaba ocurriendo? Lo peor aún estaba por llegar.

Gorka y Alberto empezaron a vender cocaína a algunos de sus allegados. Se la compraban al fiado en cantidades de entre diez y quince gramos al hermano de Jessi, para distribuirlos después en bolsitas de medio gramo que vendían a cinco mil pesetas la unidad; siempre a gente conocida, para no correr riesgos innecesarios. El margen de ganancias teórico era aproximadamente de un veinte por ciento; los resultados reales eran muy diferentes. Ellos nunca se habían planteado ganar mucho dinero, solo obtener los beneficios suficientes para ponerse gratis y poco más, pero no tuvieron en cuenta los efectos de su propia mercancía. La cocaína es una droga extremadamente adictiva y con efectos muy fuertes, uno de los cuales es el de crear una sensación artificial de compañerismo entre sus consumidores. Una persona bajo los efectos de la cocaína siente la necesidad imperiosa de seguir metiéndose más y más droga, a ser posible acompañado de cuanta más gente mejor, sin importar que sean conocidos o no; la cocaína puede hacer que una conversación con un completo desconocido sea tan satisfactoria como una reunión de viejos amigos. Alberto era sociable por naturaleza; cuando salía intentaba colocar la mercancía a todo el mundo para que se la metiese con él, y si no conseguía que se la comprasen, acababa por invitar a amigos, conocidos, conocidos de amigos e incluso conocidos de conocidos. Gorka se lo recriminaba a veces cuando estaba sereno, aunque cuando iba drogado no solía poner impedimentos a la generosidad de su socio. Sin embargo, pronto fue evidente para ambos que las cuentas no cuadraban; consumían tanto que, terminada la mercancía, nunca les quedaba efectivo suficiente para saldar la deuda que habían adquirido. Alberto parecía tener clara la solución del problema: comprar cantidades mayores para contar con mayor margen de beneficios; de esa manera, decía, no solo se recuperarían rápidamente de las pérdidas anteriores, sino que pronto

comenzarían a ganar dinero.

Santiago nunca quiso involucrarse en los trapicheos de sus amigos a pesar de que le propusieron formar parte del negocio, lo cual no significa que les recriminara este tipo de actividad. A sus ojos no era más que un negocio que les permitía sacarse algo de dinero sin hacer daño a nadie y con un margen de riesgo aceptable. Por lo menos nunca cortaban la cocaína, y no podía decirse que vendieran nada que no hubiesen probado antes. Era más de lo que podían decir la mayoría de las empresas farmacológicas.

Por aquella época había otros muchos chicos que se dedicaban a lo mismo en el barrio de Gràcia; a pesar de ello, la demanda siempre era mayor que la oferta, los precios se mantenían y podían sacarse beneficios rebajando las dosis y cortando la mercancía. Alberto lo definía como un mercado en pleno auge de desarrollo con un horizonte de expansión inabarcable; fuese o no fuese una definición económica válida, lo cierto era que el polvo blanco comenzaba a inundar las calles de Barcelona, y que cada día había más consumidores en todos los estratos de la sociedad. El consumo de heroína —que por resultar más asequible se había impuesto al de la cocaína, y que por entonces ya se había convertido en un problema reconocido a nivel nacional— paulatinamente iba dejando paso al de esta nueva droga, mucho más discreta y socialmente aceptable. La situación geográfica del país, unida a los años de represión y a la incapacidad de las recién nacidas instituciones democráticas, convirtió a España en uno de los mayores paraísos del narcotráfico a principios de los ochenta. La opinión pública tardó años en darse cuenta del verdadero alcance del problema; para entonces había infinidad de cárteles de distintas nacionalidades distribuyendo toneladas tras toneladas de estupefacientes hasta en el último rincón del territorio nacional.

Fueron muchos los que hicieron fortuna dentro y fuera del país con el narcotráfico en España; Gorka y Alberto no estaban llamados a ser dos de ellos. Era este último el que administraba la mayor parte del negocio: llevaba las cuentas, se ocupaba de tratar con el proveedor y movía más de la mitad de la mercancía; no obstante, la presencia de su socio era imprescindible para que su actividad se desarrollase sin inconvenientes, ya que casi todo el mundo en el ambiente nocturno de Barcelona sentía algo más que respeto por el joven Arregui. Había más de un tipo con fama de duro en la ciudad, tipos a los que el resto de la gente temía; Gorka se llevaba estupendamente con la mayoría de ellos, y el resto sabían que no les interesaba buscarse problemas con él.

Era una situación cómoda, operaban en el escalón más bajo del negocio, un entorno que dominaban perfectamente; los conflictos que tuviesen lugar en los niveles más altos del escalafón no les afectaban, y eran demasiado insignificantes como para atraer la atención de la Policía. Podían haber prosperado como hicieron muchos de los que se dedicaban a lo mismo por entonces, pero el derroche no suele ir de la mano de la prosperidad financiera. Alberto procuraba ocultar las pérdidas a su socio y alargar los plazos y el crédito con su proveedor —no en vano, este era el hermano de su novia, la cual se metía gratis toda la farlopa que quería a costa de la mercancía—, pero al cabo de un par de años la situación acabó por desbordarse. A principios de junio, Santiago supo por Gorka que los dos debían más de trescientas mil pesetas en concepto de cocaína fiada; el hermano de Jessi, harto de recibir largos, había informado de la situación al hombre que le suministraba la cocaína a él, y este había decidido hacer una visita a los dos morosos. No había más que dos formas de saldar una deuda como aquella: una era conseguir el dinero en metálico; la otra era pagarla mediante la realización de ciertos encargos.

Los tres amigos se reunieron una noche en el rincón más apartado de La Mandrágora, uno de sus bares preferidos. El asunto que les había llevado allí no fue abordado de inmediato; no había nada tan grave que no pudiese esperar a una cerveza y un canuto. Finalmente Alberto expuso la situación con todo detalle: habían contraído una deuda con un hombre que, a diferencia de ellos, era un delincuente profesional muy peligroso. Este mismo hombre necesitaba enviar dos pequeños alijos de heroína y uno de cocaína; los destinos eran, respectivamente, Cádiz, Valencia y Madrid. Las condiciones eran también tres: los alijos debían transportarse separados en viajes distintos, el coche debían ponerlo ellos y en él debían viajar tres personas, ni una más, ni una menos, de modo que siempre pudiese haber una descansando, otra conduciendo y otra vigilando por lo que pudiese pasar. Si llevaban a cabo con éxito los tres encargos, la deuda estaría saldada; además cobrarían una prima de doscientas cincuenta mil pesetas, y tendrían la posibilidad de seguir trabajando para el traficante en futuros encargos.

Los dos aspirantes a camellos habían decidido que Santiago era el único en quien podían confiar lo suficiente para hacer el trabajo con ellos. No solo era su mejor amigo, sino que era listo, discreto y tenía cojones; si aceptaba, habían decidido cederle toda la prima. Para Santiago no fue una decisión fácil. Ellos dos eran sus mejores amigos, siempre había pensado que no había nada que no estuviese dispuesto a hacer por ellos, pero, por otro lado, se daba cuenta de que se habían metido en aquel lío por culpa de la puta farlopa, a la que él nunca había llegado a engancharse, y de que les había advertido mil y una veces de lo que podía ocurrir. Por último, sabía que su familia necesitaba más dinero del que su madre ganaba, pero esta no le dejaba coger ningún trabajo serio. En el último año había estado ayudando en algunos comercios del barrio los fines de semana y apenas había sacado dinero suficiente para sus gastos. Sabía que Élodie pronto debería someterse a cirugía; iban a necesitar aquellas doscientas cincuenta mil pesetas.

Aquella misma noche, antes de dormirse, Santiago Matesanz ya había tomado una decisión, una decisión que cambiaría su vida para siempre.

* * *

El Segador se volvió al oír abrirse la pesada puerta de la sala de estar; era Chjara Galgani.

—Si no te conociese, pensaría que te escondes de mí —dijo ella. Pasó a la terraza cerrando la puerta de cristal tras de sí.

—¿Cómo iba a dejar que te fueses sin despedirte de mí? —respondió él.

—¿Por qué sabes que me voy ya?

—Es evidente. Barthélémy no va a dejar que te quedes con él mientras sepa que está amenazado de muerte.

Chja se acercó para mirar directamente en sus ojos. Santiago vio que los de ella brillaban por causa de las lágrimas; Chja, como solía ocurrirle, no pudo distinguir emoción alguna en los ojos de su amigo. Finalmente dejó caer la cabeza sobre su hombro y le abrazó con fuerza.

—Prométeme que cuidarás de él, júrame que no dejarás que le ocurra nada malo.

Santiago no respondió, se limitó a acariciar la cabeza de su amiga con ternura hasta que dejó de sollozar. Entonces ella se apartó ligeramente y dejó caer sus brazos; sus miradas volvieron a encontrarse.

—No sabía que estuvieses tan preocupada por él.

—Es mi padre, y Piero es mi hermano. Fígaro siempre fue como un hermano mayor para mí, y ahora está en una silla de ruedas... —Chja volvió sus ojos verdes al suelo. Una lágrima resbalaba por su mejilla.

—Entiendo lo que sientes —dijo él con voz queda, su mano derecha aún descansando sobre la cadera de su amiga.

—Dudo que puedas entenderlo. Siempre creí que eran invencibles. Tan fuertes, tan seguros de sí mismos...; luego ocurrió lo de Marc. Dios, nunca había visto a mi padre así, ni siquiera cuando el cáncer se llevó a mi madre. Pero entonces se retiró, y creí que ya nadie querría hacerle daño nunca más. —Chja levantó la mirada de nuevo. Él notó la mano de la mujer sobre su pecho, sintió que le acariciaba muy lentamente—. Y ahora él vuelve a llamarte a su lado para que le protejas —continuó ella—, precisamente a ti; y para mí es duro, Santi, muy duro, porque el corazón de una mujer puede estar dividido aunque su mente no tenga dudas.

Chja no dijo más. Las cabezas de ambos se acercaron poco a poco, hasta que sus labios estuvieron tan próximos que casi se rozaban. Entonces los labios de ella se cerraron suavemente sobre los del hombre y él, con la misma suavidad, devolvió el beso; era la primera vez en años que se besaban, pero, de repente, era como si el tiempo no hubiera pasado. Pronto empezaron a buscar mutuamente sus lenguas, a morder apasionadamente sus labios, las manos deslizándose con avidez entre los cabellos y sobre sus cuerpos. El hechizo no duró mucho. Al cabo de unos segundos, Santiago acabó por separarse; Chjara esbozó una triste sonrisa.

—He dejado a la mitad de mis chicos al servicio de mi padre. Espero que acaben estando a tus órdenes, son los mejores que he podido encontrar. —Dicho esto, dio media vuelta y desapareció por la misma puerta por la que había entrado, sin mirar hacia atrás en ningún momento.

Santiago Matesanz, *el Segador*, se quedó a solas en la oscuridad de la gran sala de estar.

XI

El vuelo IB 3801 procedente de Bucarest acababa de tomar tierra en el aeropuerto de Barajas. Sus pasajeros se afanaban en localizar sus maletas sobre una de las negra cintas transportadoras de la terminal internacional; todos menos uno. Don Jaime de Hercilla y Montalbán se dirigió directamente hacia la salida portando en una mano el sencillo maletín que constituía todo su equipaje. Un rechoncho funcionario de ojos tristes echó un rápido vistazo a su pasaporte antes de devolvérselo sin una palabra. Fuera, en el inmenso aparcamiento de la terminal, le esperaba su Seat Toledo color negro. Don Jaime pagó la tarifa correspondiente a cuarenta y nueve horas y veintitrés minutos antes de salir de Barajas conduciendo a toda la velocidad que le permitía el motor de ciento cincuenta caballos de su coche. La tarifa del aparcamiento le había parecido un auténtico atraco a mano armada. Afortunadamente, las multas por exceso de velocidad no eran algo que preocupase a un veterano oficial del Ejército; ni el más temerario de los guardias civiles se hubiese atrevido a sancionarle.

Benigno Díaz estaba limpiando de malas hierbas el jardín de la hacienda familiar de los Hercilla cuando vio llegar el coche de su patrón. Eran las cinco y media de la tarde. Los empleados de don Jaime estaban más que acostumbrados a que este desapareciese durante días y regresase sin previo aviso; Benigno se dirigió hacia la cochera para recibirle.

—¡*Güenas* tardes, patrón! Ya le echábamos de menos.

—Buenas tardes, Benigno. No hay nada como volver al hogar; sobre todo después de servir a la patria.

—¿Ha *comío* usted ya, don Jaime?

—Sí, sí, gracias, Benigno. Creo que voy a acostarme un rato; avisa de que no me moleste nadie —dijo mientras se dirigía a la puerta principal.

El cortijero se quedó solo en el jardín hablando para sí.

—Servir a la patria... ¿No te digo con el viejo *chiflao*? Cualquiera día vendrá diciendo que acaba de reconquistar Gibraltar *pa* los españoles. Encima se acuesta a las cinco de la tarde el muy cabronazo. Si seguro que viene de putas, como si lo viera.

Nadie molestó a don Jaime aquella tarde. El personal de la hacienda se cuidaba muy mucho de despertar accidentalmente a su patrón cuando dormía, fuese la hora que fuese; la ira del exmilitar era algo que nadie podía olvidar fácilmente una vez expuesto a ella.

Durmió de un tirón hasta las 4:25 de la madrugada, y hubiera podido seguir durmiendo de no ser por el insistente sonido del móvil que descansaba encima de su mesita. Don Jaime se incorporó rápidamente y cogió el teléfono; reconoció de inmediato el número que aparecía en pantalla: era el número de la tarjeta SIM que había entregado a la mujer de Bucarest junto con el

resto de los documentos, y en la cual había grabado el número de su propio móvil.

—Roland —contestó al tiempo que descolgaba. Permaneció escuchando durante unos instantes—. Conforme..., mismo número, sí —dijo en un inglés deficientemente pronunciado—. Permanezca localizable, el tiempo corre en nuestra contra. —Dicho esto, colgó el teléfono y se levantó de la cama.

Estaba empapado en sudor, al igual que las sábanas, pero se sentía satisfecho. Había temido que el eliminador al que pretendía extorsionar tuviese mejores contactos que él y que la compañía, pero ¿una mujer? ¿Qué clase de asesino profesional se ponía en manos de una estúpida mujer? Era imposible que una secretaria de tres al cuarto le rastrease hasta Madrid; tenía la absoluta certeza de que el sexo femenino no servía ni para la guerra ni para el espionaje. Por supuesto, pensaba, estaban esas historias sobre Mata Hari y demás... Chorradas. Sin duda el Caudillo y sus hombres se hubieran reído a la cara de aquella Mata Hari. Pero el mundo estaba cambiando. Ahora las mujeres estaban metidas en todas partes, una razón más de la degeneración de la sociedad; incluso las fuerzas armadas se habían convertido en una parodia en la que se podían encontrar artículos de higiene femenina en las taquillas de los soldados. Las referencias de aquel misterioso asesino eran realmente impresionantes, pero para don Jaime parecía un verdadero milagro que su contacto no hubiese sido descubierto hasta entonces. ¿Una mujer? ¡Por amor de Dios! ¿Cuándo se había oído que una mujer fuese capaz de guardar un secreto?

Había un segundo teléfono móvil sobre el tocador de la habitación del ex teniente coronel; lo cogió para llamar a otro número, también perteneciente a una tarjeta que él mismo había suministrado. Era el método que utilizaba siempre en sus negocios: cada contacto recibía una tarjeta que solo debía ser utilizada para llamar y recibir llamadas desde otra tarjeta de su propiedad; de ese modo podía estar en contacto con sus clientes sin comprometerse. Cualquiera podía pagar una tarjeta SIM en efectivo, utilizarla y deshacerse de ella.^[17] Una de las maravillas de la moderna tecnología de las telecomunicaciones era que se había vuelto mucho más complicado rastrear las llamadas; por eso las distintas redes digitales de comunicación se habían convertido en los siete mares de los piratas modernos. Otra de las ventajas de aquel sistema consistía en que, aunque los eliminadores no solían aceptar contacto alguno durante los trabajos, sí que podían llamarle a él en cualquier momento del día o de la noche para advertirle de algún posible contratiempo; don Jaime siempre podía apagar el teléfono destinado a sus clientes cuando había problemas, y volver a contactar con ellos una vez que había encontrado la solución. Era eso lo que había estado haciendo con su último cliente desde hacía cuatro días.

Sonaron cinco tonos en el auricular del móvil que dieron paso a una voz áspera, la cual se expresaba en un tono que al reclutador le resultaba especialmente desagradable.

—¡Ya era la puta hora! —fue lo primero que oyó.

—¿Carrión?

—¿Quién va a ser? Llevo tres días llamando y oyendo esa mierda de apagado o fuera de cobertura.

—No hubiese sido seguro que contactásemos estos días. Ha habido problemas.

—¡Y tanto que los ha habido! El objetivo sigue vivo y coleando, y ahora encima sabe que van a por él; tu hombre la ha cagado pero bien.

—¡A mí no me hables en ese tono! —estalló el exmilitar—. Toda la culpa es tuya, me ocultaste información desde el principio. Ese tipo debe de ser por lo menos un jefe de alguna mafia; tú

tenías que saberlo.

Carrión soltó un bufido antes de contestar.

—¿Por qué crees que necesito contratar a un asesino a sueldo? Porque nadie debe relacionarme con ese tío. ¿Entiendes? ¡Nadie! Si os facilitase demasiada información, podría saberse quién contrató el servicio, y si eso ocurre, podéis daros todos por muertos, viejo, porque iré a por ti y a por todos tus jodidos socios. ¿Está claro?

—Debería tranquilizarse. —Don Jaime hacía un esfuerzo por recobrar la compostura, aunque le hubiese gustado responder a aquel canalla como se merecía—. No es saludable eso que está diciendo. ¿Mantiene el contrato o va a rajarse?

—No, no. —La voz del hombre se relajó—. Necesito al objetivo fuera de circulación, pero tiene que ser pronto, antes de un mes.

—Tengo a un hombre nuevo trabajando en ello. Es un profesional excelente, pero exige diez días de investigación por su cuenta antes de ponerse a trabajar. Es la única forma de cerciorarse de los detalles del objetivo, dado que usted no va a facilitarlos.

—Por mí está bien, siempre que termine el trabajo en tres semanas, cuatro como mucho.

—Lo hará, pero el precio ha subido, como es lógico.

—Claro, claro que es lógico; aunque teniendo una relación tan estrecha como la que tenemos, supongo que me harás un precio especial, ¿no?

Don Jaime apretó los dientes al otro lado del teléfono. No soportaba aquella clase de insinuaciones. Se arrepentía de no haber matado a aquel indeseable después de que le viese la cara; especialmente después de haber averiguado quién era realmente aquel Carrión.

—Va a ser un cuarenta por ciento más caro —dijo finalmente.

—Un cuarenta, ¿eh? Es mucho dinero, amigo mío. Bueno, creo que podremos arreglarlo. De momento quiero que el encargo siga adelante y que se finalice lo antes posible. Espero que a partir de ahora se me mantenga debidamente informado de todo.

—Sí, sí, no hace falta que se inquiete.

—Claro que no. ¿Por qué iba a inquietarme? —Dicho esto, el hombre de perilla entrecana colgó el teléfono.

Este se encontraba sentado en un viejo butacón de cuero negro, en una sombría y sucia habitación con las paredes recubiertas de madera carcomida y resquebrajada, al igual que los tablones del suelo; el olor a tabaco, humedad y podredumbre se combinaban en un ambiente que hubiera resultado irrespirable para muchos. Al hombre que ocupaba aquel improvisado despacho, sin embargo, no le importaba en absoluto; no es que no pudiese permitirse un lugar mejor, simplemente se sentía cómodo allí, al igual que se sentía cómodo en casi cualquier lugar. A diferencia de los hoteles, casas y apartamentos de lujo, la trastienda de aquel bar de mala muerte donde se había instalado no llamaba la atención, además de que el ambiente era ideal para conservar los puros habanos que tanto le gustaban.

El hombre estiró el brazo para coger uno de la caja abierta encima de su escritorio. Siempre se fumaba un Cohibas Behike, considerado por muchos expertos como el mejor cigarro puro del mundo, antes de trabajar; y aquella noche tenía un duro trabajo por delante.

Aún no se había consumido la mitad del puro cuando se oyeron tres fuertes golpes en la puerta.

—¿Qué ocurre? —gritó.

La puerta se abrió dando paso a un hombre larguirucho, de nariz afilada y ojos hundidos,

medio ocultos bajo una espesa maraña de pelo moreno rizado.

—Charlie y Bertrand acaban de llegar, jefe. Estamos todos listos.

—Ya veremos —respondió al tiempo que se levantaba de un salto.

El lugar donde se encontraban había sido en otro tiempo uno de los innumerables pubs del parisino barrio de Pigalle, un lugar donde el alcohol y el tabaco no eran las únicas mercancías a la venta. Al igual que muchos de los locales de la zona, había cerrado sus puertas cuando el ambiente del barrio se había vuelto demasiado libertino como para atraer el tipo de clientela adinerada que mantenía el negocio funcionando. La barra polvorienta, llena de marcas y lamparones, aún ocultaba debajo algunos vasos y botellas, pero los estantes que seguían en pie estaban vacíos; todas las mesas habían sido apiladas en el almacén junto con sus sillas, a excepción de cuatro que aún mantenían intactas la mayor parte de sus patas y estaban colocadas en medio del local. La barra americana era lo único que seguía brillando igual que el primer día, invulnerable al paso del tiempo; ni siquiera el omnipresente polvo parecía capaz de acumularse sobre su bruñida superficie de acero.

Tres hombres más se hallaban en el local aquella noche: un individuo bajito de espalda cuadrada y mentón prominente al que llamaban Bertrand y dos hombres altos, los dos de complexión atlética y rasgos oscuros; eran los hermanos Leclerc, Charles y Louis. El nombre del tipo rizado de nariz afilada era Nico, apodado el Ruso, aunque en realidad era francés de nacimiento y kazajo de ascendencia. El hombre que los había reunido allí, y al que todos sus hombres sin excepción consideraban líder indiscutible, era conocido como Lauda, en virtud de una extraordinaria habilidad en el manejo de varias clases de vehículos, desde motocicletas hasta lanchas motoras.

—Supongo habrás cumplido lo que prometiste —dijo dirigiéndose a Bertrand.

Este respondió con su marcado acento del Québec:

—¿Alguna vez no lo he hecho? —Señaló una mesa de billar—. Ábrelas tú, como si fuera tu cumpleaños. —Sonrió, mostrando al hacerlo los huecos de los dientes que le faltaban.

Lauda se acercó. Sobre el raído tapete verde había cuatro cajas de madera idénticas, de aproximadamente un metro de largo por treinta centímetros de ancho. Estaban cerradas por medio de correas de *nylon*, y ni en estas ni en la superficie de madera se apreciaba inscripción alguna. Sacó una navaja automática del bolsillo trasero de su pantalón y procedió a cortar las ataduras de las cuatro cajas con la soltura que da la experiencia. Al levantar la tapa de la primera, en medio de abundante paja de embalaje, apareció un rifle de asalto Colt M16, el mismo utilizado por el Ejército y la Marina de Estados Unidos. Lauda dejó escapar un largo silbido de admiración.

—¡Menuda preciosidad! —exclamó mientras inspeccionaba el arma—. Buen trabajo, amigo mío, buen trabajo. ¡Vaya que sí!

Bertrand escupió.

—Cuestión de dinero; cuando juntas mucho dinero puedes hacer milagros.

Entre todos acabaron de desembalar el resto de las armas; en total había dos M16 y dos escopetas semiautomáticas SPAS del calibre 12 con cargador de ocho cartuchos, una de las armas ligeras más mortíferas del mercado.

—¿Las has probado? —Quiso saber Nico.

—¿Tú qué crees? —respondió el experto en armamento—. Van como la seda.

—Guardadlas en las fundas y en marcha —ordenó Lauda—. Tenemos un horario que cumplir.

¿Sabéis todos lo que tenéis que hacer? ¿Alguna duda?

—Sí —dijo Louis, el mayor de los Leclerc—. ¿Cómo vamos a escapar? Esas planchas tienen que pesar un huevo.

—La fuga es cosa mía, tú preocúpate de lo tuyo —fue Nico quien respondió, pero su jefe se apresuró a atajarle:

—Tiene derecho a saberlo, Ruso. Depende del coche para salvar el culo igual que los demás. —Y, volviéndose a Louis, continuó—: Está todo previsto. No sé cuántas planchas llevarán, lo que sé es que esos moros han estado imprimiendo alrededor de medio millón de dólares al mes en billetes de diez, así que tienen que ser unas cuantas. Vamos a llevárnoslas en un A4 familiar que tengo aquí cerca; está reprogramado y le he cambiado la amortiguación, ruedas, frenos... No habrá problema.

Minutos después, el quinteto subía las escaleras del bar hacia la calle. Era una noche cálida y despejada. El viento formaba pequeños remolinos con la multitud de papeles, plásticos y envoltorios que cubrían las aceras.

No tardaron en cubrir los escasos trescientos metros que los separaban del *parking* subterráneo donde les esperaba su transporte. Nico se situó al volante y Lauda en el asiento del copiloto; los demás se acomodaron en el espacioso asiento trasero. Nadie había pronunciado una palabra desde que salieran del local; fue Charlie Leclerc el primero en quebrar el silencio:

—¡Joder, menudo asco de ciudad! Menos mal que hoy acabamos el trabajo y nos largamos.

—¡Pero si no llevas ni una semana en París! Menudo quejica estás hecho —dijo el Ruso—. Además, no sé por qué no te gusta París; las tías están buenísimas y todo el mundo está forrado. ¿Tú dónde has visto tantísimos cochazos como hay aquí?, ¿eh? ¿En Toulon?, ¡ja!

—Mi hermano no puede vivir sin su bañito matinal. Sale a nadar al mar hasta en enero, el muy *colgao*... —intervino Louis.

—Piensen en la recompensa, señores. Pagaría una pasta por ver la cara que se les queda a esos corsos hijos de puta cuando se enteren. Vamos a cargarnos la mayor fuente de ingresos que tienen fuera de Marsella.

—En los viejos tiempos era mucho mejor negocio lo de falsificar billetes —dijo Louis—. Me acuerdo de un vejestorio judío de Burdeos que se hizo de oro en cuatro días con unas cuantas planchas y una sola máquina; y por su cuenta, sin afiliarse a ninguna banda el muy cabrón. El puto euro ha jodido el negocio. Menos mal que todavía queda el mercado de divisas; con los dólares todavía puede sacarse dinero.

Las calles estaban casi desiertas. Salvo por los taxis, alguna furgoneta de transporte y aún menos coches particulares, resultaba imposible reconocer las atestadas vías urbanas donde, durante el día, la conducción se convertía en un deporte de riesgo. Las luces del alumbrado público pasaban rápidamente a ambos lados del vehículo mientras cruzaban La Chapelle y enfilaban la Avenue Jean-Jaurès, dejaron a su izquierda la gran cúpula blanca de la Cité de la Musique justo antes de llegar a la gargantuesca rotonda situada en Porte de Pantin, que comunicaba el cosmopolita distrito 19 con los humildes *banlieues* situados al nordeste de la ciudad. Minutos después llegaban a su destino, las inmediaciones de una nave industrial en el barrio de Le Pré-Saint-Gervais. De los cinco hombres, Bertrand fue el único que no abrió la boca en todo el trayecto; acariciaba distraídamente la bolsa de deporte donde reposaba su M16 mientras miraba a través de la ventanilla, el ceño siempre ligeramente fruncido.

Sin mediar palabra, todos se distribuyeron conforme al plan ideado por Lauda: este se agazapó tras uno de los coches aparcados al otro lado de la calle junto con Bertrand, mientras que los hermanos Leclerc se colocaban en una posición elevada, sobre el tejadillo que sobresalía por encima de uno de los portones de la nave, y Nico esperaba dentro del coche, oculto al otro lado de la nave. El guardia de seguridad había dejado la portilla abierta antes de desaparecer convenientemente una hora atrás. Como había dicho el canadiense, todo es cuestión de dinero.

Esperaron en silencio absoluto durante más de diez minutos, los Leclerc, tumbados boca abajo con las armas apoyadas ante ellos, los otros dos al otro lado de la calle, de espaldas contra un Renault 19. Nico fumaba un cigarrillo dentro del A4, su Desert Eagle sujeta con cinta aislante al salpicadero. Entonces comenzó a escucharse una especie de suave zumbido, que fue creciendo poco a poco hasta convertirse en el rugido de un motor de gasolina. La fuente de dicho sonido no tardó en dejarse ver: un todoterreno color rojo dobló la esquina a dos manzanas de la fábrica para seguir trayecto calle abajo. Bertrand asomó la cabeza por encima del capó del vehículo que le servía de cobertura al tiempo que aprestaba su arma para el inminente tiroteo.

—Es el Montero —dijo—. Vamos allá.

Se dispuso a colocarse en posición de disparo, pero repentinamente sintió que su jefe le retenía, sujetándole con fuerza por el antebrazo. Se giró para mirarle y vio que este permanecía inmóvil, el cuello rígido y ligeramente inclinado, la mirada en alto; al canadiense le bastó para saber que algo iba mal.

—¡Mierda! —rugió el líder del grupo.

Intentó hacer una señal desesperada a los Leclerc para que se detuviesen, pero era demasiado tarde. Se escuchó el estruendo de la SPAS mezclado con el tableteo del rifle de asalto, pero los proyectiles no atravesaron la carrocería del cuatro por cuatro, tampoco los cristales cedieron; en lugar de ello, las ventanillas traseras se desplazaron lateralmente mientras el vehículo frenaba en seco. Una lluvia de disparos empezó a caer sobre la posición de los dos hermanos. Lauda saltó a un lado al tiempo que abría fuego contra la luna frontal del Mitsubishi Montero; Bertrand, por su parte, se tiró al suelo y comenzó a disparar con pulso firme; los neumáticos del lado derecho quedaron destrozados enseguida. Al otro lado de la calle, los Leclerc intentaban descender de su posición a pesar del incesante fuego enemigo.

—¡Hay que cubrirlos! —vociferó Lauda agazapado tras una furgoneta.

Había conseguido que el parabrisas del cuatro por cuatro cediese después de vaciar medio cargador sobre él, pero ahora dos hombres disparaban contra su posición.

—¿Estás loco? Esos dos están muertos, y nosotros también como no nos movamos.

Bertrand estaba en lo cierto. Un segundo más tarde, Charlie, que había sido el primero en saltar, cayó con el cráneo atravesado por una ráfaga de subfusil. El cadáver aún no se había desplomado cuando su hermano saltó desde el tejadillo, rodando sobre el hombro para amortiguar la caída; consiguió levantarse y correr un par de metros antes de ser acribillado por la espalda y caer de bruces al suelo.

En ese momento, los faros de xenón de un segundo vehículo iluminaron la escena: un Mercedes negro se acercaba a toda velocidad desde el final de la calle con las luces de carretera puestas. Casi al mismo tiempo, el A4 salió rugiendo desde detrás de la fábrica, embistiendo la valla a unos cincuenta metros de donde se encontraban los dos supervivientes de la emboscada. Pasó casi rozando entre dos coches estacionados y realizó un brusco viraje; el coche quedó

atravesado diagonalmente en medio de la calzada. Nico empezó a disparar desde el interior a través de la ventanilla derecha; el fuerte ruido provocado por las detonaciones de su poderosa semiautomática pronto se mezcló con el de las armas de sus compañeros, que emprendieron la carrera hacia su coche sin interrumpir el fuego. El hombre que iba en el asiento del copiloto del Montero fue abatido; el resto de los ocupantes, ante la barrera de proyectiles que se les venía encima, no se atrevieron a abandonar la seguridad del vehículo y se limitaron a devolver el tiroteo desde las ventanillas laterales prácticamente a ciegas. Una miríada de proyectiles de nueve milímetros rebotaba por doquier sobre el asfalto.

Finalmente, Lauda y Bertrand llegaron a su destino y se precipitaron hacia el interior del A4. Nico arrancó de inmediato; las cuatro ruedas humearon bajo la acción del potente motor y el coche salió proyectado como un obús, pero ni siquiera tal aceleración fue suficiente. El Mercedes negro rebasó la posición del cuatro por cuatro y alcanzó al Audi, embistiéndolo violentamente por detrás. Por suerte para los tres ocupantes del automóvil, la alargada parte trasera amortiguó en parte el terrible impacto en el habitáculo. Nico, a pesar de sentir el crujido de sus costillas bajo el cinturón de seguridad, consiguió mantener el control del volante. Los hombres a bordo del Mercedes, que, al igual que sus compañeros, estaban armados con subfusiles UZI, abrieron fuego. Lauda, a sabiendas de que su vehículo no aguantaría la intensidad del tiroteo durante mucho tiempo, reaccionó rápidamente; rompió la ventanilla posterior izquierda de una patada y se descolgó por ella, asegurando su posición con la zurda en la maneta mientras empuñaba el arma con la diestra. El Mercedes apenas se encontraba a tres metros de distancia cuando apretó el gatillo. Fue un disparo certero. La llanta delantera del lado del conductor saltó por los aires; el coche dio un par de bandazos antes de estrellarse contra la pared de un edificio de viviendas.

—¡Yeeaaa! —Nico estalló en un grito de júbilo—. ¡Así se hace, Lauda! Joder, ¡ha faltado un pelo! Creí que estábamos listos.

—Tú calla y conduce —le espetó el líder mientras guardaba el arma bajo su asiento. Unas sirenas de Policía empezaban a oírse en la distancia—. Procura sacarnos de aquí lo más rápido posible. Hay que deshacerse del Audi; no vamos a llegar muy lejos con la chapa llena de agujeros.

El Ruso conducía a toda velocidad por las calles escasamente iluminadas de la periferia con las luces del coche apagadas. De cuando en cuando un gato o un perro callejero saltaban de la calzada, apartándose de su camino en el último instante. Bertrand seguía tan imperturbable como en el trayecto de ida. Pasaron unos diez minutos antes de que abriese la boca:

—¿Cómo supiste que el coche estaba blindado?

—Por el ruido del motor; he visto unos cuantos Monteros en mi vida, y en tercera ninguno se revoluciona tanto a tan poca velocidad. Estaba claro que había un sobrepeso de la hostia, demasiado para unas cuantas planchas de imprimir dólares. —Lauda se había pasado al asiento delantero y había abierto la guantera, de cuyo interior extrajo una bolsita de polvo blanco—. ¿Quieres que te ponga unas rayas, Bertrie?

El canadiense negó con la cabeza.

—Yo sí —intervino Nico.

La respuesta fue un fuerte manotazo en la nuca.

—¿No te acabo de decir que conduzcas y que te calles? ¿No me entiendes cuando hablo o qué? ¿Quieres que nos cojan, payaso?

El conductor se mordió el labio y siguió conduciendo. No hubiera aceptado un trato así de

nadie más, pero sabía que no le convenía enfrentarse con su jefe; además, aquella noche les había salvado el pellejo.

—¿A dónde lo llevo? —preguntó.

Lauda se despejó la nariz antes de responder.

—Tuerce a la izquierda en el próximo cruce y dirígete hacia Bagnolet; allí cambiaremos de transporte.

Fuera, las sirenas de policía habían dejado de escucharse y los primeros rayos del sol empezaban a teñir de rosa el nuboso cielo de la Ciudad de las Luces.

XII

—Bienvenido a mi humilde morada.

Radu arrugó la nariz al penetrar en el ruinoso edificio; un fuerte olor a orín, excrementos de roedores y alimentos en putrefacción inundaba el ambiente. Al yonqui que le había conducido hasta allí no parecía importarle; subía las escaleras alegremente delante de él, a veces trotando incluso, bastante más rápido de lo que hubiera podido esperarse de su lamentable estado físico.

—Hay que subir un poco más todavía. Vivo en el ático, ¿sabes? Como los ricos, je, je. —Un súbito ataque de tos interrumpió el ascenso de Virgil, que así se llamaba el individuo. Radu le alcanzó sin alterar su paso.

—Tienes que cuidarte esa tos, amigo —comentó lacónicamente al pasar junto a él.

—Sí, sí, ya lo sé. Es que aquí no hay calefacción, ¿sabes?, ni electricidad. Menos mal que ahora llega el verano y deja de hacer frío; pronto me curaré. Tomo mucha vitamina C, ¿sabes?

El drogadicto y su invitado llegaron finalmente al cuarto piso, el último de un edificio en ruinas del barrio de Ferentari, a las afueras de Bucarest. Radu inspeccionó de un vistazo lo que debía de ser la madriguera de Virgil: había multitud de cajas de cartón que contenían los más diversos objetos, desde ropa hasta piezas de bicicleta. Parecían seguir algún tipo de extraño orden, ya que la ropa no se mezclaba con nada más, pero podían encontrarse tijeras de costura y despertadores rotos en la misma caja. El suelo estaba cubierto de periódicos viejos, y había un raído colchón de muelles en una esquina cubierto de mantas igualmente raídas; en otra esquina se apilaban multitud de recipientes sucios llenos de agua. Radu vio cómo Virgil se agachaba sobre una de las cajas, que estaba llena de papeles, y se ponía a rebuscar en ella.

—¿Vives solo? —Quiso saber.

—Sí, tengo todo el edificio para mí solo; no me gusta mezclarme con la chusma, ¿sabes? Me costó, pero al final encontré este lugar vacío. Aquí no me molesta nadie, todo el mundo respeta al bueno de Virgil, ¿sabes?

A Radu no le extrañó en absoluto que nadie más se acercase por el edificio, aunque no por respeto a su ocupante. Toda la estructura parecía ir a derrumbarse en cualquier momento; buena parte de los suelos lo habían hecho ya. Dejó su maletín en el suelo y se acercó al drogadicto, que se había cansado de rebuscar en la caja; tras examinar el estado de las paredes sentía deseos de salir de allí urgentemente.

—Oye, el caballo que tienes será del bueno, ¿no? El mes pasado no sé qué mierda me dieron que estuve vomitando una semana.

Por toda respuesta, el asesino extrajo una bolsa de plástico del interior de su chaqueta y se la tendió a Virgil. Este se incorporó y, tras coger un poco de heroína con la uña del meñique y

metérsela en la boca, mostró una sonrisa llena de dientes marrones y retorcidos; Radu contuvo una mueca de asco.

—Enséñame tu parte —dijo.

Virgil le dio los documentos que había extraído de la caja y el asesino procedió a examinarlos cuidadosamente; no cabía duda de que eran auténticos. Las fotos mostraban a un hombre más joven y mucho mejor parecido que el que tenía enfrente; lucía una cuidada perilla negra e iba elegantemente peinado con gomina, pero sin duda se trataba de la misma persona. El yonqui aún conservaba los mismos ojos negros y penetrantes, aunque se le habían hundido en las cuencas. La forma de la mandíbula, recta y estilizada, era también inconfundible, a pesar de que la carne a su alrededor había desaparecido casi por completo, dejando poco más que piel colgante en sus mejillas.

—Está todo —dijo Virgil—. Pasaporte, carné de identidad, de conducir y hasta del gimnasio. —Aquí dejó escapar una risita siseante—. Porque a mí no me gusta tirar nada, ¿sabes? Yo antes iba al gimnasio, y andaba bien vestido, como tú; hasta vivía en...

No pudo seguir hablando: un fuerte puñetazo le rompió la mandíbula, lanzándole violentamente hacia atrás. Apenas pudo levantar las manos instintivamente para amortiguar el golpe contra la pared con la que se dio de bruces; no había perdido el conocimiento todavía cuando su agresor le agarró la cabeza por detrás, rompiéndole el cuello limpiamente con un brusco giro. El crujido resonó en las desnudas paredes como una nuez al partirse.

Radu dejó caer el cadáver a sus pies. Se alegraba de haber llevado puestos sus guantes negros de cuero: tener que tocar al yonqui con las manos desnudas le hubiera resultado realmente desagradable. Se acercó a su maletín y lo abrió sobre el suelo; extrajo de dentro un machete, un bote con medio litro de ácido sulfúrico y unas bolsas de plástico negro, de las que se utilizan para tirar la basura. Rápida, metódicamente, con la desenvoltura de un experto, procedió con su labor. Primero decapitó el cadáver, poniendo buen cuidado de no salpicarse; a saber qué enfermedades podía transmitir la sangre de aquel individuo. Tras envolver cuidadosamente la cabeza, vertió el ácido sobre las palmas de las manos y las plantas de los pies; a continuación limpió el machete con una de las bolsas restantes y un poco de agua, y lo guardó todo de nuevo en el maletín junto con la cabeza envuelta. Hecho esto, volcó el contenido de todas las cajas sobre los restos de Virgil, hasta que no sobresalía nada del cuerpo, y salió caminando tranquilamente de la habitación.

Estaba a punto de descender las escaleras cuando recordó un detalle que le hizo dar la vuelta en redondo y volver a la escena del crimen; la sangre de la pared. No era probable que nadie se fijase en una mancha más en las paredes, y seguramente no tuviese importancia alguna, ya que había dejado el cuerpo inidentificable, pero dejar pistas que pudiesen de alguna manera conducir a un prematuro descubrimiento del cadáver era inaceptable para él. Vertió un poco de agua sobre la mancha y restregó enérgicamente con la esquina de una manta, hasta que la sangre no pudo distinguirse del resto de la mugre de la pared. Una vez satisfecho con el resultado, salió del edificio, no sin antes comprobar que nadie en aquella zona desierta le veía salir de él, y cruzó tres manzanas bajo la luz crepuscular hasta llegar al lugar donde había estacionado su *jeep*.

Al asesino no le faltaban razones para sentirse complacido mientras conducía de regreso hacia el centro de la ciudad. Le había tocado dar vueltas durante casi un día entero por los barrios marginales de la ciudad para encontrar a un sujeto como Virgil, cuya incesante cháchara había

tenido que aguantar después durante más de una hora, pero al final había conseguido documentación en regla. Tan solo el carné de identidad había caducado, pero eso no representaba ningún problema mientras conservase el pasaporte. Estaba seguro de que no le sería difícil hacerse pasar por el hombre de las fotos; solo necesitaba algo de caracterización por su parte, y en ese campo era todo un experto. Sabía dónde podía conseguir rápidamente pelo natural para hacerse una perilla falsa, y todo lo que precisaba para imitar los pequeños detalles que pudiesen delatarle. Deshacerse de la cabeza, de modo que nadie la hallase jamás, tampoco resultaría un inconveniente.

* * *

Susana Martín había sido auxiliar de cabina durante los últimos doce años; llevaba a sus espaldas más horas de vuelo de las que podía recordar. Aquel viaje Bucarest-Madrid era el último antes de poder disfrutar de tres semanas de merecidas vacaciones, y solo deseaba que se terminara cuanto antes. Su época de novata, cuando cada destino le parecía una excitante aventura y ansiaba viajar a nuevos países, aunque solo fuese para conocer el aeropuerto, parecía haber quedado atrás hacía siglos. Actualmente solo podía aspirar a sobrellevar lo mejor posible la rutina de las inacabables jornadas internacionales y, a ser posible, evitar la representación de las recomendaciones previas al despegue; algo que siempre le había parecido ridículo. Maite, su actual compañera, era tan joven y entusiasta como lo había sido ella diez años atrás; se paseaba arriba y abajo del avión con una sonrisa deslumbrante que ni siquiera necesitaba fingir. Susana no podía quejarse por ello; siempre era bueno disponer de una novata ansiosa de hacer las tareas que ella prefería evitar.

La veterana azafata se encontraba acabando de preparar el carrito de las bebidas cuando la otra auxiliar se acercó a ella. Parecía aún más contenta que de costumbre.

—Fíjate en el tío del veintisiete —le susurró Maite al oído—. ¡Está para comérselo! Además es un encanto.

Su compañera no pudo evitar una ligera risa.

—Soy más vieja que tú, pequeña —dijo—. Mis hormonas ya no van al mismo ritmo que antes.

—Tú fíjate en él, señora —respondió la joven con una sonrisa maliciosa—. Ya veremos qué dices luego.

Mientras recorría el pasillo de primera clase ofreciendo bebidas a los pasajeros, la avezada auxiliar de vuelo no tenía en mente ni mucho menos las palabras de Maite. Cuando se había decidido a trabajar en aquello, lo había hecho en parte por la posibilidad de conocer gente interesante, particularmente hombres interesantes; doce años después, no solamente seguía soltera y sin compromiso, sino que hacía tiempo que se había cansado de tratar con viejas estiradas, mujeres trofeo, babosos ejecutivos, niñatos ricos y demás pasajeros típicos de primera clase. Ni se acordaba del comentario de su compañera para cuando llegó a la altura del asiento número veintisiete.

—¿Desea algo de beber? ¿Café?, ¿una copa? —repitió mecánicamente en inglés.

Pero cuando el hombre se giró hacia ella y la miró a los ojos, sintió que el aliento la abandonaba súbitamente. Como si aquellos ojos color castaño oscuro, casi negro, pudiesen atravesarla y mirar dentro de ella.

—Muchas gracias, señorita, pero nunca bebo alcohol, y no tengo sed.

La voz del hombre sonó en sus oídos como la más dulce de las melodías. Tuvo que obligarse a sí misma a dejar de mirarle y responder:

—Como usted quiera, señor. Cualquier cosa que necesite, solo tiene que apretar el botón; acudiré a atenderle tan rápido como me sea posible.

El pasajero del asiento veintisiete esbozó una amplia sonrisa. Susana volvió a sentirse como hipnotizada, esta vez por lo perfecto de su sonrisa inmaculada.

—Es usted un cielo, pero creo que no voy a darle mucho trabajo; estoy tan rendido que solo espero poder dormir de un tirón hasta que lleguemos a Barajas. He tenido un día de trabajo agotador.

—Entonces le despertaré cuando nos dispongamos a aterrizar. —La mujer pensó que su voz sonaba débil y temblorosa al responder, pero el hombre de cabellos azabache y perilla del mismo color no pareció notarlo.

—No podría imaginar un despertar más agradable —respondió antes de cogerle la mano derecha y besársela suavemente.

La azafata siguió empujando el carrito pasillo arriba tan deprisa como pudo, temiendo que el hombre pudiera escuchar los martillazos de su corazón desde el asiento número veintisiete si no se alejaba de su lado.

Cuatro horas y media más tarde, el pasajero número treinta y siete del vuelo procedente de Bucarest con destino a Madrid consultaba los horarios de los próximos vuelos. Su objetivo era llegar a Asturias cuanto antes; sin embargo, al no encontrar ninguno próximo en esa dirección, optó por preguntar en el mostrador de información; un hombre calvo de unos cuarenta años largos estaba al otro lado. Se dirigió a él en español.

—Disculpe, caballero —el hombre levantó la mirada de su revista lentamente. Radu se topó con dos ojos azules, tristes y acuosos, que le miraban a través de los cristales de unas gafas de montura metálica—, necesito llegar a Oviedo lo antes posible.

—No hay ningún vuelo para el aeropuerto de Ranón hasta dentro de doce horas —la voz del encargado de información era como un lamento—, pero sale un avión para Santander en hora y media; está a doscientos kilómetros escasos de Oviedo. Todavía puede sacar un billete y facturar su equipaje si se da prisa. Puerta número 21.

—Muchas gracias —respondió antes de alejarse con sus maletas.

No hubo respuesta alguna por parte del hombre calvo.

* * *

Uno de los más grandes y afamados casinos de la Península es el Gran Casino Sardinero. El edificio donde se aloja data de mediados del siglo xix y constituye el punto de referencia visual de toda la línea costera de Santander; una deslumbrante construcción neoclásica de dos pisos, flanqueada por dos impresionantes torres octogonales de tres pisos rematadas en sendas cúpulas. Fue diseñado inicialmente como hotel balneario, siguiendo la moda decimonónica de los «baños de olas» que llevó a las playas de la capital cántabra a gran parte de la nobleza europea de la época; incluso la reina Isabel II de España visitó la zona en el año 1851. Convertido en casino en 1939, tuvo que ser reformado como salón de baile, restaurante de lujo, cine y teatro, ya que la

política del Caudillo no incluía la legalización del juego. Más tarde fue adquirido por la Société Anonyme des Bains et Casino Kursaal de Santander, que lo restauró transformándolo en lo que es hoy en día. El edificio volvió a abrir sus puertas como casino en el año 78, convirtiéndose en lugar de visita obligado para jugadores de todo el mundo: ruleta americana y francesa, póquer y blackjack están disponibles en los lujosos salones del Gran Casino Sardinero, cuya acaudalada clientela es la envidia de todos los locales de juego del país.

Aquella noche fue dada de alta una nueva ficha de jugador a nombre de Virgil Tzuica, ciudadano rumano y arquitecto de profesión. Las cámaras de vigilancia, como hacían con todos los clientes nuevos del casino, en especial los extranjeros, siguieron al señor Tzuica durante un buen rato; nada anormal fue registrado en la conducta del que parecía ser un perfecto caballero. Abstemio, extremadamente gentil y buen jugador; poco podían sospechar los encargados de seguridad que, en realidad, aquel hombre era un asesino a sueldo que utilizaba una falsa identidad, prestada por un drogadicto de los barrios bajos de Bucarest. Desde luego, no era el tipo de clientela que les convenía admitir en el casino, pero ellos no podían saberlo y, mientras tanto, el falso señor Tzuica disfrutaba de una magnífica velada en el Gran Casino Sardinero.

A Radu siempre le habían fascinado los juegos de azar. Su afición le venía de muy pequeño, cuando su abuelo le enseñó a jugar a los naipes.

—Fíjate bien —le decía el viejo Django—. Ningún hombre es capaz de controlar el azar; por listo y poderoso que sea, el destino siempre puede darle una mala carta en el momento equivocado. La diferencia entre un buen y un mal jugador es que el buen jugador es capaz de controlar absolutamente todo lo demás a su alrededor, para así jugar las malas cartas saliendo bien parado. Aprende a estar siempre preparado para jugar cualquier carta que el destino te dé, y nada a este lado del infierno podrá detenerte, pequeño Radu. Nada.

Su abuelo le había dado muchos consejos a lo largo de los años, muchísimos. No en vano, había sido el viejo Django, como patriarca de la familia, el responsable de su educación; pero ninguno se le había quedado tan profundamente grabado como aquel. El motivo por el que le fascinaban los casinos era que en ningún otro lugar podían verse tan claramente las fuerzas del azar, en todo su apogeo, como en aquellos templos de la diosa Fortuna. Allí podían salvarse y perderse tantas vidas como en un quirófano; hombres ricos, poseedores de fortunas amasadas durante generaciones, se arruinaban todos los días en lugares como aquel. Hombres ahogados por las deudas, desesperados, al borde del suicidio incluso, se jugaban sus últimos billetes en aquellas mesas y, en ocasiones, aunque muy raras, la diosa les sonreía y salían por las puertas del casino con todos sus problemas solucionados. Radu lo había visto muchas veces; le gustaba observar a los malos jugadores haciendo apuestas sin ton ni son, a las mujeres ociosas que se jugaban el pan de sus hijos llevadas por la intuición. La intuición..., como si alguien pudiese aspirar a adivinar los caminos que van a tomar las fuerzas del azar. Ese era el mismo tipo de gente que se alistaba en el ejército, que iban a la guerra sin darse cuenta de que una bala perdida, una granada desviada o cualquier mínimo accidente podían apagar sus vidas por muy prudentes que fuesen. Este mismo principio puede ser aplicado a la vida cotidiana; un accidente fortuito de tráfico, o incluso doméstico, puede acabar con años de vida en una décima de segundo. La única diferencia que hay es la situación: conducir más rápido hace más probable sufrir un accidente, una dieta sana reduce las posibilidades de un infarto; como cubrirse tras un muro reduce las posibilidades de que una bala te vuele los sesos en el frente. En esencia, vivir o morir no es más

que cuestión de probabilidades, como ganar o perder en la ruleta; y eso era algo que el asesino sabía demasiado bien. En la mesa de blackjack, Radu casi podía llegar a ver los hilos del azar entretejiéndose ante sus ojos, como finos haces de colores que se retuercen y se anudan sin parar hasta formar un tapiz que nadie puede prever; casi podía verse a sí mismo y al resto de los jugadores tirando de los hilos, luchando contra la enmarañada madeja para intentar que el tapiz se pareciese, aunque solo fuera un poco, a como a ellos les gustaría que fuese. No era muy distinto de lo que él hacía en su trabajo, en su supervivencia diaria; una cuestión de sopesar probabilidades y reducir riesgos, controlar la situación a su alrededor al máximo para lograr el objetivo deseado. La ventaja de los juegos de azar consistía en que en ellos tan solo se jugaba el dinero, mientras que en su trabajo se jugaba la vida. Tirando los dados podía permitirse tentar a la suerte, probar nuevas posibilidades, mover los hilos del azar hasta que se rompían en sus manos; en la calle no podía permitirse correr más riesgos que los estrictamente necesarios, o tan cierto como la muerte que acabaría en una bolsa de plástico.

Había otra cosa que le atraía de los casinos: las mujeres. Alrededor de las mesas de juego solían arremolinarse algunas de las más hermosas mujeres que él hubiese visto. Muchas eran cazafortunas que se pegaban a los ganadores o a los ricachones con la esperanza de dar un buen braguetazo, otras eran meretrices profesionales. Para Radu la única diferencia entre ambas residía en que, mientras que unas tenían una tarifa previamente establecida, las otras intentaban sacar lo más posible de cada presa; aquella clase de féminas no le interesaba en absoluto. Pero había otro tipo de mujeres en aquellos lugares, mujeres trofeo que los jugadores llevaban a las mesas para exhibirlas como se exhibe un anillo o un traje caro. Mujeres que constituían una presa apetecible de por sí. Robarles sus trofeos a aquellos cerdos presuntuosos delante de sus narices siempre le resultaba satisfactorio; además, no era nada fácil, ya que, en general, se trataba de mujeres a las que les excitaba el dinero más que cualquier otra cosa en el mundo. Seducirlas, hacer que se arriesgasen a perder su financiación sin ofrecer un céntimo a cambio, tan solo sacando a la luz su lado carnal, constituía un logro al alcance de muy pocos; y el demostrarse a sí mismo que pertenecía a aquel selecto puñado de hombres era algo que le llenaba de placer, mucho más que el acto sexual en sí. Por último, había un cuarto tipo de mujeres que solían acudir a aquellos santuarios del juego, aunque eran menos numerosas que las mencionadas anteriormente: las jugadoras profesionales.

En los casinos pueden encontrarse jugadores profesionales de ambos sexos. Los hombres son conocidos en el ambiente como *laboreros*; gente que, en vez de desempeñar un trabajo normal, con su nómina y su cartilla de la Seguridad Social, prefieren ganarse la vida jugando en los casinos. Por supuesto, no se dedican a apostar de manera normal; cada uno tiene métodos muy estudiados para ganar dinero en distintos juegos. Por extraño que pueda parecer, estos métodos funcionan realmente, y los laboreros pueden obtener buenos sueldos mes tras mes. Por otro lado, están los jugadores profesionales de póquer; la élite de los jugadores. Viajan de casino en casino participando en los campeonatos oficiales, y sacan un buen dinero participando en partidas no tan oficiales. Hay jugadoras de ambos tipos, pero también hay otra clase de jugadoras que no tienen contrapartida masculina alguna; son las que no dependen de un método estadístico, sino de su astucia e intuición personales y, en gran medida, de sus encantos femeninos. Estas mujeres se dedican a hacer que los demás jugadores hagan sus apuestas en beneficio de ellas. Suelen rondar por las inmediaciones de los casinos buscando incautos adinerados en los más selectos clubes y

restaurantes; una vez elegida su víctima, se acercan a ella, la seducen, le hacen beber un poco y la llevan a jugar al casino. Si dicha víctima tiene un grupo de amigos con dinero, mejor que mejor. Este tipo de jugadoras no suele tener problemas para hacer pasar a sus acompañantes a las salas privadas, aunque estos no hayan pisado el local en su vida, y hacerles jugar fuerte; un par de buenos consejos y unas palabras amables suelen bastar para que los incautos empiecen a jugar en serio, y a regalar fichas cuando ganan. Es entonces cuando, con la mesa de póquer o blackjack bien caliente, las jugadoras profesionales entran en escena. Ya sea con su propio dinero o con el que les regalan sus acompañantes, saben aprovechar las apuestas de los demás para sacar dinero jugando con más prudencia; incluso consiguen manipular a los jugadores serios con un par de sonrisas y algún cumplido ocasional. Lejos de ser simples mujeres trofeo, esta clase de féminas destaca por su inteligencia y su astucia. En pocos minutos tienen completamente calados a sus contrincantes; les basta una mirada a los ojos para saber cuál es su jugada y, si no, no suele serles difícil echar un vistazo directo a sus cartas, porque los pobres imbéciles están demasiado satisfechos de su conquista como para sospechar que semejante muñequita los está desplumando. Pero lo hacen, y de manera implacable. En cuestión de unas horas, sus víctimas están sin blanca, momento en que se vuelven invisibles para la jugadora que, poco a poco, se ha lucrado a su costa. No pocas veces acaba teniendo que intervenir la seguridad del casino cuando los incautos se dan cuenta de que han sido engañados.

El perfil de este tipo de jugadoras profesionales, frías, manipuladoras, extremadamente inteligentes, buenas actrices y, generalmente, muy sexis, las hacía enormemente apetecibles a ojos de Radu. Conseguir que aquellas féminas, que utilizaban a los hombres exclusivamente para sacarles el dinero, se rindiesen a sus encantos en su propio terreno, sin tener que soltar ni un solo billete a cambio, era para él una de las mayores hazañas que un hombre podía lograr.

Apoyado en la barra del salón principal del Sardinero, Radu comenzaba a pensar que aquella era una noche tan buena como cualquier otra para buscar compañía. Había localizado a una mujer solitaria sentada en una de las mesas. Era alta y morena, de pecho firme y piernas interminables; vestía un deslumbrante conjunto de seda roja, a juego con los labios carnosos que se cerraban sensualmente alrededor del filtro de un cigarrillo cuando fumaba. El asesino apuró su tónica de un trago mientras consideraba seriamente probar suerte en aquella mesa; la tentación era grande, pero no estaba allí para divertirse, sino para resolver un asunto que bien podía acabar con él muerto y enterrado. No sería la primera vez que se buscaba problemas por culpa de una mujer, ni la primera que terminaba pagando un alto precio por satisfacer su libido.

Dejó un billete gris sobre la barra y se dirigió hacia la entrada, justo en la misma dirección en que se encontraba la mesa de blackjack donde estaba sentada la mujer. Radu sabía que el sexo femenino era probablemente su mayor debilidad, incluso que sería seguramente la debilidad que acabaría por llevarle a la tumba; pero, si tenía que morir, no se le ocurrían muchos motivos mejores. En cualquier caso, aquel no era un encargo cualquiera; tal vez dentro de unas horas tuviese que enfrentarse a una de las pocas personas en el mundo que tenían verdaderas posibilidades de acabar con él, pensó mientras pasaba junto a la escultural mujer sin mirarla siquiera, y era importante que olvidase las distracciones y se mantuviese centrado. Ya se había permitido una distendida velada de juego; habría otras ocasiones para ir de caza.

XIII

Una aguda nota metálica quedó suspendida en el aire durante unos segundos. Aquel sonido significaba que la bala había impactado en la diana; era la sexta vez durante la mañana. Desde su cómoda hamaca, a la sombra de un castaño, Luporsi examinó la diana a través de sus prismáticos.

—En el borde otra vez, Santi —dijo lacónicamente—. Una colegiala lo haría mejor, chaval. Estás perdiendo tu tiempo y el mío.

Santiago no respondió; se limitó a enjugarse el sudor con el dorso de la mano por enésima vez. De pie, a pleno sol en su posición de tiro, sentía cómo el salado líquido caía a chorros por su frente sin cesar. A medida que se acercaba el mediodía, el calor se hacía más y más insoportable y el revólver más y más pesado en sus manos.

—¡Es inútil, Ghera! Vamos a dejarlo de una vez.

Luporsi desenfundó su semiautomática y disparó dos veces contra la diana. Ambos proyectiles impactaron en la plancha metálica, no muy lejos del centro.

—¡Yo te diré cuándo lo dejamos, maricón de mierda! —vociferó—. ¡Si vuelvo a oírte una sola queja, empezaré a practicar yo, pero contigo de blanco! ¿Entendido?

Santiago apretó los dientes y empezó a cargar de nuevo el tambor de su revólver. Mientras lo hacía, echó un vistazo a su alrededor: el suelo estaba sembrado de casquillos —podía verlos brillando entre la alta hierba—, un creciente recordatorio de su pésima actuación en el campo de tiro. Tomó aire lenta y profundamente antes de levantar el revólver a la altura de sus ojos; podía sentir las gotas de sudor resbalando por sus mejillas. Entonces disparó, tal y como le había enseñado el propio Luporsi hacía tanto tiempo: las dos manos en la empuñadura, conteniendo el aliento en el punto más bajo de la espiración antes de disparar, apuntando sin precipitarse y apretando el gatillo con tanta suavidad como le era posible. Uno, dos..., seis disparos en total; y otra vez ningún impacto en el objetivo. Dejó caer los brazos, el arma sujeta por dos dedos de su mano derecha, y contempló la diana. Desde su posición apenas conseguía distinguir las seis pequeñas manchas grises que había hecho en el panel blanco. Tres de ellas estaban fuera de los círculos, solo una en la franja blanca entre los dos círculos rojos más exteriores. Un premio muy escaso para más de media hora de intentos, demasiado escaso.

Como sucede en casi todas las disciplinas que implican habilidad física o mental, los buenos tiradores se dividen en dos grupos. Por un lado, están los superdotados naturales, personas con una habilidad innata para disparar, capaces de conseguir sin esfuerzo promedios de acierto que la gente corriente no puede ni soñar con alcanzar por mucho tiempo que dedique a la práctica de tiro. Se trata de gente con una vista y un pulso excepcionales, principales atributos físicos necesarios para tener lo que se conoce por puntería. Por otro, están los que, sin poseer esas características

físicas excepcionales, están medianamente bien dotados para disparar y llegan a tener buena puntería mediante la práctica y el esfuerzo. Matesanz solía encontrarse entre estos últimos. Nunca había llegado a ser un tirador de élite, pero se defendía bien en el campo de tiro, ya fuese con armas cortas o largas; sin embargo, aquella mañana no estaba demostrando buena puntería, ni mucho menos, y empezaba a cuestionarse hasta qué punto su estancia en prisión había arruinado sus cualidades. Era cierto que el blanco estaba muy lejos para un arma de aquel calibre, pero en los viejos tiempos sin duda habría acertado dos o tres disparos de cada seis, incluso en su peor día.

Santiago se había puesto en cuclillas para recoger más munición cuando sintió que el sol dejaba de bañarle con sus rayos. Apenas tuvo tiempo de girar la cabeza para comprobar que era la gran figura de Gheraldu Luporsi la que eclipsaba al astro rey cuando un brutal impacto en el costado le envió rodando a dos metros de distancia.

—Puesto que ya no vales para nada con una pipa en las manos, vamos a ver qué tal te defiendes con ellas desnudas —dijo el corpulento corso.

El exconvicto permaneció de rodillas donde estaba, una mano cogiéndose las costillas doloridas, pero cuando su agresor se agachó para agarrarle, reaccionó rápidamente, rodando hacia atrás sobre el hombro izquierdo. Luporsi no pudo cubrirse a tiempo; el empeine de Santiago golpeó la mandíbula del corso, que refuló un par de pasos, aturdido. Fue todo el tiempo que necesitó el Segador para completar la voltereta, levantarse sobre sus pies y lanzarse contra su oponente con la cabeza por delante. El impacto fue duro, pero el abdomen de Luporsi era tan sólido como el granito; consiguió agarrar al Segador por los brazos y aprovechar su propio impulso para lanzarlo hacia atrás, valiéndose de sus poderosas piernas para ello. Ambos se pusieron de pie casi al mismo tiempo. El corso aprovechó su ventaja para acercarse a su contrincante y lanzarle un puñetazo, pero este lo esquivó y respondió con un fuerte gancho de izquierda directo al pómulo, seguido de un puñetazo vertical a la boca. Luporsi no cedió, sino que respondió estrellando sus enormes nudillos contra el mismo costillar que había pateado. Santiago se quedó sin aire momentáneamente, pero consiguió romper la distancia de cuerpo a cuerpo antes de recibir una lluvia de golpes. Permanecieron en guardia frente a frente; ambos sonreían ligeramente, el ceño fruncido. El más corpulento fue el primero en lanzarse de nuevo al ataque; intercambiaron un sinfín de puñetazos, bloqueos, contraataques y esquivas durante medio eterno minuto. Finalmente, Luporsi consiguió romper la defensa y darle un fuerte codazo en el plexo solar a su oponente, que fue derribado a continuación por una patada en la rodilla. La pelea habría acabado rápidamente de no ser porque el exconvicto consiguió efectuar un barrido con sus piernas nada más tocar el suelo; el corso cayó pesadamente a tierra con las piernas enredadas en las del marsellés. A partir de ahí, se inició una encarnizada lucha de forcejeos que terminó con las manos de ambos cerradas en torno a la garganta del otro.

—¿Tablas? —susurró Santiago con el poco aire que pudo reunir.

—Tablas —contestó su rival.

Luporsi ayudó a su antiguo pupilo a incorporarse; un hilo de sangre manaba de su labio, cayendo gota a gota hasta el fornido pecho. El Segador no aparentaba más que un par de arañazos en la cara, pero los cardenales seguramente tardarían unas semanas en desaparecer de su torso.

—¡Sigues peleando como un tigre! —exclamó el *capitanu* al tiempo que estrellaba una manaza en el hombro de su amigo. Era la forma habitual que tenía de enfatizar sus palabras.

—Y tú te estarás haciendo viejo, pero todavía coceas como una mula, cabronazo. Esa patada en las costillas te la guardo.

—Tendrás que esperar a que ande en tacataca y se me caiga la baba para devolvérmela, pequeñín.

Ambos rieron de buena gana cogidos del hombro. El corso se llevó dos dedos a la boca y silbó con fuerza; poco después apareció entre los árboles Paul-Marie Ricare, el hombre de confianza de Luporsi. Santiago observó que, aparte de una escopeta sobre el hombro, Paul llevaba una cartuchera colgando de su cintura.

—¿Qué hay, Santi? —saludó el recién llegado con aire jovial—. Creo que esto es para ti.

El Segador cogió la cartuchera que le tendía Ricare y desenfundó el arma, una Glock semiautomática de nueve milímetros. Siempre había sido su arma corta favorita. Precisa, fiable y difícil de identificar. Obviamente su antiguo mentor no había olvidado sus preferencias en cuanto a armamento.

—¿Por qué crees que voy a hacerlo mejor con la Glock? Llevo toda la mañana disparando y ya has visto qué mierda de resultado.

—Tú prueba con esta, aunque solo sean cuatro o cinco disparos —respondió Luporsi—; tiene más alcance que el revólver, un poco mejor lo harás.

Santiago soltó un bufido antes de volver a colocarse sobre la marca de disparo; repitió el proceso de preparación de nuevo e hizo fuego. Se oyó la detonación del arma seguida de un vibrante sonido metálico, y el Segador pudo distinguir la señal del proyectil en la diana, muy cerca del centro. Increíblemente, dirigió una mirada a los dos hombres a su espalda; Paul sonreía irónicamente en una mueca que deformaba grotescamente la larga cicatriz de su mejilla izquierda.

—¿A qué esperas? Continúa, Segador —le animó su antiguo mentor.

El marsellés hizo lo que se le decía, siguió disparando hasta vaciar por completo el cargador; quince balas en total. Al acercarse para examinar el blanco, comprobó que once de los proyectiles habían alcanzado su objetivo, varios de ellos en los círculos interiores; incluso había una marca en el mismo círculo central.

—Cabronazo hijo de mil padres... —musitó Santiago.

A su lado, Paul Ricare empezó a reírse escandalosamente. Luporsi esbozó una ligera sonrisa al tiempo que se enjugaba la sangre del labio con su pañuelo.

—Ghera me pidió que le hiciera unos ajustes a la espiral del revólver —dijo Ricare—, para que la bala se desviase al azar, en vez de descalibrarlo en una dirección determinada. Me aposté con él una botella de Dom Pérignon a que te darías cuenta; ahora por tu culpa se la debo.

El Segador no dijo nada. Muy serio, se limitó a guardarse la pistola en la cinturilla del pantalón; acto seguido, se dirigió a la sombra de los árboles.

—Lo he hecho por tu bien y por el mío —dijo Luporsi—. Me hubiera llevado una eternidad afinarte la puntería otra vez por el método tradicional; te habrías acomodado al ver que todavía le dabas a algo después de tanto tiempo y no te habrías entregado lo suficiente. Te conozco, y sé que en el fondo siempre has sido algo vago; poco exigente contigo mismo, vaya.

Sentado sobre la hierba, con la espalda apoyada en el grueso tronco de un castaño y la camisa completamente pegada al cuerpo por el sudor, el marsellés seguía completamente serio, mirando a su mentor fijamente a los ojos. Este se le acercó, también mirándole a los ojos con el ceño fruncido y los labios rígidos; así permanecieron durante cerca de un minuto hasta que a Santiago

se le escapó una sonrisa mal contenida. Luporsi torció el gesto también; al cabo de un segundo ambos estallaron en carcajadas, tan fuertes que incluso algunos de los hombres que hacían guardia en la finca, muy lejos de la vista del improvisado campo de tiro, se sobresaltaron al oírlos.

Los dos pasaron el resto de la mañana compitiendo en el campo de tiro. El Segador pudo comprobar que, aunque no se encontraba al mismo nivel de hacía diez años, su puntería era mucho mejor de lo que él se esperaba, si bien no lo suficiente como para ganar al corso. Tras dar por finalizada la competición, ambos, en compañía de Paul Ricare, se dirigieron a la casa para almorzar.

La propiedad de Galgani ocupaba unos ocho kilómetros cuadrados de verde hierba francondada;^[18] se trataba de un terreno agreste e irregular, en el que abundaban ejemplares de algunos de los árboles más frecuentes de la región, como nogales y manzanos. El *amiragliu* prefería mantener el equilibrio natural de la vegetación y los arbustos; solo se segaba y se podaba una vez al año en la finca, a excepción de las zonas más próximas a la vivienda principal y las inmediaciones del camino. Los tres hombres tardaron unos diez minutos en alcanzar la casa; allí Ricare se separó de los otros dos para dirigirse a *la casa de los chicos*, que era como solían referirse a un pequeño bloque de viviendas que se encontraba a cincuenta metros del edificio principal y en el que se alojaban la mayor parte de los hombres de Galgani. Santiago y Luporsi atravesaron la puerta trasera y subieron hasta el primer piso para ducharse y adecentarse antes de la hora de comer.

Las horas de las comidas eran de gran importancia en casa de Barthélémy Galgani. Este siempre insistía en comer rodeado de toda su gente que estuviese en la finca y no tuviese nada más importante que hacer, de modo que dieciocho comensales se acomodaron aquel día en la mesa del gran comedor: el jardinero, el chico del garaje, parte del servicio doméstico, los chicos que no se encontraban de guardia, Galgani, Luporsi y el propio Santiago, que fue el último en sentarse a la mesa, entre Paul Ricare y Hubert el jardinero. A Matesanz, que llevaba cerca de quince años sin sentarse a la mesa del gran hombre, le sorprendió el ambiente del comedor. Todos charlaban animadamente unos con otros, y por encima de las conversaciones ligeras y las bromas se escuchaban los vigorosos compases de la *Primavera*.

—¿Soléis comer escuchando a Vivaldi? —preguntó a Ricare.

Este contestó con la boca llena de pan de leña:

—No sé si será de ese Vivaldi o de quién, pero Barthélémy siempre escucha música clásica durante las comidas. ¿No lo sabías?

Santiago hizo un gesto de desconocimiento. Galgani, que presidía la mesa a cuatro asientos de Paul, interrumpió su conversación con una de las doncellas para dirigir una mirada cínica al marsellés.

—Pero ¿cómo? —le espetó con fingido tono de ofensa—. ¿Acaso desconocías mi reconocida erudición musical?, ¿no sabías que soy un melómano respetado? ¿Qué sabes de mí, entonces?

Los comensales cercanos rieron con mayor o menor gana. Matesanz sonrió enseñando los dientes, incluido el colmillo inferior izquierdo que le habían partido en su juventud durante una trifulca. En la mesa del *amiragliu* había algunas reglas no escritas: una era que bajo ningún concepto podía hablarse de negocios; otra, que había que reír los chistes del anfitrión.

Santiago no solía hablar mientras comía; en realidad, no solía hablar demasiado casi nunca. Apenas abrió la boca un par de veces durante la comida; su mente fue alejándose progresivamente

de la mesa para ir a parar a la sala de visitas de una cárcel, la prisión provincial de Málaga, en Alhaurín de la Torre. Había sido allí donde, dos décadas atrás, había tenido que enfrentarse al rostro arrasado por las lágrimas de su madre.

—Sé que tú no te mereces estar ahí dentro, hijo mío, lo sé de corazón, pero has cometido una estupidez enorme —le había dicho Marta entre sollozos.

El joven Santiago había conseguido reunir la suficiente entereza como para mirar a los ojos de su madre mientras le hablaba, pero no la suficiente para romper el nudo de su garganta y conseguir articular una sola palabra.

—Yo sola no puedo sacarte de aquí —continuó ella—, pero conozco a alguien que sí puede; alguien a quien me juré a mí misma no volver a pedir un favor, pero no puedo resignarme a ver cómo pasas los mejores años de tu vida encerrado. Espero que esto sea lo mejor para ti, créeme, lo espero de verdad.

Un sollozo había ahogado el final de la frase, pero Marta consiguió mantener el control de sí misma; no obstante, el joven se percató de que había estado a punto de romper a llorar desconsoladamente delante de él, pero su madre siempre había sido demasiado fuerte para eso. En lugar de ello, se levantó y abandonó la sala en silencio para dejar paso a una segunda visita; aquella tarde fue la primera vez que Santiago se encontró frente a Gheraldu Luporsi. Le bastó una sola mirada a sus oscuros ojos para darse cuenta de que aquel hombre no era como ninguno de los que hubiese conocido hasta entonces.

—Hola, Santiago —dijo el recién llegado con profunda voz de bajo—. Me llamo Gheraldu. Tu padre y yo éramos buenos amigos.

El joven Matesanz no respondió nada; por alguna razón, sabía que no era necesario.

—Vas a tener un nuevo abogado. A partir de ahora él se encargará absolutamente de todo; tú solo tienes que mantener la boca cerrada y hacer todo lo que él te diga y nada más. ¿Está claro?

El muchacho asintió con la cabeza sin separar los labios un solo milímetro. Luporsi le observó muy serio, luego sonrió, dejando ver dos filas de dientes grandes y amarillentos por el tabaco, y se puso en pie.

—Tienes la mirada de tu padre —dijo el corso—, esperemos que no sea lo único.

El nuevo abogado de Santiago resultó ser un hombre delgado y vivaracho de unos cincuenta años llamado Pasqual Minguet. Durante los primeros quince días, letrado y cliente tan solo se vieron en tres ocasiones, tres visitas breves para concretar los detalles del caso; a partir de ahí los acontecimientos se precipitaron. Los dos agentes de la brigada que habían detenido a Santiago fueron sorprendidos con un kilo de heroína y medio de cocaína; en la vista judicial subsiguiente, hasta cuatro chicos de edades entre quince y diecinueve años, todos de origen humilde, declararon haber sido obligados a ejercer de correos de la droga para los dos agentes bajo amenazas a ellos y a sus familias. Pasqual Minguet no perdió el tiempo. La vista para la revisión del caso de Santiago se celebró pocos días después de finalizar el procesamiento de los dos miembros de la brigada; durante la misma, ambos agentes confesaron haber suministrado ellos mismos la droga al joven, para más tarde tenderle una trampa y arrestarle por tráfico de drogas, ya que había rehusado seguir colaborando con ellos en el futuro y necesitaban deshacerse de él. Así pues, el 12

de noviembre del 83, menos de tres meses después de su detención, Santiago Matesanz fue puesto en libertad sin cargos.

El día de su liberación, sin embargo, no transcurrió como el joven se esperaba. Aquel día, a la salida del juzgado de instrucción número 7 de Barcelona, no eran su madre ni su hermana quienes le esperaban bajo la fuerte lluvia; eran Gheraldu Luporsi y dos hombres a los que jamás había visto, pero a los que llegaría a conocer bien: Lucas Graziani y Rachid. Fue este último quien condujo el Mercedes E 500 hasta el aeropuerto mientras Santiago compartía el asiento posterior con Gheraldu Luporsi. Los tres hombres fueron parcos en palabras, tanto durante el trayecto en coche como durante el viaje en avión hasta Niza; se limitaron a dar algo de conversación frívola a Santiago, sin preguntarle por su estancia en prisión ni comentarle nada sobre los negocios que tenían con su padre. El joven comprendió inmediatamente que él tampoco debía mencionar ese tipo de temas, al menos no mientras estuviesen rodeados por pasajeros de oídos ociosos. Graziani era algo más hablador que Luporsi; el argelino, por el contrario, no pronunció una sola palabra en ningún momento. Santiago pronto sabía que en realidad no podía hacerlo: no tenía lengua.

En el puerto de Niza, un hombre enjuto y arrugado los esperaba a bordo de una pequeña embarcación de recreo; el quinteto zarpó de inmediato en dirección a la patria de Napoleón. A solas en la cabina del barco, el corpulento corso y el hijo del que había sido su compañero y su amigo mantuvieron una conversación de un cariz muy diferente. Durante las horas que duró la travesía hablaron largo y tendido sobre Mathieu Languille, y en especial sobre la organización para la que trabajaba: la cofradía de Partinello. Luporsi le habló al joven Matesanz de los orígenes de la cofradía de Partinello y de sus objetivos; también le comentó brevemente cuáles eran los negocios que habían desarrollado a lo largo de los años y que habían llevado a la organización a convertirse en lo que era entonces. Santiago apenas pudo abrir la boca durante la primera hora; de todas las cosas que le habían ocurrido en los últimos meses, y eran unas cuantas, aquella había sido sin lugar a dudas la más impactante de todas. Su detención y encarcelamiento habían resultado terribles, pero no inesperados. Una parte de él ya había empezado a prepararse para ello en el mismo momento en que él y sus amigos aceptaron el encargo del Chino, la parte que siempre le decía que todo acabaría mal y que debía prepararse para lo peor. Aunque, como descubrió poco después, nada hubiese podido preparar a alguien como él para algo como aquello.

El descubrir la verdad sobre su padre suponía el fin de su estancia en prisión, pero, de alguna manera, resultaba mucho más inesperado y ominoso; tanto que, de no ser por lo crudamente real de la figura de Gheraldu Luporsi, le hubiera parecido alguna clase de pesadilla o alucinación. Recordaba con claridad el terror que le inspiraba aquel al que llamaban el Chino, y que no era más que un camello que controlaba el barrio de Gràcia y presumía de tener algún que otro contacto. Si aquel hombre decía la verdad —y Santiago no albergaba ni la más remota duda de que así era—, la organización para la que trabajaba operaba en múltiples ciudades de al menos tres países, y Mathieu Languille, su padre, el hombre al que recordaba con todo su cariño cada día de su vida, había sido un contrabandista, un narcotraficante, un asesino.

—Te has portado como un perfecto imbécil, Santiago. Has cometido tantas estupideces en tan poco tiempo que tienes suerte de estar vivo, por no mencionar libre —le había dicho Luporsi con frialdad—. Pero nada es gratis en esta vida. Mi jefe ha asumido el deber de convertirte en alguien; en un hombre, por lo menos la mitad de lo que tu padre lo era. Ha decidido también que yo sea el responsable de ello, y pienso hacerlo aunque tenga que despedazarte para volver a juntar los

trozos. ¿Está claro?

Santiago asintió con la cabeza sin apartar la mirada de su interlocutor en ningún momento. Después el corso le animó a que preguntase lo que quisiese, y el muchacho se sorprendió a sí mismo interrogando a aquel hombre sobre aspectos de la vida de su padre que le intrigaban incluso antes de conocer su verdadera ocupación.

De boca de Luporsi, supo que su padre se había criado en los barrios portuarios de la antigua ciudad de Marsella. Hijo de una prostituta y de Dios sabe quién más, había sobrevivido igual que los chicos afortunados de su barrio: trabajando donde podía, robando lo que podía y procurando no tentar demasiado a la suerte para no acabar bajo tierra o en el fondo del mar. Al llegar a la adolescencia había intentado ganarse algo de dinero con el savate, un arte marcial supuestamente originario de las islas del Pacífico, bastante popular entre los marineros marseleses, que se practica esencialmente con las piernas. Fue participando en sórdidas peleas clandestinas como llamó la atención de Marc Aconti, que, aficionado como era a las apuestas y al pugilismo, tomó al chico bajo su protección. Pronto el corso se dio cuenta de que aquel muchacho valía para algo más que para partirse la cara por cuatro billetes; unos años después, Mathieu Languille se había convertido en uno de los hombres de confianza de Marc Aconti, e incluso el *amiragliu*, Sampiero Galgani en persona, se había fijado en él.

Santiago aprendió también de primera mano los conceptos fundamentales en la forma de trabajar de la organización. La máxima era alejarse lo más posible de los peldaños más bajos de la escala: los chulos, los camellos de poca monta, ladrones de utilitarios, timadores de segunda y demás chusma. Los miembros de la organización solo trataban directamente con gente capaz de poner en marcha negocios importantes que diesen dinero, a ser posible sin llamar la atención y sin dar problemas...; claro que en esta clase de negocios siempre surge algún tipo de problema. Era entonces cuando los chicos de la cofradía se ponían en acción para resolverlo, cosa que siempre se hacía con la máxima rapidez, eficacia y discreción. Si de entre los individuos con los que trataba la organización había alguno que destacase por ser especialmente hábil en los negocios, capaz de manejar situaciones difíciles y de tratar eficazmente con subordinados y rivales, podía ser que se le concediera el honor de entrar a formar parte de la organización. Un honor que no podía ser rechazado.

La pequeña embarcación atracó en la costa noroccidental de Córcega al amanecer. Santiago pasó en aquella isla gran parte de los siguientes dos años de su vida, sin salir de sus límites ni una sola vez. A los pocos meses, el futuro Segador supo qué era lo que había querido decir Luporsi durante aquella corta travesía sobre hacerle un hombre. Desde luego que lo supo.

XIV

Radu se apeó del autocar que le había llevado desde Santander y miró a su alrededor con desagrado. La estación ALSA de Oviedo olía a una mezcla de basura, contaminación y humedad; y efectivamente estaba sucia, contaminada, y tan húmeda que largas estalactitas de óxido colgaban de los hierros del armado estructural, los cuales el paso del tiempo y la corrosión habían dejado al descubierto en más de un punto. Los pasillos de la estación no estaban en mejores condiciones que la zona de los andenes. A través de polvorientos escaparates se discernían los interiores de pequeños y rancios comercios que se alineaban a ambos lados de los corredores.

Nada más salir de la estación, el asesino distinguió dos taxis blancos aparcados al otro lado de la calzada, frente a un centro comercial cuyo nombre se leía en grandes letras amarillas y azules: «salesas». El complejo había tomado su nombre del antiguo convento que ocupaba el solar en el que había sido edificado, convento que habitaba una congregación de monjas salesianas.

El taxi le dejó en la puerta del hotel Ramiro I, una recomendación del recepcionista de su hotel en Santander. Radu se había decidido por aquel en lugar del hotel de la Reconquista, más céntrico y lujoso, porque el Ramiro I se encontraba en una zona más tranquila y mejor comunicada, a pocos metros de una salida a la autopista. Además, el Reconquista quedaba justo enfrente de una comisaría de la Policía nacional.

Después de dar una generosa propina al botones, Radu procedió a instalarse en su nueva habitación. Lenta, metódicamente, deshizo su equipaje hasta que todo su contenido quedó convenientemente colocado y distribuido por la estancia. Hecho esto, se dejó caer sobre el mullido colchón de la cama y cerró los ojos.

El asesino había pasado cada hora, desde su visita al despacho de Elena hasta que había entrado por la puerta del Gran Casino Sardinero, con el pensamiento fijo en su presa: Norberto Vidal, el Jaguar. Uno de los aspectos más importantes de su trabajo consistía en analizar a fondo su objetivo; no solamente desde fuera, sino también desde dentro. Era necesario meterse profundamente en la piel del individuo, ahondar en los mecanismos que regían su forma de pensar; no bastaba con preparar la cacería desde el punto de vista del cazador, sino que tenía que hacerlo también desde el de la presa en cuestión. Solo de esa manera podía anticiparse a sus posibles reacciones; solo así era posible averiguar la forma adecuada de asesinar a la víctima.

Interiorizar, aunque sea tan solo parcialmente, la psique de otra persona es una tarea complicada y penosa. Requiere una capacidad especial para retorcer las emociones propias con el objeto de adaptarlas a las de otro ser humano completamente distinto; un proceso que obliga a uno a enfrentarse con la verdadera naturaleza de sus miedos y con sus orígenes. También significa soportar el peso de otra alma, una parte de la cual no llega a desaparecer jamás, quedándose

enredada en los inescrutables pliegues del subconsciente. Debido a ello, hay pocas personas capaces de meterse en la mente de otros individuos, y muchas menos capaces de hacerlo de forma continuada sin perder el juicio.

Radu poseía un férreo control de sí mismo; siempre mantenía imperturbable una parte de su espíritu, la que sabía que, en el fondo, ser fuerte y permanecer sereno era lo único que necesitaba para sobrevivir, que las trampas del subconsciente no pueden evitarse, pero pueden ser enfrentadas y superadas. Esa había sido la razón de haberse detenido en Santander antes de emprender su misión; necesitaba despejar su mente y desconectar antes de acometer los detalles de la eliminación. Había llegado la hora de centrarse en la manera de matar al Jaguar; no podía permitirse el seguir ahondando en la personalidad de su antiguo mentor.

Un requisito imprescindible para intentar siquiera algo así consistía en tener la mayor cantidad de información posible sobre el objetivo, aspecto este que normalmente requería una minuciosa investigación por su parte. Observar a su presa día y noche fijándose hasta en el último detalle: su forma de conducir, de caminar por el día, por la noche, la forma en la que trata con sus amigos, con los desconocidos, la forma en que mira a los yonquis y a los indigentes, a los animales... Pero en el caso de Norberto Vidal, nada de todo aquello era necesario. Durante los casi dos años en los que habían colaborado, en ningún momento había dejado de analizar el perfil de aquel magnífico eliminador. Había llegado a aprender mucho de sus habilidades, pero, sobre todo, de sus defectos. De alguna forma, siempre había sabido que algún día tendría que acabar con la vida del uruguayo; aquello hacía que no dejase de preguntarse si eso era precisamente lo que Vidal tenía en mente. ¿Por qué le había vendido de aquella forma tan temeraria? El veterano eliminador se había formado en los años del caos político en Sudamérica, una época en la que no resultaba excesivamente complicado mantener el anonimato, cambiar de identidad o desaparecer del mapa llegado el caso, siempre que se supiese cómo hacerlo y se dispusiese de algo de efectivo. En aquellos tiempos, los hombres como Vidal aún podían permitirse el lujo de mantener algo parecido a contacto humano con socios, intermediarios, patronos y demás; no era probable que sus testimonios llegasen a hacer que algún tipo de investigación policial llegase a buen término, no en un escenario como aquel, donde las selvas tropicales aún eran refugio para los enemigos acérrimos de las reglas de la civilización, feudo inexpugnable de la naturaleza salvaje del ser humano que representaban los guerrilleros. Por ello, Radu sabía que al maduro Vidal le había costado adaptarse al ambiente de mediados de los ochenta, debido a la presión de agencias de seguridad como la Interpol —operativa desde los años cuarenta, pero que había tardado varias décadas en extender su largo brazo hasta las repúblicas panamericanas— y al hecho de haber tenido que huir hacia una desconocida Europa cuando su paradisíaco refugio uruguayo empezaba a amenazar con derrumbársele encima.

No obstante, le constaba también que Norberto Vidal estaba lejos de ser un estúpido desprevenido. Al contrario, sabía que se trataba de un profesional excelente, muy prudente y astuto, aunque tal vez demasiado sentimental desde el punto de vista de alguien como Radu. Él se había asegurado de no depender absolutamente de nadie para su supervivencia, incluida Elena Siwak, de la que jamás había dependido más de lo que necesitaba a Dragos Barbulescu; pero el uruguayo parecía ser otra clase de hombre. La clase de persona que sentía la necesidad de mantener un cierto grado de contacto humano con sus semejantes. Radu lo había notado durante la época en la que trabajaron juntos. Una cierta tendencia a ampliar su relación fuera de lo

estrictamente profesional traicionaba esa necesidad, más allá de su fachada de asesino profesional, frío e implacable. Seguramente, pensaba su antiguo discípulo, ignorante como era en cuanto a los sofisticados medios de comunicación actuales, Vidal habría tenido que ligarse a alguna agencia por medio de un solo agente, alguien que le hubiese inspirado algún tipo de confianza... Un claro error; aquel agente había sido lo suficientemente estúpido como para personarse en Bucarest con el fin de presionar a Elena Siwak, y Radu estaba decidido a hacérselo pagar.

Aun teniéndolo todo en cuenta, resultaba demasiado extraño que el uruguayo hubiera decidido venderle. ¿Habría sido por dinero? Muy poco probable. ¿Bajo extorsión? Quizás, pero eso implicaría que habría alguien más que sabía de su existencia y de su relación con Vidal. De todas las posibilidades, esa era la más amenazadora, pero aún había una tercera opción a la que no podía dejar de dar vueltas en el fondo de su cabeza: razones personales. Tal vez en venganza por haber acabado con Lothar Kemmler. ¿Era posible que, al igual que Kemmler, el Jaguar fuese homosexual? Conociendo su gusto por las chicas de vida alegre, no parecía verosímil; por no mencionar que el alemán tampoco era un adonis, ni un tipo que soliese caer bien a la gente. Estaba claro que si se trataba de venganza, no era por haberle robado un contrato. A diferencia de Kemmler, Vidal no estaba tan loco como para arriesgarse por una razón tan banal. Pero si no se trataba de venganza, ¿de qué se trataba? ¿Podía ser que Norberto Vidal deseara que él, su antiguo pupilo, intentase acabar con su vida? ¿O incluso que lo consiguiese?

Había otro detalle que le preocupaba. Siempre había confiado en la eficiencia de su socia. Elena era experta en intervenir las redes de comunicación de varias de las compañías dedicadas a vender los servicios de profesionales del crimen, particularmente eliminadores. Asesinos a sueldo. Normalmente conseguía ponerse en contacto con el cliente al inicio de sus conversaciones con la agencia en cuestión, o incluso antes. Después eliminaba o falseaba los mensajes entre ambos, de modo que la agencia pensase simplemente que el cliente se había rajado, cosa que ocurría a diario, y no pudiese sospechar que en realidad el encargo había sido robado por un tercero. Parecía obvio que Elena había cometido un error hacía años, cuando habían robado el encargo de sir Anthony Mayfair en Berlín; un contrato con el que, aparentemente, pretendían hacerse Lothar Kemmler y Norberto Vidal. ¿Se había tratado de un fallo puntual y accidental? Demasiada casualidad que la única equivocación que Elena había tenido durante los últimos años le hubiese llevado a encararse con Vidal, una de las pocas personas del mundo capaces de reconocerle. Demasiada casualidad. ¿Le habría traicionado su socia entonces? ¿Con qué objetivo? Y de no ser así, ¿era posible que Elena Siwak hubiese estado cometiendo muchos más errores de los que él pensaba? En aquel momento, le era imposible decidir cuál de las dos posibilidades le resultaba más amenazadora.

Radu se incorporó de nuevo antes de que el sueño le venciese; aún le quedaban cosas por hacer antes de acostarse. Sobre la mesa de su habitación había colocado, perfectamente ordenadas, piezas suficientes como para montar el cañón, recámara y sistema percutor de una Walther P99, así como dos piezas de plástico que, aunque difícilmente reconocibles, se unían para formar el armazón del arma, fabricado en un tipo especial de polímero plástico patentado por la empresa Carl Walther GmbH Sportwaffen. Había cortado la guarda del gatillo, que hacía demasiado fácil identificar el armazón como parte de una pistola, y lijado la superficie de este hasta dejarla irreconocible. Por último, para mayor seguridad, lo había serrado en dos partes,

separando la culata del resto de la estructura. Durante el viaje había llevado una de las mitades del armazón en un bolso de su chaqueta y otro en el bolsillo del pantalón; en el improbable caso de ser sometido a un cacheo, ningún oficial de policía ni aduanas hubiese reconocido partes de un arma de fuego en aquellos fragmentos, que pasaban fácilmente por viejos componentes de alguna máquina o vehículo, componentes que llevaba encima con el objeto de obtener un repuesto. El resto de las piezas de la pistola las había facturado junto con un pequeño maletín de herramientas de *nylon*, tan solo uno más entre los cientos de maletines de herramientas que eran facturados a diario por aquella época, en pleno auge económico e industrial, cuando toda clase de técnicos del Este viajaban continuamente a Europa occidental llevando sus herramientas consigo. Del total de cuarenta y cuatro piezas que formaban la Walther P99 junto con el armazón, treinta y nueve, las imprescindibles para que el arma funcionase correctamente, habían viajado repartidas por todo el maletín. Radu se había esmerado en ocultar convenientemente cada pieza entre las distintas herramientas y componentes de tornillería, mecánica general y racores de fontanería. El mayor problema había sido ocultar la corredera del arma y el cargador, las únicas piezas que podían llegar a reconocerse mediante un escáner minucioso del maletín; ambos componentes habían sido mutilados y lijados hasta el límite funcional, y después serrados a la mitad. En su maletín llevaba el grupo de soldar más pequeño que había podido encontrar, de tan solo dos kilos de peso; un par de hilos de soldadura reforzados por un poco de cinta aislante era todo lo necesario para recomponer el cargador, que, al no estar sometido a ningún esfuerzo, no necesitaba mayor reparación para cumplir con su cometido. El caso de la corredera era distinto; Radu había cortado y doblado a medida una pletina de acero de milímetro y medio de espesor para soldarla sobre la junta que quedaba entre ambas mitades, reforzando así el punto débil que había quedado al serrar y soldar la corredera. Las balas, por último, habían viajado en el maletín de herramientas ocultas en el interior de dos falsos botadores de plomo, cada uno de los cuales había sido dividido en cinco partes cilíndricas, que encajaban entre sí para formar la falsa herramienta; en cada una de las partes se había tallado un hueco con la forma exacta de la bala, de modo que los proyectiles eran invisibles al escáner.

Una vez que se hubo asegurado de que contaba con todos los elementos necesarios, el asesino se puso manos a la obra para recomponer el arma. Valiéndose de un Dremel,^[19] practicó dos taladros en cada mitad del armazón, con el objeto de colocar en ellos sendos pasadores cilíndricos de acero de un milímetro de diámetro. La función de estos pasadores no era otra que reforzar la unión final entre ambas mitades, para lo cual utilizó un potente adhesivo de epoxi de dos componentes; tras dejar secar la unión durante veinticuatro horas, sería más probable que el arma se rompiera por cualquier otra parte que por aquella unión. Aun así, envolvió fuertemente toda la zona con cinta aislante; de todos modos, había lijado tanto la culata que tenía que enroscar varias capas de esta cinta para poder empuñarla con cierta comodidad. De aquella manera, además, mejoraba el agarre y evitaba las huellas dactilares.

Cuando tuvo listo el armazón, procedió a montar el resto del arma valiéndose de las correspondientes herramientas de precisión; no se podía decir que fuese una tarea fácil, pero Radu la había practicado hasta la saciedad, tanto que era capaz de hacerlo prácticamente con los ojos vendados. Apenas dos horas después de comenzar la labor, el asesino sostenía en sus manos una Walther P99 completamente operativa. El acabado no era tan bueno como el del arma original, obviamente. El montaje hecho a mano por él no podía competir con el realizado en la fábrica de la

empresa alemana, y la corredera, además de adolecer de cierto sobrepeso, podía estar torcida un par de décimas de milímetro, consecuencias de haber sido serrada, soldada y reforzada. Por todo ello, era muy probable que la semiautomática hubiese perdido precisión a largo alcance y que se encasquillase o diese algún tipo de problema al cabo de unos cuantos disparos; pero Radu no tenía pensado hacer muchos disparos con ella —de hecho, solo disponía de diez proyectiles— y ni mucho menos pensaba utilizarla a largo alcance. El siguiente paso era probar el arma, así como el rudimentario silenciador de fabricación propia que llevaba en el maletín de herramientas, y realizar los ajustes necesarios; pero esa tarea tendría que esperar a la mañana siguiente. En aquel momento estaba exhausto.

Sacó el colchón de la cama, con las sábanas puestas, y lo colocó en el suelo, de modo que quedase apoyado contra la puerta de la habitación. Sobre la mesita de noche descansaba un bidón de ciclismo que había llevado consigo desde Rumania; al beber de él sintió cómo el combinado de hierbas, raíces y frutas del bosque fermentadas bajaba desde su garganta hasta su estómago, dejando una intensa pero agradable sensación de calor tras de sí. A continuación se desplomó sobre el colchón, la pistola a su lado, y cerró los ojos. Confiaba en que siete horas de sueño reparador, junto con las múltiples sustancias del brebaje de su difunta abuela Florica, le devolviesen las fuerzas que necesitaba para terminar con aquello.

A mediodía del día siguiente, Radu se paseaba por las calles del suroeste de la ciudad con su cámara de vídeo digital marca Sony colgada al cuello. Vestía una camisa de lino blanco y pantalones del mismo tejido color verde oscuro. Entre aquella cámara, sus RayBan Predator y las desenfadadas mechas rubias que se había hecho en el cabello y la perilla, su aspecto era el de un perfecto turista, uno de los muchos que visitan la capital del Principado en verano.

Con su catedral de San Salvador, su multitud de edificios históricos, las iglesias prerrománicas del monte Naranco, sus múltiples zonas verdes, sus esculturas modernas y sus anchas e impolutas calles, Oviedo es una ciudad pequeña pero muy atractiva, donde cada calle puede ser motivo de una postal. Era por ello por lo que la figura del turista calle arriba y abajo, cámara de vídeo en ristre, pasaba completamente desapercibida. Aunque Radu no estaba interesado para nada en esas cosas, hizo ver que filmaba vistas del Hotel Monumental Naranco, del propio monte a cuyos pies se extiende la ciudad, del parque de la calle Vázquez de Mella, las vías del tren, las placas que muestran los nombres de las calles, las escalinatas y demás detalles pintorescos de la zona..., pero en cada movimiento casual de cámara se ocultaban una o dos fotos de cierta torre de viviendas, de sus edificios adyacentes y de las calles cercanas. La razón era que, según los archivos de Lothar Kemmler, Norberto Vidal vivía en el séptimo piso del número 7 de la calle Vázquez de Mella, una discreta torre de doce plantas rodeada de construcciones más bajas, a excepción del edificio colindante que era otra torre idéntica. Una vez hubo tomado todas las imágenes que necesitaba del lugar en cuestión, el asesino se retiró a la soledad de un parque cercano para examinarlas detenidamente una por una. Profundamente concentrado, memorizó primero cada detalle del edificio, para después hacer lo propio con cada rincón de sus alrededores. Necesitaba saber por qué había elegido Vidal aquella vivienda en concreto y cómo había planeado defenderla de posibles asaltantes y, eventualmente, escapar de ella. Para un hombre de la profesión del Jaguar, resultaba imprescindible disponer de un refugio en el que sentirse seguro ante un ataque, incluso ante uno en el que se encontrase en inferioridad numérica y armamentística; un lugar en el que nadie pudiera cogerle por sorpresa ni acorralarle. Aquello era

algo que Radu sabía muy bien.

El refugio del uruguayo estaba bien situado, a pocos cientos de metros de las estaciones de tren y autobús, cerca de varias carreteras secundarias que salían de la ciudad en direcciones sur, este y oeste, y de enlaces a la autopista que se ramificaban en todas direcciones. Sin embargo, tenía que haber algo más. Analizando la posición del 7°C, la vivienda concreta que ocupaba Vidal, y que por fortuna se hallaba localizada con precisión en los archivos del espía alemán, Radu descubrió que no existía ningún posible apostadero desde el que disponer de un ángulo aceptable para disparar al interior. Un francotirador solo podría hacer blanco contra una de las ventanas, y aun así necesitaría una mira infrarroja para ver a través de los cristales de espejo; no había razón alguna para pensar que el uruguayo se acercase jamás a aquella ventana en particular. Tenía que haber algo más. Un último piso tiene sus ventajas, pero también no pocas desventajas: es lento y poco seguro descender hasta el portal o el garaje del edificio, la azotea puede ser un punto débil, aunque también una ruta de escape. El asesino se centró en los edificios adyacentes, tanto en sus azoteas como en sus bajos; al cabo de un rato se apartó de la videocámara, la apagó y sonrió satisfecho. Tal vez hubiese dado con la respuesta.

* * *

—Buenos días.

El viejo portero levantó la mirada de su periódico, un ejemplar del diario deportivo *Marca*, para ver quién le había saludado. Mirando por encima de sus gafas de cerca descubrió a un hombre moreno y delgado, de estatura media, que parecía venir de fuera.

—Buenos días —contestó arrastrando las palabras.

—Verá usted, estoy interesado en... ¿adquirir? Se dice así, ¿verdad?

Radu se esforzaba en hablar como un turista anglosajón. Su acento y sus fingidos fallos de dicción tal vez no hubiesen engañado a un experto, pero, a juzgar por la mirada despectiva del portero, estaban cumpliendo su cometido a la perfección.

—O comprar, sí; continúe, por favor.

—Comprar, claro. Estoy interesado en comprar un piso en este edificio. ¿Sabe usted si, actual... *actualmenti*... hay alguno... alguno piso...? —Llegado a este punto, empezó a gesticular nerviosamente con ambas manos.

El hombre se sonrió ligeramente antes de responder:

—¿Que si hay alguno libre *quier* decir? —El falso turista asintió con la cabeza—. Pues sí, *parezme* que hay uno en el segundo y otro en el último piso donde no vive nadie. Bueno, el segundo estuvo *alquilao* una temporada; pero *haz* casi seis meses que *tá* vacío, y la *verdá* es que no he visto que hayan puesto carteles de «se alquila» ni nada *pareció*. ¿Me sigue usted?

Radu había empezado a poner cara de desconcierto a medida que el portero empezaba a hablar más deprisa. En realidad, no solo entendía a la perfección las palabras del viejo, sino que las encontraba cada vez más interesantes.

—Oh, sí, creo que sí. Dice usted que hay un piso en la último planta donde nunca hay nadie, ¿cierto?

—*Esatamente*. Pero no sé de quién será, y que yo sepa ninguno de los vecinos lo sabe tampoco. Si quiere puedo darle el teléfono del dueño del 2.º C.

El portero hizo ademán de coger un bolígrafo de su mesa, pero el extranjero le cogió suavemente del brazo para detenerle.

—No, no se... no se *priocupe*. Yo quiero un piso alto, ¿sabe? Con buenas..., ¿cómo se dice? —Hizo un amplio gesto con las manos.

—¡Ah!, con buenas vistas, quiere decir, ¿eh? Bueno, la *verdá* es que las vistas de los últimos pisos de *esti* edificio son *espetaculares*. Se lo digo yo.

—¿De veras? Temía que *todos esos* construcciones tapasen un poco las montañas. Aquellas montañas —señaló en dirección sur, hacia el monte Aramo— son... *beautiful*.

—¡No, *ho!*, ¡qué va! El Aramo se ve estupendamente desde aquí. Por eso no se preocupe, ¿eh?

—No sé —dijo con gesto de duda—. La verdad es que me quedaría más... ¿tranquilo?, sí, más tranquilo si pudiese echar una mirada desde el tejado antes de ponerme a buscar al dueño del piso. Por no perder mi tiempo, ¿sabe usted?

—¡No, no! Yo tengo prohibido dejar entrar a personas ajenas al edificio en la azotea. —Levantó las palmas de las manos a la altura de su poblado bigote grisáceo—. Se me puede caer el pelo, oiga.

—Bueno, bueno —respondió Radu con calma—. Supongo que será cuestión de hacer un pequeño... ¿aporte a la comunidad? Seguro que los vecinos *son* de acuerdo. —Un impecable billete de cincuenta euros apareció entre sus dedos mientras hablaba.

* * *

Disfrutando de una suculenta comida en el restaurante del Hotel Monumental Naranco, el asesino sentía cómo el plan iba tomando forma en su mente. Con la información que había conseguido a través del viejo portero y las fotos que había tomado desde la azotea, estaba casi seguro de haber encontrado una grieta en las defensas de Norberto Vidal. De todos modos, no quería apresurarse; el uruguayo era demasiado peligroso para tomarle a la ligera. Su reloj marcaba la una y veinte del mediodía, aún le quedaban un par de cosas por hacer y algunos detalles por comprobar.

La siguiente parte de su plan podía ser muy fácil o muy difícil; dependía en gran medida de la suerte, aunque había calculado que la probabilidad estaba de su lado. En el edificio que era su objetivo había cuarenta y ocho viviendas, noventa y seis contando las de la torre adyacente, todas ellas muy caras. Además acababa de comenzar el mes de junio, y las familias adineradas casi nunca cogían vacaciones hasta agosto —por lo menos, no vacaciones familiares—, si bien, según las agencias del sector, junio es uno de los meses del año en que se realizan más viajes de negocios.

Tras pagar su almuerzo, Radu volvió una vez más a Vázquez de Mella y se dedicó a pasear distraídamente calle arriba y abajo, sentándose ocasionalmente en un banco para descansar. En realidad solo estaba distraído en apariencia; se cuidaba mucho de no entrar demasiado a menudo en el ángulo de visión de las ventanas de su objetivo y, desde detrás de los negros cristales de sus gafas, no dejaba de observar a cada persona que entraba o salía de los portales de ambas torres. Tres horas de paciente espera dieron su fruto: una mujer de cuarenta y pocos años salió del portal contiguo al de Vidal. El sombrero y las gafas oscuras que llevaba ocultaban en gran parte su rostro, pero el ligero vestido de algodón rojo que lucía caía con gracia sobre una maciza silueta,

dejando al descubierto dos piernas largas y bien formadas. La mujer echó a andar calle abajo con pasos cortos mientras rebuscaba distraídamente en su bolso. Radu se acercó por su espalda.

—Disculpe, señorita —dijo con suave acento—. ¿Es posible que sea usted de aquí por casualidad?

Aquella misma noche la mujer arañaba frenéticamente la espalda del enigmático extranjero.

—Más..., más..., fóllame, no te pares, rómpemelo...

El hombre se inclinó sobre su rostro y la mordió en el lóbulo de la oreja, ella cesó de gemir de inmediato, y Radu sintió cómo su compañera de cama comenzaba a sisear incontrolablemente; se sintió aliviado al saber que estaba llegando al final. Aquella fiera estaba requiriendo más esfuerzo por su parte de lo que había planeado. Los violentos embates de pelvis de la mujer empezaban a minar la resistencia de sus lumbares. Se temía que, de no haberse aplicado a conciencia en los juegos previos, probablemente ella le hubiese dado una buena lección de cama. Afortunadamente para él, Gema —que así se llamaba la propietaria del lecho que crujía escandalosamente bajo sus cuerpos— empezó a retorcerse casi espasmódicamente, agarrándose con manos crispadas a los cabellos del asesino, las piernas fuertemente enredadas en su musculosa espalda. El asesino supo que había llegado el momento de terminar; cogió a la mujer con firmeza por los glúteos y la levantó hasta colocarla contra la cabecera de la cama. Una, dos, tres embestidas más y Gema dejó escapar un agudo grito de placer al tiempo que todo su cuerpo se estremecía, para volver a relajarse por completo un segundo más tarde. Él la sujetó con suavidad por las cintura mientras rodaba hasta quedar tumbado de espaldas sobre el colchón, llevando tras de sí el cuerpo de la mujer. Ambos se besaron y se acariciaron lentamente durante un rato antes de separar sus pieles.

Gema estiró el brazo para coger la cajetilla de L&M que descansaba encima de su mesita de noche y encendió un cigarrillo.

—Menos mal que las paredes amortiguan bastante bien el sonido —dijo ella con una sonrisa de la que aún se escapaban retazos traslúcidos de su primera calada.

—El señor Tartiere debió de gastarse una buena suma en el aislamiento.

La expresión de Gema se trocó en una mueca de desdén.

—Seguro que menos de lo que se gasta en estos viajes de negocios que tanto le gustan; a ver si pesca una gonorrea el muy cerdo. ¿Por qué habrás tenido que recordármelo?

Radu enseñó los dientes.

—Es justo acordarse un poco del hombre en cuya casa he hallado tanta hospitalidad, y cuya estupidez me ha permitido gozar de la compañía de una diosa del amor como vos.

—Ahora hablas como los principitos de los cuentos. Ya sé que lo haces para reírte de mí.

Ella se acercó y le besó en los labios. Luego siguió fumando, recostada sobre la almohada.

—Nunca me atrevería a reírme de ti; podrías hacerme pedazos entre tus garras de pantera.

—Dame un pequeño descanso y ya lo verás —contestó ella divertida.

Radu se levantó de la cama. El sudor había empezado a enfriarse en las sábanas, una sensación que siempre había encontrado francamente repugnante.

—Y yo que creía que la visita turística de esta tarde había sido agotadora... —dijo estirando ambos brazos hacia atrás, como reafirmando sus palabras—. ¿Tienes algo de beber para recuperar fuerzas?

—Tengo una botella de Dom Pérignon en el mueble bar, claro que tú solo bebes vino. ¿Incluye

eso el champán?

—Vino, champán..., viene a ser lo mismo: inofensivo zumo de uva —respondió sonriente.

—Hay hielo en el congelador —oyó el asesino que le gritaban desde el dormitorio.

Tomó nota mental, pero para entonces estaba concentrado en otro quehacer. Nada más entrar por la puerta del salón, había arrojado su chaqueta sobre uno de los sofás. No había sido por casualidad: en el bolsillo, además de su arma, había un frasquito de aluminio lleno de polvos de color verde grisáceo. Vertió una pequeña dosis en una larga copa de cristal de Bohemia antes de entrar de nuevo en el dormitorio principal. En una mano llevaba la botella de Dom Pérignon dentro de una hielera de bronce, y sujetaba dos copas llenas hasta arriba en la otra.

—A tu salud, mi diosa.

—A la tuya, mi adorador —contestó ella.

Ambos apuraron sus copas, los brazos entrelazados. Gema se recostó de nuevo. Radu empezó a pasar sus dedos entre los cabellos de la mujer.

—No pensarás que ya terminaste conmigo, ¿eh, flaquito?

—¿Ah, no?

La mujer descubrió su perfecta dentadura en una sonrisa decididamente lasciva.

—Para nada —dijo ella mientras sus dedos se entretenían en el bien formado pecho de su compañero de cama—. Pero vas a tener que ponerte tú encima, porque estoy rota.

Radu contempló a la mujer mientras daba media vuelta, arqueando la espalda igual que una gatita feliz. Ella apoyó la cara sobre la almohada, los ojos cerrados, mientras él seguía acariciando sus cabellos.

—Descansa un poco, diosa mía; ya seguiremos más tarde.

Pasaron los segundos, y los minutos... La respiración de la mujer se volvió suave y rítmica. Entonces Radu la zarandeó un par de veces, con suavidad al principio, un poco más bruscamente después. Nada, solo una momentánea alteración del ritmo respiratorio; Gema dormía profundamente. El cansancio había hecho mella en la mujer, y las «hierbas del sueño» de su abuela Florica habían hecho el resto. No se trataba de un narcótico muy potente, pero en aquellas circunstancias era seguro que la mujer dormiría profundamente hasta el día siguiente.

Poco después, ya vestido con impecable vestimenta color gris marengo, se despedía de su conquista con un tierno beso en la frente.

—Buena chica —susurró él en rumano—. Hubiera sido una pena tener que matarte.

Y salió del piso por la ventana de la cocina, la más cercana al canalón de desagüe.

XV

Norberto Vidal se encontraba en su casa, leyendo una novela histórica de dudosa calidad, cuando la luz de su sala de estar se apagó repentinamente. El asesino se levantó de un salto y ganó la pared junto a la puerta en una décima de segundo. Se quedó allí agachado, la espalda contra la pared, rígidos los músculos, durante un par de segundos, antes de deslizar sigilosamente la mano bajo un paragüero y extraer una STAR nueve milímetros silenciada. Permaneció completamente inmóvil durante otro minuto, respirando con la boca abierta para no hacer ruido, antes de comprobar que ninguno de los automáticos de la entrada estaba caído. Entonces cogió una PDA de encima de la mesa, ocultó el brillo de la pantalla con la mano del arma mientras, valiéndose del pulgar que le quedaba libre, manipulaba la pantalla táctil del aparato. Nadie había conseguido jamás coger a Norberto Vidal por sorpresa, era demasiado precavido para eso, demasiado calculador. Había instalado una potente cámara de vigilancia oculta en la terraza de un piso de su propiedad, a dos manzanas de distancia; un dispositivo de onda corta transmitía las imágenes en directo hasta su PDA, que las almacenaba automáticamente en el ordenador de su habitación. Vidal siempre copiaba después las grabaciones a DVD, para visionarlas y compararlas más adelante; era la forma de averiguar si había alguien vigilando su casa. Aun así, no lograba encontrar nada extraño en la imagen de vigilancia. Todas las ventanas del edificio estaban apagadas, pero eran casi las cuatro de la madrugada, puede que sus demás vecinos estuvieran de viaje, o en la cama. Tal vez se tratara de un simple apagón, pero ¿localizado tan solo en su edificio? La iluminación urbana seguía funcionando, podía ver luz en las casas de alrededor. Fuera como fuese, su instinto le urgía a salir de allí lo antes posible; las comprobaciones vendrían más tarde.

El uruguayo se deslizó en absoluto silencio hasta la puerta de la terraza de su salón, abriéndola sin producir ruido alguno. Le resultó fácil encaramarse al tabique lateral de la terraza y, desde allí, agarrarse a una pequeña asidera metálica en el muro; un elemento que no era parte del diseño original de la fachada. Puso el *zoom* de la cámara al máximo para examinar de nuevo el tejado, metro a metro; Vidal conocía con exactitud cada milímetro de aquel tejado, pero no vio ni una sombra fuera de sitio, de modo que guardó la PDA y, tras tomar impulso, afianzó todo su peso sobre la asidera para ganar el murete de la azotea con la mano derecha, después con la izquierda también, y pasar por encima del muro con la agilidad de un muchacho.

«Aquí no está ocurriendo nada, debe de haber sido un fallo en el suministro, un cortocircuito o alguna gaita por el estilo», pensaba mientras buscaba cobijo junto a los conductos de la ventilación pistola en mano. Justo en ese momento, oyó con nitidez un ruido metálico pocos metros detrás de él. Algo o alguien había golpeado uno de los conductos. La onda expansiva del ruido se

transmitió automáticamente desde el aire hasta el pecho de Norberto Vidal, haciendo que su ritmo cardíaco se desbocase repentinamente, pero procuró calmarse. Se deslizó ágilmente tras una esquina, la espalda contra la pared, el silenciador de su arma a la altura de los ojos, sin embargo, eso tampoco le reportaba una posición segura: el tejado era común a ambas torres, y el murete de la azotea, junto con las casetas de acceso a ambos edificios y los conductos de ventilación, proporcionaba demasiada cobertura visual. Podría haber varios individuos escondidos en aquel tejado sin que ninguno pudiese ver a los demás, sobre todo de noche y con el cielo encapotado.

El veterano eliminador se desplazó en cuclillas hasta la esquina de al lado y se asomó para mirar desde allí; nada extraño en absoluto. Su intención era ganar la azotea de la torre contigua para descolgarse hasta la cubierta del edificio de al lado. Una vez allí, alcanzaría la puerta de acceso al interior, cuya llave guardaba en el bolsillo, y llegaría hasta el garaje; pero para ello tendría que dar la espalda al lugar de donde había venido el ruido, una invitación clara a que hiciesen fuego sobre su nuca. Era lo suficientemente experto como para saber que debía asegurar aquel perímetro primero, así que dobló la esquina y corrió agachado en dirección al extremo opuesto de la azotea. Entonces vio algo: una sombra fugaz, un simple parpadeo de luz entre los tubos a su derecha. El silenciador ahogó el sonido del disparo. La aguda nota del impacto de la bala contra el aluminio sonó más fuerte, manteniéndose en el aire durante unos segundos antes de dar paso de nuevo al sepulcral silencio. Norberto Vidal había disparado por puro instinto, sin tener un blanco siquiera, pero ahora estaba seguro: tenía compañía.

—¡Te he visto, cabrón! ¡Estás listo! —gritó al tiempo que corría hasta el bloque rectangular donde morían los tubos a los que había disparado.

Empuñaba su pistola con ambas manos a la altura de los ojos, dispuesto a abrir fuego de inmediato, pero no podía ver ni oír a su objetivo; tan solo a su propio corazón golpeándole los oídos. Apretó el gatillo cuatro veces más, a ciegas, desde detrás del bloque rectangular que le servía de parapeto, antes de asomarse ligeramente por encima. Dos, tres, cuatro segundos; más tiempo del debido, pero de nuevo no consiguió ver a nadie.

Entonces lo sintió. Como un cambio sutil en el aire, como un sonido inaudible para su oído o una vibración imperceptible en el suelo. Lo supo enseguida sin saberlo realmente: *algo* se había movido a su espalda, y hacia allí quiso girarse, medio segundo demasiado tarde. Un golpe en la espalda le hizo trastabillar. Sintió un calor abrasador a través del pecho que le dejó inmobilizado. Oyó cómo su arma se disparaba a medio camino debido al espasmo de su mano. Vio, como en un sueño, el suelo precipitándose contra su cara. Entonces un pensamiento se abrió paso como una luz entre la confusión: «No es el suelo el que te ha golpeado, Norberto. Eres tú el que te has caído». Tras esa revelación logró incorporarse a medias con un esfuerzo sobrehumano. ¿Era posible que fuese suya toda aquella sangre? Sí. Podía ver cómo manaba de su pecho. Levantó la cabeza. Fue entonces cuando se encontró cara a cara con su ejecutor.

—Sabía que serías tú. —Fueron las últimas palabras de Norberto Vidal, justo antes de que la bala de una Walther nueve milímetros le atravesase la frente.

Radu no se paró a mirar el cadáver de su mentor; no tenía tiempo para eso. Registró el cuerpo y se quedó con la cartera y la PDA, no era necesario detenerse a quitarle el arma de las manos. Se deslizó directamente hasta la terraza de Vidal y entró en su apartamento. Apoyado en la pared del pasillo, se levantó la camisa hasta el pecho; el último disparo de Norberto Vidal había sido contra el suelo, pero el rebote casi había conseguido su objetivo. El asesino tanteó con cuidado el surco

color escarlata que la bala había dejado en su costado izquierdo, e interrumpió el riachuelo de sangre con un ejemplar del periódico *La voz de Asturias* antes de que gotease en el suelo. No se trataba de una herida de importancia; si la bala hubiese entrado tres dedos más a la derecha, las cosas se habrían puesto realmente difíciles para él. Encendió la linterna de bolsillo que llevaba consigo: necesitaba encontrar el cuarto de baño para curarse la herida, ya que estaba seguro de que el uruguayo dispondría de un buen botiquín. No tardó en distinguir al final del pasillo la puerta que buscaba, pero al intentar dirigirse hacia ella, su pierna no quiso responder; una punzada repentina le hizo caer de rodillas en el suelo.

Algo no iba bien. La herida de bala era poco más que superficial, pero dolía mucho, demasiado, y un fuego abrasador empezaba a quemarle las entrañas. El asesino se quitó el sudor frío de la cara con una mano temblorosa y ensangrentada. Comprendió que la bala debía de estar impregnada en veneno, un recurso que, durante los años que habían pasado juntos, nunca había visto utilizar a Norberto Vidal. Aparentemente el maestro también había aprendido algún truco de su alumno.

Incorporarse de nuevo resultó más duro de lo que había pensado, pero arrastrarse por el pasillo no resultaba viable. Demasiados rastros de sangre, la misma razón que le impedía apoyarse en las paredes. Eliminar por completo tantas manchas de sangre suponía invertir un tiempo que no tenía.

Era difícil imaginar que un sujeto tan precavido como Norberto Vidal no tuviese a mano un frasco de antídoto para un veneno que acostumbraba a manipular; sin embargo, Radu no pudo encontrarlo en el botiquín. Sí que encontró una caja de cerillas, y la visión de un tubo de potentes analgésicos le infundió el valor necesario para hacer lo que tenía que hacer. Después de tragarse tres de un golpe, se colocó el propio tubo de las cápsulas en la boca y, mordiéndolo firmemente, bañó la herida en alcohol sanitario y le prendió fuego con una cerilla. El *shock* hizo que se derrumbase en el suelo. Luchaba por mantener la consciencia intentando concentrarse en acercar un puñado de gasas a la herida, pero sus miembros respondían lentamente; demasiado lentamente. Mantener la nuca levantada del suelo consumía demasiadas de sus energías. La linterna se había escapado de sus manos y las luces bailaban de una manera vertiginosa, como si hubiese varias linternas describiendo círculos en el aire, encendiéndose y apagándose, mientras la oscuridad estrechaba lenta pero inexorablemente el círculo alrededor de sus ojos.

Los párpados se le cayeron, pero volvió a abrirlos. ¿De inmediato...? ¿O había estado inconsciente? ¿Un segundo? ¿Una hora? Porque él había entrado en el baño por una puerta blanca de contrachapado. ¿De dónde había salido aquella otra de madera de roble ennegrecida? ¿Y por qué sabía que la puerta era de roble? ¡Porque la conocía! Era la puerta del despacho de su padre. Y también conocía la voz que provenía del otro lado de la puerta; era la voz del jefe de su padre, la voz de sir Elijah. Se oía muy muy baja, amortiguada por el grosor de la puerta; no obstante, con la ayuda de un vaso de cristal, apoyando la oreja en el culo del vaso puesto contra la puerta como le había enseñado su abuelo, era capaz de seguir la conversación.

—... Pero al muy hijo de perra no hay manera de cogerle en un renuncio; es demasiado paranoico. No te imaginas las cosas que es capaz de hacer para impedir que le sigan o que le escuchen. ¡Si yo tuviese que vivir así, Samuel, me volvería completamente loco en cuestión de meses!

—¡Hace tiempo que estás completamente loco, Elijah!

Radu reconoció la voz de su padre, seguida de su fuerte y franca risa.

—No te hablo en broma, Samuel. Se trata de un pez gordo del MI5, y si está moviendo la mitad de armamento del que creemos, es que tiene contactos todavía más gordos que él mismo.

—¿Tantas armas se les incautan a los irlandeses?

—¡Más! Los números se maquillan al hacerse públicos para no alarmar a los votantes, pero el jodido Úlster está preñado de semtex y de plomo. Algún día a alguien se le caerá una cerilla en mal sitio y los dos condados saltarán por los aires como una puta traca de feria.

Al otro lado de la puerta, Radu tuvo que contener la risa para no delatarse. Su padre podía darle una buena paliza si le cazaba espiando allí detrás. Entonces empezó a recordar vagamente aquella conversación..., no era la primera vez que la escuchaba, ¿verdad? ¿O eran imaginaciones suyas? Tal vez fuese tan solo un sueño..., o lo había sido. No, las voces eran reales. La conversación era —o tal vez había sido— real, de eso no le cabía la menor duda. Justo en aquel momento volvía su padre a tomar la palabra.

—Con tipos más peligrosos nos hemos enfrentado, ¿o qué? No voy a negarle el último favor a mi mejor amigo. Además, Josh era buen chaval. No es que haya tratado mucho con él..., pero parecía un muchacho íntegro.

—Lo era, Samuel; por lo menos tanto como su padre, y eficaz. Estoy seguro de que llegó a acercarse mucho a Butler.

—Demasiado. Tanto que lo eliminaron.

—Sabes que no te lo pediría si tuviese otra opción. Te queda menos de un año, mero trámite. Como también sabes que no hay nadie que pueda asignarte misión alguna..., salvo tal vez la reina en persona. ¿Por qué no? Yo mismo estoy jubilado desde ayer.

—Ya lo sé, ya lo sé; y tú también sabes de sobra que ya lo sé. Voy a hacerlo porque quiero acabar con ese hijo de puta yo mismo y punto.

—Recuerda que primero necesitamos pruebas.

—Acabas de explicármelo, no te preocupes; haremos lo que tú digas.

Radu se alejó de la puerta. Sir Elijah y su padre se habían levantado y tenía que esconderse en el sótano, como cada vez que el helicóptero de sir Elijah tomaba tierra junto a la casa.

La puerta se alejó más y más entre las tinieblas, hasta hacerse casi indiscernible..., pero acabó por detenerse, convertida en poco más que un punto de claridad en la negrura inescrutable y, poco a poco, comenzó a aproximarse de nuevo. Sin embargo, a medida que se acercaba, Radu se dio cuenta de que la puerta se había transformado sensiblemente: se había vuelto más pequeña y pálida. Ya no se trataba de la puerta del despacho de su padre, sino de la de su propia habitación, y estaba viéndola desde dentro, desde su propia cama.

¿Cuánto tiempo había pasado? Parecía haberse dormido. ¿Hacía una hora, una noche? No, algo dentro de sí le decía que hacía cientos, miles de noches, como una voz interior muy remota que no conseguía situar. ¿La sombra de un recuerdo remoto? ¿Real o imaginario? El ruido en el pasillo no era imaginario, ni remoto; de hecho, le había despertado. Era el crujir de la vieja madera al otro lado de la puerta, pero hacía más de tres años que el suelo de la casa no crujía bajo los pies de nadie, desde que los del viejo Bob McAngus habían sido enterrados en la colina detrás del refugio. Aquel sonido fantasmal le había traído de vuelta del reino de Morfeo, justo para dejarle completamente desprevenido en las mismísimas orillas de la laguna Estigia, con un pie en la barca de Caronte.

Un hombre corpulento abrió la puerta de una patada. Tardó un segundo en encontrar la cama de Radu con su linterna de mano; un poco menos de lo que tardó la mano del joven en deslizarse bajo la almohada y meterle dos balas en el pecho. El estallido de la sangre golpeó su mente adormecida como un martillazo. Ya recordaba aquella noche, vivida una vez, revivida cientos; aquella era la noche en la que se había cobrado su primera vida. La noche en la que había perdido todo cuanto tenía en el mundo.

Había un segundo hombre en el umbral de la puerta, protegido durante unos instantes por el cuerpo agonizante de su compañero. Radu podía ver sus ojos entre las plumas de almohada que revoloteaban a su alrededor como aves incendiarias, pero no podía acertarle; dos disparos más solo hicieron añicos el marco de la puerta, mientras el hombre se zafaba del cadáver de su compañero para apuntarle con un subfusil. Nunca llegó a disparar; en lugar de eso se desplomó como un saco. Radu vio una blanca empuñadura ensangrentada que sobresalía del cuello del hombre.

—Levántate, muchacho, hay más —fueron las palabras de Django Dumukrat al salir de entre las sombras para recuperar su viejo cuchillo. Una metralleta Stein de la Marina Real británica colgaba de su hombro.

Los cadáveres tendidos en el suelo eran como grotescos monigotes: los miembros retorcidos en poses antinaturales, el gesto deformado en el esperpento de la muerte..., tan irreales como todos los que había visto, inertes figuras de carne sin rastro de humanidad. El sonido de dos detonaciones atravesó el edificio. El viejo gitano hizo una mueca, pero no dijo nada; había vuelto a hacerse el silencio.

Nieto y abuelo se deslizaron como sombras por el pasillo, el silencio sepulcral roto tan solo por un susurro.

—El armamento y el equipo parecen del MI5, muy peligrosos. Ándate listo, muchacho.

—¿Y qué cojones hacen aquí?

El viejo no respondió. Aunque entonces Django no podía saberlo, una respuesta no habría hecho sino confirmar los temores de su nieto; Samuel había caído, el clan Dumukrat al completo estaba condenado.

—Tú sube las escaleras y sal de aquí con tu madre, rápido. Yo...

Apenas consiguió empujar a su nieto hacia las escaleras y cubrirse tras la esquina del pasillo; se escuchó el sonido metálico de un silenciador mientras tres balas silbaban entre ellos. Radu pudo distinguir una silueta tumbada boca abajo en el suelo, una vieja Stein aún en las manos. Era el cuerpo de su abuela.

—¡Florica! —oyó vociferar a Django.

Lo siguiente que vio fue el borrón de la figura de su abuelo atravesando el pasillo mientras disparaba. Un hombre se materializó entre las sombras del extremo del corredor, cayendo de bruces al suelo. Un rugido terrible salió de la garganta de Django mientras se lanzaba contra un segundo y lo empalaba con su cuchillo; Radu vio cómo su abuelo utilizaba el cuerpo abatido para cubrirse, tal como le había enseñado hacía años, y disparaba contra algún objetivo invisible al otro lado de la puerta de la cocina.

—¡Corre, maldito! —Aquel bramido de su abuelo sacó al joven Dumukrat de su ensoñación.

Sentía todos los músculos entumecidos por el miedo cuando se precipitó escaleras arriba. El primer tramo tuvo que subirlo a cuatro patas, tras lo cual se obligó a proseguir en cuclillas. Se le

cortó la respiración al ver que la puerta del dormitorio de su madre estaba abierta de par en par; había un bulto en el suelo. Al acercarse pudo ver que no era uno, sino dos cadáveres los que estaban tendidos sobre la alfombra de pelo blanco, ahora teñido de rojo, del dormitorio de sus padres.

—Madre... —musitó.

En un tenso y apremiante susurro, la voz de su madre se abrió paso a través de la oscuridad.

—¡Radu!

Avanzó a tientas por la habitación y distinguió una silueta que se asomaba por detrás de la gran cama matrimonial.

—Vámonos, madre —balbuceó.

—Yo no puedo irme, hijo mío.

La voz de Rawnie temblaba ligeramente. En una mano sujetaba una escopeta semiautomática Baikal mientras la otra se apretaba contra su vientre. El joven intentó coger a su madre para ayudarla a incorporarse, pero retiró la mano al sentir una sensación tibia y viscosa. Estaba llena de sangre.

—No puedo ir contigo, mi niño, es el hígado...

El joven Radu sintió una tenaza en su garganta al tiempo que la vista se le nublaba por las lágrimas; comprendió que su madre estaba sentenciada.

—Coge esto y sal de aquí. —Rawnie sacó una caja de madera tallada de debajo de la cama y la apretó contra el pecho de su hijo—. Corre hacia la cueva del acantilado y escapa en la lancha... ¡Corre!

Un sonido estridente sacudió la cabeza del asesino. Tardó unos segundos en comprender que aquel sonido no había sido sino un alarido procedente de sus propias entrañas. Poco después entendió dónde estaba: de nuevo en el baño de Norberto Vidal, esta vez iluminado por la luz diurna que se colaba desde fuera. La linterna estaba encendida en el suelo, junto con el bote de alcohol, las cerillas, el tubo de analgésicos y las gasas. Cogió las gasas instintivamente y se las acercó a la herida, pero esta había dejado de sangrar. Intentó improvisar un vendaje con más gasas y esparadrapo, pero se mareó y tuvo que sentarse en el suelo. Se arrastró hasta la bañera y puso la cabeza debajo de la ducha mientras intentaba aclarar sus ideas. Miró su reloj: había pasado más de siete horas inconsciente. Esperaba que al menos no hubiesen sido treinta y una y el cadáver de Vidal siguiese en el tejado del edificio. Si algún helicóptero lo había avistado, tenía que salir de allí enseguida, pero esto no era demasiado probable; lo correcto era esconder el cadáver de inmediato antes de que fuese descubierto. Después tenía que registrar el apartamento, saber cuánta información acerca de él había recopilado Vidal y, lo más importante, quién más podía disponer de ella. Después de eso debía borrar todas sus huellas y abandonar el país cuanto antes. La teoría estaba clara, pero en aquel momento le resultaba imposible sacar la cabeza de debajo de la ducha. Si al menos encontrase un antídoto para lo que fuese que el maldito uruguayo hubiese impregnado en sus balas...

XVI

A Angélique Giraudon cada vez le resultaba más difícil encontrar un rastro de luz en aquellos grandes ojos negros que le observaban a través de largas y espesas pestañas; eran los ojos de una extraña. No reconocía todas aquellas líneas encarnadas que se abrían camino hacia el interior desde sus párpados. Tampoco la mayoría de los finos, algunos casi imperceptibles, pero aparentemente incontables, surcos que se arremolinaban en torno a su mirada impregnada de agotamiento. Incluso las pequeñas arrugas que sí le resultaban dolorosamente conocidas parecían más profundas y ominosas aquella mañana. Angélique no se consideraba mujer que se mirase demasiado en los espejos; no le hacía falta. Ya se miraba en los escaparates al pasar, en los retrovisores de los distintos coches que la llevaban de un lado a otro, en los charcos cuando había llovido, en las puertas de cristal de las tiendas, en el reflejo de las ventanas después de caer la noche, en el fondo plateado de sus compacts de Edith Piaf, en las botellas de vino y *champagne* cuando servían su mesa, e incluso en el reflejo distorsionado que le devolvían las piedras y metales preciosos de sus muchas joyas; y todas aquellas imágenes se le antojaban mucho más benévolas y agradables que las que aparecían en los espejos, a los que se enfrentaba con cierta ansiedad en su estómago y algo de temor en su garganta.

No siempre había sido así; de niña, cuando el más humilde de los espejos constituía todo un tesoro para la pequeña Ange, le parecía que el tiempo volaba mientras ensayaba los gestos y las miradas de Brigitte Bardot, Sophia Loren o Eva Marie Saint. En aquella época se hubiese pasado una semana sin comer por un poco de maquillaje decente; ahora lo detestaba profundamente. Le llenaba de rabia la esclavitud a la que poco a poco habían ido sometiendo las cremas y los cosméticos. Mejoraban su estética, sí, pero le hacían parecer mayor, más cercana a su verdadera edad. Afortunadamente, pensaba ella, su físico seguía sin fallarle. Siempre había sido de baja estatura y formas menudas, una ventaja de la desnutrición infantil; sus formas, que se habían moldeado admirablemente tras la pubertad, parecían resistirse a abandonar aquella firme redondez.

Angélique Giraudon tuvo que apretar los dientes para no gritar al abrir el grifo: el agua sanitaria estaba tan caliente que abrasaba la fina piel de sus manos. Se lavó la cara y comprobó que la simple agua no bastaba para borrar los estragos de la falta de sueño acumulada en los últimos días. Se retocó ojos y labios y decidió que era demasiado temprano para maquillarse más, de modo que, tras cepillar su interminable melena negra con manos expertas, salió del baño. Debió demorarse más de lo que había pensado, ya que en la puerta le esperaba Domenico tras la silla de ruedas en la que a duras penas habían logrado colocar la enorme anatomía de Fígaro, que se aferraba con sus manazas a ambos reposabrazos por temor a irse de bruces contra el suelo.

—¿Ya estamos listos? —preguntó con una sonrisa.

—No veo la hora de largarme de aquí. Vamos de una vez —respondió el gigante lisiado, visiblemente incómodo en su silla de ruedas.

En realidad Fígaro no había sido dado de alta oficialmente. Hacía menos de una semana que había recibido el disparo que le había seccionado la médula espinal. La herida todavía no se había cerrado del todo, y los médicos querían hacerle más pruebas para determinar el alcance de las lesiones y las posibilidades de recuperación, pero el guardaespaldas se había negado a permanecer más tiempo en el hospital. «No necesito que me digan lo paralítico que estoy, ya lo veo yo de sobra —había dicho—. Y la ventaja es que, como no siento nada, tampoco me duele nada, así que aquí ya no pinto nada de nada.»

Después de hablarlo con los médicos, Barthélémy Galgani había contratado a dos enfermeras y dispuesto la habitación de Fígaro para que este pudiese continuar con su convalecencia en casa, a pesar de que, debido a los daños en el riñón derecho, no había cesado de orinar sangre desde el día del atentado.

Dos celadores los acompañaron todo el largo camino desde la tercera planta por el ascensor y hasta la salida en la planta baja. Domenico Felce era un hombretón de anchas espaldas y brazos pétreos, pero las ruedas delanteras de la silla cedían hacia los lados bajo el peso de su ocupante, y maniobrar se le hacía difícil en ocasiones. Todo aquel con el que se cruzaban por los pasillos se quedaba mirando al llamativo trío; todos excepto unos pocos, a los que el ojo experto de Angélique identificó como policías de paisano; parecían tener tantas ganas de irse como ellos mismos. «Ni tan siquiera los esforzados defensores de la ley parecen aguantar el ambiente de los hospitales», se dijo a sí misma la señorita Giraudon, que aspiró con deleite el aire fresco de la mañana al cruzar el umbral de la puerta.

—¿Dónde está Nani? —preguntó.

Se encontraban solos frente a la rampa de acceso a la puerta principal, y desde allí no podía distinguir ningún vehículo conocido en el aparcamiento.

—Se ha ido a casa. —Era la primera vez que Domenico abría la boca en todo el trayecto, probablemente en toda la mañana—. Enseguida vienen a buscarnos.

Apenas había acabado la frase cuando un Audi A4 negro y un Mercedes E320 plateado pararon frente a ellos. De este último descendieron Paul-Marie Ricare y uno de sus hombres, un tipo bajo y recio, de cortos cabellos grisáceos y frente despejada, llamado Gabriel Geronimi, al que solían llamar G. G. Se abrazaron y se saludaron calurosamente entre ellos, pues los cinco eran viejos conocidos y casi podría decirse que amigos; por el contrario, Angélique se percató de que el hombre que había llegado conduciendo el A4 y que permaneció junto a la puerta abierta le era completamente desconocido, por lo que se le quedó mirando disimuladamente.

Si por algo se caracterizaba Angélique Giraudon era por ser una mujer especialmente fría en sus reacciones. Jamás dejaba traslucir sus impresiones ni sus sentimientos en su semblante, siempre tranquilo y sosegado; quienes la conocían solían considerarla todo un ejemplo de aplomo, autocontrol y elegancia. Sin embargo, en el momento en que sus ojos se clavaron en los del extraño, un observador muy atento hubiese podido notar que durante un segundo se le cortaba la respiración, un mínimo movimiento de abertura de sus párpados y una disminución casi imperceptible en el color de sus mejillas. Un observador muy atento y que la conociese muy bien podría decir que, durante un segundo, el terror se había asomado al bello rostro de la señorita

Giraudon; como si del Audi A4 negro hubiese descendido una aparición de ultratumba.

—¿Qué tal va eso, gran perro guardián? —dijo el recién llegado, que había comenzado a ascender los escalones hacia ellos, muy despacio.

Fígaro le miró fijamente unos instantes, impasible, e inmediatamente estalló en una atronadora carcajada.

—¡Santi! ¡Hijo de la gran puta, ven aquí!

Los dos hombres se fundieron en un abrazo enorme. Hacía largos años que Angélique y Fígaro se conocían, y a la mujer le sobaban dedos en una mano para contar las veces que había visto semejante muestra de emoción por parte de aquel hierático guardaespaldas.

—Estás un poco más bajo que la última vez.

—Pero todavía soy casi tan alto como tú. —El lisiado acabó la frase con una bofetada amistosa que hubiese hecho trastabillar a un hombre más débil. Santiago la recibió con una sonrisa—. ¿Cuándo te han soltado?

—Hace menos de lo que yo quisiera. Vamos a ir metiéndote para adentro antes de que se haga de noche, anda.

Introducir la mole de Fígaro en el Mercedes fue más fácil de lo que hubiese parecido a priori. G.G. estiró los cinturones de seguridad de los asientos central e izquierdo, a fin de que el lisiado pudiera agarrarse a ellos desde la puerta derecha; Domenico y Santi le ayudaron con las piernas hasta que, no sin esfuerzo, consiguieron acomodar al gigante en el centro. Paul Ricare abrió la puerta delantera derecha con una reverencia llena de socarronería, pero Angélique declinó el ofrecimiento.

—¡Ah, no! No pienso ir en coche contigo, Paul, conduces como el puto culo. Llévate a Fígaro que, si te estrellas, por lo menos ya no puede quedarse paralítico.

Todos los demás se rieron, todos menos Matesanz.

—¡Sí, claro! ¡No te jode...! —intervino G.G. en tono de guasa—. ¿Y conmigo qué pasa?

—Pues eso, tú te jodes; y haz el favor de hablar bien que soy una señorita. ¡Ay, si te viera tu madre, Gabriel!...

En esta ocasión incluso Santiago se unió a las risas generales. Se acomodó al volante del A4 con la mujer a su derecha y Domenico en el asiento trasero.

Circularon en silencio durante un cuarto de hora por las calles de Marsella. Angélique parecía distraída toqueteando el equipo de música, probando *compact discs* de la guantera y emisoras de radio, pero Santiago, a pesar de fingir concentración absoluta en el E320 que circulaba pocos metros por delante de ellos, no dejaba de controlarla con el rabillo del ojo desde detrás de sus gafas de sol. Se percató de que la mujer había manipulado el balance para subir el volumen de los altavoces traseros y silenciar los delanteros; además se había decantado por la ópera *Die Fledermaus*.

—¿Te gusta Strauss? —dijo ella de repente.

—La verdad es que no entiendo de música clásica, pero me gusta. Me relaja.

—Pues entonces te va a gustar *Die Fledermaus*.

Él tardó un poco en responder.

—¿El murciélago?

—Sí, el murciélago. ¿Sabes alemán?

—No, pero sé que es parecido al inglés. *Fleder* suena a *fly*, o a *flyer*. Y *mouse* significa

«ratón». Un ratón que vuela tiene que ser un murciélago, ¿no? —Angélique asintió lentamente con la cabeza sin separar los labios, en los que se había dibujado una peculiar sonrisa—. ¿La ópera trata sobre un murciélago?

Ella dejó ver parte de sus dientes perfectos entre el rojo intenso de sus labios.

—No, en realidad es una opereta de enredo muy cómica. Trata de un noble vienés, Gabriel von Eisenstein, que ha sido condenado a cinco días de cárcel por golpear a un alguacil; pero consigue aplazar la condena un día para asistir a una fiesta de disfraces a espaldas de su mujer, Rosalinda, que al mismo tiempo recibe una propuesta amorosa de su admirador, Alfredo. Lo que Von Eisenstein no sabe es que la fiesta es una encerrona de su colega el doctor Falke, que pretende que Gabriel se líe con alguna corista delante de Rosalinda, a la que también invita a la fiesta y que asiste del brazo de su pretendiente. Pero resulta que Adela, la criada de Rosalinda, asiste también a la fiesta con un traje robado de su ama, y pretende seducir a Von Eisenstein..., sin éxito, porque la reconoce. En ese momento se presenta la Policía en la fiesta, confunden a Alfredo con Von Eisenstein y se lo llevan.

—Sí que parece divertido. —Su escasa sonrisa desmentía sus palabras—. ¿Y cuándo aparece el murciélago?

Ella no pudo menos que echarse a reír. Aquella salida de Santiago, tan serio, la había cogido por sorpresa.

—El murciélago se refiere al traje que llevaba puesto el doctor Falke para la última fiesta a la que había asistido con Von Eisenstein, al final de la cual le había dejado tirado en un callejón y completamente borracho. Imagínate al doctor Falke volviendo a casa en plena mañana con toda su resaca y vestido de murciélago. —Angélique se rio de nuevo y comprobó, no sin satisfacción, que empezaba a contagiarse a su compañero—. En realidad se trata de una obra en clave de humor acerca de la falsedad humana; por eso es mi obra favorita de Strauss, y también la de Barthélémy. Supongo que te habrán dicho que soy su pareja, ¿no?

—Sí, bueno..., la verdad es que no me había enterado hasta ayer.

—Ayer no me conocías —le interrumpió ella.

—No, claro; lo que quiero decir es que no sabía que tuviese pareja estable. Es un gran hombre el señor Barthélémy —se apresuró a decir.

—No hace falta que me digas cómo es mi hombre —se complació al comprobar que empezaba a poner nervioso a su interlocutor. Era una sensación conocida y deliciosa para ella—, hace mucho que le conozco, mucho tiempo. ¿Quieres hacerme un favor? —Matesanz no respondió, se limitó a girar la cabeza ligeramente para mirar a la mujer a los ojos por primera vez desde el comienzo del trayecto. Le sirvió también para comprobar que Domenico parecía dormir apoyado en una esquina del reposacabezas, más probablemente por su prudencia natural que por haber pasado toda la noche en vela; tampoco debía de habersele escapado la maniobra de los altavoces—. No me trates con esa cortesía de «la chica del jefe», por favor. No soy ninguna buscalíos, estoy demasiado mayor para eso, ¿vale?

—Siento si le ha parecido eso —respondió él con una sonrisa torcida. Estaba molesto consigo mismo sin saber la razón—. No pensaba nada especial; es mi forma de ser, trato así a todo el mundo. Debo de ser algo desagradable, ya me lo decían en casa.

—Santiago es tu nombre, ¿verdad? ¿Santiago qué más?

—Santiago Matesanz.

—No me suena. Desde luego no eres de Córcega, pero tienes cierto acento.

—Puede ser; viví en Córcega durante año y pico. Estuve en casa de Gheraldu Luporsi. ¿Le conoce?

—Claro. —La voz de Angélique se había vuelto completamente neutra desde que preguntara por el nombre de su chófer—. Supongo que eres uno de sus protegidos.

Él no pudo evitar una amplia y maliciosa sonrisa que dejó al descubierto dos dientes postizos, un colmillo partido y más de una mella.

—¡Hombre! Hace tiempo que no soy nada de nada. Por aquel entonces estaba bajo la tutela de Luporsi, por decirlo así, pero desde luego yo no diría que estaba «protegido».

—Tiene fama de ser un hombre duro, pero que sabe lo que se hace.

—¡Vaya! Dos días después de llegar a Partinello me preguntó si sabía pelear, yo le dije que había hecho algo de kárate de pequeño y que llevaba dos años boxeando en un gimnasio; él se rio. Ahora me río yo también. Me presentó a un chico que le cuidaba la finca, Tristan Palazzo..., tendría mi edad o algo más, nunca se lo pregunté..., y me dijo que íbamos a hacer una hora de guantes todos los días al acabar la jornada.

—¿Y qué pasó? —quiso saber, aunque en realidad no le hacía falta preguntar, podía imaginárselo de sobra.

—Pasó que, al parecer, no teníamos el mismo concepto de lo que era hacer guantes —contestó él riéndose entre dientes—. Nos dimos todas las hostias del mundo durante tres largas semanas... muy largas. Antes de acabar la primera le dije a Ghera que no podía seguir; me rajó el párpado izquierdo y me contestó que todavía veía lo suficiente por aquel ojo como para dar puñetazos. Del derecho no dijo nada porque parecía una pelota de tenis; tardó seis meses en curármelo del todo.

—¿Y cómo acabó?

—Acabó en que la última vez que nos peleamos me tiré encima de Tristan con todas las fuerzas que me quedaban, le agarré por las muñecas y le di tantos cabezazos que le rompí la napia, dos piños y la mandíbula.

A ella no se le escapó el cambio repentino en la voz del hombre, cuyo tono se había ido tiñendo gradualmente de agresividad. Sin duda recuerdos tan duros como aquellos despertaban su lado más violento. Aquello le sirvió para confirmar su primera impresión: Santiago Matesanz no era como la mayoría de los criminales a los que había conocido; tal vez podía llegar a ser peor. Debajo de aquella fachada tranquila y educada había suficiente rabia como para matar a una persona..., o quizás a muchas más.

El Segador hablaba de aquella época de su vida con naturalidad, pero solo él podía saber hasta qué punto le había cambiado aquello. En el establo de Gheraldu Luporsi había conocido el verdadero significado del dolor, la desesperación, el agotamiento, el miedo, la humillación, la impotencia, la rabia y, finalmente, la locura homicida. No había sido un simple entrenamiento; había sido un viaje infernal hasta lo más profundo y oscuro de su propio ser. Había ido hasta el límite y más allá. La persona que había vuelto ya no era la misma.

En realidad no podía recordar nada del día de la última pelea, solo lo que le había dicho Luporsi, pero sí recordaba con claridad todos los anteriores, desde el primero, cuando estaba aún bajo la ilusión de que se trataba simplemente de boxear sin guantes, sin llegar a hacerse daño de verdad. Estaba claro que el chico boxeaba mucho mejor que él; al principio solo marcaba los golpes y luego, de vez en cuando, como por casualidad, comenzó a hacerle daño. En la nariz, en la

boca, en las orejas, a veces en las costillas. Al principio incluso se disculpaba tras cada golpe, como si hubiese sido fortuito. Santiago estaba acostumbrado a eso en los entrenamientos de boxeo; pronto se dio cuenta de que aquello no era ningún entrenamiento. Tristan Palazzo probaba sus límites, le provocaba, se ensañaba con él para enfurecerle y, cuando lo conseguía y Santiago intentaba responder con rabia, entonces le daba más y más fuerte. Si el joven marsellés conseguía colocar más de un puñetazo, el otro empezaba a darle patadas. Al cabo de cuatro días había desaparecido todo rastro de cortesía en sus peleas, y Tristan no perdía ocasión de propinarle codazos, rodillazos, pisotones y cabezazos. Al séptimo día, en un acceso de rabia, consiguió cogerle por sorpresa y tirarle al suelo; a horcajadas encima del joven corso, sacó fuerzas de flaqueza para descargar una tremenda lluvia de golpes sobre su cabeza, mientras Palazzo trataba desesperadamente de cubrirse y le pedía a voz en grito que parase. «¡Para! ¡Por favor, para!» Los gritos y la sangre se habían grabado indeleblemente en el cuarto más oscuro del laberinto de su memoria. Santiago acabó por detenerse, en parte eufórico y en parte horrorizado de su propio salvajismo; pero en cuanto lo hizo, sintió un dolor punzante que le atenazaba la garganta impidiéndole respirar. El maltrecho corso había aprovechado para agarrarle por la tráquea y darle la vuelta a la tortilla. A continuación le devolvió golpe por golpe, con unos buenos intereses... El marsellés recordaba vagamente haberse despertado solo en el establo, en medio de un gran charco de sangre. A partir de aquel día, las peleas no habían hecho más que recrudecerse, hasta el día del inevitable final.

—¿Qué pasó con aquel chico? —preguntó Angélique, que llevaba un rato callada.

—Sé que estuvo ingresado en un hospital de Ajaccio; después lo perdí de vista hasta que me trasladaron a un piso de esa misma ciudad. Resultó que Palazzo vivía allí con otro chico de Partinello, Damien, Damien Ricare.

—El hijo de Paul —afirmó ella más que preguntar.

—¿Sabes quién es? —Había pasado a tutearla sin darse cuenta.

—Claro que sí. Viene a comer de vez en cuando a casa, en Doubs. Damien es un tipo muy importante en Ajaccio; tiene varios clubs.

—Cuando yo le conocí vivíamos los tres apiñados en un pisito de cincuenta metros cuadrados, y eso que Paul ya era la mano derecha de Luporsi —el Segador sonrió—. Recuerdo que cuando Ghera se fue de Córcega me dijo que me quedaba a su cargo. «Si Luporsi quiere cargar contigo, es cosa suya. Yo no pienso hacerlo», me dijo, y acabé en aquella madriguera haciéndole recados a uno de sus hombres, Lucas Graziani; no sé si le conoces...

—No me suena.

—Bueno, seguramente estará muerto.

Él sintió que se le habían pasado las ganas de hablar porque ya había hablado más de la cuenta. De repente se había puesto de mal humor; estaba enfadado consigo mismo por haber bajado la guardia.

—Barthélémy y yo vivimos la mitad del año en Córcega, o solíamos hacerlo antes de que se torciesen las cosas; en primavera y en invierno.

Aquel comentario llamó la atención del Segador. Significaba que el viejo Galgani se había quedado en el continente aquella primavera, cuando no solía hacerlo, lo que significaba que las cosas tenían que estar muy jodidas ya para marzo. Aquella revelación le resultó, como poco, interesante.

—¿Has visto alguna vez la procesión de las cinco cofradías en Bonifacio? —prosiguió ella.

—No.

—La Semana Santa corsa es preciosa. El *cattenaciu*, las procesiones de Calvi...

—No me gustan las procesiones en España, así que no sé por qué iban a gustarme en Córcega.

—Estaba siendo intencionadamente cortante—. Las que sí he visto son las fiestas de San Erasmo en Ajaccio.

—Sí, también me gustan; aunque he estado una vez solo.

Angélique estaba segura de haber detectado no poca sorna en aquella respuesta. Ella no podía saberlo, pero difícilmente podría Santiago olvidar el día 2 de junio, día de San Erasmo, patrón de los marineros, también conocido como San Elmo. Era una noche de San Erasmo, durante las festividades que siguen a la bendición de los barcos pesqueros en el puerto de Ajaccio, cuando había participado en su primera ejecución: Lisandru Santoni, un camello de poca monta. El futuro Segador nunca olvidaría la imagen de Damien Ricare sentado en los escalones de piedra del muelle mientras limpiaba su navaja en el agua.

—¡A ver si va a volver como San Erasmo, el muy cabrón, y nos lo tenemos que volver a cargar otras tres o cuatro veces!

Damien hablaba en tono de guasa, y se reía a carcajadas junto con Palazzo, pero el joven marsellés no se había reído en absoluto. Le hubiese resultado imposible, ya que el corazón estaba a punto de salirse por la garganta.

—Barthélémy es más aficionado a San Erasmo que yo —dijo la mujer—; a mí me recuerda los dolores de la regla y me pone enferma. Menos mal que ya me va quedando poco de esas cosas.

Santiago lo intentó, pero no pudo disimular una sonrisa; muchas mujeres de Córcega rezaban a San Erasmo para aliviar los dolores propios de la mujer. Algunos chicos de Partinello solían hacer bromas al respecto el día que se bendecían los barcos.

—Pero hablando en serio —dijo ella—, ¿qué opinas de la isla?

Él se tomó un tiempo para responder; cuando por fin lo hizo, su tono de voz había cambiado sensiblemente.

—Es acojonante.

Era todo lo que podía decir. Desde el momento en que había puesto el pie en la arena de sus playas, no había dejado de cautivarle la belleza salvaje de aquella Kallisté, la más sublime, como la habían bautizado los griegos siglos atrás. Le habían fascinado los terribles acantilados cortados a pico, en lo alto de los cuales se alzaban aquellas pequeñas aldeas, sencillas, silenciosas, desafiantes, misteriosas y orgullosas; exactamente igual que sus habitantes. Le habían sobrecogido tanto lo idílico de aquellas aguas transparentes que besaban playas de arena inmaculada como lo terrible de aquellos riscos impenetrables, verticalidades imposibles cubiertas de naturaleza exuberante. Pueblecitos mínimos sepultados entre enormes masas de roca virgen y verdes bosques inabarcables, pero vivos todavía después de tantos siglos de guerras y venganzas, habitados por un puñado de corsos que seguían encendiendo la lumbre cada noche en el hogar de sus antepasados. Santiago nunca olvidaría el escalofrío que había recorrido todo su cuerpo la primera vez que había contemplado el espectáculo sin par de Les Calanques: caminando por entre aquel serpenteante laberinto de piedras del color de la sangre, se había sentido tan insignificante como si nunca hubiese nacido; tal era la majestuosidad milenaria de aquel lugar. Algo parecido le había ocurrido al contemplar la puesta de sol en las islas Sanguinarias, donde el sol muere dulcemente

desangrado entre las aguas cada atardecer. Recordaba que Paul-Marie Ricare le había recitado en aquel lugar un texto de un tal Saint-Exupéry, que venía a decir que Córcega había sido concebida de tantas veces que el sol le había hecho el amor al mar. Santiago siempre se acordaba de aquellas palabras al visitar la villa de Ricare en Capo di Feno, paraje incomparable incluso entre tanta belleza.

A pesar de toda su hermosura, lo que más había impresionado a Santi de aquel paraíso salvaje habían sido sus gentes. Gheraldu Luporsi, aficionado hasta la obsesión a la Historia, particularmente a la historia de Córcega, había pasado tardes enteras hablándole del pasado de su isla. Invasida pero jamás conquistada. El pueblo corso ya caminaba por aquellas tierras desde el Paleolítico; prueba de ello eran los yacimientos de Porto-Vecchio y los múltiples dólmenes, menhires y estatuas-menhir que podían verse en torno a Sartène y San Fiorenzo. Ya aquellos corsos primitivos habían sufrido los ataques de pueblos extranjeros llegados del mar durante la Edad de Bronce, que habían arrasado los asentamientos de la isla desde el sur erigiendo imponentes torres de piedra a su paso; torres que continúan en pie hoy día, tan sólida resulta su estructura. Con el paso de los años, invasores se confundieron con invadidos, formando el pueblo que los griegos llamarían *Kόρριοι*, *corsos*, y vivieron en paz; pero la paz parece no tener lugar entre los peñascos de Kallisté, ya que poco después serían los pies de los iberos, los ligures, los fenicios, los griegos, los etruscos y los cartagineses los que hollarían sus costas perfectas. Como la doncella arrebatadora que paga el precio de su belleza, siendo pretendida por todos sin desear a ninguno, así las playas de Córcega atraían las naves de todas las civilizaciones del Mediterráneo. Fue esta la causa de que el pueblo corso se retirase a las montañas para luchar contra los invasores, y ya no las abandonaría jamás; ni las montañas ni la lucha.

El poderoso general romano Lucio Cornelio Escipión ocupó la isla en el año 259 antes de Cristo, para utilizarla en la guerra contra Cartago. A lo largo de los siete siglos que duró la dominación imperial, la isla de la Belleza se convirtió en refugio de veteranos de guerra, cristianos y exiliados, el más famoso de los cuales fue Séneca, que vivió allí durante diez años. La caída de Roma no mejoró la suerte de los corsos. Vándalos, godos, bizantinos, longobardos, árabes, francos y moros continuaron tiñendo de sangre la fina arena de sus playas durante la Edad Media. En el año 828, Bonifacio II, conde de la marca de Toscana, inició una campaña para expulsar a los sarracenos y anexionarse la isla; no se conseguiría por completo hasta cien años más tarde, pero la ciudad de Bonifacio, frente al estrecho del mismo nombre, todavía custodia el paso a Cerdeña. A la lucha entre toscanos y sarracenos siguieron las interminables luchas internas entre pequeños señores feudales de la marca de Toscana, que a punto estuvieron de terminar de desangrar Córcega por completo. En aquella época la isla fue dividida en dos partes —el Pomonte, en el suroeste, y el Cismonte, el resto de la isla—[\[20\]](#), división que quedaría marcada para siempre en la sociedad, la economía y el idioma de la isla.

Córcega cayó después bajo el dominio pontificio del papa Gregorio VII y de su lacayo el obispo de Pisa, de modo que el cargo de Primado de Córcega y Cerdeña sigue siendo ostentado por los arzobispos de Pisa hasta nuestros días; pero los genoveses, celosos de sus vecinos, tomaron la ciudad de Bonifacio a finales del siglo xii, iniciando una guerra de cien años que acabaría por dejar la isla en manos de Génova. Sin embargo, los genoveses no contaban con la investidura, por parte del papa Bonifacio VII, del rey Jaime II de Aragón como soberano del nuevo reino de Córcega y Cerdeña. La guerra entre genoveses y aragoneses duraría otros ciento

sesenta años, finalizando con la victoria de estos últimos; victoria pírrica como pocas, ya que la propia Génova caería en manos del duque de Milán, Francisco I Sforza. Durante los años previos a la ascensión de Sforza, el gobierno de la isla había recaído nada menos que en una entidad comercial y financiera: el Banco de San Giorgio. A la muerte del duque de Milán, solo dos años después, siguió un periodo de revueltas tan grandes, numerosas y sangrientas que ninguna autoridad tuvo el arrojo de asomar la cabeza por el interior de la isla durante más de cincuenta años. Tan solo las ciudades costeras quedaron bajo dominio italiano, hasta que los belicosos barones corsos fueron derrotados finalmente por el Banco de San Giorgio, debido, fundamentalmente, a su total falta de cohesión, ya que estos nobles peleaban entre sí con la misma ferocidad con la que hacían frente a los invasores. El poderoso banco comenzó entonces la minuciosa y muy laboriosa tarea de explotar y desvalijar la tierra de Córcega hasta el último cántaro de leche, promoviendo al mismo tiempo y con gran habilidad toda querrela o inicio de hostilidad entre las familias notables de la isla; familias a las que el banco había hecho perder incluso sus derechos de ciudadanía, llegando de este modo a provocar incluso varios conatos de guerra civil. Fue en esta época, mientras en el resto de Europa florecían la economía, las artes, las ciencias y la política bajo la iluminación del Renacimiento, cuando en Córcega se desarrolló hasta sus cotas más altas la cultura del bandolerismo y la *vendetta*, que echó raíces en las verdes tierras de Kallisté, tan profundas que permanecerían allí para siempre jamás. El azote de la peste, la hambruna y los piratas berberiscos sirvieron de abono para las semillas del embrutecimiento.

No fue hasta el siglo xvi cuando los franceses, que habían estado ausentes desde los tiempos de Carlomagno, volvieron a plantar sus botas de conquistadores en las playas de Córcega. Les acompañaba la flota turca de Solimán I el Magnífico, cuyos soldados masacraron sin piedad a todos los habitantes de la ciudad de Bonifacio, que, tras un larguísimo y heroico asedio, se había rendido a condición de que se respetasen las vidas de sus habitantes. Por supuesto, el emperador Carlos I de España y V de Alemania no podía dejar el corazón del Mediterráneo en manos del Imperio otomano, por lo que decidió invadir la isla junto a sus aliados genoveses. Las luchas entre franceses, españoles, alemanes, genoveses y corsos fueron tan terribles que redujeron a escombros lo que quedaba de las ciudades y fortalezas de la isla. Cuando se hubo asentado el polvo de tantas luchas, toda Córcega, a excepción de Bastia, había quedado momentáneamente bajo el dominio del ejército francés, entre cuyas filas se contaban numerosos mercenarios corsos. Uno de ellos, de grado coronel, se llamaba Sampiero di Bastelica; la historia le recordaría como Sampiero Corso.

La posterior paz de Cateau-Cambrésis volvió a dejar la isla de la Belleza en manos del Banco de San Giorgio, que se apresuró a violar el tratado de amnistía general para los corsos y a confiscar todos los bienes de quienes habían servido a los franceses, incluidos Sampiero di Bastelica y su esposa Vannina d'Ornano. Entonces el antiguo coronel mercenario inició la titánica labor de liberar Córcega del yugo genovés, para lo cual trató de aliarse primero con Catalina I de Médicis y con Cosme I de Médicis después. Fracasados sus intentos con los toscanos, trató de entablar alianza con los Farnesio de Parma, oferta que fue igualmente declinada por estos. No dándose por vencido, consiguió hacerse con credenciales diplomáticas francesas y viajar hasta Constantinopla para suplicar ayuda al sultán, a cambio de convertir Córcega en república otomana; tal era la determinación del antiguo coronel mercenario y sus compañeros corsos por ejecutar su *vendetta* contra los traicioneros genoveses. Sampiero regresó a Francia tras fracasar

en su intento de aliarse con el sultán; fue entonces cuando supo de los intentos clandestinos de su esposa Vannina para llegar a un acuerdo con los gobernantes de Génova, con el fin de lograr la restitución de sus feudos personales. Encolerizado por aquella traición, el de Bastelica regresó a Córcega, dio muerte personalmente a su fiel amigo Pierre-Jean Calvese, al que había encomendado el cuidado de su esposa, y estranguló a Vannina d'Ornano y a sus dos damas de compañía, reivindicando dichos homicidios como delito de honor para eludir la justicia francesa.

Unos meses después, en junio del año 1563, Sampiero di Bastelica desembarcaba junto con un puñado de leales en el puerto de Propriano, dispuesto a escribir el que, a la postre, se convertiría en uno de los capítulos más sangrientos de la historia de Córcega. Fueron cuatro años de guerrillas, atentados, quema de cosechas, saqueos y pillajes incontrolados, de carnicerías inenarrables, de poblaciones enteras reducidas a rescoldos humeantes impregnados con el hedor de la carne quemada. Hubo familias en ambos bandos que fueron perseguidas y exterminadas, hombres, mujeres, niños y ancianos, hasta el punto de que sus apellidos se perdieron para siempre en la noche de los tiempos; tal era el horror de la ley de la *vendetta* llevada hasta sus más extremas consecuencias. Fueron cuatro años de traiciones, de infamias, de chivatazos, de cambios de bando, de paranoia, de equívocos irreparables y ajustes de cuentas erróneos; cuatro años durante los que el precio de una vida en Córcega, donde nunca había cotizado muy alto, alcanzó mínimos históricos. Vivir o morir podía ser cuestión de una mirada desafortunada.

Para tratarse de un hombre que había pasado los últimos años lejos de su patria, Sampiero supo organizarse en un lapso sorprendentemente corto, pues en poco tiempo se había puesto al frente de más de ocho mil hombres. Jamás en la vasta historia de guerras y guerrillas de Córcega habían seguido tantos corsos a un solo hombre. Se trataba de una causa que llevaba perdida desde hacía miles de años: la libertad de Córcega, la dignidad de una nación cuyos habitantes viven y mueren bajo la ley del orgullo. Los genoveses supieron reaccionar a tiempo. Por cada corso que se unía a Bastelica, otro era azuzado en su contra por los de la Serenísima República; por cada golpe sangriento asestado contra la estructura del gobierno de ocupación, una familia afín a los independentistas era masacrada de manera horripilante; por cada edificio genovés que ardía, una aldea era quemada hasta los cimientos. Ambos bandos lucharon ininterrumpidamente durante cuatro años con una ferocidad inusitada, nacida de un odio visceral; un odio con raíces tan profundas que ni la sangre de todos los hombres de Córcega y Génova juntos parecía capaz de saciar, tan enorme era su macabra sed. Finalmente, un grupo de familiares de Vannina d'Ornano, pagados con monedas acuñadas en Génova, consiguieron coger a Sampiero di Bastelica desprevenido. Su cabeza fue cercenada y llevada hasta el palacio del gobernador, pero su leyenda, la del primer y más idolatrado héroe de Córcega, no moriría jamás. El nombre de su asesino, Vittolo, llegaría hasta nuestros días a través de la lengua popular corsa como sinónimo de *traidor*; más aún, del mayor y más despreciable de los traidores.

El jovencísimo hijo de Sampiero, Alfonso di Bastelica, demostró ser un digno hijo de su padre continuando con la lucha durante dos años más, pero carecía, si bien no de su indomable espíritu, del carisma y la experiencia de su padre. Se vio obligado a pactar la paz en abril de 1569; paz que duraría un siglo y medio, al que siguieron cuarenta años de una nueva lucha contra la ya no tan Serenísima y más bien decadente república ligur. ¿El detonante? Un decreto que prohibía a los corsos portar armas de ningún tipo; un agravio imperdonable a ojos de un pueblo para el que las armas formaban parte de su indumentaria. Fueron años en los que las voces de los corsos

resonaron por todas las montañas de la isla, entonando el *Dio ti salve regina* y, bajo sus acordes, se encomendaron a la Virgen María para conquistar su destino o su muerte de una vez para siempre. Fueron los años de Giacinto Paoli, Sebastiano Costa y Luigi Giafferi. Y también del pícaro barón Teodoro de Neuhoff, que sería lo suficientemente valiente como para tomarles el pelo a los más importantes líderes de la isla, y lo suficientemente hábil como para mantener el engaño y ejercer como monarca de la isla durante ocho meses, todo ello a base de repartir pintorescos títulos nobiliarios, inventados por él mismo, junto con enormes y vacías promesas. Llegarían después Valerio Matra, Ignacio di Venturini y el feroz Gian Pietro Gaffori, que, al igual que su predecesor Sampiero de Bastelica, cayó a manos de sicarios a sueldo de Génova. Fueron años en que las semillas del bandolerismo y la *vendetta* volvieron a prender con fuerza en la verde tierra de Córcega, donde siempre habían encontrado un terreno fértil, y durante los que se preparó la llegada del que sería el primer padre auténtico de la nación corsa.

Pasquale Paoli, un joven oficial al servicio del rey de Nápoles y futuro rey de España, Carlos de Borbón, se encontraba destinado en la isla de Elba cuando fue elegido como líder por los insurrectos. Tenía treinta años. Muchos franceses se mofan de los corsos por diversas razones; los corsos se ríen de los franceses porque estos se creen autores de la primera revolución liberal burguesa, la Revolución francesa de 1789. Esto es completamente falso. La primera auténtica revolución burguesa de Europa fue protagonizada treinta y cuatro años antes por un corso de tan solo treinta, duró catorce años, diez años más que la Revolución francesa, y además, ¿no fue precisamente un general corso el que acabó con la Revolución francesa? ¿No formó un imperio desde las cenizas de la revolución y estuvo a punto de postrar Europa entera de rodillas a sus pies?

Pasquale Paoli tuvo bien poco en común con su compatriota Napoleón; no era un gran general de campo, sino un líder ideológico nato cuyas dotes de mando no tenían nada que envidiar a las de grandes líderes como Robespierre, Washington, Garibaldi o Bismark. ¿Qué tipo de hombre podía haber sido capaz de ponerse al frente de una coalición tan inestable como la insurrección corsa y llevar a la isla desde la Edad Media hasta la Ilustración en un solo año? Paoli fue elegido general de la nación corsa junto al convento de San Antonio de Casablanca tres meses después de poner el pie en Córcega; casi de inmediato tuvo que librar una auténtica guerra civil contra los partidarios de Emanuele Matra, cacique de Aleria, que se había unido a sus antiguos enemigos mortales de la Serenísima República para acabar con el recién nacido Ejército de la Nación Corsa. Se encontraba este formado por poco más que una alianza mal avenida de isleños hambrientos, embrutecidos, ignorantes y harapientos, divididos en clanes gobernados por un puñado de caciques cuya cualidad más destacada era el salvajismo, dispuestos a rebanarse el cuello unos a otros por agravios tan antiguos como los bosques que habitaban. En combate, sin embargo, no había tropas más feroces. Matra fue sometido y desterrado en poco más de tres meses, aunque su familia y sus aliados seguirían hostigando a los de Paoli durante toda su vida, tal como dicta la ley de la *vendetta*. Por su parte, Pasquale Paoli tuvo la habilidad de aprovechar su primer triunfo para reunir a los suyos en Corte y promulgar la primera Constitución de Córcega, una de las primeras de Europa y que serviría de inspiración para la tan famosa Constitución de los Estados Unidos de América de 1787. La Constitución corsa fue tan innovadora y causó tanto revuelo en los salones de la Ilustración europea que el propio Jean-Jaques Rousseau aceptó la propuesta de Paoli para perfeccionarla, redactando personalmente un *Proyecto de constitución para Córcega* que no se

publicaría hasta 1764. Pero el brillante nacionalista corso no se detuvo ahí. Desarrolló un sistema judicial de gran dureza para atajar las rebeliones internas, ocasionadas por los numerosos clanes que no reconocían la soberanía del general, al que el pueblo conocería por el nombre de Justicia Paulina. También fundó, bajo el emblema de la Cabeza Mora, la primera flota corsa, así como el puerto militar de Isola Rossa, todo ello para romper el bloqueo genovés y proteger Calvi de los ataques de la república. Su tarea en el gobierno corso fue titánica y abarcó todos los campos, desde el ejército a la confesionalidad del Estado, pasando por la agricultura y el comercio. La primera moneda corsa se acuñó en el año 1762; siete años antes la base de la economía corsa continuaba siendo el trueque. Paoli convocó las primeras elecciones corsas de la Historia, cuyo objetivo era la elección del Consejo de Estado, órgano designado para gobernar la nación junto al general. Dichas elecciones se llevaron a cabo mediante sufragio universal; todos los corsos mayores de veinticinco años tuvieron derecho al voto, incluidos inmigrantes, mujeres y adeptos de todas las religiones; elecciones semejantes no se celebrarían en Francia hasta 1944, en España hasta 1933 y en Estados Unidos hasta 1965. No menos importante sería la fundación de la Universidad de Lengua Italiana, cuyo primer objetivo era el de educar a los líderes de la nación, la mayor parte de los cuales no eran capaces de hablar correctamente la lengua oficial del Estado, y mucho menos de escribir, ni en italiano ni en ninguna otra lengua.

Pese a tantas y tan graves dificultades, no sería faltar a la verdad el afirmar que en el año 1764 Pasquale Paoli se encontraba al frente de la nación más moderna, desde el punto de vista ideológico y político, del mundo entero; pero los sueños suelen durar poco tiempo en Kallisté, normalmente no más de lo que dura la siesta, y el sueño de la Córcega independiente de Pasquale Paoli terminó el día que la república en ruinas de Génova fue obligada a firmar el tratado de Compiègne. Dicho tratado establecía el envío de tropas francesas a la isla, supuestamente para apoyar la reconquista de Córcega por parte de la república; nada más lejos de los intereses galos que dejar la isla en manos genovesas. Al principio, el Ejército francés no se atrevió a pasar de las ciudades costeras, algunas de las cuales permanecían aún en poder de Génova, hasta que el duque de Choiseul, ministro de Luis XVI, se sirvió de un intermediario corso, el exiliado Matteo Buttafuoco, para sacar de escena al gobierno de Paoli mediante el soborno y la intimidación. Pasquale Paoli permaneció firme. Era un corso, y no cedería ante amenazas ni aceptaría gobernar en nombre de los franceses. Iría a la guerra.

Aquella guerra duró dos años y fue tan intensa como terrible. Al principio prevaleció el conocimiento del terreno de los de Paoli, que humillaron al ejército galo del marqués de Chauvelin en Borgo. El general demostró su grandeza de estadista liberando a gran parte de los prisioneros franceses, en lugar de matarlos como hubiese hecho sin duda Sampiero di Bastelica; sin embargo, Luis XVI respondió con el envío de un gran contingente de tropas apoyadas por numerosas baterías de cañones. A medida que los corsos perdían terreno, nuevos destacamentos de nativos pertenecientes a clanes contrarios a Paoli se pasaban al lado francés. A estos renegados poco les importaban la libertad ni la independencia; ayudar a la derrota de su viejo rival, al tiempo que se situaban en el bando ganador, era más que suficiente para ellos.

La derrota definitiva tuvo lugar el día 9 de mayo de 1769, en la misma provincia de Aleria donde había comenzado la guerra civil del 55. Allí, un reducido ejército corso cayó intentando defender el Ponte Nuovo, que cruzaba el río Golo camino de Bastia, ante un ejército francés mucho más numeroso, con gran superioridad artillera y apoyado por tropas renegadas. En aquella

batalla final, los corsos lucharon, fieles a su espíritu, con ferocidad y determinación, hasta mucho después de que toda esperanza de victoria se hubiese desvanecido. Europa entera tuvo que rendir admiración ante el valor de la nación corsa. La guerra de Córcega fue interpretada por célebres ilustrados como el primer desafío de la burguesía al Antiguo Régimen; el propio Voltaire escribiría acerca de la batalla de Ponte Nuovo, viendo en el bando corso el paradigma del heroísmo y la reivindicación libertaria, mientras que James Boswell llegó a comparar a Paoli con el legendario estadista espartano Licurgo. A pesar de tales reconocimientos, el general se vio obligado a exiliarse a Londres; su secretario, Carlo Maria Buonaparte, acabaría por rendir la resistencia poco después. En aquella época, nadie hubiese podido augurar el papel que el hijo de Carlo Maria, nacido tres meses después de la derrota de Ponte Nuovo, desempeñaría en la historia de Francia.^[21] El Partido Francés liderado por el astuto conde de Marbeuf no tardó en acabar con todas las reformas realizadas por Paoli. De ese modo, el absolutismo centralista regresó a Córcega, acabando a su paso con las asambleas democráticas y la prosperidad comercial de las ciudades costeras, e instaurando en su lugar una nueva casta gobernante nobiliaria, a base de repartir títulos por doquier entre la oligarquía local. El Banco de San Giorgio recuperó su antiguo feudo costero, al tiempo que el nuevo sistema fiscal sumía al pueblo corso en una de las mayores hambrunas conocidas en la isla. El movimiento paolista, nutrido por los centenares de campesinos expropiados y hambrientos, se refugió en las montañas para seguir con la resistencia, por lo que fue acusado de bandolerismo y bandidismo, y reprimido a sangre y fuego por el régimen de Luis XVI. En el año 74, decenas de campos y aldeas fueron incendiados y arrasados por las tropas del infame mariscal Narbonne: aquellos rebeldes que no fueron ejecutados sobre el terreno o encarcelados de por vida acabaron desterrados, enviados a morir a las prisiones de la fronteriza ciudad de Toulon.

Pero el pueblo corso jamás olvida una *vendetta* pendiente, y su oportunidad de saldar cuentas surgió el 14 de julio de 1789, día en que el marqués Bernard-René de Launay fue asesinado a manos de los revolucionarios burgueses en París, concretamente, en la fortaleza de la Bastilla. La ira del pueblo corso, alimentada por años de abusos, asesinatos y represión, cayó sobre las tropas leales al rey con tanta fuerza y tan sangrientos resultados que el amedrentado monarca trató de ceder Córcega de nuevo al reino de Génova. Tal era el miedo que le inspiraban los vengativos corsos.

Pasquale Paoli retornó triunfalmente a su patria un año después de la toma de la Bastilla, tras haber sido recibido calurosamente en París por Robespierre, por Lafayette e incluso por el mismísimo Luis XVI. Paoli fue nombrado de inmediato comandante de la Guardia Nacional y presidente del Directorio del Departamento de Córcega; sin embargo, la presencia del padre de la patria corsa no fue suficiente para llevar la paz a la isla. Paoli se había alineado con los girondinos, mientras que los Bonaparte y otras figuras preeminentes de la isla, como Antoine-Christophe Saliceti, lo habían hecho con los jacobinos.^[22] El enfrentamiento entre ambos acabó degenerando en la emisión por parte de la convención jacobina de un decreto de arresto contra Pasquale Paoli, en el que le acusaban de colaboración con el enemigo. El ya anciano padre de la patria corsa y sus partidarios respondieron atacando abiertamente a los jacobinos, incendiando la casa familiar de Napoleón Bonaparte y declarando la secesión de Francia por parte de Córcega, para lo cual acudieron al eterno enemigo de la Corona francesa: el reino de Inglaterra.

La Armada británica, al mando del renombrado almirante Nelson, se hizo con el control de la

isla en pocos días. La estancia de los ingleses sería igualmente fugaz: tan solo dos años más tarde, tras graves enfrentamientos con Paoli y sus partidarios, abandonarían definitivamente el ingobernable territorio corso para dejarlo en manos de la Francia imperial. Para entonces, las gentes de Córcega habían perdido ya toda esperanza de instaurar un gobierno bajo el que vivir en paz.

La insurgencia, los enfrentamientos con la autoridad del Directorio, el bandolerismo y el derramamiento de sangre continuaron durante los años y décadas siguientes, hasta mucho después de la caída de Napoleón, el alzamiento del Segundo Imperio y la caída de este. Durante aquellos días, Córcega, cuyos habitantes desconocen en su mayoría la lengua francesa, cada vez está más aislada y encerrada en sí misma, mientras que la aversión de los franceses por Córcega sigue creciendo hasta el punto de que un joven diputado radical, el futuro presidente Georges Clemenceau, llega a proponer la devolución a Italia de la isla ante la Asamblea Nacional. El violento racismo anticorso sembrado por radicales y republicanos durante aquella época llegaría a echar profundas raíces en la patria francesa, raíces que perdurarían hasta nuestros días.

Famélica, asfíxiada y devastada tras años de guerras, la isla de la Belleza pasó los años siguientes sumida en una profunda crisis. Sus cansados ojos vieron pasar a la revolución industrial de puntillas por sus tierras, y al siglo xx entrar con la promesa incumplida del ferrocarril de Gustave Eiffel, para pronto castigar a sus gentes con el horror de una Primera Guerra Mundial a la que los corsos, carentes de los derechos que protegían a las familias francesas, eran enviados a morir por millares para mayor gloria de la nación gala. Se calcula que un diez por ciento de la población de la isla murió en los campos de batalla de la Gran Guerra, mientras que otros muchos emigraron a las colonias huyendo de la guerra, la miseria y el hambre.

Para Córcega las cosas no mejoraron mucho después del final del conflicto, en 1919, como tampoco lo hicieron tras el alzamiento de las potencias del Eje, la caída de París y la ocupación de la isla por las fuerzas de Benito Mussolini. Los guerrilleros corsos de la resistencia lucharon ferozmente contra las fuerzas de ocupación y, tras el final de la Segunda Guerra Mundial, siguieron luchando en la eterna guerra por la libertad de su patria. En esta ocasión no lo harían bajo la bandera de la resistencia maqui, sino bajo las siglas de organizaciones como la ARC, el FPCL y la más célebre de todas, el FLNC.[\[23\]](#) Iniciada con palos y piedras en sus playas, miles de años atrás, la lucha por la independencia de Córcega continuaba con explosivos en las calles de sus ciudades en plena década de los noventa.

* * *

Santiago siguió absorto en sus recuerdos durante varios kilómetros, ya que Angélique parecía haber desistido de intentar trabar conversación con él, pero sus sentidos estaban afilados por años de supervivencia en un mundo que no perdonaba errores. Cierta Citroën Xsara color gris llevaba demasiado tiempo asomándose a su espejo retrovisor.

—Despierta, Domenico, creo que tenemos invitados sorpresa —dijo—; y usted agárrese, señorita.

—No estaba dormido —respondió Domenico.

Matesanz no se sorprendió; ya había sospechado que el corso era el tipo de hombre que no se dormía fácilmente. El manos libres del coche emitió una serie de tonos al ser manipulado;

enseguida se escuchó la voz de Paul-Marie Ricare, distorsionada por efecto del teléfono.

—Dime.

—Vamos a tener que separarnos, Paul. No estoy seguro, pero creo que tenemos pegado un Xsara gris. Tú sal por el siguiente desvío, yo voy a intentar perderlo.

Su voz sonaba fría y relajada, aunque interiormente estaba más que tenso; sabía lo que tendría que hacer si no conseguía despistar al ocupante del coche gris, algo que se había prometido a sí mismo no volver a hacer jamás. Al otro lado del teléfono, la voz del curso tardó en contestar.

—No te preocupes, Santi, el de ahí atrás es un amigo. Querían ponerte un examen para ver si seguías fino. Ya sabes cómo es Ghera.

—Sí, vaya si lo sé.

Angélique sonreía con sorna desde el asiento de al lado.

—Oye, que estás aprobado con nota, ¿eh? —Ricare pretendía ser mordaz, pero ya no tenía con quien. Santiago había colgado el teléfono.

XVII

Rigobert Deschamps maldijo para sí; la lluvia le había estropeado el cigarro. Estaba siendo una semana de mierda. Dejó caer el pitillo en el suelo encharcado y escupió para quitarse el sabor a papel húmedo. El salivazo fue a dar en un charco, justo en mitad de su propio reflejo. Las ondas distorsionaron la figura de Rigobert produciendo un extraño efecto cromático, sin duda debido a los restos de gasoil que impregnaban el asfalto todo en derredor.

Había perdido la cuenta de las tardes de lluvia que había pasado empapándose a la entrada del viejo embarcadero; aquella, sin embargo, resultaba especialmente hermosa. El sol trataba de abrirse paso entre las nubes como un pez brillante bajo la superficie de un mar de algodón, creando una atmósfera casi mística en el ambiente. Las gotas de lluvia caían perezosamente, medidas por la brisa marina, y su contacto era cálido, tanto que hubiese podido prescindir del ajado impermeable de color amarillo chillón. Un pálido arcoíris se perdía en el horizonte; de no haber sido porque la brisa traía el olor penetrante de aquel agua aceitosa que brillaba con tonos malsanos alrededor del muelle, pensaba Deschamps, estaría disfrutando de aquella tarde de guardia..., incluso a pesar de que estaba siendo una semana de mierda.

El sonido de un motor en la lejanía puso al vigilante en alerta, pero enseguida se relajó de nuevo, ya que a medida que el poderoso rugido se acercaba, haciéndose ensordecedor por momentos, quedaba más claro que solo había un sujeto lo suficientemente chiflado como para conducir a tal velocidad sobre aquel asfalto desgastado, encharcado y salpicado por doquier con manchas de aceite y gasoil. Rigobert pudo distinguir la figura del motorista saliendo de la última curva y dirigiéndose hacia él. En lugar de decelerar, la motocicleta seguía ganando velocidad, enfilando directamente hacia la portilla con un estruendo insoportable. La estupefacción primero, y el temor después, se dibujaron en la cara del matón, que trató de apartarse torpemente del camino de la moto al tiempo que deslizaba una mano hacia la cinturilla de su pantalón.

—¡Para, jodido chiflado! —chilló.

En el último segundo, la moto frenó bruscamente. Describió una curva vertiginosa y fue a clavarse, derrapando, a un palmo de los pies de Rigobert, que resbaló y cayó pesadamente hacia atrás bajo una lluvia de agua sucia y gravilla, proveniente de los neumáticos de la poderosa motocicleta.

—¡Hijo de puta! ¡Te voy a matar! —gritó.

Intentó incorporarse apoyado en la mano izquierda mientras apuntaba su arma al motorista con la derecha. Por toda respuesta, el recién llegado desplegó la pata de cabra de su Kawasaki de mil centímetros cúbicos, descendió tranquilamente y, con la misma parsimonia, se quitó el casco.

—¿Te gusta mi moto nueva? ¿A que es guapa? —Lauda sonreía enseñando sus dientes grandes,

irregulares y amarillentos.

—¡Eres un jodido chiflado, Lauda!

Deschamps seguía sosteniendo la pistola, pero ya la había bajado.

—Eso ya me lo habías dicho antes, pero con otro tono de voz. Más bien algo así como... ¡Para, jodido chiflado!, ¡para, por favor, por favor, no me atropelles! —Imitaba la voz chillona y llorosa de una colegiala. Acto seguido, comenzó a reírse de manera histérica.

El veterano matón no sabía si estaba puesto de coca o era la adrenalina de la velocidad lo que le afectaba; decidió que probablemente eran las dos cosas. Guardó su arma en el costado y, sin perder a Lauda de vista, comenzó a abrir la herrumbrosa portilla de acceso al embarcadero. Las bisagras dejaron escapar un largo y agudo lamento.

—No me mires así, amigo mío. —El motorista le propinó un par de cachetes amistosos en la redonda mejilla—. ¿Quieres matar a la gallina de los huevos de oro? —Y continuó hacia el embarcadero, riendo escandalosamente.

Deschamps le vio alejarse con la rabia corroyéndole las entrañas. Era un palmo más alto que Lauda y tal vez unos veinte kilos más pesado; aun así, sabía que no tenía ninguna posibilidad contra él. Aquel cabrón poseía una musculatura de acero y, definitivamente, era un psicópata.

Lauda saludó alegremente a los dos chicos que estaban a la entrada del edificio de oficinas junto al muelle.

—¿Cómo va eso, Leví? François...

—El jefe quiere que te cacheemos, colega —respondió Leví.

Era un chico risueño de unos veintiocho años, de color, peinado con aquella especie de trenzas pegadas al cráneo que tan de moda estaban entre los afro-franceses, de perilla recortada y ataviado con una chupa de cuero. Su compañero sería un par de años o tres mayor, pero aparentaba muchos más, bastante más serio, la cara curtida por la vida de marinero, más corpulento y de vestimenta bastante más conservadora. Lauda los conocía a los dos y le caían bastante bien, así que levantó las manos y se dejó cachear por Leví. Mientras tanto, dedicó una mirada burlona a un cristal espejado del segundo piso; sabía que su jefe común los espiaba desde el otro lado.

Leví se guardó la automática Smith & Wesson del 44 mágnam que encontró en la parte posterior de la cinturilla del pantalón del recién llegado, abrió la puerta y le dejó pasar. Este entró en el edificio seguido de François, y pocos segundos más tarde cruzaban la puerta de un despacho del segundo piso.

Gerard Martin estaba a punto de cumplir los sesenta años, pero nadie lo hubiese dicho por su aspecto. Alto y esbelto, de hombros anchos, extremidades robustas y vientre firme, vestía siempre de manera impecable —americana, chaleco y corbata constituían su uniforme de rutina—; uñas, cabello y bigote igual de bien cuidados. Caminaba siempre tan erguido, a pesar de su edad, que echaba la cabeza un poco hacia atrás, lo cual, unido a su casi metro noventa de estatura, hacía que sus ojos se inclinasen siempre hacia abajo al hablar con la gente, lo que le dotaba de cierto halo de superioridad. Su aspecto contrastaba poderosamente con el de su socio y mano derecha, André Lafayette. De constitución endeble y barriga prominente, Lafayette tenía una nariz larga y picuda sobre la que siempre se apoyaban unas gafas sin montura de cristales redondos. Se estaba quedando calvo y, a pesar de que no era mucho más bajo que Gerard, su postura permanentemente encorvada disminuía su estatura. También gustaba de usar ropa cara, pero carecía de la elegancia

natural de su socio. No obstante, aquellos que le conocían bien, como era el caso de Lauda, sabían que detrás de aquellos ojillos diminutos se ocultaban una astucia y una crueldad sorprendentes; incluso Martin era consciente de la preeminencia intelectual de su socio. Gerard, no obstante, se comportaba en todo momento como el amo indiscutible, actitud que no disgustaba en absoluto a André, quien prefería la comodidad de un segundo plano.

—¡Joder, Gerard!, ¡ahora cacheamos a los amigos! ¿Esto qué es?, ¿un aeropuerto o qué?

Martin clavó una mirada gélida en su subalterno desde detrás de su opulento escritorio. Estaba acostumbrado a que todos le trataran de señor Martin y, si bien Lauda siempre había sido decididamente rebelde, en los últimos tiempos su insolencia había alcanzado cotas insospechadas.

—Ahora mismo vas a explicarme qué cojones hacías con los Leclerc en París y por qué ahora están en el depósito.

Hablaba con la cólera fría y directa que le caracterizaba, pero su supuesto subalterno permanecía allí, de pie, con una sonrisa despectiva grabada en su rostro imperturbable.

—Lo que yo haga o deje de hacer es cosa mía. Yo no tengo por qué darte explicaciones, payaso. —Dicho esto, escupió sobre el escritorio.

Lauda casi tuvo que reprimir una carcajada al ver la cara con la que le miraba André; jamás le había visto los ojos tan grandes. Martin, por su parte, se quedó literalmente con la boca abierta durante un segundo. Pasado este lapso, se levantó de un brinco con el rostro descompuesto por la ira.

—¡Se te acabó la juerga! ¡Bastardo de mierda!, ¡gilipollas!

Estaba fuera de sí, echando espumarajos al gritar. Era la primera vez en muchos años que era insultado de aquella manera, y no estaba dispuesto a permitirlo. Chasqueó los dedos y señaló a François primero y a Lauda después en rápida sucesión; enseguida sintió una sensación de euforia. Hacía tiempo que necesitaba una excusa para liquidar a aquel psicópata, y él mismo acababa de dársela. Por muy respetado que fuese entre los chicos, todos entenderían que se le había ido la cabeza definitivamente. Para su sorpresa, el psicópata sacó una automática de debajo de su chupa de motorista, una Smith & Wesson del 44. Gerard miró hacia la puerta buscando una explicación y se encontró con que François, su fiel guardaespaldas, apuntaba su arma directamente a la cabeza de André, cuyo semblante se había transformado en una auténtica máscara de perplejidad.

—Lauda... —comenzó Gerard con voz temblorosa.

—Cállate. Este negocio ya no es tuyo, ya no tienes hombres; ahora es todo mío. Ya no nos hacen falta tus moros de mierda ni tus maderos, métetelo todo por el culo.

Estrelló su arma contra la nariz de Martin. Un espeso torrente de sangre manó de la fractura tiñendo de rojo el cuero de la chupa de Lauda, al tiempo que Gerard daba con sus huesos en la pared a su espalda y se derrumbaba. Trató de ponerse en pie, pero su agresor ya había saltado por encima de la mesa y le había agarrado por el cabello engominado de la nuca. Una y otra vez, con una velocidad y una violencia aterradoras, golpeó la cabeza de Gerard contra el canto de la mesa, que en pocos segundos se cubrió de sangre casi por completo. Incluso François parecía horrorizado. Trató de detener a Lauda, pero este le golpeó de revés con la mano del arma y le derribó. Para cuando hubo terminado la faena, la cabeza de Martin había perdido su forma original.

François, que había observado los instantes finales de la dantesca escena desde el suelo, se incorporó; la sangre manaba abundantemente de una brecha abierta en su pómulo derecho.

—Me dijiste que no lo ibas a matar —dijo.

Lauda respiraba agitadamente. Se giró con lentitud para clavar sus ojos en los de François y comenzó a avanzar hacia él, pero este no se movió ni apartó la mirada.

—¿Quieres ir con él?

El guardaespaldas apretó los dientes, las aletas de su nariz se hincharon repentinamente.

—¿Y tú, puto psicópata? ¿Dónde quieres ir tú?

El supuesto psicópata abrió mucho los ojos, justo antes de mostrar una sonrisa feroz. Agarró afectuosamente la cara de su asociado con ambas manos, una de las cuales sostenía aún la Smith & Wesson.

—¡Tienes cojones, Franchi! ¡Tienes unos cojones como armarios! —Pegó su frente a la de François y zarandeó su cabeza ligeramente, antes de soltarla y dirigirse hacia la puerta—. ¡Por eso vamos a ser los amos de la puta madre Francia, Franchi! —gritó—. ¡Porque tenemos más cojones que nadie, y vamos a ser los putos amos!

Ya había llegado hasta la puerta cuando se detuvo en seco y levantó la mano que empuñaba el arma.

—Por cierto... —musitó.

Se giró de nuevo en dirección a André Lafayette, que permanecía de pie, sin moverse, junto al escritorio; en el mismo lugar en que se encontraba cuando había entrado Lauda. Fue todo un solo movimiento, rápido y firme: estirar el brazo, apuntar y disparar. André Lafayette cayó violentamente hacia atrás. La bala había atravesado su frente.

—Hacedme un favor, compañeros —dijo mientras hacía desaparecer de nuevo su semiautomática en el interior de la chupa de motorista, sin referirse a nadie en particular—, limpiad toda esta mierda.

Y salió por la puerta.

XVIII

Cristian Toader miró su reloj por enésima vez en los últimos veinticinco minutos. Su cita se retrasaba, algo que no era habitual. Sacó un paquete de Kent del bolsillo interior de su gabardina y prendió otro cigarro mientras miraba a su alrededor. Siempre le había gustado la inmensidad del parque Herăstrău, ya desde los tiempos en los que se llamaba Parcul National. Cuando Cristian era un tierno infante, había encontrado una gran paz en el silencio, la exuberancia de las copas de los árboles y la serenidad de la superficie del lago, sobre todo, durante las horas nocturnas, cuando apenas había transeúntes y no se divisaba una sola embarcación lacustre.

Una encorvada figura vestida de negro apareció tras uno de los recodos del camino. Él apuró el cigarrillo; tenía que ser su cita. Efectivamente, la mujer, que aparentaba unos setenta años, se detuvo junto al banco que ocupaba Toader y le dirigió una inclinación de cabeza.

—¿El señor Carol?

—En efecto. —El seudónimo tenía su origen en el de otro de los antiguos nombres del parque: Parcul Carol II—. ¿La señora De la Viña?

—Así es.

La mujer tomó asiento en el banco con cierta dificultad; Toader se fijó en el cansancio que reflejaba su rostro.

—Espero no haberle hecho caminar demasiado. Es un parque grande, pero debe entender usted que la discreción es fundamental.

—Por supuesto —respondió la mujer al tiempo que pasaba un sobre marrón tamaño folio a su interlocutor.

Cristian Toader miró a su alrededor una vez más antes de inspeccionar su contenido. Lo primero que vio fue la foto de un apuesto joven moreno de unos treinta años.

—Tiene que desaparecer antes del día 24 del mes próximo —dijo ella—. Es la fecha en la que el desgraciado pretende contraer matrimonio con mi hija.

—No son necesarios los detalles, señora. Si toda la información que le pedí está aquí, mañana o pasado nos pondremos en contacto con usted para completar la primera transacción. —Toader inspeccionaba concienzudamente los documentos—. El individuo reside en España, por lo que veo.

—Sí, en Marbella. Allí viven los dos y allí piensan casarse; bien sabe Dios que no voy a permitirlo. —Un frío tono de odio teñía la voz de la mujer.

Su interlocutor le dedicó una ligera sonrisa al tiempo que dirigía su ojo sano hacia los de la anciana. El otro, el que era de cristal, permaneció inmóvil mirando hacia la inmensidad del parque.

—Es deber sagrado de todo padre velar por la felicidad de sus hijos. —Cerró el sobre, lo guardó en el interior de su gabardina doblándolo y se levantó—. Permítame acompañarla hasta la calle —dijo mientras hacía el ademán de ayudar a la anciana a levantarse.

La señora De la Viña rechazó el ofrecimiento con un gesto de la mano y, no sin cierta dificultad, se incorporó por sí sola. Caminaban hacia la salida del parque por uno de los senderos que discurren a orillas del lago cuando unos adolescentes pasaron a toda velocidad en sus monopatinés, gritando y riendo. Cristian Toader apartó a la anciana de su trayectoria con un rápido ademán para impedir que la atropellasen. Aún tuvo tiempo de increpar a los jóvenes desde lejos; estos respondieron vociferando insultos, con la lengua pastosa por el alcohol y el hachís, mientras desaparecían camino adelante.

—Vea en lo que se ha convertido nuestra patria, señora mía. —Estaba rojo de ira—. ¡Democracia! —escupió—. En tiempos del Conducător,[\[24\]](#) esos niños no se habrían atrevido a mirar a la cara a sus mayores sin permiso, y ahora...

—Los tiempos cambian, señor Carol —respondió la mujer—. Los jóvenes de hoy en día se creen con derecho a hacer lo que les venga en gana. Por suerte todavía hay cosas que los viejos podemos hacer al respecto.

Él clavó de nuevo su ojo sano en el semblante de la mujer; había una nota cruel en la voz de aquella señora que desmentía la aparente fragilidad de su rostro.

—No lo dude, señora mía. No lo dude.

Una media hora después Cristian Toader llegaba a su domicilio: un desvencijado caserón de dos plantas en las inmediaciones del Bulevardul Dinicu Golescu. El jardín crecía descuidadamente, tratando de invadir la calle a través de la verja exterior y de asaltar la primera planta trepando por las paredes grises y sucias del caserón. El hombre colgó la gabardina en el recibidor y fue directamente a su oficina de la planta baja. Un zumbido inundó la vieja sala al arrancar el ventilador del ordenador mientras Toader, tras encender otro Kent, comenzaba el intrincado protocolo de comunicación con su agencia. Dado que el objetivo estaba ubicado en España y el trabajo debía realizarse allí, las normas le obligaban a poner el encargo en manos del contratista correspondiente; a partir de ahí sería el español el que se ocupase de todo, mientras que Cristian serviría solo de contacto con la clienta.

Poner la operación en marcha le llevó cerca de una hora y otros tres cigarrillos; una vez concluida su tarea, ya no podía hacer nada más hasta que el contratista de España se pusiese en contacto con él. Apagó el ordenador y se sirvió un vodka con hielo. Los crujidos chirriantes de la vetusta madera le acompañaron mientras subía las escaleras para dirigirse a su dormitorio.

Una hora más tarde, la ventana de la sala de estar se abrió sin hacer ruido. Una sombra se deslizó a través de ella hacia el interior, cerró de nuevo la ventana y salió al pasillo en el más absoluto de los silencios. Elena Siwak se había infiltrado en muchas moradas ajenas, pero pocas veces le había resultado tan fácil. Seguir al señor Carol después de despedirse de él a la salida del Parcul Herăstrău había sido un juego de niños; el hombre había hecho todo el trayecto a pie, dando apenas un pequeño rodeo y parándose solo un par de veces, de manera muy previsible, para mirar a su alrededor. El caserón estaba en una calle oscura y solitaria, la verja era insultantemente fácil de saltar, y la frondosidad del jardín había resultado ideal para ocultarse mientras forzaba la amplia ventana de la sala de estar. El modelo del cierre de aquella ventana era muy viejo; Elena había perdido la cuenta de cuántos como aquel había abierto sin más ayuda que un alambre y una

lima plana. Su arsenal de herramientas había evolucionado mucho desde entonces; los avances tecnológicos siempre eran de gran ayuda.

Se deslizó hasta la habitación donde había visto la luz encendida y vio el ordenador. Todo parecía casi demasiado fácil, pensó, y por un momento temió haber caído en una trampa. Instintivamente su mano se deslizó hacia la Makarov 9x18 que llevaba en la axila y contuvo la respiración. Casi esperaba ver al contratista o a una banda de sicarios aparecer de la nada y abrir fuego contra ella, pero pasaron los minutos sin que se oyera un solo ruido y su pulso se normalizó de nuevo. Sin duda, el hombre dormía en el piso de arriba sin sospechar nada. Elena sacó un pequeño destornillador y comenzó a abrir la carcasa del módem conectado al ordenador del contratista.

Mientras caminaba regreso a casa, Elena Siwak pensaba en lo fácil que le había resultado todo. Hacía tiempo que conocía la forma de contactar con la agencia del señor Carol en Rumania, y este no podía haber sospechado nada; tanto su disfraz como su actuación habían sido perfectos. Solo restaba encontrar el lugar idóneo para ocultar el repetidor del microtransmisor que había instalado en el módem del contratista; después de todo, ¿qué necesidad había de hackear el ordenador cuando podía acceder directamente a toda la información enviada desde él? El repetidor no abultaba más que un teléfono móvil, tenía una autonomía de cuatro semanas y no era sensible a la humedad; cualquier árbol pequeño serviría para ocultarlo y, dado que no era época de poda, resultaba extremadamente improbable que nadie lo descubriese. Siempre podía sustituirse por otro dado el caso. Sin embargo, este pequeño éxito no la animaba. Por delante tenía una de las pruebas más difíciles de su vida; una que podía ser la última.

Tenía que abandonar a Radu.

Recordaba bien la primera vez que había visto a Radu Dumukrat. ¿Cómo habría podido olvidar aquellos ojos? De no haber podido distinguir el resto de su persona, Elena hubiese sido incapaz de asegurar si aquella era la mirada de un animal o la de un ser humano. Aquellos pequeños globos brillantes desprendían tal torrente de sensaciones primarias, un haz de emociones tan intenso que, durante un momento, incluso una mujer tan encallecida como era Elena Siwak se había quedado helada.

Rabia, miedo, crueldad, incertidumbre y, sobre todo, odio; era como si un aura de odio flotase alrededor de aquel muchacho moreno y escuálido que se movía de una manera tan furtiva como etérea, con la ligereza de un bailarín y la cautela de un proscrito. Aquellos ojos inyectados en sangre, que parecían a punto de salirse de las cuencas, no paraban de ir de un lado a otro, vigilando celosamente cada rincón de la casa de los Siwak como si esperase que en cualquier momento surgiese un asaltante desde debajo de los muebles, o tal vez desde detrás de las cortinas. Sus manos, largas y delgadas, parecían tener vida propia, y evitaban concienzudamente el contacto con cualquier objeto de aquella casa, como si temiese que el mínimo roce pudiese hacerle daño. La primera vez que Elena Siwak vio a Radu, no pudo evitar sentir lástima por aquella criatura que apenas debía de haber cumplido los dieciocho años de edad. Lástima, mucha curiosidad y, aunque jamás lo hubiese reconocido ante nadie más que ante sí misma, cierta fascinación.

Había sido Mihai, su marido, quien había traído a Radu a su casa una tarde lluviosa de marzo. Una tarde lluviosa tan lejana que se perdía en la nebulosa de una semirrecordada vida anterior; la vida del matrimonio Siwak antes de que aquel muchacho irrumpiese en ella y la transformase para siempre. Por aquel entonces, Elena y Mihai llevaban casados alrededor de veinte años. Era el

final del régimen de Ceaucescu, y Mihai estaba cómodamente establecido como investigador *freelance* al servicio del régimen; un trabajo jamás reconocido ni registrado en ningún documento de índole alguna, aunque sumamente lucrativo. Mihai, que oficialmente cobraba un subsidio en compensación por la pérdida de su pierna izquierda trabajando para el Estado, en realidad se dedicaba a la caza por encargo de algunos de los muchos prófugos y enemigos del gobierno. Las causas por las que se encomendaba a Mihai la captura de dichas personas eran muy variadas. Entre ellas había ladrones, malversadores asesinos y violadores, pero también espías, prófugos políticos y personas con «ideas peligrosas». El único denominador común de todos ellos era que el Estado había fracasado en sus intentos de localizarlos, y donde los medios del Estado fracasaban frecuentemente, Mihai Siwak no había fracasado jamás. Trabajaba por su cuenta, sin rendir cuentas a nadie. Siempre conseguía entregar a su presa a las autoridades, ya fuese viva o muerta, y las recompensas siempre eran cuantiosas.

Elena, por su parte, ocupaba el cargo de ayudante para uno de los comisarios judiciales del Estado; cargo que, aparentemente, la obligaba a viajar mucho por todo el país, ausentándose con cierta frecuencia de sus oficinas en el palacio de justicia. La verdadera razón de estas ausencias tenía poco que ver con la praxis del derecho estatal. Mihai, aunque experto cazador de hombres, estaba impedido en parte por su minusvalía. Había ciertos aspectos del trabajo que un hombre amputado de una pierna no podía llevar a cabo; era su mujer la que se ocupaba de realizar dichas labores.

La casa que habitaba el matrimonio Siwak por aquel entonces, situada a las afueras de la ciudad, representaba un oasis de lujo en medio del desierto de miseria que era el Bucarest de finales de los años ochenta. Fue allí donde Mihai condujo a un joven y hambriento Radu aquella tarde de marzo, en que la lluvia azotaba furiosamente y el viento aullaba entre los callejones de la antigua ciudad. Elena no hizo preguntas, tampoco se interesó por el nombre del chico; de hecho, no llegaron a cruzar una sola palabra en toda la tarde. Ni siquiera una palabra de agradecimiento cuando le sirvió la cena, ni cuando le indicó dónde estaba el cuarto de baño, qué toallas podía utilizar para secarse o qué habitación le había preparado para que pasase la noche. El chico tampoco se dirigió a Mihai, que estuvo toda la velada hojeando el periódico desde detrás de sus gafas de pasta negra y fumando un par de pipas de hachís, como era su costumbre; el cannabis le ayudaba a mitigar el dolor de su muñón. Solo cuando el chico se hubo acostado, en el cuarto que Elena le había acondicionado en la planta superior, la señora Siwak descendió las escaleras para unirse a su marido en la sala de estar. Lo hizo despacio, acariciando la barandilla de madera tallada. El suave tacto de aquella barandilla siempre la había reconfortado, había expulsado de su corazón el frío de la chabola de Pârâu Îngust en la que se había criado... Un frío que la había asaltado súbitamente a través de los ojos famélicos de aquel muchacho.

Elena tomó asiento en el sofá de cuero junto a su marido. Este le pasó la pipa sin mirarla.

—¿Quién es? —dijo ella tras expulsar el humo de la primera calada.

—Se llama Radu Dumukrat —respondió Mihai—. Es el nieto de Django Dumukrat.

Elena clavó la mirada en su marido por primera vez aquella tarde. En su memoria volvían a la vida recuerdos dormidos durante mucho tiempo; historias contadas a media voz alrededor de una hoguera en gélidas noches de invierno, fábulas susurradas en la oscuridad del cuartucho pestilente en el que ella, su abuela y sus tres hermanas se apiñaban para pasar la noche. Exageradas fantasías relatadas por los chicos del poblado, los mismos jóvenes repulsivos que solían acabar intentando

meter la mano por debajo de su falda. Las leyendas de Django Dumukrat, Django el *mulobeng*.

—¿Y por qué está aquí?

De todas las preguntas con las que podía haber bombardeado a su marido en ese momento, aquella era la más obvia.

—Porque Radu Dumukrat —Mihai apartó la vista del periódico para mirar a su mujer por primera vez en las dos horas que habían pasado desde que llegara con el muchacho— es Dragos Barbulescu.

Elena se quedó muda durante un largo rato. Hacia más de diez años que llevaba los asuntos de Dragos Barbulescu, un dédalo de documentos tras los que se escondía una compleja trama de blanqueo. Fuertes sumas de dinero supuestamente heredadas por un huérfano rumano, enfermo del corazón, adoptado por un próspero naviero griego, Mateo Tsartaris. Un entramado de cifras que al final conducían a cuentas blindadas en Suiza, cuentas que en realidad estaban vacías. El dinero hacía años que había ido a parar a las arcas de los socios ilícitos de Tsartaris, los mismos que se habían adueñado de las empresas del naviero y las habían desmembrado para utilizarlas como lavadoras de dinero. Elena siempre había pensado que Dragos Barbulescu no existía, que era la creación de un puñado de criminales griegos que se habían aprovechado de la corrupción del gobierno rumano para blanquear su dinero. Llevaba años tramitando documentos de identidad e informes médicos falsos, aunque realmente no entendía muy bien por qué no habían «matado» a Dragos hacía tiempo. ¿Qué otro sentido podía tener insistir tanto en aquella dolencia cardiaca cuyo historial médico había que mantener vivo a base de sobornos? Pensaba que los griegos lo harían cuando necesitasen blanquear alguna gran cantidad en un solo movimiento. Aquel no era el único trapicheo que llevaba para su marido; Mihai debía varios favores.

—¿Va a quedarse? —preguntó finalmente—. ¿O solo ha venido a por sus papeles?

—No tiene a dónde ir. Su familia ha muerto, y ya sabes que en realidad no tiene nada.

—Tiene un apartamento en Atenas, ese sí que es de verdad, no como el dinero de Suiza —respondió Elena airada—. Que se vaya a ventilarlo un poco; debe de estar cayéndose a pedazos después de tantos años.

Mihai miró a su mujer con algo parecido a preocupación en los ojos.

—Sabes que hay muchas cosas que no puedo contarte, y que es por tu bien.

Elena se levanto del sofá.

—Sé que fuiste el tutor legal de un tal Dragos durante seis años; un chico enfermo y supuestamente rico cuyas cuentas en Suiza en realidad no tienen un céntimo —dijo dándole la espalda a su marido—. Un chico que, de repente, resulta ser nada menos que el nieto de Django el *mulobeng*, y que es mayor de edad. No sé nada más, no sé qué intereses tienes en él; ya no sé qué es verdad ni qué es mentira, quién existe solo en los papeles, quién es de carne y hueso ni quién más puede aparecer en nuestra casa mañana.

—No hay razón para que te alteres ahora.

Mihai parecía tan impasible como siempre, pero su mujer le conocía bien. Había una nota diferente en su voz, casi imperceptible, pero diferente; estaba tenso.

—Llevas muchos años diciendo eso —dijo Elena mientras comenzaba a subir las escaleras.

—Eso es cierto —contestó él—; también lo es que tú no has preguntado nada al respecto durante todos estos años.

Elena no había respondido. Sabía demasiado bien que aquello era cierto, que siempre le había

convenido aceptar la palabra de su marido y que había conseguido la vida que tenía gracias a ello. Pero durante aquella noche, mientras dormía sola en su gran cama, no pudo sacudirse la sensación de que estaba a punto de perder todo cuanto había conseguido. Apenas pudo conciliar el sueño, y cuando lo consiguió, fue tan solo para revivir viejas pesadillas del poblado de Pârâu Îngust. Volvió a sentir el hambre, el olor pestilente, el frío y, sobre todo, el dolor. Volvió a arderle la carne donde su padre había hundido su cinturón tantas veces, notó de nuevo sus botas hundiéndose entre sus costillas. Oyó de nuevo sus insultos: «¡perra desvergonzada!», «¡ratera!», «¡ladrona!». Jamás había soportado la miseria en la que vivía. Empezó colándose en las chabolas de las otras familias para sustraerles algo con lo que calmar el hambre de sus tripas, pero sus vecinos eran tan pobres como ella misma y a la pequeña gitana le fascinaban los vestidos y las alhajas que veía lucir a las chicas pudientes en las plazas de los pueblos los días de mercado, por lo que comenzó a introducirse en las casas de las aldeas que visitaba su clan y a robar. Ropas, collares, pulseras y sortijas, pero también jabón y agua de colonia. Pequeños enseres cotidianos como peines, tijeras de uñas y polveras eran como tesoros para ella, porque le repugnaba la suciedad y el aspecto hediondo de los habitantes de su pueblo. Llegó a ser buena, muy buena robando. Era capaz de trepar por los tejados, colarse a través de las ventanas superiores de una casa mientras la familia cenaba en el piso inferior, desvalijarlos y salir de nuevo sin que nadie se percatase de su presencia. Para su desgracia, los gitanos siempre habían sido blanco fácil; si una familia echaba en falta sus objetos de valor al día siguiente de que un clan de gitanos hubiese estado mercadeando por la zona, sabía bien a quién echarle la culpa.

Por supuesto, no era ella la única que robaba en su clan, pero sí la más ambiciosa, y para colmo, mujer. Sus correrías habían atraído la cólera de los aldeanos; por dos veces tuvo el clan que trasladar el poblado a causa de ello. La primera vez que descubrieron los robos de Elena su padre enloqueció de ira, solo la intervención del patriarca evitó que la matase de una paliza, pero la chica no aprendió la lección. Robar se había convertido en una adicción para ella; no era capaz de parar, a pesar de los castigos y las palizas, de modo que el patriarca del clan prohibió a los familiares de la chiquilla que la dejasen abandonar el poblado nunca más. Así fue como Elena conoció la desesperación de ser prisionera entre la miseria que tanto le repugnaba.

Llevaba cerca de un año de encierro el día que todo el clan salió a recibir a un visitante. No era raro en absoluto que llegasen individuos, incluso familias enteras al poblado, ya que los gitanos son gente nómada que rara vez permanece mucho tiempo en el mismo lugar; por eso a los recién llegados nunca se les acogía con mucho entusiasmo, sino más bien con indiferencia. Aquel día, sin embargo, todos salieron a dar la bienvenida al extraño, un hombre alto y robusto que caminaba apoyándose en un cayado; algunos incluso llevaban regalos de bienvenida.

—¿Quién es? —había preguntado Elena.

Su abuela la miró con gravedad antes de responder:

—Es un *mulobeng*.

Entonces no podía saber que estaba viendo a su futuro marido. Elena acababa de cumplir quince años, Mihai había cumplido los cincuenta y una granada le había arrancado media pierna durante los últimos días de la Segunda Guerra Mundial —aunque con su pierna protésica y su bastón se desenvolvía sorprendentemente bien—, pero todavía era un hombre fuerte y apuesto que no aparentaba mucho más de cuarenta años. Además, era uno de los últimos miembros de la estirpe legendaria de guerreros que había protegido al pueblo romaní de sus múltiples enemigos

durante siglos. La fascinación que Elena sentía por el *mulobeng* pronto se convirtió en amor. Mihai tampoco tardó en sentirse atraído por ella, y no solo porque fuese la chica más guapa del poblado; su valor, su ambición y su descarado fascinaron a un hombre que creía haberlo visto todo en la vida. Seis meses después de la llegada de Mihai, la pareja contrajo matrimonio por el rito gitano.

XIX

Encerrado en el baño de su habitación en un modesto hostel de la periferia marsellesa, Radu contuvo un grito de dolor al palpase la herida del costado. La imagen que le devolvía el espejo tampoco era muy halagüeña: había dejado de supurar, pero el color rosáceo a su alrededor, junto con el calor que desprendía, indicaba que la infección no había remitido por completo. Aunque ya no tenía tanta fiebre como en los días anteriores, todavía sufría ligeros mareos de vez en cuando, y se sentía débil, sensación que aborrecía.

Aplicó un ungüento de hierbas sobre la herida. El olor era nauseabundo, pero el asesino había puesto a prueba sus efectos en el pasado y, al igual que ocurría con todas las recetas ancestrales de los *mulobeng*, su eficacia era incuestionable. Aún no había terminado de colocarse el vendaje cuando oyó el zumbido de su teléfono móvil sobre la cama; solo había una persona en el mundo que conociese aquel número, y esa persona era Elena Siwak.

—Espero que sean buenas noticias —dijo nada más descolgar.

—Y yo espero muchas cosas. De momento creo que tengo el rastro de nuestro amigo, pero llevará algo de tiempo dar con él.

—No me dices mucho.

—Yo estoy trabajando en ello, bonito. ¿Qué has hecho tú?

—Ya no tenemos que preocuparnos por otras fuentes, trabajo más rápido que tú.

—Me alegro de que valgas para algo. ¿Puedo sugerirte que te pongas a trabajar en el encargo de nuestro amigo? Si no, empezará a ponerse nervioso.

—Eres la reina de lo obvio, ya estoy en ello. No me habrás llamado para nada, ¿verdad?

—No, querido mío. Te llamo para comunicarte que con esta última labor voy a dar por terminada nuestra relación comercial.

Radu permaneció en silencio durante unos segundos. Aunque había evitado pensar en ello desde su última entrevista, en el fondo de su mente sabía que su socia estaba planeando abandonarle, solo que jamás habría esperado que reuniese el valor suficiente. Radu sabía que no sería capaz de hallar al viejo chantajista por su cuenta; todavía necesitaba a Elena para eso.

—¿Te lo has pensado bien? —respondió finalmente.

—Te haré llegar el paradero de nuestro hombre en cuanto pueda. Los documentos que necesitas sabes dónde los tienes, no tocaré nada. Por lo demás, no volverás a saber de mí.

—Sabes que no será así, te encontraré.

—Que tengas suerte, querido.

El asesino escuchó con incredulidad el tono que indicaba que se había cortado la comunicación. Su socia, como era lógico, no le había dado opción alguna para que él la hiciese

cambiar de opinión. Ambos sabían que una vez tomada la decisión no había vuelta atrás. Si ella se hubiese echado atrás, él habría tenido que eliminarla; de haberse esfumado sin avisar, Radu habría comenzado a cazarla en cuanto una de sus llamadas no obtuviese respuesta. Ahora, sin embargo, tenía que elegir entre ir a por Elena antes de que se enfriase el rastro o tratar de resolver el asunto que tenía entre manos. A ella le convenía hacerle llegar el paradero del español, ya que tenía tanto interés como él en hacerle desaparecer. La mujer era lo suficientemente experta como para saber que no le convenía ir ella sola a por el chantajista; Elena Siwak era una buena espía, pero no una asesina, y en aquel momento era imposible adivinar cómo de peligroso podía resultar el tal Roland. Tampoco había nadie más en quien ella pudiese confiar para la tarea. De momento, se necesitaban mutuamente.

Radu se tumbó en la cama con cuidado. El ungüento había empezado a actuar ya, pero la herida seguía siendo dolorosa. Cerró los ojos e intentó respirar profunda y pausadamente; necesitaba poner sus pensamientos en orden.

Habían pasado ocho días desde la entrevista con el español; demasiado tiempo. Tenía que localizar al tal Galgani de inmediato o el chantajista se pondría nervioso. Por otra parte, la traición de Elena le había dejado en una situación doblemente comprometida. En primer lugar, no tenía forma de saber cuánta gente disponía de información acerca de sus actividades ni de hasta dónde llegaba tal información. Pudiera ser que con eliminar a Lothar Kemmler, Norberto Vidal y el viejo español pusiese fin al problema y pudiera ser que no, que hubiese más gente por el medio, tal vez incluso algún tipo de organización; apenas había encontrado dato alguno al respecto registrando la casa de Vidal. En segundo lugar, era su socia la que gestionaba la documentación y las finanzas de Dragos Barbulescu, con lo que se veía definitivamente obligado a romper con aquella identidad; cualquier intento de usar el pasaporte o acceder a la cuenta bancaria de su álter ego podía conducirle a una trampa, y no podía permitirse correr ese riesgo.

Metió la mano en el cajón de la mesita y sacó un fajo de billetes, todo el dinero que había podido reunir sin arriesgarse a levantar la liebre antes de salir de Bucarest. No era gran cosa. Afortunadamente, contaba con más recursos de los que Elena podía esperar. Sin que ella lo supiera, había ido desviando parte de sus ganancias hacia ciertas cuentas bancarias a nombre de un tal Franz Komensky; el inconveniente estaba en que no podía utilizar la identidad de Komensky sin visitar antes a un viejo amigo de Praga, y no tenía tiempo para otro viaje. Debería arreglarse con lo que tenía a mano.

Le incomodaba seguir utilizando la documentación de Virgil Tzuica. No solo había hecho ya dos viajes con su pasaporte, sino que además Tzuica era de Bucarest, al igual que Dragos Barbulescu; la conexión entre ambos no era demasiado fuerte, pero existía, lo cual ya suponía un riesgo mayor de lo que le gustaba asumir. Decidió seguir siendo Virgil hasta que encontrase algo mejor o hasta que apareciese el cuerpo de Norberto Vidal. Tenía controlada la prensa local de Oviedo vía Internet; el problema residía en que, tratándose de alguien como el Jaguar, tal vez las autoridades intentasen encubrir el hallazgo. No les resultaría fácil hacerlo, ya que serían los vecinos los que acabarían alertando a la Policía a causa del olor del cadáver. Radu había tomado medidas para que dicho olor tardase lo más posible en notarse fuera del apartamento, por lo que esperaba contar con un margen de tiempo razonable para cambiar de identidad.

El asesino consultó el reloj de su muñeca. La herida emponzoñada que le había infligido el uruguayo le pedía a gritos un par de días de descanso, pero tenía demasiado trabajo que hacer. Se

incorporó y sacó un paquete del interior de una bolsa de plástico. Era un tinte para pelo en cuyo envase podía leerse: «10 min. Color: tono castaño claro dorado».

* * *

Pasaban de las cuatro de la tarde cuando Radu llegó a la entrada de la residencia geriátrica Mont Sacré. No tardó en descubrir la azotea desde la que el Jaguar había disparado contra Galgani. El lugar parecía bastante bueno: una línea de visión clara y sin obstáculos cuya única pega era la orientación, ya que el sol pegaba de frente en la azotea durante toda la tarde. Alguien se las había arreglado para que la prensa apenas se hiciese eco del incidente, pero Elena le había conseguido información confidencial de los archivos de la Policía marsellesa. Aquel tipo de detalles eran los que solían comerse los beneficios de los contratos; disponer de cierta clase de información era tan importante como caro. Según el informe de la Brigada Criminal de Marsella, todo indicaba que había sido el reflejo en la mira lo que había alertado al guardaespaldas. Pero, viendo la orientación de la azotea, ¿cómo era posible que Vidal no hubiese utilizado una visera para la mira de su rifle? Era un error demasiado obvio. ¿Tan descuidado se había vuelto el uruguayo con los años? ¿Había subestimado a su objetivo?, ¿o tal vez había fallado aposta? ¿Lo había orquestado todo para echarle encima al español? La última opción parecía demasiado retorcida para que la hubiese planeado el Norberto Vidal que Radu había conocido, pero no podía quitarse de encima la sensación de que algo no cuadraba, de que no le habían elegido a él por la urgencia ni por la dificultad del trabajo. Tenía que haber algo más. Fuese que el viejo Jaguar había elegido terminar su carrera enfrentándose a su antiguo pupilo o fuese algo más complicado, el asesino estaba seguro de que algo se le estaba escapando.

Mientras se dirigía hacia la entrada principal de Mont Sacré, el asesino hizo un esfuerzo por despejar su mente, olvidarse de todo lo demás y concentrarse únicamente en la tarea que tenía por delante. El patio exterior de la residencia llamó su atención mucho antes de llegar a él: tanto el césped como las plantas y las palmas de los cocoteros eran de un verde tan intenso que parecían de plástico. Lo único que Radu entendía de plantas era lo que había aprendido de su abuela sobre venenos y hierbas medicinales, pero le pareció que en el patio no había más que plantas tropicales; incluso las flores de los parterres resultaban extrañas a sus ojos, con formas afiladas y colores chillones que no había visto nunca, ni tan siquiera durante los cerca de dos años que vivió en Uruguay. El cuadro general del patio, sin embargo, no le resultó agradable en absoluto. Ancianos en bata arrastraban los pies por los caminos empedrados; dos iban en silla de ruedas, otro se ayudaba con un andador. Ninguno de ellos sonreía. El asesino no pudo evitar fijarse en el color de las gomas que algunos de los residentes utilizaban para ayudarles a respirar oxígeno de una botella; sintió cómo la debilidad le invadía de nuevo, e incluso se mareó ligeramente. Para Radu no existía nada más angustioso que la vejez, el deterioro físico. La perspectiva de morir tiroteado o acuchillado no le asustaba ni lo más mínimo, la muerte no tenía nada de aterrador para él. A lo largo de los años había visto cadáveres en todos los estados imaginables sin pestañear siquiera, pero el contemplar a aquellos octogenarios dolientes e imaginar que su propio cuerpo pudiese alcanzar aquel estado le estaba poniendo enfermo. Esa era la razón de que detestase los hospitales, pero nunca antes había estado en una residencia geriátrica. Al cruzar el umbral del edificio, y respirar el olor de la sala de recepción, supo que tenía que salir de allí lo antes

posible.

Hizo un esfuerzo titánico para esbozar la mejor de sus sonrisas antes de dirigirse a una mujer de mediana edad, que tecleaba en un ordenador tras el mostrador de la recepción. Su dominio del francés no era demasiado bueno, por lo que decidió intentarlo en inglés, a lo que la mujer respondió con una corrección impecable. De este modo, le resultó fácil explayarse sobre las razones que le habían hecho decidirse a llevar a su padre, enfermo, recién enviudado y terriblemente deprimido desde la húmeda Inglaterra hasta la Costa Azul, para que pasase los meses de verano a pleno sol. Al principio había pensado en Niza, pero una vez allí, ¿por qué no mirar también en Marsella? Por casualidad le habían hablado muy bien de Mont Sacré; sería estupendo poder hacer un recorrido completo por las instalaciones..., etcétera. Procuró parecer animado y hablador sin llegar a ser pesado y no tardó en ganarse a la recepcionista; la mujer llamó a una chica más joven para que la sustituyese en recepción mientras enseñaba la residencia al simpático extranjero.

Completamente inmerso en su papel, Radu insistió en visitar hasta el último rincón de la residencia mientras hacía toda clase de preguntas sobre los servicios que ofrecía, así como sobre sus respectivos precios. Sabía que la gente adinerada rara vez omite preguntar acerca de los precios. Mientras recorrían las instalaciones, el asesino se concentró en memorizar cada rincón del edificio, los posibles accesos y, en especial, las medidas de seguridad. Le sorprendió gratamente comprobar que la seguridad era considerablemente inferior a lo que él esperaba, teniendo en cuenta el alto *standing* de la residencia. Pensó que, por ricos que fuesen, los inquilinos de Mont Sacré no debían tener consigo objetos de gran valor. De hecho, ellos mismos no debían ser de gran valor a la hora de pedir un rescate a sus familias. Bien pensado, no había razones para grandes medidas de seguridad.

Habían recorrido más de la mitad del edificio cuando Radu decidió que ya se había ganado la suficiente confianza de su cicerone como para tratar el tema que verdaderamente le interesaba.

—Hay una cosa que me alarma un poco —se esforzó por poner cara de preocupación y timidez, como si le diese reparo tratar aquel tema—. He oído que hubo un atentado en la residencia la semana pasada, que dispararon contra uno de los inquilinos.

El ancho rostro de la mujer se tiñó inmediatamente de carmesí.

—¡Oh, no! No fue así realmente... El atentado no fue dentro de la residencia, sino en la calle, enfrente de la residencia —contestó visiblemente turbada—. La víctima ni siquiera había metido el coche en el aparcamiento; era uno de esos coches ingleses tan lujosos, como los de James Bond, ¿sabe?

—¿De veras?

—Sí, lo dejó aparcado en mitad de la calle, con el chófer esperando dentro.

—Pero la víctima sí que se alojaba en Mont Sacré, ¿verdad?

—Oh, no, no. Solo estuvo aquí de visita; era amigo de uno de nuestros inquilinos.

Radu decidió arriesgar un poco más. La mujer estaba nerviosa, empezaba a hablar más de la cuenta, y él necesitaba el nombre del inquilino.

—Y ese inquilino suyo... ¿no tendrá algo que ver con asuntos turbios? ¿Algún nombre conocido del crimen marsellés?

La mujer se puso todavía más colorada.

—¡Dios mío, no! —Esto se le escapó en francés—. El señor Cirazzi es una persona tranquila y

amable, nunca se le ha relacionado con asuntos turbios. No digo que su amigo no estuviese metido en algún lío, pero el señor Cirazzi es un residente ejemplar, nunca ha dado nada que hablar...

—Bueno —el asesino esbozó la mejor de sus sonrisas—, supongo que he visto demasiadas películas de mafiosos marseleses..., ya sabe, esas de Alain Delon y de Jean-Paul Belmondo.

Visiblemente aliviada, la mujer sonrió.

—Desde luego, esas películas han hecho un daño terrible a la imagen de nuestra ciudad, pero le aseguro que no hay ningún mafioso en nuestra residencia. Políticos y actores sí, pero no mafiosos; no le quepa duda de que su padre estará admirablemente bien acompañado si nos hace el honor de alojarse aquí finalmente.

—No me cabe duda de ello.

Y comenzó a preguntar acerca del horario de las comidas como si tal cosa. La recepcionista ya le había facilitado un apellido, uno poco común; no le haría falta el nombre de pila. Había visto el listado de inquilinos por habitaciones en un tablón, colgado en la pared de uno de los pasillos; intentaría pasar por delante de nuevo antes de irse para estar seguro de que allí figuraba un solo Cirazzi y ninguno más. Aunque, de necesitarlo, no sabía cómo iba a sacarle el nombre de pila a la recepcionista sin resultar excesivamente descarado.

* * *

Radu respiró profundamente al salir por el portón de acceso. La sensación de desasosiego que le había invadido nada más entrar no desapareció con tanta facilidad. Estaba furioso consigo mismo. No podía dejar que una nimiedad como acceder a un edificio lleno de vejstorios le afectase; era realmente ridículo. Nunca le habían gustado los ancianos enfermos. Recordaba a sus abuelos, al viejo Mihai y, sobre todo, al poderoso Ezequiel, cuya edad nadie conocía a ciencia cierta. Todos ellos habían llegado a la senectud en un estado de forma envidiable, jamás les había visto arrastrar los pies, babear o quedarse mirando al vacío. Repentinamente se dio cuenta de que nunca se había parado a pensar en ello. ¿Cuál era la razón de la buena salud de los viejos *mulobeng*? Desde luego, ninguno de ellos había llevado una vida cómoda y, seguramente, con la posible excepción de Mihai, ninguno había visitado jamás al médico. ¿Se trataba de una herencia genética extraordinaria? No parecía probable, dado que la línea de sangre se había mezclado con la de otros romanís en innumerables ocasiones; la propia madre de Radu no había tenido antepasados *mulobeng*. ¿Podía tratarse entonces de los ancestrales brebajes de hierbas que todos consumían? Había comprobado sobradamente la eficacia de los venenos, toxinas y remedios medicinales cuyo secreto guardaba el voluminoso manuscrito que había heredado de la vieja Florica; pero pensar que aquellos mejunjes podían ser lo suficientemente potentes como para alargar la juventud de los *mulobeng* sonaba demasiado descabellado.

Se frotó con delicadeza el costado herido. Desde luego, el ungüento no había obrado milagro alguno con él. Aquel maldito rasguño no acababa de curarse, pero una simple herida infectada no podía constituir razón para que estuviese tan alterado, hasta el punto de sentir angustia por entrar en un geriátrico. Radu se consideraba un verdadero maestro del autocontrol, siempre mantenía sus emociones perfectamente a raya; no recordaba la última vez que se había dejado llevar por el pánico o la ira, incluso en la más extrema de las situaciones. Tampoco podía decirse que hubiese tenido problemas para dominarse dentro del geriátrico, pero el hecho de que hubiese llegado a

marearse ante la visión de un respirador nasal manchado de flemas era preocupante. ¿Cómo reaccionaría ante una situación de auténtica tensión?

Intentó relajarse. En parte era normal, se dijo. Jamás había sido descubierto, y mucho menos obligado a trabajar bajo chantaje. Eso, junto con la traición de Elena Siwak, le había hecho perder el control férreo que mantenía sobre su vida, incluso se había visto obligado a abandonar la identidad de Dragos Barbulescu, con el descalabro económico que ello conllevaba. Los frutos de varios años de trabajo habían desaparecido de un plumazo. Sopesó la posibilidad de que el hecho de haber asesinado a su antiguo mentor le estuviese minando también, pero la desechó casi de inmediato. Era una estupidez. ¿Por qué iba a importarle Norberto Vidal? ¿Cuándo le había importado nadie que no fuese él mismo? Además, el viejo se lo había buscado a pulso. No, tenía que ser aquella maldita herida lo que le estaba trastornando, lo que no le dejaba concentrarse ni descansar bien. Tenía que reponerse lo antes posible para continuar con su misión.

Una vez más, el asesino se obligó a vaciar su mente y focalizarse solo en el asunto que tenía entre manos; necesitaba analizar meticulosamente el entorno inmediato de Mont Sacré. Dio un largo paseo por las calles aledañas al geriátrico, memorizando los detalles que necesitaba, entre ellos la posición de cámaras de vigilancia y rutas de escape. Hizo varios apuntes en el mapa de la zona que guardaba en su PDA antes de subirse al Renault Mégane alquilado y dirigirse hacia el sur de la ciudad, hacia el periférico barrio de La Panouse. Radu deambuló por la zona durante más de dos horas hasta que, finalmente, estuvo seguro de haber encontrado el lugar que estaba buscando.

XX

Santiago Matesanz se había ido de Marsella con su familia a la edad de nueve años. Para cuando volvió a poner el pie en las calles empedradas de su ciudad natal, ya había cumplido los veintitrés; no había vuelto por nostalgia, sino por obligación. Gheraldu Luporsi le había ordenado ponerse a las órdenes de uno de sus *sceffi* subordinados, Sergiu Cresone. El *sceffu*, que había ido a recogerle personalmente al Grand Port, le cayó bien desde el primer momento. Era un hombre muy serio, que sonreía en muy raras ocasiones y no se reía nunca, pero también muy correcto y prudente. Su carácter contrastaba poderosamente con el de la mayoría de los miembros de la cofradía que Santiago había conocido, malhablados y pendencieros. Sergiu Cresone era completamente diferente, pero no por ello tenía a sus hombres menos a raya. Eran cinco: Anselmu Sinance, Rumeu Franchi y Christian Graziani, los tres de origen corso; Vincent Millet, nacido y criado en los barrios portuarios de Marsella; y Jaume Castella. Este último era barcelonés de nacimiento, pero había emigrado a Niza con su familia a los trece años. Con tan solo diecinueve años, había entrado en el círculo de la organización a través de Christian Graziani, y fue nombrado miembro de pleno derecho ocho años más tarde. De aquello hacía un año, con lo que, a sus veintiocho años, era el miembro más joven del grupo de Cresone..., al menos hasta la llegada de Santiago.

A pesar de su juventud y del inconveniente añadido de no ser corso, Santiago enseguida se sintió a gusto dentro del grupo. El jefe parecía apreciarle; al principio creyó que le trataba bien por ser protegido de Luporsi, pero pronto empezó a pensar que simplemente le caía bien. Tal vez porque ambos eran serios, reservados y corteses, o tal vez porque, al igual que el joven Matesanz, Sergiu Cresone sentía que no acababa de encajar entre aquella gente. Jaume Castella, por su parte, hizo buenas migas con el novato desde el primer momento. Eran los más jóvenes de todos, ambos de origen catalán y habían vivido en Barcelona. Jaume era un tipo alegre y jovial que caía bien a casi todo el mundo; en su compañía, Santiago no podía evitar acordarse del que había sido su mejor amigo, el también barcelonés Alberto Capdevila.

Con el resto del grupo nunca llegó a intimar demasiado, ya que siempre mantenían cierta distancia con el novato; sin duda para hacer valer su rango. Graziani era ocho años mayor que él, y Franchi, el más veterano, cerca de veinticinco. Aun así, siempre se llevó bien con ellos..., con todos menos con uno, Vincent Millet, pero no era el único que tenía ese problema. Vincent Millet parecía no llevarse bien con nadie. Era un individuo hosco, pendenciero y, llegado el caso, extremadamente violento. Santiago le vio una vez golpear la cabeza de un chico contra la barra de un bar hasta fracturarle el cráneo, y solo porque el chico se había parado a hablar con una rubia amiga suya con la que Millet estaba hablando primero. Obviamente, lo había hecho por celos.

Aquel muchacho era alto, atlético y bien parecido; el marsellés solo tenía cuarenta y un años por entonces, pero la piel de su cara, surcada por profundas arrugas verticales, parecía haber visto pasar todas las edades de la Tierra. Sus ojillos, hundidos y acuosos, de un azul muy pálido, recordaban a los de un basset hound. La nariz rota, las pequeñas pero numerosas cicatrices y la calvicie incipiente, que cubría siempre con una gorra marinera de paño, no ayudaban a mejorar su aspecto.

Sergiu Cresone montó en cólera por aquel incidente. Millet tuvo que disculparse largamente ante su *sceffu* alegando que el chico se había reído de él, aunque todo el mundo sabía que no era verdad: había que ser muy temerario para reírse de un tipo como Millet. Por alguna razón, el comedido Cresone era la única persona a la que el violento marsellés parecía temer y por la que mostraba siempre un gran respeto, a diferencia del trato que dispensaba a los demás miembros del grupo, por los que parecía sentir un desprecio pobremente disimulado. Cuando su jefe no se encontraba delante, era habitual que Millet provocase enfrentamientos con cualquiera de sus compañeros por la más nimia de las excusas. Y aunque todos eran hombres duros y peligrosos, ninguno se atrevió jamás a responder a aquellas provocaciones; tal era la fama del marsellés, que había ejecutado por orden de Cresone a más hombres que todos los demás juntos. No obstante, por respeto al *sceffu*, Vincent Millet jamás llegó a poner un solo dedo encima de ningún miembro de la cofradía de Partinello. El marsellés era una bomba de relojería a la que Matesanz jamás comprendió cómo su jefe podía controlar, pero lo cierto es que este le tenía tan a raya como al resto del grupo; o al menos casi tanto.

Los primeros meses en Marsella resultaron muy cómodos para Santiago. Apenas hacía nada en todo el día, Cresone solamente le obligaba a estar localizable durante ciertos periodos de tiempo. En aquella época aún no había muchos teléfonos móviles, pero tampoco necesitaba quedarse en su apartamento todo el rato. Bastaba con permanecer en alguno de los locales u hoteles de la ciudad que le habían asignado a tal efecto o, al menos, no pasar más de una hora sin aparecer por alguno de ellos. Sergiu Cresone también exigía que sus hombres se mantuviesen en una forma física aceptable, pero para Santiago el deporte no era ninguna obligación, sino un agradable pasatiempo, por lo que aquello no le suponía ningún problema. Durante casi cuatro meses, lo más parecido a trabajar que tuvo que hacer el futuro Segador fue acompañar a los demás en algún tipo de recado. Normalmente él ni siquiera se enteraba de lo que habían ido a hacer allí; se limitaba a ir con ellos, conducir, esperar en el coche o vigilar la entrada de algún local. Con el paso de las semanas fueron introduciéndole poco a poco en el negocio, explicándole quién era quién, a qué se dedicaba y cómo había que tratarle. Durante todo este tiempo, Matesanz no llegó a entrar en contacto con ningún otro miembro de la organización, aparte de los pertenecientes al grupo de Cresone.

Las personas con las que se relacionaba la gente de la cofradía de Partinello eran, sin excepción, individuos importantes de la escena criminal. Gente que podía mover grandes cantidades de droga o buenos alijos de armas. Rara vez se metían en otra clase de asuntos a no ser que resultasen muy lucrativos: contrabando de otras mercancías, principalmente objetos de lujo; operaciones importantes de falsificación y, muy rara vez, asaltos a barcos y furgones si el botín era extraordinariamente atractivo y el riesgo, controlable. Los que tenían buenos contactos, como era el caso de los veteranos Rumeu Franchi y Anselmu Sinance, también trataban con policías, jueces y políticos corruptos, para asegurarse de mantener la impunidad de la organización. Por lo demás, estaba terminantemente prohibido que ningún miembro de la cofradía llevase a cabo

negocios de ninguna clase sin permiso de sus superiores y, por supuesto, sin pagar la correspondiente comisión, aunque no todos se tomaban dicha prohibición a rajatabla.

El primer trabajo serio que hizo Santiago fue en compañía de Jaume Castella y Vincent Millet. Se trataba de ajustarle las cuentas a un maduro y conocido narcotraficante que se había demorado en los pagos. Sergiu Cresone había estado intentando comunicarse con él durante una semana, sin éxito, así que reunió a sus tres hombres y les dio órdenes muy claras y escuetas: tenían que poner en alerta a sus contactos para localizar a Alexandre Hegui —que así se llamaba el individuo en cuestión— y «convencerle» para que pagase. Jaume solo tardó dos días en dar el aviso: Hegui había sido visto en un conocido club de carretera, apenas ocho kilómetros más allá de los límites urbanos de Marsella; fue una de las chicas del club la que le dio el soplo a Castella. Quince minutos más tarde, los tres acechaban el Pontiac del traficante escondidos tras una furgoneta de reparto. Alexandre Hegui no se hizo esperar demasiado, y pronto le vieron salir por la puerta del club acompañado de dos de sus matones. Los de Partinello esperaron a que pasasen por delante de su posición y salieron sigilosamente detrás de ellos. Millet dejó que llegasen a pocos pasos del coche antes de llamar su atención.

—¡Álex, amigo! ¡No hay manera de localizarte, hombre!

Los tres hombres se dieron la vuelta para encontrarse con que Santi y Jaume encañonaban a los matones con sendas semiautomáticas, mientras que el marsellés caminaba parsimoniosamente hacia su jefe, las manos dentro de los bolsillos de su chaqueta de cuero marrón. El resto fue rápido.

—Dámelas —masculló Millet extendiendo una mano abierta hacia el que tenía las llaves del coche en la mano, sin mirarle siquiera.

Hegui permanecía inmóvil, con los ojos muy abiertos y el semblante pálido. El marsellés, que no había apartado la mirada de los ojos del traficante en ningún momento, cerró la mano en torno a las llaves, dio dos pasos hacia él y, sin sacar la otra mano del bolsillo, estrelló el puño contra su cara. Hegui fue a dar contra el parabrisas del Pontiac. Vincent Millet, sin apresurarse lo más mínimo, abrió el coche, cogió al viejo camello por los hombros del chaquetón y lo metió violentamente en la parte trasera del vehículo, golpeándole la cara contra el techo en el proceso.

—Tumbad a esos dos y venid para acá —había dicho el marsellés con voz de mando.

Los matones, encañonados como estaban, no hicieron ademán alguno de defenderse mientras les apaleaban. Santiago no disfrutaba golpeando a un hombre que no podía defenderse, pero había recibido suficientes palizas como para que no le importase. El sujeto cayó al suelo enseguida, aparentemente inconsciente, pero Matesanz sabía que fingía para no seguir recibiendo, así que le propinó un par de culatazos en la mandíbula para asegurarse. Dentro del coche, Millet registraba la cartera de un Hegui medio inconsciente al que ya le había quitado el reloj y la cadena de oro; no había mucho dinero dentro. Le abofeteó varias veces para hacerle volver en sí.

—Álex, ¡Álex! —Agarró la cara del traficante con fuerza—. ¿Vas a pagar o qué, puto vejestorio?

—¡Sí, sí! —gimoteó el camello—. Os pagaré mañana mismo.

—¿Seguro? No mientas, ¿eh?

—¡Lo juro, juro que voy a pagar!

—Bueeno. —El de Partinello soltó la cara de Alexandre Hegui y agarró su muñeca con fuerza, obligándole a estirar el brazo—. Vamos a atarte un lacito en el dedo para que no se te

olvide, ¿eh, Álex?

Con la mano libre sacó una pequeña cizalla del bolsillo de su chaqueta de cuero y la apoyó sobre el asiento, también de cuero. El viejo Hegui comenzó a gimotear y a intentar zafarse, pero la presa de Millet sobre su brazo era de hierro. Agarró el cuello del traficante con la otra mano, apretándole con fuerza contra el respaldo.

—Niño —llamó el marsellés a su conciudadano—, córtale las uñas a nuestro amigo, anda.

Santiago miró a Jaume, que asintió con la cabeza muy serio.

—¿Qué cojones miras, mocosos? —vociferó Vincent Millet—. ¡Haz el favor de currar algo, que llevas tres meses tocándote los huevos!

—Voy, voy —dijo procurando que su voz sonase lo más indiferente posible.

Se dio cuenta de que no debería haber dudado, de que aquello era algo perfectamente habitual en la profesión, pero no acababa de acostumbrarse a ello. Cogió la pequeña cizalla con ambas manos.

—Y córtale por lo menos dos, niño. Ya que hemos hecho el viaje...

A pesar de los chillidos de Hegui, el futuro Segador se sorprendió de lo fácil que le había resultado hacer aquello. En realidad un par de dedos no eran gran cosa en comparación con lo que había visto en Córcega; no solo lo que había visto, sino en lo que había colaborado, aunque nunca hasta aquel momento había sido la mano ejecutora. Descubrió que no sentía ningún tipo de lástima por el traficante; sabía que aquella mutilación era mucho menos de lo que se merecía por las cosas que habría hecho durante su larga carrera criminal.

No hubo necesidad de seguir maltratándole: Millet consiguió que les entregase hasta el último franco que debía aquella misma noche, intereses incluidos. El reloj y la cadena de oro, junto con el dinero que había en la cartera, se quedaron en los bolsillos del marsellés.

Al joven Matesanz empezaron a encomendársele más tareas a partir de aquella noche. Poco a poco fue tejiendo su red de contactos, responsabilizándose de algunos cobros y, por supuesto, aprendiendo el arte de inspirar el miedo. Jaume le enseñó algunas cosas al respecto. Cuando el catalán tenía que amenazar a alguien, solía mostrarse más amable y cordial que nunca, para luego, súbitamente, golpear a su víctima, agarrarla por la tráquea, por la cara o por los pelos; encañonándola si hacía falta. Era a partir de ahí cuando empezaba a maltratar a su víctima. De aquella manera, decía Jaume, la cogía por sorpresa y el efecto era mucho mayor. En el futuro la víctima nunca sabría a qué atenerse con él, por muy tranquilo que aparentase estar. A Castella le daba buen resultado; podía pasar de ser la cordialidad personificada al mismísimo rostro del diablo en menos de un segundo.

Al principio, a Santiago no le gustaba ejercer la violencia sobre los demás; sin embargo, inadvertidamente, comenzó a disfrutar con ello. Llegó a descubrir que llevaba dentro de sí una vena sádica que desconocía, y experimentaba un retorcido placer explotándola, hasta el punto de que, en ocasiones, tenía que hacer un esfuerzo para no excederse. Su jefe, no obstante, estaba más que contento con su progresión. El *sceffu* solía decirle a Luporsi que su joven pupilo tenía más vista que los demás, que era capaz de ver donde la mayoría estaban ciegos, y que era capaz de deducir por sí mismo lo que los demás no podían entender aunque se les explicase.

Como suele pasar, el novato llegó a confiarse demasiado. Llevaba menos de un año bajo las órdenes de Sergiu Cresone cuando uno de sus contactos, un joven camello de poco nivel, le pidió que se encargase del tipo que le estaba pisando el negocio. Santiago se había informado sobre el

individuo en cuestión: no era más que uno de tantos advenedizos magrebíes, un matón de barrio de veintiséis años que solía pasar las madrugadas jugando al billar en uno de los tugurios del barrio portuario; así que fue a su encuentro en solitario. Lo identificó nada más entrar en el local. No fue difícil, solo podía ser el que iba mejor vestido y con más joyas. Se acercó a una de las mesas, cogió la bola blanca y se fue directamente a la mesa donde estaba jugando el magrebí, acercándose a él por la espalda. Podía haberle golpeado directamente en la nuca, pero prefirió hacerse notar.

—¿Eres Yassine? —preguntó.

El interpelado se dio la vuelta, el palo de billar en la mano, y miró a Santiago con cara de pocos amigos.

—Yo soy. ¿Quién eres tú?

Matesanz no respondió. Llevaba la bola de billar en su mano derecha, escondida junto a su pierna; no estaban a más de medio metro de distancia, así que era imposible que el magrebí lo notase. Intentó estrellarle la bola en la boca, pero el tipo tenía buenos reflejos y solo le golpeo de refilón. Yassine trastabilló y fue a caer de espaldas en la mesa de billar, Santiago se abalanzó sobre él para golpearle de nuevo en la cara, pero el magrebí le detuvo poniéndole el pie izquierdo en el pecho y empujó con fuerza. El marsellés perdió el equilibrio y cayó pesadamente al suelo. Lo que siguió fue un desastre. Yassine se lanzó sobre él y comenzó a golpearle furiosamente. El futuro Segador apenas consiguió echar mano de su navaja de muelles; lanzó varias acometidas a la desesperada, dos de las cuales se hundieron en el torso del magrebí. Después de aquello solo le quedaba salir de allí lo más aprisa posible. Una cosa era darle una paliza a un camello y otra muy distinta apuñalarle, y tal vez matarle, en un local lleno de testigos. Al día siguiente recibió una llamada de Jaume Castella: tenía que presentarse en su casa lo antes posible.

Cuando llegó a casa de Jaume, el grupo al completo estaba reunido en la cocina tratando unos asuntos. Todos le saludaron distraídamente, todos menos Cresone, que no pareció advertir su presencia hasta que, pasados un par de minutos, se giró súbitamente y golpeó a Santiago en su cara amoratada con la mano abierta. Sergiu Cresone no era alto, medía menos de un metro setenta, pero su corpulencia recordaba a la de Gheraldu Luporsi. Matesanz salió despedido contra una pared y cayó al suelo aturrido. El corso clavó en él la más dura de sus miradas.

—Sabes por qué, ¿no?

Santiago asintió con la cabeza. Aquella era la forma habitual que tenía Cresone de disciplinar a sus hombres, y siempre lo hacía delante de todo el grupo; no tanto por la humillación como para que sirviese de ejemplo para los demás. Aunque en aquel momento le consumiesen la rabia y la vergüenza, el hombre que llegaría a ser conocido como el Segador acabaría agradeciendo la lección. Durante los años venideros no serían pocas las veces que se acordase de aquel bofetón de Sergiu Cresone y de que, de no haberlo recibido, tal vez su carrera criminal en la ciudad de Marsella y, por ende, su estancia en el mundo de los vivos hubiesen sido mucho más cortas.

* * *

Acababan de dar las dos del mediodía. La temperatura era de veintinueve grados centígrados, según marcaba el termómetro de la farmacia de la Avenue du Prado. Santiago Matesanz volvió a consultar la temperatura mientras limpiaba el sudor de sus gafas de sol. Demasiado calor para la

primera semana de junio, o al menos lo habría sido hacía once años, pero Santiago había oído hablar del calentamiento global durante su estancia en la cárcel. Los presos no tienen mucho sobre lo que conversar, y el clima era un tema bastante recurrente.

El marsellés no pudo evitar fijarse en cuánto había cambiado la ciudad en su ausencia. La transformación se le antojaba aún mayor que hacía dos décadas, cuando había redescubierto su Marsella natal después de catorce años de ausencia, aunque también pudiera ser que fuese un engaño de su mente; los recuerdos tienden a difuminarse con el paso del tiempo. Tampoco pudo evitar pensar en que su destino parecía unido al de aquella antigua ciudad del Mediterráneo. Por muchos años que pasase fuera, siempre acababa regresando.

Caminó avenida abajo procurando cobijarse bajo la sombra de los árboles hasta la entrada del café Columbus. Sentado a la última mesa del local, de espaldas a la pared, le esperaba Baptiste Felce; junto a él se encontraba un hombre bajo y enjuto. Se saludaron con un leve movimiento de cabeza.

—Tú me dirás —dijo Santiago mientras tomaba asiento frente a los dos hombres.

Baptiste movió su dedo índice, señalándolos a ambos con un rápido movimiento.

—¿Os conocéis? —Negaron con la cabeza casi al unísono—. Santiago Matesanz, Filice Graziani —dijo el *capitanu* a modo de presentación.

Se estrecharon las manos.

—¿Eres familia de Lucas y Christian?

—Lucas Graziani era mi padre; Christian, mi primo. —El hombrecillo enjuto tenía una voz ronca, acorde con su aspecto.

—Trabajé para tu padre en Córcega, hace como media vida. Tu primo y yo fuimos compañeros de grupo; era un gran tipo, muy valiente.

Graziani hizo un gesto de reconocimiento con la cabeza. Definitivamente era hombre de pocas palabras. Baptiste Felce tamborileó un par de veces con las puntas de los dedos sobre la mesa para atraer la atención de sus acompañantes.

—Te hemos llamado porque Antoine Cirazzi ha desaparecido —dijo.

Matesanz frunció el ceño.

—¿Cómo desaparecido? Estaba en una residencia de ancianos, ¿no?

—La residencia Mont Sacré. A primera hora de esta mañana llamaron a Chjara, que era su teléfono de contacto, diciendo que había desaparecido durante la noche, y ella me llamó a mí. Comprobamos las cámaras de la residencia y todas las de los alrededores; ni rastro. Pasamos media mañana investigando, tanteando a nuestros contactos y demás. Como si se lo hubiese tragado la puta tierra.

Baptiste, hombre frío por naturaleza, estaba visiblemente tenso. Santiago pensó que no era para menos. Pocas personas conocían tanta información comprometedor para la cofradía de Partinello como Antoine Cirazzi.

—¿Y qué queréis que haga yo? —preguntó.

—Investiga por tu cuenta, haz lo que se te ocurra. Tú eres listo.

—¿Y vosotros no? No hago milagros, Bap.

—Pero tienes imaginación, Santiago. Tú siempre llegabas más allá que el resto, tienes un don para saber cómo piensan los demás. Solo te pido que hagas lo que puedas; la situación es muy seria.

Matesanz se encogió de hombros.

—De acuerdo —dijo—, pero no sé por qué crees que voy a encontrar nada que no hayáis encontrado vosotros.

Baptiste estrechó la mano del Segador entre las suyas y le palmeó suavemente el dorso de la mano.

—Porque confío en ti, amigo mío —dijo, levantándose a continuación.

Filice Graziani, entre tanto, había sacado un billete azul de su cartera y lo había dejado sobre la mesa, junto a los vasos a medio vaciar delante de los cuales habían estado hablando. Se levantó detrás de su patrón. El menudo *capitanu* puso una mano sobre el hombro de Matesanz.

—No has cambiado nada, sigues subestimándote demasiado a ti mismo.

Y se dirigió hacia la salida del local, no sin antes dirigir un gesto a la camarera. Segundos más tarde, esta esperaba junto a la mesa.

—¿Desea tomar algo el caballero?

Santiago la miró sorprendido; estaba tan ensimismado en sus pensamientos que ni siquiera la había oído acercarse. Vaciló un poco antes de responder:

—Un Macallan con hielo, por favor.

Y se levantó para sentarse en la silla de enfrente, de espaldas a la pared.

* * *

Tras inspeccionar a conciencia todo el perímetro de la residencia Mont Sacré y sus alrededores, Santiago comprendió la desesperación de Baptiste Felce. La seguridad de la residencia era más que aceptable, las cámaras de vigilancia tenían sus puntos ciegos, pero ofrecían una buena cobertura. Se trataba de una zona considerablemente opulenta de la ciudad, lo que significaba que todas las calles aledañas estaban sembradas de cámaras. Parecía imposible que Antoine Cirazzi hubiera podido salir de allí sin que lo hubiese registrado ninguna grabación. Se encaminó al mostrador de recepción de la residencia y, tras identificarse como amigo de la familia de Antoine Cirazzi, lo primero que hizo fue preguntar si estaban completamente seguros de que el cuerpo del desaparecido no había abandonado el edificio. La mujer de recepción le miró con los ojos como platos, abrió la boca, pero no dijo nada; se había quedado sin habla. Se encogió de hombros y volvió a cerrar la boca.

—Por favor —dijo Matesanz con toda la gentileza que le fue posible—, necesito que registren la residencia palmo a palmo y se aseguren de que el cuerpo de Antoine Cirazzi no está oculto en algún lugar. Dentro de algún armario, debajo de una cama..., en cualquier sitio.

El registro duró más de dos horas. Santiago lo dirigió personalmente y ningún miembro del personal de la residencia puso objeción alguna; era obvio que conocían quiénes eran los amigos de la familia de Antoine Cirazzi. Sin embargo, no apareció ni una sola pista que ayudase a esclarecer la desaparición. El Segador estuvo en Mont Sacré hasta bien entrada la noche, interrogando a casi todo el personal y a parte de los internos. Ya estaba a punto de marcharse cuando se le acercó una chica de unos veinticinco años. Se presentó como una de las recepcionistas de la residencia.

—Discúlpeme, me han dicho que ha estado preguntando si había venido alguna persona haciendo preguntas sobre la seguridad de la residencia, o sobre el señor Cirazzi estos días atrás.

—La chica parecía nerviosa.

—Eso es —respondió al tiempo que clavaba sus ojos de color indefinido en los ojos azul claro de la joven—. ¿Hay algo que puedas decirme?

—Bueno, ayer mismo estuvo aquí un hombre. Según él era inglés, pero era muy moreno..., claro que eso no significa nada, en Inglaterra hay gente de todas las razas, hijos de inmigrantes...

—Entonces, ¿qué fue lo que te llamó la atención de él? —Su voz era tranquila y pausada. Procuraba calmar a la chica, al tiempo que intentaba que dejase de dar rodeos y fuese al grano.

—Mi novio es inglés, y paso varias semanas al año en su país... El caso es que el acento del hombre no era inglés para nada; es más, su pronunciación recordaba un poco a la de los escoceses.

—A lo mejor era escocés, y dijo que era inglés por simplificar.

La chica se rio tímidamente. Matesanz no pudo evitar pensar que era una chica encantadora, además de parecer inteligente; la clase de chica que puede fijarse en cosas que los demás no ven.

—Ningún escocés se llamaría inglés a sí mismo, eso sería como si un bretón dijese que es de París —se rio de nuevo—. No, eso es imposible.

—¿Y qué fue lo que preguntó?

La joven volvió a ponerse seria de inmediato.

—Se interesó por el atentado contra el amigo del señor Cirazzi. —Santiago contuvo la respiración—. Además... —Apartó la mirada hacia el suelo a mitad de la frase, visiblemente turbada.

El Segador puso una mano sobre su hombro con delicadeza.

—¿Además...? —la animó a continuar.

La chica volvió la mirada hacia él; tenía las mejillas muy coloradas.

—Mi compañera me comentó que se había avergonzado mucho porque el hombre estuvo preguntando por las amistades del señor Cirazzi; al parecer mencionó algo sobre si el señor Cirazzi no sería algún tipo de criminal mafioso.

Los ojos del marsellés se abrieron un poco más. No le cabía ninguna duda: había hecho bingo.

—¿Cómo te llamas, dulzura?

—Élodie.

—¿Élodie? ¡Vaya!, te llamas igual que mi hermana.

—¿De veras?

—Sí, siempre me ha parecido un nombre precioso. Élodie, necesito que me cuentes absolutamente todo lo que recuerdes sobre aquel hombre, también necesito que me digas qué otras personas de la residencia pudieron hablar con él; voy a tener que entrevistarme con todos ellos. Mañana vendrá un dibujante de la Policía para hacer un retrato robot, así que necesito que de aquí a mañana trates de recordar cada detalle de la cara de ese hombre: constitución, forma de caminar..., todo lo que puedas. ¿Entendido?

La chica asintió con la cabeza.

Algo más de media hora después, Santiago Matesanz salía por la puerta de Mont Sacré. Sacó su teléfono móvil y marcó un número. No había ningún contacto en la memoria de aquel móvil; los miembros de la organización estaban obligados a recordar todos los números de memoria sin apuntarlos jamás en ningún sitio.

—Tengo algo —soltó directamente.

Había una nota de emoción en la voz del frío Baptiste Felce al responder:
—No esperaba menos, amigo mío, no esperaba menos.

XXI

La primera vez que Radu salió del refugio donde vivía con su familia tenía poco más de nueve años. Hasta aquel momento no había tratado con ninguna persona aparte de sus padres, sus abuelos y el viejo Bob, que para entonces acababa de morir hacía tres meses. Su familia, particularmente su abuelo Django, solía llevarle por los alrededores de la casa a pescar, a cazar, para buscar leña o simplemente de paseo, pero siempre le habían prohibido terminantemente entrar en contacto con ninguna otra persona. Ni siquiera le permitían hablar con los habitantes de la vecina aldea de Borgie, con los que el resto de los miembros del clan sí tenían relación.

—Siempre que vayas solo —le habían repetido hasta la saciedad—, no dejes nunca de vigilar los alrededores. Sobre todo utiliza tu oído y, si ves u oyes a alguien, desaparece como te hemos enseñado.

Efectivamente, si había algo que el más joven de los Dumukrat había aprendido desde su nacimiento era el arte de volverse invisible. Le habían enseñado a desaparecer, a caminar sobre hojas secas sin hacer el menor ruido, a caminar sobre terreno enfangado sin dejar el menor rastro. Había pocos secretos del arte del sigilo que Radu no dominara ya por completo a los nueve años de edad.

Fue por esa época cuando su abuelo le anunció que iban a hacer un viaje juntos. Radu se había quedado literalmente con la boca abierta. Jamás había abandonado la región circundante al refugio de su familia, lo único que sabía del mundo exterior era lo que había visto por televisión. A Samuel Dumukrat le preocupaba que su hijo creciese alienado del mundo y que, cuando fuese mayor, le resultase imposible adaptarse a vivir entre la civilización. Era por ello por lo que siempre le llevaba películas a su hijo, para que aprendiese a través de ellas lo que no podía aprender encerrado en aquel refugio aislado del mundo real. No solo eso, sino que Samuel obligaba a su hijo a que reflexionara sobre cada película que le ponía; después le interrogaba sobre lo que había visto, le preguntaba qué opinaba de ello y le exponía lo que él pensaba al respecto. Al patriarca no le acababa de agradar aquella costumbre de su hijo; solía decir que el pequeño no aprendería más que fantasías de aquellas películas. En realidad, lo que le desagradaba profundamente eran las ideas de Samuel, y aún más que intentase inculcárselas al pequeño Radu. No obstante, procuraba no discutir con su hijo al respecto, sino que prefería adoctrinar a su nieto en ausencia de Samuel. Después de todo, el pequeño pasaba mucho más tiempo en compañía de su abuelo que de su padre.

Cada momento de aquel viaje se quedó grabado en la memoria de Radu para siempre: la minúscula estación del ferrocarril, donde al niño ya le había asombrado la cantidad de gente, el traqueteo del tren mientras el paisaje se deslizaba ante sus asombrados ojos y, sobre todo, el

trasbordo en la estación de Edimburgo, donde aprendió lo que era una verdadera aglomeración de personas. La fugaz visión de la ciudad de Edimburgo a través de las ventanillas le había fascinado tanto que, para cuando llegaron a su destino final en Manchester, su capacidad de sorprenderse se había reducido ya en cierta medida. De haber sido de otra manera, ¿quién podía saber cómo hubiese afectado al pequeño Radu la visión de aquella gran ciudad? Había descubierto que no había comparación entre ver el mundo a través de una pantalla de televisión y sumergirse directamente en la realidad. Hubiese sido imposible para él decir qué era lo que más le había impresionado, si las luces del alumbrado, los letreros luminosos, la miríada de gente que abarrotaba las calles o los coches que las atravesaban a gran velocidad. Lo que sí recordaba era que, a pesar de que apenas había visto un par de vehículos en su vida, los coches de lujo le habían impresionado mucho más que los utilitarios. El pequeño oía, como en un sueño, a su abuelo dándole explicaciones sobre la ciudad y la forma de comportarse en ella, pero su cabeza se encontraba muy lejos de las indicaciones del viejo Django; en lo único que podía pensar era en lo feliz que le haría abandonar la casa familiar de los Dumukrat para vivir entre aquellas brillantes fachadas.

No sería en ninguno de aquellos ostentosos edificios donde el pequeño Radu pasaría su primera noche fuera de casa, sino entre las chabolas de un asentamiento gitano de las afueras. Aquel lugar había impresionado profundamente al pequeño, pero por razones bien distintas a las de la gran ciudad. El olor era tan nauseabundo que apenas había sido capaz de soportarlo. Las chabolas estaban hechas con restos de todo tipo, madera, plástico, chapas, ladrillos..., unidos con cuerdas, alambres o algo de cemento descuidadamente aplicado en el mejor de los casos. Se veían también varias caravanas, oxidadas y destartadas, muchas de las cuales habían perdido las ruedas y descansaban sobre bloques de hormigón o pilas de madera; no eran pocas las que carecían de cristales, y en su lugar mostraban cartones fijados con cinta de embalaje, cuyo cometido parecía ser el de proteger el interior del gélido frío del invierno de Manchester. Numerosos perros y gatos famélicos correteaban por allí. La mayoría de ellos habían perdido gran parte del pelo —a algunos incluso parecía estar cayéndoseles el pellejo y lucían grandes costras purulentas— y podía vérselos rebuscando entre los montones de basura que había por las esquinas del poblado. El aspecto de sus habitantes no era mucho mejor. La mayoría lucían sucios y andrajosos, con el pelo largo y enredado, aunque se fijó en que algunos iban bien vestidos, peinados con gomina y luciendo grandes cadenas de oro y ostentosos anillos y pendientes; pero estos eran los menos. De todo lo que vio en aquel poblado, lo que más sobrecogió al pequeño Radu fueron los ojos de la mayoría de los gitanos. Miradas estupefactas, desorbitadas, brillantes, que no se parecían a nada que hubiese visto en ninguna película.

Existía una buena razón para que el viejo Django hubiese llevado a su nieto a aquel lugar: el patriarca del asentamiento no era otro que el último pariente vivo —aparte de la familia con la que cohabitaba— del propio Django Dumukrat. Uno de los gitanos bien vestidos los condujo hasta la chabola del patriarca: un enorme e irregular conglomerado de madera, chapas y bloques de piedra que, en conjunto, ocuparía más de doscientos metros cuadrados. Cuando pasaron al interior se encontraron en una gran sala, completamente a oscuras salvo por la mortecina luz de un incensario que ardía en el centro de la estancia, cuyos contornos se distinguían. A pesar de su corta edad, Radu había sido adiestrado desde su nacimiento para estar siempre alerta y detectar el menor de los movimientos a su alrededor; sin embargo, le fue imposible percibir al patriarca hasta

que este no hizo sonar su profunda voz de bajo.

—Se te saluda, Django Dumukrat. ¿Quién es tu joven acompañante?

El hombre que salió de las sombras a menos de tres metros a la izquierda de ellos era el más grande que Radu había visto hasta entonces. Su estatura rozaría el metro noventa, aunque el gran sombrero raído de ala ancha que llevaba le hacía parecer más alto aún. Sin embargo, no era solo su estatura lo que impresionaba de aquel hombre, sino también su volumen. Una gastada capa color negro cubría la mole de sus hombros, y su pecho sobresalía de forma casi antinatural desde donde se adivinaba un cuello tan ancho como una columna griega.

Los dos patriarcas se saludaron con un solemne abrazo. Django bajó la mirada hacia su nieto y posó una mano nervuda sobre su hombro.

—Aquí tienes al único hijo de mi único hijo: Radu Dumukrat, el último de nuestra línea de sangre.

—Y uno de los últimos *mulobeng* —respondió el gigante.

—Muestra tus respetos a Ezekiel, Radu. Él es el más fuerte de nuestra casta de guerreros, y parte de la sangre que corre por sus venas corre por las tuyas también.

Abuelo y nieto solo se quedaron dos días como huéspedes en el poblado. La mayor parte del tiempo la pasaron en la ciudad, por lo que no estarían en compañía del corpulento patriarca durante más de tres horas en total, y solo una vez fuera de su permanentemente a oscuras sanctasanctorum. A Radu le bastó para darse cuenta de que, a pesar de sus enormes proporciones, aquel hombre no producía absolutamente ningún sonido al moverse. Ezekiel era tan sigiloso como Django, tal vez incluso más; ni siquiera se podía oír, cuando caminaba, el roce de la gran capa con la que se cubría. Las facciones del patriarca se hallaban siempre ocultas por el gran sombrero, cuya raída ala tapaba su rostro hasta la altura de la nariz, y por una espesa barba del color del acero. Su atuendo, unido a su costumbre de evitar continuamente las fuentes de luz —Ezekiel rara vez se dejaba ver en lugares iluminados, ya que permanecía casi todo el tiempo dentro de su chabola, donde reinaba la oscuridad absoluta—, hacía que el *mulobeng* pareciese perpetuamente entre tinieblas, incluso en las escasas ocasiones en las que salía a la luz del día.

No sería aquella la última visita a Manchester que Django realizase junto a su nieto. A partir de entonces viajarían una vez al año para reunirse con Ezekiel en sus dominios. Sus estancias siempre eran cortas, nunca de más de tres días, pero Radu llegó a aprender mucho de aquel hombre misterioso. Fue él quien le enseñó a agudizar sus sentidos más allá de lo que nunca lo había hecho, a vaciar su mente por completo y dejar que fuesen sus sentidos los que le guiasen.

—El alcance de tus ojos puede cegarte —le decía—. Pueden mostrarte tantas cosas que llegas a olvidarte de que existe aquello que no puedes ver, y que puede estar justo a tu espalda. Debes aprender a liberarte de la vista y guiarte por el resto de tus sentidos.

El *mulobeng* enseñó a Radu a expulsar hasta el último pensamiento de su mente y dejar que su entorno le hablase.

—Debes aprender a situar los sonidos de tu alrededor con la misma precisión que sitúas las imágenes —le adoctrinaba—. Si un insecto pasa volando a diez metros de ti, no hay razón para que no puedas ubicarlo exactamente igual que si lo estuvieses viendo. Si notas el viento sobre tu piel, debes conocer exactamente en qué dirección está soplando y a qué velocidad. Debes estar atento al más ligero cambio en la brisa para saber cómo situarte en contra del viento, ya que el aire transporta el sonido y el olor que produces.

De todas las habilidades extraordinarias que poseía Ezekiel, la que más maravillaba a Radu era su sentido del olfato. El patriarca era capaz de identificar el más sutil de los aromas, incluso entre la sopa nauseabunda de olores que inundaba el campamento gitano sobre el que reinaba. Era capaz de husmear un rastro de forma parecida a como lo haría un perro, y situar a personas y animales a varios metros de distancia solo por su olor. Django le contó que, en una ocasión, había acompañado a su pariente mientras rastreaba a un oso a través de los montes Apusení durante kilómetros. El animal apenas dejaba rastros visibles, pero Ezekiel había logrado no perderle la pista tan solo por el olor del animal. A pesar de intentarlo con todo su empeño durante años, Radu jamás consiguió desarrollar tanto su olfato como para llegar a compararse siquiera con el de su maestro.

El día que el pequeño de los Dumukrat cumplió los quince años de edad, Django se reunió a solas con su nieto para decirle que debía partir hacia Manchester.

—Te quedarás con Ezekiel hasta que él te dé permiso para partir —le ordenó—; después serás libre para hacer lo que quieras. Podrás volver con nosotros, quedarte en Manchester o partir a donde te plazca; eso será decisión tuya.

Esa misma tarde se despidió de su familia. No tenía forma de saber cuánto tiempo pasaría fuera, ni si volverían a verse; las miradas de Samuel y Rawnie le decían que ellos tampoco lo sabían. Una vez tomada, la decisión del patriarca era irrevocable. Samuel había discutido fuertemente con su padre al respecto, pero había sido incapaz de rebatir los argumentos del viejo Django.

—No puedes tener a tu hijo encerrado toda su vida, Samuel —le había dicho—. Por mucho que te duela, tienes que dejarle crecer, o acabará siendo débil; y ya sabes lo que les ocurre a los débiles.

De modo que Radu partió para coger el tren nocturno entre Edimburgo y Manchester. La aurora estaba ya próxima cuando llegó al asentamiento gitano de las afueras que había visitado en tantas ocasiones. Allí se encontró con que Sampson Boswell, el segundo al mando de Ezekiel, estaba esperándole junto a dos de sus hombres, Belcher Mustow y Vandlo Hicks. Les pidió que avisaran al patriarca de su llegada, pero le respondieron que el *mulobeng* no le recibiría esa noche y que, desde ese momento, estaba a las órdenes de cualquiera de ellos tres.

—Harás lo que se te ordene —le espetó Boswell— si quieres comer y dormir caliente. ¿Entendido, mocoso?

El joven Radu había sentido ganas de apuñalar a aquel tipo allí mismo por hablarle así. No estaba acostumbrado a que le trataran de aquella manera, y no le gustaba nada. Después de todo, Sampson Boswell era un vulgar macarra. ¿Quién se creía que era para hablarle así a un *mulobeng*? En lugar de ello, Radu asintió con la cabeza y bajó los ojos al suelo para ocultar la cólera que ardía en ellos. Sabía que había sido Ezekiel el que había dispuesto las cosas de aquella manera, así que se veía obligado a obedecer a los líderes del clan por respeto al patriarca.

Siempre había sabido que no les gustaba a Boswell y a los suyos, y el porqué era obvio. Acostumbraban a ser los miembros más temidos y respetados del clan, su palabra era ley entre los suyos, pero sabían lo que eran los Dumukrat y lo superior que era su posición. El trato que les dispensaba el patriarca lo dejaba más que claro no solamente ante ellos, sino ante todos los gitanos del poblado. De un viejo como Django podían admitirlo, pero el que un crío de la edad de Radu estuviese por encima de ellos en su propio territorio, en su propio clan, era más de lo que

podían soportar. Ahora que el patriarca había puesto al joven *mulobeng* a sus órdenes, tenían su oportunidad para resarcirse de lo que, para ellos, había sido una humillación sin precedentes.

El negocio al que se dedicaban los hombres de Ezekiel, y para el que requerían la colaboración del joven Radu, no era otro que el tráfico de heroína. Cada mes pasaban por el poblado grandes cantidades de aquella droga. Belcher Mustow, Vandlo Hicks y el resto de los cabecillas del clan distribuían la mayor parte en paquetes grandes entre los traficantes locales, que después se encargaban de venderla en los suburbios de Manchester y otras ciudades vecinas, como Bolton o Stockport. Algunos de ellos, los más ambiciosos, la transportaban hacia el norte, hasta Edimburgo o incluso Glasgow. Lo poco que quedaba de la mercancía se repartía entre algunos de los gitanos del poblado para que la menudeasen como pudiesen. Casi todas las familias del asentamiento, de una u otra manera, vivían del tráfico de heroína. Tanto el menudeo de aquella droga, dentro y en los alrededores del poblado, como su consumo estaban estrictamente prohibidos por el patriarca; a pesar de ello, no eran pocos los que se escondían por las inmediaciones para fumarla en base o inyectársela directamente en vena. Prácticamente todo el poblado intervenía de alguna manera en el negocio. Raro era el padre de familia que no guardaba un paquete en su casa durante unos días o hacía algún porte, aunque fuese en ocasiones puntuales; los niños hacían labores de vigilancia y se utilizaban como mensajeros; incluso las mujeres escondían a veces bolsitas en los carricoches y capazos de sus bebés. Ezekiel había prohibido expresamente que se presionase a nadie para realizar este tipo de labores, la cooperación era totalmente voluntaria, pero todos los habitantes del poblado estaban necesitados de dinero, así que casi todos colaboraban a su manera.

Aparte del patriarca, el único miembro del clan que a pesar de intervenir activamente en el negocio jamás llegaba a entrar en contacto con la heroína era Samson Boswell. Mustow, Hicks y los demás cabecillas procuraban mover la droga tan rápido como les era posible, dividiéndola y guardándola en casa ajena siempre que podían, pero estaban obligados a hacerse cargo de cierta cantidad de cada cargamento que llegaba al poblado. Boswell, por el contrario, se mantenía siempre limpio en ese sentido. Aunque era él el que daba todas las órdenes, jamás tocaba un solo gramo de heroína. Cuando la Policía hacía redadas en el poblado, lo que ocurría con cierta frecuencia, Boswell los recibía en su casa con toda cordialidad. Ordenaba a su mujer que trajese té con pastas para los agentes, y siempre insistía en preguntarles si querían algo de comer o de beber. Los policías hacían caso omiso de sus provocaciones, apretaban los dientes y ponían la casa patas arriba. Samson Boswell vivía en una especie de complejo formado por tres autocaravanas de lujo y una gran chabola de madera para cuya construcción había hecho venir a una cuadrilla de carpinteros, pero su exterior estaba poco más cuidado que el de las otras chabolas del poblado; lo mismo podía decirse del estado de las autocaravanas. La Policía solía tardar varias horas en completar el registro de la vivienda; Boswell, mientras tanto, se bebía el té, se comía las pastas y hacía comentarios sobre cuánto le apenaba que los agentes rechazasen su hospitalidad, la concienzuda tarea que estaban haciendo y lo mucho que iban a tener que trabajar su mujer y sus hijas cuando se marchasen para volver a dejarlo todo como antes. También solía indicarles en qué lugares no habían registrado bien y dónde escondería él la droga si la tuviese. La Policía siempre se marchaba con las manos vacías de su casa. Era inútil, no había nada en casa de Boswell que fuese ilegal, aparte de algunas armas de fuego, y su familia estaba bien aleccionada para deshacerse de ellas, cosa que hacían en cuanto alguno de los chiquillos que vigilaban el

poblado veinticuatro horas al día daba la voz de alarma. Joanna, la mujer de Samson, tenía prohibido salir de casa cuando su marido no estaba; si necesitaba algo, debía mandar a una de sus tres hijas o a una vecina para hacer el recado.

En cuanto a Ezekiel, la Policía ni siquiera conocía su existencia. Para cuando llegaban al interior del poblado, el patriarca ya se había esfumado sin dejar rastro. Siempre registraban su enorme chabola, y siempre la encontraban completamente vacía, sin rastro de ninguna clase de enseres que indicasen que el lugar estuviese habitado por alguien, a excepción del incensario y la media docena de butacones que había en la sala de entrada. La policía pensaba que aquello era una especie de pabellón para reuniones y celebraciones, y ni se acercaba a sospechar que Samson Boswell no fuese el verdadero patriarca del asentamiento. Algunos de los gitanos decían que Ezekiel tenía un túnel en algún sitio, tan bien camuflado que jamás lo había descubierto nadie; otros muchos decían que tenía poderes sobrenaturales y que era capaz de fundirse con las sombras. Fuese cierta alguna de estas hipótesis o no, la realidad era que, a pesar de haberlo intentado, nadie le había visto jamás abandonar su chabola antes ni en medio de una redada; tampoco era menos cierto que los agentes nunca habían dado con el patriarca durante ninguno de sus registros. Los demás, en cambio, no eran tan afortunados. Acostumbraban a salir de sus casas al oír la alarma y reunirse en el centro del poblado, enfrente de la chabola de Ezekiel. De esa manera, a los agentes les resultaba muy difícil saber quién vivía en cada sitio. Cuando la Policía encontraba algo por lo que alguien tenía que entrar en prisión, pero no sabían a quién pertenecía, ni tan siquiera se abría una investigación: eran los líderes del clan quienes se reunían para determinar quién iría a la cárcel. Se elegía a la persona considerada más prescindible que no hubiese ido nunca a la cárcel, habitualmente una mujer, y se la entregaba a las autoridades como culpable, aunque no tuviese nada que ver con el delito en cuestión o con ningún otro. Así era la ley gitana por la que se regían.

No faltaba trabajo para un chico de las habilidades de Radu en la cuadrilla de Boswell. La competencia en el negocio de la heroína era feroz, y el clan necesitaba tener vigilados a sus competidores, a la Policía y, sobre todo, a sus clientes. Era de estos últimos de los que podía venir el mayor peligro para el clan, ya que los compradores sabían exactamente lo que la Policía necesitaba saber: el lugar y la hora de la entrega. Radu era capaz de convertirse en la sombra de cualquiera de ellos. Poco importaba si se trataba de policía o criminal, ni cuán cuidadoso fuese; para el joven *mulobeng*, pasar desapercibido en una gran ciudad como Manchester, entre todo el gentío, el tráfico, el ruido y la confusión resultaba pan comido. A veces le tocaban otro tipo de tareas para las que estaba menos preparado, como robar un coche para una entrega delicada o entrar en casa de un traficante rival para sustraer mercancía, dinero o información. Radu se había criado lejos de la civilización, por lo que no sabía nada de forzar cerraduras, desconectar alarmas o puentear vehículos. El resto de los chicos del poblado, sin embargo, eran verdaderos expertos. A su lado aprendería más de lo que muchos delincuentes profesionales aprenden en toda su vida sobre hurtos, allanamientos, robos con escalo y timos, entre otros muchos delitos que los muchachos del clan dominaban a la perfección. Hubo otras muchas cosas que aprendió de ellos. Aprendió que con un bote de pegamento y un trozo de plástico podía tocar el cielo por unos segundos, que un cigarro de hachís o marihuana podía relajarle y ponerle contento por mal que se encontrase antes, que un poco de *whisky* le ayudaba a divertirse y que en compañía de las chicas de Cheetham Hill, por unas cuantas libras, podía sentir cosas que nunca sospechó que pudiese

llegar a sentir jamás.

Las juergas por calles de Manchester en compañía de sus nuevos amigos cambiaron el mundo de Radu para siempre. Descubrió que la vida podía ser completamente diferente a como la había vivido, a como la había imaginado, y decidió que aquella nueva vida era la que quería llevar a partir de entonces..., o casi. Por mucho que se divirtiese en compañía de aquellos muchachos, el joven *mulobeng* no podía dejar de pensar que, en realidad, no eran más que unos marginados miserables. La gente los miraba de reojo al pasar, algunos incluso se tapaban la nariz o hacían una mueca de desagrado al captar su olor, y Radu era muy consciente de que tenían razones para hacerlo. Casi todas las chicas huían de ellos, excepto aquellas pocas a las que les atraía lo exótico y peligroso de los gitanos; el resto no sentían hacia ellos más que temor y asco. Al pequeño del clan Dumukrat le fascinaban las chicas que veía por el centro de la ciudad y que, como bien sabía, estaban completamente fuera de su alcance. Chicas esbeltas y elegantes, de andares etéreos y miradas altivas; chicas vestidas de seda y pieles y adornadas con joyas brillantes, siempre acompañadas de hombres bien vestidos que lucían relojes caros y conducían coches de lujo.

Radu había oído historias sobre gitanos obsesionados con mujeres a las que no podían tener y que habían tomado la deplorable decisión de conseguirlas por la fuerza. La mayoría no habían llegado a ser juzgados; les habían matado a golpes durante la primera noche de calabozo. El joven *mulobeng* no era de esos. No le habían educado para dejarse arrastrar por sus impulsos primarios, sino para mantener la cabeza fría. Pero no por ello le obsesionaban menos aquellas chicas. Antes de cumplir los dieciséis años, Radu ya se había jurado a sí mismo que algún día, tardase lo que tardase, le costase lo que le costase, tendría tantas de aquellas mujeres como quisiera. La mujer que acabaría estando a punto de costarle la vida, sin embargo, era muy distinta de aquellas.

Al igual que la mayoría de los varones gitanos, Samson Boswell presumía de controlar a su mujer con mano de hierro. No solo le había prohibido salir de casa sin su permiso, sino también dirigir la palabra a ningún hombre a no ser que él estuviese presente. También exigía dar el visto bueno a sus ropas y a sus alhajas, así como a sus amigas dentro del poblado. Aun así, Joanna Boswell no era mujer a la que se pudiese controlar fácilmente. Mientras que delante de su marido fingía obediencia ciega, a sus espaldas gustaba de escabullirse de casa, emborracharse con sus amigas e incluso, en ocasiones, coquetear con los chicos más jóvenes y guapos del lugar. A pesar de que todo el poblado sabía de las escapadas de Joanna, y del miedo que le tenían a Samson, la mayoría encubría a la mujer. Jo, como la llamaban todos, tenía unos ojos color esmeralda, grandes y almendrados, que se movían constantemente con un brillo travieso, y una risa cantarina, tan contagiosa que ni siquiera el mismísimo Ezekiel era inmune a sus efectos. La señora Boswell conocía perfectamente su encanto natural, y sabía utilizarlo a la perfección para encandilar a los demás, tanto a hombres como a mujeres. Siempre tenía una sonrisa y una palabra dulce para cualquiera, y por ello todo el mundo la adoraba, todos a excepción de algunas de las mujeres del poblado. Y es que a Jo le gustaba la fiesta, le gustaba la música, le gustaban la bebida y las drogas, pero, sobre todo, le gustaban los hombres. No todas las vecinas de los Boswell eran celosas. Muchas no tenían razones para serlo porque sus maridos les repugnaban; otras no solo se habían acostumbrado a las infidelidades de sus cónyuges, sino que agradecían que su hombre se entretuviese con otras y así las dejase en paz a ellas. Pero había algunas, sobre todo entre las más jóvenes, que no podían evitar apretar dientes y puños cuando veían a Jo hablando con su marido. Joanna se daba perfecta cuenta de las miradas de reojo que le dirigían, de los gestos de desprecio

que le hacían cuando se acercaba a un grupo de ellas; pero, lejos de importarle, esto le divertía. Era obvio que Jo Boswell disfrutaba con el riesgo, y el riesgo de que alguna de esas mujeres celosas informase a Samson de sus devaneos resultaba más que real. Fue precisamente eso lo que ocurrió el día que Radu se fijó en Joanna Boswell.

Pasaban de las dos de la madrugada. El joven *mulobeng* se encontraba fumando un cigarro de hachís, como acostumbraba a hacer antes de irse a la cama, en el interior de una choza abandonada cercana a la chabola de Boswell cuando oyó los gritos que venían del interior de esta. Samson vociferaba todo tipo de insultos e imprecaciones, se escuchaba el sordo estrépito de los muebles golpeados y el ruido de los cristales rotos. Súbitamente, la puerta principal de la chabola golpeó con fuerza la fachada, y Radu pudo ver cómo Jo salía despedida por los aires para ir a aterrizar de bruces a casi tres metros de la puerta. La mujer trató de incorporarse penosamente sobre sus manos; la larga melena húmeda caía sobre su cara, manchada de barro y de sangre. Estaba completamente desnuda. Espiando a través de una de las grietas de la pared, el muchacho quedó fascinado por el brillo de su piel atezada bajo la luz de la luna llena, por la redondez de sus caderas y la forma de sus piernas. Cuando Samson Boswell salió de la chabola y hundió su pesada bota en las costillas de su mujer, el joven sintió como si el puntapié se lo hubiesen dado a él. El hombre se quitó el cinturón, un ancho cinturón de cuero rematado en una gran hebilla de latón, y, lenta, metódicamente, comenzó a azotar la espalda desnuda de Jo. La mujer no gritó. Permaneció en el suelo, con la cara hundida en el barro y los brazos cruzados aferrando su vientre, retorciéndose a cada golpe; pero ni un solo sonido salió de sus labios. Tampoco se quejó, ni se movió siquiera, cuando su marido se desabrochó la bragueta, sacó su pene y comenzó a orinar sobre ella. Samson se tomó su tiempo. Había bebido mucho aquella noche, y no se detuvo hasta haber impregnado por completo su cabello, su espalda y sus piernas. Radu permanecía inmóvil en el interior de la choza abandonada, sin respirar apenas, el porro apagado entre sus dedos. Observó impassible cómo Boswell se alejaba y cómo, tras lo que se le antojó una eternidad, Jo comenzaba a moverse y muy despacio, con una lentitud que a Radu se le antojó agónica, se ponía de rodillas, apartaba su melena hacia atrás y se enjugaba la cara con una mano. Para entonces, algunas mujeres se habían asomado a mirar a las ventanas de sus chabolas; no había ningún hombre, porque ninguno se hubiese atrevido a atisbar siquiera el cuerpo desnudo de la mujer de Samson Boswell. Dos de las gitanas incluso habían salido a las puertas de sus casas: una miraba a Joanna con los brazos cruzados y una sonrisa de desdén en los labios; la otra, sin atreverse a salir del todo, se reía entre dientes medio oculta por la cortina que hacía las veces de puerta. Jo no tardó en percatarse de su presencia. Lentamente, pero con seguridad, se puso en pie, miró fijamente a la mujer que se apoyaba en la pared de su chabola mientras se limpiaba la cara de nuevo y se recogió la espesa melena húmeda con ambas manos, en un gesto que hizo levantarse notablemente sus pechos, antes de mirar hacia la mujer que se ocultaba tras la cortina y sonreír. Aquella sonrisa quedó clavada en la retina de Radu para siempre. Aquellos ojos feroces y desafiantes, como los de un gato montés acorralado. Aquel gesto lleno de orgullo y superioridad.

Mientras observaba cómo la silueta desnuda de Jo, pálida bajo la luz de la luna, viscosa de barro y orina, se alejaba hacia su chabola, el cuerpo de Radu se estremeció ante un torrente de sensaciones que, en toda su corta vida, jamás había experimentado antes.

XXII

—Hace poco más de tres horas han encontrado el cuerpo de Antoine Cirazzi en un chalé de La Panouse.

La voz de Barthélémy Galgani era firme y clara, pero sus ojos oscuros estaban completamente apagados y las arrugas de su rostro se marcaban más profundas y numerosas que nunca.

Santiago Matesanz, al que siempre le había llamado la atención la postura completamente erguida que caracterizaba al viejo Galgani, no pudo evitar fijarse en que aquella noche el cuello del *amiragliu* estaba como hundido entre sus hombros, como si estuviese a punto de ceder bajo el peso de su atribulada cabeza. Las manos, entrelazadas bajo su mentón, parecían ayudarle a sostener aquel peso, los codos apoyados sobre la mesa; un gesto en absoluto propio de Barthélémy Galgani. A pesar de ello, y como era habitual en él, el gran hombre había ido directamente al grano nada más sentarse a la mesa, sin ningún tipo de rodeos ni preámbulos. Como también era su costumbre, hizo una pausa para observar el efecto de sus palabras entre sus hombres. Escrutó cada semblante, mirándolos a los ojos uno por uno. Gheraldu Luporsi, Piero Galgani, el abogado François Molyneux y Santiago Matesanz habían sido convocados para una reunión urgente en la finca de Galgani hacia las once de la noche. Los cuatro habían permanecido en silencio en aquel despacho durante varios tensos minutos; ninguno esperaba buenas noticias, pero la aparición del cadáver de Antoine Cirazzi, el cual llevaba desaparecido desde hacía tres días, era una de las peores que podían recibir.

—Mañana le harán la autopsia —continuó Baptiste Felce, que había entrado acompañando al *amiragliu* y se había sentado a su izquierda—, pero según el primer examen, le cortaron limpiamente unos treinta tendones con un cuchillo de cocina; aparentemente murió desangrado.

Piero Galgani resopló. Estaba pálido, y los poderosos músculos de su mandíbula parecían ir a salirse a través de la piel.

—Es un método de tortura que utilizan las tríadas chinas —interrumpió Luporsi—. Van cortando los tendones de un brazo, por ejemplo, hasta que se desprenden los músculos. Luego siguen con otro brazo, con una pierna... lo último es el torso. Al final, lo que era una persona se convierte en un amasijo de carne.

—Algo así es lo que han hecho con Antoine —dijo el mayor de los Galgani con voz ronca—, pero ¿qué tenía que ver él con las tríadas chinas? Es ridículo.

—Dudo mucho que tenga nada que ver con las tríadas —afirmó Santiago. Todas las miradas se volvieron inmediatamente hacia él—. El tipo que estuvo haciendo preguntas en la residencia el día antes de desaparecer Antoine era occidental, y los chinos no confían en extranjeros para estos asuntos.

—¿Y a qué vino lo de cortarles los tendones entonces? —preguntó Piero.

—Tal vez para distraernos, para hacernos pensar que fueron los chinos los que mataron a Antoine, o simplemente porque al tipo le gusta ese método. Yo pienso que fue un solo hombre el que se encargó de todo; uno con muchos recursos.

—¿Un profesional? —sugirió Baptiste.

—Ya viste que se las arregló para sacar a Antoine de la residencia sin dejar el mínimo rastro —le contestó Matesanz—; eso no lo hace cualquiera. Yo diría que hay muy poca gente capaz de algo así. ¿Encontró la madera alguna pista en La Panouse?

—Hasta ahora no —respondió Baptiste en tono sombrío—. Ni un modelo de coche, ni una huella..., nada de nada.

—Y la manera en que se infiltró en la residencia para conseguir información es la forma de actuar de un profesional meticulado. Lo de disparar desde una azotea con un rifle largo también parece propio de un profesional.

—Aquel día iba a por Barthélémy y falló —opinó Luporsi—. Ya había descubierto la conexión con Antoine; lo de torturarlo debió de ser para hacerse con toda la información posible sobre nosotros antes de intentarlo de nuevo. Como tú dices, Santi, tanto si es uno solo como si son más, son muy meticulosos y muy profesionales.

—Eso seguro. —Era el *amiragliu* quien hablaba—. Si fueron a por Antoine fue para sacarle todo lo que supiese. Pobre diablo... —masculló en tono sombrío—. Nadie aguanta una tortura como esa, así que vamos a ponernos en lo peor. Si alguien conocía los entresijos de nuestra organización, ese era Antoine Cirazzi; el pobre sabía más sobre la cofradía que yo mismo. A poco que haya dicho, nuestros enemigos tendrán ahora un auténtico tesoro de sabiduría sobre la cofradía de Partinello. —Torció la boca en una amarga sonrisa—. ¡Jodidos cerdos hijos de la gran puta! ¡Maricones todos!

Un silencio sepulcral siguió a la imprecación de Galgani. Este siempre se había caracterizado por su frialdad; aunque solía utilizar un vocabulario moderadamente fuerte, no era hombre de levantar la voz ni de improperios. El modo en que se había producido la muerte de su amigo, junto con lo que ello implicaba, le estaba afectando visiblemente. Aun así, dados los últimos acontecimientos, la templanza del gran Barthélémy Galgani seguía siendo impresionante a ojos de Santiago, que estaba seguro de no conocer a nadie capaz de mantenerse más frío ante semejante situación. No cabía duda de que aquella era una de las principales cualidades que le habían convertido en el líder indiscutible de la cofradía.

Los seis hombres permanecieron callados alrededor de la larga mesa de sapeli, apenas iluminados por la curiosa combinación que producían el amarillento resplandor de una pequeña lámpara de mesa y la blanca luz de la luna, cuyos mortecinos rayos se colaban a través del gran ventanal. El primero en romper el silencio fue el menor de los Galgani.

—Necesitamos encontrar a ese hijo de puta y dar un buen escarmiento con él, que se hable de su muerte una temporada, que se sepa lo caro que sale torturar a nuestra gente.

—Eso sería cojonudo, pero demasiado difícil —rebatía Gheraldu Luporsi—. Solo hay dos maneras de dar con un sicario a sueldo: pillarlo in fraganti o localizarlo a través de su cliente, y no tenemos ni puta idea de quién le paga. ¿Qué cojones? Ni siquiera sabemos si se trata realmente de un profesional a sueldo o de un tipo muy fino de alguna organización, o de un equipo de élite de sabe Dios dónde. ¡No sabemos nada! —La mesa tembló bajo el puño de Luporsi.

—Cálmate, Ghera —respondió Piero con autoridad—. Si es un asesino a sueldo, debe de haberlo contratado Petrovic. Tiene más dinero que personal de confianza.

—No pierdas la perspectiva. —Esta vez era el mayor de los Galgani quien hablaba—. Petrovic es un pez pequeño, y su banda un puñado de refugiados del Este, por más experiencia que tengan masacrando aldeanos y quemando granjas. Esos kosovares nunca se habrían atrevido con nosotros si no les hubiesen azuzado; deben de contar con algún apoyo fuerte detrás, un apoyo que les haga creerse que pueden llegar a ser alguien en Francia. —Se detuvo un momento, como reflexionando, el mentón apoyado sobre las manos cruzadas—. De todos modos, tienes parte de razón, Piero —prosiguió—. Quiero que acabes con esos mierdas de una vez; utiliza la fuerza que haga falta, pero extermínalos. Eso sí, intenta coger vivo a Petrovic, quiero hacerle cantar; y si no puede ser él, procura atrapar a alguno de los suyos. Te doy de plazo hasta el lunes.

Piero, que había sonreído al recibir aquellas órdenes de su padre, se sorprendió al oír esto último.

—¿Solo hasta el lunes?

—Sí, y te diré por qué. Mañana empezaremos los velatorios de Antoine a mediodía, en cuanto terminen de hacerle la puta autopsia. Quiero que llames a tu hermana ahora mismo y que se ocupe de todo, que reserve el mejor tanatorio de Marsella durante cuarenta y ocho horas y que organice el funeral para el lunes por la tarde. Que no escatime en gastos. Antoine era un hombre respetado, vendrán miembros de todas las viejas bandas a presentar sus respetos. Quiero hablar con ellos y convocar a sus jefes a una reunión después del funeral.

—Habrá que enterrar a Antoine en Cargèse... —sugirió Piero.

—Sí, pídele a Chjara que busque la forma de enviar el cuerpo el lunes por la noche, para que pueda enterrarlo su familia; por desgracia nosotros no podremos asistir al entierro. Baptiste —continuó Galgani—, ¿tienes localizados a los desgraciados que quisieron jugárnosla en París la semana pasada? —Baptiste asintió con la cabeza—. Bien, te digo lo mismo que a Piero: despáchalos a todos e intenta traerme vivo a su jefe, a ver si podemos sacarle algo; seguro que están metidos en la misma mierda que los kosovares. Haz lo que tengas que hacer, Bap, pero es importante que te encargues de ellos antes del funeral; no puedo presentarme ante los otros líderes como un débil, un viejo venido a menos que no es capaz de hacerse respetar. Quiero mostrarles los cráneos de mis enemigos para que vean que la cofradía de Partinello sigue siendo la organización más fuerte de la Costa Azul.

—Disculpe la interrupción, señor Galgani —el abogado François Molyneux había tomado la palabra por primera vez—, pero supongo que se da cuenta de lo que va a ocurrir. Dos masacres durante el fin de semana, el velatorio, al que van a asistir pistoleros fichados de media Francia, y el lunes, para postre, estarán los señores del crimen de la Costa Azul reunidos en el funeral de un hombre torturado y asesinado... Es evidente que la Policía se nos va a echar encima como lobos, y usted va a estar justo en medio; las fuerzas de seguridad de todo el país le señalarán directamente con el dedo.

—Mi querido François, sé perfectamente lo que va a pasar, pero no hay otro remedio. Estamos contra las cuerdas, y si no nos revolvemos, no te quepa duda de que nos van a noquear. Necesito el apoyo del resto de la vieja guardia, necesito hacerles comprender que, si volvemos a estar unidos, todavía podemos volver a hacernos con el control de nuestro territorio. Debo hacerles ver que, después de nosotros, van a empezar a caer ellos uno a uno hasta que nos borren a todos del

mapa. —Galgani hizo una pausa para mirar al resto de los presentes—. Sé muy bien que esto me va a costar el anonimato que tanto esfuerzo me ha supuesto mantener durante toda mi vida, y que voy a convertirme en el centro de atención de los cerdos de azul, tal vez para siempre. Pero si ese es el precio que tengo que pagar por la supervivencia de nuestra organización, será un precio pequeño. Además —esbozó una sonrisa cínica—, entre el atentado y lo de Antoine, seguro que el nombre de Barthélémy Galgani ya está en boca de más de un inspectorcillo con ganas de colgarse alguna medalla.

François Molyneux hizo un gesto de resignación.

—Está bien. Habrá que mover todos nuestros hilos para que la Policía nos deje siquiera respirar estos días —concluyó.

—Nos pondremos con ello, Franchi —dijo Luporsi, que esbozó una sonrisa feroz—. Vete preparando la cartera, Barthélémy. Este año se adelanta la Navidad.

Todos rieron el comentario; todos menos Santiago.

—No son los maderos los únicos por los que tendremos que preocuparnos —dijo—. Velatorio sábado tarde, domingo y lunes por la mañana; por no hablar del funeral. Al asesino le sobra tiempo para planificar otro atentado, y esta vez no creo que vuelva a fallar.

—Por eso no quiero que te separes de mí durante los próximos días, Santiago. Tú te encargarás de que no me ocurra nada.

—Habrá demasiada gente, demasiada confusión; así va a ser imposible garantizar su seguridad.

Barthélémy Galgani se puso en pie, rodeó la mesa y colocó ambas manos sobre los hombros de Santiago.

—Confío en ti —dijo—; confío en todos vosotros, sé que no me fallaréis. —Dicho esto, el *amiragliu* abandonó su despacho.

El resto de los asistentes se apresuraron a salir detrás de él. Santiago, sin embargo, permaneció en su sitio. Luporsi le observó desde la puerta.

—¡Deja de comerte la puta cabeza, Santi! Lo harás perfectamente. ¿No le salvaste tú el culo a Sergiu dos veces? Vete a la cama y descansa.

El Segador no se volvió; se quedó sentado en la oscuridad mucho después de que Gheraldu Luporsi se fuese. Recordaba muy bien la primera vez que Sergiu Cresone le había pedido que le cubriese las espaldas.

Había ocurrido cuando llevaba poco más de año y medio en Marsella. Su *sceffu* le había pedido que le acompañase a un pub del Cours Julien, cuyo dueño era colaborador suyo. A pesar de que, según los rumores, estaba haciendo un gran negocio con la mercancía que le suministraban los corsos, el tipo llevaba tiempo dando problemas con los pagos.

La oficina de Edwyn Rousseau, que así se llamaba el traficante, se encontraba al fondo del local. Cresone indicó a Santi que esperase en la barra mientras él hablaba con el dueño. No habían pasado ni cinco minutos cuando un hombre alto y delgado entró en el local seguido de dos individuos corpulentos. El marsellés no conocía a ninguno de ellos, pero su aspecto le llamó la atención de inmediato; más aún cuando vio que se encaminaban directamente hacia la oficina de Rousseau, sin acercarse a la barra, sin echar siquiera un vistazo a las camareras. Iba a detenerlos, a decirles que se esperasen fuera mientras su jefe hablaba con el dueño del local, cuando se percató de que el más delgado aminoraba la marcha, dejando pasar delante a sus compañeros, al

tiempo que introducía una mano en un bolso lateral de su chaqueta. En aquel instante, supo con exactitud lo que iba a ocurrir. Su corazón se aceleró tanto que estuvo a punto de sufrir un desmayo. Tuvo la sensación de que el tiempo se ralentizaba mientras veía, como entre niebla, a los tres sicarios acercarse muy lentamente hacia la puerta de la oficina.

Súbitamente, sin apenas darse cuenta de lo que estaba haciendo, reaccionó. Fue hacia el más delgado, se situó tras él y le disparó a quemarropa en medio de la espalda. Su objetivo pareció ir a desplomarse de bruces, pero trastabilló sin caer al suelo. Acto seguido, abrió fuego dos veces contra el más cercano de los que quedaban. No estaba a más de tres metros, pero la mano de Santiago temblaba como una hoja. Ambos disparos erraron el blanco. Con una rapidez que desmentía su volumen, el sujeto se dio la vuelta al tiempo que sacaba un revólver del interior de su americana; el otro se había abalanzado tras la mesa de billar que había cerca de la pared nada más escuchar la primera detonación. Santiago disparó de nuevo. Esta vez impactó en un lateral de la abultada barriga de su objetivo; el hombre reculó ligeramente, como si hubiera recibido un empujón, y levantó el arma para apuntar a su agresor. Entre tanto, el tipo delgado se dio la vuelta, se tambaleó hacia Santi y, de este modo, le salvó la vida. Su compañero disparó dos veces; ambas balas habrían acertado de pleno si el sicario moribundo no se hubiese interpuesto en la trayectoria de los proyectiles. Uno de ellos le partió el omoplato, el otro le entró por la nuca. Cayó abrazado a Santiago, derribándole; este hizo fuego desesperadamente cuatro veces más desde el suelo. Fue una ráfaga afortunada: la primera de las balas se hundió en la pierna del sicario corpulento, que se desplomó. La cuarta le atravesó el corazón.

A pesar de este éxito, Matesanz no tardó en sentir cómo una bala impactaba a pocos centímetros de su cabeza; el tercer sicario le disparaba parapetado tras la mesa de billar. En aquel momento, Santiago experimentó una extraña sensación de calma, sensación que acompañaba a la absoluta certeza de que iba a morir. Aferró su arma con ambas manos, respiró hondo, expulsando el aire hasta que solo le quedó un poco, tal y como le había enseñado Luporsi, apuntó y apretó el gatillo tres veces. La primera bala se incrustó en la pared, la segunda rozó el hombro de su objetivo, que se encogió dolorido. No llegó a haber una tercera bala por más que apretó el gatillo, tan solo el inofensivo chasquido del muelle; había agotado los diez disparos de su Glock 26. Observó cómo el sicario se ponía en pie, enseñando los dientes mientras apuntaba sin prisa para, acto seguido, desplomarse al tiempo que un torrente de sangre y sesos se proyectaba a través de su sien. Lo siguiente que vio fue a Sergiu Cresone dirigiéndose hacia él con su 45ACP[25] en la mano.

—¿Te han dado?

Santiago no acertó a responder. Mientras Sergiu le ayudaba a ponerse en pie, solo podía mirar los cadáveres y la sangre de su alrededor; se percató de que su propia ropa estaba cubierta de sangre y las rodillas le fallaron, pero Cresone le sujetó.

—Vamos, vamos, no tienes nada. Es un puto milagro, estás nuevo. ¡Vamos! —Le palmeaba la cara para hacerle reaccionar—. Ahora hay que largarse. ¡Muévete, cojones!

En un abrir y cerrar de ojos, el *sceffu* había limpiado las culatas de ambas armas y las había colocado en las manos de dos de los cadáveres. Cuando salían, el marsellés se percató de que el local, que estaba ocupado por más de veinte personas cuando habían llegado, se encontraba vacío por completo. Miró por primera vez a través de la puerta de la oficina y vislumbró el cuerpo de un hombre recostado boca abajo sobre un escritorio; Edwyn Rousseau era historia.

Atravesaron la calle del pub a paso ligero; Cresone había cogido un abrigo abandonado encima de la barra para que Santiago cubriese sus ropas ensangrentadas. Dos calles más arriba se separaron.

—No se te ocurra ir a tu casa. Escóndete en el primer escaparate que encuentres —además de para blanquear dinero, la organización también utilizaba ocasionalmente estos negocios como refugio o piso franco— y no te muevas hasta nueva orden. Da un rodeo por donde no haya gente, no te acerques a nadie. ¡Y no corras! Vete caminando.

Sergiu Cresone se despidió con una fuerte palmada en el brazo de Santiago, que siguió andando casi por inercia. Vio un parque al final de la calle y se dirigió hacia él. A medida que se acercaba, comenzó a sentirse realmente enfermo. Las piernas le temblaban, la cabeza le daba vueltas y respirar le costaba cada vez más. A duras penas consiguió alcanzar los límites del parque; se arrodilló entre unos setos y vomitó. Devolvió una y otra vez, hasta que comenzó a escupir una bilis verdosa que le goteaba por el mentón y caía sobre sus manos impregnadas de barro y fluidos de su propio estómago. Nunca llegó a saber con exactitud el tiempo que permaneció allí, semiinconsciente, abrumado por el olor de la sangre, el vómito y la bilis, antes de conseguir ponerse en pie y proseguir su camino. Aquella noche fue la primera vez que Santiago Matesanz, el que llegaría a ser conocido como el Segador, de la cofradía de Partinello, le quitó la vida a un ser humano. Aquella noche habían muerto dos personas por su mano, y, aunque intentaba quitárselo de la cabeza por todos los medios, no podía dejar de pensar en que aquellos dos hombres tendrían hijos, hermanos, padres, amantes..., en que habían sido seres capaces de pensar, de reír, de llorar, de amar..., y que había sido él, Santiago Matesanz, quien los había convertido en dos pedazos de carne. Carne muerta. Él lo había visto, se habían convertido en carne muerta delante de sus ojos...

Otros pensamientos se agolpaban en su mente. El terror que había sentido al tener que enfrentarse a los tres sicarios sobrepasaba cualquier sensación de miedo que hubiese sentido nunca; ni siquiera cuando le había detenido la Policía con toda aquella droga en el maletero, cuando había pensado que iba a pasarse el resto de su juventud en la cárcel. Estaba también aquella sensación tan extraña, aquella calma absoluta, aquella frialdad que le había invadido en medio del tiroteo, y que le resultaba por completo desconocida. Si de algo estaba seguro Santiago Matesanz era de que, después de aquella refriega, se había producido una profunda transformación en su interior. Algo había cambiado para siempre en él, jamás volvería a ser la misma persona.

Pasó la noche en La Concorde, uno de los muchos hoteles de Marsella que pertenecían a la organización. A pesar del agotamiento, no consiguió conciliar el sueño durante más de quince minutos seguidos: sangrientas pesadillas hacían que se despertase empapado en sudor. La mañana no trajo ningún alivio para él. Permaneció tumbado sobre la cama de su habitación, enroscado alrededor de la almohada, entre el sueño y la vigilia. Pasadas las cuatro de la tarde, el recepcionista picó a su puerta. Traía un escueto mensaje de Sergiu Cresone: «20:30 en mi casa».

Ducharse y salir a la calle le había costado un esfuerzo terrible. El miedo de recibir un disparo desde cualquier esquina o de que le cortase el paso una patrulla de la Policía para llevárselo detenido le atenazaba. Cogió un taxi que le llevase directamente a casa de Cresone, a pesar de que aquello iba contra las normas. Era el tipo de maniobra que podía hacer que les relacionasen a ambos o que le siguiesen con facilidad, pero no se vio capaz de hacer el trayecto al descubierto.

Cuando llegó, el equipo al completo se encontraba allí esperándole. A Santi le impresionó la frialdad de su *sceffu*; Cresone parecía tan tranquilo como si nada hubiese ocurrido, incluso mientras les explicaba la realidad de la situación. Rousseau no había dejado de pagarles por arrogancia ni por estupidez, sino que, por alguna razón, se había vendido al clan de los Clichy. Así se conocía a la organización fundada en su día por los hermanos Jean-Jaques y Pierre Clichy y que operaba en Marsella desde hacía más de veinte años. Las relaciones entre la cofradía de Partinello y el clan de los Clichy nunca habían sido buenas; estos últimos habían visto mermar su negocio en los últimos años, en buena parte a causa de las actividades de los corsos. Los tres sicarios que habían ido a por Sergiu pertenecían al clan, y parecía evidente que habían estado utilizando a Rousseau como cebo para acabar con el *sceffu*.

—Si no llega a ser por Santi —había dicho Cresone—, ahora mismo uno de vosotros estaría a punto de ascender.

Jaume Castella y los demás rieron el comentario. Todos felicitaron al joven Matesanz, incluso Vincent Millet le dio una fuerte palmada en la espalda, un gesto que jamás le había visto dedicar a nadie. De alguna manera, todas aquellas muestras de admiración y respeto sirvieron para calmar a Santiago. Le ayudaron a salir poco a poco de la pesadilla en la que, a pesar de haber comenzado hacía tan solo unas horas, le parecía llevar inmerso una eternidad. No obstante, estaba claro que la guerra contra el clan de los Clichy aún estaba en sus primeros compases. Todavía quedaba mucha sangre por derramar.

XXIII

El hombre al que todos conocían como Lauda estaba tumbado boca arriba sobre la cama de un reservado del Sandokan, uno de los muchos prostíbulos de la ciudad costera de Niza. Fumaba un Behike mientras Nadine, la prostituta argelina que le acompañaba, acariciaba sus rocosos pectorales. Los dedos de la chica se entretuvieron en la gruesa cadena de oro que Lauda llevaba al cuello, de cuyo extremo pendía un crucifijo del mismo material.

—Te gusta el oro, ¿eh? —dijo el hombre—. A todos nos gusta; es un símbolo de riqueza. —Se incorporó parcialmente para apoyarse en el cabecero de la cama y dio una fuerte chupada al habano—. La plata es vulgar, hasta el platino, por mucho que sea más caro; pero el brillo del oro es inconfundible, es el brillo del éxito.

Cogió a la prostituta delicadamente por la barbilla y la besó, introduciendo una bocanada de humo en su boca al hacerlo. Nadine se apartó bruscamente, todo su cuerpo sacudido por un fuerte ataque de tos. Lauda soltó una carcajada.

—¡Cerdo! —chilló la mujer—. ¿Cómo podrás fumar esa mierda?

—Claro —el hombre estiró la mano libre hacia la mesita y cogió una bolsita de cocaína—, a ti te gusta más esto, ¿verdad?

Colocó su teléfono móvil boca abajo sobre la cama y vertió parte de la droga sobre él. Con mano experta, dividió la cocaína en cuatro partes valiéndose de una tarjeta de crédito. La prostituta, entre tanto, enrolló un billete de cincuenta euros, se lo llevó a la nariz y esnifó una de las rayas, la más grande. A continuación echó la cabeza hacia atrás y aspiró con fuerza, tapándose la fosa nasal contraria con el dedo, para asegurarse de que toda la cocaína penetraba en su organismo. Al terminar dedicó una sonrisa lasciva a su cliente, que sonrió también.

—Anda, métete otra, no seas tímida.

La chica estaba a punto de hacerlo cuando el móvil comenzó a vibrar; Lauda lo cogió, tirando la cocaína despreocupadamente al suelo al hacerlo. Reconoció el número de François en la pantalla del teléfono. El que había sido guardaespaldas del difunto Gerard Martin era ahora uno de sus hombres de confianza. Contestó de mala gana.

—¿Qué pasa?

—Nos han cogido, Lauda. —La voz del hombre era entrecortada y temblorosa.

—¿Qué dices?, ¿quién?

—Los corsos. Han matado a Leví, a Rigobert..., no te imaginas lo que le han hecho a Marcell.

A Lauda le constaba que Franchi, como él le llamaba, era un hombre duro, pero en aquel momento parecía a punto de echarse a llorar. Apretó el móvil con tanta fuerza que crujió, a punto de romperse.

—¿Y tú?

—Me obligaron a llamarte, Lauda. Dicen que, si no vienes hasta el embarcadero ahora mismo, me harán lo mismo que a Marcel. Lauda, por favor..., te lo suplico...

—¡Que te jodan, Franchi! —vociferó—. ¡Puto maricón de mierda!

Arrojó el móvil contra el suelo tan violentamente que salieron piezas volando en todas direcciones. Seguidamente, pisoteó los restos de manera frenética, hasta que quedaron reducidos a un amasijo de plásticos aplastados; no contento con esto, extrajo la tarjeta SIM como pudo y la quemó con su mechero Zippo. Sabía perfectamente que los corsos intentarían utilizar la llamada para localizarle, que tal vez en ese momento lo habrían conseguido ya.

Nadine observaba la escena desde la cama, inmóvil. Vio cómo el hombre, completamente desnudo, salía de la habitación dando un portazo. Lo siguiente que hizo fue abalanzarse sobre la puerta de la habitación contigua, echándola abajo de una patada. En el interior estaba Bertrand, su lugarteniente, poniéndose la camisa junto a la cama, desde la que dos voluminosas mujeres de color miraban a Lauda con los ojos desorbitados de terror. El canadiense, por el contrario, permanecía imperturbable. Conocía bien a su jefe, y había comenzado a vestirse nada más escuchar los gritos al otro lado de la pared.

—¡Bertrand! —vociferó Lauda—. ¡Nos vamos cagando hostias!, ¡rápido!

—Tendrás que ponerte algo de ropa, ¿no te parece? —Agarró la nuca de su jefe y amigo para tranquilizarle—. Tienes que calmarte, amigo mío, se está enterando todo el puticlub. Vístete, recoge lo que tengas que recoger y nos largamos. ¿OK?

Lauda se había quedado quieto súbitamente, la mirada perdida y la respiración agitada. Asintió varias veces con la cabeza, miró a su lugarteniente como si se diera cuenta por primera vez de que le estaba hablando, y le palmeó la cara afectuosamente con ambas manos. Acto seguido, dio media vuelta y se fue corriendo hacia la habitación de la que había salido.

Pocos minutos más tarde, los dos hombres viajaban por Route de la Turbie a más de doscientos kilómetros por hora, a bordo de un BMW 330 color negro. Lauda conducía mientras Bertrand, muy serio, veía el paisaje pasar como un borrón por la ventanilla. Su jefe ya le había puesto al tanto de la situación.

—¿Por qué no escapamos a Zúrich una temporada? —sugirió—. Allí no hay manera de que nos echen mano.

Lauda negó con la cabeza.

—De eso nada. Conozco un motel en Breil; nos escondemos allí unos días y nos reagrupamos. ¿Tienes el móvil ahí?

—Claro.

—Llama a Petrovic.

Bertrand obedeció, pero no obtuvo respuesta alguna.

—Dice que está apagado.

—¡Mierda! —Se mordió el labio inferior con fuerza. Cuando volvió a hablar, su lugarteniente pudo distinguir con claridad las marcas de sus dientes en el labio—. Dame el puto teléfono, anda.

* * *

A sus sesenta y ocho años de edad, don Jaime de Hercilla y Montalbán conservaba la

costumbre de salir a correr diez kilómetros todos los días antes de desayunar. Se trataba de un hábito adquirido durante sus años de entrenamiento con las COE y al que procuraba ser fiel cada día, lloviese o nevase. Aquella mañana había estado corriendo por los alrededores de su hacienda familiar, siguiendo su ruta habitual, y estaba de regreso antes de las siete y media. Había dado los buenos días a sus empleados y supervisado sus labores durante una media hora, como era su costumbre. Tras ducharse y desayunar, se dispuso a comenzar su rutina diaria de trabajo.

Lo intrincado de la red de comunicaciones de la compañía hacía que el mero hecho de consultar si había alguna petición de la que ocuparse le supusiese una cantidad considerable de tiempo. La mayor parte de las veces el proceso era infructuoso; aquella mañana, sin embargo, tuvo una agradable sorpresa: había una petición externa, lo cual significaba que algún agente del extranjero había cerrado un contrato que debía ser realizado en su área. Era el tipo de contratos que resultaban menos beneficiosos económicamente, ya que el agente extranjero se llevaba parte de la comisión, pero don Jaime lo prefería así, ya que de esa manera solo tendría que encargarse de contactar con el eliminador. La comunicación con el cliente era cosa del otro agente, lo cual siempre le resultaba mucho más cómodo; aborrecía tratar con los clientes. Por otro lado, la confidencialidad en los tratos con la compañía era total, no había forma de que los agentes pudiesen contactar entre sí, ni tampoco podían saber de qué país provenían las peticiones.

Tal como hacía siempre, el teniente coronel se tomó su tiempo para analizar toda la información disponible acerca del objetivo. Tras un minucioso examen llegó a la conclusión de que se trataba de un encargo fácil, además de bien pagado. No se necesitaba un eliminador de alto nivel, lo que dejaba un margen de beneficios muy atractivo para él a pesar de la comisión del agente extranjero. Para cuando hubo terminado con todas las gestiones e iniciado el tortuoso proceso de ponerse en contacto con el hombre adecuado, se acercaba ya el mediodía. Siguiendo con su rutina de trabajo, encendió los dos teléfonos móviles que utilizaba para contactar con la agencia.

Lo atractivo del encargo que había recibido a primera hora le había alegrado la mañana, pero su buen humor se disipó nada más ver uno de los mensajes. El cliente «Carrión» había telefoneado durante la noche; no le quedaba más remedio que devolver la llamada.

—¡Buenos días, viejo! Ya pensé que te habías olvidado de mí.

Al otro lado de la línea, el teniente coronel tuvo que morderse la lengua para no soltar una imprecación. La insolencia de aquel individuo le ponía enfermo.

—Al grano, por favor —se limitó a responder fríamente.

—Eso es lo que yo quisiera, que fuésemos al grano y acabásemos con el asunto de una puta vez. Nuestro pez sigue vivo y coleando; hay que sacarlo del agua ya.

—Ya le expliqué las condiciones. Mi hombre aún no ha agotado el periodo de tanteo. Hasta mañana no empieza a correr el plazo, que es de otros quince días; debe usted tener paciencia.

—¿Quince días? —vociferó Lauda—. ¡No tengo quince días, imbécil, gilipollas! ¡Tenéis que encargarnos del objetivo ya! ¿Me entiendes? ¡Ya!

—Si lo desea —continuó don Jaime pausadamente—, todavía está a tiempo de anular el contrato; solo perdería el dinero adelantado.

La carcajada frenética con la que le respondió su cliente hizo que tuviese que apartar el oído del auricular. No le cabía ninguna duda de que aquel sujeto era un demente.

—¡Qué más quisieras tú! ¡Ja! ¡Qué más quisieras que librate del trabajo sucio y embolsarte el

dinero por no hacer nada!, ¿verdad? Ya veo a lo que te dedicas, viejo; tú te dedicas a aceptar contratos que no tienes intención de cumplir, y después das largas y más largas, sí, hasta que al pobre desgraciado le pueden los nervios y desaparece con el rabo entre las piernas y tú te quedas con su dinero sin mover un dedo, ¿no es así?

Don Jaime tuvo que armarse de paciencia para responder sosegadamente:

—Está usted completamente equivocado, señor mío, yo jamás he dejado ningún negocio a medias. Aténgase a las condiciones de nuestro trato y el asunto se resolverá felizmente para los dos; pero si no está usted conforme, ya sabe lo que tiene que hacer.

Durante unos segundos no obtuvo respuesta alguna. Empezaba a pensar que el cliente había cortado la comunicación cuando la áspera voz de Carrión volvió a sonar a través del auricular.

—Yo no voy a echarme atrás, viejo, y más te vale que tú tampoco. De quince días, nada. Tienes una semana para cumplir, y como no lo hagas, el que va a ir a por ti voy a ser yo. Tú intenta jugármela, que ya me encargaré yo de hacer que te cagues mil veces en el día que naciste.

Esta última puya acabó definitivamente con la paciencia de don Jaime, que respondió enfurecido:

—¡A mí no me amenaza nadie, hijo de la gran puta!, ¿me oyes? ¡Nadie!

—Tranquilo, viejo, tranquilo, no te alteres. Tú cumple con tu parte y no pasará nada. Ahora, como se te ocurra dejarme vendido, te vas a enterar de con quién tratas. Te doy una semana, ni un día más. —Y colgó el teléfono.

Al otro lado de la línea, el antiguo teniente coronel cerró los ojos y trató de regular su respiración, inspirando profundamente y espirando el aire muy despacio, en un intento por controlarse. Aquel maldito demente había aceptado el plazo sin problemas hacía apenas diez días, y ahora actuaba como si le estuviesen estafando. Decidió que el ponerse en las manos de semejante lunático era un riesgo que no podía correr; tenía que alejarse hasta que terminase todo. Nadie podía garantizar que el objetivo fuese eliminado en una semana y, de alguna manera, intuía que «Carrión» contaba con los medios necesarios para cumplir sus amenazas.

Se conectó a Internet una vez más. Aunque no albergaba esperanzas de que aquello solucionase nada, dejó un mensaje para su contacto, la mujer con la que se había entrevistado en Bucarest: «Os queda una semana para cumplir el objetivo». Ningún eliminador hubiese aceptado una reducción de plazo tan drástica sin previo aviso. Era algo que a don Jaime no se le hubiese pasado por la cabeza en condiciones normales, pero las condiciones de aquel encargo habían dejado de ser normales hacía mucho.

Durante la siguiente hora se dedicó a dar las instrucciones pertinentes a sus empleados para que cuidasen correctamente de la hacienda en su ausencia. Recalcó que no sabía a ciencia cierta cuánto tiempo iba a estar fuera; entre dos y cuatro semanas, tal vez más, y así quería que se lo comunicasen a quienquiera que preguntase por él. Ordenó a Herminia, su vieja ama de llaves, que le hiciese el equipaje con lo imprescindible. La mujer obedeció de inmediato sin hacer una sola pregunta ni un comentario, tal y como había hecho siempre durante los últimos treinta años. Una vez hubo concluido todos los preparativos para su marcha, don Jaime se encerró de nuevo en su despacho, abrió la pequeña caja fuerte que se ocultaba bajo una de las tablas de roble del suelo y sacó un teléfono móvil. Tras teclear un código de veinte números, escuchó una voz aflautada a través del auricular.

—Club de Caballeros Escorial. —Se trataba de don Anselmo, el recepcionista del club.

—Aquí don Jaime de Hercilla y Montalbán, número de socio ciento veintisiete. Solicito hablar con nuestro presidente.

Esperó unos segundos a que el sistema completase la identificación de voz, tras lo cual obtuvo contestación del recepcionista.

—Aguarde unos instantes, don Jaime. Intentaré ponerle en contacto con el señor presidente a la mayor brevedad.

XXIV

En el año 1525, un año después del sitio de Marsella por parte del ejército del emperador Carlos V, Francisco I, rey de Francia, decidió guarnecer la ciudad portuaria construyendo dos fortalezas. Los asesores del rey decidieron que los lugares idóneos para levantarlas serían la isla de If y la colina de La Garde. Esta última se eleva más de ciento sesenta metros por encima del nivel del mar, constituyendo un puesto de observación natural desde el que se domina toda la línea costera de la localidad. Había en lo alto de la colina una pequeña capilla, erigida tres siglos antes, en honor a la Virgen María, por obra de la devoción de un humilde sacerdote de nombre Pierre. Francisco I decidió respetar el modesto oratorio, conocido por el nombre de Notre-Dame de la Garde, de modo que la fortificación se construyó en derredor del viejo edificio sin que una sola de sus piedras fuese desplazada en el proceso. El bastión fue bautizado como Fort Notre-Dame de la Garde, y el monarca, en una decisión sin precedentes, ordenó que el puente levadizo permaneciese bajado durante el día en tiempos de paz, de modo que la capilla estuviese abierta para todas las gentes de fe en lugar de quedar cerrada para el uso exclusivo de la guarnición del fuerte, como era habitual en aquellos casos.

La nueva fortaleza no sirvió para evitar la derrota francesa en Pavía al año siguiente, con la consecuente captura del rey Francisco, ni para atajar las dos décadas de guerra prácticamente ininterrumpida que mantuvieron ambos monarcas, pero sí para incrementar la fama del pequeño santuario, que a finales de ese mismo siglo se había convertido en el lugar de culto preferido por los numerosos pescadores y marineros de la zona. Fueron estos los que iniciaron la costumbre de colocar sus exvotos en el exterior, de modo que los muros de la capilla comenzaron a llenarse de aparejos marinos, instrumentos de pesca, formidables ejemplares de la fauna marina local y demás ofrendas realizadas por los hombres de la mar.

La capilla sobrevivió a los azarosos tiempos de la Revolución francesa, durante la cual sirvió como prisión de algunos miembros de la Casa de Borbón, aunque, debido a la prohibición del culto católico, se vio despojada de sus dos vírgenes: la de madera, que había presidido el ábside desde su consagración en el siglo xiii, y la de plata, que databa de mediados del xvii. Los revolucionarios expoliaron también los altares y las campanas, dejando el edificio vacío y desnudo.

Sería un marinero, Joseph-Elie Escaramagne, quien, quince años después del expolio, donaría la Vierge au bouquet (la Virgen del ramillete de flores), que aún hoy puede verse en la cripta detrás del altar mayor. Casi treinta años después, las autoridades castrenses, que aún controlaban la capilla por hallarse en suelo militar, aprobaron su ampliación, que venía siendo reclamada apasionadamente por las gentes devotas de Marsella desde hacía siglos. Tras las obras, se vio que

la pequeña campana que coronaba la torre se había quedado demasiado pequeña en comparación con el edificio, de modo que ordenaron la fundición de una nueva en Lyon; el resultado fue una gigantesca campana de ocho toneladas de peso que parecía amenazar con demoler todo el santuario, colgada como estaba en lo alto de la diminuta torre. Así fue como, seis años después de su instalación, los administradores de Notre-Dame de la Garde aventuraron una petición al por entonces ministro de la Guerra, Armand Jacques Achille Leroy de Saint-Arnaud, para demoler la vieja capilla y levantar en su lugar una gran basílica rematada por un campanario con reloj. Para sorpresa de los administradores y enojo de gran parte de los oficiales del fuerte, Saint-Arnaud aprobó el proyecto.

La construcción no estuvo exenta de polémica: se eligió como arquitecto al joven Henri-Jacques Espérandieu, de tan solo veintitrés años de edad y practicante del protestantismo. La primera piedra fue bendecida por el obispo de Marsella, Eugène de Mazenod. A la muerte de este, en 1861, la edificación había sido detenida en numerosas ocasiones a causa de la falta de presupuesto, por lo que tan solo los muros exteriores y la base del campanario habían sido levantados. El pueblo marsellés se indignó ante tal situación, ya que las donaciones de los fieles habían sido copiosas y los donantes exigían saber a dónde había ido a parar su dinero. El ritmo de las obras aumentó considerablemente bajo la tutela del sucesor de Mazenod, Patrice Cruice, de modo que el 4 de junio de 1864, el cardenal Villecourt, arropado por una cohorte de cuarenta y un obispos, consagró el nuevo santuario a pesar de que la torre aún no había sido terminada; la gran campana de ocho toneladas no podría ser instalada hasta dos años más tarde.

Las obras de la basílica de Notre Dame de la Garde, como pasó a ser conocida desde entonces, no acabaron ahí. Se había proyectado la colocación de una imagen de la Virgen con el Niño Jesús en brazos en lo alto de la torre. La estatua, de más de once metros de altura y casi diez toneladas de peso, fue fabricada mediante un proceso revolucionario para la época, la galvanoplastia electrolítica, y recubierta con pan de oro para que brillase dorada bajo la luz del sol.

Radu contempló la refulgente estatua desde las escaleras que subían hasta el templo. Eran las cuatro de la tarde y el sol empezaba a inclinarse hacia el oeste, lo que hacía que el costado izquierdo de la estatua pareciese completamente blanco, mientras que el derecho, donde se encontraba el Niño con las manos en alto, mostraba una tonalidad dorada oscura. El asesino sonrió; la luz y la oscuridad, el *ying* y el *yang*. Se había detenido al pie de la escalinata para analizar el despliegue de los hombres de Galgani en torno al santuario, pero también para descansar.

El disfraz más seguro para infiltrarse en el funeral de Antoine Cirazzi estaba demostrando ser también el más incómodo. Se había vestido de mujer, algo que tan solo había hecho en un puñado de ocasiones, siempre con buenos resultados, pero que tenía sus limitaciones. Radu era todo un experto de la caracterización. Lo suave y regular de sus facciones hacía que, maquillándose con cierta destreza, presentara un semblante muy femenino, y su cuerpo, esbelto y fibroso, pasaba perfectamente por el de una dama cuando se ponía las prendas adecuadas y se ayudaba de un par de postizos. Aun así, corría el riesgo de ser descubierto si establecía un contacto demasiado cercano con alguien durante un tiempo prolongado, sobre todo si se trataba de una mujer. Su voz también podía delatarle con facilidad, de modo que dicha apariencia valía solo para situaciones en las que pudiese pasar desapercibido sin tener que dirigirse a nadie, a menos que resultase

aceptable hacer el papel de transexual. Había comprobado que el disfraz no era del todo eficaz si no se complementaba con pañuelos en el cuello y gafas de sol, razón por la cual había decidido vestirse de mujer para asistir al funeral: llevando un sombrero con velo y gafas de sol, imposibilitaba que le reconocieran como hombre, incluso en la más corta de las distancias.

Había elegido un vestido de luto holgado, de modo que no solo no se adivinaban sus caderas ni sus espaldas masculinas, sino que disfrutaba de una considerable libertad de movimientos. Los zapatos, sin embargo, le estaban matando. No había otra forma de llegar a lo alto de La Garde que subir por un laberinto de calles serpenteantes que, además de tener una inclinación imposible, estaban empedradas con adoquines; ascender por allí con zapatos de tacón había supuesto una pequeña tortura que se había visto empeorada sensiblemente a causa de la herida en el costado, de modo que al asesino le pareció buena idea tomarse un respiro antes de acometer la subida de la escalinata.

Decenas de personas pasaban por su lado sin cesar. Radu comprobó con satisfacción que había decenas de mujeres vestidas de modo parecido a él, a pesar de que la mayoría eran de edad avanzada; no le cupo duda de que pasaría completamente desapercibido. Podía distinguir con toda claridad a los hombres de Galgani, que se habían confundido con la multitud para garantizar la seguridad del evento; su actitud, sus gestos y sus miradas los delataban de manera tan flagrante como si fuesen de uniforme. La presencia policial, sin embargo, era mínima a simple vista, aunque el ojo experto del asesino ya había identificado a más de un agente de paisano.

Tras dirigir una última mirada a la estatua de la Virgen en lo alto de la basílica, Radu se apoyó en el pasamanos de piedra, dispuesto a enfrentar el esfuerzo final de subir las escaleras que llevaban a la puerta del santuario. Sus pies estaban entumecidos por el dolor.

* * *

Desde el palco lateral situado a la derecha del altar mayor, Santiago Matesanz trataba de analizar minuciosamente, una por una, a todas las personas que entraban en la basílica como una riada, pero era imposible. La magnitud del evento superaba sus peores temores: se estaba congregando tal cantidad de gente que pronto sería incapaz de situar ni a sus propios chicos. Entre Luporsi, Piero y Baptiste habían puesto cuarenta hombres a su disposición. Santiago había colocado a doce de ellos en los tres palcos de la capilla y les había dado órdenes estrictas de que no permitiesen que nadie, ni siquiera otros miembros de la organización, accediese a ninguno de esos palcos salvo por mandato expreso del Segador. Había situado a otros diez hombres, los diez más veteranos —entre ellos, el propio Paul-Marie Ricare—, en el exterior del santuario vigilando todos los accesos. Esperaba que pudiesen identificar a invitados indeseables e impedirles el paso; en particular a cierto individuo moreno y delgado, de cabello color castaño tirando a dorado. Trece hombres más se encontraban repartidos por el interior de la capilla, mientras que los cinco restantes aguardaban junto a Santiago para acompañar al señor Galgani a su asiento, en el primer banco situado frente al altar. Le había costado, pero finalmente había convencido al gran hombre de que aguardase con él en el palco hasta el comienzo de la ceremonia. No podía correr el riesgo de exponer a Galgani a la vista hasta que cesase el trajín de personas en el interior de la capilla y todo el mundo ocupase su asiento; de otra manera resultaba imposible controlar a la multitud.

Angélique Giraudon, que se hallaba al fondo del palco junto a Barthélémy Galgani, avanzó

para colocarse junto a Santiago. Este apenas le dirigió una mirada de reojo. No había hablado con nadie en todo el día salvo para dar órdenes; la mano con la que aferraba el murete frontal del palco reflejaba la tensión a la que estaba sometido. La mujer tocó delicadamente aquella mano crispada con la punta de los dedos.

—Quiero darte las gracias por lo que estás haciendo. Nos damos cuenta todos de que estás echando el resto para que a Barthélémy no le pase nada.

—Es mi trabajo —respondió él sin dejar de mirar hacia el portón de madera.

—Sí, el mismo trabajo que le costó una silla de ruedas a Fígaro.

Angélique dirigió sus ojos negros hacia el palco posterior. Desde allí, el maduro guardaespaldas vigilaba toda la nave con mirada de halcón. Con el pecho y las manos apoyados en el murete, los brazos abiertos para sostener sus más de ciento veinte kilos de peso, parecía a punto de lanzarse encima de alguien desde lo alto. La velocidad a la que Fígaro se recuperaba de su herida era asombrosa para propios y extraños, aunque no cabía duda de que era su indomable voluntad la que tiraba de su cuerpo impedido. Nadie habría podido convencerle para que se quedase en la cama en un momento como aquel, de que su lugar no estaba junto al del *amiragliu*, protegiéndole, como había hecho siempre.

—Todos terminamos pagando nuestro precio —dijo Santiago en tono sombrío.

—Sí, como el pobre Antoine. ¿Quién iba a pensar que le esperaba un final tan horrible? —El Segador creyó distinguir una nota de emoción en la sosegada voz de la mujer—. Yo no era más que una chiquilla cuando le conocí, era tan amable y tan bueno... Un hombre extraordinario.

—Sí —Santiago esbozó una media sonrisa retorcida, una mueca habitual en él—, siempre se habla muy bien de todo el mundo cuando se muere.

—Yo siempre he hablado maravillas de Antoine Cirazzi, no puedo decir ahora nada mejor de lo que haya dicho cuando estaba en vida. El bueno de Antoine era como mi tío, bueno... —sonrió—, más bien como mi hermano mayor.

—Edad para ser tu tío tenía de sobra. —Iba a añadir que podría incluso haber sido su tío abuelo, pero se interrumpió.

De repente, se había dado cuenta de lo desafortunado de su comentario: Cirazzi no era mucho mayor que Galgani, el cual era la pareja de Angélique. Maldijo su imprudencia para sí. Había pasado demasiado tiempo en la cárcel, la sutileza se le había perdido por el camino. Ella se limitó a sonreír un poco más.

—Pues sí, me sacaba poco menos de treinta años. —Por primera vez, Santiago apartó la vista del portón para dirigir una mirada fugaz a la mujer, antes de que sus ojos color azul verdoso se clavasen en los bancos centrales de la nave. El gesto no pasó desapercibido para ella—. ¿Qué pasa? ¿Me hacías más joven?

—Un poco, pensé que serías algo más joven que yo.

—Pues no; me parece que te saco unos cuatro años. —La sonrisa había desaparecido de los labios de Angélique.

—No los aparentas —respondió él distraídamente. Apenas entraba ya alguna persona aislada en la iglesia y los asistentes permanecían quietos en sus sitios; algunos de ellos consultaban sus relojes con nerviosismo. El lugar estaba abarrotado, había casi tanta gente de pie como sentada—. Deberíamos ir bajando —dijo.

Santiago descendió por las escaleras el primero; tras él iban dos de los chicos, con Galgani y

Angélique en el medio, y los otros tres hombres cerrando la marcha. Al llegar al nivel del suelo hizo un gesto para que se detuviesen.

—Fígaro. ¿Vía libre?

Había repartido algunos intercomunicadores entre los de Partinello para que los llevaran acoplados a la oreja en todo momento. Galgani había puesto el grito en el cielo ante la idea de tener matones con pinganillo en el funeral de su amigo, pero el Segador le había convencido de que no había otro remedio: necesitaban comunicarse entre ellos de forma rápida y discreta.

—Vía libre —oyó la profunda voz de Fígaro a través del intercomunicador.

—¿Paul?

—Vía libre —era la voz de Paul-Marie Ricare.

—¿G. G.?

—Vía libre. —Gabriel Geronimi coordinaba a los hombres repartidos por la basílica.

Una vez recibidas las tres confirmaciones, dio la señal a los hombres que custodiaban a Galgani. Estos pasaron por detrás de él mientras Santiago vigilaba cada movimiento que se producía entre la multitud que abarrotaba el recinto. Una vez que el *amiragliu*, su acompañante y sus guardaespaldas hubieron ocupado sus lugares en el primer banco, se dispuso a unirse a ellos. Fue entonces cuando vio por primera vez a Chjara. Habían dispuesto que la gente de la cofradía ocupase con sus familias todos los bancos delanteros, inmediatamente detrás de los ocupados por Barthélémy Galgani y los escasos miembros de la familia Cirazzi que habían viajado desde su pueblo natal de Cargèse, en Córcega, para acudir al funeral. Chjara se había puesto en tercera fila, desde donde le dirigía una sonrisa melancólica. Lorenzo, su marido, se encontraba a su izquierda, fácilmente reconocible por su espeso cabello rizado color naranja; parecía ligeramente ebrio. Saludó a ambos —aunque Lorenzo no parecía haberle visto— con un leve gesto de la cabeza antes de colocarse a la derecha de Galgani. Desde allí dirigió un gesto al sacerdote, que esperaba pacientemente junto al féretro desde hacía varios minutos, para indicarle que podía empezar cuando gustase. Este se dirigió de inmediato hacia el altar para dar comienzo a la ceremonia.

* * *

De pie, junto al tercer arco del lado derecho de la capilla, Radu observaba cada movimiento de los hombres de Galgani, que acababa de descender de uno de los palcos precedido de varios guardaespaldas. El asesino sonrió para sí. Las medidas de seguridad eran impecables: habían tenido al viejo escondido a buen recaudo hasta que había cesado el movimiento de gente. Entre las escaleras de los palcos y el primer banco no mediaban ni ocho metros de separación, pero había visto al que parecía el jefe de la escolta detenerse en el último peldaño para hablar por el pinganillo. Sin duda se comunicaba con los hombres apostados por toda la capilla para asegurarse de que no había ninguna amenaza. Aquel tipo llamó la atención de Radu; su mirada era la del hombre acostumbrado a captar cada detalle a su alrededor, continuamente, durante todos los días de su vida. Era una mirada parecida a la de personas como Mihai Siwak, como Samuel Dumokrat o como Norberto Vidal; parecida a la del propio Radu. Repentinamente, se le ocurrió que todos aquellos hombres habían acabado siendo asesinados igualmente, pensó en si aquel tipo acabaría también muriendo asesinado, en si sería él quien lo matase. Y en quién acabaría por asesinarle a él. ¿Qué asesino sería capaz de terminar con la vida de Radu Dumokrat? ¿Sería Elena Siwak?

Todos los ocupantes de los bancos se pusieron en pie siguiendo las palabras del sacerdote. El asesino observó cómo el jefe de la escolta se levantaba como un resorte y se daba la vuelta para vigilar la espalda del hombre al que protegía, mucho antes de que lo hubiese hecho ningún otro de los presentes. Sin duda se trataba de un profesional concienzudo. Se preguntó si sería alguno de los hombres de los que le había hablado Antoine Cirazzi. No había disfrutado torturando al viejo, era algo que siempre le desagradaba. Aunque hacía muchos años que se había acostumbrado al olor de la sangre, en los ancianos siempre le resultaba especialmente repulsivo. El hecho de que el desgraciado, como era lógico, se hiciese sus necesidades encima a mitad del asunto tampoco había ayudado. Sintió un escalofrío de repugnancia al recordar el olor de aquel cuarto de baño después de terminar con el viejo Cirazzi.

El grandullón que había visto medio colgando del palco central tenía que ser Fígaro, el guardaespaldas que había frustrado el intento de Vidal. Había identificado también a Piero y Chjara Galgani —el aire de familia era inconfundible—, aunque aún no sabía quiénes podían ser Gheraldu Luporsi, Baptiste Felce, Domenico Felce o Paul-Marie Ricare. De una manera u otra, no cabía duda de que los corsos sabían lo que hacían. El asesino no había albergado muchas esperanzas de tener una oportunidad durante el funeral. Se había sorprendido sobremanera al ver la esquila de Antoine Cirazzi en todos los periódicos locales, y más aún al comprobar la magnitud de la ceremonia; pero la idea de intentar acabar con Galgani aquel día la había borrado de su mente nada más llegar. El despliegue de seguridad era impresionante, lo que, por otro lado, le brindaba una oportunidad magnífica para observar en detalle la forma de trabajar de la llamada cofradía de Partinello.

Se alegró de haber elegido vestirse de mujer; el sufrimiento había merecido la pena, nadie se había fijado en él dos veces seguidas. Al principio no le había parecido muy probable que los corsos hubiesen sido capaces de relacionar su visita al Mont Sacré con la muerte de Cirazzi, pero ahora, viéndolos en acción, no le parecía en absoluto descabellada la idea de que estuviesen buscando a un individuo de cabello castaño claro, uno que hablaba inglés con acento del norte. En cualquier caso, estarían buscando a un hombre, no a una mujer.

* * *

A medida que transcurría la ceremonia, la ansiedad de Santiago iba en aumento. Cada vez que miraba a su alrededor identificaba nuevas amenazas potenciales. No era de extrañar, dado que se había reunido allí la flor y nata del crimen marsellés. Jamás había visto juntos a tantos pistoleros y matones; a algunos de ellos los conocía, otros lo llevaban escrito en la cara. Maldijo a Galgani y su tozudez. Había insistido en celebrar el funeral nada menos que en la Bonne Mère, como la apodaban los marselleses, uno de los templos más grandes de la ciudad, y la había llenado hasta arriba de hombres armados, la mayoría de los cuales, por mucho que Galgani insistiese en lo contrario, tenían motivos para figurar en su lista de sospechosos. Giró la cabeza para vigilar el lado derecho de la nave y se dio cuenta de que la mujer del velo y las gafas de sol le estaba mirando, otra vez. No era nada raro de por sí —las mujeres solían mirarle a menudo, y su condición de guardaespaldas del gran hombre no le hacía pasar precisamente desapercibido—, pero había algo en aquella mujer que no acababa de gustarle. El Segador no hubiese podido decir de qué se trataba, pero siempre había pensado que tenía un instinto especial para las personas,

algo que le había salvado el pellejo en más de una ocasión. Aquel instinto le estaba diciendo a gritos que no perdiese de vista a aquella mujer que no paraba de observarle, y cuanto más se fijaba en el hombre que estaba junto a ella, menos le gustaba. Era un tipo altísimo, desgarrado, de mirada ausente; Santiago hubiese apostado todo lo que tenía a que aquel individuo no era ningún funcionario. Aunque no los había visto hablar entre sí, lo cerca que estaban sugería que habían venido juntos al funeral.

—Fígaro y Gabriel, ¿me escucháis? —Ambos respondieron afirmativamente—. ¿Veis a la pareja que está junto al tercer arco de la derecha? Uno muy alto vestido de gris con una mujer también bastante alta; ella va de luto, con velo y gafas de sol.

—Los veo —respondió Fígaro de inmediato.

Gabriel Geronimi tardó un poco más en contestar.

—Yo también los tengo.

—Bien, no les quitéis ojo. ¿De acuerdo?

—¿Por qué?, ¿qué tienen? —preguntó G. G.

—Quiero que los vigiles y punto. ¿No hablo claro o qué cojones te pasa?

—Pero Santi, ya nos has dicho lo mismo de media docena de tíos..., no podemos centrarnos en tanta gente; o vigilamos a unos o vigilamos a otros, todo no puede ser.

—¿Para qué tienes a tus hombres, imbécil? Repartíos el trabajo o vigilalos tú a todos, pero si me vuelves a llevar la contraria, te entierro con Cirazzi. ¿Entendido?

Llegados a este punto, Santiago sintió que le tiraban del brazo. Era Galgani.

—¿Quieres dejar de dar la nota? —El *amiragliu* estaba colérico—. No has parado de murmurar y dar vueltas desde que empezó el funeral. ¿Puedes hacer el favor de mostrar un poco de respeto hacia el difunto?

—Señor Galgani, con todos mis respetos —contestó Santiago muy serio mientras sostenía la mirada furibunda del corso—, estoy intentando evitar otro funeral.

Permanecieron completamente inmóviles durante unos segundos interminables, los negros ojos del *amiragliu* clavados en los iris verdosos del Segador. Algunos de los presentes, los que se encontraban lo suficientemente cerca como para percatarse del enfrentamiento entre ambos, llegaron a temerse lo peor. Finalmente, Angélique Giraudon consiguió poner fin a la disputa apretando con fuerza la mano de Galgani entre las suyas. El gesto de su amante pareció calmar al gran hombre, que volvió su mirada nuevamente hacia el altar de la capilla, aparentemente concentrado en la letanía del sacerdote.

* * *

De pie junto al tercer arco de la capilla, Radu comenzaba a inquietarse. No le gustaba la forma en la que le había mirado el guardaespaldas de Galgani; no le gustaba en absoluto. El tipo se había quedado mirándole por lo menos dos veces, y la segunda le había examinado a conciencia. Había buscado a su alrededor, tratando sin duda de identificar a sus posibles acompañantes, y a continuación le había visto hablar por el pinganillo. ¿Era posible que le hubiesen identificado? ¿Estaría en aquel momento cerrándose la trampa en torno a él? En tal caso podía darse por muerto, a no ser que actuase de inmediato.

El asesino procuró mantener la calma, intentó controlar la respiración y vaciar su mente por

completo, tal como había aprendido de su padre cuando era niño. Fue en vano. Repentinamente la herida del costado había comenzado a dolerle cada vez más; podía sentir cómo palpitaba bajo el vendaje. Apretó los dientes, en un esfuerzo titánico para impedir que su rostro delatase el dolor que sentía, y se obligó a razonar. No era posible que le hubiesen identificado. Por mucho que alguien, ya fuese el contratista o la propia Elena, hubiese querido venderle, era imposible que conociese su disfraz; y le constaba que este era lo suficientemente bueno como para no levantar sospechas, mucho menos a aquella distancia. Pensó que tal vez se había situado demasiado cerca del altar. Por lo que había observado, la gente de Galgani, junto con algunos miembros de la familia de la víctima, ocupaba por completo los primeros bancos de la capilla; los asistentes situados en la zona en la que se había colocado Radu, por el contrario, no le daban la impresión de guardar una relación tan directa con los de Partinello. ¿Se habría equivocado al respecto? No parecía probable; en tal caso, ya habría percibido las sospechas de las personas a su alrededor... Y sin embargo, estaba seguro de que el guardaespaldas de Galgani había sospechado de él, aunque desconocía la razón. Bien era cierto que había estado observando a aquel sujeto durante gran parte de la ceremonia; ataviado como iba, con velo y gafas de sol, no había pensado que el hombre pudiera darse cuenta de ello, pero tal vez no había sido lo suficientemente discreto. El asesino decidió esperar a que finalizase el funeral. Desaparecer en aquel momento tan solo serviría para alarmar a los corsos, quienes muy probablemente pondrían en alerta a los hombres de fuera, y no les resultaría difícil atraparle mientras trataba de abandonar la nave en solitario; escapar entre la multitud al final de la ceremonia sería mucho más sencillo y discreto. Entre tanto, intentó distraerse contemplando la ornamentación de la capilla, sensiblemente distinta a la de todas las iglesias que había visto antes. Había maquetas de barcos colgando del techo y las paredes, e incluso una maqueta de un avión. Según había oído, eran ofrendas a la Virgen hechas por los marinos de Marsella, en agradecimiento por haber sobrevivido a algún accidente o, simplemente, para pedir la bendición de la Bonne Mère durante sus travesías. Los murales de las bóvedas y las paredes también reflejaban el carácter marinero de la basílica: sobre el altar podía verse un barco, cuya vela mostraba la bandera de Marsella, iluminado por un faro en forma de cruz, y en las claves de las bóvedas había timones pintados. Entre estos motivos marítimos, que incluían una representación del arca de Noé durante el Diluvio universal, podían verse otros más clásicos, como las Tablas de la Ley o la zarza ardiente. Aquello le hizo pensar en lo significativo que resultaba el hecho de que una organización criminal, que tenía su origen en una humilde cofradía de pescadores, celebrase un funeral de tal magnitud precisamente en Notre-Dame de la Garde: todo indicaba que el discreto Galgani pretendía transmitir algún tipo de mensaje, aun a riesgo de comprometer seriamente su anonimato.

* * *

El funeral por el alma de Antoine Cirazzi llegaba a su fin. El sacerdote declamaba las letanías finales con la inflexión monótona de quien ha oficiado el mismo rito en centenares de ocasiones; mientras, algunos de los asistentes se removían inquietos en sus asientos, atentos a la bendición del clérigo como si del pistoletazo de salida de una carrera se tratase. Cuando, a una orden del cura, la asamblea al completo se puso en pie, no fueron pocos los ojos que se deslizaron nerviosos hacia el portón de madera de la iglesia. Se preveía una dura competición entre la

muchedumbre por alcanzar la salida. Santiago Matesanz, por su parte, se inclinó hacia el *amiragliu* para hablarle al oído.

—Recuerde sentarse en cuanto termine la misa.

Galgani hizo un gesto de desagrado, pero obedeció. Al tiempo que la mayoría de los asistentes intentaba abandonar la capilla, el gran hombre permanecía sentado junto a Angélique Giraudon en el primer banco, Santiago y los cinco escoltas formando un abanico a su espalda. El Segador miró hacia su derecha en busca de la pareja que había llamado su atención durante el funeral, pero tan solo pudo ver al hombre, que esperaba pacientemente a que los pasillos se liberasen para salir del templo.

—Chicos, ¿me oís todos? —Fígaro y los demás confirmaron a través del intercomunicador—. No perdáis de vista a nadie de los que os he indicado. Gabriel, la pareja que te había dicho se ha separado, ¿los tienes a los dos?

—Veo al tipo pero a la mujer no; pensé que estarían juntos...

Santiago maldijo por lo bajo.

—Tengo a la mujer. —Era la voz de Fígaro—. Va camino de la puerta por el pasillo central.

—¡Bravo, perro guardián! —le felicitó Santiago—. Manda a la mitad de tus hombres detrás de ella y del resto de los sospechosos que tengáis localizados; que no les quiten ojo hasta que estén lejos de la basílica. Los demás esperad a que se vacíe el edificio y os ponéis en la puerta. Gabriel, tú y los tuyos, todos fuera, no perdáis de vista a nadie; coordinaos con Paul y los suyos si lo necesitáis. Quiero el exterior completamente asegurado en menos de quince minutos. ¿Está claro?

Todos respondieron afirmativamente. Gracias a los pinganillos, el sonido era claro a pesar del ruido que producía el gentío.

Satisfecho con el control de la situación hasta el momento, el Segador centró su atención en los pequeños grupos que se habían quedado en el interior y que no parecían tener intención de abandonar la capilla. Sabía que Barthélémy Galgani había convocado a cierto número de líderes de las bandas criminales de la Costa Azul, de aquellas a las que él consideraba parte de la vieja guardia; las mismas organizaciones a las que habían pertenecido los hombres a los que apodaban *los franceses* en la cárcel Modelo de Barcelona. El exconvicto había conocido a decenas de ellos antes de entrar en prisión, y había convivido con muchos en la cárcel, pero se dio cuenta de que apenas le sonaba la cara de un puñado de los concurrentes, alguno de los cuales aún no había cumplido los treinta años. No pudo evitar pensar en cuántos de los que él había conocido estarían muertos o encerrados.

—Señor Galgani —susurró—, necesito que me confirme si todo está en orden.

El *amiragliu* se volvió pesadamente y recorrió la nave con ojos cansados, asintió con la cabeza y comenzó a incorporarse. Matesanz le ofreció su brazo para ayudarle, pero este fue rechazado con un vigoroso manotazo. Galgani se dirigió hacia el lugar donde se encontraba el ataúd de Antoine Cirazzi; desde allí, hizo un gesto a los presentes para que se acercasen.

La mayoría de los que habían acudido al funeral había abandonado la capilla, incluso el sacerdote y sus asistentes habían desaparecido nada más finalizar la ceremonia. Fígaro y media docena de hombres se habían desplegado a lo largo de la entrada; Piero, Chjara, su marido y unos pocos de los de Partinello se habían quedado cerca de Barthélémy Galgani y su escolta. Aparte de ellos, quedaban seis grupos, formados por entre cinco y ocho hombres, repartidos por los bancos

posteriores de la iglesia. Estos se pusieron en pie casi al unísono y fueron detrás de Galgani; todos aguardaron a la altura del primer banco, a excepción de los seis cabecillas, que se acercaron hasta el lugar donde reposaba el cuerpo de Antoine Cirazzi.

Un hombrecillo bajo y rechoncho, con la cabeza afeitada y una perilla muy cuidada, fue el primero en abrazar al *amiragliu*. Santiago no le había visto jamás; de hecho, solo conocía a dos de los seis hombres. Uno de ellos era un sujeto alto, delgado y enjuto, con el pelo completamente negro a pesar de sus más de cincuenta años de edad: Rodolphe Commesse controlaba una importante red de narcotráfico que se extendía desde Niza hasta Génova. El segundo era el mismísimo Cyprien Saintout, el hombre al que muchos consideraban el verdadero señor del crimen de Marsella. A diferencia de Barthélémy Galgani, Saintout no era hombre que pasase fácilmente desapercibido; como dueño de una importante compañía textil y conocido organizador de fiestas en alta mar a las que solían asistir actores y deportistas de renombre, no era extraño que la prensa se hiciese eco de sus andanzas con cierta frecuencia. Saintout había ido a prisión por dos veces, pero sus abogados se habían ocupado de que sus encierros fuesen a cuál más corto. Su aspecto tampoco le ayudaba a pasar desapercibido; alto y fuerte, se había quedado calvo hacía años, pero se dejaba crecer el cabello color nieve que le quedaba en la nuca y las sienes hasta más abajo de los hombros, y lucía una cuidada barba blanca. Caminaba apoyado en un bastón de marfil, a pesar de lo cual cojeaba bastante, y gustaba de llevar abundantes pulseras, anillos y cadenas de oro, así como de vestir ropas holgadas de lino. Para el funeral había escogido una americana azul celeste con pantalones a juego y camisa blanca; Saintout tampoco era hombre de convenciones estilísticas.

Debido a su minusvalía, fue el último en llegar hasta Galgani. Se fundió con este en un largo abrazo y le besó varias veces en ambas mejillas.

—De verdad que siento lo de Antoine, hermano mío —dijo—. ¡Era un hombre magnífico!

—Me hubiera gustado poder officiar la misa con el ataúd abierto —Galgani puso la palma de su mano derecha sobre el féretro—, para que todos pudieseis ver el semblante sereno de nuestro amigo por última vez. —En este punto miró al suelo. Hizo una pausa antes de levantar la cabeza, mirar a cada uno de los seis hombres a los ojos y continuar—: Pero no ha podido ser. No ha podido ser porque los responsables de la muerte de Antoine no son personas; son alimañas. Sucias y rastreras alimañas sin conciencia.

»Me gustaría contaros una historia —prosiguió pausadamente—, la historia de cómo conocí a Antoine Cirazzi. Fue en nuestra tierra, hace mucho tiempo, cuando yo aún tenía poco más de veinte años. En aquel entonces era mi padre Sampiero, que en gloria esté, quien dirigía nuestra organización, y estábamos en guerra con unos tipos de Cargèse, que, como algunos de vosotros sabréis, es un pequeño pueblo pesquero de mi Córcega natal. El caso es que ni siquiera recuerdo por qué comenzó aquel enfrentamiento con los griegos; los llamábamos así, *los griegos*, porque Cargèse lo fundaron inmigrantes griegos, y mucha de la gente de allí tiene ascendencia griega. Pues bien, fuera cual fuese la causa, la guerra estaba siendo larga y sangrienta; habían caído varios hombres de ambos bandos, entre ellos George Papadacci, el cabeza del clan de los griegos. Tras la muerte de Papadacci, mi padre intentó negociar la paz con lo que quedaba de su clan, pero fue inútil, porque el que se había puesto al frente era Stanislau Cirazzi, un hombre orgulloso y muy violento que estaba dispuesto a llevar la guerra hasta sus últimas consecuencias, sin importarle el baño de sangre que pudiera producirse. Cirazzi era viudo, pero tenía dos hijas, Cicilia y Perpetua,

las mismas que están ahí —Galgani señaló con el dedo—, junto a mi hija Chjara; y también un hijo, Antoine, cuyo cuerpo descansa dentro de esta caja. —Golpeó suavemente la tapa del ataúd con la punta de los dedos—. Afortunadamente para todos, nuestro buen Antoine, a pesar de su juventud, ya era un hombre reflexivo, racional y prudente. Se dio cuenta de que su padre conseguiría que los matasen a todos, a sus amigos, a sus hermanas y a él mismo; así que hizo lo que tenía que hacer. —Hizo una pausa para acariciar la tapa del ataúd; sus dedos se entretuvieron en las filigranas del relieve en forma de crucifijo—. Una noche —prosiguió—, Antoine Cirazzi se presentó en nuestra casa. Vino solo, con el torso desnudo para que todos viesan que iba desarmado, y llevaba un saco en la mano; dentro de este llevaba la cabeza de Stanislau Cirazzi, la cabeza de su padre. Él mismo le había matado, le había cortado la cabeza y la había traído para ofrecérsela a mi padre a cambio de la paz.

El *amiragliu* apartó la mano del ataúd y levantó la mirada para escrutar en los ojos de los seis hombres para los que había estado hablando, uno por uno, como si tratase de leer la impresión que había causado su relato en cada uno de ellos. Cyprien Santout asintió en silencio, algunos de los otros le imitaron; el hierático Commesse, por su parte, no movió un solo músculo de la cara.

—Ya lo veis, amigos míos —prosiguió Galgani—. Antoine Cirazzi era un hombre de honor, un hombre de principios que fue capaz de matar a su propio padre con tal de proteger a los suyos, a los que sabía que eran inocentes y que no merecían sufrir por causa de la locura de un hombre; y lo hizo sin preocuparse de lo que pensarían los demás, sin tener ninguna garantía de que nosotros no le matáramos a él también. Lo hizo porque sabía que era su deber; lo hizo porque debía hacerlo, y eso era más que suficiente para él.

»En cambio, los que le torturaron hasta la muerte, los que destrozaron su cuerpo a cuchilladas hasta que se desangró como un cerdo no tienen honor, no saben lo que es el deber, ni el respeto. No son hombres, son alimañas, bestias dañinas que destruirán todo lo que tanto trabajo nos ha costado construir durante tantos y tantos años... Si les dejamos. —Hizo una nueva pausa—. Por eso os he convocado hoy, porque no podemos seguir tolerando los ultrajes de estos canallas. Debemos unirnos y aplastarlos antes de que sean ellos los que acaben con nosotros y vengan, como las hienas carroñeras, a alimentarse de nuestros restos.

—Por lo que he oído —intervino el más joven de los seis, un hombre de estatura media, espaldas anchas y cuello de toro que rondaría los cuarenta años—, los corsos ya habéis empezado a hacer limpieza; parece ser que ya no van a verse demasiados kosovares por Marsella.

—Has oído bien, Maurice, pero este no es buen lugar para tratar temas tan desagradables. —Galgani estiró el brazo para señalar una pequeña puerta tras el altar—. Es mejor que pasemos a la sacristía. Vuestros chicos pueden esperaros aquí... si no tenéis inconveniente, claro está.

—Supongo que la otra puerta estará cerrada con llave. —Fue Rodolphe Commesse quien preguntó, al tiempo que esbozaba una cínica sonrisa.

Galgani sonrió también. Introdujo una mano en el bolsillo interior de su americana y sacó una vieja llave cilíndrica de dos paletas.

—Puedes cerrarla tú mismo —dijo al tiempo que le entregaba la llave a Commesse.

Santiago observó a Santout, Commesse y los demás mientras desaparecían en el interior de la sacristía. No le había gustado la idea de perder de vista a Galgani, pero este le había convencido de que no podía ser de otra manera; la reunión tenía que llevarse a cabo en la más estricta intimidad. Le había impresionado la oratoria del *amiragliu*; ya conocía de sobra su labia y su

facilidad de palabra, pero jamás le había escuchado hablar de aquella manera. El leguaje que había empleado durante su breve discurso no era precisamente el mismo que solía utilizar para dirigirse a sus hombres, ni tampoco el tono. Hasta entonces había considerado a Galgani un buen charlatán; tendría que empezar a considerarlo más seriamente en ese sentido.

—¿En qué piensas?

El Segador se sobresaltó. Chjara había llegado a dos pasos de su espalda sin que la sintiese acercarse.

—Sigues teniendo la manía de preguntar: «¿En qué piensas?» —respondió, no sin cierto retintín en su voz.

—Me gusta saber lo que piensan los demás, ya lo sabes.

—Sí, porque es la única forma de comprenderlos. Me acuerdo de eso.

—Justo, pero tú sigues teniendo la manía de no responder.

—Pues sí, es una pena.

Miró por encima del hombro de Chjara y vio que Angélique, que seguía sentada en el mismo banco que habían ocupado durante el funeral, los miraba de reojo. No pudo evitar el comparar a ambas mujeres. Aunque era unos años mayor, la amante de Galgani daba la impresión de ser más joven que la hija de este. Santiago había conocido a mujeres maduras que no aparentaban sus años, pero jamás a ninguna de la edad de Angélique que se viese tan joven; se preguntó si habría pasado por el quirófano, pero él no lo creía. Chjara no se conservaba tan bien. A pesar del maquillaje, se le notaban finas arrugas alrededor de los ojos y los labios... y, sin embargo, en aquel preciso instante, Santiago no podía recordar que ninguna mujer le hubiese parecido jamás tan hermosa como ella.

—¿Te haces el duro conmigo? —inquirió ella divertida.

—No, solo soy discreto —contestó al tiempo que se encaminaba hacia la salida—. Esta iglesia tiene ojos y no quiero que nos vean demasiado juntos.

La hija del *amiragliu* rio el comentario y Santiago sintió una punzada en el pecho. Aquella risa cantarina era exactamente la misma que cuando la había conocido, hacía tantos años; en eso no había cambiado nada.

Cuando pasaron a la altura del corrillo formado por Lorenzo, el marido de Chjara, y otros tres hombres con los que estaba charlando, la pequeña de los Galgani se adelantó para tirar a Santiago de la manga, obligándole a detenerse.

—¡Eh! ¿No te acuerdas de Davi?

Uno de los hombres se volvió al oír su nombre. Delgado, rubio y pecoso; el Segador le reconoció enseguida como Davide Lugaro, el más novato de los chicos de Piero Galgani. Claro que, por aquel entonces, Piero aún era un *sceffu* más; el novato parecía haber ascendido también.

—¡Santi! —Lugaro le dedicó un efusivo abrazo—. ¡Cuánto tiempo!

—Sí, por lo menos los nueve años que he estado a la sombra —respondió con sorna.

—No, mucho más. Creo que la última vez que nos vimos llevabas el Saphir con el Búho.

—Entonces hace mucho tiempo.

Matesanz procuró mantenerse impassible, pero no le había gustado aquel comentario. No guardaba buenos recuerdos del Hotel Club Saphir, y menos aún de su socio, Valenod, al que apodaban el Búho. Recordó lo mucho que le tomaban el pelo a Lugaro cuando era un novato. A pesar de que tan solo sería unos tres o cuatro años menor que el Segador, su compleción rubicunda

y facciones aniñadas, además del hecho de que era prácticamente imberbe, le hacían parecer bastante más joven; su aspecto solía ser motivo de burla entre los demás chicos, que se divertían haciendo insinuaciones sobre su virilidad. Se preguntó si Davide estaría intentando tomarse algún tipo de revancha después de tantos años; si era el caso, pensó, no era nada inteligente por su parte remover precisamente el tema del Búho. Decidió dejarlo pasar. Cada vez estaba más ansioso porque terminase el día; lo último que necesitaba era picarse con un viejo conocido.

—¿Y qué tal te va? —preguntó en el tono más jovial que pudo.

—Pues ahora soy el chico de los recados de doña Chjara.

—¡Oye! —intervino la aludida—, ¿qué es eso del chico de los recados? Davi es mi hombre de confianza, mi mano derecha. ¿A que sí, Lorenzo?

—Y tanto. Si no fuese por el bueno de Davide, mi señora ya habría sufrido dos o tres infartos.

El marido de Chjara conservaba la misma expresión permanente de alegre cinismo que Santiago recordaba. A pesar de sus defectos, Lorenzo siempre le había caído bien; era un hombre que vivía y dejaba vivir, lo cual le agradaba.

—Sí, porque lo que es yo, estoy segura de que nunca me quedaré viuda por estrés. Es lo bueno de tener un esposo libre de preocupaciones.

—Vais a tener que disculparme, pero llevo algo de prisa ahora mismo. Me alegro mucho de veros, a ver si coincidimos pronto en mejores circunstancias.

Se despidió de Lorenzo y de Davide con un apretón de manos y de Chjara con una inclinación de cabeza antes de dirigirse hacia la entrada intentando disimular la prisa que tenía por alejarse. Siempre le había molestado la forma en que la hija de Galgani trataba a su marido. Se había casado con el heredero de un magnate de la explotación naviera para complacer al gran hombre, que deseaba para ella una vida plena al margen de los negocios turbios de su familia, a pesar de lo cual nunca había llegado a desvincularse de la organización. El suyo era, a todas luces, un matrimonio de conveniencia en el que cada uno hacía su vida a su manera, pero para Santiago no era razón para que Chjara faltase al respeto a su esposo en público, cosa que hacía constantemente. Aunque le había conocido pocos meses antes de ingresar en prisión —casi al mismo tiempo que supo del futuro enlace—, Lorenzo Cavalli siempre le había parecido un tipo amable, respetuoso y simpático que trataba a su mujer con la mayor corrección, a pesar de los desplantes de ella. No merecía que se comportase con él de aquella forma.

Santiago se acercó hasta donde estaba Fígaro guardando la entrada con otros cinco hombres y les dirigió unas preguntas rutinarias, al tiempo que vigilaba de reojo la puerta de la sacristía. No veía la hora de que Galgani terminase con aquello.

XXV

Una semana después del tiroteo en el pub de Edwyn Rousseau, la cofradía de Partinello al completo se hallaba en estado de alerta. Sergiu Cresone había ordenado a los suyos no separarse en grupos de menos de tres hombres, incluso para dormir, lo que tenían que hacer por turnos para que uno de los chicos montase guardia mientras los otros descansaban. También les habían prohibido pasar dos noches seguidas en el mismo lugar, y tenían órdenes estrictas de salir a la calle lo menos posible, tan solo lo imprescindible para atender los negocios de la organización. Por su parte, Santiago Matesanz y Vincent Millet debían permanecer pegados a Cresone, por lo que los tres pasaban juntos las veinticuatro horas del día. A pesar de ello, apenas hablaban entre sí, solían estar en silencio, absortos en sus pensamientos casi todo el tiempo; en especial Millet, que nunca había sido hombre de muchas palabras.

Cierto jueves de madrugada, fueron a buscar a uno de los contactos de Cresone a la Cité des Oliviers. El *sceffu* conducía su BMW 525 negro, mientras que Santiago iba sentado detrás de él, con Millet a su derecha, como era habitual cuando tenían que recoger a alguien —era la mejor forma de tenerle vigilado—. El sujeto, un argelino de mediana edad, los esperaba refugiado de la lluvia bajo un alero. La vía, larga y estrecha, como muchas de las calles de Des Oliviers, estaba desierta. El argelino se acercó a ellos trotando para no mojarse, saludó a Cresone alegremente a través de la ventanilla y se introdujo en el coche, estrechó la mano del *sceffu* efusivamente y se volvió para saludar a los demás. Parecía muy contento, parloteaba sin parar y gesticulaba rápidamente con las manos. Santiago no pudo evitar quedársele mirando: ni siquiera prestaba atención a lo que decía, pero la mímica del argelino le resultaba especialmente atrayente.

Todo ocurrió en un segundo. Se escuchó el estruendo de un motor seguido del estridente chirrido de unos frenos. Millet agarró a Santi por la nuca y le hizo doblarse sobre su regazo bruscamente; fue en ese momento cuando oyó por primera vez el zumbido de una metralleta. El joven Matesanz reaccionó por puro instinto. Sacó su arma y disparó a través de la ventanilla, sin mirar siquiera, tantas veces como le permitió la cadencia de su Glock, justo antes de que rugiese el motor BMW y el vehículo saliese a toda velocidad, dejando una humareda de rueda quemada tras de sí. Solo entonces se atrevió Santiago a levantar la cabeza. Lo primero que vio fue el cadáver acribillado de Vincent Millet, el revólver colgando de su mano inerte; no le había dado tiempo a hacer ni un solo disparo.

—¡Cojonudo, Santi! —bramó Cresone—. ¡Remátalos!

El coche de los asaltantes, un Audi 100 color gris, iba detrás de ellos. Matesanz pudo distinguir al conductor intentando dispararles por la ventanilla con la mano izquierda. Con una calma que le sorprendió a él mismo, descolgó medio cuerpo a través de la ventanilla rota, aferró

su arma con ambas manos, apuntó y disparó. La luna del Audi se tiñó de sangre; el coche aceleró al tiempo que se desviaba, para ir a estrellarse contra otros dos vehículos que había estacionados junto a la acera.

—¡Sí! ¡Eres un genio, muchacho!, ¡un puto genio! —exclamó el *sceffu*, que acto seguido hundía el freno a fondo sin previo aviso.

Santiago se dio de bruces contra el asiento del conductor; el argelino salió peor parado: su cara se estrelló contra la luna del coche. Sergiu Cresone no desaprovechó la oportunidad; sacó su arma y disparó al traficante una sola vez, en la nuca. Hecho esto, pasó un brazo por encima del cadáver para abrir la puerta y lo arrojó del coche de un empujón.

Matesanz observó la maniobra desde el asiento de atrás sin pestañear siquiera. En aquel momento era incapaz de pensar ni de moverse. Permaneció inmóvil, recostado en el asiento trasero del BMW, con la pistola en el regazo y las manos laxas apoyadas sobre ella, mientras Cresone atravesaba Des Oliviers a toda velocidad. Sintió que le daba un vuelco el corazón cuando, al cabo de un rato, descubrió que estaba cubierto de sangre, pero pronto se dio cuenta de que no era suya, sino de Vincent Millet. El cadáver del marsellés estaba junto a él, acomodado en una posición grotesca, con el cuello imposiblemente retorcido a causa del frenazo. Su rostro resultaba irreconocible a causa de los balazos.

Ocultaron el coche en el garaje de la casa de uno de los miembros de la organización que vivía en las inmediaciones, cerca ya de Saint Roch. Los cristales de las ventanillas traseras habían desaparecido, y tanto la ventanilla del conductor como las puertas del lado izquierdo mostraban varios impactos de bala, y el techo del vehículo también estaba acribillado en su parte delantera. Había sido un milagro que Sergiu Cresone resultase ileso. Afortunadamente para ellos, el tirador no había sido muy hábil ni la metralleta muy potente, o no lo habrían contado ninguno de los dos.

Después de tomar una ducha caliente se reunieron en la cocina de la casa, donde el *sceffu* daba cuenta de un café con abundantes galletas.

—¿Crees que fue el argelino el que nos vendió? —le preguntó Santi.

—¡Vaya pregunta! —exclamó él con la boca llena de galletas reblandecidas—. ¿Estás tonto o qué?

—A lo mejor le espiaban y le siguieron. ¿Tú te meterías en un coche que sabes que van a acribillar? Yo no; o por lo menos saltaría fuera al empezar el jaleo, pero el tío ni se movió.

—Mira, Santi, si dejé que le siguiesen, se merecía morir por imbécil, ¡pero está clarísimo que nos vendió! ¿No ves que no paraba de hablar y de mover las manos? Para distraernos mientras nos daban matarile. Igual le habían dicho que lo harían cuando llegásemos a destino, no se lo esperaba y se quedó frío... o igual creyeron que yo iría en el asiento de atrás y él pensaba refugiarse detrás del conductor, ¡qué se yo! —Cresone sonrió. Un hilillo de café le caía por el rechoncho mentón—. Lo de decidir a quién hay que matar déjame a mí; tú ocúpate de apretar el gatillo, que se te da de muerte, nunca mejor dicho.

El curso comenzó a reírse estruendosamente. En aquel momento entró en la cocina el dueño de la casa, un hombrecillo bajito y menudo de ojos vivarachos llamado Pasquale Ceccaldi.

—Se os ve muy animados para haber estado a punto de palmarla —dijo.

—Oye, Pasquale, ¿sabes a cuántos se ha cargado este chaval en una semana?

Ceccaldi movió los ojos rápidamente de Santiago a Sergiu un par de veces antes de contestar.

—¿A cuántos?

—¡A cinco! —Cresone soltó una carcajada—. A cinco y medio, contando a uno que tuve que rematar yo.

—¡Anda, vete a tomar por culo! ¿A cinco?, ni de coña.

—Te lo juro, cinco fiambres en una semana. ¡Con la cara de pipiolo que tiene! —rio de nuevo.

Santiago jamás había visto al siempre serio Cresone reírse de aquel modo; era como si, de alguna manera, el haber estado tan cerca de la muerte le hubiese puesto eufórico. En realidad no tenía mucha idea de lo que había pasado. Había hecho fuego agazapado tras la puerta del coche sin atreverse a mirar, ni por asomo pensaba que hubiese matado a dos hombres con aquella ráfaga, pero era obvio que su *sceffu* no se había percatado de aquel detalle. Decidió que no tenía por qué descubrirlo, ya que, de ser así, seguramente le consideraría un cobarde.

—No exageres, hombre —se limitó a decir—, no tienen por qué estar muertos los tres.

Su *sceffu* le dirigió una mirada divertida.

—Esos tres están fríos —dijo—, eso te lo digo yo. Tanto como Millet; le cogieron durmiendo al pobre hombre, una lástima. —Levantó la taza a modo de brindis—. Por Vincent Millet, que en paz y en su gloria esté. —Yapuró el café de un trago.

Nunca supo por qué el difunto marsellés había actuado de aquella manera, por qué le había salvado la vida a costa de la suya propia. Habiendo sido el primero en reaccionar, podía haber utilizado el cuerpo de Santiago para escudarse y abrir fuego desde detrás; de haber hecho eso, sería Vincent Millet el que estaría recibiendo las felicitaciones, y el cuerpo acribillado a balazos metido en el maletero del coche de Ceccaldi sería el suyo. Y sin embargo, el marsellés se había abalanzado sobre él para apartarle de la línea de fuego, a pesar de que con eso se había puesto él al descubierto. Desde luego, no parecía algo propio de Millet, lo que a Santiago le hizo pensar que nunca había llegado a conocer a su compañero. Ya nunca tendría oportunidad de hacerlo.

Durante los días siguientes la tensión fue en aumento. Los tiroteos entre miembros de ambas bandas se sucedían por las calles de Marsella, y la cuenta de bajas comenzó a crecer, hasta el punto de que los periódicos, cuyas editoriales habían sido compradas con el dinero del narcotráfico, no tuvieron otro remedio que hacerse eco de la ola de violencia que se había desatado en la ciudad. Aunque eran los Clichy los que estaban llevándose la peor parte, a la cúpula de la cofradía de Partinello no le complacía, ni mucho menos, el cariz que iba tomando la situación. Sus contactos en la Policía habían comenzado a presionar a los líderes para que pusiesen fin a la violencia; de otra manera, amenazaban con hacerlo ellos. El conflicto tampoco mostraba visos de tener solución, a menos que los corsos claudicasen y aceptasen ceder una parte importante de su negocio a los de Clichy, lo cual no era ni mucho menos una opción admisible. A pesar de estar sufriendo cuantiosas bajas, el clan marsellés parecía dispuesto a llevar el conflicto hasta sus últimas consecuencias. Habían decidido que era cuestión de ganar o morir, y el ritmo al que estaban perdiendo sus efectivos les había vuelto incluso más atrevidos y violentos. Como decía Luporsi, el lobo nunca es tan peligroso como cuando está acorralado.

Así las cosas, la mayor parte de los hombres de la cofradía de Partinello había recibido órdenes de permanecer escondidos, en grupos de dos y de tres, sin salir a la calle más que una vez cada tres días, para tantear a sus contactos y hacer acto de presencia en uno de los locales de la organización; allí era donde recogían suministros e intercambiaban información fugazmente antes de recluirse de nuevo.

En el caso de Santiago Matesanz, él y Jaume Castella se ocultaban en un ático abuhardillado

del barrio de Thiers, a la espera de ser movilizados. No habían tenido absolutamente ningún contacto con Cresone desde el día de la muerte de Vincent Millet, y tampoco se les permitía contactar con ninguno de sus compañeros. Pasaban los días jugando a las cartas, viendo la televisión y, a menudo, fumando hachís. Matesanz, que no había vuelto a fumar cannabis desde su detención, había descubierto que Jaume era un consumidor habitual y, hastiado por tanta inactividad, pronto retomó aquel viejo vicio. Como afirmaba su compañero de encierro: «Lo bueno que tienen las drogas es que no importa que las abandones, no importa que las desprecies ni que hables barbaridades de ellas. Las drogas no son rencorosas; siempre vuelven a acogerte con los brazos abiertos, por mucho tiempo que haya pasado». Castilla decía esto con su desparpajo habitual, de un modo que resultaba simpático; a pesar de ello, Santiago no creía que Jaume debiera tomarse aquel asunto a risa, ya que, aunque no lo había pillado in fraganti, tenía buenas razones para pensar que el hachís no era la única droga a la que era adicto el extrovertido catalán. Tal descubrimiento no le había sorprendido en absoluto, dado que, si bien se suponía que las normas de la cofradía prohibían terminantemente el consumo de drogas, en la práctica no eran raros los miembros de la misma que se metían habitualmente heroína, cocaína y otras sustancias. Los *sceffi* solían hacer la vista gorda mientras el individuo en cuestión siguiese funcionando bien; en caso contrario, su adicción se consideraría de inmediato como la causa directa de su bajo rendimiento, y el adicto sería expulsado, en el mejor de los casos.

Fue el viernes de su tercera semana de encierro cuando a Santiago Matesanz le llegó el soplo que haría despegar definitivamente su carrera. Él y Jaume habían salido para uno de sus contactos rutinarios con la organización, y se encontraban hojeando la carta de un pequeño restaurante del puerto. Pretendían tomar una cena rápida antes de refugiarse de nuevo en el apartamento, pero la aparición de un hombre alto y desgarrado, envuelto en una sucia cazadora de cuero, provocó un drástico cambio en sus planes. El hombre era un delincuente común del barrio, que había cumplido penas de tres y cuatro años en prisión por robo, asalto y robo con intimidación, pero también un tipo serio y discreto del que Santiago se fiaba, ya que tenía buenos contactos que habían demostrado ser de utilidad en más de una ocasión, aunque jamás tanto como aquella noche.

Entró en el restaurante y se sentó directamente junto al joven Matesanz.

—Traigo algo que te va a interesar, y mucho —dijo en voz baja, sin mirar a ningún sitio en particular.

El aludido sacó su cartera discretamente y deslizó dos billetes de trescientos francos entre sus dedos, pero el hombre alto negó con la cabeza.

—Mucho más, amigo mío; lo que tengo para ti es oro puro. —El futuro Segador frunció el ceño antes de sacar dos billetes más. El hombre meneó la cabeza al tiempo que enseñaba una dentadura muy estropeada—. Voy a cogértelo como adelanto por ser tú, pero después tendrás que darme muchos más de esos.

—¿No te estarás emocionando un poco? —preguntó Santiago.

El hombre rio entre dientes.

—En absoluto —dijo, y se inclinó hacia delante—. Hace quince minutos que han visto entrar a André Clichy en cierto establecimiento de nuestra querida Marsella —susurró—; solo le acompañaban una rubia y dos hombres.

Los de Partinello intercambiaron sendas miradas nerviosas. Acto seguido, ambos vaciaron sus carteras; Castilla le pasó el fajo de billetes a su compañero por debajo de la mesa mientras el

confidente, con una cínica sonrisa en sus labios, sacaba un bolígrafo del bolsillo interior de la mugrienta cazadora y garrapateaba algo en una servilleta. El dinero y la servilleta fueron discretamente intercambiados al tiempo que los tres hombres se ponían en pie. Una vez fuera del local, el hombre alto se llevó dos dedos a la frente a modo de despedida.

—Un placer hacer negocios, muchachos —dijo—. Que tengáis suerte.

—Tú te vienes con nosotros.

La expresión risueña del confidente se desvaneció. Castella dirigió una mirada de preocupación a su compañero, pero Santiago permaneció impassible, la servilleta abierta en una mano, de modo que solo él podía leer lo que había escrito.

—No creo que tengamos tiempo de recibir ayuda; pasamos por casa, hacemos una llamada rápida, cogemos una pipa para nuestro colega y salimos cagando hostias a por André —explicó a su compañero, que se limitó a asentir con la cabeza.

El hombre alto abrió la boca para protestar, pero Santiago le atajó rápidamente.

—O vienes con nosotros, o te mato yo mismo.

Raymond, que así se llamaba el hombre, no dijo nada, sino que bajó los ojos al suelo. Era un veterano curtido, con más calle que Castella y Matesanz juntos, y aun así la mirada de aquel que llegaría a ser conocido como el Segador le había acobardado. Algo en el brillo de aquellos ojos verdosos podía hacer que el corazón de un hombre se encogiese, incluso el de uno tan duro como Raymond.

André Clichy se encontraba cenando en compañía de Monique Telló, hija de la alta sociedad marselesa conocida por su voluptuosa belleza y por su afición a las malas compañías. Probablemente era una de las pocas mujeres de la ciudad lo suficientemente atractiva como para hacer que la cabeza visible del clan Clichy saliese a la luz en aquel momento, a sabiendas del precio que se pagaba por su pellejo. Monique era una mujer caprichosa, a la que no se le podía negar una cena cara cuando se le antojaba, y Clichy estaba algo más que interesado en ella; todo hombre tiene alguna debilidad, y André Clichy estaba a punto de pagar un alto precio por la suya. Los cobradores estaban fuera del restaurante, en el interior de un viejo Opel Manta. Matesanz había insistido en robar un coche para evitar que los reconociesen. Había sido una buena idea: nada más pasar por delante del portón del aparcamiento de La Joyeuse Oie, Jaume Castella había reconocido a uno de los hombres de los Clichy haciendo guardia en el aparcamiento.

—Ese nos conoce. No hay forma de entrar sin levantar la liebre, vamos a tener que esperar aquí fuera —dijo.

—En cuanto se suban al coche, dalos por perdidos —replicó Santiago—. Hay que tomar posiciones dentro y acribillarlos en cuanto salgan por la puerta. —Se giró para dirigirse al informador—. ¿Y dices que solo venían dos hombres con él?

—Exactamente.

—Pero tú no los viste, ¿cómo estás tan seguro?

—Pongo la mano en el fuego por el tío que me dio el soplo. —Raymond le sostuvo la mirada con firmeza. Había algo desafiante en su gesto.

—Tendré que fiarme de ti; y espero por el bien de todos que lleves razón. —Se volvió de nuevo hacia el frente—. Da la vuelta, Jaume, y pasa rápido por delante de la entrada; sería una putada que nos reconociese desde dentro del coche.

Castella cambió de sentido en la siguiente bocacalle. Pasaron a setenta kilómetros hora por

delante de La Joyeuse Oie; poco antes de llegar a la esquina del muro del aparcamiento, el futuro Segador ordenó virar a la derecha para rodearlo.

—Aparca aquí —dijo unos metros más allá.

Los tres hombres descendieron del vehículo robado. Las órdenes de Santiago fueron rápidas y claras.

—Dejad el coche aquí y esperadme junto al portón metálico. En cuanto oigáis tiros, salís corriendo pipa en mano hacia las escaleras de entrada y disparáis como si no hubiese mañana; voy a necesitar cobertura.

Ordenó a Castella que vigilase mientras Raymond le ayudaba a encaramarse a lo alto del muro. Lo que ocurrió después pasó directamente a formar parte de la leyenda del Segador.

Consiguió saltar el muro sin que nadie le viese, rodó nada más tocar el suelo hasta situarse debajo de un coche y, desde allí, atravesó medio aparcamiento arrastrándose por debajo de los vehículos estacionados, hasta llegar a ocultarse detrás de un coche cercano a las escaleras que subían hasta la puerta del restaurante. La misma puerta por la que, menos de cinco minutos después, saldría André Clichy del brazo de su joven acompañante y seguido por su guardaespaldas; las mismas escaleras que nunca terminarían de bajar.

Castella y Raymond se abalanzaron hacia la entrada del establecimiento nada más oír los disparos; el examen del forense llegaría a encontrar siete proyectiles, de dos calibres diferentes, alojados en la espalda del hombre que montaba guardia en el aparcamiento. El cadáver del segundo guardaespaldas quedó tendido en las escaleras de La Joyeuse Oie, al lado del de André Clichy. Milagrosamente, Monique Telló salió indemne del tiroteo. Un año más tarde contraería matrimonio con el anodino hijo de un magnate hotelero.

XXVI

Había estado demasiado cerca de ser descubierto, para su gusto. Parecía obvio que, inopinadamente, había llamado la atención de los hombres de Galgani; incluso le habían seguido al salir de la basílica. Aquello resultaba más que inaceptable para Radu Dumukrat.

Hacía rato que ya no iban tras él, pero los tacones estaban destrozándole los pies mientras bajaba por la Rue de Vauvenargues, por no mencionar el efecto que ejercía la tensión muscular sobre la herida de su costado. Su coche de alquiler se encontraba estacionado al final de la calle; se alegraba de no haberlo dejado en el aparcamiento de Notre-Dame de la Garde, ya que, visto lo visto, el vehículo habría quedado marcado tanto para la Policía como para los de Partinello. Por otra parte, aquella caminata le estaba matando. Apretó los dientes y continuó andando, esforzándose por no perder detalle de cualquier movimiento a su alrededor a pesar de aquel suplicio; desafortunadamente, no podía permitirse el lujo de atraer miradas indiscretas quitándose los zapatos.

Respiró aliviado al entrar en el Citroën C4 y liberar sus pies doloridos. Tenía que asegurarse de que nadie le veía cambiarse de atuendo desde fuera del coche, así que esperó a que aligerase el tránsito de personas que venían del funeral. Por suerte no tuvo que aguardar mucho; aquel intervalo de tiempo era el punto más débil de su plan, ya que Barthélémy Galgani podía abandonar el lugar en ese ínterin, pero confiaba en que el protocolo de la ceremonia se alargase lo suficiente como para darle tiempo a tomar posición; además, las fuertes medidas de seguridad jugaban a su favor, ya que no dejarían al *amiragliu* salir de la iglesia hasta que hubiesen asegurado la zona. Condujo a lo largo de toda la calle en dirección a Notre-Dame de la Garde de nuevo, pero no llegó hasta la basílica, sino que giró a la izquierda a la altura del edificio de la archidiócesis; a pocos metros había localizado un puesto de observación privilegiado desde el cual podría vigilar los vehículos que abandonaban el aparcamiento de la basílica. Se trataba de una pequeña plazoleta, situada en la encrucijada de cuatro calles, desde donde se dominaba tanto el Boulevard André Aune como la Rue Fort du Sanctuaire y la Rue Vauvenargues, que eran las únicas vías para acceder a la Bonne Mère en automóvil.

Una vez allí, descubrió que aún había un importante número de coches en el aparcamiento del viejo santuario; bastantes más de los que había esperado. No cabía duda de que la mayoría pertenecían a los hombres de Galgani, mientras que algunos otros serían de la Policía. Tal vez se hubiese quedado más gente para dar el pésame a los allegados del difunto tras el funeral, lo que podía dificultar su misión. Distinguir a la Policía era fácil; distinguir a unos traficantes de otros ya no lo era tanto.

La espera resultó mucho más larga de lo que se imaginaba. Después de una hora vigilando

desde el coche, no había observado ningún movimiento interesante en los alrededores de la basílica; tan solo dos vehículos aislados habían abandonado el edificio, ambos con un solo ocupante a bordo. No le quedaba más remedio que permanecer allí, vigilar pacientemente a su presa a la espera del siguiente movimiento; tal como le había enseñado su abuelo Django hacía toda una vida, cuando le llevaba de caza por las agrestes Highlands escocesas.

Radu no era más que un crío, de apenas cuatro años, cuando se cobró su primera vida bajo la tutela del patriarca de los Dumukrat. A pesar de ello, el recuerdo seguía en su mente nítido como el cristal. Recordaba haber pasado una tarde entera persiguiendo las lagartijas que abundaban por los alrededores de la casa familiar. Al principio había intentado atraparlas corriendo atolondradamente tras ellas, pero los diminutos reptiles eran, con mucho, demasiado rápidos como para dejarse atrapar por el pequeño aspirante a cazador; aun así, él seguía intentándolo obstinadamente, una y otra vez, bajo la atenta mirada de su abuelo. Finalmente, el viejo Django se agachó junto a él, puso una mano sobre su hombro y señaló con el dedo a una de aquellas lagartijas.

—Yendo detrás de ellas no las vas a coger nunca. Ellas son más rápidas y tú, más lento; tú corres tras ellas, ellas corren más y se te escapan. No importa cuántas veces lo repitas, el resultado siempre será el mismo. Tienes que cambiar el método.

El pequeño había mirado a su abuelo perplejo, con los ojos muy abiertos, sin entender nada. El viejo soltó una carcajada.

—Tienes que observar a tu presa —dijo señalando nuevamente al reptil esmeralda—. Fíjate bien. Fíjate en cómo camina, cómo levanta la cabeza para mirar a su alrededor, cómo reacciona cuando oye un sonido, cuando detecta algún movimiento.

El pequeño Radu se había quedado mirando fijamente a la lagartija, totalmente concentrado. Acto seguido, con la impaciencia de los que empiezan a vivir, pateó el suelo y chilló.

—¡No veo nada!

La lagartija desapareció reptando ágilmente entre la maleza.

—Pues lo acabas de ver —respondió su abuelo—. Has hecho ruido y la has espantado. ¿Qué ha hecho la lagartija?

El niño se encogió de hombros.

—Salir corriendo.

—Justamente. Salir corriendo como alma que lleva el diablo; sin volverse hacia el ruido, sin mirar a ningún lado, sin intentar encararse a la amenaza. Ahora ya sabes que la lagartija es un animal que no duda un segundo en huir de cualquier posible peligro; no lo analiza ni lo encara, corre por su vida de inmediato. Esto quiere decir que solo tienes dos maneras de atraparla. Una es cogerla desprevenida, y para eso tienes que acercarte a ella sin que te vea y sin hacer nada de ruido; la otra es anticiparte a ella y tenderle una trampa en su ruta de escape. ¿Has visto hacia dónde salió corriendo la lagartija?

—Hacia la maleza —dijo el pequeño.

—Hacia el refugio más cercano —respondió el viejo Django con una sonrisa.

Posó una mano sobre la cabeza de Radu y le alborotó el pelo cariñosamente. Acto seguido, dio media vuelta y desapareció en el interior de la casa, dejando a su nieto con la caza de lagartijas.

El pequeño de los Dumukrat se pasó el resto de la tarde intentando atrapar uno de aquellos

escurridizos reptiles. Comenzaba a ponerse el sol cuando lo consiguió, aunque, por desgracia, no pudo atraparla viva: el estacazo con el que Radu la había detenido no fue lo suficientemente sutil. La lagartija murió retorciéndose entre estertores de agonía; el impacto le había reventado el vientre, y del interior salían unas pequeñas bolas viscosas. Su abuelo le explicó más tarde que aquellas bolitas no eran otra cosa que los huevos que el reptil guardaba en su interior, a la espera de que eclosionasen. Aquella lagartija estaba a punto de ser madre.

Fue poco después cuando el patriarca del clan comenzó a llevar a su nieto de caza por los alrededores. Bajo su tutela, el pequeño Radu pronto aprendió a cazar ardillas, pájaros, conejos y ratones de campo, tanto vivos como muertos.

—La presa más difícil —le decía su abuelo —no es la más grande ni la más fiera. Una bestia poderosa siempre puede matarse con un arma más poderosa que ella. La presa más difícil es la más escurridiza, aquella sobre la que es difícil incluso llegar a poner la vista. Si aprendes a rastrear y dar caza a las presas más pequeñas y huidizas, las más grandes te resultarán fáciles de atrapar.

El joven aprendiz de cazador pasaba las tardes buscando huellas y excrementos que le indicasen la presencia de sus presas, acechándolas y dándoles caza. La afición de su hijo no pasó desapercibida para Samuel Dumukrat, que pronto le enseñó a fabricar y a manejar arcos y flechas, hondas e incluso cerbatanas, cuyos dardos, untados en el jugo de ciertas plantas que crecían en la zona, o incluso en el veneno de las víboras que abundaban en los alrededores, demostraban ser letales para aquellos pequeños animales. A Django, sin embargo, le disgustaba que su nieto aprendiese a utilizar lo que él llamaba *camino fáciles* a una edad tan temprana. Sostenía que su nieto debía aprender a cazar con sus manos y a destripar con el cuchillo antes de comenzar a utilizar armas más complejas, pero el pequeño mostraba predilección por la comodidad que le ofrecían las armas de proyectiles.

Radu siempre recordaría lo mucho que le había costado cobrarse su primera marta con las manos desnudas. Las ardillas rojas y los conejos resultaban difíciles de alcanzar, pero, una vez atrapados, solo era cuestión de darles muerte, ya fuese retorciéndoles el cuello o apuñalándolos. Las martas eran diferentes; a pesar de su pequeño tamaño, podían volverse extremadamente feroces cuando se encontraban acorraladas. Lo descubrió la primera vez que consiguió cercar a una contra unas rocas. El mustélido se abalanzó sobre su cara y comenzó a lanzarle feroces zarpazos y dentelladas; el pequeño *mulobeng* apenas lograba tenerla a raya con las manos para evitar que aquella fiera le sacase un ojo. En medio de la lucha descubrió a su abuelo observándole, medio oculto entre las sombras del crepúsculo, pero sabía que Django no le socorrería; la presa era suya y él solo tendría que arreglárselas. Rodó por el suelo, tratando de aprovechar su peso para aplastar al animal, y su improvisada técnica dio resultado. Los zarpazos de la marta perdieron brío, al tiempo que Radu aferraba su escuálido pescuezo entre sus manos; poco a poco, el animal fue quedándose inmóvil, su lengua, fina y estrecha, acabó colgando antinaturalmente de su hocico, y los ojos, muy abiertos, empezaron a volverse vidriosos. Súbitamente, comprendió que había estrangulado a la criatura hasta la muerte. Un escalofrío recorrió su espalda, soltó a su presa y apartó la mirada de repente, incapaz de soportar aquella horrible mueca. Django se abalanzó sobre su nieto de inmediato, le agarró por los cabellos de la nuca y le obligó a mirar directamente al semblante de su víctima.

—¿Por qué apartas la mirada? —le espetó—. Mira cómo la luz abandona sus ojos, siente

cómo se enfría su pellejo, cómo la vida abandona sus miembros. Tú la has matado, Radu, y por ello tienes el deber de contemplar el fruto de tu obra.

El pequeño se obligó a obedecer a su abuelo. Tragó saliva intentando deshacer el nudo que se había formado en su garganta mientras observaba el cadáver del mustélido. Fue entonces cuando captó por primera vez el olor, un olor repugnante que provenía no solo del animal muerto, sino de sus propias ropas. La marta le había rociado con un líquido de olor nauseabundo; aunque por entonces él no lo sabía, se trataba del fluido que segregan ciertos animales cuando están asustados. Lo repugnante del hedor le provocó una fuerte arcada; a punto estuvo de vomitar el almuerzo.

—Debes aprender a mirar a los ojos a tus víctimas mientras exhalan su último aliento —le aleccionó el patriarca—, hasta que ya no parpadees al ver cómo una criatura que podía correr, chillar, jugar con sus crías, dar saltos de alegría o gemir de hambre se convierte en un trozo de carne delante de tus ojos.

Aquella noche, cuando el pequeño de los Dumukrat llegó a casa, tanto su cara como sus manos estaban llenas de laceraciones. El escozor que le provocó el ungüento con el que su abuela le curó las heridas hizo que los zarpazos y mordiscos de la marta pareciesen caricias en comparación. Tuvo que bañarse durante más de una hora, frotándose hasta que su piel adquirió la tonalidad de la sangre, para quitarse de encima la pestilencia del líquido que había segregado el animal. La ropa que llevaba hubo que quemarla directamente.

Fue tras aquella experiencia cuando Radu se reafirmó en su convicción de cobrarse a sus presas desde cierta distancia. Había decidido arriesgar su pellejo lo menos posible, para gran disgusto de su abuelo. El viejo Django seguía instándole a buscar animales más peligrosos, como zorros rojos y gatos salvajes, capturándolos vivos o matándolos con el cuchillo; pero el pequeño Radu, que para entonces contaba nueve años de edad, cada vez se inclinaba más por el uso del arco, con el que había llegado a ser un consumado maestro. Esto provocaba fuertes discusiones entre Django y Samuel, ya que este había comenzado a instruir a su hijo en el uso de las armas de fuego, y el anciano le reprochaba el estar criándole para ser débil, para depender del uso de las armas en lugar de la destreza.

—¡Exactamente igual que tú y tus cien veces malditos soldaditos ingleses! —le gritaba.

Samuel respetaba la autoridad de su padre como patriarca del clan y procuraba contradecirle lo menos posible, sobre todo delante del resto de los miembros de la familia. Admiraba las superiores habilidades de Django, le enorgullecía que su hijo aprendiera de tan consumado maestro, pero estaba firmemente convencido de hacer que Radu recibiese la mejor formación posible, tanto en cuerpo como en mente; y para Samuel Dumukrat eso pasaba por contradecir en ocasiones las inamovibles ideas de su padre.

Y era que entre el viejo Django y su hijo había diferencias más graves que las que pudiesen tener respecto al entrenamiento del pequeño del clan.

—Tu padre —le decía el patriarca a su nieto— es un gran hombre y un digno *mulobeng*; pero los soldaditos le han lavado el cerebro. Le han metido en la cabeza falsas lealtades y falsas leyes. No se da cuenta de que lo único que hacen es utilizarle, exactamente igual que se utiliza una de esas malditas pistolas y rifles que tanto os gustan a los dos.

Radu escuchaba a su abuelo en silencio, igual que hacía con su padre cuando le hablaba de Django. Aunque no era más que un niño, hacía tiempo que había aprendido a no meterse en las

discusiones de los adultos. Estos parecían no darse cuenta de que Radu, que había vivido aislado del mundo desde su nacimiento, no alcanzaba a comprender todas aquellas cosas que le decían, ni de que siempre escuchaba con cierto rechazo las doctrinas de su padre y su abuelo. En el fondo de su corazón, lo que más deseaba era salir de su diminuto círculo familiar para, por fin, conocer aquel mundo que solo había visto en las películas que le traía su padre. A pesar de su aislamiento y de lo temprano de su edad, en el interior del pequeño ya se ocultaba un corazón rebelde que ansiaba liberarse del yugo de sus mayores, un corazón que anhelaba la oportunidad de vivir la vida a su manera, bajo sus propias normas, al igual que tantos de sus héroes del cine.

—Mira a tu alrededor —le dijo el viejo Django en cierta ocasión—, contempla las montañas, los árboles y los ríos en su belleza salvaje. Observa a los animales, mira cómo velan por sus crías en sus primeros días. El macho y la hembra luchando juntos por la supervivencia de su prole, la manada luchando codo con codo por la supervivencia de la especie. Y mira la lucha feroz entre las especies. Ese es el verdadero mundo, el mundo real, y no el mundo de los politicuchos y los militares; los hombres débiles se han creado un mundo de juguete en el que poder dominar a los demás con sus embustes y sus trampas. Es todo una gran mentira, Radu, que no te engañen nunca. Las naciones, los gobiernos y las leyes son una gran farsa; nunca te dejes engatusar como engatusaron a tu padre. La única lealtad verdadera es la de la sangre. Lo único verdadero que existe es la familia y la raza; lo demás son cuentos, patrañas. Un buen gitano es el que se mantiene junto a los suyos, Radu; en un buen gitano puedes confiar. —Una amarga sonrisa se asomaba a los labios de Django—. Y tampoco olvides nunca que también hay malos gitanos.

Aunque no comprendía bien la mitad de las cosas que le contaba, al pequeño de los Dumukrat le impresionaba cómo hablaba su abuelo. El anciano se expresaba casi siempre de una manera solemne y muy seria, muy distinta del lenguaje más bien chabacano que empleaba el resto de la familia, y también del tosco lenguaje del viejo Bob, a menudo malsonante y soez. En la inocencia de su niñez había interrogado en cierta ocasión a su padre sobre la forma de hablar de su abuelo, a lo que Samuel había contestado en tono jocoso:

—Al abuelo le encantan las grandes palabras y las frases solemnes. Será cosa de la edad, o de esas canciones tan viejas que le gustan a él. Ya sabes que cuando el abuelo era joven no existía la televisión y apenas había radios. Los gitanos se reunían para cantar alrededor del fuego, canciones muy antiguas, y el lenguaje de antes no era como el de ahora; será por eso —le había dicho Samuel entre risas—. De todos modos, debes escuchar siempre a tu abuelo con mucha atención, porque es muy viejo y muy sabio, y puedes aprender mucho de él. Pero te voy a dar otro consejo: no es bueno confiar siempre en los hombres que hablan con grandes palabras.

Tal como le había enseñado el viejo Django, la paciencia del buen cazador siempre daba sus frutos. Empezaba a caer el sol sobre la bahía de Marsella cuando la comitiva que Radu estaba esperando se puso en marcha. Desde su puesto de observación podía ver con claridad cómo los primeros coches comenzaban a descender; el problema radicaba en decidir a cuál de los vehículos debía seguir. Hubiera resultado más difícil de no haber recibido cierta información de labios de Antoine Cirazzi: dos de los coches que el corso le había descrito se hallaban aún en el aparcamiento de la Bonne Mère, cerca de la entrada, por lo que resultaba lógico pensar que todos los que había aparcados a su alrededor pertenecían también a la gente de Galgani. Esperó a que sus objetivos pasaran delante de él y emprendió la marcha discretamente tras ellos, justamente detrás de los vehículos que, como era evidente, pertenecían a la Policía de Marsella.

El hecho de que la comitiva de Galgani tuviese «escolta» policial no hacía sino dificultar la misión del asesino. Los de Partinello se separarían para despistar a la Policía, que contaba con efectivos limitados, y cuando lo hiciesen, se vería en la disyuntiva de a qué coche seguir. Lo más lógico era ir en pos del grupo más numeroso, ya que el líder, amenazado como se encontraba, debería viajar lo más protegido posible; no obstante, la experiencia le había enseñado que la lógica directa no siempre era la más acertada. Era de esperar que los hombres de Galgani jugasen con la misma suposición para despistar a los chicos de azul.

El asesino conducía procurando no llamar la atención mientras hacía cuentas mentalmente. Nada menos que doce automóviles habían salido antes de que pasase el primer grupo, entre ellos tres o cuatro que pertenecían a los de Partinello, y tal vez otros tres o cuatro de la Policía, no podía decirlo con seguridad. En el segundo grupo, al que perseguía, iban otros diez vehículos, de los cuales estaba casi seguro de que solo dos o tres eran policiales. En definitiva, la proporción era más que suficiente como para despistar a las autoridades si empezaban a tomar distintos caminos.

Dos de los coches se separaron del grupo y uno de los de Policía los siguió. Radu comenzaba a sentirse como si le fuese a estallar la cabeza; no cesaba de hacer cálculos mientras trataba de memorizar algunos de los vehículos y garrapateaba, en clave, modelos y matrículas en un papel sucio y arrugado que descansaba sobre el asiento del copiloto. Demasiados vehículos, demasiadas posibilidades; era casi imposible que acertase a dar con el coche de Galgani, y aún más difícil hacerlo sin que le descubriesen. Jugaba con la probabilidad de que, aunque se delatase, los de Partinello pensarían que era un policía, y viceversa; aquella era un arma de doble filo que podía jugar tanto a favor como en contra suya.

Estaba a punto de decidirse a pegarse, por pura intuición, al tercer coche que se separase del grupo cuando, súbitamente, se le ocurrió otra posibilidad. ¿Y si todos los coches eran señuelos? Si de verdad se estaban tomando tantas molestias para evitar que la Policía pudiese pisarle los talones a Galgani, ¿por qué arriesgarse a que su estrategia funcionase cuando podían asegurarse por completo? Radu imaginó a Galgani escondido en algún lugar de la basílica con un puñado de sus guardaespaldas, esperando tranquilamente a que la costa quedase libre de moros para abandonar el lugar sin preocuparse por la vigilancia, y la intuición fue demasiado fuerte para dejarla pasar.

Aprovechó la primera oportunidad para cambiar de sentido y se encaminó de nuevo hacia el santuario a toda la velocidad que le permitía el C4 alquilado, su cabeza trabajando también a toda velocidad mientras conducía, esforzándose por tirar abajo su propia hipótesis, tal como hacía siempre que no estaba seguro de algo. Intentaba ponerse en el lugar de los corsos, pero también en el de la Policía. Serían más de cuarenta personas las que habían abandonado la iglesia al mismo tiempo, y la Policía vigilaba la entrada desde sus vehículos, aparcados a cierta distancia, por lo que, de no encontrarse Barthélémy Galgani entre aquella muchedumbre, resultaba difícil que se hubiesen dado cuenta. Había muchos hombres altos y corpulentos entre los de Partinello, por lo que no tenían problema en cubrir a uno, o incluso a varios de ellos, desde la puerta hasta los coches más cercanos, simulando así la salida de su líder. Cuantas más vueltas le daba, más seguro estaba de su corazonada. El motor Citroën rugió al enfilar la Montée de la Bonne Mère con el acelerador pisado a fondo.

El aparcamiento de la basílica estaba desierto, salvo por un puñado de autos estacionados

aquí y allá que seguramente pertenecían al personal seglar del santuario. El sol se había ocultado ya casi por completo bajo la línea del mar y los últimos rayos teñían de rojo el horizonte. Radu decidió aparcar en el extremo más apartado de la explanada, oculto tras el edificio, junto a las escaleras de piedra que ascendían por la Montée Commandant René Valentin. Caminó distraídamente por los alrededores, aparentando ser un turista más, mientras buscaba un puesto de observación discreto. Lo encontró fuera del recinto de la basílica. Solo tuvo que salir por las escaleras de piedra y subirse al muro que rodeaba el mirador de Notre-Dame de la Garde, para después trepar hasta colocarse justo a la izquierda de la blanca estatua de Jesucristo que parecía vigilar el santuario; desde allí, observando a través de uno de los huecos que formaban la cenefa del muro, comenzó también el asesino su labor de vigilancia.

La espera no fue agradable. A las dudas sobre si habría tomado la decisión acertada se unía la tensión de ser descubierto allí encaramado. No podía decirse que estuviese haciendo nada ilegal, pero su posición resultaba indudablemente sospechosa. Procuró tranquilizarse pensando que solo era visible desde las escaleras y que podía ocultarse fácilmente saltando por encima del muro; además, había oscurecido ya, y estaba a cubierto de la iluminación de las farolas.

Tras una media hora de incertidumbre se oyó el ruido de un motor. Radu sintió cómo se le erizaba la piel al ver aparecer una furgoneta blanca rotulada con el nombre de una empresa de reformas. La furgoneta se detuvo justo frente a la escalinata de acceso a la basílica. Un escalofrío de euforia recorrió la espalda del asesino al reconocer una figura en lo alto de ella: era el guardaespaldas de Galgani. El mismo hombre cuya mirada se le había clavado durante el funeral registraba en aquel momento los alrededores, en busca, sin duda, de cualquier posible indicio de amenaza. Finalmente descendió los escalones, se dirigió hacia la furgoneta rotulada e intercambió unas palabras rápidas con el conductor, un hombre de mediana edad ataviado con ropas de trabajo. Acto seguido, remontó la escalinata y desapareció en el interior del edificio. Cuando volvió a salir le acompañaban tres hombres más; el voluminoso contorno de Barthélémy Galgani destacaba en medio de los tres.

Radu no esperó más. Comenzó a escalar de regreso hacia la entrada del mirador y permaneció agazapado junto a esta hasta que oyó el sonido de la furgoneta al ponerse en marcha; entonces atravesó esprintando la distancia que le separaba de su coche de alquiler y montó en él. La persecución que se desarrolló a continuación requirió de toda su destreza. Había comprobado de primera mano la agudeza del guardaespaldas de Galgani, por lo que no estaba dispuesto a cometer ningún tipo de error. Se aseguró de mantenerse fuera de los retrovisores de la furgoneta en todo momento; la pendiente descendente de la carretera jugaba a su favor, pero el otro conductor no era torpe en absoluto, y recorría a buena velocidad la Montée de la Bonne Mère. El asesino se vio obligado a dejarles todo el aparcamiento de ventaja, para después atravesarlo a toda velocidad y detenerse justo antes de iniciar la bajada hacia la Place du Colonel Edon. Continuó manteniéndose a más de cien metros de distancia hasta que llegaron al final de la Rue Fort du Sanctuaire y entraron en el casco urbano por el Boulevard Vauban.

A partir de allí, la persecución resultó más sencilla. Había la cantidad justa de tráfico, y el color de la furgoneta facilitaba su visibilidad bajo la generosa iluminación de la Marsella nocturna. No obstante, aún atravesaron un buen trecho de la ciudad, más de ocho kilómetros de trayecto, hasta llegar a su destino en el barrio de La Cabucelle. Siempre desde una distancia prudencial, Radu observó cómo la furgoneta se introducía en el garaje de un bloque rectangular de

color crema, similar al resto de los edificios de la zona. Rodeó el inmueble para reconocerlo; en el gran letrero iluminado que había en el frontal podía leerse «hotel la madrague». No necesitaba consultar sus notas, recordaba que aquel era uno de los negocios que, según le había confesado Antoine Cirazzi, pertenecían a la organización de Galgani; concretamente a su hija Chjara. Era uno de los lugares que utilizaban como piso franco.

El asesino sonrió. No podía haber nombre más apropiado.[\[26\]](#)

XXVII

Santiago Matesanz observaba con detenimiento el itinerario errático de las partículas de ceniza que se desprendían de su cigarrillo Chesterfield mientras caían desde la azotea del Hôtel La Madrague hasta la calle, ocho pisos más abajo. Era una costumbre que había adquirido en la cárcel: concentrarse en cosas nimias, aparentemente irrelevantes, como las turbulencias en el chorro de agua de un grifo, los lentos cambios de forma de las nubes, el movimiento de las partículas de polvo en el aire o las ondulaciones del humo de los cigarros. Observar el camino de la ceniza en su caída era nuevo, pero le ayudaba igualmente a relajarse. Había aprendido a enfocar toda su atención en aquellos movimientos aparentemente aleatorios, a concentrarse a fondo en seguir las trayectorias y a buscar patrones en estas hasta el punto de ser capaz de predecirlas. Muy rara vez conseguía tal cosa, pero tampoco era ese su objetivo; en realidad, lo único que pretendía era olvidarse por completo del mundo, de dónde estaba, de las personas que le rodeaban y, sobre todo, de sí mismo. Solo así era capaz de encontrar la paz. De alguna manera, focalizando su ser en las partículas nimias del universo lograba sentirse como un minúsculo fragmento más del cosmos. Sin voluntad, sin obligaciones, sin origen y sin destino; tan solo una mínima parte de la creación, mecida suavemente por las mismas fuerzas que mueven las estrellas y los planetas. Por desgracia, el sentirse completamente tranquilo y relajado era algo que parecía estar fuera de su alcance, al menos durante más de dos o tres minutos; su cabeza funcionaba demasiado deprisa como para eso.

Como siempre le ocurría, salió bruscamente de su ensoñación sin ninguna razón aparente. Siempre empezaba como un pequeño pinchazo en el fondo de su cabeza, como el recuerdo de un recuerdo, que enseguida se convertía en un calambrazo que le devolvía a su ser, a sus recuerdos y a sus temores. Apuró el cigarrillo de dos fuertes caladas y lo proyectó hacia la calle con un chasquido de sus dedos pulgar y corazón. Siguió el recorrido de la colilla hasta que la perdió de vista antes de abandonar la azotea para entrar de nuevo en el edificio. Sentía ganas de bajar a su habitación, tumbarse en la cama, cerrar los ojos y permanecer allí hasta que le apeteciese levantarse; pero no podía. Estaba de guardia y, además, tenía asuntos que tratar con Barthélémy Galgani.

La Madrague no era un hotel grande —ciento cincuenta y cuatro habitaciones distribuidas en siete pisos—, pero la decoración, si bien no muy opulenta, era de un gusto exquisito, y el mimo con el que estaba cuidado hasta el último detalle era más que notable. Resultaba imposible encontrar daños en el mobiliario ni desperfectos de cualquier otro tipo; tanto la pintura de las paredes como la moqueta del suelo estaban completamente nuevas. Para Santiago, todo en aquel lugar llevaba el sello de su dueña, la siempre minuciosa Chjara Galgani. Exigente hasta el límite y

obsesionada con la idea de perfección hasta extremos cuasienfermizos, la hija de Barthélémy Galgani parecía haberse volcado a fondo con aquel hotel cuya tasa de ocupación era tan baja que apenas daba para pagar al personal, por no hablar ya de los gastos. Aquello resultaba típico de ella. Poco importaba que el negocio fuese una tapadera para blanquear dinero, ni que la organización prefiriese las habitaciones vacías para poder acoger a los suyos cuando fuese necesario; la pequeña Chja siempre daba el doscientos por cien en cualquier cosa que hiciese. Buen ejemplo de ello era la gestión de La Madrague, aunque como hotel nunca fuese a optar a una cuarta estrella.

El ascensor se detuvo en el cuarto piso. Gabriel Geronimi, cigarro en mano, charlaba a voz en grito con otro individuo más joven al que Santiago no conocía. Se suponía que montaban guardia vigilando el ascensor y las escaleras y, sin embargo, se encontraban casi de espaldas a ambos. Ni siquiera reaccionaron ante la presencia del Segador hasta que este no se encontró prácticamente encima de ellos; G. G. le saludó distraídamente con una palmada en el brazo.

—¿Qué tal, Santi? —dijo sin mirarle apenas.

—No tan bien como tú, amigo mío —le palmoteó dos veces el hombro con fuerza, al tiempo que le dedicaba una de sus conocidas miradas.

El corso pareció captar el mensaje y bajó los ojos al suelo. Su expresión alegre y distendida había desaparecido.

Continuó pasillo adelante, considerando que no merecía la pena dedicarles más tiempo a los dos matones. No pudo evitar pensar, como lo había hecho tantas veces desde hacía años, en lo mucho que distaba la personalidad de Chjara de la de los hombres de su padre. Si hubiese podido contar con media docena de tipos la mitad de concienzudos que la hija de Galgani, la seguridad del gran hombre habría dejado ya de quitarle el sueño. Por desgracia no era así, y tenía que arreglarse con lo que había.

El *amiragliu* ocupaba la habitación 421, la cual, a pesar de ser la más grande del hotel, no se trataba de ninguna *suite*; de hecho, jamás había sido ocupada por ningún cliente, ya que su uso estaba reservado exclusivamente a miembros de la organización. Santiago saludó a Domenico Felce, quien fingía reposar casualmente contra la pared al final del pasillo, pero que realmente tenía clavados sus ojos de mastín en el otro extremo. El hombretón respondió al saludo con un parco movimiento de cabeza y se apresuró a acercarse a la puerta de la 406 para abrirla con su llave de tarjeta.

Fígaro, Luporsi, Piero, Baptiste Felce, François Molyneux y el propio Barthélémy Galgani se encontraban en el interior, reunidos alrededor de una mesa baja de nácar. Galgani estaba sentado en un sillón, mientras que los demás ocupaban un largo sofá de cuero blanco, a excepción de Piero, que permanecía de pie con las piernas separadas y los brazos cruzados sobre el vientre, y Fígaro, en su silla de ruedas.

—Buenas tardes, Santiago —saludó el *amiragliu*—. Tú dirás.

—Buenas tardes a todos —respondió al tiempo que dedicaba un ligero alzamiento de mentón a los presentes—. Necesito hablar con usted para saber quién le visitará en el hotel y cuándo.

Después de la reunión que había seguido al funeral de Antoine Cirazzi y de la que el líder de la cofradía de Partinello había salido considerablemente satisfecho, este había decidido instalarse en La Madrague para recibir al resto de los líderes y continuar con las negociaciones. Lograr un acuerdo entre organizaciones del tipo de las que dirigían Galgani y sus homólogos llevaría mucho

tiempo, esfuerzo y conversaciones de diversa índole; por eso necesitaba disponer de un lugar totalmente seguro, un lugar donde pudiese celebrar todas las asambleas necesarias, garantizando siempre su seguridad y la de sus invitados, de manera que pudiese ofrecer imagen de sólida fortaleza ante ellos. La Madrague iba a ser aquel lugar. De todos los edificios de Marsella que pertenecían a la organización, el hotel propiedad de Chjara Galgani era el que contaba con las medidas de seguridad más férreas.

—Precisamente estábamos hablando de eso ahora mismo. —El gran hombre aludió a los presentes con un gesto de la mano—. Eso no se puede decidir a la ligera, hay que tener en cuenta muchas cosas.

Santiago reprimió las ganas de hacer un comentario acerca de que, dado que parecía ser el máximo responsable de la seguridad en el hotel, él también podía tener algo que decir al respecto. Sabía que estarían valorando los antecedentes de cada posible invitado, el grado de atención de la Policía que atraería, la peligrosidad de sus hombres y demás. Después acudirían a él para decirle que se las arreglase para acoger un número, seguramente indeterminado, de pistoleros armados sobre los que no tenía ninguna referencia, y sin comprometer la seguridad de ninguno de los invitados, por supuesto. Le tranquilizaba saber que, al menos, Fígaro estaba presente y que él no toleraría ninguna decisión contraria a una mínima cordura. El guardaespaldas seguía obstinado en cumplir con sus funciones en la medida en que le era posible, con más celo, si cabía, que en el pasado. Afortunadamente para todos los implicados, Galgani sentía suficiente respeto por el viejo perro guardián como para no contradecirle en materia de seguridad. Lo que enfurecía al expresidiario era el hecho de que, como siempre había ocurrido, los mismos jefazos que decían confiar en su criterio no tenían problema en excluirle sistemáticamente de la toma de decisiones, tan solo le exigían resultados después. Seguía siendo el encargado de comerse todos los marrones.

—¡Ey!, ¿qué tal, Santi? —Angélique Giraudon había salido de la estancia contigua ataviada con un sencillo conjunto veraniego de color esmeralda. Algo en aquella mujer producía en Santiago la sensación de ir siempre vestida de gala.

—Muy bien, Angélique. Me gusta esto de alojarme en un hotel; así me creo que estoy de vacaciones.

Al igual que alguno más de los concurrentes, la mujer contuvo una carcajada.

—¿Tú también te quedas aquí, con esta tropa de aburridos? —preguntó.

—Me parece que Ange está buscando un compañero de barra —intervino Galgani.

La aludida rodeó los anchos hombros de su amante con sus brazos e inclinó la cabeza sobre la suya para darle un beso en la frente.

—Qué bien me conoces, querido. —Una sonrisa maliciosa dejó al descubierto su dentadura perfecta—. ¿Te apuntas? —dijo dirigiéndose de nuevo a Matesanz.

Este se encogió de hombros.

—Me parece que no tengo gran cosa que hacer aquí...

—Acompaña a Ange a tomar algo; ya hablaremos contigo después —resolvió el *amiragliu*.

* * *

El bar del hotel era un amplio salón, sobriamente decorado al estilo clásico. Una gran barra rectangular dominaba el centro de la estancia, con un amplio espacio a su alrededor que hacía las

veces de pista de baile, pavimentado con brillantes azulejos de gres color crema entre los que no se apreciaba junta alguna. En la periferia de la pista había unas pocas mesas redondas de cristal tintadas en azul marengo, el mismo color en que estaban tapizadas las sillas. Los dos extremos más cortos del bar estaban elevados metro y medio sobre la pista, y en ambos había una distribución de mesas, sillas y sofás de distintos tamaños; las mesas de las esquinas estaban rodeadas de largas jardineras decoradas con plantas tropicales, a modo de reservado.

Santiago Matesanz y Angélique Giraudon ocupaban una de esas mesas. El Segador había dado cuenta de tres Macallan con hielo por dos *gin-tonics* de su acompañante. Llevaban largo rato conversando acerca de Marsella, de las playas de Córcega y de otros temas triviales cuando la mujer cambió inadvertidamente de tema.

—Es increíble lo mucho que te pareces a tu padre —dijo.

El exconvicto clavó los ojos en el fondo de su vaso.

—Tampoco tanto —contestó antes de darle otro trago.

—De cara no tanto, no; pero tienes muchísimos gestos de él. Lo más curioso de todo es que tenéis el mismo puto carácter.

El hombre la interrogó con la mirada.

—¿Y cuál es mi carácter, según tú?

—Por fuera eres igual de frío, distante y cortante que Mathieu. Lo de la cortesía no va contigo, eso está claro —se rio—, pero eso es de cara a la galería. Seguro que con tus amigos eres divertido y travieso, como él.

Muy en contra de su voluntad, al Segador se le escapó una sonrisa.

—Bueno, eso era cuando tenía amigos.

—Y seguro que también sabes hacer reír a una mujer. —La amante de Galgani enseñó de nuevo su dentadura perfecta—. ¿Me equivoco?

—¡Claro que se ríen conmigo! —contestó él divertido—. Sobre todo en la cama.

Angélique estalló en una sonora carcajada; Santiago no pudo evitar reírse también.

—¿Lo ves? —dijo—, sabía yo que tenías que tener gracia en algún sitio. Y —pasó una mano por delante de su cara en un rápido ademán— por mucho que intentes disimularlo con esa máscara de frialdad, eres apasionado. Llevas tanta energía, tanta pasión dentro que se te desborda por los ojos, no lo puedes evitar. —Se llevó el vaso a los labios sin dejar de mirarle fijamente—. La puta misma mirada de Mathieu Languille.

Repentinamente, el semblante del Segador se tornó más serio que nunca. Una sombra de dolor cruzó aquella mirada, que volvió a caer rápidamente sobre el vaso. Apuró el contenido de un sorbo; acababa de terminar su cuarta copa. La mujer clavó en su rostro una mirada inquisitiva, pero él rehuyó el brillo de aquellos grandes ojos negros. Ella deslizó con delicadeza la punta de sus dedos sobre el dorso de la mano del hombre.

—Santiago —su voz se había vuelto solemne—, tu padre era una persona maravillosa.

La mirada con la que él le respondió fue dura, casi de odio.

—Al parecer no tanto —replicó despectivamente.

Esta vez fue la mujer la que bajó la mirada al suelo. Había sentido un relámpago de frío glacial descendiendo por su espalda, como si el Segador le hubiese traspasado toda su amargura a través de aquellos ojos de fiera. Ambos permanecieron en silencio durante unos instantes. Finalmente, Angélique consiguió rehacerse lo suficiente como para romper el silencio.

—¿Qué es lo que sabes de tu padre? —preguntó en un tono completamente neutro.

—Sé todo lo que hay que saber. —El de Santiago era frío, despectivo.

—¿Te lo contó Luporsi?

—No; si por Luporsi fuera, yo no me habría enterado nunca. Me lo contó un despojo humano que tenía yo por socio —dijo con una sonrisa cargada de amargo cinismo—. En aquella época yo también regentaba un hotel —chistó con desprecio—. Estaba hecho todo un hostelero. ¿Te suena el Hôtel Club Saphir? —Ange asintió con la cabeza—. Pues ese fue mi premio cuando me ascendieron: me hicieron gerente del flamante Hôtel Club Saphir como recompensa por matar a mucha mucha gente. ¡Ah! —Levantó un dedo a la altura de su sien. Los ademanes de Santiago se habían vuelto progresivamente más airados. Su voz estaba cargada de rabia—. ¡Y me otorgaron un título!, igual que a los grandes futbolistas. —Soltó una risilla amarga—. Santiago Matesanz, ¡el Segador!

Al tiempo que pronunciaba estas últimas palabras agarró su vaso, tan rápido que la mujer apenas pudo seguir sus movimientos con la vista, se puso en pie y lo arrojó violentamente contra la pared; el recipiente estalló en mil pedazos, esparciendo por doquier diminutos trozos de cristal todo en derredor.

Matesanz permanecía de pie junto a la mesa, los puños apretados, mientras sus ojos iban de un lado a otro, buscando los restos desperdigados del vaso que acababa de romper. Angélique Giraudon le observaba en silencio, fría y serena, impertérrita ante el repentino arranque de furia de su acompañante; había visto reacciones como aquella demasiadas veces, y no pocas las había sufrido en sus carnes. Por eso ni siquiera pestañeó cuando el hombre se volvió hacia ella, su rostro convertido en una máscara de rabia y odio, aunque, en su fuero interno, la amargura de aquellos ojos continuaba resultándole devastadora.

—¿Por qué vienes ahora a hablarme de mi padre? —musitó—. ¿Qué pretendes con eso?

—A veces las cosas son más complicadas de lo que parecen —se limitó a responder ella.

—Sí —Santiago volvió a tomar asiento frente a la mujer—, las cosas pueden llegar a ser complicadas de cojones. —Su voz comenzaba ya a recuperar el tono habitual, su respiración era menos agitada—. Mi padre era un degenerado, un jodido pederasta, además de un asesino; tan asesino como yo. Dime qué tiene eso de maravilloso.

Con la calma y la dignidad de una mujer que se ha visto en todo tipo de situaciones, Angélique se puso en pie, descolgó su bolso del respaldo de la silla y se lo colocó en el hombro.

—Las cosas no siempre son blancas o negras, Santiago; son más complicadas que eso, ya te lo he dicho. Tu padre no era un mal hombre, y mucho menos un monstruo; por favor, no guardes ese recuerdo de él.

El Segador observó la figura de la mujer mientras atravesaba el bar para terminar desapareciendo detrás de los batientes de la entrada; fue entonces cuando se percató por primera vez de la presencia del barman, que había asistido a la escena discretamente desde la barra. Levantó la mano para llamarle. El tipo, un hombrecillo de mediana edad, escaso pelo grisáceo y cuidado bigote, se acercó a su mesa.

—¿Desea algo el caballero? —preguntó.

—Sí, otro Macallan con hielo, por favor. Y siento lo del vaso.

—Por supuesto. Le ruego que no se preocupe por ello. —Y se alejó de nuevo hacia la barra.

La exquisita cortesía del camarero impresionó a Santiago. Desde luego, se dijo para sus

adentro, el tipo es de la vieja escuela.

Tras beberse su quinto *whisky* pidió otro. Se encontraba terminando su sexta copa en la esquina del bar vacío, con la única compañía del hombrecillo que custodiaba la barra en el medio del local, cuando una mujer entró por la misma puerta por la que Angélique Giraudon había salido hacía poco más de media hora. A pesar de las brumas del alcohol que comenzaban a arremolinarse ante sus ojos, reconoció de inmediato la silueta de Chjara Galgani. La hija del *amiragliu* fue directamente hacia su mesa y tomó asiento junto a él sin mediar palabra.

—No son ni las diez de la noche, ¿no te parece muy temprano para estar borracho?

—¿Quién dice que esté borracho?

—Pues el camarero, que acaba de llamarme diciendo que tenía un cliente exaltado reventando vasos contra las paredes.

—Ah —bufó—, no sabía que controlases tus negocios tan de cerca. ¿Qué pasa?, ¿que te llaman cada vez que algún borracho levanta la voz en el bar o qué?

—Ayer mismo di orden de que me informasen inmediatamente de cualquier altercado que sucediese en el local. Este es un establecimiento decente, y con los chicos aquí ya me imaginaba que se montaría alguna bronca en el bar; lo que no me esperaba era que el primero en armarla fueses tú. Le estás cogiendo el gusto al lanzamiento de vasos, ¿eh? Es la segunda vez en menos de quince días que te veo practicar.

—Pues ya ves.

Cogió su *whisky* con intención de dar otro sorbo, pero Chja se lo quitó de la mano y apuró el resto de un solo trago. Al sentir el roce de sus dedos se dio cuenta por primera vez de lo cerca que estaba la mujer: sus sillas estaban casi juntas; cualquier movimiento casual hacía que se rozasen. Ella dejó el vaso vacío sobre la mesa y le miró directamente a los ojos. Había preocupación en los de ella.

—¿Qué ha ocurrido, Santi?

Él se pasó una mano por la cara y suspiró profundamente, se echó hacia atrás recostándose en su silla y, en un gesto que Chjara conocía bien, clavó la mirada en el techo.

—Estaba aquí, tomando algo tranquilamente con la chica de tu padre, y de repente empezó a hablarme del mío. —Ella permaneció callada, asintiendo levemente con la cabeza por toda respuesta. La de Santiago rodó ligeramente sobre el respaldo de su silla antes de volverse hacia su vieja amiga—. Tú nunca me has preguntado por mi padre —dijo.

Ella se encogió de hombros.

—¿Para qué? A mí no me interesaba tu padre, me interesabas tú.

—Pero lo sabes, ¿verdad?

Chja apartó la mirada. Dejó escapar el aire en un largo resoplido.

—Sé muchas cosas. Sé lo que dicen unos y lo que dicen otros, oigo rumores continuamente, la gente siempre me está contando cosas. ¿Qué es verdad y qué es mentira? Muchas veces me es imposible averiguarlo, y normalmente tampoco me importa, así que ni lo intento.

—Ya...

—Son cosas del pasado, Santi, ¿para qué revolver en ellas? Ni siquiera estaba segura de que lo supieses tú, ni de qué podías saber exactamente.

—Pues lo sé. Lo sé todo desde hace muchos muchos años, y en parte gracias a ti.

La mujer se volvió hacia él sorprendida.

—¿Cómo que gracias a mí?

—Pues sí, gracias a ti. ¿Te acuerdas de cómo nos conocimos?

—¡Claro que me acuerdo! —Una ligera sonrisa asomó a sus labios durante un momento—. Fue en el Saphir.

—Viniste hecha un demonio, echando fuego por las narices y rayos por los ojos.

Chja soltó una risotada.

—¿Qué dices? —protestó.

—¿Qué?, ¿es mentira? —respondió él divertido—. Tuve que agarrarte para que no le sacaras los ojos al mierda de Valenod.

Ella resopló al escuchar aquel nombre.

—El Búho, ¡qué asco de tío!

—Y tanto. Tenía a todas las chicas del club acojonadas el muy hijo de puta. Si no hubiese sido por ti, a lo mejor no me hubiese enterado nunca; no se atrevían a decirme nada.

—Hombre, era tu socio, te pasabas el día allí dentro. Si no te dabas cuenta de cómo trataba a las chicas es porque no querías.

El Segador hizo una mueca de repugnancia.

—Es que odiaba aquel sitio, Chja. Al principio no; al principio estaba orgulloso. Acababa de cargarme a André Clichy y todo eran felicitaciones, palmaditas en la espalda y chupadas de polla. ¡Joder, si hasta los tíos importantes, tu hermano, el sueco, Baptiste y demás querían conocerme! —sonrió irónicamente—. Venían a hablar conmigo, me invitaban a copas...

—Claro, eras el chico del momento. Cresone no callaba contigo. «Ese chaval siega pistoleros como si fueran trigo», decía. ¿Lo del Segador no te lo puso él?

—Sí, el Segador. —Su tono traslucía a las claras el desprecio que sentía por aquel apodo—. También fue él el que me propuso para ascender a *sceffu* y el que consiguió que me metieran en el Saphir. Joder, al principio parecía un chollo, se ganaba un montón de dinero por no hacer casi nada... No me imaginaba lo asqueroso que puede llegar a ser llevar un burdel.

Santiago consideraba aquella época como una de las peores de su vida. Recordaba oír los gritos, los gemidos y los llantos de las prostitutas desde su habitación. Jamás había podido olvidar las miradas de dolor y de angustia, la desesperación marcada a fuego en aquellos rostros torturados, que se escondían detrás de una sonrisa y una gruesa capa de maquillaje para salir a captar clientes al salón principal. Su socio, Tristan Valenod, por el contrario, parecía disfrutar con ello; pasaba el día mofándose de las chicas, vejándolas e insultándolas. Santiago pronto llegó a sentir una enorme repugnancia por aquel hombrecillo fofo con ojos de búho, pero Valenod era un miembro veterano y respetado de la organización y a él no le quedaba más remedio que aguantarle. Además, él era el que se ocupaba realmente del negocio, quien tenía los contactos con los clientes y organizaba los encuentros que realmente daban dinero. El Segador pronto aprendió que los clientes más lucrativos para el negocio eran también los más sádicos y degenerados; se lo enseñaron los gritos que se colaban hasta su habitación a través de las paredes. No le extrañaba en absoluto que las chicas consumiesen aquellas cantidades masivas de droga. A los pocos meses de su ascenso se encontraba tan asqueado por cuanto le rodeaba que él mismo comenzó a consumir cocaína regularmente, y cada vez más, para poder soportar aquello; no quería ni imaginarse cómo tenía que ser para ellas.

—Pero hay formas y formas de llevar una casa de citas. El Búho era un psicópata degenerado,

además de un ladrón y un miserable... Pero no entiendo qué tiene todo eso que ver con lo de tu padre. ¿Por qué dices que te enteraste gracias a mí?

—Porque después de que fueses al Saphir armando la de Dios, y de que nos acusases de hacerles todas aquellas cosas a las chicas...

—¿Qué sabía yo? —le interrumpió Chja—. ¡Llevabais el club entre los dos!, yo no podía saber que era el Búho quien se encargaba de todo sin que tú te enterases.

—Ya, ya lo sé. Bueno, pues después de aquello empecé a indagar por mi cuenta. Al principio no conseguía que me dijiesen nada, el muy cabrón las tenía a todas acojonadas; pero cuando me fueron cogiendo confianza, me di cuenta de que era peor de lo que tú decías. —Hizo una pausa. Después de tantos años, aún se estremecía al recordar las barbaridades que había permitido tan cerca de él—. Es increíble lo enfermos que pueden llegar a estar algunos; y el mal nacido de Valenod las tenía amenazadas para que se sometiesen al mínimo de sus caprichos. Algunas me enseñaron cicatrices que revolvían la sangre: cortes, quemaduras, desgarros... Muchas se las habían hecho los degenerados que teníamos como clientela, otros eran recuerdo del cabrón del Búho. Decía que eran malas, que había que tenerlas a raya, pero el muy sádico disfrutaba aterrorizándolas y torturándolas. —Se detuvo de nuevo.

Chja estrechó su mano izquierda entre las suyas. Era obvio que aquel tema afectaba de verdad a Santiago, que se sentía culpable y cómplice de todas aquellas atrocidades.

—Y por si fuera poco con eso, se quedaba con su dinero —dijo ella.

—Exacto. Les robaba, las estafaba, apenas les dejaba dinero para vivir, las amenazaba para mantenerlas encerradas en el hotel sin salir... Era demasiado. Al final tuve que ir a por él. Le cogí un día en su despacho, poco antes de la hora de abrir, y le dije que no iba a permitir que siguiese con todo aquello. El muy mierda se me puso chulo; me dijo que llevaba muchos años llenando las arcas de la organización como para que llegase yo a decirle cómo tenía que llevar el negocio, que él solo obedecía órdenes de Luporsi, y que si no me gustaba lo que veía, volviese a casa a llorarle a mamá.

—Todo eso ya me lo contaste hace años —le interrumpió en un suave susurro. Aún sostenía la mano de Santiago entre las suyas.

—No, no te lo conté todo. Lo que pasó fue que me encabroné y le metí un puñetazo en toda la nariz; empezó a sangrar como un cerdo. Se enfadó mucho, me gritó que al menos él trataba con mujeres adultas, no como... —Tuvo que detenerse, se le había quebrado la voz.

Pasados unos segundos, arrancó a hablar de nuevo, pero su tono era ya casi inaudible.

—«No como las niñas a las que violaba tu padre», me dijo. Le agarré por el cuello y le empujé contra la pared con todas mis fuerzas, pero el muy hijo de puta no se callaba. Me gritó: «¿Cómo te crees que murió tu padre?». Y volví a pegarle tan fuerte como pude, en todo el estómago; pero el cabrón seguía farfullando: «Te acuerdas de lo de tu colega Anselmu Sinance, ¿no? ¡Pues fue igual! ¡El mismísimo Luporsi tuvo que liquidar a tu padre para que dejase de revolver el nombre de la organización entre la mierda!».

—Santi... —susurró ella. Pasó sus dedos, finos y delicados, entre los espesos cabellos del hombre.

Una lágrima se deslizaba por la mejilla del Segador.

—Volví a estamparle la cabeza contra la pared y le agarré del cuello, fuerte, con las dos manos. Grité: «¡Mentira! ¡Es mentira!».

Le grité dos o tres veces... o más, ya no me acuerdo. Y el

muy hijo de puta se rio. Se rio de mí tosiendo y escupiendo sangre. «Es la verdad», farfullaba, «Lo sabe todo el mundo menos tú. Es la verdad, a tu padre le gustaba follarse niñas pequeñas, él sí que era un degenerado.» Intentó gritar, pero solo le salió una especie de gemido ronco: «Mathieu Languille era un degenerado y un pederasta».

Con esta última frase, Santiago se derrumbó en brazos de Chjara Galgani. Hundió la cara en su pecho y la abrazó, sollozando violentamente, mientras ella acariciaba su cabeza, ensortijando los cabellos del Segador entre sus dedos.

Por supuesto que Chja había oído la historia de Mathieu Languille. Aunque era algo que se mantenía oficialmente en silencio, los rumores habían llegado a extenderse por toda la organización. De lo de Santiago con Tristan Valenod se enteró casi de inmediato; después de todo, ella había sido responsable en parte de aquello. Lo que jamás hubiese sospechado era que el Búho hubiese tenido agallas para soltarle a Santi lo de su padre y, sin embargo, en aquel momento sintió que todo encajaba a la perfección, como las piezas de un rompecabezas. Recordaba perfectamente que Anselmu Sinance había sido ejecutado apenas dos meses antes de que ella fuese al Saphir para enfrentarse con Valenod. Lo recordaba bien porque había sido precisamente una antigua protegida de Sinance quien la había informado acerca de las canalladas del Búho; una joven prostituta llamada Mariette que había acabado trabajando en el Saphir después de que se descubriese que el maduro Sinance, que acababa de cumplir los cincuenta años de edad, se veía a escondidas con quinceañeros del barrio portuario. Dentro de la cofradía de Partinello, aquel tipo de conducta significaba la pena de muerte. No se toleraban psicópatas, drogadictos ni desviados de ninguna clase en la organización, incluso los homosexuales corrientes estaban mal vistos, pero aquellos que mantenían relaciones con críos de cualquier sexo eran eliminados de inmediato. Se consideraba que un pederasta, además de constituir una aberración de la peor especie, atraía el tipo de atención por parte de las autoridades que podía poner en peligro a la organización al completo, por lo que no se tenía con ellos miramiento alguno. La misma noche en que Sergiu Cresone tuvo conocimiento de los escarceos de su subordinado, lo sacó de la cama en plena madrugada, se citó con él en un descampado de las afueras y lo ejecutó de dos disparos en la cabeza. Chjara Galgani había sentido un verdadero afecto por Anselmu Sinance, al que consideraba casi como uno de sus tíos; fue a través de él que conoció a la joven Mariette, que por aquel entonces trabajaba en un piso bajo la protección del malogrado veterano. Así comenzó la cadena de acontecimientos cuya consecuencia última acababa de descubrir.

—Vamos, levántate, vámonos de aquí. —Chja tiró de él para obligarle a ponerse en pie.

Abandonaron el bar de La Madrague y tomaron el ascensor. La mujer oprimió el botón del segundo piso. Cuando, tras el corto trayecto, se abrieron las puertas, Santiago intentó marcar su piso en el panel, pero ella cerró su mano en torno al dedo índice del hombre.

—Yo voy al séptimo —protestó él quedamente.

—No —contestó ella mirándole a los ojos—, no vas al séptimo.

Atravesaron el pasillo del segundo piso. La hija de Galgani tiraba de la mano de Santi, que caminaba torpemente tras ella por efecto del alcohol. Segundos más tarde se encontraban en la habitación 218. Ella le empujó haciéndole caer boca arriba sobre la cama y, sonriendo, se subió a horcajadas sobre él. Sus labios se tocaron, y él sintió cómo su mente se inundaba con los recuerdos de todos aquellos momentos que había pasado en brazos de Chja. La Ciotat, Niza, Saint-Tropez..., su piel dorada, su tacto sedoso, el aroma de sus cabellos del color de la miel...,

todos los recuerdos se fundieron en uno solo, cálido y brillante, al contacto de su cuerpo de mujer. En aquel momento, Santiago Matesanz, el Segador, decidió dejar de luchar consigo mismo.

XXVIII

Apoyado en la barandilla del Puente Charabot, en la villa alpina de Breil, Caslav Petrovic, antiguo sargento de infantería del Ejército de la República Federal de Yugoslavia y veterano del JNA, contemplaba las aguas nacidas de las nieves alpinas en su discurrir río abajo. Aquella agua cristalina, la pureza del aire y la exuberancia de los bosques hacían que se sintiese como en su casa por primera vez en años. Miró a su alrededor: los sauces mecían sus ramas sobre el río, unos niños jugaban a dar de comer a los cisnes desde los escalones de madera junto a la orilla, el puente había sido decorado con arbolillos floreados de rojo y rosa y, por encima de todo ello, más allá de la espesura boscosa que rodeaba el pueblo, se alzaba una majestuosa montaña cuyo nombre desconocía. Todo en la villa de Breil le recordaba a su pueblo natal, Muradem, en el extremo sur de Kosovo..., salvo por el aspecto de sus edificios y las personas que los habitaban, que en nada se asemejaba al de las paredes ruinosas y los semblantes miserables y consumidos entre los que se había criado. Era en momentos como aquel cuando más se alegraba de haber abandonado su país. Atrás quedaba el desastre de la operación Herradura. Que los malditos albaneses se regocijasen con las migajas de aquella tierra famélica; Caslav Petrovic estaba decidido a hacerse por la fuerza con todas las riquezas que le ofrecía la próspera madre Francia o a morir en el intento.

Los pensamientos del exmilitar fueron interrumpidos al identificar dos figuras familiares que se acercaban a él. Cruzó el puente de unas pocas zancadas, largas y vigorosas, para ir al encuentro de los recién llegados, a los que saludó con un leve asentimiento de cabeza. El más alto se cuadró, llevándose la mano a la frente en una parodia de saludo militar.

—¡Salve, sargento Petrovic! Empezabas a preocuparme. ¿Has estado jugando al escondite?

—Así es, Lauda —la voz del serbio era tan fría como sus ojos del color del acero—; he estado jugando al escondite para conservar el pellejo. Lástima que mis camaradas no hayan tenido tanta suerte.

Aunque ambos eran hombres fornidos, las anchas espaldas de Bertrand y el metro ochenta largo de Lauda palidecían a la sombra del antiguo sargento de infantería. Petrovic superaba el metro noventa de estatura, y el volumen de sus músculos podía adivinarse incluso bajo la cazadora de aviador de cuero negro que vestía. Además, aunque tan solo era unos pocos años mayor que ellos, los ojos grises del hombretón parecían tan viejos como el mundo, las arrugas que surcaban su rostro eran tan profundas que parecían marcadas a cuchillo, y llevaba el escaso cabello que le quedaba rapado al cero. La imponente presencia del serbio, sin embargo, estaba lejos de impresionar a Lauda.

—¿Para conservar el pellejo de quién? —le increpó—. ¿Por qué? Cuatro días y cuatro noches

volviéndome loco para dar contigo; ¡ni rastro! Y cuando por fin te da por aparecer, ¿me vienes con acertijos? ¡O hablas claro o te juro por mi vida que te mando con las truchas, cabronazo!

Bertrand tuvo que interponerse entre ambos.

—Calma —susurró—. ¡Calma! No estamos en buen sitio para discutir.

Miró por encima del hombro; tal como se temía, los gritos de su jefe ya habían llamado la atención de los transeúntes, algunos de los cuales los estaban observando desde el otro lado de la calle.

Abandonaron la avenida principal del pueblo y se dirigieron a un parque solitario, tan solo unos cien metros más allá del puente Charabot. Una vez allí, Petrovic fue el primero en tomar la palabra.

—Asaltaron nuestra casa de Auriol, precisamente la noche que nos reuníamos para celebrar que la mujer de nuestro camarada Darko Mihailovic había dado a luz a un niño. Ellos tenían rifles y escopetas, y mis hombres estaban borrachos. Fue una masacre; solo escapamos otro de mis hombres y yo.

—Pero ¿quiénes? —preguntó Lauda, al tiempo que se mesaba la perilla entrecana con la mano izquierda—. ¿Quiénes eran ellos, Petrovic?

Los párpados del serbio se contrajeron ligeramente. Escrutó a su asociado durante un par de segundos antes de responder con voz ronca:

—Esperaba que pudieses decírmelo tú.

—¿Me estás acusando de venderos?

—Tendríais que ser muy idiotas para presentaros aquí los dos solos después de habernos vendido a mis hombres y a mí. No, no creo que nos hayáis vendido; creo que tú sabes quién masacró a mi gente. Tú nos pagaste para hacerles la guerra a las bandas de Marsella, así que tú debes saber quién se ha cobrado su venganza con nosotros ahora.

—¿Qué día fue el que os asaltaron? —intervino Bertrand.

—La madrugada del sábado pasado —respondió Petrovic.

El canadiense intercambió una mirada con su jefe.

—El mismo día que fueron a por Franchi y a por los demás —dijo.

Lauda enseñó los dientes en una mueca feroz.

—Putos corsos de mierda —siseó—. Nos han jodido pero bien.

Sacó un teléfono móvil de su bolsillo y tecleó un número mientras se alejaba hacia la arboleda, más allá de los límites del parque en el que se encontraban. Pasó un largo rato hablando por teléfono. Los otros dos hombres permanecieron en silencio mientras le veían pasearse arriba y abajo con rápidas zancadas, entre violentos aspavientos de sus manos. En ocasiones oían cómo levantaba la voz súbitamente durante la conversación, pero ninguno de los dos fue capaz de discernir con quién hablaba ni acerca de qué. Cuando finalmente colgó el teléfono, volvió a donde estaban ellos para dirigirse nuevamente al serbio.

—¿Has venido en coche? —Petrovic asintió con la cabeza—. Pues lo dejas aquí, te vienes con nosotros. —Bertrand le interrogó con la mirada—. Noticias felices desde Marsella; los corsos nos habrán dado bien por el culo, pero nosotros vamos a joderlos para siempre. En marcha.

* * *

Dieciocho horas más tarde, Lauda estaba sentado a la mesa de una bulliciosa terraza de la Quai Cronstadt, frente al puerto de Toulon. El sol brillaba en lo alto de un cielo límpido y despejado, el lugar se encontraba a rebosar de turistas y miembros de la clase alta de la ciudad, que habían salido a disfrutar de una copa al calor del mediodía. Algunos se afanaban en preparar sus pequeñas naves de recreo para una travesía por los alrededores, mientras que otros posaban, en el bello marco de la bahía de Toulon, para tener un recuerdo fotográfico de su estancia en aquella plácida villa mediterránea.

El compañero de mesa de Lauda, sin embargo, no había acudido para disfrutar del sol, del mar, ni de las vistas; ni siquiera de las hermosas muchachas que podían verse por doquier en los alrededores del puerto. Su nombre era Jean-Pierre Marchant, veterano inspector de la brigada de estupefacientes de Marsella y aludido habitual en las conversaciones sobre actividades controvertidas dentro del departamento; su relación con el pistolero que compartía su mesa se remontaba a muchos años atrás. Llevaban más de un cuarto de hora charlando sobre temas triviales, y al maduro policía comenzaba a agotársele de paciencia.

—¿Vas a decirme para qué me has hecho venir hasta aquí o me largo por donde he venido? —preguntó muy serio.

Lauda enseñó los dientes en una amplia sonrisa, se quitó las gafas de sol espejadas por primera vez aquella mañana y miró a su antiguo conocido directamente a los ojos.

—Supongo que habrás oído hablar de Barthélémy Galgani —dijo.

Marchant bufó.

—No paro de oír hablar del tal Galgani últimamente, y lo más curioso es que en los treinta y dos años que llevo en el Cuerpo jamás había escuchado ese nombre. ¿Qué pasa con él?

—¿Qué me dirías si te dijese que te lo puedo entregar a él, junto con los peces gordos de su banda y un saco de pruebas? Todo envuelto para regalo, con un lacito rosa y una tarjetita dedicada.

El inspector se recostó en su silla. Parsimoniosamente, cogió su cajetilla de encima de la mesa, sacó un cigarrillo, lo prendió y le dio una fuerte chupada. A continuación exhaló el humo, muy despacio, al tiempo que dedicaba una sonrisa socarrona a su acompañante.

—¿Y nada de flores?, ¿ni de bombones? Me gustan mucho los bombones, sobre todo los de anís —respondió.

El pistolero se echó hacia adelante, los codos apoyados sobre la mesa.

—No me vengas con gilipolces, Marchant. —La sonrisa no había desaparecido de sus labios—. ¿Quieres a Galgani o se lo regalo a otro?

—Vamos a ver. —Dio otra larga calada al pitillo—. Por lo que yo sé, que no es gran cosa, el tal Galgani podría ser uno de los peces gordos más gordos del crimen Marsellés. ¡Qué cojones!, uno de los más gordos de la puta Francia. ¿Y me lo vas a entregar tú?, ¿un matón de barrio que no tiene donde caerse muerto?, ¿con un lacito rosa? No me hagas reír, hombre, que soy muy mayor para estas tonterías. —El semblante del policía se tornó repentinamente serio—. ¿Me haces venir hasta aquí para reírte en mi cara? ¿Es eso?

—Pues yo no me río nada. —Esta vez fue Lauda el que se recostó en su silla—. Si quieres a Galgani, bien; si no, ya lo querrá alguno de tus compañeros. Solo hay una condición indispensable.

Marchant le observaba con un gesto lleno de suspicacia. Parecía debatirse entre seguirle la

corriente o pegarle un tiro allí mismo.

—¿Qué condición es esa? —preguntó secamente.

—Barthélémy Galgani tiene que ingresar cadáver.

Jean-Pierre Marchant llevaba veinticuatro años como inspector de la brigada de estupefacientes de Marsella. En aquel tiempo había estado mucho más cerca de que le expulsasen del Cuerpo que de ascender; su carrera llevaba años tambaleándose, sus compañeros le repudiaban y murmuraban a sus espaldas continuamente. Hacía tiempo que había dejado de soñar con un ascenso. Sabía perfectamente que, por remota que fuese, ya no se le volvería a presentar otra ocasión como aquella nunca más; se trataba de su última oportunidad de retirarse como algo más que un inspector con fama de corrupto.

—Voy a hacer como que me creo algo de lo que me dices —respondió tras una larga reflexión—. Supongo que no serás tan idiota como para pensar que voy a mover un solo dedo sin más garantías que tu palabra.

—Las tendrás. ¿Entiendo entonces que tenemos el principio de un trato?

—Tienes un par de días para convencerme de que no te encierre en un agujero y tire la llave, que no es poco; te recomiendo que los aproveches, porque si no, voy a hacer que desees haberte quedado en Québec congelándote las pelotas.

Lauda soltó una sonora carcajada. Algunos de los clientes de las mesas circundantes se volvieron a mirarle, lo que irritó visiblemente a Marchant. Esto divirtió aún más al pistolero.

—Estate tranquilo, amigo mío, tendrás tus garantías y tendrás tu regalo..., claro que yo tendré que tener alguna recompensa también, ¿no? —dijo mientras volvía a ponerse las gafas de sol.

El inspector se puso en pie.

—¿Te parece poca recompensa el que te haya dejado vivir todos estos años? —dijo—. Voy a hacerte una advertencia: no se te ocurra comentar una sola palabra de esto con nadie, y no me hagas esperar mucho si no quieres que me ponga nervioso. Ah, por cierto —señaló los vasos vacíos sobre la mesa—, esto lo pagas tú.

—Faltaría más, inspector. —Se levantó de la silla al tiempo que tendía su mano derecha hacia Marchant.

—No, gracias —respondió este—. Acabo de lavarme las manos. —Dicho esto, desapareció entre el gentío que abarrotaba la Quai Cronstadt.

Lauda, por su parte, permaneció un rato allí parado, mirando en la dirección por la que había desaparecido el policía mientras reía en solitario. Finalmente dejó un billete de veinte euros encima de la mesa y entró en el bar en cuya terraza había estado con Marchant; Bertrand y Caslav Petrovic le esperaban en una mesa al fondo del local, un rincón por demás vacío. Tomó asiento junto a ellos.

—Bien —dijo—, hemos terminado con lo que veníamos a hacer aquí. Dime una cosa, Petrovic, ¿cuántos hombres crees que podrías reunir?

—Muy pocos —respondió muy serio—. La mayoría están muertos.

—Ya, pero ¿cuántos son muy pocos? ¿Dos?, ¿diez? Sé un poco concreto por una vez, hombre...

—Tal vez siete, tal vez ocho, tal vez un par de ellos más. Depende del tipo de hombres de los que me estés hablando. ¿Cómo de bien entrenados? ¿Cómo de fiables? Puedo contactar con gente de mi país y reclutar algo de chusma —se encogió de hombros con las palmas de las manos

abiertas—, pero no puedo responder por ellos.

—Ya... —Lauda se mesó la perilla entrecana—. Vamos a olvidarnos de reclutar a nadie; necesito que reúnas a tantos de tus hombres como puedas. Si al final solo son ocho, pues habrá que conformarse con ocho, qué se le va a hacer... —Sonrió antes de preguntar de nuevo—. ¿Y qué fue de aquel armamento tan guapo que trajisteis de tu país? No lo habréis vendido todo, dime que te queda algo bonito por ahí.

El serbio se encogió de hombros nuevamente.

—Poca cosa. Un par de morteros, una ametralladora pesada, bastantes granadas de mano... Sé que todavía tenemos algo de armamento antitanque, pero no sé exactamente cuánto; puede que un par de lanzagranadas, habría que comprobarlo. Y luego ya rifles de asalto, escopetas, armas cortas..., de eso aún hay bastante.

—Bien, bien, bien —dijo el pistolero al tiempo que se frotaba las manos—. ¿De munición, cómo andáis?

—Regular. Munición ligera tenemos de sobra; el problema sería la munición pesada, la hemos gastado casi toda.

—No importa, la que te queda vamos a aprovecharla bien. Va siendo hora de liquidar este asunto de una puta vez.

XXIX

El roce de la piel de Joanna Boswell era como ambrosía para Radu; podía sentir su calor atravesando su piel, recorriendo cada pulgada de su cuerpo, desde su vientre hasta la punta de cada dedo. Cuando tenía a Jo entre sus brazos era como si el resto del mundo no existiese para él, como si el único fruto de la creación fuesen ellos dos, su cama y la habitación a su alrededor. Sentía que sus sentidos habían sido hechos para perderse en la fragancia de su pelo, en el sabor de su sudor, en el tacto de sus pechos. Al entrar dentro de Joanna, sentía cómo su verdadero yo abandonaba su envoltura terrenal para entrar en otra dimensión, otro plano astral en el que solo existían la felicidad y el placer, y en el que el tiempo no tenía significado, pues disponía de toda la eternidad mientras siguiese aferrándose a su cuerpo de diosa.

Radu apartó la frondosa melena de la frente de la mujer para sumergirse en sus ojos, aquellos ojos que contemplaba con anhelo y con miedo al mismo tiempo. Miedo porque podía sentir cómo su mirada le traspasaba directamente hasta el fondo de su alma, hasta hacer brotar el dolor en su corazón. Le costaba respirar cuando se clavaban en él aquellos ojos del color del carbón. Ella sonrió, como hacía siempre que notaba las mejillas de Radu encenderse bajo su mirada. Deslizó la punta de los dedos sobre el pecho huesudo del adolescente, y él se estremeció bajo aquel relámpago que hacía erizarse su piel allí donde ella la rozaba. Aferró su espalda con ambas manos y la estrechó con fuerza; quería fundirse con ella, quería dejar de ser él mismo para formar un solo ser con Joanna, vivir el resto de su existencia como uno solo, sin tener que volver a separarse nunca jamás. Notó el corazón de ella golpeando con fuerza bajo su pecho como un tambor..., y entonces oyó el estruendo de la puerta al saltar de sus goznes.

El chillido de Jo inundó la habitación cuando los tres hombres se abalanzaron sobre el lecho, arrancando a Radu de sus brazos. El muchacho apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que Sampson Boswell le agarrase por el cuello y estrellase su frente contra el suelo. El mundo se volvió blanco y brillante para él, al tiempo que un dolor hasta entonces desconocido se clavaba inmisericorde en el centro de su cabeza. A pesar de ello, el joven *mulobeng* luchó con todas sus fuerzas, mordiéndose la lengua para conservar la consciencia hasta que sintió el sabor ferroso de su propia sangre. Buscó desesperadamente a Joanna con la mirada. Vio, entre fogonazos de colores, su cuerpo desnudo debatiéndose por liberarse mientras Vandlo Hicks la sujetaba por las muñecas. Podía ver las contorsiones de sus labios color rubí, pero no podía oír sus gritos, tan solo un pitido agudo y constante. Intentó ir hacia ella, pero no pudo moverse; fue entonces cuando se dio cuenta de que Belcher Mustow le tenía agarrado desde atrás. Lo siguiente que sintió fue una explosión en sus tripas cuando la bota de Boswell se hundió en su vientre, una explosión que le transportó directamente a ese limbo que existe entre la consciencia y la inconsciencia. Fue el frío

de la noche lo que le espabiló cuando se dio cuenta de que le habían arrastrado hasta el exterior de la chabola para arrojarle en el lodo. Jo estaba a su lado, luchando todavía por soltarse de la presa de Hicks; en ese momento comenzaron a llegar de nuevo sonidos a su mente, ecos de los gritos de la mujer, pero no podía entender lo que decía. Sintió cómo algo cálido y viscoso se deslizaba por su cara, y comprendió que era su propia sangre. Un nuevo dolor brotó de su cuero cabelludo cuando Boswell tiró con fuerza del pelo para levantarle del suelo; cuando notó el frío de su navaja en el cuello, comprendió que era el final.

Esperó, con el cuerpo paralizado por el dolor y el miedo, a sentir el tajo en la garganta que terminase con su vida. Esperó y esperó, hasta que, finalmente, cayó de nuevo al suelo; todo el peso de Sampson Boswell se desplomó sobre su espalda tras él. Se liberó del fornido cuerpo del gitano como pudo, y fue entonces cuando vio la empuñadura, una empuñadura de nácar labrado, parecida a la del cuchillo de su abuelo Django, pero distinta; asomaba del cuello de Boswell, que yacía a su lado con los ojos muy abiertos. Estaba muerto.

A su alrededor se encontraban Vandlo Hicks, que sujetaba aún a Joanna por las muñecas a pesar de que esta había dejado de forcejear, Belcher Mustow, inmóvil de pie junto a él, y un corrillo de hombres y mujeres que habían salido de sus chabolas alertados por el alboroto; todos ellos miraban hacia algo que había detrás de Radu, el miedo dibujado en sus rostros. El joven *mulobeng* se volvió para ver qué era lo que había captado su atención y descubrió la voluminosa silueta de Ezekiel, cubierto por su capa y su sombrero, que caminaba directamente hacia él. Llegó a su altura y le levantó del suelo tirando bruscamente de su brazo.

—Radu Dumukrat es mi protegido —sonó su voz lúgubre y profunda—. Cualquiera persona, sea de los nuestros o no, que ose ponerle la mano encima morirá; como ha muerto Sampson Boswell.

Se agachó para extraer su cuchillo del cadáver. Limpió con cuidado la hoja en su capa y el muchacho pudo cerciorarse de que, tal como le había parecido, el arma era casi idéntica a la de su abuelo Django, aunque sutilmente distinta.

—Joanna Boswell ha yacido con el joven Radu —continuó el patriarca señalando a la mujer con su dedo, grueso como una soga—, profanando así su matrimonio. Por tanto, será ajusticiada de acuerdo a nuestra ley. Su marido debería haber acudido a mí para denunciar a su mujer y a mi protegido para que fuesen juzgados. Que su muerte os sirva a todos como recordatorio de que nadie está por encima de nuestras leyes; ni por encima de mí.

Mientras Ezekiel se llevaba a Radu firmemente cogido por el brazo, el muchacho presenció cómo un grupo de mujeres se abalanzaba sobre su amante al otro lado de la calle. Joanna luchaba como una gata furiosa, soltando patadas, arañazos y mordiscos a diestro y siniestro, pero eran demasiadas para ella. Terminaron por someterla, agarrándola entre todas por las extremidades mientras reían con los ojos llenos de malicia. La patearon, la arañaron y la abofetearon hasta que Jo dejó de luchar. Se trataba de las mismas gitanas que habían mirado con odio a la mujer de Boswell durante tanto tiempo, acumulando su rencor, su envidia y su bilis para aquel momento; ninguna de ellas iba a desaprovechar una oportunidad tan esperada. Se la llevaron a rastras por el pelo, entre el fango y la inmundicia.

Radu vociferaba, los ojos arrasados por las lágrimas, forcejeando desesperadamente por acudir en auxilio de Joanna, pero Ezekiel le arrastraba en dirección contraria con mano de hierro. Ni un solo sonido salió de los labios del patriarca. La silueta desnuda de la mujer, la misma en

cuyos senos había reposado su cabeza minutos antes, no tardó en desaparecer de su vista; los gritos desgarradores de Jo, sin embargo, inundaron el campamento, y aún siguieron llegando a sus oídos durante un lapso de tiempo demasiado horrible como para que el cerebro de Radu aceptase calcular su duración. Jamás supo a ciencia cierta cuál había sido el destino de Joanna Boswell a manos de las gitanas del clan; tan solo pudo torturar su imaginación adivinándolo.

La imagen del miserable campamento se diluyó entre las sombras para dar paso a otro lugar que Radu no olvidaría jamás: la cascada de Dòmhnallan, cerca de la casa familiar de los Dumukrat. El joven *mulobeng* se encontró tendido sobre las rocas, completamente desnudo y atado de pies y manos, el agua helada cayendo a plomo sobre su cuerpo desde lo alto. Escuchó una voz aún más conocida: la voz de su abuelo. «¡Imbécil —le gritaba—. ¡Desagradecido! ¡Sinvergüenza!» Cada insulto iba acompañado de un golpe de su vara de tejo, y no un golpe cualquiera; el viejo Django sabía dónde y cómo golpear a un hombre para hacerle retorcerse de dolor. Allí, tiritando por el frío y el miedo, Radu aprendió, de manos de un maestro consagrado, el verdadero significado de la palabra dolor.

—¿Eres un animal? —vociferaba el patriarca—. ¿Eres incapaz de controlar tus impulsos? ¡Yo te enseñaré!

Y le golpeaba, una y otra vez, mientras el gélido abrazo de la cascada de Dòmhnallan le impedía caer en el dulce olvido de la inconsciencia.

—¡No eres digno! —le gritaba—. ¡No eres digno!, ¡eres inútil para tu misión! —le repitió innumerables veces. Y cada una de ellas, estrellaba su vara de tejo contra la carne del muchacho.

Radu se incorporó de un salto en su cama. Palpó instintivamente su pecho y sus brazos, pero el dolor había desaparecido. Había sido un sueño, una pesadilla de su pasado; otra más. Su corazón latía como una locomotora y estaba empapado en sudor. Se levantó para refrescarse. A pesar de la escasa y amarillenta luz que iluminaba el miserable cuartucho de baño, la imagen que le devolvió el espejo no resultaba nada halagüeña. Demacrado y ojeroso, el asesino apenas se reconocía a sí mismo; incluso le parecía ver finas arrugas en partes de su rostro donde no las había visto jamás.

Se enjuagó la cara con agua fría del grifo y se restregó con fuerza para espabilarse. ¿Qué era lo que le estaba pasando? Siempre había dormido perfectamente, casi nunca recordaba sueños de ninguna clase, y mucho menos pesadillas. Despertarse de aquella manera, con el corazón desbocado, era algo más que insólito para él. Llevaba un par de semanas descentrado y descansando mal; algo que, hasta entonces, había achacado a la herida que le había infligido Norberto Vidal, pero la verdad era que dicha herida había mejorado mucho en los últimos días. Se palpó el costado. A pesar del esfuerzo del día del funeral, la herida estaba prácticamente curada, apenas le molestaba ya; el pestilente ungüento que se aplicaba a diario había funcionado bien, como todas las recetas que había heredado de su familia. Entonces, ¿por qué estaba perdiendo el control de aquel modo? Intentó reflexionar. Debía haber una razón para tener pesadillas con aquella mujer después de tantos años, después de más de la mitad de su vida... Por mucho que odiase reconocerlo, era más que probable que esa razón tuviese Elena por nombre y Siwak por apellido.

Salió del cuarto de baño para dejarse caer de nuevo sobre la cama. Había evitado pensar en

aquel tema desde la última vez que habían hablado por teléfono, se había convencido de que primero debía centrarse en el encargo que tenía entre manos antes de tomar una decisión respecto a Elena, pero aquello no era otra cosa que engañarse a sí mismo. Eran partes del mismo todo. Debía decidir cómo iba a salir de aquel embolado y de qué iba a vivir a partir de entonces; dependiendo de cuál fuese su decisión final, tal vez no tuviese sentido liquidar el contrato. Aún le quedaba la opción de desaparecer de allí. Una parada en Praga y dispondría de fondos para empezar de nuevo en otro sitio. Empezar de nuevo..., tan solo pensar en ello le revolvió la sangre. Había trabajado demasiado, se había jugado el pellejo demasiadas veces, había soportado demasiado sufrimiento como para dejar que le robasen todo lo que era suyo. No; no estaba dispuesto a permitirlo sin luchar primero. Abandonar en aquel momento significaba decir adiós a la mayor parte de sus ahorros. Sin Elena y sin su dinero acabaría igual que Norberto Vidal: trabajando por migajas hasta encontrar su final en el extremo equivocado de un arma. Eso en el mejor de los casos, ya que nada le garantizaba que el español, y quienquiera que fuese su gente, no diesen con él mucho antes. Radu no sabía nada sobre ellos, y eso le colocaba en una desventaja fatal. Por pocas que fuesen las razones para seguir fiándose de Elena, debía mantener la calma y esperar acontecimientos; tal vez su vieja socia cumpliera y le entregase al español, así como su parte del dinero. Rio para sí ante la sola idea de que aquello fuese posible.

Llevaba años preguntándose cuánto sabía realmente Elena Siwak. ¿Qué parte de la verdad conocía? ¿Era posible que supiese por qué Radu había estado en Uruguay? ¿Sabría siquiera que había sido su marido Mihai quien le había enviado allí? Metió la mano bajo la almohada y sacó su cuchillo; el viejo cuchillo que había pertenecido a su abuelo Django y a tantos y tantos *mulobeng* antes que a él. Acarició la empuñadura con las yemas de sus dedos y observó, como había hecho cientos de veces, las intrincadas filigranas labradas en el marfil. La sospecha de que Mihai hubiese confiado más detalles de aquel secreto a su mujer que a él mismo llevaba años corroyéndole. Más aún, ¿podía ser que Elena hubiese averiguado la verdad sobre la muerte de Mihai? De conocer la respuesta a todas aquellas preguntas, le sería más fácil prever cómo iba a actuar la mujer, aunque por desgracia eso resultaba imposible. Elena Siwak era una mujer fría, calculadora e inescrutable; no existía manera humana de saber lo que pasaba por aquella cabeza. Lo único que Radu tenía realmente claro era que su relación profesional había terminado, y aquello solo podía significar una cosa: la vida de Elena Siwak tenía que terminar también.

Se levantó de la cama una vez más y se dirigió hacia el armario para elegir la ropa que iba a necesitar. Había tomado su decisión: liquidaría el contrato, como había hecho siempre. Cumpliría con su parte del trato a la espera de que tanto Elena como el cliente hiciesen lo propio. Por poco probable que fuese, el pago por acabar con la vida de Barthélémy Galgani no solo era un premio jugoso, sino que además, según cómo se desarrollasen los acontecimientos, podía hacerle mucha falta ese dinero.

Escogió la ropa con la que saldría a la calle y metió el resto en una bolsa de viaje; a continuación levantó la almohada para descubrir la otra arma que había ocultado debajo: la misma pistola con la que le había disparado Norberto Vidal. Hubiese sido mucho más rápido y cómodo ir en avión desde Oviedo hasta Marsella, pero entonces habría tenido que hacerlo desarmado. La herida de bala había convertido el trayecto en tren en una tortura, pero la única forma de viajar llevando un arma consigo era por tierra, y el tren era más discreto que un coche de alquiler, bastante más cómodo que el autobús e incluso más rápido. Normalmente, Elena lo planificaba

todo con antelación suficiente para que pudiese conseguir el armamento necesario en el lugar del objetivo, pero en aquel caso había sido todo demasiado precipitado, y Radu tampoco había querido desvelar a su socia el itinerario que tenía previsto; los acontecimientos habían terminado demostrándole lo acertado de tal decisión.

Se sentó frente a la pequeña mesa que había junto a la pared de la habitación y comenzó a desmontar la pistola, lenta, metódicamente. Se trataba de una STAR 30M, un arma magnífica; el Jaguar siempre había sabido elegir sus herramientas de trabajo. Se tomó su tiempo en limpiarla y volver a montarla. Siempre existía la posibilidad de que un arma de fuego se encasquillase, o sufriese cualquier otro tipo de fallo, pero una buena preparación reducía considerablemente ese riesgo. Radu sabía bien que, en una profesión como la suya, las casualidades no existían. La supervivencia pasaba por reducir al máximo los márgenes de error, el menor de los detalles podía suponer la diferencia entre la vida y la muerte. Una vez hubo terminado, acabó de vestirse, se guardó el cuchillo y la pistola, se echó al hombro la bolsa de viaje que tenía preparada junto al armario y salió a la calle.

Había llegado la hora de acabar con aquello.

* * *

Definitivamente, Davide Lugaro ya no era el muchacho lampiño del que solían mofarse el resto de los chicos de la cofradía. Santiago podía verlo claramente en la forma en que trataba a sus hombres, y viceversa. La voz de Lugaro rebosaba la tranquila autoridad del hombre que se sabe al control de la situación, que no necesita recordarles a sus subordinados quién manda para que le obedezcan sin rechistar. Estaba claro que, a pesar de que su aspecto seguía resultando demasiado juvenil para su edad, aquel muchacho rubicundo que Matesanz había conocido como el más novato de los chicos de Piero Galgani se había ganado el respeto de los de Partinello. Por algo era por lo que, según ella misma le había dicho, Davide se había convertido en la mano derecha de Chjara, su hombre más fiel y el más capaz de todos. Santiago sabía que la hija de Galgani siempre había tenido buen ojo para los muchachos de la organización y, mientras le observaba dirigir los preparativos de la tarea que les habían encomendado a ambos, fumando un cigarrillo frente a la entrada del Hôtel La Madrague, al Segador no le cupo duda de que Lugaro era digno de la confianza depositada en él.

El *amiragliu* se había citado en La Madrague con Maurice Saget, el hombre bajo con cuello de toro que había asistido a la reunión en la sacristía de la Bonne Mère. Santiago había quedado encargado de acompañar a Saget desde su casa al hotel y de vuelta, para asegurarse de que no sufriese ningún tipo de accidente durante el trayecto. El propio Galgani le había indicado que hablase con Lugaro para que le proporcionase los medios que necesitase en su labor, dado que, como *sceffu* de los hombres de Chjara, suya era la responsabilidad de asistir en lo que pudiese a todos los miembros de la organización alojados en el hotel. Lejos de limitarse a poner hombres y vehículos a disposición del Segador, Lugaro había insistido en acudir en persona para asegurarse de que sus chicos cumpliesen como era debido.

Santiago tiró su cigarrillo al suelo. El hombre de confianza de Chjara había pasado media mañana espoleando a los suyos, repasando la ruta, los planes de acción en caso de atentado, y cerciorándose de que todos y cada uno tenían claro su papel en la operación. En aquel momento se

encontraba revisando hasta el último centímetro del blindado BMW E60 M5 en el que llevarían a Saget. Ya habían comprobado dos veces todos los filtros, los niveles, y hasta los había obligado a traer crema para tapicería, dado que no se había mostrado satisfecho con la limpieza de los asientos. El Segador, aunque impresionado por la concienzuda diligencia de Lugaro, comenzaba a cansarse de aquel despliegue de preparativos.

—¿Cómo va eso, muchachos? —dijo en tono jovial, aunque su semblante era muy serio—. ¿Ya habéis vaciado todos los ceniceros?

Davide Lugaro se volvió hacia él con una sonrisa. Siempre había sabido encajar bien las bromas.

—Me gusta cuidar los detalles, Santi —dijo—. Seré un maniático, pero no lo puedo evitar.

—Está bien, Davi, nunca se es demasiado concienzudo —palmeó el hombro del corso—. Pero tampoco conviene exagerar con pijadas como la limpieza. Si al tal Maurice no le gusta el brillo de la carrocería, que se joda; nosotros nos encargamos de que llegue entero, punto.

—Sí, bueno... —contestó el corso ligeramente turbado—; quería dar la mejor imagen posible.

—Tú preocúpate por no dar la imagen de los sesos de Saget en el suelo; el resto son detalles. —Se subió al coche y se sentó en el asiento del copiloto—. ¿Quién conduce aquí? —voceó a través de la puerta abierta.

Lugaro ocupó el asiento posterior izquierdo mientras uno de sus chicos se ponía al volante. El vehículo comenzó a rodar calle arriba, acompañado del sordo ronroneo de sus diez cilindros. Apenas habían avanzado unos metros cuando un bulto oscuro se abalanzó sobre el BMW, rodando por encima del capó color perla.

El chófer clavó el freno a fondo. No se había detenido por completo aún el coche cuando tronó la voz del Segador:

—¡Písale, imbécil!

Ya tenía el arma en la mano y apuntaba hacia el bulto en cuestión a través de la ventanilla: un individuo delgado, vestido con camiseta y vaqueros muy sucios y harapientos. El chófer reaccionó de inmediato a la orden de Matesanz y el M5 salió disparado, dejando una humareda blanquecina tras de sí. El marsellés pudo ver a través del retrovisor cómo el resto de los chicos que se encontraban fuera de La Madrague se abalanzaban sobre el hombre, que trataba de ponerse en pie atolondradamente. Uno de ellos le lanzó un puntapié y el sujeto rodó por el suelo, solo para ponerse inmediatamente en pie de un salto, mostrando una agilidad más que notable. Increpó a los de Partinello, dirigiéndoles gestos obscenos desde pocos metros de distancia, antes de dar media vuelta y salir corriendo en dirección a un callejón lateral. Algunos de los chicos trataron de perseguirle, pero el hombre corría como un gamo. No tardó en perderse de vista tras una esquina.

Santiago ordenó al chófer parar y dar media vuelta. Davide Lugaro, visiblemente aturdido, permanecía inmóvil en su asiento sin decir palabra. De nuevo frente al hotel, el Segador bajó la ventanilla del coche.

—¿Alguien me explica qué cojones acaba de pasar? —preguntó.

El mayor de los hombres de Lugaro, un tipo bajito y fornido, de recia mandíbula y cabeza rapada, el mismo que había hecho rodar al desconocido de una patada, fue el primero en contestar.

—Era un rumano de esos de mierda —escupió—, de los que andan pidiendo por los semáforos.

—No sé yo si querría pedir —replicó otro de los chicos—. Hay algunos que se dedican a

tirarse a los coches para denunciar y pedir indemnización.

Santiago lo intentó, pero no pudo reprimir una sonrisa.

—¡Pues fue a dar a buen sitio! —exclamó, y acto seguido soltó una sonora carcajada.

El resto rompieron a reír escandalosamente también.

—¡Ya te digo! —exclamó uno de ellos entre risas—. Qué pena no haberlo cogido, ¡iba a cobrar pero bien!

—¿Qué cojones sería aquella parrafada que soltó cuando se levantó? —preguntó el hombrecillo rapado—. ¡Putos rumanos!

—Sería alguna maldición gitana. Ten cuidado a ver si ya no se te vuelve a levantar la pija —contestó otro, y las risas subieron aún más de volumen.

El Segador se enjugó las lágrimas de los ojos con una mano mientras procuraba hacer un esfuerzo por recuperar la seriedad. Liberar a carcajadas la tensión acumulada era una reacción habitual después de una falsa alarma, pero además, en aquel caso, la situación había resultado verdaderamente cómica. Con una sonrisa aún en los labios, dirigió al chófer un gesto de la mano para indicarle que reanudase el camino; ya iban con retraso, y no quería alarmar a los dos coches escolta que los esperaban camino a casa de Maurice Saget.

Ya de camino, Santiago miró de reojo hacia el asiento trasero izquierdo del coche. Lugaro continuaba igual de serio; era el único de los presentes que no se había reído en absoluto tras el incidente. A pesar de sus grandes cualidades, al hombre de confianza de Chjara todavía le faltaba foguearse en situaciones de peligro real. Al Segador le había sorprendido gratamente la seriedad y la efectividad de Davide, pero, tal como se había imaginado, difícilmente podría contar con él en caso de que comenzasen a silbar las balas: ya le había visto quedarse helado una vez; la próxima podría haber consecuencias graves. Tomó nota mental de que Lugaro contaba con un equipo bien disciplinado y era un buen organizador, pero no un hombre de acción.

* * *

Encerrado en un váter, en el aseo público de la estación de metro Vieux Port de Marsella, Radu se quitó la grasienta peluca, así como la camiseta y el vaquero, sucios y raídos, que había utilizado para disfrazarse. Sintió una pequeña punzada de dolor al palparse la parte posterior del muslo izquierdo: le había salido un moratón en el lugar donde se le había clavado la puntera de la bota de aquel maldito corso.

La piel se le erizó de placer al sentir el tacto de sus verdaderas prendas, que habían permanecido ocultas en una consigna de la estación Vieux Port, en el interior de una bolsa de viaje; la misma que tenía a sus pies. Guardó en ella la peluca y los harapos. Dentro de la misma bolsa se ocultaba un receptor GPS; este estaba conectado a un transmisor, el cual, a su vez, se encontraba adherido al pasarruedas anterior derecho de cierto BMW E60 M5, concretamente aquel en el que viajaba el guardaespaldas de Barthélémy Galgani. La pequeña contusión que le había originado la caída sobre el asfalto tras rodar por encima del capó del coche había merecido la pena; incluso el puntapié era un precio pequeño a pagar por tener localizado aquel coche las veinticuatro horas del día. Como tantos otros aspectos de aquel encargo, la maniobra había sido demasiado arriesgada para su gusto, pero no había tenido otra opción para acercarse al vehículo. Los de Partinello eran cuidadosos, jamás dejaban sus vehículos a la vista sin vigilancia. Por otra

parte, tal como había observado durante los últimos tres días, Galgani permanecía encerrado a cal y canto en La Madrague. No obstante, en caso de salir, era indudable que lo haría acompañado del mismo guardaespaldas que había permanecido pegado a él el día del funeral. El tipo solo se había ausentado del hotel una vez, muy brevemente, y a bordo del mismo coche en el que acababa de verle, de modo que, teniendo localizado aquel coche, era más que probable que supiese también dónde se encontraba Barthélémy Galgani en el momento en el que fuese más vulnerable: cuando estuviese fuera de su refugio. De cualquier modo, aquella era tan solo la posibilidad más factible; siempre podía equivocarse.

Salió del baño de la estación y subió las escaleras en dirección a la calle. Su objetivo debía ser eliminado de inmediato, por lo que, si continuaba insistiendo en permanecer oculto, al final no le quedaría otro remedio que entrar a por él.

XXX

Santiago Matesanz había cumplido ya su cuarto año al servicio de la cofradía de Partinello la primera vez que oyó hablar de Barthélémy Galgani. Ocurrió dos días después de que tuviese que llamar a Luporsi en plena noche, y de que este, junto con Paul-Marie Ricare, se presentase en el Hôtel Club Saphir para hacerse cargo del cadáver del Búho. La imagen de aquella cabeza colgando inerte hacia atrás, las mejillas amoratadas, los ojos desorbitados e inyectados en sangre y la lengua fuera de la boca, mientras su cuerpo era arrastrado fuera de la oficina del prostíbulo, llegaría a visitar sus sueños durante incontables noches en su camastro de la cárcel Modelo de Barcelona. Fue el propio Luporsi el que le llamó por teléfono dos noches después.

—Van a pasar a buscarte dentro de media hora. No te muevas del club —no dijo ni una palabra más antes de colgar.

El que se presentó en el Saphir para recogerle no fue otro que Fígaro. Por aquel entonces, el guardaespaldas de Galgani tenía cuarenta y tres años, y a Matesanz le pareció que no había visto un hombre tan grande en toda su vida. A pesar de lo amenazante de su corpulencia y de su aspecto hosco y violento, al Segador le sorprendió la cortesía de Fígaro, con el que mantuvo una animada conversación durante las cinco horas que duró el trayecto. Viajaban en la parte trasera de un Audi 100, en la que el voluminoso guardaespaldas iba como encajado, la cabeza casi rozando el techo. El conductor resultó ser Rachid, el argelino al que no había vuelto a ver desde que partiera de Córcega. Este le había saludado con un fraternal abrazo; su lengua amputada le impedía pronunciar palabra, pero Santiago siempre había sentido que las miradas y los gestos de aquel hombre hablaban con más claridad que las palabras de la mayoría. Como era natural, el abrazo había venido justo después de haberle cacheado y quitado su arma.

Era más de medianoche para cuando llegaron a la finca de Barthélémy Galgani, en Doubs, y aún pasó una hora más antes de ser recibido. Aguardó sentado en una sencilla banqueta frente al despacho del *amiragliu*, con Fígaro por toda compañía, que permaneció de pie junto a la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho. El corso parecía haber perdido las ganas de hablar, ya que no abrió la boca ni una vez mientras duró la espera; tampoco se molestó en disimular el milimétrico examen visual al que estaba sometiendo a Santiago, que no sintió los ojos del guardaespaldas despegarse de su persona durante un solo segundo. Finalmente apareció Luporsi acompañando a un hombre mucho más alto que él, aunque unos años mayor y menos ancho de espaldas; se trataba de Barthélémy Galgani.

El encuentro que tuvo lugar a continuación en el despacho del *amiragliu*, y que se prolongó hasta el amanecer, marcaría el futuro del Segador en la cofradía de Partinello. El gran hombre le habló de los orígenes de la organización, de Sampiero Galgani, el león de Partinello, de cómo se

habían establecido en el continente y, por último, de Mathieu Languille, su padre. Así fue como escuchó, de labios del líder supremo de la cofradía, la confirmación de lo que el Búho le había dicho dos días antes: al seno de la organización habían llegado rumores de que el padre de Santiago se veía con una cría de trece años, una de las muchas niñas explotadas por aquel entonces en los prostíbulos de los barrios portuarios de Marsella. Fue llegados a aquel punto cuando Gheraldu Luporsi, que había permanecido en silencio hasta ese momento, tomó la palabra.

—No nos lo podíamos creer, Santi, pero los rumores eran muy fuertes y no tuvimos más remedio que investigarlo. —Acto seguido sacó un viejo sobre de papel, amarilleado por el tiempo, del bolsillo interior de su americana. Lo dejó encima de la mesa—. No lo habríamos hecho si no hubiésemos tenido pruebas —añadió con voz queda.

—¿Qué hay en ese sobre? —preguntó el Segador. Conocía la respuesta de antemano.

—Fotos —dijo Luporsi por toda respuesta.

El hijo de Mathieu Languille alargó la mano, con la palma abierta hacia arriba, en dirección al sobre. El corso negó con la cabeza.

—Es mejor que no las veas, Santi.

El Segador golpeó la mesa súbitamente, con la misma palma que había tendido para pedir aquel sobre.

—Matasteis a mi padre —dijo—. Tengo derecho a saber por qué. —Y repitió el gesto con el que reclamaba las pruebas del pecado que había llevado a su padre a la tumba.

Los corsos intercambiaron una mirada más que significativa. Finalmente, Galgani indicó con un gesto de la cabeza que se las entregase.

Matesanz tomó el sobre en su mano y, con mucha lentitud, lo abrió y extrajo las fotografías. Algo en su interior, nunca supo el qué, le obligó a mirarlas detenidamente, una por una; a recrearse en su propia repugnancia. Había catorce fotos. Hubiese bastado con una sola.

—Yo mismo tuve que hacerlo —comenzó a decir Luporsi al tiempo que se las quitaba de las manos—. Yo mismo tuve que acabar con la vida de tu padre, que era mi amigo.

—Las normas exigen que sea así —intervino Galgani—. Cuando yo tenía veintiséis años, en Partinello, tenía un amigo llamado Edouard Ricare. Era un miembro fiel de la cofradía, un joven fuerte y valiente, un buen corso. Éramos grandes amigos: jugábamos al dominó juntos, bebíamos juntos y salíamos juntos con nuestras mujeres los domingos. Pues bien, a pesar de que solo era cuatro años mayor que yo, Edouard ya se había encargado de muchos de nuestros enemigos; era uno de los ejecutores más importantes de la organización... hasta que descubrimos que coleccionaba trofeos de sus víctimas. Tenía un montón de orejas embalsamadas guardadas en el cajón de su mesita; las había ensartado en un alambre, como si fuera un collar. También guardaba trozos de dedos, narices y otras guarradas mayores todavía en frascos llenos de formol. Estaba enfermo; era un perro rabioso, y había que sacrificarlo. Mi padre, Sampiero Galgani, me ordenó que me ocupase yo; y así lo hice.

—Son las normas, Santiago —continuó Luporsi—. Cuando hay que eliminar a un miembro de la cofradía, se encarga su jefe directo, o si no puede ser, la persona más allegada posible. El jefe de tu padre era Marziale Aconti, pero estaba fuera cuando nos enteramos, así que tuve que encargarme yo; créeme que lo hice con todo el dolor de mi corazón. Tu padre era como un hermano para mí.

Santiago asistió impertérrito al resto de la reunión, pero su mente ya no estaba allí. Le parecía

oír, como un eco lejano, la voz de sus superiores; pero ya no los escuchaba. Se limitó a quedarse allí, con la mirada clavada en la mesa, asintiendo con la cabeza de vez en cuando. En ocasiones levantaba la mirada y escudriñaba en los ojos de Luporsi y, sobre todo, en los de Galgani; había algo en aquellos ojos, tan oscuros y profundos, que parecía ejercer un efecto casi hipnótico sobre él.

De toda aquella conversación, que duró varias horas, en la memoria de Santiago solo se grabaron palabras sueltas. Algo sobre que había sido una falta muy grave matar al Búho, algo sobre una penalización, o tal vez un castigo. No estaba seguro, pero creía haber oído hablar de su papel en la organización a partir de entonces, de responsabilidades y deberes, de recompensas y sanciones; sin embargo, no habría podido repetir ninguna de aquellas frases, a pesar de que recordaba haber respondido a algunas de ellas. Sentía el calor de la fiebre en sus mejillas, y lo único que había en su cabeza era un huracán de imágenes y de sonidos: la voz de su padre, las fotos que acababa de ver, la cara de su madre, *flashes* de las vacaciones con sus padres, las fotos que acababa de ver, la voz de Alberto, la voz de Gorka, la cara de su hermana, las fotos que acababa de ver, el chalé de Saint-Henri donde vivían, la voz de su padre, las fotos que acababa de ver, la voz de su hermana, la cara de su padre, la cara de la cría que salía en las fotos, la voz de su padre, las fotos que acababa de ver...

Al amanecer, Galgani dio por concluida la reunión. Ordenó a Luporsi que condujese a Santiago a una de las habitaciones de invitados y los despidió. A la salida se cruzaron con Fígaro, quien, aparentemente, había permanecido en el mismo lugar durante toda la noche. El enorme guardaespaldas propinó a Santi una palmada afectuosa en el hombro al pasar.

Su primera noche en la casa de Barthélémy Galgani la pasó el Segador entre febriles pesadillas. No se despertó hasta media tarde, bañado en sudor, y lo que le despertó no fue la luz del día, sino un impulso primario de su cuerpo: necesitaba una dosis de cocaína.

Salió tambaleándose de la habitación; le temblaban las piernas. Nada más abrir la puerta se topó con un desconocido que le dio jovialmente las buenas tardes; el hombre estaba apoyado en el alféizar de una ventana del pasillo, mirando hacia el jardín, como por casualidad, pero era evidente que alguien le había ordenado vigilar al Segador. Al bajar las primeras escaleras que encontró casi se dio de frente contra Gheraldu Luporsi.

—¿Cómo va eso? —le saludó—. ¿Quieres desayunar?

Respondió que no, que tenía muchas cosas que hacer y que prefería volver al Saphir; pero el corso negó con la cabeza.

—No puedes marcharte —dijo.

Al escuchar aquella respuesta estuvieron a punto de fallarle las piernas. Salieron al jardín. El cielo estaba cubierto de nubarrones ennegrecidos que clareaban allí donde el sol luchaba por abrirse paso. La finca mostraba un hermoso color verde oscuro y, bajo aquella luz mortecina, las flores, que adornaban múltiples zonas de la propiedad, mostraban un colorido apagado. Mientras Matesanz fumaba media docena de cigarrillos, Luporsi le explicó cuál era su situación.

Galgani le había convocado allí para decidir qué hacer con él, y una de las posibilidades que estaban barajando era la de eliminarle. Tristan Valenod era un miembro valioso de la organización, estaba muy bien relacionado y a lo largo de los años había ganado cantidades ingentes de dinero para los de Partinello; y aunque no hubiese sido así, matar a un miembro de la organización siempre era un asunto grave. Su jefe le dejó muy claro que si había conseguido

salvar la vida hasta entonces era tan solo porque se habían dado un cúmulo de circunstancias a su favor. En primer lugar, estaba el hecho de que Valenod había ido demasiado lejos soltándole de aquella manera lo de su padre, a sabiendas de que estaba estrictamente prohibido hablar de aquello. Además de eso, no era ningún secreto el trato inhumano que el Búho dispensaba a las chicas; hacía tiempo que se le consideraba un indeseable, pero los beneficios que obtenía habían hecho que la cúpula de la cofradía hubiese preferido mirar hacia otro lado. Por último, Luporsi le explicó que había dos personas cuyo testimonio había sido decisivo, ya que ambas habían intercedido por Matesanz ante el *amiragliu*. El primero de ellos había sido Fígaro; Galgani confiaba casi ciegamente en el instinto de su guardaespaldas a la hora de juzgar el carácter de las personas. La aparentemente amable conversación que habían mantenido durante el viaje entre Marsella y Doubs no había sido otra cosa que una prueba, así como la hora que el Segador había pasado en el más absoluto silencio bajo la atenta mirada de Fígaro. Lo que realmente trataba de hacer este durante aquellos interminables minutos era ahondar en lo más profundo de su alma. El enorme corso tenía una habilidad innata para leer el mínimo gesto de una persona, y Santiago había sido sometido a una prueba de presión por su parte, prueba que había pasado con nota. Aparentemente, le dijo Luporsi, el veredicto de Fígaro había sido más que positivo.

—Supongo que la otra persona que dices serás tú —dijo Santiago.

Su *capitanu* negó con la cabeza.

—Yo no puedo hacer nada por ti. Soy tu jefe directo, no soy neutral.

—¿Quién entonces?

Luporsi sonrió.

—La mejor persona que podías tener de tu lado.

El marsellés frunció el ceño al tiempo que se encogía de hombros. Prendió otro cigarrillo.

—No tengo ni idea de quién me dices.

—El hombre al que conociste ayer, Barthélémy Galgani, no es otro que el *amiragliu* y primer cofrade de la cofradía de Partinello. Es decir, el máximo mandatario de la organización, nuestro líder supremo. No hay nadie por encima de él.

Santiago soltó un largo silbido. Hasta entonces, Gheraldu Luporsi era el cofrade de mayor rango que había conocido.

—Barthélémy tiene una hija —continuó el *capitanu*. Fue entonces cuando Matesanz se dio cuenta de a dónde quería llegar su jefe.

—Chjara Galgani...

—Exacto —le dio una palmada en el brazo—. No sabes la suerte que tienes de tenerla de tu parte. —Luporsi se dio media vuelta y se alejó hacia las cocheras de la finca. Había comenzado a llover ligeramente. A medio camino se giró hacia atrás—. ¡Pero no fuerces tu suerte, Segador! —le gritó sin dejar de caminar.

El resto de la tarde la pasó Santiago deambulando por la finca. Pronto se percató de que había hombres apostados en varios puntos de los límites del terreno, y dos parejas de guardias patrullaban el lugar acompañados de sendos perros. Aun así, pensó que no le hubiese resultado muy difícil escapar, pero esa era una posibilidad que no se planteaba siquiera. Luporsi le había dejado claro que tendría que quedarse allí, por lo menos hasta que Galgani estuviese seguro de que podía confiar en él, lo que no tenía ni idea de cuánto tiempo podía suponer. Lo cierto era que no estaba especialmente preocupado por su suerte y, a pesar de ello, podía sentir el corazón

golpeándole el pecho y la sangre martilleando sus sienes; necesitaba desesperadamente una raya, o cuando menos un buen porro.

La cajetilla que llevaba consigo le duró menos de tres horas; después se dedicó a pedir tabaco a todo el que se cruzaba. Se percató de que no conocía a ninguno de los chicos que había en la finca, ni siquiera le sonaban de vista; dedujo que todos aquellos hombres estarían bajo las órdenes directas de Barthélémy Galgani y que, seguramente, se dedicarían en exclusiva a la protección del *amiragliu*. Durante aquella tarde tampoco le faltó tiempo para pensar en Chjara Galgani.

Había intentado indagar sobre ella después del incidente en el Saphir, cuando la chica se había presentado montando el escándalo y había tenido que sacarla del local él mismo. Valenod le había respondido al respecto con evasivas, y lo único que había averiguado por su cuenta era el nombre de la chica, además de que era la hija de un pez gordo de la organización; no se había imaginado que se tratase de un pez tan gordo.

No tardó mucho en reencontrarse con ella. Aquella misma noche, cuando estaba tendido sobre la cama de su habitación, luchando contra el mono y la ansiedad, le llamaron a cenar en el comedor principal de la casa. Para su sorpresa, Barthélémy Galgani no compareció; tampoco Fígaro ni Luporsi. De entre las once personas que había sentadas a aquella mesa, tan solo vio una cara conocida: Chjara Galgani. Santiago apenas dijo palabra durante la cena, lo justo para responder a la hija del *amiragliu* cuando le preguntó si se sentía a gusto en la casa. Era la única mujer en el comedor, a pesar de lo cual daba la impresión de estar en su elemento, charlando animadamente con todos los presentes y ejerciendo de anfitriona. Tuvo la sensación de que todos se conocían bien entre ellos; todos menos él.

No fue hasta después de la cena cuando llegó a entablar conversación con Chjara. Se encontraba en el jardín, en el mismo lugar en el que había estado hablando con Luporsi, fumando su enésimo cigarrillo del día, cuando la chica se acercó a él para pedirle fuego. Comenzaron hablando de cosas triviales: la finca, el paisaje, Córcega... Finalmente Chjara se decidió a darle las gracias por lo de Valenod. Él respondió secamente que jamás diese las gracias a nadie por matar a una persona. A continuación, fue el Segador el que le dio las gracias por interceder por él ante el *amiragliu*, tras lo que siguieron hablando sobre el Búho, particularmente sobre lo mucho que se merecía su suerte por el modo en que trataba a las mujeres del Saphir. Sin saber cómo, Santiago terminó hablándole a aquella chica que acababa de conocer del asco que sentía por su trabajo en el club, de lo mal que lo había pasado durante la guerra con los Clichy, del infierno que había vivido durante el último año, de su padre, de sus miedos ocultos y de otras muchas cosas de las que jamás había hablado con nadie. Pensándolo más tarde, no podía creerse la forma en que había bajado la guardia con esa chica; le había confesado cosas que, de llegar a oídos equivocados, podían significar el final de su carrera, tal vez incluso de su vida. Su actitud podía haberse debido en parte a que, en aquel momento, su vida le importaba muy poco —menos aún su carrera—, y en parte a que aquella desconocida le había inspirado más confianza de la que le había inspirado nadie en mucho tiempo..., tanto que no podía recordar cuánto. No había podido evitar sentir afecto por Chjara mientras ella le hablaba del miedo que pasaba por su padre, por su hermano, por aquellos miembros de la organización que eran como parte de su familia; mientras le relataba todos los seres cercanos a los que había enterrado, incluida su madre, fallecida a causa de un cáncer cuando Chjara tenía tan solo cinco años. No pudo evitar sentir por aquella muchacha, apenas tres años más joven que él, un cariño y una ternura que había olvidado hacía mucho.

Eran las cinco de la mañana cuando la chica se despidió, no sin antes insistir en que, mientras estuviese allí, no dudase en acudir a ella si necesitaba cualquier cosa. Él, que había olvidado su ansiedad hablando con Chja, repentinamente volvió a sentir el martilleo de la sangre en sus venas.

—Hay una cosa... —dijo con voz entrecortada—. ¿Podrías conseguirme algo de marihuana o... algo de farlopa?

La muchacha le dedicó una sonrisa de comprensión; no era la primera vez que veía a alguien en aquel estado.

—No te preocupes —contestó dulcemente—; no hay problema.

Los días siguientes transcurrieron como en un sueño para Santiago. Pasaba todo el tiempo posible en su habitación, tirado en la cama despierto o dormido, pero Barthélémy Galgani reclamaba su presencia frecuentemente; le hacía llamar para acompañarle en sus habituales salidas por la campiña francondada.

Al *amiragliu* le gustaban la buena mesa y el buen vino, por lo que disfrutaba frecuentando los pequeños mesones y tabernas de los alrededores. Prudente como era, procuraba espaciar las visitas al mismo local el mayor tiempo posible, de modo que conocía hasta el último rincón, desde dónde se podría disfrutar de un buen queso Cancoillotte o Vacherin Mont-d'Or, unas *saucisses* de Morteau, un *pôchouse*, hasta un buen vino joven o una copa de Pontarlier-Anis casero. En todas aquellas ocasiones en las que Matesanz fue con ellos, el *amiragliu* iba siempre acompañado de Fígaro, además de uno o dos de los chicos que vivían en la finca. Aunque durante estas salidas no hablaba mucho con Galgani, el Segador solía mantener largas conversaciones con Fígaro: si esto era debido a que el guardaespaldas apreciaba realmente su compañía o si lo hacía por obligación como parte de la prueba a la que seguía sometido nunca lo supo, aunque él sí que llegó a apreciar al corpulento corso.

El gran hombre era aficionado también a reunir a su gente para almorzar en el comedor de la casa, aunque no solía presentarse a la hora de cenar. Afortunadamente para el Segador, Galgani nunca le reclamaba después de media tarde, de modo que la noche era el único momento del día en que no se sentía vigilado. El segundo día en la casa, después de la cena, Chjara le sorprendió no solo llevándole una abundante bolsa de marihuana y cinco gramos de cocaína, sino compartiendo con él parte de la droga. Le enseñó un viejo cobertizo de herramientas en desuso, a pocos metros del edificio principal, donde preparó unas rayas de cocaína con mano experta.

—Que conste que lo hago solo por acompañarte —le dijo—, yo nunca me pongo si no es de fiesta.

—Es muy mal vicio —contestó él mientras enroscaba un billete de cien francos—. Deberías dejarlo.

La muchacha no volvió a drogarse delante de él, pero la mayor parte de las noches se veían después de cenar para charlar, tomar unas cervezas y fumar unos cigarros; en cualquier caso, ya no volvieron a tener una conversación tan larga ni tan íntima como la de la primera noche. En parte porque, aunque Chjara era igual de extrovertida con todos los chicos de la organización, a Santiago le preocupaba que le viesan hablando tan a menudo con la hija del *amiragliu*, y en parte también porque un cierto velo de vergüenza había caído entre ellos, como si ambos se arrepintiesen en cierto modo de lo que se habían dicho aquella vez. Inmediatamente después de despedirse de la muchacha, el Segador siempre se retiraba a su habitación, donde satisfacía sus adicciones en solitario.

A las cuatro de la tarde de su sexto día de estancia en casa de Galgani, unos golpes rápidos y fuertes en su puerta sacaron a Matesanz de la cama. El que le reclamaba no era otro que su *capitanu*. Diez minutos después viajaban rumbo a Marsella en un Volvo conducido por Rachid. Durante el trayecto, Gheraldu Luporsi le informó de su nuevo estatus: había pasado a ser uno de los pocos miembros de la organización que conocían a Barthélémy Galgani, lo que era considerado como un alto honor, además de un juramento de compromiso absoluto para con la cofradía. Estaba prohibido hablar del *amiragliu*, incluso mencionar su nombre, si no era en su presencia o en la de alguno de los *capitani*. Además, ya no recibiría órdenes tan solo a través de Luporsi, sino que podía recibir alguna orden directa del gran hombre a través de un intermediario.

—Has tenido suerte, Segador —le dijo Luporsi antes de dejarle en la puerta del Saphir—; podías haber salido fiambre de esta, pero al final has ganado categoría. Sigue así, que a lo mejor llegas a darme el relevo; yo tengo ganas de jubilarme ya.

Aunque un mes atrás jamás lo hubiese imaginado, aquella primera noche que pasó en el Hôtel Club Saphir tras su estancia en Doubs constituyó todo un alivio para Santiago: no solo se había quitado de encima el peso de sentirse continuamente vigilado, sino también la tácita amenaza que había pendido sobre él durante aquellos días. La alegría con que le recibieron las chicas del club también ayudó a mejorar su humor, aunque tuvo que rechazar sus entusiastas ofrecimientos. La mayoría estaban ansiosas por agradecerle el haberlas librado del Búho, pero él no se encontraba en condiciones de atenderlas. Esa misma noche decidió dejar la cocaína. Los últimos días le habían mostrado lo mucho que dependía del polvo blanco, y aún estaba descubriendo hasta qué punto se había deteriorado, en cuerpo y mente, por causa de aquella adicción.

Las siguientes semanas no le resultaron fáciles en absoluto. A pesar de haberse librado de Valenod, el trabajo en el club no hacía más que recordarle las fotos que había visto en casa de Galgani. No podía quitarse de la cabeza aquellas imágenes. Su cabeza daba vueltas sin cesar en torno a los recuerdos que tenía de su padre, de su familia. Le hubiese gustado irse a Barcelona para visitar a su madre y a su hermana, pero no se veía capaz de tal cosa. Hacía más de cuatro años que no las veía, solo se comunicaba con ellas por teléfono o por carta; tenía permiso de la organización para ir a verlas desde seis meses después de haberse trasladado a Marsella, pero se había mentado a sí mismo diciéndose que no quería ponerlas en peligro, que esperaría a tener los negocios mejor atados... La realidad era que no se atrevía a mirarlas a la cara. Había hecho demasiadas cosas horribles desde que abandonara su casa de Barcelona, y ni tan siquiera en el deseo de reunirse con sus seres queridos encontraba las fuerzas para enfrentarse a ellos; no después de tanto mal como había hecho. Una de las pocas cosas que le animaban era el saber que Élodie estaba mejorando gracias al dinero que les enviaba; su hermana había estado seis meses en Estados Unidos para someterse a varias intervenciones, y gracias a eso y al nuevo tratamiento, casi estaba haciendo vida normal. Se le partía el corazón cada vez que la chica le imploraba por teléfono que dejase su trabajo unos días para ir a visitarla.

El síndrome de abstinencia causado al cortar el consumo abusivo de cocaína tampoco le ayudó. Sufría sudores y palpitaciones, e incluso le temblaba el pulso algunas veces. Al ser incapaz de cortar el consumo de raíz, seguía metiéndose alguna raya de vez en cuando. Intentaba sustituir el resto con marihuana, pero no era lo mismo; tampoco podía permitirse fumar demasiado porque mermaba sus facultades y, lo que era peor, los demás lo notaban.

Para acallar las voces de su cabeza intentó centrarse en el trabajo. Empezó a ser más exigente

y mucho más duro con sus chicos, especialmente con Jaume Castella, por ser al que más confianza tenía, tanto que el catalán comenzó a evitar a Santiago. Pasaban las semanas y él mismo notaba que no hacía más que ir a peor. Nada le satisfacía: ni el alcohol, ni la maría, ni el conducir a toda velocidad hasta el punto de estrellar dos coches en un mes..., ni siquiera desahogarse con las chicas del club, no importaba que fuera de una en una, de dos en dos o de tres en tres. A menudo pensaba en Chjara, pero de inmediato hacía todo lo posible por quitársela de la cabeza; incluso tiró a la basura sin abrirla una carta que le hizo llegar ella a través de una de las chicas del club. Tratar de acercarse a Chjara Galgani suponía una sentencia de muerte. Ella no era para él, y el saber aquello no hacía más que recrudecer su amargura.

La reputación del Segador, sin embargo, no hacía más que crecer. Se había vuelto mucho más cruel y violento: no dudaba en golpear a sus subordinados cuando cometían alguna falta, e insistía en ocuparse personalmente de los aspectos más truculentos del negocio. De aquella manera, intentaba dar salida a todo el veneno que le consumía las entrañas, pero lo único que consiguió fue seguir descendiendo por su espiral particular de odio y violencia. Aquel cambio fue acogido con buenos ojos en el seno de la organización. El Segador pronto se convirtió en uno de los *sceffi* más respetados de la cofradía de Partinello. Nadie se atrevía a criticarle en público ni a buscar conflictos con él ni con sus chicos. Luporsi estaba tan satisfecho de la autoridad que había adquirido el Segador que ni se preocupó de que la recaudación del Saphir hubiese caído en picado —las brutales palizas que habían sufrido dos clientes a manos de Matesanz por propasarse con las chicas habían espantado a la clientela—.

Pocos meses después del incidente con el Búho, Santiago recibió la visita de su colaborador más importante. Uno de sus chicos había sido asaltado en el portal de su casa y despojado de la mercancía que llevaba encima; aquello había ocurrido el mismo día que los de Partinello le habían entregado la cocaína al traficante, por lo que este le rogó a Santiago que diese con los asaltantes, ya que parecía claro que, de algún modo, se habían enterado de la hora de la entrega, lo que significaba que el incidente podía repetirse. Jaume Castella tardó apenas un día en dar con los individuos en cuestión. Se trataba de tres tipos de fuera que llevaban pocos meses en la ciudad y que se alojaban en una casucha del Croix Rouge. Castella se ofreció a resolver el asunto rápidamente, asistido por un par de los chicos del grupo, pero el Segador insistió en ocuparse personalmente.

Aquella misma noche se presentó en el lugar acompañado de Jaume y otros dos miembros de su grupo: los corsos Lisandru y Yannick. Eran poco más de las cinco de la madrugada y, aunque todas las persianas de la casa estaban cerradas, se filtraba algo de luz a través de estas; parecía que al menos uno de los asaltantes se encontraba en casa. Yannick se ocultó entre los setos para cubrir la puerta principal; el resto, mientras, tomaba posiciones en torno a la puerta trasera.

La cerradura no se le resistió mucho tiempo a Lisandru, quien, una vez abierta, empujó la puerta hacia adentro procurando hacer el menor ruido posible, a pesar de lo cual no pudo evitar que las cerraduras chirriasen ligeramente. Los tres hombres pasaron dentro al instante, empuñando pistolas con el silenciador puesto. Habían entrado en el garaje de la casa. Permanecieron ocultos en la oscuridad durante un par de minutos, vigilando la puerta por si el ruido había alertado a alguno de los ocupantes, pero no sucedió nada. Santiago abrió la marcha hacia el interior de la casa con Lisandru a su lado y Castella cubriendo sus espaldas. Los tres se deslizaron por el pasillo en el más absoluto de los silencios; iban calzados con zapatillas de deporte y vestían

chándales ajustados para no hacer ruido al caminar.

La puerta de la habitación en la cual habían detectado luz desde fuera estaba abierta de par en par, y desde ella les llegaba el murmullo de un televisor. Se acercaron a la puerta muy despacio y se asomaron a la habitación. Esta resultó ser una pequeña sala de estar, en un extremo de la cual había un televisor de gran pantalla frente al que dos individuos ocupaban un sofá colocado de espaldas a la puerta. Uno de ellos fumaba lo que parecía un cigarro de hachís, y varias latas de cerveza, vacías y estrujadas, estaban esparcidas encima de la pequeña mesa sobre la que reposaban los pies de ambos.

Santiago no se lo pensó dos veces. Aferró su arma con ambas manos, apuntó con cuidado e hizo dos disparos en rápida sucesión. No falló; una bala quedó alojada en la cabeza de cada uno de los hombres. Gracias al silenciador, tan solo se oyeron un par de chasquidos.

—Cubre las escaleras que suben al piso de arriba —le susurró a Lisandru.

Hizo una seña a Castilla para indicarle que le ayudase a registrar la planta baja. Así lo hicieron; el corso cubría la escalera mientras Matesanz recorría el resto de las habitaciones de la planta con su viejo compañero cubriéndole las espaldas. Lo hizo de manera pausada y metódica. Primero colocaba la oreja sobre la puerta para intentar detectar cualquier ruido, después giraba el picaporte, muy despacio, y abría la puerta solo un par de centímetros, se paraba a escuchar de nuevo para, finalmente, asomarse al interior en el más absoluto de los silencios, el arma siempre lista para disparar allí donde miraban sus ojos.

Una vez hubieron comprobado que no había nadie más en aquella planta, los tres ascendieron al primer piso siguiendo la misma formación que habían utilizado para adentrarse en la planta baja, y, del mismo modo, comenzaron a inspeccionar las habitaciones valiéndose de una pequeña linterna. La primera estaba vacía, pero, nada más entreabrir la segunda puerta, el Segador percibió el sonido de una suave respiración: había alguien durmiendo dentro. Hizo una seña a Lisandru para que cubriese aquella puerta también y procedió a revisar rápidamente el resto de la planta, pero no encontró a nadie más. Todo parecía indicar que habían cogido a los tres asaltantes en casa y que el último de ellos se encontraba durmiendo dentro de aquella habitación. Santiago volvió a dirigirse a la puerta que había entreabierto, se aseguró de que el ritmo de respiración no hubiese cambiado y se asomó al interior, la mano del arma apoyada sobre la mano de la linterna. Procurando iluminar solo de soslayo, vio una cama sobre la que yacía un bulto. Se acercó a dicho bulto muy despacio, sin dejar de apuntarle con su arma, hasta que estuvo tan cerca que podía apoyarle el silenciador en la sien. Entonces hizo una seña a Castilla, que estaba en el quicio de la puerta, para que encendiese la luz.

El sujeto se despertó sobresaltado. Para entonces el Segador ya le tenía agarrado por un brazo y le había puesto la pistola en la frente. Ambos hombres se miraron y Santiago sintió como si le hubiesen lanzado un cubo de agua helada a la cara. Hacía más de cuatro años que no se veían, pero no los suficientes como para no reconocer en aquel rostro, en cuyos ojos se leía tanto miedo como sorpresa, el rostro de Alberto Capdevila.

XXXI

Patrick Gerbier llevaba treinta y siete años de profesión en hostelería, los últimos catorce de los cuales los había pasado atendiendo la barra del bar del Hôtel La Madrague. Era un trabajo tranquilo y relajado, incluso demasiado, ya que la ocupación del hotel solía ser muy baja y el bar en sí solo tenía unos pocos clientes habituales que acudían a desayunar por las mañanas o a tomar algo a media tarde. El resto del tiempo el señor Gerbier lo ocupaba en mantener el local siempre limpio, brillante y en perfecto estado de revista; de lo cual se enorgullecía. Aun así, las horas muertas detrás de la barra se hacían largas, pero el veterano barman no consideraba siquiera la posibilidad de llevarse un libro o un periódico al trabajo. Abominaba la imagen del camarero leyendo detrás de la barra, como hacían muchos de sus compañeros de profesión. Por ello, la tentación de la botella era grande durante los interminables turnos de barra. Un vaso de vino o un chupito de coñac cada cierto tiempo le ayudaban a sobrellevar la jornada; así era como el señor Gerbier había ido cayendo, con el paso de los años, en un alcoholismo moderado aunque creciente.

Aquella tarde, sin embargo, el bar había estado bastante lleno. Los cursos que llevaban alojados en La Madrague desde principios de semana habían estado allí bebiendo desde la sobremesa hasta bien entrada la tarde; no obstante, Patrick Gerbier apenas había logrado cruzar unas pocas frases con ellos. Aquellos clientes no hablaban mucho, y el barman estaba suficientemente bien informado sobre ellos como para no insistir al respecto; nada que ver con el jovial huésped rumano que se había plantado en la barra a última hora de la tarde, cuando los cursos empezaban a abandonar el local. Aquel tal Virgil, que chapurreaba francés con cierta competencia, había estado parlotteando animadamente con él desde entonces, y la verdad era que le estaba cayendo realmente simpático.

El rumano parecía entusiasmado con la vieja ciudad de Marsella. No tenía más que elogios para su bahía, sus calles y sus gentes; y a Gerbier, nacido y criado en la ciudad, marsellés de pro y orgulloso de ello, se le hinchaba el pecho de orgullo patrio al escuchar aquellas palabras. Estaba disfrutando tanto de la conversación que, a pesar de que aquello iba radicalmente en contra de su estricta ética profesional, incluso se había permitido tomar un par de copas con el huésped después de quedarse solos en el bar. Para entonces, la conversación había ido derivando hacia las bondades del Hôtel La Madrague.

Virgil decía estar gratamente sorprendido por lo cuidado de los detalles y el perfecto estado de conservación del hotel. El barman, complacido por aquellas observaciones, comentó que eran muy pocos los huéspedes capaces de apreciar el esfuerzo, la dedicación y el dinero que la dueña del hotel invertía en su negocio para mantenerlo en aquel estado; a lo que su interlocutor contestó

que, como viajante de maquinaria industrial, se había alojado en suficientes hoteles como para distinguir la calidad sobresaliente de La Madrague.

—Por no hablar ya de la seguridad —dijo el supuesto viajante—, en mi vida había visto tantas cámaras de vigilancia en un hotel.

—Y no solamente cámaras —respondió Gerbier—, también hay sensores de presencia y de proximidad; además, las áreas reservadas al personal están protegidas con claves de acceso que cambian todas las semanas. No es la primera vez que se nos olvida la clave a mí o a algún compañero y hacemos saltar la alarma —soltó una risilla—. ¡Menudas broncas que nos echa el de seguridad!

Virgil rio el comentario también.

—Uh, el de seguridad —dijo con sorna—. Claro, apuesto a que se pasa la vida cambiando claves y moviendo cámaras y demás, ¿me equivoco?

—Bueno, la verdad es que el que hay ahora no tiene mucha idea —el maduro barman sonrió—; no deja de ser un simple segurata. El que teníamos antes sí que era un jefe de seguridad en condiciones, un verdadero profesional; fue él el que diseñó todo el sistema.

—¿Y qué pasó? ¿Dejó el hotel?

—Le echaron. Era un tipo de lo más competente, se pasaba las noches revisando el sistema, recalibrando sensores, recolocando cámaras... Pero claro, las noches son largas y jodidas, y el pobre hombre empezó a abusar de esto —levantó su copa, en la que aún quedaban dos dedos de coñac entre los hielos a medio derretir— y de otras sustancias también.

—Vaya —dijo el rumano con gesto de consternación—. Pues sí, pobre hombre. ¿Lo mataron las drogas?

—No, no, todavía vive. El pobre Jean-Jaques. —Sacudió la cabeza, visiblemente apesadumbrado—. Últimamente estaba trabajando de vigilante nocturno en un *parking*; figúrese usted, un experto de su categoría..., que podría estar de jefe de seguridad del mejor complejo hotelero de toda la Costa Azul... En fin, una ruina.

—¿De vigilante nocturno en un *parking*, dice? ¿No será un tipo rubio, alto y fuerte?

—No. Jean-Jaques será poco más o menos como usted de alto, aunque sí que es más ancho de espaldas y más fuerte; pero no es rubio, es moreno. ¿Por qué lo dice?

—Ah, pensé que había coincidido con él la pasada noche —sonrió divertido—. Tuve una pequeña discusión con un vigilante que estaba muy borracho; yo solo quería sacar mi coche, pero se ve que a él no le pareció bien... Tal vez se trate de la misma persona que se ha teñido el pelo —se rio—. Esto fue en un aparcamiento aquí cerca. ¿Cómo se llamaba...?

—Bueno, el *parking* donde trabajaba el pobre Jean-Jaques no queda demasiado cerca de aquí tampoco. La última vez que supe de él estaba en el de la Rue Liandier, donde la Avenue du Prado. Está a unos cuantos kilómetros al sur.

—Ah, no, entonces no sería el mismo. Al parecer hay más de un vigilante borracho por los *parkings* de Marsella. —Esbozó una sonrisa maliciosa al pronunciar esta última frase.

—Hubiese sido mucha casualidad que se hubiese topado con él. Efectivamente, hay más de un vigilante nocturno con demasiado amor por la botella. Trabajar de noche es muy duro —dijo el señor Gerbier mientras se servía otra copa de coñac.

* * *

De vuelta hacia su habitación del Hôtel La Madrague, Radu comenzó a encontrarse mal; había bebido demasiado. No estaba acostumbrado al alcohol y ahora sentía náuseas, los párpados le pesaban y le costaba enfocar la vista. Se apoyó contra una esquina del ascensor mientras subía hasta el segundo piso y cerró los ojos. Su cuerpo le pedía a gritos que se quedase allí encogido sin moverse, caminar era un esfuerzo, pero se obligó a salir del ascensor y dirigirse a trompicones hacia su habitación. Afortunadamente la llave era de tarjeta; en su estado, tal vez le hubiese costado introducirla en una cerradura corriente.

Se sentó en la cama y apoyó la cabeza en las manos. Lo único que quería en aquel momento era tumbarse en la cama y dormir, pero no podía permitírselo. Estaba borracho, débil y vulnerable; prácticamente indefenso ante cualquier ataque, y aquello iba totalmente en contra de sus normas. Un hombre como él no podía darse el lujo de bajar la guardia de aquella manera, ya que una noche de borrachera podía muy bien significar su muerte. De rodillas sobre el parqué de la habitación, abrió el armario y rebuscó en el interior hasta dar con una gastada bolsita de cuero marrón, sacó unas hojas secas de color verde oscuro de su interior y se las metió en la boca. Se obligó a masticar y a ir tragando poco a poco; las hojas de purificadora, como llamaban los *mulobeng* a aquella planta, eran ásperas y amargas, pero Radu sabía bien que como purgante no existía uno más eficaz. No tardaron mucho en hacerle efecto. Gateó hasta el inodoro del baño e inclinó la cabeza sobre él: todo el alcohol que aún no había digerido fue expulsado junto con el resto del contenido de su estómago. Sabía que los efectos de la purificadora no terminarían ahí; ya podía sentir cómo se le revolvían los intestinos.

El falso Virgil Tzuica se desnudó, se metió en la ducha y dejó el agua caer sobre su cabeza. Odiaba aquello. Odiaba aquel sufrimiento y odiaba sentirse tan vulnerable, pero había merecido la pena. Le había bastado una breve visita durante la tarde para darse cuenta de que, tal como había dicho el viejo Cirazzi antes de morir, La Madrague no era un hotel corriente. Las medidas de seguridad eran formidables: no había manera de moverse por el edificio sin quedar grabado por alguna de las cámaras, y todos los accesos a las zonas restringidas parecían estar vigilados. No había encontrado puntos débiles en el sistema, el mínimo movimiento en falso disparaba una alarma. Entre la seguridad del hotel y la eficiencia de sus hombres, Barthélémy Galgani estaba bien protegido, pero los años le habían enseñado que ninguna fortaleza era inexpugnable; si La Madrague tenía algún punto débil, aquel tal Jean-Jaques tenía que conocerlo.

* * *

Jean-Jaques Ferron dobló su uniforme de vigilante y lo guardó con cuidado en la bolsa de deportes que solía llevar al trabajo. Una tediosa jornada más había concluido, así que se merecía un premio. Se encerró en el váter del vestuario para prepararse un par de rayas de cocaína, como hacía siempre al final de su turno; le hacía más llevadero el camino de vuelta a casa.

El sol comenzaba a alzarse sobre la bahía mientras caminaba por Avenue du Prado arriba con su bolsa de deportes al hombro. Tenía un viejo Renault 19, pero hacía tiempo que había decidido que por la miseria que le pagaban no podía permitirse ir a trabajar en coche. Suerte que todavía podía hacer algún trapicheo de vez en cuando para costearse sus vicios. De todos modos, Jean-Jaques vivía de alquiler en un apartamento de Vauban, de modo que no tardaba más de veinte

minutos en hacer el trayecto, y a aquellas horas siempre se encontraba a alguna chica que salía a correr por Prado para alegrarle la vista.

El antiguo jefe de seguridad del Hôtel La Madrague vivía en el segundo piso de uno de los muchos edificios de tres plantas, viejos y destartados, de Vauban. Los cables eléctricos de color negro colgaban descuidadamente de la fachada, las ventanas de la planta baja estaban protegidas por rejas herrumbrosas que parecían a punto de caerse a pedazos y el portal estaba sucio y agrietado; pero el alquiler era relativamente barato, al menos para tratarse de Marsella. Ferron subió las escaleras, giró la llave en la cerradura y empujó la puerta de su apartamento. Fue entonces cuando sintió un golpe en su espalda que le hizo caer de bruces hacia delante. No tuvo tiempo de gritar: notó un brazo que se aferraba con fuerza a su cuello, impidiéndole respirar, al tiempo que oía la puerta cerrándose tras él. Luchó desesperadamente para zafarse, pero la presa de su agresor era de hierro. Trató de golpearle, de incorporarse, pero el peso sobre su espalda era demasiado; las piernas le flaquearon. Una terrible sensación de pánico le invadió al darse cuenta de que se estaba quedando sin oxígeno, pero aquella sensación pronto le fue abandonando, poco a poco, a medida que la oscuridad se cerraba a su alrededor.

* * *

—¿Te encuentras mal, Jean-Jaques? —preguntó Radu en inglés.

Miró de reojo a su víctima mientras indagaba en el contenido de un polvoriento ordenador de sobremesa. Jean-Jaques Ferron estaba en el suelo a su lado. Le había atado pies y manos, no sin antes colocar sendas toallas bajo las cuerdas para evitar las marcas de ataduras. El vigilante yacía en un charco de sus propios vómitos. Hacía tiempo que no le quedaba nada que echar, pero seguía sufriendo violentas arcadas y convulsiones; era el efecto habitual de la raíz del llanto. De todos los venenos conocidos por los *mulobeng*, aquel era el que provocaba una agonía más lenta y dolorosa..., y Jean-Jaques Ferron estaba sintiéndola en sus propias carnes.

—No... No sé nada más —balbuceó también en inglés—. ¡No sé nada más! Déjame... —Una violenta convulsión hizo morir la súplica en sus labios, rígidos por el dolor. Un torrente de lágrimas caía por sus mejillas—. Déjame, por favor... ¡Por favor!

—Venga, venga. —El pañuelo con el que se cubría nariz y boca, para amortiguar el olor, amortiguaba también el timbre de su voz—. ¿Qué te he hecho yo? Nada. Solo te he invitado a un trago; no sé por qué te pones tan malo.

Movió el puntero del ratón sobre un fichero .DWG y lo abrió. Como había esperado, el antiguo jefe de seguridad del Hôtel La Madrague se había guardado una copia de toda la documentación a la que había podido echar mano. Había copias de los planos constructivos del edificio, así como documentación técnica de cada elemento de seguridad instalado y el proyecto detallado de los sistemas de vigilancia y contraincendios. También encontró algún que otro registro contable que, seguramente, Ferron había sustraído con la vana esperanza de protegerse de la gente de Galgani en caso necesario. A ojos de Radu, no parecía haber gran cosa en aquellos documentos; de hecho, le sorprendía que los de Partinello no hubiesen eliminado a Jean-Jaques después de despedirle. Seguramente habían considerado que no tenían nada que temer de aquel pobre hombre y que no merecía la pena cometer un asesinato con el que se les podía relacionar tan directamente, o tal vez el exjefe de seguridad tenía amistades dentro de la organización que habían

intercedido para que le perdonasen la vida. Fuera como fuese, toda aquella información podía ser de gran valor para Radu; el único inconveniente era que no estaba seguro de cómo interpretarla. En el plano que tenía ante sí, por ejemplo, había tantas líneas de tantos colores distintos que no tenía ni idea de por dónde empezar.

—Mira, Jean-Jaques —dijo—, si tú te portas bien conmigo, yo me porto bien contigo —le mostró una jeringuilla hipodérmica y una papelina de heroína que había encontrado en el cajón de la mesita del vigilante—. ¿Quieres un poco de esto? —Ferron tendió sus manos atadas hacia la jeringuilla—. Quieres prepararte un pico, ¿eh? Si tú me ayudas a leer estos planos, yo te dejo meterte un pico, que seguro que hace que te sientas mejor, ¿a que sí?

—Las líneas amarillas... —balbuceó el vigilante— son las de la instalación eléctrica. —Quiso seguir hablando, pero una nueva punzada de dolor se lo impidió. Se retorció espasmódicamente por el suelo.

—Vamos, Jean-Jaques, vamos, que no será para tanto. —El asesino le ayudó a recostarse contra la pared cogiéndole por la parte trasera del cuello de la camisa—. Joder, chico, hueles a hostias —hizo una mueca de repugnancia—; vas a tener que darte una ducha después. A ver, las amarillas son cables eléctricos, ¿y el resto?

—Las naranjas, la línea de datos; las azules, el agua corriente; verdes, contraincendios; rojas, instalación de gas...

—Ya, ya veo. Pero aquí se cruzan las amarillas con las rojas y con las verdes y con todas las otras, y al final yo aquí no veo nada. ¿No hay forma de que se vea todo más claro?

Ferron señaló con una mano temblorosa la esquina superior izquierda del monitor de su ordenador.

—Pincha en... —sufrió una nueva arcada—, pincha en formato, después en capas...

Repentinamente sonó el timbre de la puerta. El vigilante cerró los ojos y comenzó a gimotear incontrolablemente; Radu se abalanzó sobre él y le tapó la boca con su pañuelo.

—Sssh. ¿Quieres morir? —le susurró al oído—. Si colaboras te daré el antídoto. Hay un antídoto para lo que te he dado, ¿vale? Tú te lo tomas, yo me voy, tú te curas y todos contentos. ¿De acuerdo? Asiente con la cabeza si estás de acuerdo.

El vigilante así lo hizo y Radu retiró la mano de su boca lentamente. El timbre sonó de nuevo, dos veces en esta ocasión.

—No le hagas daño, por favor, por favor —gimoteó Ferron con un hilo de voz.

—¿Quién es? ¿Es tu novia? —Con los ojos arrasados de lágrimas, Jean-Jaques Ferron asintió con la cabeza. El asesino sonrió—. Vaya, así que hasta un despojo humano como tú tiene novia —susurró—. La vida es maravillosa, ¿verdad? Seguro que hasta está buena.

Se puso en pie, caminó hasta la entrada sin producir un solo sonido, levantó la mirilla muy despacio, cubriéndola con la otra mano para evitar que se filtrase luz hacia afuera, y miró a través de ella.

Frente a la puerta del apartamento aguardaba una chica de color, de unos veintidós años, alta y delgada. Llevaba el pelo, espeso y rizado, sujeto en un moño en lo alto de la cabeza. El maquillaje y la vestimenta parecían indicar que se trataba de una prostituta y su aspecto general, que compartía con su novio el gusto por las drogas. La chica volvió a pulsar el timbre insistentemente hasta cinco veces. Radu no movió un solo músculo, apenas respiraba. Vio cómo ella sacaba un teléfono móvil de su bolso, tecleaba y se lo llevaba a la oreja, pero aquello no le preocupaba:

quitarle el móvil a Ferron y apagarlo era lo primero que había hecho nada más dejarle inconsciente. La chica soltó una imprecación al oír que el teléfono no estaba operativo. Acto seguido, le dio una patada a la puerta, tan fuerte que la vibración se extendió por las paredes a las puertas de las viviendas vecinas. El asesino observó con satisfacción cómo la prostituta desaparecía escaleras abajo; parecía obvio que no había quedado preocupada por su novio. Aun así, no podía demorar aquel asunto por más tiempo.

—Bueno, Jean-Jaques, amigo mío —dijo al volver con el vigilante—. ¿Qué me decías de unas capas?

Radu necesitó unos veinte minutos para comprender, con ayuda del antiguo jefe de seguridad, lo que necesitaba del funcionamiento del programa. A cada red le correspondía una capa de un color, que podía desactivar para hacer que no se viese en el plano y poder así consultar las redes de manera independiente. También apuntó el significado de algunos símbolos que le eran desconocidos; Radu tenía algunos conocimientos básicos de electricidad, electrónica e instalaciones en general, pero no era ni mucho menos un experto.

—Bueno, amigo Jean-Jaques —dijo el asesino—, ya ves que yo cumplo mis promesas. Tú te has portado bien conmigo y yo me porto bien contigo.

Observó cómo el vigilante se inyectaba su dosis de heroína. No dejaba de resultarle interesante el hecho de que Ferron, a pesar de estar incapacitado para caminar, casi incluso para hablar, por la raíz del llanto, hubiese sido capaz de prepararse su pico tan deprisa. Había llevado consigo una bolsa de plástico, de cuyo interior sacó una botella envuelta en una bolsa de papel.

—Ahí tienes el antídoto —le dijo al tiempo que le ofrecía la botella—; lo prometido es deuda.

Ferron, entorpecido ya por efecto de la heroína, cogió la botella con dificultad y se la llevó a la boca, bebió un par de largos tragos y, súbitamente, intentó apartársela de los labios. Radu se lo impidió, sujetando la botella con una mano mientras aferraba con fuerza la nuca del vigilante. Este se debatía con las escasas fuerzas que le quedaban mientras el asesino le obligaba a tragarse el contenido de aquella botella de plástico. Intentó gritar, pero el líquido ahogó el sonido en su garganta; finalmente se desmayó. Radu esperó unos segundos para asegurarse de que su víctima no volvía en sí y, con cuidado, dejó su cuerpo en el suelo. La botella se deslizó ligeramente fuera de la bolsa de papel dejando entrever la etiqueta. Era una botella de lejía.

XXXII

—Me alegra saber que os habéis ocupado de esa mierda de piojosos del Este, pero el cuerpo de Petrovic sigue sin aparecer.

Rodolphe Commesse encendió su enésimo cigarrillo de la tarde y clavó su mirada, vacía e inexpresiva, como era habitual en él, en su interlocutor.

—El pez gordo se escapó, pero el resto de los pececillos cayeron en la red —respondió Barthélémy Galgani—. Petrovic ya no tiene hombres, caerá pronto..., a no ser que se haya largado del país, en cuyo caso ya no nos dará más guerra. Los kosovares ya no son ninguna amenaza.

Estaban en el Hôtel La Madrague, sentados frente a frente en sendos sofás de cuero. El espacio de la habitación en la que se alojaba Galgani correspondía anteriormente al de dos habitaciones separadas; Chjara la había dispuesto de modo que una de las dependencias hiciese de dormitorio y la otra, en la que se encontraban, de sala de estar. Además, se había esmerado para decorarla con la refinada opulencia y el estilo que la caracterizaban: sofás de cuero blanco, una mesa baja de nácar y muebles de ébano; del techo de la sala de estar colgaba una lámpara, obra de un conocido diseñador parisino, valorada en más de mil quinientos euros. Baptiste Felce ocupaba el asiento del sofá a la izquierda del gran hombre y Piero, el de su derecha. Rodolphe Commesse había asistido acompañado únicamente de dos de sus hombres, que permanecían de pie cerca de la puerta junto a Santiago Matesanz.

—Si los kosovares son historia —continuó Commesse al tiempo que dejaba caer la ceniza de su cigarrillo en un cenicero de plata— y, como decís, la banda que os andaba dando guerra también ha sido eliminada, ¿qué es lo que os preocupa? Vuestros principales enemigos están fuera de combate, ya podéis dormir tranquilos.

—Sabes de sobra que Petrovic y el resto de los advenedizos no son más que la punta del iceberg —respondió Galgani—; fuegos artificiales que hacen mucho ruido, pero sin ninguna fuerza de por sí. ¿Acaso piensas que es casualidad que toda la escoria de la Costa Azul se nos haya subido a las barbas al mismo tiempo tanto a nosotros como a ti? ¿Y como a los demás?

—Yo tengo mi territorio bajo control —respondió Commesse imperturbable—, no sé qué te ha hecho pensar lo contrario.

—Vamos, Rodolphe. —El *amiragliu* sonrió con malicia—. Estoy mejor informado que eso; negar la realidad en este momento no solo es inútil, sino peligroso. Es momento de estar unidos y de compartir información.

—Tal como yo lo veo, viejo amigo, mis problemas son míos y tus problemas son tuyos. Petrovic era una molestia para ambos, y como ya te he dicho, me alegro de que os hayáis ocupado de él; pero yo no te he pedido nada. Ahora mismo no veo ninguna prueba de que tengamos un

enemigo común. Si fuese así no dudaría en unir fuerzas con vosotros, con las demás bandas o con quien hiciese falta por el bien de nuestros negocios; pero ¿dónde está ese enemigo?, ¿de quién se trata?, ¿por qué nos ha declarado la guerra? ¿Puedes responderme a alguna de esas preguntas?

—No, no puedo; pero lo que puedo asegurarte es que hay alguien detrás de todo esto, alguien mucho más importante y poderoso que todos los muertos de hambre que se nos han enfrentado en los últimos tiempos. ¿O acaso no te extraña lo bien pertrechados que están de repente?, por no hablar de la información privilegiada. Ni en sus mejores sueños habrían podido imaginar tener recursos como los que despliegan últimamente. Si quieres negar la evidencia es problema tuyo, Rodolphe, pero lo lamento porque ese error te llevará a la tumba, y siempre que caiga uno de nosotros el resto quedarán más débiles; no deberías olvidar eso.

—Conjeturas, Barthélémy, conjeturas. No puedo mandar a mis hombres a luchar contra fantasmas, necesito algo concreto. Necesito un nombre, una cara que ponerle a ese supuesto enemigo, para que mis hombres no me tomen por paranoico. Tampoco puedo meter a mi gente en una guerra sin sentido contra todos los rateros y camelletes de Marsella. Necesito pruebas, Barthélémy, pruebas, datos; no puedo mandar a mi gente a luchar a ciegas.

Dicho esto, ambos guardaron silencio mientras se miraban a los ojos sin parpadear. Finalmente, Barthélémy Galgani asintió con la cabeza, se puso en pie y extendió su mano derecha hacia Commesse.

—Siento que pienses así, Rodolphe, pero puedo entender tus razones. Te aseguro que, en cuanto consiga averiguar algo más serás el primero en saberlo; espero que de esa manera te convenzas y espero también que para entonces no sea demasiado tarde para todos.

Rodolphe Commesse se puso en pie y estrechó, con su mano de dedos largos y esbeltos, la robusta mano del de Partinello; seguidamente fueron Piero y Baptiste los que hicieron lo propio. El marsellés abandonó la habitación seguido de sus dos hombres. Santiago salía detrás de ellos cuando Galgani se lo impidió.

—Quédate con nosotros, Santi. Lugaro y sus chicos acompañarán a nuestros amigos de vuelta a casa —dijo.

Pocos minutos después, Fígaro, que había estado montando guardia en el pasillo, Gheraldu Luporsi, Paul-Marie Ricare y el abogado François Molyneux se unieron a ellos. La reunión comenzó con un resumen de la negociación con Commesse para los que no habían estado presentes.

—No ha ido demasiado bien —dijo Baptiste.

—Ya me lo esperaba —replicó Galgani—. Commesse siempre ha sido muy desconfiado, muy orgulloso y muy tozudo; además hace tiempo que pienso que tiene algo personal en mi contra. Seguro que lo habría celebrado si aquel francotirador me hubiese dado el pasaporte; es un envidioso de mierda. Pero no tiene un pelo de tonto: si se ve contra las cuerdas, pasará por el aro. Es cuestión de tiempo.

—A lo mejor se puede acortar ese tiempo —intervino Piero—. A lo mejor solo es cuestión de forzar un poco los acontecimientos...

—Ni se te ocurra —le cortó el *amiragliu*—. Por muy fácil que pueda parecer lo que tú sugieres, no podemos correr ese riesgo. Si sale a la luz que hemos conspirado contra Commesse, o contra cualquiera de los otros, para manipularles, será nuestro fin inmediato. Podremos darnos todos por fiambres.

—Es una idea, Piero —dijo Luporsi—, pero solo como último recurso. De momento no estamos tan jodidos como para eso.

—De momento —masculló Piero.

Algunos de los presentes intercambiaron miradas significativas de soslayo, pero Barthélémy Galgani ignoró el desafortunado comentario de su hijo.

—Aparte de todo esto, todavía tenemos que poner la comida en la mesa de nuestras familias —continuó el *amiragliu*—. ¿Cómo van los negocios, Baptiste?

—El trato con Salim ya está cerrado. El miércoles me dijo que me llamaría un día de estos para concretar lugar y hora, lo cual quiere decir que me puede llamar en cualquier momento y que no me dará mucho margen; por eso ya tengo listos a mis chicos.

—Ese viejo turco sabe hacer las cosas bien —dijo Galgani—. Ten los cinco sentidos en ese asunto, Baptiste. Prioridad absoluta. ¿Necesitas gente?

—No, entre mis chicos y los que me pasó Chjara estoy más que servido.

—Bien, pero no dejes de pedir ayuda si ves que la puedes necesitar; toda seguridad es poca, estamos hablando de mucho mucho dinero. ¿Tú tienes algo interesante a la vista, Piero?

—Nada —respondió el hijo del *amiragliu*—. Tengo a todos mis chicos en la calle buscando gente que nos quiera joder; la verdad es que no les dejo tiempo para los negocios.

—Bueno, esa es tu misión; que sigan así. ¿Ghera?

—Poca cosa —respondió Luporsi.

—Emile Palazzo dice que tiene un buen asunto entre manos —intervino Paul-Marie Ricare—; hablé con él ayer y parecía contento, pero no quiso decirme nada concreto por ahora.

—Palazzo es prudente y discreto —opinó Luporsi—. Creo que va a conseguir algo gordo; si no, no diría nada.

—¿Tú has hablado con él? —preguntó el *amiragliu*.

—No, hace tiempo que no le veo; es Paul el que trata con él.

—Pues esperemos que sea algo bueno de verdad —dijo Galgani—, porque si no acabaremos muriéndonos de hambre. —Señaló a Luporsi y Ricare con dos dedos—. Informadme en cuanto sepáis algo. ¿Alguien más tiene algo interesante que decir?

Nadie contestó, la mayoría negaron con la cabeza.

—Santi y Fígaro —continuó Galgani—, contadnos: ¿cómo veis la seguridad?, ¿necesitáis más gente?

—El hotel es seguro —respondió Fígaro—. Santi está haciendo un trabajo cojonudo.

—Lugaro me está ayudando mucho —se apresuró a replicar Santiago, al que siempre incomodaban los elogios—. Es muy concienzudo, y sus chicos están bien entrenados.

—Eso es verdad —intervino Piero—. Los chicos de Chjara son de fiar. Reconozco que al principio pensé que no me valdrían para gran cosa —sonrió—, pero no están tan peces como yo pensaba. Yo también tengo a alguno haciendo vigilancia ahora que necesito a casi todos mis chicos en la calle el día entero.

—Sí —coincidió Baptiste—, a mí me están siendo bastante útiles también.

—Para el trabajo que están haciendo cumplen de sobra —continuó Santiago—, pero, si la cosa se pone fea, ya no sé decir qué tal se portarán; hay muchos que están sin foguear todavía. Y a Lugaro, que en retaguardía la verdad es que me parece muy bueno, siento decir que no lo querría a mi lado en un tiroteo. No es lo suyo.

Piero le interrogó con la mirada.

—Por algo lo dirás —inquirió.

—Sí. Anteayer tuvimos una falsa alarma con un pordiosero; no reaccionó bien. Le falta temple.

—Pues no es ningún novato Davide —respondió el hijo de Galgani—. Le hice mancharse las manos varias veces cuando trabajaba para mí; siempre cumplió bien, que yo sepa.

—¿Sabes si ha tenido que salir de una emboscada alguna vez? —intervino Luporsi. Piero negó con la cabeza.

—No que yo recuerde...

—No es lo mismo hacer de cazador que hacer de presa —continuó Luporsi—. Hay gente que trabaja bien con la ventaja a su favor, pero que se cagan cuando los cogen por sorpresa; a lo mejor es lo que le pasa a Davide.

Matesanz se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo—, lo único que sé es que, en mi opinión, el otro día se quedó helado. Es buen líder y buen organizador desde la retaguardia, pero yo no me arriesgaría a ponerlo en línea de fuego. Es más, no me gusta la idea de que se haya ido con Commesse sin mí. Lugaro insiste en acompañarnos siempre para vigilar a sus chicos, pero voy a intentar convencerle de que no lo haga.

—Habrá que tenerlo en cuenta —dijo Galgani—. ¿Por lo demás tenéis algo que añadir?

—Por mi parte no —respondió Fígaro—. Mientras nos hagáis caso, estaremos seguros aquí dentro. También hemos repasado los planes para traer y llevar a nuestros invitados y los veo mejor que bien; Santi sabe lo que se hace.

—¿Sabemos algo del tipo moreno con acento escocés? —preguntó Santiago sin dirigirse a nadie en particular—. El que estuvo en la residencia de Antoine.

—Seguimos buscando hasta debajo de las piedras —respondió Baptiste Felce—, pero de momento nada, ni rastro.

—Entonces por mí nada más tampoco —dijo el Segador.

—Muy bien —concluyó el *amiragliu*—. Puedes retirarte si quieres, Santiago.

El marsellés no esperó a que se lo dijeran dos veces; estaba deseando abandonar aquella reunión. Bajó al bar y se tomó una cerveza mientras esperaba a que Davide Lugaro volviese con el resto de la escolta. No tardaron en hacerlo. Una vez confirmado que todo había ido según lo previsto, sin incidencias, se retiró a su habitación. Tenía mucho sueño; se echó sobre la cama sin desvestirse siquiera y se quedó dormido casi de inmediato. Lo último que cruzó su mente antes de dormirse fue lo solo que se sentía en La Madrague y lo bien que le habría venido contar con un amigo como Alberto en aquellos momentos.

En su día le había costado que la cofradía admitiese a Alberto Capdevila como asociado suyo. Después de todo, había dado con él cuando buscaba a los ladrones que le habían robado a un colaborador de la organización; además, aunque nunca había estado en prisión, los de Partinello le investigaron y descubrieron que tenía antecedentes policiales por robo de vehículos y tráfico de estupefacientes. A la cúpula de la organización no le hacía mucha gracia que Santiago utilizase a

un sujeto como aquel en sus negocios, pero el Segador consiguió convencer a Luporsi para que intercediese por él. Le dijo que necesitaba a alguien con cabeza y de quien pudiese fiarse, y que Berto era uno de los tipos más listos que había conocido.

—Así que un tipo inteligente y fiel, ¿eh? —le había dicho el *capitanu*—. Y escoges al mismo genio que hizo que acabases entre rejas la primera vez. Desde luego, parece que necesitas a alguien inteligente contigo, porque tú no debes serlo mucho —le gruñó.

A pesar de todo, Santiago insistió tanto que Luporsi acabó por aceptar a regañadientes y, finalmente, la organización dio el visto bueno para que Alberto Capdevila quedase bajo el mando del Segador, aunque no perteneciese realmente a la cofradía de Partinello.

Habían pasado cerca de ocho años sin saber palabra el uno del otro —después de tanto tiempo, ninguno de los dos pensaba que volverían a verse nunca— y, sin embargo, su amistad había permanecido intacta. La noche que se reencontraron, Santiago llevó a su viejo amigo al Saphir ante la estupefacción de Jaume, Yannick y Lisandru, a los que dejó encargados de deshacerse de los cadáveres de los que habían sido los socios de Alberto. Estuvieron charlando hasta las cuatro de la tarde, compartiendo cervezas y canutos de hachís, como en los viejos tiempos. Lo primero que hizo Santi fue preguntar por Gorka, pero no le hizo falta esperar a que su amigo le contestase; le bastó con mirarle a los ojos para adivinar la suerte que había corrido el donostiarra: Gorka estaba muerto.

Berto le relató cómo habían conseguido escapar el día que atraparon a Santiago. Este dormía en el asiento trasero del coche cuando sus compañeros decidieron parar en una gasolinera, a pocos kilómetros de Málaga, para repostar, estirar las piernas y comprar algo de comer. Estaban cogiendo unos refrescos y unos bocadillos en la tienda de la gasolinera cuando entraron y fueron derechos hacia ellos. Gorka se dio cuenta inmediatamente de lo que pasaba; los hombres sacaron sendas placas que les identificaban como policías, pero el donostiarra ni siquiera les dejó hablar. Un gancho perfecto a la mandíbula y el primer agente se fue al suelo como un saco. El segundo no tuvo tiempo ni de pestañear; Gorka le agarró por la nuca y comenzó a lanzarle rodillazos a la cara, con tal fuerza y salvajismo que el agente, que debía de medir más de metro ochenta y pesar cerca de cien kilos, cayó fulminado en un par de segundos. En el exterior, otros dos policías, que se habían colocado junto al coche de los presuntos traficantes, vieron la escena a través del ventanal de la tienda; no esperaban resistencia por parte de los sospechosos, y menos una como aquella, de modo que tardaron en reaccionar.

—Yo me quedé de piedra también —había confesado Berto durante el relato—. ¡Menudo animal el Gorka! Me metió un empujón que casi me estampa contra la puerta de los baños y me pegó una voz de aquellas suyas en plan «¡Cooorre, gilipooollas!». —Santiago no pudo menos de reírse a pesar de la tristeza que le causaba haberse enterado de la muerte de su amigo. Recordaba bien la forma de ser del donostiarra—. Salimos *escopetaos* por la puerta trasera que había donde los baños, saltamos la valla y escapamos como cazas por entre los olivares. No había corrido tanto en mi vida. Fíjate que hasta a Gorka le costaba seguirme el ritmo, con lo rápido que era el cabrón... No tengo ni idea de cuánto tiempo estuvimos corriendo, pero no paramos hasta que me fallaron las piernas y caí de cabeza.

»Cuando nos dio por mirar alrededor, estábamos en el culo del mundo, todo lleno de olivares y no se veía una mierda porque era la una de la madrugada. Estuvimos allí *tiraos* hasta que me vi con fuerzas *pa* caminar. ¡Tres horas caminando hasta que encontramos una carretera! Como no

teníamos ni puta idea de dónde estábamos, tiramos hacia la izquierda, por aquello de «Peatón en carretera, siempre por tu izquierda» —se rio—; escondidos entre los olivares para que no se nos viese, pero no pasó ni un alma. De la que amanecía llegamos a un pueblucho de cuatro casas, y al poco vimos un «Forito» saliendo de un garaje; el loco de Gorka lo paró, agarró al conductor por el cuello y le dijo que o se estaba quietecito o le mataba. ¡Si vieras la cara del tío...! Se quedó mudo —rio de nuevo—. Al parecer iba a trabajar, el pobre. El Gorka se puso de conductor y me mandó a mí ponerme detrás para vigilar al pobre hombre. ¡Flipas qué manera de pisarle al «Forito»! Nos plantamos en Irún en ocho horas y pico. Acojonante...

Según el relato de Alberto, habían dejado el coche junto a la frontera, después de que Gorka amenazase al conductor con volver a buscarle y descuartizar a toda su familia si acudía a la Policía. Fue entonces cuando el donostiarra le contó sus planes: cruzarían la frontera a campo través para llegar hasta Biarritz, donde vivían unos primos suyos.

Cruzar la frontera no fue difícil, pero sí duro; llevaban más de treinta horas sin dormir y sin parar de huir. Por suerte, todavía les quedaba algo de cocaína para mantenerse despiertos. En el pueblo de Sare mal cambiaron algo de dinero para coger el autobús hasta Biarritz, y al llegar se pasaron un día entero durmiendo en el primer hostel que encontraron.

Al día siguiente se dirigieron a casa del mayor de los primos de Gorka, que se llamaba Inazio, tenía veintisiete años y, al igual que su pariente, era un elemento de cuidado —perteneía a una pequeña banda que se dedicaba a robar utilitarios, desmontarlos y venderlos por piezas—. Dado que no tenían dinero y que ninguno de los dos era aficionado a trabajar, el donostiarra propuso que se uniesen a la banda de su primo; Alberto aceptó enseguida.

Inazio les presentó a su cabecilla, un tipo alto y regordete, de cara ancha y espesa barba, llamado Benôit, quien, a sus treinta y un años, era el mayor de los miembros de la banda. Este les hizo una serie de preguntas: de dónde venían, con qué experiencia contaban, si tenían antecedentes, etcétera. Y terminó por decirles que, a pesar de que no creía que sirvieran para aquel negocio, les daría una oportunidad de demostrarlo. Si conseguían hacerse con un coche en buen estado cada uno en menos de tres días, estarían dentro de la banda.

—Fue muy fácil —le había dicho Berto a Santiago—. Gorka había *estao* currando de mecánico una temporada larga, y antes ya sabía algo por lo que había aprendido de su viejo. Le pidió unas herramientas a su primo y nos pusimos a trabajar aquella misma noche. Buscamos un aparcamiento apartado y localizamos un Golf del 82 nuevecito. Yo me puse a vigilar mientras Gorka lo abría y le hacía el puente. No tardó ni quince minutos. La verdad es que los coches de aquella época eran muy fáciles de levantar... Eso sí, la idea de despistar las matrículas fue mía —había añadido Alberto con evidente orgullo—; Gorka quería cambiarlas por las del coche de al *lao*, pero yo le dije que así era muy fácil que diesen con la matrícula nueva. En vez de eso, cambiamos las matrículas por las de otro que había por allí cerca; pero luego cruzamos la ciudad y cambiamos esas matrículas por las de otro, y le pusimos las de ese al Golf. Solo teníamos que esconder los carros hasta la noche siguiente, así que era casi imposible que a la Policía le diese tiempo a localizarlo, porque lo normal era que el dueño no denunciase el robo hasta por la mañana, así que...

»Repetimos la jugada con un Visa, y nos los llevamos a Saint-Jean para esconderlos; pero cuando ya estábamos allí nos dimos cuenta de que no teníamos coche para volver a Biarritz, así que nos calentamos y, como nos había sido tan fácil, decidimos levantar otros dos carros. —

Santiago había estallado en carcajadas al oír esta parte, Alberto se rio a gusto también.

—Vaya coña que tuvisteis, anda —había dicho el Segador—. No os cogieron de milagro. ¡Menudos elementos!

—Pues no te creas, de aquella era muy fácil lo de hacerse carros, y tampoco pienses que el resto de los de la banda eran unos genios, ¿eh? El caso es que en Saint-Jean levantamos otro Golf del 82 y un Fuego rojo y negro guapísimo, repetimos la jugada de las matrículas y nos los llevamos a Biarritz. El Benôit flipó bastante cuando aparecimos en su casa con el Golf y con el Fuego a la noche siguiente, ¡pero si le ves la cara cuando le dijimos que si nos podía llevar a Saint-Jean, que teníamos que traer otro Golf y un Visa...! —Ambos se habían reído abundantemente también en este punto.

Alberto continuó relatando cómo el donostiarra y él habían ido prosperando en la banda de Benôit y haciendo contactos poco a poco hasta que, al cabo de año y medio, se trasladaron a Toulouse para volver a trapichear con droga, esta vez a mayor escala. Trabajaban para unos narcos de París a los que Berto nunca llegó a conocer, ya que solo trataban con Gorka; él era el que iba a la capital y volvía con la mercancía. Insistía en hacerlo siempre solo, nunca dejaba que le acompañase nadie.

Las cosas les fueron bien durante una temporada. Berto no tardó en hacer buenos contactos en su nueva ciudad, seguía dándosele bien distribuir la mercancía. Movían mucha heroína y cada vez más cocaína, rápido y con un buen margen de beneficios, y la gente de París parecía estar contenta. El catalán había aprendido la lección desde la última vez: ya no era el mismo calavera que encadenaba una fiesta con otra y se fundía toda la cocaína antes de venderla; había ido moderando el consumo progresivamente hasta convertirse en consumidor ocasional, y ya no salía por las noches tanto como antes. Gorka, por el contrario, estaba cada vez más descontrolado.

—Se ponía casi a diario. —La voz de Alberto delataba el nudo que se había formado en su garganta mientras hablaba—. Desaparecía dos o tres días sin dar señales de vida, y cuando aparecía se encerraba en su casa sin coger el teléfono ni abrirle la puerta a nadie. Cada vez estaba más violento, no paraba de meterse en peleas; en menos de un año le había partido la cara a tanta gente que medio Toulouse le tenía pánico. Él decía que hacerse respetar era bueno para el negocio. Yo intenté convencerle de que lo que hacía era dar la nota, que era lo último que nos convenía, pero no me escuchaba nunca; daba igual lo que le dijera, casi siempre estaba de mala hostia. ¡Joder, si hasta llegó a amenazarme un par de veces con romperme la boca si no le dejaba en paz! A mí, que era su único amigo. Así que desistí de hablar con él porque, la *verdá*, llegué a cogerle miedo yo también, Santi.

»Con el tiempo me enteré de que no paraba de perder dinero en partidas de póquer y en el casino de Saint-Jean. El muy loco se metía trescientos kilómetros para ir a perder un pastizal al blackjack y a la ruleta. En una de esas se estrelló con la moto, borracho y puesto hasta las cejas. Le ingresaron en el Centre Hospitalier de Bigorre de Tarbes con tres costillas rotas y una fisurada, daños en el pulmón derecho, en el hígado y en el intestino grueso..., además de un hombro dislocado, luxación en el codo, esguince de muñeca y de tobillo. Cuando fui a verle le tenían *sedao* para que no se levantara de la cama porque, al poco de llegar, el muy animal se había *arrancao* las vías y había *intentao* escapar. Al parecer había *agarrao* el soporte del gotero y tenía a los seguratas *acojonaos* frente a las escaleras, hasta que se desmayó por las hemorragias internas; los médicos estaban flipando. Me dijeron que parecía imposible que a aquella velocidad

no se hubiese roto ningún hueso ni se hubiese deshecho ningún órgano. Estaba vivo de milagro... Pues no duró ni una semana en el hospital. Le ingresaron el domingo y el viernes por la noche se presentó en mi casa, cojeando y con un brazo en cabestrillo; los médicos tuvieron que darle el alta voluntaria en cuanto le bajaron la dosis de calmantes porque no había manera de que se quedase en la cama. Me pidió farlopa y dinero, a él ya no le quedaba ni lo uno ni lo otro... Intenté razonar con él, pero se puso como loco; me agarró por la pechera y me dijo que o le daba *su* dinero o me tiraba por la ventana. No pude hacer nada; la *verdá* es que pensé que no iba a pasar de aquella noche. Conseguí que me dejase ir con él, porque caminaba a duras penas el pobre; tenía el tobillo como una berenjena, hinchadísimo y *mora*, y aun así me llevó directamente a un piso putas al que solía ir él.

»Estuvo allí hasta por la mañana, follando y metiéndoselo todo; yo me pasé la noche en la habitación de al *lao*, esperando a que volviese a tener una hemorragia en cualquier momento y se quedase en el sitio. No pude ni tocar a la puta que estaba conmigo. Luego se pasó el día durmiendo, ¡después de haberse metido como tres o cuatro gramos seguidos! No era humano el cabrón de Gorka...

El catalán había seguido relatando cómo, nada más levantarse, Gorka se había emperrado en ir a un tugurio de Balma y, delante de él, había perdido catorce mil francos en tres horas. Las cosas siguieron más o menos igual: el donostiarra se recuperó por completo en pocos días y siguió cada vez más descontrolado. No importaba cuánto dinero ganasen, Gorka se metía cada vez más cocaína y se lo gastaba todo en jugar y en prostitutas, hasta que un día pasó lo que tenía que pasar. Después de perder veintiséis mil francos en una partida de póquer, el donostiarra acusó a uno de los jugadores de hacer trampas. Discutieron acaloradamente, Gorka sacó su revólver y le disparó tres veces en el pecho y dos en la cabeza.

—Me picó en casa a las tres de la mañana —le había dicho Berto al Segador—. Nada más abrirle la puerta cayó a mis pies de rodillas, llorando como un crío. Se abrazó a mis piernas tan fuerte que me hizo daño; algo quería decirme, pero sollozaba tanto que no le entendí nada. Tuve que pedirle a la chavala que tenía en casa que se fuera y sentarme con él en el sofá a consolarle hasta que se le pasó un poco; ahí fue cuando me contó la que había *armao*. El tío al que se había *cargao* no era ningún cualquiera, era el dueño de un par de clubs muy famosos de Toulouse y estaba muy bien *relacionao*; aquello era prácticamente una sentencia de muerte. Le propuse que nos largásemos echando hostias, pero me dijo que no podía, que les debía mucho dinero a los de París y que, si desaparecía sin saldar la deuda, no iban a parar hasta que le encontrasen; estaba bien jodido.

»Me suplicó que le ayudase, que moviese mis hilos para salvarle el culo. Me juró y me perjuró que iba a cambiar, que iba a dejar la farlopa y el juego, que no iba a volver a hacer nada parecido. Me dijo que pagaría el dinero que hiciese falta, que se pondría a currar como un loco para pagar sus deudas..., qué sé yo la de veces que me pidió perdón por todas las veces que me había *tratao* mal, no hacía más que abrazarse a mí, no paraba de llorar..., en la vida pensé yo que iba a ver así al Gorka.

Finalmente las cosas acabaron por resolverse. Alberto removió cielo y tierra para interceder por su socio, y este pidió ayuda a sus contactos de París. El donostiarra consiguió salvar el pellejo por el momento, pero contrajo una deuda enorme; iban a tener que mover mucha más mercancía que nunca para saldarla, lo que también implicaba correr más riesgos que nunca. Gorka

parecía dispuesto a cumplir su promesa. Acudió a un psiquiatra para que le ayudase a dejar las drogas, comenzó a medicarse y volvió a hacer deporte. Salía a correr todos los días al amanecer y montó un pequeño gimnasio en su casa donde se pasaba la mitad del día. Comenzó a seguir a rajatabla una dieta para deportistas de alto rendimiento y, aunque llegó a correr quince y veinte kilómetros diarios, ganó diez kilos en tres meses. Sin embargo, a pesar del deporte, el tratamiento y la medicación, nunca llegó a dejar la cocaína por completo. Alberto no se lo recriminaba, ya que él también seguía drogándose ocasionalmente. Estaba contento con el cambio de actitud de su amigo, al que veía recuperarse física y mentalmente día a día. Aun así procuraba no perderle de vista; Gorka siempre había sido agresivo y temperamental, y aunque su humor había mejorado mucho respecto a su peor época, a menudo se le veía preocupado y taciturno. La razón, indudablemente, era la deuda que los asfixiaba. Movían más mercancía que nunca, en gran parte gracias al esfuerzo del donostiarra, que se mostraba cada vez más activo en el negocio, y con todo, el porcentaje que les quedaba para ellos era minúsculo. La época en la que podían despilfarrar tanto como querían había quedado atrás.

Alberto estaba lo suficientemente bien relacionado como para notar que, a medida que su actividad crecía, la presión policial iba aumentando también a su alrededor, por lo que cada vez tenían que gastar más dinero en sobornos. A pesar de todo, no se podía decir que las cosas les fuesen mal: Gorka seguía mejorando, seguían teniendo suficiente margen como para vivir holgadamente, aunque sin lujos, y el catalán creía tener los riesgos del negocio bajo control. Nada podía hacerle sospechar lo que estaba a punto de ocurrir.

—Gorka llevaba como cuatro o cinco meses en rehabilitación cuando me enteré de que había *estao* jugando otra vez. —Alberto estaba llegando al final de su relato—. Me puse histérico del cabreo; yo me estaba desviviendo por él, jugándome el culo y apretándome el cinturón para pagar sus pifias y que no le pegaran dos tiros, y el muy subnormal tirando el dinero. No digo que lo hiciese con mala intención, seguro que pensaba que así iba a ganar más para saldar cuentas rápidamente, porque sabía que yo quería largarme de Toulouse en cuanto liquidásemos la deuda, antes de que se nos echase encima la madera; pero Gorka no valía para jugar. Demasiado impaciente, le faltaba sangre fría, no hacía más que perder. Por eso le había dicho un millón de veces que como volviese a jugar iba a pasar de él, que si me enteraba de que volvía a apostar un solo franco le dejaba allí *tirao* con todos sus pufos, y la verdad es que pensé que me estaba haciendo caso.

»Empecé a buscarle como loco. Se había ido a París hacía tres días, así que tenía que estar ya de vuelta en Toulouse, pero no conseguía dar con él. Al principio solo quería encontrarle para echarle la bronca, pero cuanto más tardaba, más *preocupao* estaba por él. Al final empecé a angustiarme de *verdá*, tenía un presentimiento muy chungo. Cuánta razón tenía, Santi...

Finalmente Alberto averiguó, a través de uno de sus «amigos» de la Policía, lo que le había pasado a Gorka. Había caído en una redada, en pleno intercambio con sus contactos de París. Tanto los parisinos como el donostiarra habían opuesto resistencia; todos ellos habían resultado muertos en el tiroteo.

A pesar del dolor que le causó a Santiago el haberse enterado de la muerte de su amigo, que había ocurrido tan solo once meses antes, el reencontrarse con Alberto fue como un bálsamo para su alma. Durante las semanas siguientes, después de que la organización diese el visto bueno para que el catalán trabajase con Matesanz, este aleccionó a su viejo amigo sobre la forma de hacer las

cosas en la cofradía de Partinello, sobre sus normas y sobre el papel que su grupo desempeñaba dentro de ella. Alberto, que jamás había pasado de ser un camello de poca monta, estaba estupefacto ante la magnitud del entramado de negocios que dominaba aquella organización. El joven Capdevila era hábil y aprendía rápido; además, su habilidad innata para inspirar confianza en los demás le hacía muy útil para Santiago, si bien a este no le importaban realmente las habilidades de su amigo. El mero hecho de tenerle a su lado era para él de mucha más ayuda que los servicios del mejor de los hombres de Partinello. Berto era un chico alegre y optimista por naturaleza, tenía el don de hacer que los problemas pareciesen menos graves cuando él estaba cerca. Siempre tenía un chiste o una ocurrencia para cada ocasión. De risa fácil y contagiosa, desde pequeño había sido siempre la clase de persona de la que todo el mundo quería estar cerca y, sin embargo, su lealtad hacia los que él consideraba sus verdaderos amigos era feroz e inquebrantable, rasgo que compartía con Santiago, y que ambos a su vez tenían en común con el difunto Gorka.

Alberto pronto se dio cuenta de la lucha que su amigo, y ahora jefe, mantenía con su adicción a la cocaína e hizo todo lo posible por ayudarle a superarla. No en vano él ya había pasado por aquello mismo y había vivido una situación todavía más difícil al lado de Gorka. Después de todo, Matesanz jamás había llegado al grado de adicción que había alcanzado el donostiarra, o incluso el propio Berto, años atrás. En cierta ocasión le confesó al Segador lo culpable que se sentía por el hecho de que los tres hubiesen terminado enganchados, de uno u otro modo, a aquella porquería.

—Yo fui el primero que empezó a ponerse y el que más rápido se enganchó —le había dicho—, y Gorka fue detrás; la verdad es que pensé que tú nunca ibas a caer en serio. Apenas te ponías, parecía que no te daba mucho por la farlopa, y yo te admiraba por eso, los dos te admirábamos, porque tú eras capaz de salir y pasártelo bien sin ponerte, y nosotros no.

Santiago, que en los últimos meses se había vuelto más huraño y solitario que nunca, volvía a disfrutar de la vida en compañía de Alberto. Se convirtieron en habituales de los mejores restaurantes de la zona, salían de noche un par de veces por semana en busca de chicas por las que no tuviesen que pagar, y recuperaron una vieja costumbre de cuando vivían en Barcelona: ir a dar vueltas en coche. Conducían sin rumbo fijo por las zonas de La Roquebrussanne, Nans-les-Pins, Vauvenargues y alrededores, donde las carreteras eran sinuosas y traicioneras, algunas veces llevando el vehículo al límite. Uno de ellos intentaba cubrir cierto tramo en el menor tiempo posible mientras el otro le cronometraba y le cantaba los tiempos; después se relevaban al volante y así repetían el mismo tramo una y otra vez hasta que se aburrían de trazar las mismas curvas. Esto solían hacerlo de noche, cuando había menos tráfico y podían ver las luces de los faros de los otros vehículos antes de acometer las curvas. Otras veces se olvidaban de los tiempos y conducían por el mero placer de conducir, disfrutar del paisaje y fumar unos canutos mientras escuchaban música de Guns N' Roses, Michael Jackson, Europe, Eurythmics, Bon Jovi, Hombres G o Mecano. Ambos adoraban aquellas escapadas en coche. La velocidad, el cannabis y la música los llevaban a un estado mental de máxima euforia, al cual se habían hecho adictos hacía años. Para los dos amigos no había nada como aquello. Durante aquellas rutas no podían evitar acordarse de Gorka; él había sido el primero que había aprendido a conducir, el primero que había tenido un coche y el que había inaugurado aquella costumbre.

Santiago recordaba aquella época como una de las más felices de su vida, aunque la compañía

de Alberto no le salía precisamente barata. Al catalán le gustaba la buena vida. Al mes de empezar a trabajar juntos le había pedido dinero para comprarse un coche, un flamante Porsche 911 del año 88, nuevecito, que salió mucho más caro que ninguno de los coches que había tenido el Segador. Siempre insistía en acudir a los locales más de moda —y, por tanto, los más caros— y se gastaba tanto dinero en ropa, relojes, gafas de sol y complementos varios que siempre estaba pidiéndole que le diera algo por adelantado. Berto gastaba más de lo que producía su trabajo para lo organización, pero a Santiago no le importaba.

Fue también por aquella época cuando se reencontró con Chjara Galgani, a la que no había vuelto a ver desde su estancia en casa de su padre, el máximo mandatario de la cofradía de Partinello. Sucedió una noche que había salido con Alberto y con Jaume Castella. La relación de este último con el Segador había vuelto a normalizarse gracias a la aparición de Alberto Capdevila. Los dos catalanes habían hecho buenas migas enseguida, entre otras cosas porque ambos compartían el gusto por la fiesta y por la buena vida, de modo que Castella no tardó en unirse a ellos en sus salidas nocturnas. Aquella noche habían acudido los tres a Le Trolleybus, un popular club nocturno de Marsella. Santiago había bebido mucho y estaba bastante borracho, por lo que se apartó de sus amigos, que estaban charlando animadamente con unas chicas, para buscar un rincón más tranquilo hasta que se le pasase un poco la borrachera. Se encontraba apoyado en una pared, bebiendo un botellín de agua, cuando vio pasar a Chjara por delante de él. La joven le reconoció y se paró a saludarle.

—Ya veo que ahora eres demasiado importante como para contestar a mis cartas —le dijo—, o para cogerme el teléfono.

Santiago, con la sinceridad que le proporcionaba el alcohol, le contestó que no le convenía relacionarse con la hija del *amiragliu*. Por toda respuesta, ella se rio.

Estuvieron charlando durante un largo rato hasta que las luces de la discoteca se encendieron y las amigas de Chjara fueron a buscarla.

—¿Quieres venir con nosotras a meterte una raya? —le propuso ella.

—No, gracias. Lo estoy dejando.

Chjara sonrió.

—Me alegro —dijo antes de alejarse con sus acompañantes.

Castella y Alberto le estaban esperando a una distancia prudencial. Este último se acercó a su amigo con una sonrisa maliciosa en los labios.

—¿Pero de dónde has sacado a esa? ¡Está tremenda!

Fue el otro catalán quien contestó:

—Una que no le conviene. La hija del gran jefe en persona.

Después de cerrar Le Trolleybus, dieron por terminada la noche y se fueron a dormir al Saphir. Al día siguiente Matesanz recibió otra carta de Chjara; esa vez sí que le envió una respuesta, citándola para cenar en un pequeño restaurante de Toulon.

* * *

Santiago se despertó sobresaltado al oír unos golpes en la puerta de su habitación de La Madrague. Se levantó de un salto, el corazón golpeando como un tambor en su pecho, y se abalanzó hacia la entrada. Pegó la espalda a la pared junto a la puerta y preguntó en voz baja:

—¿Quién es?

—Soy yo.

El Segador reconoció la voz susurrante de Chjara Galgani al otro lado. Sintió que su pulso se relajaba súbitamente, al tiempo que un incómodo cosquilleo se apoderaba de su estómago.

—¿Y quién eres tú? —replicó en tono burlón.

—¿Esperabas a muchas chicas esta noche? —inquirió ella en el mismo tono.

—No, no esperaba a ninguna.

—Era una sorpresa. ¿Vas a abrirme la puerta o no?

Tardó en responder. El cosquilleo de su estómago subió repentinamente por su espalda hasta llegar a la nuca; de pronto se sentía muy débil.

—No puede ser, Chja —respondió finalmente.

—¿Por qué no? —preguntó ella mimosa.

—Ya sabes por qué. Las cosas están muy jodidas, no puedo dedicarme a jugar contigo mientras tu padre está amenazado de muerte. ¿Qué iban a decir los demás? Y sobre todo, ¿qué iba a decir tu padre?

—Pero yo también te necesito. Necesito estar contigo. —En su voz había una nota de súplica—. No se va a enterar nadie...

—Se acabarán enterando.

—¡Entonces lárgate de aquí, a la mierda con todos! —contestó ella súbitamente furiosa.

—¡Ssssh! Baja la voz, por favor...

—¡No me da la gana! Estoy harta de esconderme. He estado diez años esperándote. Ya no lo aguanto, Santi, te necesito...

Se le hizo un nudo en la garganta al notar la voz de Chjara entrecortada por la emoción. El cosquilleo se convirtió en un dolor a la altura del pecho. La sangre golpeaba sus sienes cada vez más fuerte. Sin apenas advertirlo, su mano se deslizó hasta el picaporte de la puerta. Estuvo a punto de abrir, pero se contuvo. Retiró la mano de nuevo y la cerró en un puño, tan fuerte que sintió cómo se le clavaban las uñas en la carne.

—No puedo, Chja, no puedo, no puedo, de verdad... —susurró—. Vete, Chja, por favor...

Esperó, los dientes y los puños apretados, empujando fuertemente la puerta con la frente mientras sentía cómo todo su ser palpitaba con violencia.

Esperaba sin saber el qué.

Tal vez una respuesta de Chjara, tal vez algo que lo solucionase todo, que aliviase todo aquel dolor que amenazaba con desgarrarle el alma..., pero esperaba en vano.

Pasaron unos segundos, tal vez minutos, que se le hicieron eternos. Al final se decidió a pronunciar su nombre una vez más.

—¿Chjara? —la llamó.

No hubo ninguna respuesta. Unos segundos interminables después se decidió a abrir la puerta.

El pasillo estaba vacío.

XXXIII

Radu volvió a estudiar por enésima vez, en su portátil, los planos de canalizaciones del Hôtel La Madrague. Había memorizado metro a metro el camino a seguir, pero quería aprovechar hasta el último segundo para repasar los detalles. Lo había ideado y preparado todo en menos de veinticuatro horas, y aunque todo parecía encajar perfectamente, no le gustaba en absoluto la idea de ejecutar un plan con tan poco tiempo de preparación; no era su estilo.

Revisó cada pieza del equipo, que había colocado cuidadosamente sobre la cama de su habitación a tal efecto. Asegurarse de que cada herramienta se encontraba en perfecto estado siempre era fundamental, mucho más cuando se trataba de un plan tan elaborado como aquel, donde el mínimo fallo podía dar al traste con todo. Una vez estuvo seguro de que tenía el equipo necesario y de que cada pieza estaba a punto, procedió a guardarlo todo, cuidadosa y metódicamente, en una bolsa de lona. Pensaba acceder a las galerías interiores del edificio a través del conducto de ventilación que llegaba hasta su habitación, pero no iba a ser tarea fácil: los conductos eran muy estrechos y no habían sido hechos para soportar el peso de una persona. Afortunadamente para él, Radu era delgado y estaba bien entrenado en el difícil arte del contorsionismo. Además, solo tenía que recorrer ocho metros de conducto, para lo cual se había vestido el traje integral de *lycra* negra, e incluso había lubricado con grasa de mecánico algunas zonas, como la espalda, los hombros y las rodillas. Se ató al tobillo la bolsa de lona con el equipo, dejando entre medias unos cuarenta centímetros de resistente cuerda de *nylon*, de manera que pudiese llevarla arrastrando tras de sí sin peligro de que le estorbase o de perderla por el camino.

Consultó la hora en su reloj: faltaban tres minutos para las diez de la mañana. Había elegido llevar a cabo su plan a media mañana, entre otras cosas, para aprovechar las horas de más actividad del hotel; de noche había demasiado silencio, lo que podía hacer demasiado audibles los ruidos en los conductos internos del edificio, con el consiguiente riesgo de alertar a los concienzudos guardaespaldas de Galgani. A las diez de la mañana, sin embargo, el hotel se encontraba en plena efervescencia: los pasillos estaban inundados con el ruido de las aspiradoras, los carritos de la ropa sucia y el trajín de los huéspedes que debían abandonar sus habitaciones antes de las doce, además de los huéspedes ocasionales que pudiesen llegar a esas horas. No se podía decir que la ocupación del hotel fuese muy alta, ya que era obvio que los de Partinello se habían asegurado de dejar vacías gran parte de las habitaciones, pero era verano, temporada alta, y en La Madrague seguía habiendo bastante actividad por las mañanas.

El reloj marcó las diez en punto. Radu se encaramó al conducto de ventilación, cuya rejilla de acceso descansaba en el suelo desde hacía rato. No se trataba de una maniobra fácil, ya que en el

interior de aquel tubo rectangular no había espacio suficiente para valerse de los brazos, pero ya la había ensayado durante la tarde del día anterior. Subiéndose encima del mueble del televisor, y después encima del propio aparato, quedaba a la altura justa para abocar el tubo de ventilación con tan solo inclinarse en noventa grados hacia delante.

Accedió con los brazos totalmente estirados para luego clavar los codos en los laterales e impulsarse hacia el interior. Lo consiguió sin problemas, pero dos metros más adelante tenía que doblar una esquina hacia la derecha, lo cual ya no iba a resultar tan sencillo. El asesino necesitó de toda su pericia para vencer aquel obstáculo. Su cuerpo estirado ocupaba ya la práctica totalidad del espacio disponible, por lo que solo le quedaban unos centímetros para moverse. Consiguió apoyarse sobre su costado izquierdo y comenzó a acometer la esquina de manera parecida a como había entrado, doblándose a la mitad por la cintura. Pudo pasar los brazos hasta la altura de los hombros y después la cabeza fácilmente, pero no tenía sitio para pasar el tronco. Tuvo que retorcerse hacia delante y hacia atrás, una y otra vez, evolucionando centímetro a centímetro, hasta que consiguió colocar la cadera contra el canto de la esquina. Tenía la espalda tan doblada como le era posible, y en aquella posición sus pulmones estaban tan comprimidos que le era difícil respirar; además su propio cuerpo bloqueaba la luz que venía de la habitación, por lo que estaba completamente a oscuras. Era el momento más crítico de la infiltración —si se dejaba llevar por el pánico, sus músculos se agarrotarían y sería incapaz de salir de allí—, pero no estaba nervioso. Llevaba toda su vida trabajando su físico y sabía que era capaz de proezas mucho mayores. Clavó los codos con fuerza en los laterales, intentó doblarse un poco más a pesar del dolor que comenzaba a atenazarle la espalda y el abdomen, apoyó los pies firmemente en la pared del conducto y empujó hacia adelante con todas sus fuerzas valiéndose de brazos y piernas.

Respiró hondo al conseguir pasar la cadera por la esquina y poder estirarse de nuevo; lo más difícil estaba hecho, pero no podía parar a felicitarse por ello. Reptó durante lo que calculó que serían unos cinco metros, progresando muy lentamente mientras palpaba el metal a su paso, antes de que sus uñas dieran con lo que estaba buscando: una junta entre dos secciones de tubo.

En la manga del traje había guardado lo que anteriormente había sido una percha de alambre, del tipo de las que utilizan en las tintorerías, la había estirado y doblado a la mitad para guardarla contra su antebrazo; la sacó y dobló ligeramente uno de los extremos en forma de gancho. Valiéndose de aquel utensilio, le fue muy fácil enganchar la cuerda que tenía atada el tobillo y tirar de ella hasta que pudo coger la bolsa y ponerla a su alcance —de otra manera no hubiera podido llegar con la mano hasta el tobillo en aquel espacio tan estrecho—. Extrajo de la bolsa un cincel y un martillo, así como una pequeña barra de uña; colocó el cincel en la junta y golpeó cuidadosamente con el martillo, procurando hacer el menor ruido posible. La chapa de aluminio se abrió al segundo golpe. Repitió el mismo proceso en varios puntos por todo el perímetro de la junta. Después utilizó la barra de uña para apalancar la chapa hacia dentro; el aluminio se dobló con facilidad. Radu extrajo la pequeña linterna de la bolsa y examinó su trabajo: la sección de tubo que tenía ante sí se había desprendido completamente de la sección en cuyo interior se encontraba; solo necesitaba empujarla con las manos hacia abajo para que se soltase del todo. No necesitó aplicar mucha fuerza para conseguirlo, pero no fue lo bastante hábil y el tubo se le escurrió de las manos al desprenderse. El ruido que produjo al caer estuvo a punto de hacer que se le parase el corazón.

Se quedó quieto en la oscuridad, sin atreverse a mover un músculo, mientras se concentraba en

captar el mínimo murmullo que le indicase que alguien más había oído el ruido. No escuchó nada. Cerró los ojos e intentó controlar su respiración; sentía el corazón como una locomotora en el pecho. No había más de un metro desde donde había caído el segmento de tubo rectangular hasta el suelo de la galería. Aunque para Radu había sonado como la campana de una catedral, en realidad no había hecho tanto ruido.

Una vez recuperada la serenidad, Radu descendió del conducto de ventilación. Se hallaba en una de las galerías interiores del hotel. Por suerte para él, el edificio tenía unos años ya y se había construido antes de que llegase la moda del pladur y los falsos techos. Al iluminar con la linterna a su alrededor, no tardó en descubrir las tuberías del agua, así como los cables de la instalación eléctrica; todos discurrían por la galería de canalizaciones, paralelamente a los conductos de ventilación. Gateó unos metros hacia delante hasta dar con la pared y miró hacia arriba. Tal como indicaban los planos, la galería subía desde el sótano hasta el tejado del edificio, ramificándose en cada piso. Radu sonrió al identificar el color cobrizo de la tubería del gas. La Madrague, al igual que muchos otros hoteles de aquel tamaño, se surtía de agua caliente mediante un cuarto de calderas prefabricado que estaba instalado en la azotea del edificio y se alimentaba por gas natural. La tubería del gas subía por aquella galería desde la acometida del subsuelo hasta la azotea.

El asesino comenzó a ascender por el hueco, el cual era lo bastante estrecho como para trepar por él con la espalda apoyada en una pared, los pies en la de enfrente y ayudándose de las manos en los laterales. También podía utilizar las tuberías como apoyo, por lo que subir los dos primeros pisos no le supuso ningún esfuerzo.

Los corsos mantenían a su líder bajo estrecha vigilancia, de modo que era imposible acercarse a él directamente, pero ese mismo celo había sido el que ayudó al asesino a localizar la habitación de Galgani: el cerco que mantenían los de Partinello alrededor de la habitación 406 era demasiado obvio como para haberlo pasado por alto, incluso durante su primer reconocimiento del hotel. Los corsos seguramente habían elegido aquella habitación por estar cerca de las escaleras de servicio, lo que les permitía evacuar con rapidez a su líder en caso necesario, pero ni siquiera ellos habían sido lo suficientemente meticulosos como para darse cuenta del punto débil que aquello suponía. El propio Radu lo había descubierto por casualidad en casa del difunto Jean-Jaques Ferron mientras intentaba descifrar el laberinto de líneas de los planos del edificio.

Tras unos metros más de ascensión, el asesino alcanzó la intersección de la galería ascendente con su correspondiente ramificación del cuarto piso, o lo que era lo mismo: se encontraba justo encima de la habitación 406.

Radu se puso a trabajar de inmediato. Tenía por delante la parte más laboriosa de su plan. Se internó unos cinco metros en la galería de canalizaciones del cuarto piso, sacó un rollo de plástico para embalaje y, valiéndose de un flexómetro para ajustar la medida que necesitaba, cortó dos trozos con unas tijeras. A continuación, extrajo un rollo de cinta adhesiva y los empalmó para crear un trozo lo bastante grande como para cubrir la sección de la galería. Hecho esto, fue cortando más fragmentos de plástico de embalaje y comenzó a forrar todos los huecos que quedaban entre las tuberías y la pared y sobre el conducto de ventilación, rellenándolos con más fragmentos de plástico y pegándolos con la cinta adhesiva. Por último fijó el primer trozo que había preparado al perímetro de la galería, taponándola. No era tan sencillo como pudiera parecer, ya que el plástico era frágil y las tuberías y conductos de ventilación dificultaban su

tarea. Al cabo de un cuarto de hora de duro trabajo, dio la galería por sellada.

El asesino inspeccionó minuciosamente los posibles puntos débiles entre las uniones a la luz de su linterna. Suponía que no serían tan perfectas como parecían y que seguramente hubiese pequeños agujeros entre ellas por donde se colase algo de aire, pero aun así quedó bastante satisfecho con el resultado. Después volvió a empalmar dos grandes trozos de plástico para cerrar el hueco de la galería ascendente, justo a la altura de la ramificación. Este segundo tapón resultó incluso más laborioso de colocar, ya que había algunas zonas a las que le era difícil acceder, pero gracias a la práctica recién adquirida con el primero, pudo terminar de ponerlo en poco más tiempo.

Radu sudaba profusamente. Hacía un calor infernal en aquellas galerías, y su vestimenta de *lycra* no ayudaba, pero ya solamente le quedaba una cosa por hacer.

Norberto Vidal le había enseñado años atrás lo útiles que podían ser en su oficio unos mínimos conocimientos de electrónica. No hacía falta ser un experto para inutilizar alarmas y sistemas de seguridad rudimentarios, ni tampoco para fabricar artefactos explosivos temporizados, que eran una de las especialidades del uruguayo. El dispositivo que había montado Radu durante la noche era incluso más sencillo: constaba únicamente de una batería, un temporizador y una resistencia de micron —material cuya existencia desconocía hasta el día anterior, cuando había consultado en Internet las opciones para construir un encendedor electrónico casero—. Mientras buscaba en la red, no pudo evitar acordarse de nuevo del que había sido su mentor. El Jaguar habría llegado a ser un experto en explosivos temible de haber tenido acceso en su juventud a semejante fuente de datos; nunca debía menospreciarse el poder de la información.

Presionó el botón de encendido de su artefacto casero y lo depositó en el suelo de la galería, donde calculaba que estaría el centro de la habitación 406. Sacó el último objeto que había metido en la bolsa, un pequeño berbiquí de mano, y colocando la punta sobre la tubería del gas, lo golpeó un par de veces para hacer una pequeña muesca sobre la que poder taladrar. La tubería era de cobre, por lo que la broca de acero del berbiquí se abrió paso a través de él con facilidad; pronto comenzó a sentir el penetrante olor a gas. Hecho esto, recogió todo el material de nuevo en su bolsa y comenzó el viaje de regreso hasta el segundo piso.

Durante el descenso se esforzaba por encontrar puntos débiles en su plan, como hacía siempre. Se había informado de que el gas natural era más ligero que el aire y que tendía a ir hacia arriba, razón por la que no se había molestado en poner otro tapón en el tramo descendente de la galería. No estaba seguro de que una resistencia incandescente provocase la ignición del gas, por lo que había enrollado un pañuelo de papel alrededor del hilo de micron; era seguro que el pañuelo ardería al contacto con el hilo incandescente, lo que provocaría la explosión. El encendedor casero era demasiado simple como para fallar —lo había probado y funcionaba a la perfección—, y había programado el temporizador para que esto ocurriese a las cuatro y diez de la madrugada. Radu no entendía de gases, pero estaba seguro de que para entonces la bolsa de gas acumulada sería suficiente como para volar la habitación 406 junto con alguna de las habitaciones contiguas. Como mínimo.

Por las fotografías de explosiones de gas natural que había visto, no le cabía duda alguna de que aquella sería letal para todos los ocupantes de la habitación, si es que no terminaba siéndolo para todos los del edificio. Con todo ello, había una probabilidad de que no consiguiese su

objetivo; siempre, en todos los planes, existía esa probabilidad. Radu lo sabía muy bien, como sabía que debía cuidar siempre hasta el último detalle para reducir ese porcentaje de error hasta el mínimo posible. Por eso era el mejor en su trabajo.

Por ejemplo, podían descubrir la fuga de gas durante el lapso de diecisiete horas que transcurrirían hasta el momento de la explosión. El olor siempre podía acabar filtrándose por alguna grieta en los conductos de ventilación, pero no había detectado ninguna, y la bolsa de gas estaba bien delimitada, o así lo esperaba Radu; era prácticamente imposible que el poco gas que pudiese escaparse a través de los tapones fuera detectable en el interior del hotel. Le preocupaba sobre todo que los clientes comenzasen a quejarse por falta de agua caliente en las duchas, pero confiaba en que aquellos dos pequeños orificios que había practicado en la tubería no llegasen a mermar tanto el suministro de gas hasta el punto de que la caldera dejase de funcionar correctamente, y, en caso contrario, le parecía improbable que se dieran cuenta de ello hasta la mañana siguiente, cuando habría mayor demanda de agua caliente.

Existía también la posibilidad de que, aunque todo fuese bien y la explosión se produjese a la hora correcta, Barthélémy Galgani no se encontrase en su habitación en ese momento. No tenía razones para pensar que el gran hombre pasaría aquella noche fuera, y, en caso de hacerlo, tenía monitorizado su coche mediante GPS —o, al menos, el coche en el que consideraba más probable que se desplazase—, por lo que, si aquello ocurría, Radu esperaba saberlo con antelación para detener el temporizador. En el tiempo que llevaba vigilándole, Galgani nunca había trasnochado hasta tan tarde. Si durante la siguiente madrugada el corso no estaba durmiendo en su habitación, sería cuestión tan solo de mala suerte.

Atravesar de nuevo el conducto de ventilación no le resultó más fácil que la primera vez. Utilizó la misma técnica para salvar la esquina del conducto, pero al hacerlo sintió una fuerte punzada en la espalda. Tuvo que apretar los dientes y tratar de ignorar el dolor mientras hacía fuerza con todo su cuerpo para impulsarse hacia adelante. Cuando lo consiguió y se encontró de vuelta en su habitación, constató que se había hecho daño de verdad. Seguramente no fuese más que una contractura leve, pero, al desvestirse, notó que un dolor intenso a la altura del omoplato izquierdo le impedía estirar el brazo hacia atrás. Si aquel era el último sacrificio para acabar con aquel maldito contrato, pensaba el asesino mientras hacía las maletas para abandonar el hotel, sería un precio pequeño.

Radu cruzó el *hall* del Hôtel La Madrague con su equipaje a las doce y diez del mediodía. Mientras esperaba para pagar su estancia en el mostrador de recepción, dos de los hombres de Galgani entraron por la puerta principal. El asesino reconoció a uno de ellos de inmediato: era el mismo corso que le había pateado enfrente del hotel; aún llevaba el moratón de recuerdo en el muslo. Los dos hombres le miraron al pasar y él se permitió saludarlos con una sonrisa; por supuesto, no había manera de que le reconocieran. El rumano con el que habían tenido el altercado iba sucio y andrajoso: su pelo, grasiento y alborotado, era de color castaño oscuro, y llevaba varios días sin afeitarse. Virgil Tzuica, por el contrario, iba impecablemente vestido, lucía una cuidada perilla color azabache y su pelo, del mismo color, estaba elegantemente peinado con gomina. Radu siempre llevaba consigo una pequeña provisión de postizos y productos de caracterización; los tintes y demás cosméticos comunes prefería adquirirlos sobre el terreno. Le hubiese gustado arreglar cuentas con aquel matón, pero no iba a ser posible..., aunque quizás, con un poco de suerte, se encontrase en las inmediaciones de la habitación 406 a las cuatro y diez

minutos de la madrugada.

XXXIV

Hasta donde alcanzaba su memoria, Angélique Giraudon siempre se había sentido mucho mayor de su verdadera edad. Desde muy pequeña había tenido la sensación de que su infancia se hubiese escapado cuando ella no miraba, y con el tiempo, al mirar hacia atrás, sus años de vida siempre le parecían demasiado escasos para soportar todo el peso de sus vivencias. Casi toda la gente que conocía solía quejarse de la rapidez con que se les pasaba el tiempo; para ella era exactamente lo contrario: sus días parecían transcurrir lenta y agónicamente. A Angélique no se le escapaba la ironía de que la eterna jovencita, la mujer cuyo rostro no acusaba el paso de los años, se sintiese tan vieja por dentro. Tal vez fuese esa la causa de que le resultase tan extraña aquella sensación.

Aquella tarde de junio, mientras espiaba a Santiago Matesanz desde detrás de las moreras del parque François Billoux, se sentía verdaderamente como una cría, como una adolescente que, a escondidas, observa al chico que le gusta sin atreverse a decirle nada. Pero en realidad no se trataba de eso; no era que Santiago le interesase sentimentalmente, o, al menos, estaba casi segura de que no. No, el sentimiento que le inspiraba el Segador era de una índole completamente distinta; tal vez se trataba de su instinto maternal, frustrado tras haber cumplido los cuarenta sin tener hijos, el que se había rebelado de repente, haciéndole sentir la necesidad de proteger a aquel chico. Aquel chico que era apenas cuatro años más joven que ella y con el que sabía, demasiado bien, que no le convenía trabar amistad. Y a pesar de todo, allí estaba, espiándole, escondida como una colegiala, avergonzada tras su último encuentro e incapaz de reunir el valor necesario para hablar con él. No recordaba haberse sentido jamás de aquella manera.

Santiago Matesanz estaba sentado en un banco, echado hacia atrás con los brazos abiertos sobre el respaldo y un cigarro en su boca, disfrutando de los últimos rayos de sol de la tarde, a pesar del viento del oeste que azotaba insistentemente su cara. Tenía los ojos cerrados tras las Ray-Ban oscuras, pero sus sentidos se encontraban lejos de estar dormidos; demasiados años vigilando sus espaldas como para que su naturaleza le permitiese relajarse del todo. Su oído podía identificar perfectamente el sonido de unos pasos que se acercaban y distinguir cuándo pasarían cerca, simplemente, y cuándo se dirigirían directamente hacia él. Por ello inclinó la cabeza hacia atrás para descubrir a Angélique Giraudon a su espalda. No se molestó en saludarla.

—¿Puedo sentarme? —preguntó la mujer.

—El parque no es mío —contestó él, que ya no la miraba, pues había vuelto a mirar hacia adelante, al tobogán donde jugaban unos niños.

Ange tomó asiento a su lado, prendió un cigarrillo y se quedó mirando en la misma dirección que él. Los niños habían comenzado a pelearse y estaban formando un gran revuelo, para disgusto

de sus madres.

—Quiero pedirte perdón por lo del otro día —dijo finalmente—. No debería haber sacado aquel tema, lo siento.

—No pasa nada —respondió el Segador sin mirarla—. Está olvidado. —No se molestó en preguntarle cómo había dado con él; no le había dicho a nadie que se iba a dar una vuelta, ni tampoco sabía que iba a acabar sentado en el parque cuando había salido de La Madraque, por lo que resultaba obvio que la mujer le había seguido desde el hotel.

—De verdad, quiero que me perdones —insistió ella—. Me jodería que pensases que soy una cotilla y una morbosa; solo quería que supieses el aprecio que muchos le teníamos y el buen recuerdo que guardamos de él, nada más. —Esperó una respuesta de Santiago, pero este permaneció callado—. Pensé que te gustaría saberlo —añadió con voz queda.

—Pues no —contestó él, y escupió la colilla del cigarrillo, que había mantenido entre los labios desde el inicio de la conversación.

Durante un rato ninguno de los dos dijo nada. Ambos miraban cómo las madres de los chiquillos del tobogán detenían la trifulca, reprendían a sus respectivos hijos e incluso les propinaban algún que otro cachete. Los niños gritaban, se señalaban unos a otros y algunos, los que más habían recibido, lloraban desconsoladamente. Ange sonrió cuando detectó que varias madres parecían más pendientes de Santiago que de disciplinar a sus retoños.

—La chica del vestido azul no te quita ojo —le dijo—. A lo mejor quiere que le alegres el sábado.

Matesanz resopló.

—Por mí puede mirar lo que quiera —dijo—; además, les tengo alergia a los críos.

—Ya —contestó ella con una sonrisa. El Segador seguía haciéndose el duro, pero había comenzado a ablandarse. Sabía que a todos los hombres les gustaba que los mirasen; era algo que, inevitablemente, excitaba su ego. En algunos sentidos, pensaba Ange, sí que se cumplía el viejo refrán de que todos los hombres son iguales—. ¿Y qué tal te llevas últimamente con Chjara? —continuó.

Él se encogió de hombros antes de responder con un gruñido.

—Bien, ¿por qué?

—No sé, creo que antes erais muy amigos, ¿no?

Santiago se quitó las gafas de sol y miró a la mujer muy serio.

—¿Por qué dices eso? —Su voz sonó gélida como el hielo, pero Angélique se rio.

—Fígaro no tiene secretos para mí, querido mío, y además hay cosas que saltan a la vista para una mujer de mi edad. Me di cuenta de que había algo entre vosotros la primera vez que te vi hablar con ella.

—Hubo algo pero ya no lo hay —contestó él con evidente mal humor—, ni lo habrá nunca más. Chjara es una mujer casada y Fígaro un viejo chocho y bocazas.

—Pues es una pena, porque en esa rabia se te nota que sigues loquito por ella. Disimulas muy mal, Santi, eres demasiado transparente.

Él no contestó, solo desvió la mirada y apretó los dientes con fuerza. Sentía ganas de gritar, de romper algo, de pegarle a alguien. El que la amante de Galgani se hubiese enterado de lo suyo con su hija era lo último que le faltaba. Maldijo a Fígaro para sus adentros.

—Ya te he dicho que Chjara está casada —dijo finalmente—; y encima, es la hija de nuestro

amiragliu. —Clavó una mirada furibunda en Ange—. ¿A ti qué hostias te pasa conmigo? ¿Te gusta tocarme los cojones?, ¿no hay más gente para ir a tocárselos?, ¿tengo que ser siempre yo o qué pasa? —dijo con voz colérica.

La mujer no se inmutó. Se limitó a poner su mano derecha sobre la rodilla del hombre.

—No te lo digo para tocarte los cojones, Santi —dijo serenamente—. Te lo digo porque creo que te mereces ser feliz, y también la pequeña Chja. Ya habéis perdido demasiado tiempo. No perdáis el que os queda, que en nuestro mundo nunca se sabe cuánto será.

El Segador sintió que enmudecía de repente. La rabia de su interior se desvaneció súbitamente para dar paso a otro sentimiento que conocía demasiado bien, y que se asemejaba a un fuerte dolor en el pecho, solo que mucho más profundo. Era un dolor que le atravesaba hasta el alma.

—¿Qué importa que esté casada? —continuó Ange—. Hoy en día hay soluciones para eso, aunque no se divorcie puede separarse. Lorenzo quedaría encantado, ella le trata como un trapo al pobre chico. Para él sería una liberación; es un cielo de hombre, no se merece aguantar lo que aguanta.

—Claro —dijo Santiago con voz ronca—, seguro que el gran Barthélémy Galgani estará encantado también.

—¡Pues si a Barthélémy no le gusta, tendrá que joderse y aguantarse! —exclamó la mujer súbitamente enfadada—. ¿Qué piensas que va a hacer?, ¿que te va a matar? No es tan idiota. Chjara va camino de los cuarenta, su matrimonio es un fracaso y a ella le va muy bien con sus negocios; en realidad ya no necesita a su padre para nada. Barthélémy tiene que darse cuenta de una vez de que no puede controlar la vida de sus hijos para siempre; y si él no lo descubre por sí mismo, no te preocupes, que ya me encargaré yo de que se entere.

El Segador no sabía qué responder. Suponía que, en parte, Angélique tenía razón, pero no se atrevía a considerar siquiera que lo que ella decía fuese posible. Había tratado con los corsos durante demasiados años como para no saber la manera en que trataban los asuntos de familia. Por mucho dinero que Chjara ganase con sus negocios, por mucho éxito que tuviese y muy independiente que quisiese ser, jamás quedaría libre de sus obligaciones familiares. Ninguno de los dos quedaría libre jamás de la cofradía de Partinello.

—Tengo que volver al hotel —dijo finalmente, con intención de dar por terminada la conversación—. ¿Vienes conmigo?

—Claro.

Se levantaron del banco y emprendieron el camino de vuelta a La Madrague atravesando el parque François Billoux.

Estaban abandonando la sombra de los últimos árboles, que bailaban al compás de las furiosas ráfagas de viento, cuando la mujer se dirigió de nuevo a Santiago.

—No dejes pasar tu vida siendo desgraciado, Santi, hay que luchar siempre por ser feliz. No tengas miedo a arriesgarte cuando la recompensa merece la pena. Muchas veces buscamos excusas para no lanzarnos a conseguir lo que más queremos. Creo que eso es lo que te pasa a ti. —Él no contestó. Ange supo que no obtendría ninguna respuesta más, de modo que decidió dejar definitivamente el tema—. No olvides que me tienes a mí, que estoy de tu lado —le dijo con una sonrisa, al tiempo que le dedicaba un par de cariñosas palmadas en el brazo.

Continuaron caminando juntos bajo la luz del atardecer, en silencio. No volvieron a cruzar palabra mientras cruzaban los bulevares del viejo barrio de La Cabucelle, con sus estrechas

aceras de losas desgastadas, sus muros de color blanco y sus casitas de dos y tres plantas, en medio de las cuales se levantaban pequeños grupos de árboles aquí y allá. Santiago apenas había tenido tiempo para pasear por Marsella desde que había vuelto. Su relación con su ciudad natal había sido tumultuosa como poco: la mayor parte de sus mejores y sus peores recuerdos estaban ligados a aquel antiguo enclave portuario. En aquel momento, mientras caminaba por esas calles tan familiares, su mente no podía dejar de pensar en Chjara; los mejores recuerdos que tenía de Marsella, aparte de los que pertenecían a los nebulosos años de su infancia, eran los de momentos compartidos con Chja, con Berto, o con ambos a la vez. Su memoria atesoraba aquella época, a pesar de todo, como la más feliz de su vida.

Recordaba con tanta nitidez como si hubiese ocurrido el día antes la primera vez que había besado a Chja o, más exactamente, la primera vez que la hija de Galgani le había besado a él. Habían estado cenando en Toulon, en un restaurante muy pequeño, pero que a Santiago le gustaba mucho; lo había descubierto por casualidad en una de sus primeras salidas con Alberto. Habían estirado tanto la sobremesa que el dueño del local tuvo que pedirles, con gran amabilidad y no poca turbación, que fuesen terminando sus consumiciones, ya que tenía que cerrar.

Era más de medianoche, pero Chjara no parecía tener intención de volver a casa aún; le insistió tanto en ir a tomar una copa a la Pointe Rouge que él acabó por acceder. Quería evitar a toda costa dejarse ver con la hija de Galgani por Marsella, pero el vino había minado su voluntad. Además, la Pointe Rouge quedaba en las afueras, era una zona que no solía frecuentar y donde nadie le conocía. Tomaron un par de copas y después Chjara le convenció para dar un paseo por el Anse de la Vieille Chapelle, que era la playa preferida de la joven. Fue allí donde ella le besó.

La única persona que supo de boca del Segador lo que había pasado con la hija del *amiragliu* fue Alberto Capdevila. Este no solo se alegró por su amigo, sino que lo animó a seguir viéndose con ella.

—Tendrás que rematar la faena —le había dicho maliciosamente—, estás muy mayor para andar dándote besitos con las chavalas sin más.

Santiago se había reído de aquella insinuación, pero lo cierto era que se moría de ganas por citarse de nuevo con Chjara. No tardó en volver a quedar con ella, como tampoco tardó en invitarla a pasar la noche con él en un discreto hotelito de Istres.

El *sceffu*, que en los últimos tiempos se había volcado en su trabajo para la organización como una manera de olvidar sus problemas personales, comenzó a delegar parte de sus obligaciones a medida que su relación con Chjara iba tomando forma. Intentaban verse al menos una vez por semana, siempre a escondidas, y siempre tan lejos de Marsella como les era posible. Santiago comenzó a pasar sábados e incluso fines de semana enteros fuera de la ciudad; incluso reunió el valor suficiente para viajar a Barcelona a visitar a su familia. Marta y Élodie lloraron de alegría al reunirse con el hijo pródigo, que no pudo evitar derramar unas lágrimas de emoción también. Con Chjara a su lado se sentía más fuerte, más seguro, capaz de cosas que no creía haberse atrevido a hacer él solo, como el hecho de volver a enfrentarse a su madre y a su hermana.

Durante sus ausencias, Matesanz solía dejar que Jaime Castilla y Alberto se ocupasen de todo. El joven Capdevila estaba aprendiendo con mucha rapidez, comenzaba a desenvolverse con soltura en la ciudad, como era habitual en él, y era lo bastante inteligente y prudente como para que el Segador le confiase parte de sus asuntos. Después de todo, Castilla y, principalmente, Berto eran sus mejores amigos, con los que pasaba casi todo el tiempo y los que mejor sabían

cómo pensaba. Por tanto, no podía haber para Santiago nadie más indicado para tomar decisiones en su nombre. No le decepcionaron. Los catalanes demostraron que podían llevar el negocio con seriedad y eficacia en ausencia de su jefe, y las ganancias no acusaron las ausencias del Segador; más bien al contrario: desde que Alberto se había unido a ellos, el grupo ganaba más dinero que nunca. Había aspectos del negocio, sin embargo, que Santiago no podía dejar en manos de sus subalternos. Al menos, no en manos de Berto.

Aunque no tenía rival en su terreno, el catalán adolecía de ciertas limitaciones, como se haría evidente poco antes de cumplir su primer año al servicio de la organización. Ocurrió a raíz de una visita por sorpresa de Gheraldu Luporsi al Hôtel Club Saphir. El *capitanu* se presentó en el local pasadas las doce de una noche de marzo, y Matesanz supo de inmediato que se trataba de algo grave: Luporsi no se hubiera dejado caer por allí a menos que lo fuese. No se equivocaba. Un amigo de la cofradía tenía problemas graves, nada menos que un consejero general del departamento Bouches-du-Rhône. Al parecer, un miembro de la fiscalía de Marsella había encontrado pruebas de su relación con los corsos y parecía dispuesto a levantar la liebre. Luporsi se había comprometido personalmente con el consejero a solucionar el problema de manera rápida y discreta, y había elegido al Segador para ello.

Santiago puso a trabajar a todos sus hombres de inmediato. Les ordenó averiguar todo lo que pudiesen sobre el individuo en cuestión, y sus chicos no tardaron ni veinticuatro horas en reunir dicha información: Florent Landreu, de cuarenta y siete años, era un ambicioso miembro del Ministerio Fiscal que aspiraba al puesto de procurador general de Marsella. El destapar un caso de corrupción como aquel, en pleno seno del Consejo General del departamento, equivalía a meterse el puesto en el bolsillo, por lo que no era probable que el señor Landreu accediese a dejar correr el tema a cambio de favores. No se sabía que el fiscal hubiese aceptado sobornos alguna vez, ni que frecuentase compañías poco recomendables. El *sceffu* decidió que no había tiempo para intentar un chantaje: había que darle un buen susto a Landreu, y rápido.

Alberto había averiguado que la hija de quince años del fiscal practicaba hípica; su padre la llevaba a una escuela de equitación tres veces por semana, siempre a las seis de la tarde, y volvía a recogerla sobre las ocho. Dicha escuela se encontraba en las inmediaciones de La Treille, en una finca apartada a la que se llegaba por una carretera poco transitada. El catalán sugirió que esperasen a Landreu a medio camino mientras se dirigía a recoger a su hija.

—Muy buena idea, Berto —le había felicitado Santiago—, pero mejor todavía si le cogemos en el viaje de vuelta con la cría.

Así lo hicieron. Llovía ligeramente y era aún de día cuando avistaron el Land-Rover de Florent Landreu, que regresaba a su casa de Allauch por la carretera que había mencionado Capdevila. Yannick Casale, que se había hecho con un Suzuki Vitara para el trabajo, atravesó el vehículo robado en medio de la carretera al paso del todoterreno de Landreu. Detenido el Land-Rover, Santiago, Berto y Lisandru salieron de entre los arbustos junto a la carretera pistola en mano. El fiscal y su hija viajaban acompañados de un hombre de treinta y pocos años. Obligaron a Landreu a pasar al asiento de atrás mientras Santiago se ponía al volante y Alberto se colocaba junto a la chica. Sacaron los dos todoterreno de la carretera y se internaron en la campiña, hasta quedar fuera de la vista de los vehículos que pudiesen pasar por la zona. Una vez allí, sacaron a los tres rehenes del coche a empujones, Matesanz tiró al desconocido al suelo de un puñetazo y le puso la pistola en la frente.

—¿Y tú quién cojones eres? —le interrogó.

El hombre respondió, entre sollozos, que era el profesor de equitación de la chica, que volvía a casa con ellos porque vivía cerca y se le había estropeado la moto.

—Pues menuda putada —había dicho el Segador en tono lúgubre.

El fiscal, encañonado por Alberto, intentaba guardar la compostura, pero era evidente que estaba aterrizado. Santiago se dirigió hacia él y le propinó una bofetada.

—¡Ahora vamos a tener que cavar dos hoyos! —le gritó a un centímetro de su cara—. Uno para ti y otro para el profesor. —Señalaba a este último con la pistola mientras hablaba.

Sin previo aviso, sin mirar siquiera en su dirección, abrió fuego dos veces. Ambos proyectiles alcanzaron la cabeza del hombre, que murió en el acto. El silenciador de la pistola se encargó de ahogar el estruendo de los disparos.

—Pero tranquilo —continuó—, que a tu hija no la vamos a matar —se volvió hacia Lisandru, que estaba a espaldas de la chica sujetándola por los brazos, y le guiñó un ojo—. Sería un desperdicio: una chica tan mona, con lo bien que nos lo vamos a pasar con ella...

Lisandru había captado a su *sceffu*. Extendió la lengua por completo y comenzó a pasársela a la hija del fiscal por la cara, muy lentamente. La chica, que no había parado de llorar, rompió a chillar con todas sus fuerzas, pero el corso le tapó la boca con su mano derecha, al tiempo que le introducía la mano izquierda por debajo de la camisa y comenzaba a manosearle el pecho. Fue entonces cuando Florent Landreu, que había roto a llorar nada más presenciar la ejecución del joven, se derrumbó, literalmente; cayó de rodillas en el terreno encharcado por la lluvia, suplicando entre sollozos que dejaran a su hija, jurando a voz en grito que haría todo lo que le dijeran.

—No te lo cargues todavía, jefe —intervino Yannick—. Seguro que es mucho más divertido hacerlo delante del padre —dijo, y comenzó a quitarse el cinturón entre risas.

Fue en ese momento cuando el *sceffu* se fijó por primera vez en Berto: el catalán los miraba con los ojos desorbitados, estaba pálido como la nieve, y las comisuras de sus labios temblaban. Seguía apuntando al fiscal, pero la pistola se agitaba incontrolablemente en su mano. El Segador agarró a Landreu, que suplicaba lloriqueando como un niño, y le obligó a arrastrarse entre el barro hasta el cadáver del profesor de equitación. Asió las cabezas de ambos por la nuca y juntó sus caras con fuerza.

—¿Quieres acabar así? —vociferó. La sangre de la cabeza del joven impregnó el pelo y la frente del fiscal, que gimoteaba sin cesar, los ojos fuertemente cerrados—. ¡Abre los ojos! —gritó el Segador—. ¡Ábrelos antes de que lo pague con tu hija!, y mira los suyos, ¿los ves? Son los ojos de un muerto. ¡Está muerto!, ¡muerto!, ¿me oyes?, ¡¡muerto!! —le vociferaba al oído—. ¿Quieres acabar igual?, ¿quieres ser un cadáver? ¿Y tu hija?, ¿quieres que tu hija desee serlo?, ¿quieres que hagamos que tu hija desee estar muerta? —Florent Landreu era incapaz de articular palabra, hacía esfuerzos por respirar entre las lágrimas, al tiempo que movía la cabeza espasmódicamente a izquierda y derecha—. Bien, pues si no quieres que pase nada de eso, olvídate del consejero al que estás investigando —le susurró Santiago al oído—. Déjale en paz, ¿me oyes? No se te ocurra volver a molestarle.

El Segador y sus hombres volaban por la carretera en dirección a Marsella cinco minutos más tarde. Landreu había recibido instrucciones para reunirse con Yannick al día siguiente, llevando consigo toda la información que hubiese reunido acerca del amigo de Luporsi. También habían

aleccionado al fiscal sobre su declaración acerca de la muerte del profesor de equitación: tenía que decir que dos encapuchados habían asaltado el coche, lo habían sacado de la carretera y habían ejecutado al joven sin mediar palabra. La Policía pensaría que se trataba de un ajuste de cuentas con la víctima, y que Landreu y su hija se habían visto envueltos en el asunto por una desafortunada casualidad.

Las cosas habían ido bien, pero mientras que Yannick y Lisandru reían y se felicitaban a bordo del Vitara, Alberto no abrió la boca ni una sola vez en todo el trayecto. Una vez estuvieron a solas, de vuelta en el Saphir, Santiago quiso saber cómo se encontraba su amigo. Para su sorpresa, el catalán arremetió contra él. Le llamó psicópata y asesino, le recriminó la frialdad con la que había asesinado a un simple profesor de equitación, que no tenía nada que ver en todo aquello, así como la forma en la que había tratado a la chica.

—Ya no eres la misma persona —le dijo—. El Santi que yo conocía jamás hubiera hecho lo que has hecho tú esta tarde. Te has vuelto como ellos, un animal.

Matesanz trató de tranquilizarle, le explicó que no había tenido más remedio que acabar con la vida del profesor; era un testigo peligroso que les había visto las caras a todos y no podían parecer débiles ni dudar delante de Landreu. Tenían que demostrarle que no dudarían en matar a quien hiciese falta para proteger al consejero.

—Fue mala suerte —trató de convencerle—, estaba muerto desde el momento que nos vio las caras. Da igual que le hubiese perdonado la vida, Luporsi habría ordenado que se lo cargasen cuanto antes y yo estaría en una situación muy jodida ahora mismo. No fue culpa mía, fue lo que los militares llaman un *daño colateral*.

—¿Un daño colateral? —había gritado el catalán fuera de sí—. ¡Era una persona, Santi! ¡Una persona! Con amigos, con familia..., igual hasta con hijos, y tú te lo cargaste como si nada, sin mirarle siquiera. Igual que te cargaste a mis amigos en el Croix Rouge; ni siquiera te preocupaste por saber cómo se llamaban. —Su voz traslucía una mal disimulada nota de rencor—. ¿Y qué me dices de la chica? Si hubieses ordenado que la violasen, ¿también habría sido un daño colateral?

Santiago intentó explicarle que aquello no era más que un farol, que solo lo habían hecho para asegurarse de que Landreu cumpliría hasta el final, pero que bajo ningún concepto iban a hacerle daño a la muchacha. Le dijo que aquello habría ido en contra de las normas de la organización, que habrían firmado su sentencia de muerte si hubiesen abusado de la chica. Los corsos no eran unos animales sin escrúpulos, tenían unas normas, una ética... Pero Berto no quería escucharle.

—La única norma que respetan es la de enriquecerse a costa de la sangre de los demás —replicó—. Acabamos de asaltar a cara descubierta a un fiscal y a su hija menor de edad. ¿Crees que van a olvidar nuestras caras? Puede que Landreu sea procurador general dentro de poco. ¿Tú tienes media idea de lo que nos puede caer por esto?, ¿y a cambio de qué?

—A cambio de todo lo que tienes, Berto. Es nuestro trabajo. ¿O qué pensabas? ¿De dónde piensas que sale el dinero para tu cochazo, tus trajes y tus cenas? Es nuestro trabajo y tenemos el deber de hacerlo bien, Berto. Y este precisamente no podía hacerse con la cara tapada porque Landreu tiene que poder ponerle rostro a sus miedos; tiene que saber que somos reales, para que la próxima vez que nos vea agache la cabeza y sepa que está a nuestra merced. Tiene que respetarnos, Berto, y para eso hay que darle un rostro al que respetar. Las cosas son así, la cofradía trabaja así.

—¡Claro!, nosotros ponemos la cara, ¡y el culo también!; para que nos lo partan o nos lo metan

en chirona. Y todo por unas migajas. ¿Te has parado a hacer cuentas del dinero que vale toda la mierda que movemos? Aquí los que se están haciendo de oro son Galgani, Luporsi y los peces gordos felizmente sentados en sus tronos. A nosotros nos tienen en la calle con el culo al aire, esperando a que nos peguen un tiro para sustituirnos por otros *desgraciaos*. Les importamos una mierda, Santi. Una mierda es lo que somos para ellos, y nos tratan como tal.

Aquella noche Santiago decidió dejar la conversación. Mandó a su amigo a descansar, diciéndole que lo vería todo distinto por la mañana, cuando hubiese reflexionado sobre ello. Efectivamente, Alberto parecía más tranquilo al día siguiente. No volvieron a hablar sobre el tema; el Segador se conformó con hacerle una sola pregunta a su amigo.

—Berto —le dijo—, ¿alguna vez has disparado a alguien?

El catalán negó con la cabeza, el ceño fruncido.

—No me gusta hacerle daño a la gente —murmuró—. Era Gorka el que se ocupaba de eso.

El Segador no podía culpar a su amigo por pensar de aquella manera. Provenía de un mundo totalmente distinto, no había visto todo lo que había visto él, ni contaba con sus vivencias. Como bien había dicho el propio Alberto, Gorka le había evitado los aspectos más truculentos del negocio; por eso no se había endurecido lo suficiente. Aun así, Santiago no estaba seguro de que el catalán llegase a endurecerse algún día, no parecía que fuese con su carácter.

Una de las razones por las que Santiago se encontraba tan a gusto con Chjara era el hecho de que ella comprendía su mundo. La joven había nacido inmersa de lleno en él, se había criado jugando con pistoleros y asesinos. Tras la muerte de su esposa, Barthélémy Galgani se había negado a que su hija creciese en una casa vacía, con la sola compañía de una extraña que se encargase de ella por dinero, de modo que, como era tradición, había pedido a sus vecinos que cuidasen de la niña durante sus ausencias. La pequeña Chja pasó su infancia enlazando cortas estancias en casa de casi todas las familias de Partinello, en la mayor parte de las cuales había algún miembro de la cofradía, o lo había habido antes de que lo matasen. Conocía de cerca las historias de decenas de sicarios y de sus familias. En compañía de Chjara Galgani, Santiago podía ser él mismo: no necesitaba fingir ni mentir, podía contarle todos sus problemas, los malos tragos que le hacía pasar su trabajo; incluso podía hablarle de las personas a las que había matado. La chica no solo no se escandalizaba por ello, sino que era capaz de aconsejarle y consolarle. A diferencia de Berto, ella opinaba que era demasiado duro consigo mismo; trataba de aliviarle de sus remordimientos y de convencerle de que, a pesar de sus pecados, seguía siendo una buena persona. En cuanto a Alberto, la chica le había cobrado un gran aprecio. Después de todo, el catalán era el único que había apoyado al Segador en su relación con la hija del *amiragliu*, y también el que le había convencido de que no pasaba nada por que se viesen dentro de Marsella de vez en cuando, ya que ella mantenía una buena relación con muchos de los chicos de la organización, conocía a sus familias y visitaba sus casas, de modo que no había razón para que no pudiese tener una relación cordial con el Segador. Chjara apreciaba tanto al catalán que, a menudo, insistía para que quedasen los tres juntos. Siempre le sugería que acudiese acompañado de alguna chica, pero él siempre acababa apareciendo solo. No parecía que le importase, y tampoco necesitaban a nadie más para pasarlo realmente bien ellos tres.

A pesar de ello, tras contarle lo que había ocurrido con Landreu, Chjara aconsejó al Segador que no siguiese involucrando a su amigo en los asuntos de la organización; que siguiese valiéndose de Alberto para utilizar sus contactos, reunir información y mover mercancía, pero

nada más.

—La verdad es que no tiene lo que hace falta para llegar a ser miembro —le había dicho ella—. No lo será nunca, es inútil que siga haciendo méritos.

Santiago no podía negar que la chica tuviese parte de razón. Sin embargo, limitar las labores de Berto significaba también que este ganaría menos dinero, y él sabía bien lo mucho que le gustaba el dinero a su amigo.

De modo que las cosas continuaron más o menos como lo habían hecho hasta entonces, con la excepción de que, siguiendo en parte el consejo de Chjara, el Segador comenzó a apoyarse cada vez más en Jaume Castella para que le ayudase con el negocio, y cada vez menos en Alberto. Pronto se hizo evidente para todos que Castella era la verdadera mano derecha de Santiago, mientras que Capdevila no pasaba de ser un estrecho colaborador. Este último se daba perfecta cuenta de lo que ocurría, aunque jamás protestó por ello. Sabía que su pérdida de gracia se debía a su incapacidad para la violencia, por lo que pidió consejo al propio Jaume Castella. Aunque tal vez este no fuese el más indicado para ello: el pistolero estaba convencido de que el único problema de su compatriota era la falta de coraje.

—Métete un buen tiro de perico antes de la faena. —Fue lo que le dijo—, verás como se te pasa el miedo enseguida. Aparte de eso, fíjate en cómo lo hacen los demás, que no hace falta ser ningún genio para meter una *puñalá* por la espalda.

Así fue como, muy a pesar de su jefe, Alberto Capdevila comenzó a intentar granjearse fama de tipo duro. Trataba de convencer al resto de los chicos para que contasen con él si tenían que ajustarle las cuentas a alguien, y también le pidió a Santiago la oportunidad de demostrar que podía arreglárselas solo, pero este le conocía bien. Sabía que Berto no era capaz de enfrentarse con nadie medianamente peligroso, por lo que se limitaba a confiarle algún encargo fácil de vez en cuando. Le mandaba a amedrentar a individuos blandos, del tipo que le tenían demasiado miedo a la organización o al propio Segador como para atreverse a plantarle cara siquiera. Esto alimentó el ego del novato, que comenzó a creer que estaba endureciéndose realmente. Santiago dejó que se lo creyese, ya que sinceramente pensaba que a su amigo le hacía falta coger confianza en sí mismo, que eso podría ser un primer paso para aprender a desenvolverse en situaciones violentas. Tarde o temprano, Berto tendría que curtirse si quería sobrevivir en aquel negocio, si bien en cierta ocasión estuvo a punto de no conseguirlo.

Ocurrió que el más veterano de los hombres de Santiago, André Franchi, un corso delgado y enjuto de cuarenta y seis años, se dejó convencer por Alberto y permitió que le acompañase en un asunto rutinario. Se trataba simplemente de un par de yonquis que se dedicaban a atracar pequeños establecimientos a punta de navaja; el problema radicaba en que el barrio en el que actuaban era territorio de André, una cuestión de respeto que no podía dejar pasar. Ni siquiera había pensado en pedir ayuda, pero cometió el error de comentárselo de pasada a Berto mientras tomaban unas cervezas y este se ofreció enseguida a ayudarlo. La cosa se torció y el catalán acabó con dos puñaladas en el vientre. Santiago se enfureció. Quiso partírle la cara a Franchi, pero el veterano sabía defenderse; acabaron protagonizando una escandalosa pelea a la salida de cierto club de *striptease*, un local bastante frecuentado por hombres de la organización. Cuando se enteró de lo ocurrido, fue Luporsi el que estuvo a punto de partírle la cara a Santiago.

—¿Qué mierda de *sceffu* eres tú? —le había vociferado mientras Rachid se afanaba en sujetarle para evitar otra pelea—. ¿Crees que puedes pegarle al mejor de tus hombres porque el

pipiolo no sabe defenderse? ¡Para la próxima intenta pegarme a mí, subnormal!

El *capitanu* terminó por calmarse, pero a Matesanz le cayó una severa reprimenda igualmente. Era intolerable que un *sceffu* diese un trato de favor a uno de sus hombres, mucho más que arremetiese contra un miembro veterano de la organización a favor de un simple asociado. Objetivamente, Santiago no tenía nada que reprocharle a André Franchi: el novato se había ofrecido a ayudarlo, y si no era capaz de arreglárselas con un yonqui que empuñaba una navaja, significaba simple y llanamente que no valía y que debería haberse quedado en casa. Por suerte, las heridas de Berto no eran de gravedad y se recuperó pronto, pero el Segador, después de pedirle perdón públicamente a Franchi, prohibió a sus hombres que se valiesen de la ayuda de Alberto Capdevila sin consultarle. Había decidido que, si había una posibilidad de hacer de su amigo un miembro válido para la organización, él haría todo lo posible por ayudarlo a conseguirlo, pero entre tanto no volvería a dejar que se pusiese en peligro.

El tiempo pasaba, los años sucedían a los meses y la relación entre Santiago y Chjara se mantenía de manera irregular. Tan pronto pasaban semanas enteras sin separarse apenas — particularmente durante el verano, cuando solían escaparse juntos a algún rincón discreto del Mediterráneo—, como podían pasar un mes, dos o incluso más tiempo sin verse siquiera. Ninguno de los dos parecía a disgusto con esta situación, ya que parecía ser la única forma de seguir juntos, aunque solo fuese relativamente. Santiago jamás le preguntó a la chica si se veía con otros hombres; en realidad tampoco quería saberlo. Se conformaba con que Chja fuese discreta, lo suficiente como para que a él no le llegase ningún indicio de sus aventuras amorosas. Procuraba no pensar en ello. A su orgullo masculino le hubiese gustado que la chica solo tuviese ojos para él, pero, si lo pensaba fríamente, hubiese sido extraño que la joven no buscase consuelo en brazos ajenos durante sus ausencias. Después de todo, él también lo hacía, y carecía de la hipocresía necesaria como para exigirle a Chjara una fidelidad que él no mantenía. Aun así, cuando estaba con ella, era como si no existiese ninguna otra mujer en el universo..., y le gustaba pensar que ella sentía algo parecido.

El mayor miedo de Santiago durante aquella época era que se descubriese su relación con la hija del *amiragliu*. Durante mucho tiempo pensó que Castilla y Berto eran los únicos que lo sabían, ilusión que se desvaneció una magnífica tarde de agosto en Saint-Tropez.

La pareja llevaba viéndose algo más de dos años y estaba pasando un fin de semana en la exclusiva villa de la Riviera Francesa. Matesanz había salido a dar una vuelta mientras Chjara disfrutaba de una sesión de belleza en el hotel. Caminaba por el paseo de la playa, fumando un cigarrillo mientras contemplaba distraídamente la belleza de la bahía, cuando notó el contacto de una pesada mano en su hombro. Sintió que se le subía el corazón a la garganta cuando, al darse la vuelta, reconoció la imponente silueta de Fígaro. El guardaespaldas se mostró tan afable y amistoso como siempre; intercambió un par de frases de cortesía con él antes de preguntarle por la hija de Galgani. Santiago se quedó literalmente mudo, demasiado nervioso y confundido como para responder nada. Fígaro sonrió al notarlo.

—Mi deber es proteger al señor Galgani —dijo con voz pausada, como si se esforzara por hacer que Santi captase el mensaje—. No hay mejor forma de atacar a un hombre que a través de lo que más quiere. ¿Pensabas de verdad que yo no iba a saber dónde y con quién se va Chjara? No soy tan mal guardaespaldas. Proteger al señor Galgani significa proteger también a su hija, Santi. Él no necesita preocuparse por la pequeña, porque sabe que yo velo por ella. —El Segador fue

incapaz de articular respuesta alguna. Se limitaba a intentar mantener la mirada de Fígaro y a asentir de vez en cuando con la cabeza—. Yo estoy tranquilo porque sé que contigo estará bien. — Le puso su enorme mano sobre el hombro—. Eres un buen chico, la tratarás bien y cuidarás de ella, estoy convencido. De todos modos —dijo mientras se daba la vuelta para irse—, tal vez deberías ir pensando en marcharos de Saint-Tropez, porque el señor Galgani lleva aquí desde ayer.

Y se alejó caminando ante la mirada estupefacta de Santiago.

A partir de entonces, el Segador comenzó a sospechar que cualquiera podía saber lo suyo con Chjara. Se temía que, aunque ninguno de los dos se hubiese dado cuenta, media organización estuviese cuchicheando de ellos a sus espaldas. No tenía ni la menor idea de cómo podía saberlo Fígaro, pero lo que más preocupante le resultó fue que, tras contarle a la chica su encuentro con el guardaespaldas de su padre, esta no se mostró sorprendida en absoluto.

—Fígaro siempre se entera de todo —se limitó a decir—. No se le puede ocultar nada, parece que le lea la mente a uno. Pero no te preocupes —continuó la chica con una sonrisa maliciosa—, tú siempre le has caído muy bien.

Aquello al menos parecía ser cierto. El guardaespaldas de Galgani solía mostrarse siempre hierático, incluso hosco y malhumorado, pero a Santiago siempre le trataba con gran amabilidad, al igual que Chjara sostenía que el grandullón siempre había sido cariñoso con ella.

—Es toda una suerte —le había respondido él, que no quería ni pensar en lo que podía haberle sucedido de haberle caído mal a Fígaro.

Por la misma época, la relación con su amigo Alberto Capdevila fue volviéndose más complicada. El catalán seguía teniendo un don natural para soltarle la lengua a la gente; no importaba si se trataba de hombres o de mujeres, siempre conseguía enterarse de todo a través de sus contactos. Tres años después de haber llegado a Marsella, comenzaba a recibir información privilegiada con regularidad, y empezó a hablarle a Santiago sobre golpes fáciles y lucrativos. «Dinero que está ahí, esperando a que lo cojamos», decía él; y aunque al principio no le hacía caso, Berto le demostró que su información era tan real como detallada en tantas ocasiones que el Segador empezó a informar a Luporsi a su vez. Según las normas de la cofradía de Partinello, ninguno de sus miembros podía organizar un golpe por su cuenta sin informar a su inmediato superior, ni tan siquiera un *sceffu* como Matesanz, por muy pequeña que fuese la operación. Se trataba de evitar atraer atención innecesaria sobre la organización, por lo que infringir aquella norma significaba una sentencia de muerte.

A Luporsi le gustó el primero de los planes que le expuso Santiago, que consistía en la interceptación de un importante envío de joyas. Disponían al detalle del itinerario, el horario previsto y las medidas de seguridad del transporte; era tan fácil que la organización tardó menos de veinticuatro horas en dar luz verde para el golpe. El grupo del Segador, conocido por entonces en la cofradía como *el grupo español*, debido a la presencia de Castella, Capdevila y el propio Matesanz, se encargó de planificar, preparar y ejecutar el golpe. Todo salió según lo previsto. Las joyas fueron entregadas a la organización y el *sceffu* recibió de inmediato la recompensa en metálico para repartirla entre sus hombres. Jaume, André, Yannick, Lisandru y Santu lo celebraron como si les hubiese tocado la lotería, pero Alberto puso el grito en el cielo. A pesar de que su parte era la mayor de todas, al catalán no le pareció suficiente, ni mucho menos.

—¡Nosotros nos lo curramos todo! —había gritado furioso—. ¿Para qué?, ¿para llevarnos una

mierda de limosna? Te juro que es la última vez que muevo un dedo por los putos corsos; ¡que se busquen la vida ellos!

—¡Pues acuérdate para la próxima! —fue la respuesta del Segador—. Aquí las cosas se hacen así o no se hacen. Hay unas normas y las tenemos que cumplir todos; tú no eres ninguna excepción. ¿Está claro?

Santiago comenzaba a perder la paciencia con su amigo, que nunca parecía contento con nada. Nunca tenía suficiente dinero; se lo gastaba todo en coches, ropa y mujeres, y últimamente también en juergas y en drogas, consecuencia de haberse juntado con Jaume Castella. Ambos catalanes compartían los mismos vicios. Berto, que al principio parecía tener bajo control su adicción a la cocaína, había empezado a ponerse cada vez más a menudo, habitualmente en compañía de Castella. Ya no solo consumía ocasionalmente, estando de fiesta, sino que buscaba a través de la droga el valor que le faltaba para enfrentarse a su realidad.

Y era que Alberto Capdevila, a pesar de sus esfuerzos, no había nacido para aquella vida de sangre y violencia. Al Segador y sus hombres continuaban llegándoles trabajos truculentos de los que hacerse cargo; siempre quedaba sangre por derramar, vidas por extinguir. En más de una ocasión acabó discutiendo con Santiago a causa de los métodos de este. Le recriminaba que hubiese perdido el respeto por la vida humana, que se valiese del miedo y del asesinato tan a la ligera, sin pensar en las alternativas ni en las consecuencias. Culpaba a los corsos del cambio que había sufrido su amigo.

—Tú no eres como ellos, Santi —le decía—, aunque pienses que sí. Tú crees que ellos recurren al asesinato como último recurso porque no tienen otro remedio, pero en *realidá* no es así. Ghera Luporsi, Sergiu, incluso Lisandru... son unos psicópatas, Santi, unos sádicos.

Santiago siempre le reprendía por la forma en que hablaba del resto de los miembros de la organización, pero Berto no era hombre que se mordiese la lengua; al menos no con sus amigos.

—Es la *verdá* —insistía siempre—, lo que pasa es que tú no quieres verla. No te das cuenta de que no recurren a la violencia porque no les quede otro remedio, sino porque es su forma de ser. Para ellos el asesinato es el camino más fácil, y el más cómodo también, porque no les importa un pijo la vida de los demás, no sienten remordimientos de ningún tipo. Pero tú eres distinto a ellos, Santi. —Era algo que solía repetirle—. Yo te conozco bien y sé que todo esto te acabará pasando factura; de hecho, te la está pasando ya, aunque tú no te des cuenta. Pero algún día abrirás los ojos, te saldrás de toda la espiral de muerte y violencia donde estás metido, y ese día te arrepentirás de todo lo que has hecho, Santi. Y lo peor será que ni siquiera lo habrás hecho por ti, ni por los que realmente deberías considerar los tuyos. Lo habrás hecho por una mierda de tíos a los que les importas tres cojones; eso si no te matan antes, claro.

El Segador siempre acababa enfadándose y teniendo fuertes discusiones con Berto cuando se ponía así; le acusaba de hablar sin saber, de despotricar contra todo el mundo porque no estaba contento con lo que ganaba. Le recriminaba el que hablase de los corsos sin saber cómo eran realmente, sin haber conocido su tierra natal ni la vida que habían llevado; ni siquiera la que llevaban todos ellos, incluido el propio Santiago. Le recriminaba, en definitiva, que arremetiese siempre contra todo el mundo sin haber visto la verdadera cara del negocio que le daba de comer, y le acusaba de egocéntrico y desagradecido. A todo ello, Berto contestaba que él sí era capaz de ver a los corsos tal como eran, y que era Santiago el que tenía una venda delante de los ojos. En cierta ocasión llegó a decirle que los de Partinello le habían lavado el cerebro porque, para su

desgracia, siempre había sido fácil de manipular. El Segador montó en cólera al oír aquello, hasta el punto de amenazar a su amigo con sacarle los dientes si no desaparecía de su vista.

A pesar de todo, los dos siguieron trabajando juntos para la cofradía de Partinello. El catalán no cumplió su promesa de guardarse su información para él; le gustaba demasiado el dinero, y siempre era el primero en oír hablar de algún alijo mal custodiado, algún vigilante de seguridad corrupto o alguna forma de blanqueo rápida y segura. Los superiores de la cofradía estaban encantados con el grupo de los españoles, que se había convertido en el más lucrativo de la organización, y aunque a Luporsi nunca llegó a gustarle Alberto Capdevila, con el tiempo tuvo que felicitar a su subordinado por haberle introducido en el negocio.

—Algún día —le dijo en cierta ocasión— puede que incluso llegue a ser miembro de pleno derecho; hasta podría ser que tú llegases a *capitanu*.

El catalán, por su parte, tampoco apreciaba a Luporsi. Seguía estando más que descontento con la parte que le tocaba por los golpes que él mismo había preparado, y acusaba al *capitanu* y al resto de los peces gordos de enriquecerse cómodamente a costa de su trabajo. Aun así, seguía colaborando, porque Alberto Capdevila era un hombre de gustos caros al que siempre le hacía falta más dinero. Si Matesanz hubiese sabido por entonces cómo terminaría aquello, habría prohibido a su amigo que volviese ni tan solo a sugerir ninguno más de aquellos asuntos, pero en aquel entonces no podía sospecharlo siquiera.

Al cabo de pocos años, Alberto comenzó a obsesionarse con la idea del retiro; trataba continuamente de persuadir a su jefe y amigo de que tenían que buscar una salida de todo aquello. Estaba convencido de que, de seguir con aquella vida que llevaban, tarde o temprano acabarían muertos a balazos en un callejón.

—Tú a lo mejor puedes retirarte algún día —le había dicho Santiago—, porque no eres miembro de la cofradía, pero yo no puedo abandonar. La organización no puede dejarse hasta el día que te concedan el retiro, como recompensa por muchos años de servicios.

—¿Sabes de alguien a quien se lo hayan dado? —le había preguntado Berto.

Su viejo amigo sonrió. Realmente no había conocido a nadie a quien le hubiesen concedido el retiro, ni en persona ni de oídas. El catalán insistía en que había otra forma de dejarlo: dar un golpe importante ellos dos solos, quedarse el dinero y desaparecer. Santiago se reía. Le decía que no había dinero en el mundo para esconderse de los de Partinello, pero Alberto no desistía en su idea.

Un día llegó a proponerle el plan definitivo. Dinero en metálico, suficiente como para retirarse para siempre, decía, que por casualidad iba a estar durante unos pocos días en manos de un traficante marroquí del montón. Insistió tanto que Santiago dejó que le explicase los detalles del plan, antes de decirle que estaba loco y que se olvidara de todas aquellas fantasías; era tan descabellado que no pudo evitar reírse. El propio Alberto acabó por reírse él también, dándole la razón.

Los remordimientos por no haber dado importancia a las quimeras de su amigo perseguirían a Santiago hasta la tumba.

XXXV

La ciudad de Marsella se había despertado bajo el azote de un fuerte viento del oeste aquel sábado. Era 12 de junio, y la mayoría de los marseleses agradecieron la llegada del viento; ayudaba a mitigar el calor que venían padeciendo desde el inicio de aquel verano de 2005.

En el interior de su Volkswagen Passat, con el climatizador ajustado a veinte grados centígrados, a Jean-Pierre Marchant no le importaba si fuera arreciaba un huracán o se derretía el asfalto, pero el hecho de que su confidente llevase media hora de retraso le estaba corroyendo las tripas.

Hacía muchos años que conocía al hombre que se hacía llamar Lauda; sonrió al pensar en el apodo que había adoptado el pistolero, resultaba bastante adecuado. Al igual que el legendario Niki Lauda, en su día aquel tipo había escapado de la muerte por muy poco. No había sido otro que el propio Marchant quien, como Brett Lunger^[27] y sus compañeros pilotos, le había sacado de entre las llamas en el último momento. No solo le había salvado el pellejo a cambio de cierta información, sino que le había proporcionado una vida nueva, a seis mil kilómetros de todos los líos en los que se había metido. En aquel momento había parecido una decisión acertada por parte de Marchant: se había sacado de encima a aquel molesto individuo, obteniendo al mismo tiempo una valiosa fuente de información en Québec, una que le proporcionaba, con cierta regularidad, buenos chivatazos sobre contrabando entre la Costa Azul y el Canadá francófono. De aquello hacía ya tiempo, y ahora que había vuelto al Viejo Continente, aquel personajillo había dejado de serle útil. Marchant había decidido ya que, independientemente de cómo saliese el asunto que tenían entre manos, se encargaría de él en cuanto hubiesen terminado. Y el hecho de llevar ya más de media hora esperándole en aquel descampado polvoriento de Les Trois-Lucs no estaba ayudándole en absoluto a cambiar de opinión.

Pasaban cuarenta minutos de la hora convenida cuando un BMW 330 color negro irrumpió en el descampado, bastante más rápido de lo recomendable en un terreno tan irregular como aquel. El vehículo levantó una escandalosa nube de polvo tras de sí antes de detenerse en seco junto al Passat. Lauda iba al volante; Bertrand, su socio canadiense, ocupaba el asiento del copiloto.

—Se supone que tenía que ser una reunión rápida y discreta —dijo Marchant mientras se bajaba del coche—, y tú llegas tres cuartos de hora tarde levantando una polvareda que se ve desde el puerto. ¿A qué juegas, tarado? ¿Estás buscando una bala en la cabeza o qué cojones te pasa?

—Tranquilo, hombre —respondió el aludido, que descendió del coche a su vez. Llevaba puestas sus gafas de sol espejadas, como siempre que tenía que conducir de día—. ¿Tanta vergüenza te da que te vean conmigo? —Soltó una de sus características carcajadas—. Tenía que

asegurarme de un par de detalles antes de venir, por eso he tardado. Mil disculpas, señor inspector —exageró una reverencia a modo de burla.

Marchant estuvo más que tentado de patearle la cabeza.

—No me jodas con payasadas —respondió—. ¿Qué hay de lo nuestro?

—Buenas noticias —Lauda sonreía—; esta va a ser la noche. Necesito que tu gente y tú os reunáis conmigo aquí —sacó un papel del bolso de la camisa y se lo dio al inspector— a las tres y media de la madrugada. Galgani se aloja en el Hôtel La Madrague junto con sus hombres de confianza; podéis cogerlos a todos de una sola vez esta noche. Eso sí, no podéis entrar hasta que yo os dé la señal.

—¿Y eso por qué? —quiso saber Marchant suspicaz.

—Porque hay que coordinar la operación con mi amigo Bertrand —señaló al canadiense, que permanecía sentado en el BMW mientras vigilaba la entrada al descampado por el retrovisor—, que tiene que liquidar un asunto primero. Él me dará la señal a mí y yo a vosotros; coser y cantar.

—Ya, coser y cantar, claro. ¿Qué pasa con los hombres de Galgani?, ¿se van a quedar mirando cómo liquidamos a su jefe?

—La mayoría están de nuestro lado —respondió Lauda—, tendrás vía libre hasta el cuarto piso. Allí quedará alguno de los que todavía son fieles a Galgani, pero pocos; no creo que lleguen a diez.

—Diez son muchos, más que de sobra para organizar un tiroteo cojonudo.

El pistolero hizo un gesto de impaciencia.

—¡Joder, Marchant! Tienes todo el tiempo del mundo para coger posiciones. Los cursos no están tan locos como para enfrentarse a un montón de maderos con ametralladoras; además, si las cosas se ponen feas, puedes contar con los que están de nuestra parte —sonrió—, y también conmigo. ¿No te tranquiliza saber que dispones de un profesional de categoría por una vez?

El inspector resopló.

—No estaré tranquilo hasta que te tenga bien lejos —dijo—. Supongo que tendrás algo más para mí, ¿cómo voy a justificar la intervención?

Lauda abrió el maletero del BMW, extrajo una mochila negra del interior y, con una amplia sonrisa, se la entregó al inspector.

—Ahí tienes material de sobra para justificar lo que quieras —dijo—, y los planos del hotel también. No ibas a tener el detalle de poner tú el perico, ¿eh?

—Todo cuesta dinero. —Marchant guardó la mochila en su coche, montó dentro y arrancó el motor—. Más vale que no me falles, mi viejo y querido camarada —dijo a través de la puerta abierta—, porque eso sí que no ibas a poder arreglarlo con dinero. —Cerró la puerta del coche y lo condujo de nuevo hacia la calzada.

Lauda se quedó mirando cómo el Passat color azul marengo desaparecía en la lejanía. Una vez lo hubo perdido de vista, se subió a su coche. No había apagado el motor; rara vez lo hacía cuando tenía aquella clase de citas.

—¿Has hablado con Petrovic para lo de esta noche? —preguntó a Bertrand. Este asintió con la cabeza.

No insistió más al respecto; sabía que el canadiense no era hombre al que hubiese que explicarle cómo tenía que hacer las cosas. Sacó un teléfono móvil del bolsillo, el que utilizaba

para comunicarse con el viejo contratista. Intentó llamarle dos veces, pero estaba apagado, al igual que las últimas veces que había tratado de dar con él. A tan solo un día para agotar el plazo, no se sabía nada del asesino a sueldo que había buscado para acabar con Galgani. De todos modos, ya no haría falta. Tan solo esperaba que el viejo no pretendiese cobrar por aquello; no le apetecía tener que ir a por él.

XXXVI

Habían pasado ya las tres y media de la madrugada, pero Santiago Matesanz era incapaz de pegar ojo. No importaba cuánto lo intentase ni las vueltas que diese en la cama: los pensamientos no dejaban de agolparse en su cabeza. Demasiadas cosas en las que pensar.

Mantener con vida a Galgani ya era estrés suficiente para él, no necesitaba sumarle también lo de Chjara. Su conversación de aquella tarde con Angélique Giraudon le había revuelto por dentro, mucho más de lo necesario. Sabía que no podía dejar que aquello le distrajesse, que tenía que concentrarse en su misión, pero era inútil. Por si fuera poco, durante la última semana había empezado a pensar de nuevo en él. Alberto Capdevila siempre terminaba regresando a su mente. Sueños, pesadillas, un zumbido en el fondo de su cráneo..., ese recuerdo que, cuanto más quieres alejar, más presente se hace.

Encendió la luz de su habitación y se incorporó de un salto. Era inútil tratar de conciliar el sueño con todo aquello dando vueltas por su cerebro. No podía quitarse de la cabeza que, cuanto más tiempo estuviesen en aquel hotel, más probabilidades había de que el asesino diese con la manera de liquidar a Galgani. El *amiragliu* confiaba ciegamente en la seguridad del lugar, creía que no podía ocurrirle nada mientras permaneciese allí; Santiago, por el contrario, no las tenía todas consigo. Ni mucho menos.

Con el tiempo, la rutina acaba haciendo mella incluso en el más sólido de los protocolos de seguridad. Los hombres se confían, se relajan, las órdenes comienzan a pasarse por alto ocasionalmente, se pierde la eficacia en los registros... Es algo inevitable. Incluso las propias personas a las que se debe proteger se vuelven descuidadas y comienzan a hacer oídos sordos a las recomendaciones; ahí es donde un dispositivo aparentemente perfecto comienza a fallar, y Santiago Matesanz no estaba dispuesto a arriesgarse a eso. Aunque los demás no quisieran darse cuenta, sabía que había alguien ahí fuera esperando su oportunidad para acabar con el gran hombre, y que no era ni mucho menos un matón corriente.

Había inspeccionado personalmente la residencia Mont Sacré y sus alrededores. Sacar a Antoine Cirazzi vivo de allí, sin ser visto por nadie, sin dejar ningún indicio, ni el más mínimo rastro, se antojaba completamente imposible y, sin embargo, alguien lo había conseguido. Matesanz estaba convencido de que se trataba de aquel individuo moreno, el que había estado interrogando veladamente a las recepcionistas el día anterior, el que hablaba inglés con acento del norte.

Abrió el cajón de la mesita, extrajo un folio y lo examinó detenidamente por enésima vez: era el retrato robot que había hecho la Policía. El dibujo era bueno, bastante detallado. Al parecer la chica del Mont Sacré se había fijado bien en el hombre, y aun así, después de repartir copias de

aquel retrato por media Marsella, no habían encontrado nada, absolutamente nada, ni una grabación dudosa en alguna de las miles de cámaras que abarrotaban la ciudad. Nada. Se había devanado los sesos buscando cómo dar con aquel tipo, al igual que lo habían hecho Baptiste Felce, Luporsi, Piero y la mitad de sus hombres, así como media Policía de Marsella. Y no habían obtenido resultado alguno.

Oculto tras el mismo cajón donde tenía el retrato, en el espacio que quedaba entre el mueble y el propio cajón, Santiago guardaba algo más. Había conseguido algo de marihuana la semana anterior; procuraba fumar lo menos posible, pero en aquel momento decidió que necesitaba un canuto. Sacó la bolsita de maría y un librito de papel de liar del interior del mueble, deshizo uno de los verdes cogollos en la palma de la mano y, con los dedos expertos del que ha repetido la misma operación miles de veces, comenzó a liarse un porro. No tenía que estar de guardia hasta por la mañana, por lo que la idea de subir hasta la azotea, fumárselo y quedarse allí tomando el fresco hasta que se le aclarasen las ideas en aquel momento le resultaba del todo irresistible.

* * *

A una manzana del Hôtel La Madrague, tres furgones idénticos se encontraban aparcados en hilera, ocupando un lugar reservado para la parada del bus urbano. Aunque no hubiesen sido las cuatro menos veinte de la madrugada, ni el más novato de los gendarmes de Marsella se hubiese atrevido a molestarlos porque, aunque no portasen distintivo visible alguno, todos sabían que aquellos furgones pertenecían a la brigada de estupefacientes. Aquellos tres, en concreto, estaban al servicio del inspector Jean-Pierre Marchant, que repasaba el plano del Hôtel La Madrague en el furgón de cabeza. La totalidad del grupo del inspector había sido convocada para aquella intervención, además de varios hombres que había solicitado a la central como refuerzo. Contaba en total con veinte efectivos, que, distribuidos entre los tres vehículos, comprobaban su armamento y equipo antes de entrar en acción.

—Buenas noches, joven. Quisiera hablar con mi amigo Jean-Pierre, si es tan amable.

El inspector reconoció la voz de Lauda a través de la ventanilla del furgón.

—Está bien, Patrick —se dirigió al agente que ocupaba el asiento del conductor, que miraba al insolente individuo con mal disimulada suspicacia—, le estaba esperando.

Marchant entreabrió el portón del vehículo. Lauda esperaba fuera.

—Vengo del hotel. Va todo como la seda —dijo—. El viejo está durmiendo en su habitación; en cuanto mi colega Bertrand nos dé la señal —chasqueó los dedos—, empezamos el baile.

* * *

El reloj del coche marcaba las cuatro menos cuarto de la madrugada. Radu había alquilado aquel Volkswagen Golf a nombre de Virgil Tzuica, una identidad que pretendía abandonar para siempre en cuanto devolviese el vehículo, pues en unas horas dejaría de ser segura; tan pronto como la Policía descubriese que el señor Tzuica había abandonado La Madrague esa mañana, la mañana anterior a que parte del hotel saltara por los aires.

A pesar de sus continuos esfuerzos por relajarse, no podía evitar el estar nervioso. Faltaba menos de media hora para acabar de una vez por todas con aquel maldito encargo. Solo tenía que

sentarse allí, esperar y asegurarse, si le era posible, de que Barthélémy Galgani no sobreviviese a la explosión. Seguidamente, en cuanto se confirmase la muerte del de Partinello, saldría del país en el primer tren. Y después, ¿qué? ¿A dónde iría? Pensaba reunir todo el dinero que pudiese, incluido el pago por la muerte de Galgani, en menos de cuarenta y ocho horas; pero antes de eso, antes incluso de abandonar Francia, tenía que conectarse a Internet.

Necesitaba revisar, probablemente por última vez, la red de datos que había compartido durante años con Elena Siwak. Y lo necesitaba porque hacía unas horas, tras encender el móvil con el que se comunicaba con Elena —comprobación rutinaria que hacía un par de veces al día—, había encontrado una llamada perdida de un número de cabina; un número acabado en cifra par. Aquello significaba que su antigua socia le había dejado un mensaje en algún lugar de su red. No esperaba que la mujer se hubiese arrepentido de su traición, no era tan estúpida como para eso, pero, con suerte, habría dado con el paradero del chantajista que le había metido en aquel lío. Radu confiaba en que, a pesar de haber terminado su relación comercial, Elena Siwak pretendiese utilizarle para deshacerse del viejo español, que seguía siendo tan peligroso para ella como para el propio Radu. No quería hacerse ilusiones al respecto. De todos los peligros que le amenazaban en aquel momento, el maldito viejo representaba el más inmediato; quitárselo de encima sería un alivio tan grande que no se atrevía a pensar en ello aún.

Tenía el coche estacionado en aquel lugar desde la tarde. Era el sitio de observación perfecto, a unos ochenta metros de la salida del *parking* subterráneo del hotel. Desde allí gozaba de una visual clara y sin obstáculos hasta cualquier vehículo que entrase o saliese del edificio. Consultó por enésima vez la pantalla de su rastreador GPS: el M5 seguía aparcado dentro, no se había movido en todo el día. Realmente, todavía no había visto a Galgani a bordo del vehículo. Pudiera ser que se hubiese equivocado, que el viejo se hubiese estado moviendo en otro vehículo, sin la compañía de su principal guardaespaldas... Pudiera ser que ni siquiera se encontrase en el edificio en aquellos momentos, que no estuviese allí durante la explosión, pero lo dudaba. Se dijo que aquello tan solo eran los típicos miedos e incertidumbres de última hora, algo que solía pasarle cuando estaba a la espera, al acecho de su presa.

El asesino hizo un esfuerzo por vaciar su mente de aquellas funestas ideas. Todo terminaría saliendo bien, como siempre.

* * *

La residencia habitual de Baptiste Felce era un sobrio chalé de dos plantas situado en el suburbio marsellés de Allauch. Nacido en la pequeña aldea corsa de Sari-Solenzara, hijo y nieto de pescadores, el discreto Felce siempre se había caracterizado por su austeridad. No compartía el gusto de la mayoría de sus compañeros por el lujo, las grandes casas y los coches opulentos. El chalé de Baptiste era sencillo, no destacaba en absoluto entre el resto de las viviendas de la zona. Poco hacía sospechar que en su interior se ultimaba una de las operaciones de narcotráfico más importantes del año.

Los hombres del *capitanu* revisaban los coches que iban a utilizar: un Audi A4 color negro y el viejo, aunque impecablemente conservado, Citroën XM gris perteneciente al propio Baptiste, que se encontraba contando personalmente el dinero del pago, como hacía siempre antes de cada intercambio. Algunos de los chicos comprobaban y engrasaban sus armas; en principio no había

razón para desconfiar del turco Salim ni de su gente, pero toda precaución era poca cuando se trataba de operaciones de aquella magnitud.

Eran las 03:35 de la madrugada cuando salieron de Allauch. Baptiste viajaba en el XM conducido por su mano derecha, el también originario de Solenzara Filice Graziani. En el asiento trasero viajaban dos más de sus hombres, mientras que otros cuatro chicos les seguían en el A4, siempre a unos cien metros de distancia. El *capitanu* había elegido a Vincent y Pasquale, que se habían puesto a sus órdenes tras haberle sido cedidos por Chjara, para formar parte de la escolta; ambos viajaban en la parte trasera del vehículo alemán.

Tomaron la carretera D908 en dirección a La Bouilladisse. Allí tomaron la autopista A52, desde donde planeaban incorporarse a La Provençale para dirigirse a Saint-Maximin; era en las afueras de dicha villa, en un lugar llamado Seillons-Source-d'Argens, donde tendría lugar la reunión con Salim y su gente. La A52 estaba casi desierta. No avistaron vehículo alguno hasta que se encontraron a dos kilómetros de La Provençale, a la altura de Fuveau, donde alcanzaron a un pequeño camión, un Renault Midliner de diez toneladas que circulaba por el carril derecho a buena velocidad, algo más de cien kilómetros por hora. Filice Graziani se incorporó al carril izquierdo para adelantarlo. Justamente cuando iban a mitad del adelantamiento, el camión dio un brusco volantazo a la izquierda.

A pesar de que Graziani era un conductor hábil y experimentado, le fue imposible evitar la colisión: el Citroën salió despedido contra el guardarraíl izquierdo de la autopista, chocó lateralmente contra él, rebotó de nuevo hacia el centro de la calzada y volcó. El vehículo se deslizó boca abajo por el asfalto hasta detenerse contra el guardarraíl derecho. El Midliner, por su parte, consiguió frenar en seco, quedando atravesado en mitad de la autopista.

El Audi A4, que venía cien metros por detrás, deceleró bruscamente y, mediante una hábil maniobra de su conductor, consiguió evitar la colisión y detenerse en el arcén derecho. Piloto y copiloto se dispusieron a desfundar sus armas y salir inmediatamente del coche, pero no lo consiguieron. Fueron Vincent y Pasquale los que abrieron las puertas traseras y bajaron del vehículo, las pistolas aún humeantes en sus manos. Los otros dos hombres ya no podían hacerlo: estaban muertos.

Bertrand descendió de la cabina del camión. Junto a él iba el larguirucho Nico, que se había rapado la espesa maraña de pelo rizado y se había dejado crecer la barba para pasar desapercibido; no en vano era, junto con el canadiense, el último superviviente de los hombres de Lauda. Bertrand llevaba un fusil AK-47 en las manos. Salió corriendo hacia el Citroën siniestrado y acribilló las ventanillas a conciencia, hasta que no le quedó ni una bala en el cargador. Nico, que llevaba consigo una garrafa de gasolina, esperó a que su compañero terminase para rociar el vehículo entero. Con las últimas gotas de combustible hizo un pequeño reguero hasta el camión. Entre tanto, los corsos habían sacado de la caja del Midliner dos motocicletas Yamaha R6. Bertrand tiró el fusil dentro de la cabina y, tras coger el casco que le tendía Pasquale, se subió a una de las motocicletas y arrancó, llevando al corso de paquete detrás de él. Nico prendió el reguero de gasolina con una cerilla antes de que él y Vincent hicieran lo propio con la otra R6. Los cuatro salieron a más de doscientos kilómetros por hora en dirección al cruce con la Provençale. El Citroën XM, para entonces, era pasto de las llamas.

Bertrand soltó la mano derecha del manillar para sacar un teléfono móvil del bolsillo de su cazadora y tecleó de memoria dos secuencias de teclas antes de guardarlo. El reloj de la pantalla

del móvil marcaba las 03:53 de la madrugada.

* * *

Lauda irrumpió en el *hall* del Hôtel La Madrague acompañado del inspector Marchant y varios de sus hombres, los cuales comenzaron a desplegarse nada más entrar, corriendo para ocupar las posiciones que les correspondían según el plan establecido. Lauda, a su vez, cruzó velozmente la estancia para dirigirse a la sala de vigilancia. Uno de los cursos hizo además de detenerle en la puerta, pero el pistolero le apartó de un fuerte empujón en el pecho.

—¡Quita de en medio, gilipollas! —le gritó—. Tengo que hablar con Lugaro.

El muchacho, visiblemente nervioso, abrió la boca para protestar, pero finalmente no dijo nada.

La sala de vigilancia del Hôtel La Madrague era un cuarto pequeño, cuadrado y escasamente iluminado. En un extremo había un mosaico formado por dieciséis pantallas, desde las que se podían monitorizar las distintas cámaras de vigilancia del edificio. Había más cámaras que pantallas, pero el sistema estaba configurado para dar paso de manera automática de una imagen a otra, dependiendo del momento en que se activasen o desactivasen los sensores de movimiento que iban montados en cada una de ellas. Delante de la consola de seguridad estaba sentado uno de los chicos de Davide Lugaro; este se encontraba de pie detrás de él, observando atentamente las pantallas, cuando Lauda entró en la sala. El curso dio media vuelta para cortarle el paso.

—¿Qué cojones haces aquí? —le espetó—. Aquí no puedes estar.

—Tranquilo, Davide, amigo mío, tranquilo —dijo el recién llegado al tiempo que le propinaba un par de afectuosas palmadas en el hombro—. Solo vengo a decirte que estamos listos para empezar el baile. Espero que vosotros también.

—Estamos listos desde ayer —respondió secamente—. Y ahora hazme el favor de salir de aquí.

—Te veo muy nervioso, amigo mío, deberías estar contento... —Lauda se interrumpió a mitad de frase.

Había estado mirando de soslayo las pantallas de vigilancia por encima del hombro de Lugaro hasta que, repentinamente, había reconocido un rostro familiar en una de ellas.

—¿Contento por qué? —preguntó el curso molesto.

Su interlocutor apenas le escuchaba; estaba concentrado en asegurarse de que aquel rostro, el que aparecía en la cámara del ascensor número dos, era el que él conocía. Ya no le cabía la menor duda: era él. Acababa de perderle de vista al apearse en el séptimo piso, el último del edificio.

—Porque ya está prácticamente hecho —respondió distraídamente—. El viejo está a punto de pasar a la historia; llevas mucho tiempo y mucho dinero invertido precisamente para eso, ¿no?

Estaba haciendo tiempo. El hombre del ascensor aparecía ahora en la misma pantalla que antes, esta vez cruzando el pasillo. El sistema había detectado una secuencia de activación-desactivación entre la cámara del ascensor número dos y la que vigilaba aquel pasillo, el que correspondía a las puertas de los ascensores en el séptimo piso. De aquella manera, cuando no había mucho movimiento en el hotel, el sistema de seguridad podía seguir automáticamente a varias personas a la vez.

—Lo estaré cuando termines el trabajo —respondió Lugaro—, cosa que no vas a hacer

mientras sigas aquí perdiendo el tiempo, así que largo.

Lauda se cuadró en una burla de saludo militar, dio media vuelta y salió por la puerta a paso ligero. Ya no necesitaba permanecer allí por más tiempo, había visto todo cuanto quería ver.

Davide Lugaro se volvió hacia el hombre sentado ante la consola de seguridad.

—Avisa a los chicos. Que vayan a la habitación de Matesanz y se ocupen de él —dijo.

—Ya no está en su habitación —respondió el hombre—, acaba de subir a la azotea.

El *sceffu* se aproximó para examinar las pantallas.

—No le veo. ¿Dónde está ahora? —preguntó.

—No hay cámara en la azotea, solo en la puerta de acceso; fue la última cámara que le captó.

—Bueno, pues que suban a la azotea a por él entonces; pero que sea ya, antes de que empiece la fiesta.

* * *

Incluso antes de comenzar a adormecer su organismo, el sabor de la marihuana tenía un efecto relajante automático para Santiago Matesanz. El mero hecho de ponerse el canuto en los labios, prenderlo, y darle la primera calada hacía que se sintiese mejor; así era desde hacía muchos años. Según los psicólogos de la cárcel, era pura autosugestión. Decían que se había convencido a sí mismo de que lo necesitaba, que se trataba de una adicción psicológica que se podía superar con un poco de esfuerzo, que cuando lo dejase no lo echaría de menos y un sinfín de tonterías similares, pero él nunca les había hecho mucho caso. Lo único que sabía era que le gustaba fumar marihuana. La maría hacía que se sintiese bien, y no había muchas cosas en el mundo de las que pudiera decir eso, así que no pensaba dejarla. Las alturas también le habían gustado siempre. Disfrutaba de aquellos momentos de soledad en la azotea del hotel; le gustaba observar la ciudad a su alrededor, contemplar el vaivén de las olas en la bahía y notar el viento en su rostro.

Estaba absorto en seguir la trayectoria errática de la ceniza en su caída hacia el suelo, costumbre que había adoptado recientemente, cuando sintió unos pasos a su espalda. La puerta de la azotea era una salida de emergencia en caso de incendio —solo se podía abrir desde dentro, no desde fuera—, por lo que siempre tenía que dejarla abierta cuando subía a la azotea. Miró por encima del hombro y vio a dos de los chicos de Lugaro, que acababan de entrar por aquella puerta. Maldijo por lo bajo. Apagó disimuladamente el porro en la palma de su mano izquierda, callosa por los años de levantar pesas en la cárcel, y se volvió hacia ellos. Seguramente, el olor de la marihuana le delataría de todas formas, cosa que tampoco es que le preocupara demasiado, pero, de cara a la organización, prefería ser lo más discreto posible con aquel hábito. Además, así podría acabar de fumárselo tranquilamente más tarde.

—¿Qué tal, Santi? —le saludó alegremente el más joven de los dos, cuyo nombre ni siquiera conocía—. ¿Tomando el aire?

—Un poco. ¿Y vosotros?

—A mí también me gusta subir aquí —dijo el mayor, que sí le sonaba del día del altercado con el rumano frente al hotel—. Hay unas vistas cojonudas de Les Îles. —Señaló hacia el oeste con un vigoroso ademán de su mano, hacia la dispersa formación de luces que se alzaba en mitad de la bahía y que marcaban la posición del archipiélago de Frioul.

La iluminación permitía distinguir la majestuosa mole del Château d'If, escenario de la

inmortal novela de Alexandre Dumas.[28] Santiago siguió instintivamente la rechoncha mano del corso con la mirada, dándole la espalda así a su compañero.

El más joven no desaprovechó la oportunidad: rápido como una serpiente, sacó la mano derecha del bolsillo del pantalón, donde había estado ocultando un pañuelo impregnado de cloroformo, y se abalanzó sobre Matesanz. Sin embargo, y a pesar de la diferencia de edad, el marsellés fue aún más rápido. Sus reflejos estaban afilados por la experiencia de vigilarse las espaldas durante años. Un movimiento brusco tras él, el fugaz destello de algo blanco que se aproximaba a su boca captado por el rabillo del ojo, y su cuerpo actuó sin pensar. Lanzó un fuerte codazo hacia atrás, alcanzando al agresor en el lado derecho de la cara. Con una prolongación del mismo movimiento, atrapó su brazo derecho, pegó su cadera al vientre del corso y lo volteó por encima de la espalda. Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos..., tanto que Santiago no tuvo tiempo de percatarse de su posición. El joven salió proyectado por encima del murete que delimitaba la azotea. Su último alarido resonó en toda la calle mientras se precipitaba al vacío.

El veterano no perdió el tiempo lamentando la muerte de su compañero; lanzó un potente gancho de izquierda que alcanzó al marsellés en plena mandíbula, derribándolo. Aquel hombrecillo era una cabeza más bajo que él, pero tenía la pegada de un boxeador profesional. El Segador se mordió la lengua, luchando por no perder el sentido, al tiempo que intentaba ponerse en pie, pero el puñetazo había sido demasiado fuerte, sus extremidades no le respondían. Una poderosa patada en el vientre le hizo rodar de lado. Consiguió reunir las fuerzas suficientes para ponerse en cuclillas y embestir a su agresor, pero este le detuvo en seco, agarrándolo por los antebrazos con tanta facilidad como si fuera un niño. El matón estrelló violentamente su cabeza rapada contra la cara de Santiago, que cayó pesadamente hacia atrás.

Una miriada de destellos luminosos se desplegó ante sus ojos, impidiéndole ver nada durante unos segundos, pero su oído captó unos breves quejidos ahogados, seguidos de un sonoro chasquido. Cuando comenzó a recuperar la visión descubrió, entre fogonazos de luz blanca, que, para su sorpresa, el fornido corso estaba en el suelo, inmóvil como una piedra, la cabeza torcida en un ángulo antinatural: tenía el cuello roto. De pie junto al cadáver, un hombre de unos cuarenta y pocos años, de fuertes espaldas y perilla negra salpicada de canas, miraba fijamente a los ojos de Santiago. Este no estuvo seguro de reconocerle al principio, pero, tras mirar durante unos segundos aquel rostro tan familiar, supo súbitamente de quién se trataba.

—¿Eres tú de verdad? —dijo el Segador.

* * *

A pesar de lo mucho que le habían insistido su padre, su hermana, Ghera Luporsi e incluso alguno de sus hombres, Piero Galgani se había negado a trasladarse al Hôtel La Madrague. El único hijo varón del *amiragliu* había entrado a formar parte de la organización siendo muy joven, cuando contaba tan solo diecinueve años de edad. A sus cuarenta y cinco, llevaba más de la mitad de su vida luchando por librarse de la sombra de su padre, el gran Barthélémy Galgani. No era tarea fácil. El padre de Piero no solo era el actual *amiragliu*, sino toda una leyenda viva dentro de la organización. A él le correspondía el mérito de haber convertido a la cofradía de Partinello, poco más que una anticuada banda de pescadores dedicados al contrabando, el pillaje y la extorsión de los sindicatos pesqueros, en la red de narcotráfico más importante de toda Francia.

Él, junto con su amigo y segundo al mando, Marziale Aconti, y su también amigo Antoine Cirazzi habían llevado la vieja organización fundada por Sampiero Galgani a los tiempos modernos, no solo garantizando así su supervivencia, sino haciéndola mucho más grande y poderosa de lo que el león de Partinello hubiese soñado jamás.

Piero Galgani, por su parte, soñaba desde la adolescencia con suceder a su padre al mando de la cofradía, tal como este había sucedido al suyo. De ahí que hubiese dedicado por completo su vida a la organización. Había ido escalando posiciones desde lo más bajo, desde chico de los recados hasta *sceffu*, y más tarde a *capitanu*. Bien sabía él todo el esfuerzo que le había costado llegar hasta allí. Su condición de hijo del *amiragliu*, lejos de facilitarle las cosas, había hecho que tuviese que trabajar más duro que nadie para demostrar su valía, y aun así eran muchos en la organización los que creían que Piero había llegado a *capitanu* por ser quien era. Había otros muchos también que, a pesar de reconocer sus grandes cualidades, opinaban que el hijo de Galgani carecía de la genialidad intelectual de su padre, por lo que jamás llegaría a sucederle. Su gran oportunidad llegó tras la muerte de Marc Aconti, cuando el líder de la cofradía decidió retirarse a un segundo plano y delegó la gestión de la actividad principal de la organización, el tráfico de drogas, en su hijo; sin embargo, no fue Piero el que heredó el cargo de primer cofrade, sino Gheraldu Luporsi.

Ostentar el cargo de primer cofrade significaba, en primer lugar, convertirse en la cabeza visible de la organización de cara al resto de cofradías de pescadores, particularmente de aquellas que habían jurado lealtad a la de Partinello y que reconocían como propio a su primer cofrade. La organización se había valido de estas cofradías afines desde sus orígenes. Les pedían ocasionalmente pequeños favores a cambio de protección y, sobre todo, se valían de ellas para aumentar su poder de presión sindical. La cofradía de Partinello ostentaba desde hacía más de cincuenta años el poder absoluto en las negociaciones del sector pesquero de toda Córcega. El primer cofrade era capaz de paralizar la pesca en toda la isla y durante el tiempo que quisiese si así lo deseaba. En los últimos treinta años, gracias principalmente a la labor de Barthélémy Galgani, la organización había extendido su influencia a numerosas cofradías de toda la Costa Azul, de modo que el primer cofrade era también una figura influyente en la escena política del sur de Francia. Luporsi, que ya antes contaba con numerosos contactos entre cargos políticos, judiciales y policiales, vio multiplicada su influencia en las altas esferas tras ser nombrado primer cofrade. Barthélémy Galgani había dejado claro quién era su favorito para sucederle como *amiragliu*. Luporsi se había convertido en el miembro más poderoso e influyente de la organización, mientras que Piero había quedado al cargo de hacer todo el trabajo sucio, con todos los riesgos que ello conllevaba, dependiendo además de Luporsi para mover los hilos en caso de apuro.

A pesar de todo, Piero Galgani jamás se había quejado. Había seguido dejándose la piel en su trabajo, como siempre había hecho, y había conseguido mantener a flote los negocios de la organización en el momento más difícil. Todo ello lo había conseguido él solo. En contadas ocasiones había solicitado la ayuda de su padre, mucho menos la de Gheraldu Luporsi; por eso no estaba dispuesto a cobijarse bajo el ala de nadie por mucho peligro que corriese. Piero confiaba en sí mismo y en sus hombres para protegerse. No pensaba esconder la cabeza en La Madrague, ni dejar que un puñado de advenedizos le obligasen a posponer sus negocios o a abandonar su casa.

El hijo de Barthélémy Galgani vivía en un imponente caserón de cuatro plantas, en una zona

apartada y sin vecinos a medio camino entre Marsella y Carry-le-Rouet. Piero había invertido una pequeña fortuna en aquella propiedad, treinta hectáreas en la misma orilla del Mediterráneo, y su pasión por los vehículos náuticos le había llevado a construir un pequeño embarcadero que comunicaba directamente con la parte posterior de la casa. Allí tenía atracados su velero, su lancha motora y la moto acuática que montaba casi a diario, siempre que el tiempo se lo permitía, para mantenerse en forma; también era propietario de un yate, pero este se encontraba atracado en el puerto de la Pointe Rouge, ya que era demasiado grande para el escaso calado de su embarcadero.

El hijo del *amiragliu* nunca se había casado ni tenía descendencia alguna, pero su casa nunca estaba vacía; de hecho, en aquel momento se hacía acompañar de una docena de hombres. Normalmente consideraba que, teniendo en cuenta los sofisticados sistemas de vigilancia que protegían el recinto, cuatro o cinco hombres eran suficientes para garantizar su seguridad allí dentro, pero dada la situación actual, había destinado el doble de sus chicos para protegerle, e incluso se había reforzado con cuatro de los hombres que le había cedido Chjara, a pesar de que Piero no confiaba mucho en su valía. La mayoría eran jóvenes con escasa experiencia, por lo que había considerado que serían más útiles allí, montando guardia, que en la calle, donde en aquel momento necesitaba más que nunca gente preparada en la que pudiese confiar.

Eran las 03:51 de la madrugada cuando se escucharon dos disparos en la propiedad de Piero Galgani. Este se encontraba en casa, y despierto aún —rara vez se acostaba antes de las siete de la mañana—. Al principio no se preocupó mucho. Pensó que habría sido alguno de los novatos el que había hecho fuego, seguramente alertado por algún animal. No era la primera vez que ocurría. A veces se colaban gatos monteses o perros de caza perdidos en la propiedad; incluso en un par de ocasiones había entrado algún jabalí, de los muchos que habitaban los alrededores, en el lapsus en que el portón automático se cerraba tras el paso de un vehículo. Se quedaban dando vueltas por la propiedad y, en ocasiones, provocaban la alerta de algún vigilante, que reaccionaban disparando sobre ellos... Sin embargo, cuando el edificio entero se estremeció bajo una explosión ensordecedora que hizo saltar por los aires el lado este del tejado, junto con la mitad de los cristales de la casa, el hijo de Barthélémy supo que estaba siendo atacado.

Salió corriendo al pasillo del primer piso llamando a sus hombres, pero para entonces ya habían caído la mitad de ellos. Los dos que vigilaban el perímetro delantero habían sido abatidos por sendos disparos de rifles Dragunov SVDSN,[\[29\]](#) uno de los cuales había sido efectuado por el propio Caslav Petrovic. El exsargento del Ejército yugoslavo estaba apostado a unos trescientos metros del edificio, entre los arbustos que poblaban las lomas situadas al otro lado de la carretera que llegaba hasta la propiedad de Piero Galgani. Había desplegado a sus hombres, pertrechados con ropa de camuflaje y dispositivos de visión nocturna, en abanico a ambos lados de su posición. Uno de ellos empuñaba el Dragunov que había abatido al segundo guardia, mientras que otros dos manejaban el mortero que había volado el tejado, matando así a otro de los hombres de Piero, que vigilaba los alrededores desde lo alto del caserón.

A través del intercomunicador que todos llevaban, Petrovic ladró una señal en serbio al quinto de sus hombres para que abriese fuego. Un estruendo invadió la noche cuando la ametralladora pesada Kord 6T19, una de las joyas del moderno Ejército ruso, comenzó a vomitar sus proyectiles sobre la fachada del edificio. Petrovic solo disponía de cinco efectivos en el exterior, incluido él mismo, pero contaba con la ayuda de cuatro infiltrados. Uno de ellos, destinado por el *capitanu* a

vigilar la zona oeste del perímetro, ya había liquidado al cuarto guardia del exterior aprovechando el estruendo de la explosión.

En el interior de la casa, Piero Galgani trataba de organizar a su gente, pero estaba claro que no podrían defender la casa durante mucho más tiempo; la mitad de ellos no respondían a sus llamadas. Un segundo proyectil de mortero voló lo que quedaba del tejado, sacudiendo de nuevo la totalidad de la estructura del edificio. Parapetados tras una improvisada barricada de muebles en el comedor del primer piso, el hijo del *amiragliu* y sus hombres barajaban sus últimas opciones.

—Hay que salir de aquí antes de que se nos caiga la casa encima —vociferó Yannick Casale, el mismo que había formado parte del grupo de Santiago Matesanz hasta la caída de este, y que, con el tiempo, había llegado a ser uno de los hombres de confianza de Piero.

—¿Dónde cojones estará la madera cuando hace falta? —maldijo el hijo de Galgani—. ¡Como si no les pagase bastante!

—¡Para cuando lleguen estaremos fiambres! —gritó el veterano Alain Ribaud, lugarteniente del *capitanu*—. Y aunque sobreviviéramos, estos cabrones tienen armamento de sobra como para derribar un helicóptero. Los maderos no tendrán cojones para plantarles cara. Yannick tiene razón, ¡tenemos que salir de aquí cagando hostias!

No había acabado la frase cuando oyeron unas voces conocidas que llamaban a voz en grito desde el piso de abajo. Segundos más tarde, dos de los chicos de Chjara irrumpían a la carrera en el comedor.

—¡Nos están acribillando, señor Galgani! —exclamó el primero en llegar, la voz ahogada por el esfuerzo y los nervios—. No podemos defender la casa contra ese armamento.

—¡Noticias frescas, pipiolo! —vociferó Ribaud, que aún encañonaba al joven con su revólver del 45—. ¿Por qué no nos dices algo que no sepamos?

—¡Podemos escapar por el embarcadero! —se apresuró a intervenir el otro.

El lugarteniente lanzó una significativa mirada a su jefe.

—El pipiolo tiene razón —dijo—. Hay que arrear por las escaleras pero ya.

—Vale, vale —cedió el *capitanu*, que se mesaba nerviosamente el poblado bigote. Había decidido dejarse bigote poco después de entrar en la organización con el fin de parecer más adulto e infundir un mayor respeto entre sus compañeros; de aquello hacía ya mucho tiempo, pero después nunca se había decidido a afeitárselo—. A la voz de ya salimos todos juntos por la puerta, atravesamos el pasillo, bajamos las escaleras y salimos a toda hostia por la puerta de atrás. ¿Entendido?

Yannick, Alain y Eligiú, el tercero de los hombres que se había parapetado con su jefe en el comedor, asintieron con la cabeza.

—Vosotros dos vais en retaguardia —les espetó Ribaud a los recién llegados.

Yannick Casale abría la marcha, con Eligiú y Piero pegados a sus talones, mientras que el segundo del *capitanu* seguía a su jefe, con los dos chicos de Chjara unos pasos por detrás; todos ellos pistola en mano. Se detenían el tiempo justo para comprobar el siguiente tramo, cubrirse unos a otros, asegurar la zona y salir corriendo de nuevo; de esta manera tardaron menos de un minuto en llegar hasta el embarcadero. Entre tanto, una tercera explosión sacudió el caserón, seguida por el estruendo que provocó el derrumbamiento de la fachada este. El poderoso zumbido de la ametralladora Kord, que se había detenido durante unos segundos, volvió a escucharse junto

con la cacofonía de los muros haciéndose añicos bajo la lluvia de proyectiles.

La motora de Piero, una flamante Riva Florida del 62, les esperaba amarrada en el embarcadero. La blanca luz de los focos hacía brillar la madera rojiza que recubría la embarcación, arrancando destellos blancos a los cromados. El hijo de Galgani se esmeraba en mantenerla siempre limpia y en perfecto estado de conservación; adoraba aquella motora, aunque nunca había pensado, como hacía en aquel momento, que llegaría a salvarle la vida. Alain Ribaud había cogido las llaves de la caseta del embarcadero y tanto el *capitanu* como sus hombres habían subido ya a bordo; tan solo los chicos de Chjara permanecían de pie junto al muelle.

—¡Venga, deprisa! —les exhortó Ribaud—. Apretándonos un poco cabemos todos aunque sea de cinco plazas.

—Demasiado peso —objetó uno de ellos—. ¿Y si nos siguen? Mejor cogemos la moto de agua.

—¿Sabéis conducirla alguno? —preguntó Piero desde la motora. El que había hablado asintió con la cabeza—. Pues haced lo que os salga de los cojones, las llaves están en la caseta. ¡Arranca de una puta vez, Alain!

El lugarteniente giró la llave en el contacto. Un potente rugido, el producido por los ciento ochenta y cinco caballos del motor, se hizo oír cuando accionó el acelerador a fondo.

—Estos dos lo que están es cagaditos de miedo; piensan que tienen más posibilidades de salvar el culo si se alejan de ti —dijo Ribaud a su jefe.

Este enseñó los dientes en una feroz sonrisa.

—Allá ellos —respondió.

La Riva siguió cogiendo velocidad a medida que se alejaban del embarcadero. Se encontraban ya a más de sesenta metros de distancia cuando, con una detonación cuyo estruendo ahogó en parte el agua del mar debido a que la carga explosiva había sido colocada bajo la quilla, la motora desapareció en el interior de una gran bola de fuego.

Caslav Petrovic había estado vigilando el mar a través de la mira telescópica de su rifle en busca de aquella explosión. Inmediatamente, dio órdenes a sus hombres para que recogiesen el material y saliesen de allí.

Aún iban camino de los tres vehículos todoterreno, un Jeep y dos motocicletas que tenían ocultos entre unos árboles, a menos de cuatrocientos metros del lugar donde estaban apostados, cuando comenzaron a escucharse sirenas de Policía que se acercaban rápidamente por la carretera. Eran las 4:02 de la madrugada.

* * *

Desde su puesto de observación, sentado en el interior del Volkswagen Golf alquilado, Radu se desesperaba contemplando el despliegue de la brigada de estupefacientes a la salida del *parking* del Hôtel La Madrague.

Faltaban menos de siete minutos para que se activase su dispositivo y todo estaba yendo según lo previsto hasta que había entrado en escena aquel maldito furgón negro. Había sabido que era de la Policía nada más verlo, y en aquel momento, viendo a los cuatro hombres armados colocando las barreras de púas para impedir la posible fuga de vehículos provenientes del *parking*, Radu supo también que estaban a punto de entrar al asalto en el hotel. Maldijo su mala suerte. De todas

las probabilidades de que su plan fallase, aquella era una que no había previsto en absoluto. Cerró los ojos e intentó tranquilizarse. Después de todo, no podía hacer más que quedarse allí sentado y esperar.

* * *

Ocho agentes de la brigada de estupefacientes de Marsella cubrían las salidas en el interior de La Madrague; los demás, comandados por el inspector Jean-Pierre Marchant, se disponían a subir las escaleras para realizar una intervención en la habitación 406. Marchant había elegido para acompañarle a los ocho hombres en los que más confiaba, los que más tiempo llevaban bajo sus órdenes. Todos ellos habían participado con él en asuntos que a ninguno le interesaba sacar a la luz; ocurriera lo que ocurriese aquella noche en La Madrague, el inspector sabía que podía contar con su silencio.

A una señal de su líder, el grupo comenzó el ascenso. Cada agente conocía perfectamente su cometido. Se movieron como uno solo, asegurando cada tramo de escaleras antes de seguir adelante. Todos eran hombres fuertes que portaban armas de asalto, cascos y chalecos antibalas, y que calzaban pesadas botas reforzadas con planchas de acero, a pesar de lo cual subían los escalones al trote sin hacer apenas ruido.

Desgraciadamente para ellos, los hombres de la cofradía de Partinello también conocían su oficio. Santiago había ordenado mantener durante toda la noche a dos guardias junto a las escaleras en el segundo, tercer, quinto y sexto piso. Los dos chicos que montaban guardia en el segundo piso no dudaron ni un segundo al sentir el murmullo de las pisadas.

—¡Sube un grupo! —gritó uno de ellos al tiempo que ambos desenfundaban sus armas y apuntaban escaleras abajo, hacia el rellano.

A Marchant le cogió por sorpresa el haber sido descubierto tan pronto. Maldijo a Lauda entre dientes; nadie le había avisado de que podía haber controles antes del cuarto piso. Sus hombres se habían detenido al unísono nada más oír los gritos por encima de ellos, y ahora le miraban esperando nuevas instrucciones. Tras unos instantes de incertidumbre, el inspector ordenó aprestar armas y continuar con precaución. No tuvieron más que subir otro tramo para encontrarse con los dos pistoleros, que los encañonaban desde lo alto.

—Brigada de estupefacientes. Dejen sus armas en el suelo muy despacio y den un paso atrás.

Marchant había procurado no levantar la voz, pero ya era demasiado tarde. La alerta había empezado a propagarse entre los de Partinello, quienes ya aporreaban las puertas de sus compañeros del tercer piso. Los dos hombres, apuntados por los subfusiles de varios agentes, ampliamente superados en número y equipo, no tuvieron otro remedio que obedecer y dejar sus pistolas en el suelo, aunque no por ello iban a dejar pasar la oportunidad de avisar a sus compañeros.

—¿Brigada de estupefacientes? ¿Cómo que brigada de estupefacientes?, ¿por qué?, ¿qué pasa?
—Ambos gritaban con toda la fuerza de sus pulmones para hacer llegar el mensaje a los pisos superiores, al menos hasta que los hombres de Marchant silenciaron sus bocas a culatazos al pasar junto a ellos.

El inspector dio orden de acelerar el paso. Los ocho agentes se lanzaron en tromba escaleras arriba, el estruendo de sus pesadas botas reverberando en suelos y paredes. Algunos de los

clientes del hotel se asomaban tímidamente a sus puertas alarmados por el escándalo de gritos, golpes y carreras. Para entonces, seis de los chicos de la organización se habían reunido ya en el tercer piso, dispuestos a ganar tiempo mientras otros alertaban a sus jefes. Los de Partinello sabían que no tenía sentido enfrentarse a la Policía, mucho menos a un grupo de asalto como aquel, por lo que desistieron de desenfundar sus armas; se limitaron a interponerse en el camino de los agentes, gritando, empujándoles y forcejeando con ellos. Los hombres de Marchant trataron de abrirse paso a golpe de culata, pero los corsos eran fuertes, estaban en una posición superior y no se amedrentaban con facilidad. Además, aunque eran nueve contra seis, el estrecho espacio de las escaleras impedía que los policías aprovecharan su superioridad numérica. El inspector, que ya había empezado a ponerse nervioso al ser descubierto antes de lo previsto, sintió una punzada de pánico. Estaban perdiendo demasiado tiempo, tiempo que Galgani podía aprovechar para intentar escapar, y aunque no tenía ninguna oportunidad de conseguirlo, seguramente reuniría a suficientes hombres como para que fuese imposible liquidarle discretamente; se formaría un tiroteo de tal magnitud que tendrían que intervenir los refuerzos que había solicitado a la central, dando al traste con sus planes de liquidar al corso sin más testigos que sus hombres de confianza. Marchant sopesó sus opciones durante un par de segundos y decidió actuar como lo había hecho toda su vida: arriesgando.

—¡Abrid fuego! —rugió el inspector.

Los miembros de su brigada no estaban entrenados para cuestionar órdenes, sino para obedecerlas al instante. Una miríada de proyectiles de plomo incandescente cayó sobre los de Partinello. Los seis fueron derribados y ejecutados en un instante. Marchant azuzó de nuevo a los agentes, que pasaron por encima de los cuerpos sin vida antes de lanzarse de nuevo a la carrera escaleras arriba.

El sonido de los subfusiles desconcertó a los hombres de Partinello, nueve de los cuales se habían reunido frente a las escaleras del cuarto piso para bloquear el paso de la Policía. Tenían la suficiente experiencia con las autoridades como para saber lo que podían esperar de una intervención como aquella. Pensaban que los agentes se limitarían a encañonarlos, reducirlos y detenerlos; a ninguno se le pasaba por la cabeza enfrentarse a ellos, ni se imaginaba que ninguno de sus compañeros pudiera atreverse a tal cosa. Por ello, al escuchar el ruido de disparos y carreras en el piso de abajo, durante un momento no supieron cómo reaccionar.

Algunos desenfundaron instintivamente sus armas, otros pusieron las manos en alto. La mayoría miraron a su alrededor desconcertados, como buscando que sus camaradas les explicasen lo que estaba pasando y qué era lo que tenían que hacer. Para los hombres de la brigada de estupefacientes de Marsella, aquel instante de duda fue más que suficiente. Para ellos no existía ningún género de duda, tenían perfectamente claro lo que debían hacer: cumplir las órdenes de su inspector. Alcanzaron el último rellano, tomaron posiciones en una fracción de segundo y abrieron fuego.

* * *

Gheraldu Luporsi siempre había tenido el sueño ligero. Los gritos y las carreras por los pasillos ya le habían despertado antes de que la voz de alarma se extendiese por el cuarto piso, por lo que, para cuando Gabriel Geronimi se puso a golpear la puerta de su habitación como un

loco, el *capitanu* ya se había puesto en pie, se había vestido rápidamente con un pantalón, una camisa y unos zapatos y estaba a punto de salir al pasillo.

G. G. dio un paso atrás al abrirse la puerta de improviso y encontrarse de frente con el iracundo rostro de Luporsi; no esperaba una respuesta tan inmediata.

—¿Qué coño pasa? —inquirió el fornido corso con voz ronca.

—La brigada de estupefacientes, Ghera —respondió Geronimi agitado—. Están subiendo hacia aquí.

—¿Y qué querrán ahora esos soplapollas? —intervino Paul-Marie Ricare, que se abotonaba la camisa en mitad de la habitación que compartía con Luporsi.

Pocos pasos más allá, la puerta de la 406 temblaba bajo el poderoso puño de Domenico Felce.

—¿Quién va? —tronó la profunda voz de Fígaro desde el interior.

Fue Luporsi quien contestó antes de que Domenico tuviese tiempo de hacerlo.

—¡Sal rápido, Fígaro! Tenemos a los estupas en casa.

Este salió enseguida en su silla de ruedas, ataviado únicamente con una camiseta interior de tirantes y unos calzoncillos azules de boxeador; el maduro guardaespaldas había aprendido a saltar de la cama a su silla en un abrir y cerrar de ojos valiéndose de sus poderosos brazos, pero aún no era capaz de vestirse por su cuenta. Sobre el regazo llevaba su Colt Python del .357, uno de los revólveres más potentes del mercado.

—¿Estupefacientes?, ¿ahora? Me huele muy mal... —dijo.

Barthélémy Galgani salió de la habitación segundos más tarde, impecablemente vestido con un traje gris oscuro y camisa blanca; no había tenido tiempo de anudarse la corbata, cuyos extremos colgaban laxos a ambos lados de su cuello. Fue justo en ese momento cuando se escucharon los primeros disparos.

—No vienen a arrestarme —dijo el *amiragliu* con voz queda—. Vienen a matarme.

Fígaro fue el primero en reaccionar. Sorteó a Luporsi y a G. G. manejando la silla de ruedas con potentes golpes de sus enormes manos, con tanta facilidad como si hubiera nacido encima de ella, y se colocó en mitad del pasillo.

—¡Ghera y Paul, sacad a Barthélémy de aquí! —rugió—. ¡Gabriel y Domenico, conmigo!

Ninguno de los presentes rechistó. Paul-Marie Ricare, pistola en mano, corrió hacia la puerta de las escaleras de servicio y tecleó el código de acceso en la cerradura; Galgani y Luporsi fueron tras él.

Para entonces, Marchant y sus hombres habían dado cuenta ya de la mayor parte de los chicos del cuarto piso. Algunos murieron antes de enterarse de lo que estaba pasando; otros trataron de hacer frente a los policías, pero fue inútil: los agentes estaban protegidos por cascos y chalecos antibalas, y su potencia de fuego era muy superior. Los de Partinello fueron diezmados en cuestión de segundos. Tan solo dos de ellos intentaron salvar la vida corriendo; no llegaron lejos. Fígaro, Domenico y G. G. vieron cómo caían acribillados justo cuando estaban a punto de doblar la esquina para ponerse a cubierto.

El *amiragliu* acababa de salir por la puerta de servicio en aquel momento. Los hombres de Marchant atravesaron el pasillo a la carrera, deteniéndose justo al llegar a la esquina. El que iba en cabeza utilizó un espejo sujeto al extremo de un alambre para comprobar lo que les esperaba detrás; apenas tuvo tiempo de vislumbrar a los tres hombres de la cofradía antes de que un certero

disparo hiciese saltar el espejo en pedazos. El agente indicó por señas a sus compañeros que había tres hombres en medio del pasillo. Marchant los observaba desde unos metros de distancia: había decidido quedarse prudentemente en retaguardia.

Comunicándose con ellos por gestos, el inspector ordenó ejecutar una de las maniobras que formaban parte del entrenamiento de la brigada. Siguiendo la señal muda de su jefe, dos de los agentes abandonaron su cobertura rodando sobre su costado y se colocaron en el suelo, tumbados sobre su vientre; otros dos se agacharon tras ellos mientras dos más salían corriendo de detrás de la esquina. Una verdadera lluvia de proyectiles inundó el pasillo cuando los seis hombres de Marchant cruzaron fuego con los tres corsos. Gabriel Geronimi y Domenico Felce fueron abatidos casi al instante, sus disparos solo consiguieron hacer recular a uno de los agentes, aturdido al recibir un disparo en el casco; el arma de Fígaro, sin embargo, era mucho más letal a aquella distancia. La mayor parte de los tiradores necesitan unos segundos para volver a apuntar un Python .357 Mágnum después del primer disparo, debido al fortísimo retroceso de que adolece el potente revólver fabricado por Colt; pero el guardaespaldas de Galgani no era un tirador cualquiera: se había acostumbrado a utilizar aquella arma durante años, de modo que la extraordinaria fuerza de sus brazos le permitía controlarla cómodamente, siendo capaz de disparar varias veces seguidas sin que su puntería se resintiese. Su primer disparo hizo blanco en mitad del pecho de uno de los policías, que fue proyectado violentamente contra la pared de detrás, quedando exánime en el suelo; el segundo atravesó limpiamente la pantalla del casco de otro agente, matándole en el acto. Fígaro, a su vez, recibió dos impactos de bala en las piernas, aunque ni siquiera los notó, ya que no tenía sensibilidad alguna en ellas. Acobardados por las bajas sufridas, el resto de los policías retornaron a la seguridad de la esquina tan rápido como pudieron.

—¿Qué estáis esperando?, ¿al ejército? —los increpó Marchant a voz en grito, pálido de ira—. ¡Avanzad, sacos de mierda!

Quedaban cinco de sus hombres operativos, se miraron entre ellos y acordaron salir al unísono a la cuenta de tres. El ruido de los subfusiles volvió a invadir el corredor, el Colt se hizo oír por encima, una sola vez. Fígaro había conseguido cobrarse su última víctima, justo antes de ser alcanzado por una lluvia de proyectiles.

El cadáver del viejo guardaespaldas quedó inerte sobre su silla de ruedas, el mortífero revólver colgando aún de su mano. Los cuerpos de Gabriel Geronimi y Domenico Felce yacían a ambos lados, sangriento testamento de la última resistencia de los de Partinello.

El inspector azuzó de nuevo a lo que quedaba de su equipo. Los hombres de la brigada de estupefacientes de Marsella avanzaron hacia la puerta abierta al final del pasillo...

Y entonces dieron las cuatro y diez minutos de la madrugada.

La explosión hizo volar en pedazos parte de la fachada del Hôtel La Madrague. Grandes fragmentos de hormigón salieron disparados causando estragos entre los coches aparcados en los alrededores, así como en algunos de los edificios colindantes. Los cristales de las ventanas se hicieron añicos en cincuenta metros a la redonda, la calle entera tembló como sacudida por un seísmo, y una espesa nube de humo y polvo se alzó desde el quinto piso del hotel, envolviendo la cúspide del edificio, que se estremeció de arriba abajo amenazando con derrumbarse. Cuando el eco de la ensordecedora explosión dejó de reverberar en las paredes de la manzana, la voz de una docena de alarmas se apoderó del silencio nocturno. Las llamas que se alzaban de la extensa herida abierta en la fachada de La Madrague iluminaron tétricamente la escena, ya que gran parte

del alumbrado había dejado de funcionar.

Una vez estuvieron sobre sus pies y recuperados de la sorpresa inicial, el grueso de los ocupantes del hotel corrieron hacia la salida para salvar sus vidas, como también lo hicieron los agentes que Marchant había colocado en las salidas del edificio, dejando libre el camino para Paul-Marie Ricare, Barthélémy Galgani y Gheraldu Luporsi, a quienes la explosión sorprendió en mitad de las escaleras de servicio, a punto de alcanzar la planta baja. Allí habían estado esperándolos dos hombres de la brigada de estupefacientes; sin embargo, para cuando los tres corsos recobraron el equilibrio y salieron corriendo en dirección al *parking* subterráneo, hacía rato ya que los agentes habían escapado hacia la calle.

* * *

Era la primera vez que Radu Dumukrat contemplaba los efectos de una explosión de gas y, a juzgar por lo que podía ver desde su posición, se le había ido ligeramente de las manos. Los policías que se encontraban frente al *parking*, y que hasta hacía un momento se mantenían en formación junto al furgón color negro, daban vueltas desconcertados alrededor del vehículo mientras uno de ellos trataba de ponerse en contacto por radio con sus superiores, aparentemente sin éxito.

En el estado de confusión en el que se encontraban, los agentes no estaban preparados para interceptar el vehículo que salió del *parking* subterráneo a setenta kilómetros por hora. Estuvo a punto de ir directamente contra la barrera de púas que había colocado la Policía, pero el conductor consiguió evitarla, ayudándose del freno de mano, con un brusco frenazo en el último momento; el coche giró bruscamente sobre su eje delantero, quedando detenido en paralelo a la barrera, a tan solo dos o tres metros de ella. Solo uno de los agentes consiguió reaccionar a tiempo. Empuñó su arma y gritó para dar el alto al vehículo, pero este ya se había puesto en movimiento de nuevo. El conductor sorteó el obstáculo a toda la velocidad que se lo permitía el escaso espacio de maniobra y salió disparado, llevando el motor hasta el límite de revoluciones en primera y segunda marcha. El agente abrió fuego, pero los nervios le traicionaron; el arma tembló en sus manos y solo consiguió hacer un par orificios en la chapa del maletero, además de romper el piloto izquierdo del coche.

Radu reconoció a través de las ventanillas a dos de los hombres que iban a bordo del vehículo, y el que iba en el asiento de atrás era Barthélémy Galgani. Tuvo que contenerse para no destrozar a golpes los cristales de su propio coche. Su plan había fracasado: el condenado viejo seguía vivo, y la presencia de la Policía le impedía salir tras él; se le habrían echado encima antes de sacar el Golf de su estacionamiento. De todos modos, aunque hubiese podido perseguirle, era improbable que consiguiese recuperar la desventaja y alcanzar a aquel Clase E propulsado por su motor V8 de cinco litros. Se limitó a observar el fútil intento de los agentes por perseguir a los de Partinello con su furgón, mientras trataba de serenarse y estudiar sus opciones.

Había apostado a que Galgani moriría en la explosión y había perdido. Había apostado a que el viejo utilizaría el BMW M5 para desplazarse y había perdido. Si tenía un cupo de errores para cometer durante aquel trabajo, lo había cumplido ya con creces. Abrió su bolsa de viaje en busca del cuaderno donde había apuntado las confesiones de Antoine Cirazzi. Creía recordar que, según el viejo, uno de los peces gordos de la organización tenía un Mercedes como aquel. ¿Tal vez el

llamado Luporsi?

XXXVII

Sentado en la escalinata de la Place des Marseillais, Santiago Matesanz esperaba, los codos apoyados sobre los muslos, a que viniesen a recogerle. A su alrededor, pequeños grupos de turistas se fotografiaban junto a los monumentos que representaban las colonias de África, las colonias de Asia, las cosechas, la caza y la pesca.^[30] Muchos de ellos se le quedaban mirando de reojo, pero a él no le importaba; como tampoco le importaba que el sol de mediodía diese directamente en su cara, a pesar del escozor que provocaba en sus heridas. El dolor físico no podía importarle menos en aquel momento, incluso lo agradecía; ayudaba a mitigar el dolor que sentía por dentro. Trató de estirar los dedos de la mano derecha. Se había negado a que le entablillasen el meñique y el anular, pero no conseguía mover ninguno de los dos. Parecía obvio que estaban rotos. Por lo demás, se encontraba relativamente bien; solo tenía dolores de distinta intensidad en la mayor parte del cuerpo, pero ninguna otra lesión de importancia. La hinchazón de su ojo izquierdo había disminuido bastante, de modo que casi podía ver ya con total normalidad. Afortunadamente, su cuerpo siempre se había curado rápido.

Santiago reconoció el coche de Chjara nada más verlo. Se trataba del mismo BMW M5 blindado en el que había viajado varias veces, escoltando a los camaradas de Barthélémy Galgani. El imponente Sedán color perla pasó por delante de la escalinata, tomó la primera desviación a la derecha y paró junto a la acera. Matesanz no pudo evitar fijarse en otro coche, un Renault Laguna verde oscuro, que se detuvo también a pocos metros de distancia; demasiados años en aquel negocio como para no reconocer a la Policía secreta.

Cruzó la calle y se subió a la parte trasera del vehículo alemán. La hija de Galgani no pudo reprimir una mueca de asombro al verle.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó visiblemente preocupada.

—Me han dado una pequeña paliza. Nada grave.

—¿Quiénes?, ¿los maderos?

—No, luego te daré los detalles si quieres —contestó él esquivo.

Chjara iba sentada a su izquierda, mientras que el asiento del chófer lo ocupaba un tipo bajito y moreno al que Santiago no había visto nunca. Al copiloto, por el contrario, sí que lo conocía: no era otro que Davide Lugaro.

—Tienes suerte de haber salvado el pellejo —intervino este—, hubo muchos que no lo consiguieron. Menuda masacre —dijo en tono grave.

Santiago no podía decir que se sintiese especialmente afortunado. Le habían dado un total de dieciocho puntos en la cara, su ojo izquierdo había mejorado mucho desde la mañana anterior, pero se le había llegado a hinchar hasta el punto de ser incapaz de abrirlo. Tenía un labio

reventado, la nariz inflamada y amoratada, un sinfín de cardenales por todo el cuerpo y dos dedos de la mano derecha rotos; en cuanto a sus costillas, no estaría seguro hasta que no le hiciesen una radiografía, pero intuía que no estaban enteras del todo.

—¿Alguna idea de lo que ha pasado? —preguntó.

—Alguien sobornó a los estupas para que liquidasen a mi padre, eso está claro —respondió Chjara—. No tenían ninguna razón para ir a por él, en el hotel no había ni un solo gramo de mercancía; ya sabes lo que suelen hacer en esos casos, tendrían pensado meter tres o cuatro kilos después para justificarse. Era tan fácil como decir que mi padre se había resistido al arresto, un par de tiros y al depósito con él..., pero debieron de ponerse nerviosos cuando se dieron cuenta de que no les iba a ser tan sencillo. En cuanto vieron que lo tenían jodido para llegar hasta él y que se les podía escapar —hizo un gesto con la mano, simulando que apretaba el gatillo de una pistola—, empezaron a cargarse a todo el mundo.

—¿Y la explosión?

—Un misterio —respondió Lugaro—. Según los bomberos, lo que explotó fue una bolsa de gas natural, pero lo que no sabe nadie es por qué; lo están investigando todavía.

—Seguro que fueron los disparos de los maderos —dijo la hija de Galgani—, atravesarían alguna tubería del gas. ¡Que se jodan! La explosión se los llevó a casi todos por delante.

—¿Y cómo es que a ti no te han trincado? —quiso saber el Segador.

Chjara se encogió de hombros.

—Se pasaron dos horas interrogándome, pero al final tuvieron que soltarme; contra mí no tienen nada sólido de momento. Ahora mismo estarán auditando mis empresas como locos, pero pierden el tiempo. Es a mi padre al que buscan —señaló hacia atrás por la luna trasera del coche—; a mí se conforman con seguirme de cerca.

Santiago se giró para buscar el Laguna verde. Tan solo había otros dos vehículos entre su coche y el de la Policía. En aquel momento circulaban por la Rue de Lodi y el tráfico era todo lo fluido que cabía esperar a mediodía de un lunes de mediados de julio.

—Bueno —dijo—, supongo que tu padre habrá salido ya del país.

La mujer resopló.

—No sé cómo. Tuvo que escapar por piernas con lo puesto, sin documentación, hasta sin dinero. No, me llamó ayer por la tarde; está escondido con Ghera y Paul en La Valbarelle, en el antiguo piso de Anselmu. ¿Te acuerdas?

Él asintió con la cabeza. Recordaba bien el viejo apartamento que había pertenecido al difunto Anselmu Sinance; la organización se lo había apropiado tras su muerte, y, en su momento, lo habían utilizado como piso franco durante un par de meses. De aquello hacía más de diez años; a menos que alguien se hubiese ocupado de él desde entonces, el lugar debía de estar cayéndose a pedazos.

—Está asustado —continuó Chjara con gesto de preocupación—, paranoico; nunca le había visto así. No quiere tratar con nadie, solo conmigo o con Piero, y al parecer es incapaz de dar con él. La verdad es que yo también estoy preocupada por mi hermano, no sé nada de él desde el sábado, espero que simplemente esté escondido también. Supongo que la madera le estará buscando.

—¿Y qué vais a hacer entonces?

—Tranquilo, lo tengo todo listo —respondió ella con una sonrisa—. Iré a buscarle esta noche,

en cuanto me quite a estos hijos de puta de encima. Ya he conseguido un bote para que los lleve a los tres hasta Calvi; tendrán que esconderse en Córcega una temporada, pero allí no los encontrarán nunca.

—Ya —respondió él.

Había estado palpándose el abdomen por debajo de su camisa de verano, denotando a través de sus gestos el dolor que sentía al hacerlo; pero, aunque era cierto que tenía el abdomen cubierto de cardenales, en realidad no le interesaba en absoluto comprobar lo que le dolía, sino que ocultaba un propósito muy distinto.

Súbitamente, sacó la pistola que llevaba sujeta a la cinturilla del pantalón, una Glock 26 de nueve milímetros, apoyó la boca del cañón contra el respaldo del asiento del copiloto y disparó tres veces.

—¡¿Qué haces?! —chilló Chjara aterrada.

El Segador la silenció de un fuerte revés en la boca con el dorso de la mano izquierda. El chófer había frenado bruscamente de manera instintiva, Santiago le puso la Glock a un palmo de la cara.

—Sigue conduciendo con normalidad —le ordenó.

Echó un rápido vistazo a través de la luna trasera: el Laguna seguía unos metros por detrás, de momento no daba la impresión de que los policías se hubiesen alertado por el frenazo. La espuma del respaldo había amortiguado considerablemente el ruido de los disparos, el blindaje del coche y el ruido del tráfico habían hecho el resto; nadie en el exterior parecía haberse percatado de lo ocurrido. El cadáver de Davide Lugaro, sujeto por el cinturón de seguridad, no se había movido de su sitio: permanecía sentado en la misma posición, aunque los ojos desorbitados y el hilillo de sangre que le corría desde la boca podían delatarle.

—Vamos hacia La Valbarelle. Sigue conduciendo tranquilamente y no te pasará nada. A la mínima tontería, acabarás como Lugaro. —Miró de soslayo a la hija de Galgani, que a su vez le contemplaba con los ojos muy abiertos. Podía leer una mezcla de desconcierto y terror en ellos—. Lo mismo te digo, Chja —continuó—. Más te vale no hacer ninguna bobada, porque estoy de muy mala hostia; y tú —dirigiéndose al chófer de nuevo—, cuando puedas, límpiale la sangre de la boca a Lugaro y ciérrale los ojos. Que parezca que va durmiendo plácidamente la siesta.

* * *

El fornido corso estaba en el suelo, inmóvil como una piedra, la cabeza torcida en un ángulo antinatural; tenía el cuello roto. De pie junto al cadáver, un hombre de unos cuarenta y pocos años, de fuertes espaldas y perilla negra salpicada de canas, miraba fijamente a los ojos de Santiago. Este no estuvo seguro de reconocerle al principio, pero, tras escrutar durante unos segundos aquel rostro tan familiar, supo súbitamente de quién se trataba.

—¿Eres tú de verdad? —dijo el Segador.

—Sí, Santiago —respondió el hombre al que llamaban Lauda—. Soy yo, Gorka Arregui, tu amigo de la infancia. —De improviso, Gorka le propinó una salvaje patada en plena cara.

Matesanz se desplomó en el suelo cuan largo era. Su pistola se le cayó del pantalón y se deslizó sobre el suelo de la azotea, quedando a menos de un metro de él. Luchando por no perder la consciencia, estiró el brazo en un intento desesperado por recuperarla. El donostiarra fue más

rápido: descargó un brutal pisotón en la mano abierta con el tacón de su zapato. El grito de dolor de Santiago ahogó el crujido de las falanges al romperse. Gorka le agarró por el cuello de la camisa, tiró de él bruscamente para ponerle en pie y le empujó contra el murete de la azotea, el mismo por encima del que acababa de precipitarse uno de los hombres de Chjara Galgani. Con la parte inferior de su espalda sobre el muro, el Segador quedó con medio cuerpo colgando en el vacío; solo Gorka impedía que cayese hasta la calle.

—¡Dime la verdad! —vociferó el donostiarra—. ¿Mataste a Alberto?

—No —contestó con un hilo de voz, y recibió un tremendo puñetazo en la cara que hizo brotar la sangre de su pómulo derecho.

Pensó que iba a caer, pero su viejo amigo le sujetaba aún firmemente con una mano.

—¡Me pasé años buscándoos desde Québec! —gritó Gorka—. ¡Años gastándome el dinero en soplones y detectives! Solo para dar con vosotros, con mis mejores amigos; con los únicos amigos que he tenido en mi vida. ¡Soñaba! con encontraros —pronunció el *soñaba* con tanta fuerza que su eco retumbó en las paredes de los edificios vecinos—. ¡Cabrón hijo de puta! ¡Soñaba!, ¿me oyes?, soñaba con el día en que me volvería a encontrar con mis amigos, con las únicas personas que tenía en el mundo... Y tú le mataste. ¡Mataste a Alberto, cabrón hijo de puta!

—No... —intentó justificarse, pero recibió otro brutal puñetazo, esta vez en la boca. El sabor de su propia sangre le ayudó a mantenerse consciente.

—¡Dejé todo lo que tenía para venir a Marsella en cuanto supe que había estado aquí! La única pista que conseguí después de años, que Alberto Capdevila había venido a Marsella. — Estaba desquiciado. Gritaba con la voz desgarrada, escupiendo espumarajos al hablar, los ojos desorbitados; Santiago podía incluso oler la cocaína en su aliento—. De ti no se sabía nada, cerdo hijo de puta, ¡ni los maderos eran capaces de dar contigo! Como si se te hubiese tragado la tierra.

Cogió al Segador por el cabello y le lanzó de nuevo contra el suelo de la azotea. A continuación, le propinó una patada en el vientre con tanta fuerza que le hizo rodar hasta la pared; no en vano, el pistolero había estado a punto de llegar a futbolista profesional.

—Dime la verdad —siseó. Tenía la respiración agitada, sus pulmones parecían haberse vaciado repentinamente—, ¿mataste a Berto?

Tirado boca arriba en el suelo, con la cara cubierta de sangre e incapaz de moverse a penas, Santiago Matesanz rompió en sollozos. No era el dolor lo que le torturaba, sino la culpa.

—No hay un solo día que no me atormente por ello —balbuceó entre sollozos—. La culpa fue mía. Alberto murió por mi culpa, pero te juro que el gatillo no lo apreté yo; te lo juro...

Gorka caminó hacia él muy despacio, se acuclilló a su lado y le miró fijamente a los ojos.

—Dime quién fue entonces, Santi. ¿Quién mató a Berto?

Santiago, con los ojos arrasados por las lágrimas, miró en el rostro de su amigo. Los años no habían pasado en balde por él, ni tampoco la mala vida. Su piel estaba más ajada, su pelo negro había comenzado a tornarse gris, pero su mirada era la misma, y no cabía duda de que él seguía siendo la misma persona. Gorka Arregui, violento, imprudente y salvaje; pero noble, y ferozmente leal en el fondo. Santiago sabía que aquel hombre hubiera dado la vida por cualquiera de sus dos amigos, como él la hubiera dado por ellos. Por ello mismo supo que jamás le perdonaría lo de Berto, al igual que él tampoco se perdonaría nunca a sí mismo.

—Fue él, Gorka —respondió al fin, tan débilmente que apenas pudo escuchar su propia voz—. Alberto se suicidó delante de mí.

El Segador sintió como si le partiesen en dos cuando Gorka descargó su poderoso puño contra su estómago.

—¡Mientes! —vociferó a un centímetro de su cara. Su voz se rompió a mitad de aquel grito; un torrente de lágrimas había comenzado a correr por sus mejillas—. Eres un mentiroso —continuó entre sollozos—. Un cabrón mentiroso, igual que Lugaro, que me dijo que estabas en la cárcel, que me ayudaría a vengarme del verdadero responsable de la muerte de Alberto. ¡Mentiras todo! Lo único que quería Lugaro era utilizarme, utilizarme para acabar con Galgani; y tú eres igual que él. ¡Hijo de puta mentiroso, escupes mentiras para salvar tu asquerosa vida!

Santiago hubiera querido contestarle. Hubiera querido contarle toda la verdad, hasta el último detalle. Hubiera querido recriminarle que él también era un mentiroso, que él también había mentido haciéndoles creer a Berto y a él que había muerto en París, hacía tantos años..., pero ya no le quedaban fuerzas. Ya no sentía su propio cuerpo, y su lengua era tan pesada como si estuviera hecha de plomo. Y cuando los nudillos de Gorka se estrellaron de nuevo en su cara y sintió su cabeza retemblar contra el duro suelo de la azotea, creyó que el manto de la muerte había caído finalmente sobre él; y no sintió más que un gran alivio.

No estaba consciente cuando su viejo amigo le cogió de nuevo por la camisa, le levantó del suelo y lo apoyó de espaldas contra la pared. Tampoco vio cómo, sujetándole por el pecho con una mano, sacaba su semiautomática y le apuntaba con ella. Vio, tras una espesa niebla, la boca del cañón de cuarenta y cuatro centésimas de pulgada frente a él; Gorka estaba detrás, gruesas lágrimas caían por sus mejillas empapando la grisácea perilla.

—Eras mi amigo. —Santiago oía la voz como si proviniese de lejos, de muy lejos—. Te quería, habría hecho cualquier cosa por ti.

—Y tú eras mi amigo —respondió con sus últimas fuerzas—, los dos lo erais, os quería a los dos.

Gorka rompió a llorar con más fuerza al escucharle.

—Intenté salvar a Berto, te juro que lo intenté, pero no supe. Le fallé, os fallé a los dos. Lo siento, Gorka, de verdad que lo siento.

Los dos amigos se miraron a los ojos por última vez; ojos llenos de dolor y angustia, de pena, de culpa.

Se miraron por última vez.

Se oyeron tres detonaciones.

El Segador cayó al suelo, inerte, y supo que había llegado el fin.

Pero no era su vida la que había llegado a su fin, sino la de Gorka Arregui.

El cuerpo sin vida de su amigo yacía a su lado, con la boca ligeramente abierta y una expresión de sorpresa en sus ojos desorbitados. A unos pasos de ellos, aunque tan oculta por la niebla que se arremolinaba ante sus ojos que no conseguía distinguir sus rasgos, se alzaba la figura de una mujer. Una mujer que empuñaba una pistola. La pistola era la propia Glock 26 de Santiago; la mujer, tal como descubrió cuando esta se acercó para ayudarle a ponerse en pie, no era otra que Angélique Giraudon.

* * *

—Pensé que Alberto no estaría lo suficientemente loco como para seguir adelante con su plan.

A lo mejor era yo el que estaba ciego, a lo mejor era evidente que pasaría aquello, aunque yo era incapaz de ver la desesperación de mi amigo. Estaba tan ocupado mirándome el ombligo que no me di cuenta; no me di cuenta de que Berto había llegado al límite, que él ya no soportaba la vida que llevaba. La vida en la que yo le metí.

Angélique Giraudon intentó una vez más que se callase mientras le cosían las heridas, pero Matesanz no le hacía caso alguno. Ni siquiera parecía percatarse de su presencia, mucho menos de la de las otras dos mujeres que intentaban ocuparse de sus lesiones.

Había tenido que llevarle hasta allí prácticamente a rastras. Cuando la explosión les sorprendió descendiendo las escaleras de incendios desde la azotea, mientras escapaban del Hôtel La Madrague, había estado segura, durante un segundo, de que Santiago iba a precipitarse al vacío. Sin embargo, el hombre consiguió reunir las fuerzas suficientes como para agarrarse a la barandilla en el último momento. También había estado segura de que se desmayaría antes de llegar hasta el barrio de La Calade, donde se encontraba el piso de su amiga Marlene, pero el Segador había demostrado ser más fuerte de lo que ella pensaba. En aquel momento, tendido boca arriba en la cama, con la mirada extraviada, mientras *madame* Marlene y una de sus chicas aplicaban povidona sobre sus heridas recién cosidas, Santiago le inspiraba una lástima como su corazón, curtido y endurecido desde la infancia, no había sentido en años.

—Yo era el único que lo sabía todo —continuó hablando, como ido—, el único al que Berto le había confiado los detalles de su plan.

Angélique hizo una señal a su vieja amiga para que los dejaran solos. La chica, una joven mulata de cara aniñada, pasó delicadamente su lengua por los labios de Santiago, como lo haría una gata, para limpiarle los restos de sangre coagulada. La madura *madame* Marlene sonrió.

—Es guapo, ¿verdad? —dijo.

—Muy guapo —respondió la chica mientras le acariciaba el velludo pecho a modo de despedida—. Qué pena que le hayan puesto así la cara.

Las dos mujeres abandonaron la habitación, dejando a Ange Giraudon a solas con el herido. Intentó convencerle de que cerrase los ojos e intentase descansar, pero Santiago no le hizo caso; parecía obsesionado por contarle su historia, aunque ella no tenía ni idea de lo que le estaba hablando.

—Se trataba de darle el palo al local de Nabil el Kaoutari, un camello más de los muchos que había aquí en Marsella por entonces. Siempre nos habíamos llevado bien con él; era un tío majo, muy amable y muy educado, que siempre había mostrado un gran respeto por nuestra organización. Él se dedicaba a lo suyo y nosotros a la nuestro. Hasta que Berto se enteró de que el tipo había recibido una cantidad de dinero muy gorda. La verdad es que nunca supe de cuánto dinero se trataba realmente, pero según Berto era suficiente como para retirarse para siempre.

»Claro que todo aquel dinero no era de El Kaoutari; él solo tenía que guardarlo durante unos días, después lo entregaría, no sé a quién. Supongo que se lo llevarían a Marruecos, que allí lo estarían esperando sus legítimos dueños. El caso es que Alberto solo contaba con unos días para ejecutar su plan, y lo tenía todo estudiado al milímetro..., o eso era lo que él pensaba. Me lo contó todo, punto por punto, cómo pensaba hacerse con el dinero y desaparecer, pero yo me reí de él. No se me pasaba por la cabeza darle el palo a un amigo de la cofradía, y mucho menos a espaldas de los jefazos, para esfumarnos después; sabía que nos encontrarían y nos matarían. Pensé que a Berto también le había quedado claro, que se había dado cuenta de que era una locura, pero me

equivocé.

Ange le llevó un dedo a los labios con delicadeza, intentando que interrumpiese su relato y descansase, pero Santiago le apartó la mano y continuó, mirándola directamente a la cara con ojos febriles.

—Fue Ghera el que me lo dijo. Se presentó en el Saphir sin avisar, como siempre, y me llevó directamente a un local de La Fourragère; allí me estaban esperando todos: Barthélémy Galgani, Piero, Baptiste Felce, Olafson el sueco e incluso Antoine Cirazzi. Ghera ya me había ido poniendo al día por el camino: me había dicho que Berto, junto con Santu y Lisandru, dos de mis hombres, habían asaltado el restaurante de El Kaoutari durante la noche, lo habían reducido a él y a sus dos guardaespaldas y se habían llevado un montón de dinero. Por supuesto, no lo habían hecho a cara descubierta, sino que llevaban puestos pasamontañas durante el asalto. Se los habían quitado nada más salir por la puerta trasera del local, para no llamar la atención si se cruzaban con alguien mientras escapaban hacia el coche, pero no contaban con la cámara de vigilancia que tenía el moro oculta en el callejón trasero de su restaurante. El Kaoutari no utilizaba aquel local solo para blanquear, sino como banco y piso franco, así que había camuflado una cámara tras un falso zócalo en el callejón, para tener bien vigilada la puerta de atrás de su negocio. Alberto siempre conseguía enterarse de todo, pero aquel detalle no lo conocía más que el propio Nabil El Kaoutari, porque la instalación la había hecho él personalmente. La cámara grabó a Alberto, a Santu y a Lisandru mientras huían, y el moro los reconoció a los tres enseguida. Sentí que se me venía el mundo encima, pero Ghera no me había contado lo peor.

»La vida de El Kaoutari no iba a valer una mierda si no conseguía recuperar el dinero; no solo eso, sino que sus jefes pensarían que era una jugada para quedárselo él, así que no dudarían en torturar y matar a su familia, a sus amigos y a quien hiciese falta; hasta que estuviesen seguros de que Nabil no sabía nada. Estaba en una situación desesperada, por decir algo, así que había tomado una decisión desesperada.

»Aquel mismo día Chjara había organizado una fiesta para la mujer de Sebastien Bessat, uno de los chicos de Paul-Marie Ricare, que acababa de quedarse embarazada de su primer hijo. La fiesta iba a celebrarse a mediodía en el chalé de Bessat e iba a ser solo para mujeres; muchas de las parejas de los chicos de la organización estaban invitadas. Por desgracia, Chjara había invitado también a Haifa El Kaoutari, la hija de Nabil, que era amiga de Chja y de la mujer de Bessat, así que en lugar de Haifa fue su padre el que se presentó a la fiesta con tres de sus hombres.

Fue al llegar a aquel punto cuando Ange interrumpió por primera vez el relato de Santiago.

—Espera —dijo—, Barthélémy me contó algo de aquello. Me acuerdo de que estaba rabioso porque decía que un moro de mierda se había atrevido a coger a su hija como rehén; pero para cuando me lo contó ya estaba todo solucionado.

—Pues puedes imaginarte cómo estaba Galgani cuando me lo dijo a mí —contestó él—. El Kaoutari tenía secuestradas a Chjara, a la esposa de Bessat y a otras doce mujeres en aquel chalé. Había llamado por teléfono a Paul una sola vez, para decirle que teníamos cuarenta y ocho horas para entregarle todo el dinero junto con las cabezas de los tres hombres que le habían robado. Si no lo hacíamos, comenzaría a matar a una mujer cada hora.

»No me habrían dicho nada si hubiesen sido capaces de dar con Alberto primero; le hubiesen cortado la cabeza sin contemplaciones, como hicieron con Santu y Lisandro, y se la hubieran

entregado a Nabil El Kaoutari mucho antes de avisarme de lo que había pasado. Pero Alberto era mucho más listo que Santu y que Lisandru. Lo cual, para ser sincero, tampoco es decir gran cosa —dijo Santiago con una amarga sonrisa—. Esos no juntaban medio cerebro entre los dos. Por eso los eligió Alberto, porque no habría podido convencer a nadie más para aquella locura; el muy cabrón sabía a quién podía comer la cabeza y cómo. Eso siempre se le dio bien.

»No, Berto tenía bien planeada su fuga. Había estudiado hasta el último detalle, como hacía siempre, y la organización no tenía manera de dar con él en tan poco tiempo; por eso me llamaron a mí, para que lo encontrase. El gran Barthélémy Galgani fue muy claro: “O nos traes la cabeza de tu amigo en menos de cuarenta y dos horas, o le entregamos la tuya al moro”. Estaba fuera de sí, y no le culpo; su hija estaba en manos de El Kaoutari y su gente, y eso fue lo que hizo que me entrase el pánico a mí también. No sabré nunca lo que habría hecho aquel día de no haber sido por Chjara. Seguramente hubiese ido a buscar a Berto igualmente, pero para escaparme con él. Sí; lo hubiese intentado. Ocultarme de la organización, aunque sabía que era imposible. Lo hubiese hecho por tratar de salvarle la vida a Berto, aunque terminase costándome la mía; lo habría hecho por él, pero no tuve esa posibilidad. Chjara... —Sus ojos se enturbiaron. Una pequeña lágrima se deslizó por su cara hasta caer en la almohada—. Chjara significaba demasiado para mí, no podía abandonarla. Y cuando lo pienso fríamente me doy cuenta de que soy un monstruo. Había catorce mujeres en ese chalé, catorce mujeres inocentes cuya vida dependía de mí. Y en el fondo, sé que las habría abandonado a todas a su suerte de no haber estado entre ellas la pequeña Chja. Habría huido con Alberto sin mirar atrás, sin pensar en todas las vidas inocentes que dejaba tras de mí. Me hubiese mentido a mí mismo pensando que la organización encontraría algún modo de arreglarlo, que El Kaoutari no tendría huevos de cumplir su amenaza, que con el dinero y las cabezas de dos de los responsables sería suficiente. Me habría mentido a mí mismo como llevo haciendo toda mi vida, como cuando pensaba que lo que hacía tenía justificación, que era mi forma de ganarme la vida y que las personas a las que mataba se lo habían buscado de una u otra manera. Mentirme a mí mismo: esa ha sido siempre mi verdadera especialidad.

»Galgani y los demás no tenían ninguna duda de que podría dar con Berto; yo era el que mejor le conocía, y además tenía aquella maldita fama de encontrar siempre la solución. La verdad es que yo nunca me he considerado ni la mitad de bueno de lo que Sergiu Cresone decía que era. Aquello que él decía de que yo veía más lejos y más rápido que los demás no lo he notado nunca. Es cierto que tuve suerte en los momentos claves de mi carrera, pero soy perfectamente capaz de darme cuenta de que hay montones de personas mucho más inteligentes que yo..., como Alberto Capdevila, sin ir más lejos. Si no me hubiese contado él mismo cuál era su plan de fuga, jamás habría dado con él, ni con toda la suerte del mundo. Berto era demasiado listo como para dejarse atrapar por mí.

»Yo sabía dónde y cuándo encontrarle, sabía dónde estaría a las doce del mediodía del día siguiente: haciendo cola en el muelle de mercancías del *ferry*, en el puerto de Séte. La idea era genial. Le había comprado su camión, su carné de conducir y sus licencias de transportista a un borrachín de Aubagne; el tipo estaba endeudado hasta las cejas, se lo vendió todo, documentación incluida, por poco más de lo que valía el camión. Berto solo tuvo que cambiar la foto del carné de conducir; no era una falsificación en la que se pudiese confiar a largo plazo, pero sí más que suficiente para coger el *ferry* hasta Tánger. Nadie de la organización le hubiese buscado al volante de un camión de mercancías. ¿Quién iba a pensar en eso? Habría subido tranquilamente al

transbordador por el muelle de mercancías mientras, unos metros más allá, los chicos le buscaban en el de pasajeros. A nadie se le hubiese ocurrido buscar su cara entre los camioneros que hacían cola para subir; como mucho habrían comprobado los nombres del registro, pero él nunca habría sido tan tonto como para viajar con su propio nombre. Comprobar los nombres de los registros es fácil cuando se tienen amigos en la Policía y en las aduanas. No, a nadie se le hubiera ocurrido, y mucho menos a mí, pero él me lo había contado todo pocos días antes; tal vez por eso ni siquiera se sorprendió al verme. Se limitó a bajarse del camión y acompañarme hasta mi coche, sin hacer preguntas de ningún tipo; no hacía falta. El pobre Alberto me conocía demasiado bien, sabía que si yo había ido solo a buscarle era porque algo se había torcido mucho, porque no había tenido otro remedio. El pobre sabía que su suerte ya estaba echada.

»No cruzamos ni una sola palabra en más de una hora, menos cuando le pedí que condujese él mi coche hasta Marsella. Berto ya había visto aquello antes; cuando tienes que llevar a alguien en coche tú solo, siempre le haces conducir para tenerle vigilado. Al final fui capaz de reunir el valor para contarle lo que había pasado. Se lo conté todo punto por punto. Le conté lo de Chjara y lo que les había ocurrido a Santu y Lisandru. Él no abrió la boca, tan solo asentía con la cabeza. Esperó a que terminase, y entonces me miró a los ojos y me dijo: “Me lo advertiste, Santi, me lo advertiste un montón de veces y yo no te hice caso. No tengo nada que reprocharte, soy yo el que te ha fallado a ti”. Le dije que no desesperase, que encontraríamos la forma de arreglarlo, que la organización ganaba demasiado dinero gracias a él como para quitarle de en medio así como así. Intenté convencerle, pero él solo se rio.

»Al cabo de un rato paró el coche en un descampado junto a la carretera. —Santiago hizo una pausa, la mirada perdida en el techo—. Le pregunté por qué paraba, pero no me respondió. Llevó el coche lo más lejos de la carretera que pudo y se desabrochó el cinturón de seguridad. Me dijo: “Voy a bajarme del coche”. Le dije que no hiciese ninguna tontería, que no podía dejarle escapar; yo tenía la pistola en la mano, la había sacado sin darme ni cuenta. Se bajó del coche y yo me bajé detrás, pero no intentó escapar; al contrario...

En aquel momento, a Santiago se le quebró la voz.

No pudo seguir contándole a Angélique lo que había pasado. No pudo concluir su relato, a pesar de que, en su memoria, las palabras y las imágenes eran más claras que nunca.

* * *

—No dejes que esos animales me cojan vivo, Santi —le había dicho Alberto—. Ya sé que no me lo merezco, pero hazme ese último favor; diles que intenté escapar y que tuviste que dispararme.

—No digas tonterías —había contestado Santiago, luchando contra el nudo de su garganta—. Lo arreglaremos, devolveremos el dinero y haremos que te perdonen, aunque tengas que largarte para siempre...

—Eres tú el que dice tonterías, ¿cuándo han perdonado ellos a nadie? No, Santi, yo ya estoy muerto. Lo único que quiero es morir rápidamente, sin sufrir. Hazme ese favor, Santiago, te lo ruego.

—Berto, no, eres mi mejor amigo..., no me hagas esto.

—Fuiste el mejor amigo que se puede tener —le había dicho Alberto Capdevila con una triste

sonrisa—. Me diste todo lo que tenías, y yo lo eché todo a perder. Chja puede morir por mi culpa, ella merece vivir, yo no. Mátame, Santi; no dejes que esos psicópatas se ensañen conmigo. Tú no sabes las cosas que yo sé, no sabes de lo que son capaces. ¿Crees que Lisandru y Santu tuvieron una muerte digna? No, Santiago, me harán cosas horribles antes de matarme. No me hagas pasar por eso, por favor.

El Segador había roto a llorar. Su mejor amigo estaba frente a él pidiéndole que le matase, y lo único en lo que podía pensar era en que todo había sido por su culpa. Una culpa que le perseguiría el resto de sus días. Pensó en Chjara; y se dio cuenta de que estaba atrapado entre las dos peores decisiones de su vida. En aquel momento se hubiese volado la tapa de los sesos él mismo si así lo hubiese solucionado todo, pero sabía que no conseguiría nada con eso. Intentó convencerle de que se subiese al coche de nuevo, pero lo único que logró fue que Alberto sacase una pistola de un lateral de su pantalón.

—Esperaba no tener que hacerlo yo —dijo.

Santiago se abalanzó sobre él de inmediato. Intentó quitarle el arma, pero no fue lo suficientemente rápido.

Se quedó allí, sujetando en sus brazos el cadáver de su amigo, como si evitando que cayese al suelo fuese a evitar su muerte, pero Alberto Capdevila estaba muerto ya. Se había suicidado de un disparo en la cabeza.

Nunca supo cuánto tiempo pasó allí, llorando la muerte de su amigo, abrazando su cuerpo sin vida, hasta que pudo rehacerse lo suficiente como para guardar el cadáver en el maletero y seguir rumbo a Marsella.

* * *

—Ghera quería que le entregase el cuerpo de Alberto y me fuese a casa, pero yo me negué — continuó Matesanz—. Les dije que nadie iba a tocarle un solo pelo, que el moro tendría que conformarse con una foto, o que si lo prefería le llevaría el cadáver yo mismo y se lo enseñaría; pero que si alguien intentaba cortarle la cabeza a Alberto sería yo quien los mataría a todos. A todos. Nadie me respondió. Claro que seguramente hubiesen acabado conmigo antes de apretar el gatillo una sola vez, pero en aquel momento no me importaba ni lo más mínimo. La hubiese emprendido a tiros con toda la cofradía al mínimo gesto, y ellos se dieron cuenta enseguida, así que me hicieron caso. El Kaoutari aceptó la foto junto con el dinero, y liberó a Chjara y a las demás. Pensé que sentiría cierto consuelo al saber que ella ya no corría peligro, pero no fue así; ni mucho menos.

Ange extendió una mano para acariciar la frente del Segador, pero este se la apartó.

—Ahora me gustaría dormir un poco, si no te importa —dijo.

Santiago durmió desde las diez de la mañana hasta bien entrada la tarde. Fueron las chicas de *madame* Marlene las que le despertaron para cambiarle las vendas y lavarle las heridas, pero él se negó; quería ver a Angélique.

—¿Qué fue lo que pasó en La Madraque? —fue lo primero que preguntó en cuanto ella entró en su habitación, sin mirarla siquiera.

—Yo misma he estado intentando averiguarlo hasta ahora —respondió ella—. Cuando empecé a escuchar los gritos de los chicos yo estaba despierta en mi habitación, leyendo; nunca he sido

capaz de dormirme antes del amanecer, es un hábito que tengo desde muy joven. Después de los gritos empezaron los disparos, así que salí corriendo, por puro instinto; también estoy habituada a sobrevivir desde muy joven —sonrió—, así que ya sabía que lo mejor sería subir desde mi habitación del quinto piso hasta la azotea y escapar por las escaleras de incendios. La verdad, no me esperaba lo que me encontré allí arriba.

—Tampoco yo, Ange, tampoco yo. ¿Pero quiénes fueron los que entraron?

—Al parecer fue un grupo de la brigada de estupefacientes, pero tuvieron que tener ayuda de dentro; si no, no habrían pasado del recibidor sin que se hubiese dado la alarma. No habrían podido llegar tan arriba ni abriéndose paso a tiros; alguien nos vendió. Alguien dejó pasar a los estupas, eso está claro.

—Sí, está muy claro —dijo él al tiempo que trataba de incorporarse en su cama. No lo consiguió. El fuerte dolor de sus costillas le hizo detenerse en seco.

Angélique trató de ayudarle a acostarse de nuevo, pero él se lo impidió; lenta, agónicamente, consiguió sentarse al borde de la cama.

—Alguien nos vendió —continuó—, y las consecuencias las pagaron muchos. ¿Qué pasó con Galgani, con Ghera y los demás? ¿Están detenidos?

—No. Por lo que sé no hubo detenciones. La mayoría de los chicos murieron en el tiroteo o en la explosión que hubo después. Todavía no se sabe la causa de la explosión, pero fue de las gordas; se llevó por delante a la mitad de los estupas. ¡Que se pudran en el infierno! —exclamó con un repentino destello de odio en el rostro—. El pobre Fígaro murió también, pero no se sabe nada de Barthélémy, de Luporsi ni de Paul-Marie Ricare; ni están detenidos ni han aparecido sus cuerpos. Por lo visto los únicos de los nuestros que siguen vivos y localizables son Lugaro y sus chicos...

—Claro, ellos fueron los que dejaron pasar a la madera. Es obvio, pero me lo confirmó el tipo al que disparaste en la azotea. Normal que se hayan ido de rositas.

—Hay más. Me he enterado de que anoche atacaron también la casa de Piero. El edificio está en ruinas y han encontrado los cadáveres de varios de sus chicos; de él no se sabe nada. El que sí ha aparecido es el cuerpo de Baptiste: en el interior de su coche carbonizado en medio de la autopista. También le atacaron anoche... No me puedo creer que Lugaro haya llegado tan lejos.

—Ni yo tampoco, porque Lugaro no tiene ni los cojones ni los recursos para hacer algo así. No, Lugaro solo es un peón, una marioneta más. No fue Lugaro quien lo organizó todo. —Hizo una pausa y, por primera vez desde que empezaran a hablar, miró a la mujer directamente a la cara antes de continuar—. Fue Chjara.

* * *

—Vamos hacia La Valbarelle. Sigue conduciendo tranquilamente y no te pasará nada. A la mínima tontería, acabarás como Lugaro. —Miró de soslayo a la hija de Galgani, que a su vez le contemplaba con los ojos muy abiertos. Podía leer una mezcla de desconcierto y terror en ellos—. Lo mismo te digo, Chja —continuó—. Más te vale no hacer ninguna bobada, porque estoy de muy mala hostia; y tú —dirigiéndose al chófer de nuevo—, cuando puedas, límpiale la sangre de la boca a Lugaro y ciérrale los ojos. Que parezca que va durmiendo plácidamente la siesta.

—Santi, ¿te has vuelto loco? —preguntó la mujer a media voz.

—No, Chjara, eres tú la que está enferma, muy enferma; lo suficiente como para asesinar a tu propia familia. Has matado a tu propio hermano, por el amor de Dios...

Ella no respondió nada durante unos instantes, se limitó a mirarle entre sorprendida e inquisitiva.

—Tú no puedes entenderlo, Santi —respondió finalmente en tono grave—. Tú nunca has estado en mi lugar, ni siquiera eres corso; no te atrevas a juzgarme.

—¿Así que no puedo juzgarte porque no soy corso? Me das asco, Chjara; me da asco que intentes justificar todas las atrocidades que has hecho. Estás enferma.

—¡No tenía otra opción! —chilló ella—. Era eso o pudrirme el resto de mi vida a la sombra de mi padre y mi hermano, apartada de todo, viviendo de las migajas, marginada; exactamente igual que todas las mujeres corsas desde el principio de los tiempos. Encerradas por sus padres, sus maridos y sus hermanos entre las cuatro paredes de una cocina.

—¿Entre las cuatro paredes de una cocina? —estalló él.

Se abalanzó sobre la mujer y la agarró por el cabello con su mano libre. El chófer se giró hacia ellos rápidamente, pero se encontró con el cañón de la Glock de Santiago frente a su cara.

—¿No estarás pensando en convertirte en el héroe del día, verdad? —le dijo este—. No seas tonto, estás a minutos de salvar la vida; no hagas que cambie de opinión.

El hombre obedeció. Difícilmente podía hacer otra cosa.

—Así que encerrada entre las cuatro paredes de una cocina. Claro, no tenías bastante con tus hoteles, tus restaurantes, tus putas casas, tus coches y tus viajes, ¿verdad? ¡Solo son migajas!, ¿verdad? —gritó Santiago.

—No entiendes nada —respondió Chjara con el semblante congestionado de odio—. Yo era una esclava; en una jaula de oro y diamantes, sí, pero esclava igualmente. Sin derecho a tomar decisiones por mí misma, sin derecho a elegir, solo a obedecer. Un cero a la izquierda sin voz ni voto. Toda mi vida he intentado complacer a mi padre, ¡hacer todo lo que se esperaba de mí y más! Me dejé la piel con los jodidos escaparates de la organización para hacer algo de ellos, para convertirlos en algo más que máquinas de blanquear sin beneficios, ¡y lo conseguí! —gritó—. Conseguí lo que nunca pudo Antoine Cirazzi: hacer que los escaparates diesen dinero por sí mismos. ¿Crees que alguien me lo agradeció? Mira La Madrague. Un hotel de esa categoría a un precio sin competencia, medio vacío en lo más alto de la temporada porque el gilipollas de mi hermano quiere disponer de él si lo necesita, aunque los veranos pasen y él no lo utilice nunca. No importa cuánto me esfuerce, soy una mujer, Santiago, y como tal jamás tendré un puesto en la organización a menos que lo tome por mí misma.

—¿Tan enferma estás como para masacrar a la mitad de tu gente, a tu propia familia, por un poco de poder?

—¿Un poco de poder? —gritó ella—. ¡Ja! A cambio del poder absoluto, querido. Mi padre, Luporsi, Piero..., incluso Baptiste. Todos ellos tienen acuerdos con políticos, jueces y policías, controlan los sindicatos pesqueros y navales... Son los verdaderos amos de medio país, Santiago. ¿Y qué tengo yo? Nada. Nadie me toma en serio. No puedo hacer ni que me quiten una puta multa de tráfico sin pedirles ayuda a ellos. ¿Tienes idea de lo que es eso?, ¿de la humillación que eso supone? Ser la niña mimada de Galgani, la muchacha que juega a las casitas con sus hoteles mientras los hombres se reparten el imperio familiar; y todo por haber nacido sin polla. Yo podía haber sido mucho mejor que mi hermano, mejor que cualquiera de ellos. Soy más lista, más fría y

más fuerte; y se lo he demostrado, se lo he demostrado a todos. Ellos tenían todo un ejército, y yo he acabado con ellos utilizando a un puñado de marginados. Los despojos de la organización, aquellos a los que no consideraron lo suficientemente buenos como para ocuparse de asuntos importantes. Unos cuantos matones que mi padre me dio para tener la conciencia tranquila, para asegurarse de que estaría siempre rodeada de guardaespaldas y para que me ayudasen con mis negocios; un insulto más. Al parecer, los grandes hombres de la organización pensaron que sería incapaz de arreglármelas sin unos cuantos matones que les partiesen las piernas a los morosos, que acojonasen a la competencia y que les ajustasen las cuentas a los proveedores. Pues mira por dónde, no solo no los necesité para nada en mis negocios, sino que conseguí que me respetasen más a mí que a ellos; conseguí que mis hombres me fuesen más fieles a mí que a la puta cofradía de Partinello. ¿Tienes idea de lo que significa eso? ¡Significa que soy yo —chilló— la que merece estar al frente de la organización, y no ellos!

Santiago había permanecido callado durante la diatriba de Chjara, incluso había dejado de sujetarla por su espesa melena color miel. Ya no la miraba con rabia, sino con infinita tristeza.

—¿Y no crees que había otra manera de hacer las cosas? —dijo—. ¿Que tal vez no hacía falta asesinar a tanta gente? ¿No crees que podías haber conseguido algo sin llegar tan jodidamente lejos?

Chjara soltó una sonora carcajada.

—Ya te lo he dicho: tú no naciste ni te criaste en Córcega, no eres un corso. No puedes entender cómo se hacen las cosas en mi isla. Así como Antoine Cirazzi tuvo que matar a su padre en su día para asegurar la supervivencia del resto de los suyos, yo también tengo que acabar con mi padre para sucederle. Así es como hacemos las cosas: el que es digno lo demuestra acabando con el que no lo es. El líder debe ser siempre el mejor, el más fuerte y el más capaz, por el bien de todos, para fortalecer a toda la comunidad; y yo he demostrado que soy más digna que ninguno de ellos. Mi padre fue un gran *amiragliu* en su momento, pero ese momento pasó, hace tiempo que estamos en decadencia; desde que perdimos a Marc Aconti. Ni él ni ninguno de los suyos han sido capaces de llenar el vacío que dejó Aconti, pero yo sé que puedo hacerlo, puedo devolver a la cofradía a donde estaba, y todavía más arriba. Y, Santiago —el tono de Chjara se había ido volviendo progresivamente más suave mientras hablaba. Al llegar a aquel punto, sus ojos ya no reflejaban odio, sino más bien preocupación, a la vez que tímida ternura—, quiero que tú estés a mi lado para ayudarme a conseguirlo.

Lenta, cautelosamente, estiró su mano derecha hasta colocarla sobre la mano izquierda de Santiago. Este no se movió.

—Ya, claro —dijo tristemente—. Chjara, voy a tener que pedirte que me entregues tu arma, muy despacio.

—¿Tengo otra opción? —dijo ella sonriendo melancólicamente.

Cogió el bolso que estaba a su lado sobre el asiento, un pequeño bolso de vestir negro con cierres dorados, lo abrió y se lo entregó. Matesanz extrajo del interior un reducido revólver Colt, que se guardó en el bolsillo.

—Vas a detener el coche a la derecha en cuanto puedas, con mucha naturalidad, que la madera no sospeche nada. ¿Entendido? —dijo.

Por toda respuesta, el conductor puso el intermitente a la derecha y soltó el acelerador. Circulaban por el Chemin de l'Armée d'Afrique; el coche se detuvo junto a la entrada de un solar

y el chófer descendió.

—Ponte el cinturón —le espetó el Segador a Chjara, al tiempo que se cambiaba al asiento del conductor sin dejar de encañonarla—. Si veo que te lo quitas o que haces el más mínimo movimiento brusco, tendré que matarte; como a este. —Señaló el cadáver de Lugaro. Seguía sentado y, de no ser por la abundante sangre que impregnaba su camisa, no hubiese llamado la atención en absoluto; incluso aunque el tintado de las lunas del coche no impidiese percibirlo desde fuera.

De todos modos, pensó Santiago, aquello estaba a punto de dejar de tener importancia.

Los cinco litros del enorme motor V10 rugieron cuando el BMW salió disparado por el Chemin de l'Armée d'Afrique, dejando una espesa cortina de humo blanco tras de sí. El coche de la Policía, que acababa de detenerse justo en aquel momento, salió tras él dejando oír el lamento de la sirena policial, pero su caballaje no era competencia para el del M5. El Segador exprimió a fondo cada marcha hasta llegar a la tercera. Circulaba a doscientos kilómetros por hora, adelantando a cada vehículo que encontraba a su paso. Hacía casi diez años que no conducía de aquella manera, desde el día que le había dado el alto la Policía nacional en Barcelona a bordo de su SLS; desde el día en que había comenzado sus nueve años de encierro.

Ya casi no veía el destello de la sirena por el retrovisor cuando llegó a la altura de Saint-Loup. Sintió cómo el control de tracción le ayudaba a dar la curva para tomar la salida hacia el periférico barrio de Marsella; había perdido práctica, demasiados años sin conducir en absoluto.

Conocía el modo de actuar de la Policía y la distribución de las distintas comisarías y centrales de la ciudad. Se habían desplazado directamente desde el centro hasta el extrarradio, por lo que sabía que no habría ningún coche policial delante de él para interceptarle, salvo alguna patrulla de la gendarmería o de la municipal que pudiera encontrarse casualmente por la zona. Por otro lado, también sabía que ya habría al menos un helicóptero en camino. Zigzagueó a toda velocidad entre los callejones de Saint-Loup para asegurarse de que había despistado por completo al Laguna de la brigada antes de dirigirse hacia el barrio de La Valbarelle.

* * *

Radu llevaba todo el día acechando al BMW M5. Se había dado cuenta enseguida de que no era el único, por lo que le seguía desde una distancia prudencial con la ayuda de su monitor GPS para no entrar dentro del ángulo de visión de la Policía. De modo que, cuando vio que su objetivo se ponía a más de doscientos kilómetros hora tras haberse detenido durante un instante, su corazón se aceleró también. No sabía lo que había sucedido, pero intuía que se le estaba presentando su última oportunidad para acabar con Galgani.

Había decidido quedarse veinticuatro horas más en la ciudad para intentar liquidar el contrato. Se había deshecho por completo de la identidad de Virgil Tzuica y había alquilado un Renault Mégane en Arles a nombre de Dragos Barbulescu. No le gustaba utilizar aquel nombre, comprometido como estaba por la traición de Elena, pero era mejor que mezclar en aquello a Franz Komensky, la única identidad limpia que le quedaba. Confiaba además en que, si su antigua socia planease ir a por él de inmediato, no se habría molestado en mandarle información sobre el chantajista español, cosa que, según había comprobado la noche anterior, sí que había hecho. Aunque también cabía la posibilidad de que la información fuese falsa. Con la viuda de Mihai

Siwak nunca se podía estar seguro de nada. Fuera como fuese, pensaba devolver el coche a primera hora del día siguiente y salir para España, despidiéndose de Dragos Barbulescu para siempre. Tan solo esperaba que para entonces el cuerpo de Barthélémy Galgani estuviese ya frío.

* * *

A Santiago no le resultó difícil perder al Laguna por el laberinto de calles de Saint-Loup. Recordaba unos viejos cobertizos de madera que había en uno de los muchos prados sin edificar situados al sur del barrio de La Valbarelle, no muy lejos del apartamento de Anselmu Sinance. Por suerte seguían en pie, o casi. Estaban cayéndose a pedazos, pero todavía se mantenían lo suficientemente enteros como para ocultar un coche.

El Segador metió dentro el BMW y apagó el motor. En el interior de aquel cobertizo, el vehículo era indetectable desde el aire.

—Santi —dijo Chjara, que no había pronunciado una sola palabra durante la huida—, no me odies, por favor. Sé que parece horrible, pero tenía que hacerlo. No solo por mí, sino por mi gente. No tienes ni idea de las cosas que he tenido que escuchar de boca de las mujeres de algunos, incluso de sus hijas. Las tratan como si no valiesen más que para cocinar y para fregar, ni siquiera las respetan. Yo voy a hacer que eso cambie, conseguiré que las mujeres puedan formar parte de la organización.

—Y al que se oponga le matarás, ¿verdad?

—Siempre habrá más muertes —contestó ella fríamente—. Tú lo sabes mejor que nadie, Segador.

—No te compares conmigo. No quiero seguir escuchándote.

—También lo he hecho por ti, Santi —respondió ella con voz temblorosa—. Para que podamos ser libres al fin, para que podamos querernos...

El Segador explotó al oír aquello. Se abalanzó sobre Chjara por entre los asientos delanteros del coche y la agarró por la garganta, golpeándole la cabeza contra la ventanilla blindada.

—¿Que lo hiciste por mí? —vociferó—. ¡Utilizaste a mi amigo, le pusiste en contra mía, y ahora está muerto! ¿Me oyes? —gritaba fuera de sí—. ¡Gorka estuvo a punto de matarme por tu culpa! ¡Y ahora está muerto!, ¿me oyes? ¡Mataste a mi amigo, hija de puta!

—¿Qué Gorka? —chilló ella aterrada—. ¿Estás loco? No sé nada de ningún Gorka.

—¡Deja de mentirme! —tronó el—. El mismo Gorka al que manipulaste para matar a tu padre; utilizaste lo de Alberto para comerle la cabeza. ¿Cómo pudiste, Chjara? Berto también era amigo tuyo, ¡él te apreciaba! —gritó—. Utilizaste su memoria, utilizaste a Gorka; al único amigo que me quedaba. Hiciste que me odiase, que quisiese pegarme un tiro en la cabeza. ¿Y tienes los huevos de decir que lo hiciste por mí?

—Santiago, te juro que no tengo ni idea de lo que me estás hablando —dijo ella desconcertada y atemorizada—. Lo único que sé de ese Gorka es lo que me contasteis Berto y tú hace años. Se suponía que estaba muerto..., de verdad que no sé nada de él ni de...

—¡Deja de vomitar mentiras! ¡Putas mentirosas! —Y le propinó una sonora bofetada a la mujer.

En realidad, Chjara no mentía. Ella no podía saber a qué se refería el Segador; la única persona que sabía lo que realmente había pasado con Gorka Arregui estaba muerta: su cuerpo descansaba en el asiento delantero del coche. Era Davide Lugaro el que había dado con él,

después de que le llegasen rumores de que había un desconocido haciendo preguntas sobre la cofradía por la ciudad. Pensaba liquidarle, pero las agallas del donostiarra le habían impresionado; decidió que era el tipo de hombre al que necesitaba para acabar con Galgani, pero nunca le contó nada de aquello a Chjara. Ella jamás lo hubiese permitido. No, sabiendo que lo que Gorka pretendía realmente era saldar cuentas no solo con el *amiragliu*, sino también con Santiago Matesanz. Lugaro había utilizado al donostiarra como enlace para dirigir la guerra contra la cofradía, para actuar como cabeza visible de cara a su gente y a la de Caslav Petrovic, aunque en realidad tan solo era un peón más; y cuando Chjara le encargó que contratase al mejor asesino a sueldo para matar a Barthélémy Galgani, Lugaro se había servido también de Gorka y de sus contactos para ello. Pero ahora los dos estaban muertos, y aquello ya no se sabría jamás.

—¡Maté a mi mejor amigo por ti! —vociferó el Segador—. Solo por ti, ¡por una psicópata enferma!

Fuera de sí, cerró el puño y golpeó a la mujer con todas sus fuerzas en la cara. Estuvo a punto de darle un segundo puñetazo, pero logró contenerse a tiempo. Salió del coche cerrando la puerta violentamente tras de sí y se alejó; Chjara Galgani yacía inconsciente en el asiento trasero.

* * *

Paul-Marie Ricare saltó como un resorte al sonar el telefonillo en el viejo apartamento de La Valbarelle. Tanto él como Barthélémy Galgani y Gheraldu Luporsi llevaban más de treinta horas encerrados en aquel lugar, sin comer ni dormir. Los tres se encontraban sentados en el salón de la casa, una sala sencilla, cubierta por una espesa capa de polvo que los años de abandono habían ido acumulando. Habían permanecido callados durante horas, cada uno sumido en sus pensamientos, hasta que el timbrado había roto el sepulcral silencio.

—Es Santi —dijo Ricare.

Se había abalanzado sobre la ventana del salón con la rapidez de reflejos que le caracterizaba y, a través de esta, había reconocido la figura del Segador, que le hacía señas agitando los brazos frente al portal.

—¡Ábrele! —exclamó Galgani de inmediato—. ¡Que suba ya!

Luporsi intercambió una mirada de preocupación con su segundo, al tiempo que asentía disimuladamente con la cabeza. El *amiragliu* había estado muy excitado y nervioso desde la explosión en el hotel. Tenía la mirada perdida y, en ocasiones, mascullaba cosas ininteligibles para sus adentros. Acostumbrados a que se comportase como la imagen misma del aplomo y la serenidad, los corsos no reconocían a su líder. Era como si se hubiese visto desbordado por los acontecimientos, y sus subordinados temían que estuviese a punto de sucumbir a un ataque de pánico. La llegada del Segador, en cualquier caso, era una buena noticia.

Ricare miró a través de la mirilla. Aún llevaba en la mano su revólver, que había desenfundado instintivamente al sonar el timbre.

—Joder, Santi, ¿qué te ha pasado? —dijo al abrir la puerta para dejarle pasar.

—Unas hostias que me llevé escapando de La Madrague. Nada grave.

—¡En la vida me había alegrado tanto de verte, chaval! —exclamó Luporsi, que se levantó del sillón en el que llevaba sentado las últimas horas para abrazar al recién llegado—. Aunque da pena verte.

—Ya, bueno..., sigo siendo bastante más guapo que tú.

El corso enseñó los dientes en una feroz sonrisa; un gesto típico de él.

—¿Has hablado con Chjara? —preguntó.

—Sí, Chjara nos ha vendido —contestó Matesanz secamente.

Galgani saltó del sofá al oír esto.

—¿Qué? —exclamó a voz en grito—. ¿Cómo te atreves?

Su rostro se había congestionado de repente. Estaba completamente desencajado, los ojos parecían a punto de salirse de las órbitas.

—Es la verdad —respondió Santiago con frialdad—. Era ella la que estaba detrás de todo desde el principio. La que pagó a los kosovares y al resto de la chusma para jodernos, la que preparó el atentado frente a la residencia de Antoine y la que dejó entrar a la madera en el hotel, utilizando a Lugaro y al resto de sus hombres.

—No puede ser... —musitó Ricare. El revólver colgaba aún de su mano, como si se tratara de una extensión de esta.

Galgani se recostó en el respaldo del sofá. Su rostro comenzaba a mostrar una tonalidad amoratada.

—Y no solo eso —continuó el Segador—. Baptiste está muerto; le asaltaron la misma madrugada del sábado, cuando iba a reunirse con el turco. Y esa misma noche atacaron la casa de Piero; no se sabe nada de él desde entonces, seguramente estará muerto también. Chjara lo orquestó todo, y está claro que utilizó a los hombres que les había cedido a Piero y a Baptiste para acabar con ellos.

Esta última revelación fue demasiado para el gran hombre. Súbitamente, se llevó la mano derecha al pecho, la boca y los ojos muy abiertos. Las piernas le flaquearon, y Luporsi tuvo que sujetarle para que no cayese al suelo. Paul-Marie Ricare se apresuró a socorrerle también. Era la ocasión que el Segador había estado esperando. Sacó la Glock que llevaba a su espalda, sujeta a la cinturilla del pantalón, y abrió fuego dos veces contra el pecho de Ricare. Acto seguido, intentó disparar a Luporsi, pero un calambre recorrió su mano antes de que pudiese hacerlo; el dolor hizo que estuviese a punto de dejar caer el arma. El brutal pisotón de Gorka en la azotea no solo le había roto los dedos meñique y anular, sino que también le había dañado seriamente el resto de la mano. El esfuerzo de apretar el gatillo dos veces tan rápidamente había sido excesivo para sus maltrechos tendones, y en aquel momento, sus dedos carecían de la fuerza necesaria para accionar el arma por tercera vez.

Gheraldu Luporsi soltó al *amiragliu*, que cayó pesadamente al suelo, al tiempo que desenfundaba su arma para apuntar a Santiago.

—No seas tonto, Ghera. Si quisiera dispararte ya lo habría hecho —dijo el Segador fríamente.

Necesitaba ganar tiempo; el corso no tenía por qué saber que, en realidad, sí que había intentado dispararle.

—¿Por qué? —gritó Luporsi furioso y desconcertado—. ¿Por qué has matado a Paul?

* * *

—No fue Lugaro quien estaba detrás de esto. —Santiago hizo una pausa. Por primera vez desde que empezaran a hablar, miró a Angélique Giraudon directamente a los ojos—. Fue Chjara.

Cerró los ojos y se giró sobre su costado, dándole la espalda a la mujer. Ella se limitó a observarle sin decir nada, mientras permanecía tumbado e inmóvil en aquella cama del piso de *madame* Marlene.

—¿Estás seguro de eso? —susurró al cabo de un rato.

—Tan seguro como tú —respondió él sin volverse—, aunque no quieras verlo. Está claro como el agua.

—Dios, Chjara...

—Sí. La pequeña y dulce Chjara, a la que todos apreciábamos y queríamos tanto. Todos... — La amargura y la repugnancia atravesaban la voz del Segador.

Ella guardó silencio durante unos minutos interminables, sin atreverse a formular la pregunta cuya respuesta temía.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó finalmente.

—Ya sabes lo que voy a hacer.

—¿Por lealtad?

—Porque tiene que ser así. Porque tengo que hacerlo.

—Hay algo que deberías saber primero, Santiago.

La voz de la mujer era tan firme y serena como siempre. Sin embargo, y aunque Santiago no podía verlo al estar de espaldas a ella, una lágrima se deslizaba por su mejilla. Era la primera lágrima que derramaba en más años de los que ella misma podía recordar.

—¿El qué? —gruñó él.

—Mírame, por favor.

El Segador bufó molesto, pero se dio la vuelta para mirarla. Sentía que debía estarle agradecido por haberle salvado la vida, aunque, en realidad, hubiese preferido que no hubiera sido así.

—Yo me crié en lugares como este —le dijo Ange—. Mi madre murió siendo yo muy pequeña, y lo único que heredé de ella fue la profesión. En uno de estos sitios fue donde conocí a *madame* Marlene, cuando todavía era simplemente Marlene; ella era una jovencita y yo una niña. También fue allí donde conocí a tu padre, que en paz descansa; en el club Edén, que pertenecía a uno de los asociados de la cofradía. Mathieu pasaba una vez al mes a cobrar la parte de la organización, y de vez en cuando se reunía con sus chicos allí también... Pero el que más frecuentaba el Edén era Luporsi. Solía llevar allí a sus contactos, especialmente a los que tenían gusto por las chicas muy jóvenes; ya sabes a lo que me refiero...

»El cabrón de Luporsi tiene un talento especial para eso, para descubrir de qué pie cojea cada uno. Así es como consigue amarrar a tantos policías, jueces y políticos. Siempre da con sus pasiones más secretas y más oscuras; y sabe cómo explotarlas. Y si no puede hacerlo con el tipo en cuestión, lo intenta con su hijo, con su hermano, o con quien sea. Les ofrece lo que más desean, y tarde o temprano acaban cayendo en la trampa. Lleva toda la vida haciéndolo.

»En aquella época no tendría más de veintiséis o veintisiete años, hacía muy poco que había vuelto de la legión, y ya aparecía cada poco por el Edén con algún desgraciado. Tenía cámaras ocultas en algunas habitaciones del club para chantajearlos después, en eso es todo un experto. A otros, a los que tenían debilidad por las drogas, les pasaba dosis adulteradas o muy puras para que acabasen en el hospital; después se presentaba allí como si fuese su mejor amigo, prometiéndoles que el incidente nunca saldría a la luz, siempre a cambio de favores, claro...,

cuando no se le iba la mano y el infeliz acababa muerto por sobredosis.

—No me estás contando nada nuevo —la interrumpió Santiago—, ni tampoco son métodos que utilice solo la cofradía; eso ha existido siempre.

—Ya —respondió Ange—, pero también hay cosas que no sabes, como la manera en que Luporsi miraba a tu padre, y no solo a él. Las mujeres podemos ver cosas que vosotros no notáis, aunque las tengáis delante de vuestras narices, Santi, y aunque por entonces yo era una cría, no tardé mucho en darme cuenta de lo que era Luporsi y de que deseaba a tu padre. Es cierto que el cabrón lo disimula muy bien, pero hay miradas que no pueden ocultarse. No es que sea nada malo, hay muchos hombres a los que les van los dos palos, más de los que piensas; pero también hay buenas y malas personas. Y después están las que no pueden ni llegar a definirse como personas. Mathieu era una buena persona, te lo aseguro; le asqueaban los asuntos del Edén. Recuerdo bien el dolor que había en sus ojos cuando nos veía a las crías subiendo las escaleras de la mano de aquellos viejos degenerados asquerosos. Él siempre se portó bien conmigo, con todas nosotras, pero por mí sentía una simpatía especial; siempre me preguntaba qué tal me iba, si necesitaba algo o si podía hacer algo por mí. Era un buen hombre, al igual que Barthélémy; yo le tenía mucho cariño a tu padre, pero creo que ya empezaba a enamorarme de mi Barthélémy. Era tan amable y cariñoso conmigo... No pienses mal, te juro que jamás me tocó un pelo hasta años después, hasta que tuve diecisiete años, pero se preocupaba por mí, charlaba conmigo y siempre me traía regalos. Recuerdo que su mujer estaba enferma y él sufría mucho por ella, porque estoy segura de que a ella también la quiso con toda su alma; le destrozaba ver cómo la radioterapia la consumía, cómo se la comía por dentro el cáncer... Me decía que le aliviaba un poco el hablar conmigo, que yo le recordaba a ella cuando era joven porque tenía la misma alegría en la mirada; y eso me hacía feliz. Me hacía feliz saber que yo servía para consolar a un hombre como él sin tener que tocarle siquiera. Supongo que de alguna manera eso hacía mi existencia menos miserable, menos asquerosa..., el saber que podía reconfortar a un hombre con mi forma de ser, sin utilizar mi cuerpo, como hacían las demás.

—Angélique —la interrumpió Santiago de nuevo—, siento mucho que te ocurriera todo aquello, siento mucho que tuvieses una infancia así, la verdad es que no me lo imaginaba..., pero sé que no es eso lo que querías contarme.

Ella asintió tristemente con la cabeza.

—Es verdad —dijo con lágrimas en los ojos—, sé que lo estoy evitando para justificarme, para que puedas perdonarme lo que hice; porque tu padre era una buena persona y no se merecía lo que le hicimos —suspiró profundamente y se enjugó las lágrimas antes de continuar—. Ya te he dicho que Luporsi deseaba a tu padre. No había más que ver la forma en que le miraba, la forma en que ponía la mano sobre su espalda a veces, pero no era tan tonto como para insinuárselo. Mathieu le despreciaba por lo que hacía, por la manera en la que nos utilizaba a las chicas..., le hubiese descubierto delante de todo el mundo. Pero, claro, no era él el único hombre que le ponía cachondo, y la mayoría eran mucho más vulnerables que tu padre; hubo muchos que se sometieron a él y le guardaron el secreto.

—No es que no te crea —volvió a intervenir Santiago—, pero ¿de verdad estás segura de lo que dices?, ¿de que Ghera es maricón? No puede ser, Ange, le he visto con más de una mujer.

—No digo que no le gusten las mujeres, digo que también le gustan los hombres. De hecho, había una chica en el Edén de la que estaba encaprichado, para desgracia de la pobre; se llamaba

Babette, una rubia de veinte años, menuda y preciosa. Luporsi se la llevaba a un cuarto casi cada vez que venía y la tenía horas allí encerrada. Al muy sádico no le valía con follarla sin más. La ataba a la cama y la amordazaba, la azotaba, le hacía quemaduras con cigarrillos y cortes con una navaja en los tobillos, detrás de las rodillas y de los codos... Es un jodido psicópata, Santi, un monstruo, aunque te cueste creerlo. El cabrón suele disimularlo bien. Si Sampiero Galgani (que por entonces aún era el *amiragliu* de la cofradía, aunque ya estaba viejo y enfermo) hubiese descubierto quién era realmente Gheraldu Luporsi, habría ordenado que le despellejasen vivo. Pero no fue así. El malnacido tenía al pobre viejo tan engañado como a la mayoría, como a ti mismo. Luporsi era fuerte y fiero, tenía buena formación militar y era buen adiestrador, además de ser único consiguiendo contactos, como ya te he dicho. Sampiero le adoraba, tanto como a tu padre, tanto como a su propio hijo; pero su favorito, para rabia de todos, siempre fue Marc Aconti... Es curioso lo complicada que puede llegar a ser la vida; cómo las cosas se enredan para acabar desembocando en una desgracia.

»Ocurrió que Luporsi le echó el ojo a Michel, un muchacho que estaba empezando a hacer recados para algunos miembros de la organización. Más que echarle el ojo, se obsesionó con él, pero al chico no le iban los hombres y hacía como que no entendía sus insinuaciones. Por supuesto, Michel no se atrevía a decirle nada a nadie, hasta que tuvo la desgracia de conocer a Babette en el Edén. Los dos eran muy jóvenes y parece ser que se enamoraron, o eso creían ellos; a esas edades uno no sabe lo que hace... Si hubieran sabido dónde se estaban metiendo, estoy segura de que no habrían vuelto a verse jamás, por mucho que se gustasen.

»La obsesión de Luporsi con Michel fue creciendo, llegó un punto en que andaba persiguiéndole por la ciudad día sí, día también; y el muchacho, inconsciente como era, no hacía más que evitarle y darle largas..., hasta el día en que Luporsi se presentó en el Edén y supo que Michel estaba en una habitación con Babette. El que un don nadie no hiciese más que rechazarle ya le tenía rabioso; aquello fue la gota que colmó el vaso. Se largó sin decir palabra y volvió una hora más tarde con una bolsa de deportes, donde al parecer llevaba un botiquín y un machete..., entre otras cosas. —Angélique hizo una pausa. Tenía la mirada perdida, y gruesas lágrimas habían comenzado a deslizarse por su rostro de porcelana. Santiago se dio cuenta de lo mucho que le estaba costando seguir con su relato—. Todo el mundo le tenía pánico a Luporsi —continuó—, pero los alaridos que salían de aquel cuarto eran tan aterradores que el dueño acabó por llamar a tu padre. No se me olvidarán aquellos gritos mientras viva, Santiago. Después de tantos años, al recordarlo todavía siento exactamente los mismos escalofríos que el día que ocurrió. No sabría decirte cuánto duró aquello, tuve que taparme los oídos para no escucharlo, perdí la noción del tiempo...; solo sé que para cuando llegó tu padre ya no se escuchaba ningún grito.

»Lo que sufrieron esos pobres diablos antes de morir solo lo supieron ellos. Ni siquiera aquellos alaridos hacían justicia a las barbaridades que les hizo Luporsi. El hijo de puta se cuidó muy bien de que le durasen vivos y conscientes el mayor tiempo posible. Utilizó vendas y torniquetes, y les cauterizó los muñones con alcohol y un mechero para que no se desangrasen mientras los hacía pedazos. Hasta utilizó sales para hacerlos despertar cuando se quedaban inconscientes... Ya te puedes imaginar el resto de monstruosidades que les hizo. Desde luego, aquella noche Luporsi satisfizo todos sus deseos con esos dos chicos, deseos que solo puede sentir un monstruo degenerado y perverso. Tu padre se volvió loco cuando entró en aquella habitación y vio lo que había pasado allí; bajó a Luporsi a hostias por las escaleras del Edén

desde el segundo piso hasta el bar del club. Todos los que estábamos allí aquella noche lo vimos; el animal estaba desnudo y cubierto de pies a cabeza con la sangre de Michel y de Babette, pero tu padre le hizo sangrar lo suyo también. Hicieron falta cuatro hombres (y hombres fuertes, créeme) para impedir que Mathieu le matase allí mismo. De hecho, yo pensé que le había matado, tenía la cara deshecha. La mayor parte de las cicatrices que tiene Luporsi se las hizo tu padre de aquella paliza, ¡qué pena que no le arrancase las tripas allí mismo! Ya sabes lo fuerte y lo peligroso que es el muy cabrón, pero contra Mathieu no tenía nada que hacer; con él no podía nadie.

»Lo de aquella noche dejó a tu padre muy tocado, muchísimo. No creo que fuese por lo que vio en aquella habitación, aunque los chicos a los que mandaron a limpiarla salieron de allí pálidos como la nieve, y eso que eran todos a cual más duro y más veterano; pero no, yo pienso que lo que le consumió el alma fue pensar que el que había hecho aquella barbaridad era uno de los suyos. No sé si llegó a contarle algo a Marc Aconti o no, pero estoy casi segura de que no le dijo nada a nadie, y la verdad es que no sé muy bien por qué. Supongo que tenía miedo de provocar una guerra que se llevase a media cofradía por delante. Luporsi tenía demasiados contactos como para que Barthélémy pudiera permitirse el lujo de prescindir de él; le necesitaba para llegar a *amiragliu*, porque todo el mundo sabía que el viejo Sampiero quería que fuese Aconti el que le sustituyese. Fuera como fuese, tu padre estaba hundido. Empezó a ir a emborracharse todas las noches al Edén, no había forma de sacarle de allí, como si de alguna manera retorcida quisiera regocijarse en su propio tormento volviendo al lugar del crimen. Se sentaba en la barra y se quedaba allí bebiendo hasta el cierre; algunas veces acababa tan borracho que era incapaz de arrancar el coche y tenía que quedarse a dormir allí. —Angélique hizo una nueva pausa antes de continuar. Su mirada estaba fija en el suelo; no se atrevía a mirar a Santiago a la cara—. Ya te he dicho que por aquel entonces yo creía estar enamorada de Barthélémy, por eso dejé que me convenciese para hacer lo que hice. Ya sé que no es excusa, y te juro que no hay un solo día de mi vida en el que no me acuerde de Mathieu y me odie a mí misma por aquello. Santiago, fui yo la que sedujo a tu padre; lo hice porque me lo pidió Barthélémy. Decía que había visto cómo me miraba, con deseo... No sé si era cierto o no; yo tenía trece años, pero me había desarrollado pronto, casi parecía una adolescente..., y tu padre no era de piedra. Nunca sabré si era cierto que me deseaba antes de aquella noche. Yo siempre pensé que él simplemente me tenía aprecio, que le daba pena y se preocupaba por mí; y yo me aproveché de ello. Una noche esperé a que estuviese borracho del todo y me lo llevé a una habitación. El pobre subió las escaleras dando tumbos, no se dio cuenta de nada hasta que llegamos a la cama. Me eché encima de él..., utilicé todas mis armas, créeme, pero él se resistía. Aun borracho como estaba, no quería tocarme. “Eres una niña, solo una niña”, me decía una y otra vez, una y otra vez...

Gruesas lágrimas caían por el rostro de Ange mientras hablaba. El Segador la observaba muy serio, sin decir una sola palabra.

—Tuve que suplicarle —prosiguió—. Le susurré al oído que me matarían si no conseguía que se acostase conmigo. “Ya has visto de lo que es capaz Luporsi”, le dije, “por favor, no dejes que me pase lo mismo a mí”, le dije... Y al final cedió.

»Por supuesto, lo grabaron todo. Tenían una cámara oculta en aquella habitación, después sacaron fotos de la grabación y le fueron con ellas a Sampiero Galgani. Puedo imaginarme el disgusto que se llevó el pobre viejo, enfermo como estaba. Ordenó que eliminasen a tu padre de inmediato; tendría que haberlo hecho Marc Aconti, pero estaba fuera. El hijo de puta de Luporsi lo

hizo encantado. Dicen que del amor al odio solo hay un paso, y si mucho le deseó primero, más le odió después. Creo que no fue tanto por la paliza, ni porque le humillase delante de todo el Edén, sino porque no podía conseguirle. Parece ser que incluso un monstruo como él puede tener sentimientos. Y deseos. Él deseaba tanto a Mathieu que el no poder tenerle se lo comió por dentro. Acabó por odiarle tanto que quiso verle muerto, y vaya si lo consiguió. Creo que incluso lo de Michel y Babette lo hizo por odio a tu padre, que se ofuscó con el pobre muchacho porque no podía tener a Mathieu, y que descargó contra él y contra la pobre Babette el odio que no podía descargar sobre tu padre. Es curioso cómo salen las cosas a veces...

»El viejo Sampiero murió apenas un mes después (creo que fue la pena lo que se lo llevó tan pronto), y antes de morir nombró a su hijo como sucesor. Marc Aconti no protestó; le habían enseñado la grabación en la que su hombre de confianza salía acostándose con una cría, y aunque sé que quería a tu padre como a un hermano, no pudo negar la evidencia. Santiago, tienes que creerme cuando te digo que Barthélémy no es un mal hombre, como tampoco lo era el pobre Antoine, que en paz descanse; pero la suya es una mala vida, tú lo sabes, y a veces se ven obligados a hacer cosas horribles para sobrevivir.

»Es cierto que Barthélémy se equivocó al confiar en Luporsi, nunca debió dejar que un maldito psicópata como él alcanzase tanto poder, pero llegó un momento en que ya no pudo pasar sin él; esa fue su condena. Está en su mentalidad, en su forma de ser, en la de todos ellos: en la Córcega en la que ellos se criaron solo sobrevive aquel que está dispuesto a hacerlo, a cualquier precio. Solo llega a lo más alto el que tiene la voluntad de pasar por encima de quien sea, amigo o enemigo, porque los fuertes viven y los débiles mueren. Esa es la única forma de vida que ellos conocen. Por eso Barthélémy no podía dejar que Aconti le arrebatase el puesto de *amiragliu*, y por eso le vendió su alma al peor de los diablos para conseguirlo. Y por la misma razón, hace unos años, tuvo que elegir entre su vida y la de uno de sus mejores amigos, que no era otro que el propio Marc Aconti. Santiago —levantó la vista para mirarle a los ojos al pronunciar su nombre—, lo que voy a decirte solo lo sabíamos Antoine y yo; el que vendió a Marziale Aconti a la OCRTIS fue Barthélémy. No le quedó otra opción, los peces gordos del gobierno querían un chivo expiatorio a toda costa, conocían de sobra las actividades de la cofradía y exigieron la cabeza de su líder; Barthélémy les hizo creer que Aconti era ese líder, y se lo entregó a cambio de que le dejaran en paz. Ya sabes que él mismo tuvo que retirarse y que la organización estuvo a punto de desaparecer; en aquel momento, la única manera de que la cofradía de Partinello sobreviviese era entregarle a la OCRTIS a alguien verdaderamente importante. No valía un cualquiera porque los cabrones del gobierno no son tontos; tenía que ser un pez gordo, y además Barthélémy se temía que Aconti estaba a punto de abandonar la cofradía con todos sus contactos. No era ningún secreto que desde lo de tu padre los dos se habían ido distanciando cada vez más; durante los últimos años ya apenas se hablaban. Aconti iba a lo suyo, ya no pisaba Marsella y cada vez estaba más apartado de la organización, aunque es cierto que jamás dejó de cumplir con sus obligaciones. Está claro que él intuía que había algo más detrás de la muerte de Mathieu; lo que no podría decirte es si llegó a saber la verdad alguna vez. Él conocía a más gente que nadie (hasta en aquella época, en la que cada vez paraba menos por Marsella), pero la verdad solo la sabían los que estaban en el Edén la noche que ocurrió aquella barbaridad, y todos le tenían demasiado miedo a Luporsi como para cantarlo. No lo sé, como tampoco sé por qué Aconti nunca quiso conocerte, porque es imposible que no se enterase de que el hijo de Mathieu Languille estaba

trabajando para la organización. Tal vez no quiso remover antiguas heridas, ni que le preguntases cómo había muerto tu padre; o tal vez fue simplemente porque supo que eras el protegido de Luporsi.

»También es extraña la relación que ese psicópata tiene contigo; parece que te aprecia de verdad, que te trata como si fueras de su propia familia, después de lo que le hizo a tu padre..., quién sabe lo que pasa por esa mente enferma. Puede ser que le recuerdes a Mathieu, que seas lo único que le queda del hombre al que nunca pudo tener; o puede que en el fondo se arrepienta de lo que le hizo y haya querido compensarlo velando por su hijo. O quizás no sea nada de eso y sea algo mucho más retorcido. ¿Quién puede entender a un monstruo como él? Lo que es cierto es que parece tenerte verdadero aprecio, incluso cariño, y que no puedo decir que le haya notado intenciones ocultas hacia ti; quién sabe...

—Angélique —la interrumpió él por primera vez en un largo rato—, no quiero oír nada más, ahora necesito que me dejes solo, por favor.

Ella le miró sin decir nada. El tono de voz de Santiago era suficiente para saber que necesitaba estar a solas. Ange se levantó y apagó la luz de la habitación.

—Que descanses —dijo antes de cerrar la puerta.

Cuando al día siguiente fue a ver cómo estaba, Angélique Giraudon se encontró con que el herido ya estaba en pie, vistiéndose con ropa que le había pedido prestada a *madame* Marlenne durante la madrugada; la suya había quedado destrozada por las palizas recibidas en la azotea de La Madrague.

—No sé lo que vas a hacer —fue lo único que ella le dijo—, pero, por favor, no hagas que te maten.

—Hace tiempo intenté hacer que me matasen —contestó él—; calculé mal, me quedé sin balas antes de conseguirlo y acabé en la cárcel, nueve años. Esta vez espero hacerlo mejor.

* * *

El localizador GPS había llevado a Radu hasta un prado del barrio de La Valbarelle; no se veía ningún edificio por la zona, aparte de un par de cobertizos de madera medio derruidos por la humedad y la carcoma. Aparcó el coche a pocos metros, oculto a la vista tras un pequeño grupo de árboles y, pistola en mano, se aproximó al más cercano de los cobertizos. Aún no había llegado a la altura de este cuando distinguió uno de los pilotos traseros del M5 a través de las tablas rotas y podridas. El vehículo parecía estar vacío, pero, para su sorpresa, al acercarse descubrió el cadáver de un hombre rubio en el asiento del copiloto, así como la silueta de una mujer tendida en el asiento de atrás. Al principio, lo antinatural de su postura le hizo pensar que estaba muerta también, pero no tardó en darse cuenta de que respiraba débilmente. La mujer estaba dormida o inconsciente, y el coche, también para su sorpresa, estaba abierto.

Tras asegurarse de que no había nadie por los alrededores ni en el cobertizo de al lado, el asesino abrió la puerta trasera del coche. Reconoció el rostro de la mujer nada más voltearla: era la hija de Galgani, a la que había identificado el día del funeral gracias en parte a la descripción que le había proporcionado el viejo Cirazzi. Una gran marca roja, que comenzaba a tornarse morada, podía apreciarse junto a su boca; parecía que alguien la había dejado inconsciente de un golpe, probablemente la misma persona que había disparado al rubio a través de su asiento.

Radu palmeó a la mujer en las mejillas con firmeza. En cuanto esta comenzó a volver en sí, le tapó los ojos con la mano para impedir que le viese la cara, al tiempo que apoyaba el cañón de su pistola en el pecho de Chjara, a través del escote de su blusa, donde pudiese sentir el frío metal de su arma.

—Barthélémy Galgani —dijo secamente cuando la mujer comenzó a moverse débilmente—. Dime dónde está.

—¿Quién eres? —musitó ella aún aturdida.

—No te importa. Te he hecho una pregunta; o me dices dónde está Galgani o mueres. Tú eliges.

Chjara boqueó desorientada.

—¡Espera! —exclamó de improviso—. ¡Tú eres el asesino a sueldo! ¿Verdad?

—Última oportunidad —respondió fríamente, ignorando la pregunta de la mujer.

—¡No lo entiendes! —gritó ella—. ¡Fui yo la que te contrató! Ordené al hombre que está muerto en el asiento de delante que contratase a un asesino a sueldo para acabar con mi padre. El encargo se hizo a través de un intermediario, por eso no sabías que éramos nosotros.

Radu dudó durante unos instantes. Todo aquello cada vez le resultaba más extraño y, por tanto, más peligroso.

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó finalmente. Chjara se apresuró a contestarle.

—Uno de los guardaespaldas de mi padre. Descubrió lo que habíamos hecho. Mató a Davide y me pegó..., no recuerdo más; debió de ir a encontrarse con mi padre. Suéltame y te diré dónde están —dijo con voz apremiante—. Te pagaré el doble de lo convenido si lo consigues, pero si me matas no cobrarás un céntimo. Tú eliges —dijo parafraseando al asesino; la hija de Galgani había recobrado la entereza a pesar de su situación.

Tras sopesar sus opciones durante unos instantes, Radu decidió que, por extraña que pareciese, la versión de la mujer era verosímil. Aunque no pudiese comprobarla en aquel momento, arriesgarse a matar al cliente no era una opción; tal cosa sería peor que dejar el encargo sin hacer.

—Dirección —dijo.

—Saint-Jaques número 8, 3.º B. Aquí mismo, en La Valbarelle; una torre blanca de ocho pisos. Puedo señalártela desde aquí si quieres.

—No hace falta. Voy a destaparte los ojos; no los abras, date la vuelta y no mires hasta que me vaya. Vas a esperarme aquí hasta que regrese. —Acercó su cabeza a la de Chjara hasta que sus labios rozaron la oreja de la mujer—. Más te vale no engañarme —susurró—, ni intentar ninguna tontería. Hay cosas más desagradables que la muerte...

Ella no contestó. No estaba acostumbrada a recibir amenazas.

Radu cerró la puerta trasera del coche y se dirigió hacia el asiento del conductor, desde donde accionó la palanca que abría el capó y cogió la llave del contacto. Al cerrar la puerta con llave, el cierre centralizado actuó bloqueando las cuatro puertas del vehículo al mismo tiempo; a continuación, levantó el capó del coche y, valiéndose de su cuchillo, el mismo que había pertenecido a su abuelo, seccionó el cable de uno de los bornes de la batería. De aquella manera resultaba imposible abrir las puertas desde el interior y, al ser blindadas, Chjara no podría romper las lunas del vehículo. Estaba atrapada dentro.

El asesino se encaminó de nuevo hacia el Mégane alquilado, la mano del arma oculta tras la

espalda; temía toparse de bruces con alguno de los de Partinello cerca de los cobertizos. Una vez en el coche, introdujo la dirección en el GPS. El lugar no estaba lejos. Tal como había dicho la hija del *amiragliu*, las torres de color blanco se divisaban a simple vista, a unos quinientos metros en línea recta. Arrancó el vehículo y puso rumbo hacia allí a toda velocidad; no sabía cuánto tiempo permanecería Galgani en aquel lugar, si es que aún seguía allí.

* * *

—No seas tonto, Ghera. Si quisiera dispararte ya lo habría hecho —dijo el Segador fríamente. Necesitaba ganar tiempo; el corso no tenía por qué saber que, en realidad, sí que había intentado dispararle.

—¿Por qué? —gritó Luporsi furioso y desconcertado—. ¿Por qué has matado a Paul?

Santiago vio con el rabillo del ojo cómo Galgani se incorporaba trabajosamente aferrándose al sofá y, muy encorvado, apretándose la parte izquierda del pecho con una mano, se alejaba a trompicones hacia la salida.

—¿Recuerdas cuando os dije que como intentaseis cortarle la cabeza al cuerpo de Alberto os mataría a todos? —dijo el Segador.

Sentía un fuerte hormigueo en la mano con la que encañonaba a su antiguo mentor; si conseguía que Luporsi no le disparase primero, tal vez tuviera otra oportunidad.

—Sí —gruñó el corso—. Te empeñaste en que dejásemos el cadáver en aquel desguace de Martigues para que lo encontrasen y pudiera enterrarlo su familia; y lo hicimos como tú querías. ¿A qué cojones viene eso ahora? —vociferó.

—Eso viene —hizo una pausa— a que tenía que haberos matado a todos entonces.

Se oyeron dos detonaciones seguidas. Ambos cayeron al suelo, pero solo uno de ellos volvió a levantarse.

Fue Luporsi.

El Segador había fallado el disparo. Había logrado apretar el gatillo con la fuerza suficiente, pero el dolor le había hecho temblar la mano. No era la primera vez que fallaba un disparo, pero sí la primera que lo recibía. Al igual que aquella primera vez, con Sergiu Cresone en aquel pub del Cours Julien, solo había alcanzado a su objetivo en el hombro. El disparo de Luporsi, sin embargo, había sido mucho más certero.

Santiago quiso levantarse. Quiso recoger su Glock, que había caído a menos de un metro de su mano, pero lo mismo podía haber caído a diez kilómetros. No podía alcanzarla. Ni tan siquiera podía moverse de donde estaba. No sentía nada del pecho para abajo, tampoco sentía dolor alguno.

Fue entonces cuando vio la sangre que manaba de su vientre y supo que estaba muerto.

Luporsi se había puesto en pie. Su camisa blanca estaba teñida de sangre también, a la altura del hombro, pero no era nada grave. «Una pena», pensó Santiago. Una pena no haber podido llevarse a aquel hijo de puta por delante antes de morir, pero no había podido ser.

Súbitamente, recordó lo que había oído tantas veces, aquel mito de que cuando estás a punto de morir toda tu vida pasa fugazmente ante tus ojos. Al parecer era mentira. La única parte de su vida que pasaba ante sus ojos en aquel momento era la que había compartido con Luporsi. Toda una ironía, pensó, porque tenía tantas ganas de matarle... Pero no podía, y jamás podría hacerlo

ya, porque el que iba a morir era él.

Y no podía quitarse a Luporsi de la cabeza; estaba visto que sus últimos pensamientos iban a ser para él. Gheraldu Luporsi, su mentor, su torturador también. Gheraldu Luporsi, el gran adiestrador de la cofradía de Partinello. «¿A cuántos de sus chicos se habría pasado por la piedra?», pensó repentinamente. Y aquel pensamiento le hizo gracia. Sonrió divertido; al menos moriría con una sonrisa.

El corso estaba frente a él, con su arma colgando de la mano derecha; le miraba de una manera extraña, como con lástima. Santiago se esforzaba por no cerrar los ojos, por sostenerle la mirada hasta el final. No era capaz de hablar, pero quería decirle con esa mirada que lo sabía todo, quería transmitirle a Luporsi lo mucho que le despreciaba antes de morir, pero le pesaban tanto los párpados... Sentía unas enormes ganas de tumbarse, cerrar los ojos y descansar. Sin embargo, quería seguir con ellos abiertos. Quería mirarle con aquella sonrisa en sus labios hasta el final.

Y de repente, Gheraldu Luporsi se desplomó.

Cayó al suelo cuan largo era, de costado, los ojos muy abiertos por la sorpresa. Fue entonces cuando Santiago vio, en el umbral de la puerta del salón, al hombre moreno y delgado que empuñaba una pistola con silenciador. No sabía quién era aquel tipo ni de dónde había salido, pero estaba claro que había disparado al corso por la espalda.

Gheraldu Luporsi estaba muerto. Y él mismo se estaba muriendo, pero ya no le importaba. Le reconfortaba saber que el asesino de su padre llegaría al infierno primero. En cuanto a Galgani, realmente no le importaba su suerte, ni tampoco la de Chjara. Nada le importaba ya; tan solo lamentaba no haber podido pasar más tiempo con su madre y su hermana, pero era ya demasiado tarde para eso. Se sentía muy cansado. Quería mantener los ojos abiertos, pero estaba perdiendo la visión; la oscuridad se cerraba rápidamente a su alrededor.

La oscuridad cayó sobre él.

Y Santiago Matesanz, el Segador, ya no pudo ver más.

* * *

Radu miró a su alrededor sin entender muy bien lo que había pasado. Había tres cadáveres en aquel salón: el hombre al que había disparado era el que había visto huyendo del hotel con Galgani, el que pensaba que debía ser Gheraldu Luporsi. «Hazme un favor y cárgate también a Luporsi», le había dicho Antoine Cirazzi en plena tortura; tal vez el viejo hubiese acabado por salirse con la suya finalmente. Junto a él, boca abajo, había otro cadáver. El cadáver de un hombre enjuto y delgado, con una larga cicatriz en su mejilla izquierda, al que habían disparado a bocajarro dos veces en la espalda. El tercer cuerpo lo reconoció de inmediato: era el cuerpo del guardaespaldas de Galgani, tirado de espaldas con los ojos en blanco. Sonreía incluso después de muerto. Al asesino le hubiese gustado saber por qué, como también le hubiese gustado saber por qué los de Partinello habían comenzado a matarse entre ellos, pero no tenía tiempo para adivinanzas.

Salió hacia la entrada del apartamento, donde, sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra una pared, descansaba Barthélémy Galgani. Sacó su teléfono móvil para fotografiar el rostro del cadáver, de modo que se viese el disparo que le había hecho en plena frente. No le hacía ninguna gracia llevar consigo una prueba del delito tan flagrante, pero necesitaba

demostrarle a Chjara Galgani que había cumplido con su parte del trato.

Radu se había quedado helado cuando, recién ascendidas las escaleras hasta el tercer piso, había escuchado las dos primeras detonaciones en el interior del apartamento. Prácticamente se había topado de bruces con el *amiragliu* cuando este intentaba escapar por la puerta; le había disparado por instinto, antes de darse cuenta siquiera de que se trataba de su objetivo. Después se habían producido otros dos tiros muy seguidos en el interior, por lo que había decidido asegurar la zona antes de arriesgarse a que le disparasen por la espalda mientras escapaba. Una vez resuelto aquel problema, era el momento de abandonar el lugar tan rápido como pudiese.

Acababa de poner en marcha el coche cuando comenzó a escuchar sirenas a lo lejos; como era de esperar, los vecinos habían alertado a la Policía. Atravesó la calle Saint-Jaques a toda la velocidad que le permitía el Renault Mégane. Aún tenía que sacar a Chjara Galgani de su encierro para hacer que le pagase por su trabajo. Desde luego, pensó, se había ganado hasta el último céntimo.

XXXVIII

Los medios de comunicación de toda Francia amanecieron el martes con la noticia de la muerte de Barthélémy Galgani, el presunto señor del crimen de origen corso que venía siendo buscado por las autoridades desde la masacre del Hôtel La Madrague, ocurrida durante la madrugada del sábado anterior.

Según informaron, Galgani había sido hallado en el interior de un apartamento del barrio de La Valbarelle con un disparo en la frente. La policía de Marsella había acudido al lugar después de que algunos vecinos de la calle Saint-Jaques denunciasen un tiroteo en el número 8 de dicha calle; los cuerpos sin vida de otros dos hombres sin identificar aparecieron también en el interior del mismo apartamento. Un solo superviviente fue trasladado al cercano Hôpital de la Timone, donde fue operado de urgencia e ingresado, en estado crítico, en la unidad de cuidados intensivos. Dicho superviviente fue identificado como Santiago Matesanz, un expresidiario de origen franco-español que había salido de la cárcel hacía pocos meses tras cumplir nueve años de condena por asesinato. Las autoridades declararon haber abierto una investigación paralela con el objetivo de esclarecer cómo el mencionado individuo había conseguido violar hasta entonces las condiciones de su libertad vigilada.

Según se hicieron eco parte de los medios, Santiago Matesanz había sido arrestado en Barcelona en el año 96, después de protagonizar una espectacular persecución por el medio de la ciudad al volante de un Mercedes SLS. Tras la persecución se produjo un tiroteo en el que un agente de policía resultó muerto y otro herido; el pistolero solo pudo ser reducido después de agotar la munición de su arma. La prensa sensacionalista especuló durante los días siguientes con los indicios de que Matesanz y su compinche Jaume Castilla, detenido en Puigcerdà al día siguiente del suceso mientras trataba de cruzar la frontera, y que cumple condena en la cárcel Modelo de Barcelona por varios delitos de sangre y tráfico de estupefacientes, hubiesen sido víctimas por aquel entonces de una encerrona tendida por la propia organización para la que trabajaban, organización que, presuntamente, habría sido dirigida por el difunto Barthélémy Galgani. Los mismos medios afirmaron que los hechos acaecidos durante aquel fatídico fin de semana habían sido ocasionados por Matesanz, en venganza por lo ocurrido en Barcelona nueve años antes.

La prensa informó también de que el mismo martes fue dado de alta el inspector de la brigada de estupefacientes de Marsella Jean-Pierre Marchant, cautelarmente suspendido de empleo y sueldo mientras durase la investigación para determinar su responsabilidad en la muerte de ocho agentes bajo su mando, fallecidos durante la intervención al Hôtel La Madrague realizada en la madrugada del sábado.

La dueña del Hôtel La Madrague e hija de Barthélémy Galgani, Chjara Galgani, se presentó voluntariamente en la comisaría de Policía de la calle La Canebière a las diez de la noche del lunes. Chjara Galgani llevaba en busca y captura desde primera hora de la tarde de ese mismo día, después de que el vehículo en el que viajaba, un BMW M5, escapase de la Policía a la altura del Chemin de l'Armée d'Afrique. Dicho vehículo fue hallado oculto cerca del lugar en el que ocurrió el tiroteo que acabó con la vida de Barthélémy Galgani. En el interior del coche fue hallado el cadáver de un hombre identificado como Davide Lugaro, corso de nacimiento, y que había asistido recientemente al funeral del también corso Antoine Cirazzi, por lo que las autoridades estaban investigando sus vínculos con la organización presuntamente dirigida por Barthélémy Galgani, el cual había sufragado los gastos del multitudinario funeral.

Según los medios de comunicación, Chjara Galgani había sido detenida, y las autoridades se encontraban estudiando su implicación en las presuntas actividades ilícitas de su padre, así como en los crímenes cometidos durante aquel sangriento fin de semana.

Epílogo

Comenzaba a ponerse el sol en la manchega localidad de Sigüenza cuando el padre Manuel de Hercilla y Montalbán, párroco de la iglesia de San Pablo, se disponía a cerrar el portón de entrada al templo. Fue entonces cuando se dio cuenta de que quedaba un feligrés rezagado en el templo. Se trataba de un hombre de estatura media, delgado y moreno, bien parecido; estaba arrodillado en el segundo banco de la capilla.

—Es tarde, hijo mío —se dirigió al extraño el padre Manuel—. ¿Qué te trae por aquí a estas horas?

—Una confesión, padre —respondió el hombre.

El padre Manuel hizo un gesto de entendimiento antes de sentarse junto a él.

—¿Cuándo fue la última vez que te confesaste?

—La verdad es que no me he confesado en mi vida —contestó Radu—, pero debo de haberme explicado mal. No he venido a confesarme con usted, sino a que usted se confiese conmigo.

FIN



Nacido en Oviedo en 1983, donde sigue residiendo a día de hoy, y licenciado en Ingeniería Superior Industrial, trabaja actualmente en la industria del metal, aunque su verdadera vocación han sido siempre las artes, particularmente las letras. Se declara fanático de la literatura, el cine, los cómics y los videojuegos; que considera cuatro medios tan diferentes como únicos de contar historias.

Su debut con *La Caricia del Verdugo* es el resultado de un proceso creativo de varios años en el que, más que escribir una simple novela, ha intentado inventarse a sí mismo como escritor, encontrar su propio estilo y construir un imaginario sólido y creíble en el que desarrollar futuras creaciones.

www.lacariciadelverdugo.com

Notas

[1]. SNCF: Société Nationale des Chemins de Fer France. Sociedad pública encargada de la explotación del transporte ferroviario en Francia.

[2]. RAID: Recherche, Assistance, Intervention, Dissuasion. Unidad de élite de la Policía Nacional francesa especializada en intervenciones en situaciones de crisis, como terrorismo urbano, secuestros con rehenes o detención de individuos atrincherados o especialmente peligrosos.

[3]. Smith & Wesson 1911, pistola semiautomática lanzada por el fabricante americano Smith & Wesson en 2003. Se trata de un arma fabricada en acero y disponible en dos calibres distintos: 9mm y .45ACP. Esta última es la versión utilizada para acabar con la vida de Ahmed.

[4]. DCPJ: Direction Centrale de la Police Judiciaire. Englobaba las subdirecciones Criminal (SDAC), Financiera y Económica (SDAEF), de la Policía Técnica y Científica (SDPTS) y de Enlaces Externos (SDLE), así como una unidad de operaciones especiales o antiterrorista (RAID). Dicha estructura fue modificada entre 2005 y 2006.

[5]. RG: Direction Centrale des Renseignements Généraux. Una policía secreta de seguridad interior con amplios poderes para conducir investigaciones sobre individuos o grupos considerados peligrosos para el Estado, así como sobre personalidades públicas.

[6]. DST: Direction de la Surveillance du Territoire. Servicio de seguridad estatal que trata con las actividades secretas de los Estados extranjeros que operan en Francia.

[7]. Con este párrafo se pretende reflejar la mentalidad del personaje a través de sus percepciones, y en ningún caso la percepción del autor, cuyo propósito es enfocar el modo de pensar del personaje con cierta profundidad (dentro de sus muy humildes habilidades) y no sin cierta ironía (dentro del respeto y sin ánimo de ofender sensibilidad alguna).

[8]. Plural de *Capitanu*: «Capitán» en lengua corsa.

[9]. «Almirante» en lengua corsa.

[10]. DGSE: Direction Générale de la Sécurité Extérieure.

[11]. OCRTIS: Office Central pour la Répression du Trafic Illicite des Stupéfiants. El servicio francés de coordinación de lucha contra el tráfico de estupefacientes. Creado en 1953 y activo hasta nuestros días. Dependía de la DCPJ en el seno de la SDAC hasta 2006, cuando pasó al seno de la SDLCOF, que a su vez fue creada en dicho año por unión de la SDAC y la SDAEF (véase nota número 4).

[12]. SDECE: Service de Documentation Extérieure et de Contre-Espionnage, sustituido por la DGSE en 1982. Constaba de siete subdivisiones o servicios. El Servicio 5, denominado Servicio de Acción, era conocido por estar integrado mayoritariamente por agentes de origen corso.

[13]. OAS: Organization de l'Armée Secrète, organización terrorista nacionalista francesa de extrema derecha fundada tras la crisis que desembocó en la independencia de Argelia. Se cree que pudo llegar a estar formada por más de 1.000 hombres armados y más de 3.000 militares.

[14]. Un antiguo mito hindú, también transmitido por los actuales *rajputs* de Rajastán (India), que también se consideran descendientes de los nacidos del fuego, y como tales pertenecen a la casta Kashary.

[15]. En dialecto romaní, *mulo* «muerte», *beng* «demonio», demonios de muerte.

[16]. Plural de *sceffu*: «jefe» o «capataz», en lengua corsa.

[\[17\]](#). En 2005 no era necesario identificarse al adquirir una tarjeta SIM de prepago. La ley que decretó la obligatoriedad de identificar a todos los usuarios de tarjetas de telefonía móvil, ya fuesen de contrato o de prepago, no fue decretada hasta 2011.

[18]. Gentilicio del Franco Condado.

[19]. Dremel: taladro manual de pequeñas dimensiones y apenas seiscientos gramos de peso.

[20]. Pomonte y Cismote: «tierra de los señores» y «tierra de comunas», respectivamente.

[\[21\]](#). El hijo de Carlo María Bonaparte no fue otro que Napoleón Bonaparte.

[22]. Girondinos y jacobinos fueron los dos sectores de la Asamblea Nacional enfrentados durante la Revolución Francesa. Los girondinos eran principalmente altos burgueses, empresarios y grandes comerciantes que mantenían una actitud moderada; estaban a favor de la limitación del poder real, pero sin permitir el derecho a voto de las clases pobres para así no perder los privilegios que habían adquirido durante los últimos tiempos del Antiguo Régimen. Los jacobinos eran en su mayoría pequeños propietarios y profesionales; de carácter extremista, abogaban por la abolición de la monarquía y la instauración de una república en la que todas las clases sociales tuviesen derecho al voto.

[23]. ARC: Acción para el Renacimiento de Córcega, anteriormente Acción Regionalista Corsa.

El FPCL (Fronte Paesanu Corsu di Liberazione) pasa a integrarse en el FLNC (Fronte di Liberazione Naziunale di a Corsica) a partir de 1975, año de creación de este último.

[24]. Título de Nicolae Ceaucescu.

[25]. 0,45 pulgadas ACP: calibre utilizado fundamentalmente en revólveres de gran tamaño, aunque también en algunas semiautomáticas de alta potencia como la Colt M1911. Está considerado como el mínimo calibre aceptable que asegura derribar a un hombre de un solo disparo, sean cuales sean su tamaño y condición.

[26]. El término *Madrague* en francés hace referencia a un tipo de red de pescar, aunque, por extensión, designa también la técnica de pescar con red, y puede significar también trampa o encerrona.

[27]. Uno de los pilotos que rescató a Niki Lauda de su Ferrari en llamas tras su accidente en Nurburgring. Los otros fueron Arturo Merzario, Guy Edwards y Harald Ertl.

[28]. Según la novela del mismo nombre, el Conde de Montecristo estuvo prisionero en el castillo de If.

[29]. Fusil de francotirador utilizado ampliamente por el Ejército ruso y otros cuerpos militares de Europa Oriental. Este modelo en particular se diferencia del SVD, de uso más común, por su culata plegable y su mira telescópica de visión nocturna.

[\[30\]](#). Los mencionados son algunos de los motivos de las esculturas que decoran los laterales de las escalinatas de la Place des Marseillaises, uno de los principales puntos de interés turístico de la ciudad.

La caricia del verdugo

Alejandro Feito

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Alejandro Feito, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2015

ISBN: 978-84-08-13657-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.

www.victorigual.com

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

[El productor de sueños](#)

Marino Pérez Meler

[La consolación de la sangre](#)

Guillermo Sancho Perales

[¡Matadme!](#)

Valerio Cruciani

[Despiértame para verte morir](#)

Miguel Aguerralde

[Negro Spaghetti](#)

Valerio Cruciani

[Viena Blues](#)

Sergi Gotarra

[El fabricante de muñecas](#)

Miguel Aguerralde

[En la oscuridad](#)

Miguel Aguerralde

[Una llamada en mitad de la noche](#)

Víctor García Barquero

[Puzle de sangre](#)

José Payá / Mario Martínez